



UNIVERSIDAD PABLO DE OLAVIDE DE SEVILLA  
PROGRAMA DE DOCTORADO: HISTORIA Y ESTUDIOS HUMANÍSTICOS:  
EUROPA, AMÉRICA, ARTE Y LENGUAS

**Materialidad de la muerte en una arteria del imperio español:  
la Catedral de Panamá Viejo**

**TOMO I**

Doctorando: Iosvany Hernández Mora

DIRECTORES:

PhD. Beatriz Rovira

PhD. Juan Guillermo Martín

TUTOR:

PhD. Bethany Aram Worzella

Sevilla, 2019

*A mi madre...*

## **AGRADECIMIENTOS:**

A la oportunidad que me ofreció el programa An Artery of Empire. Conquest, commerce, crisis, culture and the panamanian junction (1513–1671), financiado por el European Research Council en el marco de Horizon 2020 (ERC CoG 648535), de la Universidad Pablo de Olavide, a través de una beca doctoral por medio de la Universidad del Norte de Colombia, sustancial para investigar en Panamá Viejo y compartir esta experiencia con amigos y colegas, todos de alguna manera involucrados desde el trabajo de campo hasta la escritura de la disertación.

Al Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales en Panamá, por admitirme como asociado durante mi estancia en el país, con la bondadosa asistencia del arqueólogo PhD. Richard Cooke.

Al Patronato Panamá Viejo, y su directora Lic. Julieta de Arango, por la cordial acogida.

Todo esto no hubiera sido posible sin el apoyo, colaboración decidida y profesionalidad de un grupo significativo de personas. Entre ellas agradezco de manera especial al PhD. Juan Guillermo Martín, PhD. Beatriz Rovira y PhD. Bethany Aram, directores y tutora de la tesis, quienes aportaron para su perfeccionamiento con vehemente paciencia y acierto. Al PhD. Tomás Mendizábal y PhD. Javier Rivera Sandoval, por la colaboración y ayuda generosa.

A los alumnos de antropología de la Universidad de Panamá y a Luis Domínguez.

A la profesora Fernanda Hughes, Dr. Marcelo Weissel, PhD. Susan Kepecs, Dra. Lisette Roura, PhD. Roberto Valcárcel, PhD. Anna Karatzani, Lic. Rebecca Linsuaín y al arquitecto Felix Durán, de alguna manera presentes en este esfuerzo.

A Yaimí, Alessandra y Darío, y a toda mi familia, por la comprensión y la espera.

¡A todos, mi total agradecimiento!

## **RESUMEN:**

El estudio abre una nueva perspectiva acerca de las dimensiones de la materialidad de la muerte en la Catedral de Panamá en los siglos XVI y XVII, a partir de la sistematización del conocimiento generado en las investigaciones anteriores, la aplicación de un enfoque teórico y metodológico integrador, que entiende las prácticas funerarias y religiosas desde la incidencia de los patrones de interacción social, y recientes investigaciones arqueológicas (2017–2018), que conformaron un registro representativo de diferentes espacios del templo mediante amplias excavaciones de área abierta.

Comprueba la hipótesis del primer emplazamiento de la iglesia al sureste de la Plaza Mayor de Panamá Viejo, iniciado en 1519 y abandonado hacia 1540 para su reconstrucción en el lugar que ocupan hoy las ruinas de la antigua Catedral, con énfasis en las características de permanencia y discontinuidad que tuvo la práctica funeraria entre estas locaciones, en diálogo con los cambios que experimentó la sociedad de entonces. Muestra la variabilidad de las maneras de experimentar la muerte frente a la supuesta homogeneización de la práctica funeraria católica, haciendo visibles las disímiles expresiones materiales en relación con los factores humanos involucrados, las connotaciones de los espacios, los *habitus* culturales particulares y la movilidad social, revelando el carácter abierto e integrador que manifestó la iglesia en el seno de una sociedad colonial emergente y asimétrica.

**Palabras clave:** materialidad, muerte, Panamá Viejo, Catedral, arqueología.



## ÍNDICE DE CONTENIDO:

Lista de figuras: .....	8
Lista de tablas:.....	16
Lista de gráficos:.....	17
INTRODUCCIÓN .....	19
<b>CAPÍTULO 1. La materialidad de la muerte en arqueología. Perfilando los fundamentos teóricos y metodológicos.....</b>	<b>28</b>
1.1 La materialidad del mundo social: un posicionamiento en arqueología .....	28
1.2 Las prácticas funerarias como patrón de interacción social.....	34
1.2.1 Conocimiento, materialidad y transformación social.....	42
1.3 La agencia en arqueología: individuos, objetos y espacios.....	46
1.3.1 La agencia de los espacios construidos .....	51
1.4 Materialidad de la muerte: perspectiva metodológica .....	55
<b>CAPÍTULO 2. La Catedral de Panamá en los siglos XVI Y XVII .....</b>	<b>67</b>
2.1 La Catedral en Panamá Viejo .....	67
2.2 La ciudad: condicionantes sociohistóricos y ambientales .....	72
2.3 La Catedral en movimiento: datos constructivos e históricos .....	92
<b>CAPÍTULO 3. La Catedral de Panamá Viejo. Investigaciones arqueológicas precedentes (1998–2004).....</b>	<b>105</b>
3.1 De ciudad abandonada a sitio patrimonial y arqueológico .....	105
3.2 El contexto de los trabajos arqueológicos a partir de 1995.....	109
3.3 Intervención en 1998: nave y atrio .....	112
3.4 Enterramientos en la Catedral: las investigaciones del año 2000 .....	116
3.4.1 Investigación en las naves de la Catedral.....	117
<i>a. Estructuras arquitectónicas .....</i>	<i>118</i>
<i>b. Enterramientos en el contexto de las naves.....</i>	<i>124</i>

<i>c. Cultura material</i> .....	128
3.4.2 Rescate arqueológico en el atrio.....	129
<i>a. Estructuras arquitectónicas</i> .....	130
<i>b. Enterramientos en el contexto del atrio</i> .....	131
<i>c. Cultura material</i> .....	134
3.4.3 Bioantropología y tafonomía: fundamentos metodológicos.....	136
3.4.4 Observaciones bioantropológicas y tafonómicas: Catedral y atrio .....	141
3.5 Los posibles inicios de la Catedral: investigación de rescate al sureste de la Plaza Mayor.....	147
3.5.1 Estratigrafía y transformaciones contextuales.....	149
3.5.2 Enterramientos y observaciones tafonómicas .....	154
3.5.3 Cultura material .....	161
3.5.4 Estudios bioantropológicos .....	164
3.6 Conclusiones: consideraciones acerca del patrón funerario y el estado de las investigaciones .....	171
<b>CAPÍTULO 4. Investigaciones 2017–2018: excavaciones arqueológicas en la nave y el atrio de la Catedral y sureste de la Plaza Mayor .....</b>	<b>177</b>
4.1 Investigaciones de campo .....	177
4.1.1 Ajuste de los procedimientos de registro .....	183
4.2 Resultados estratigráficos: nave de la Catedral.....	188
4.2.1 Primera superficie de sepulturas .....	195
4.2.2 Segunda superficie de sepulturas .....	200
4.2.3 Tercera superficie de sepulturas.....	206
4.2.4 Cuarta superficie de sepulturas .....	212
4.2.5 Sepulturas más antiguas: quinta superficie.....	214
4.2.6 Sepulturas más antiguas: sexta superficie .....	215
4.2.7 Última superficie de sepulturas más antiguas .....	216
4.3 Resultados estratigráficos: atrio de la Catedral .....	218

4.4 Resultados estratigráficos: sureste de la Plaza Mayor .....	220
4.4.1 Calle de cantos rodados: unidad PVCA-3 .....	220
4.4.2 Espacio funerario: unidad PVCA-4.....	223
4.4.3 Área transformada: unidad PVCA-5.....	229
4.5 Precisiones tafonómicas: nave y atrio de la Catedral, y sureste de la Plaza Mayor .....	234
4.6 Representatividad de la materialidad del cuerpo: nave y atrio de la Catedral, y sureste de la Plaza Mayor .....	241
4.7 Conclusiones: estratigrafía arqueológica, formación de los depósitos, tafonomía y representatividad .....	243
<b>CAPÍTULO 5. Estudio de los objetos relacionados con enterramientos: nave y atrio de la Catedral y sureste de la Plaza Mayor .....</b>	<b>249</b>
5.1 Criterios de selección y características generales de la muestra.....	249
5.2 Nave de la Catedral: objetos relacionados con enterramientos .....	258
5.3 Nave de la Catedral: indumentaria por unidades estratigráficas .....	264
<i>a. Mortaja, vestimenta y ornamento personal.....</i>	<i>264</i>
<i>b. Indumentaria mágico-religiosa .....</i>	<i>273</i>
5.4 Atrio de la Catedral: indumentaria por unidades estratigráficas .....	296
<i>a. Mortaja, vestimenta y ornamento personal.....</i>	<i>296</i>
<i>b. Indumentaria mágico-religiosa .....</i>	<i>298</i>
5.5 Sur de la Plaza Mayor: Conchas marinas modificadas y candelabros .....	301
5.6 PVCA-4 al sureste de Plaza Mayor: objetos relacionados con enterramientos ..	308
5.7 PVCA-4 al sureste de Plaza Mayor: indumentaria en el contexto funerario.....	311
5.8 PVCA-3 al sureste de Plaza Mayor: una cuenta del siglo XVI.....	313
5.9 PVCA-5 al sureste de Plaza Mayor: indumentaria en un hueco de basura.....	314
<i>a. Mortaja, vestimenta y ornamento personal.....</i>	<i>314</i>
<i>b. Indumentaria mágico-religiosa .....</i>	<i>316</i>
5.10 PVCA-5 al sureste de Plaza Mayor: indumentaria en contexto transformado .	317
<i>a. Mortaja, vestimenta y ornamento personal.....</i>	<i>317</i>

<i>b. Indumentaria mágico-religiosa</i> .....	318
5.11 Conclusiones: indumentaria de la práctica funeraria y religiosa, variabilidad y contexto arqueológico .....	321
<b>CAPÍTULO 6. La materialidad de la muerte en la Catedral de Panamá. Siglos XVI Y XVII ..</b>	<b>325</b>
6.1 Bautismo y muerte: materialidad de la interacción religiosa en la primera Catedral (1519-1540) .....	325
6.2 Materialidad de la práctica funeraria en la segunda Catedral (finales del siglo XVI hasta 1671).....	343
6.3 Conclusiones: la dinámica de la materialidad de la muerte .....	363
<b>CONCLUSIONES:.....</b>	<b>367</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA: .....</b>	<b>376</b>

## Lista de figuras:

Figura 2.1. Ubicación de Panamá en Centroamérica y la costa del Pacífico. (Tomado de Google maps. 2017).....	68
Figura 2.2. Ubicación del Conjunto Monumental Histórico de Panamá Viejo en la ciudad (Tomado de Google maps. 2017).....	69
Figura 2.3. Localización de la segunda Catedral en el sitio arqueológico de Panamá Viejo (Tomado de Google maps. 2017).....	70
Figura 2.4. Plano de la Catedral con la distribución del templo: naves (A), atrio (B), capilla al oeste o De las Ánimas (D), Capilla al este o de la Concepción (E), presbiterio y altar (C y H), sacristía (I) y torre (J). ....	71
Figura 2.5. Plano proyectivo de la ciudad de Panamá de 1586, elaborado por Bautista Antonelli. Biblioteca del Museo Naval (Madrid). En rojo el camino angosto en el mismo borde de la costa que representa la calle de la playa. ....	79
Figura 2.6. Plano de la ciudad de Panamá realizado por Cristóbal de Roda en 1609, donde se han señalado con semicírculos de color rojo tenue el área del puerto (abajo) y de la Plaza Mayor (arriba). Copia digital tomada de PARES, código de referencia: ES.41091.AGI/27.20//MP-PANAMA, 27.....	83
Figura 2.7. Pavimento de cantos rodados con maestras de este a oeste, en la calle al este del convento de Santo Domingo, en Panamá Viejo, investigado arqueológicamente el año 2000. Tomado de Martín (2001: 230).....	85
Figura 3.1. Ruinas de la antigua Panamá el 28 de mayo de 1908. Autor William J. Ewen, tomada de División de Grabados y Fotografías de la Biblioteca del Congreso de EE. UU., en Washington, DC.....	107
Figura 3.2. Delimitación del Conjunto Monumental Histórico en el área de Panamá Viejo y ubicación de la Catedral. Tomado y transformado a partir de Martín y Arango (2013: 160).....	109
Figura 3.3. Plano con la retícula macro utilizada para la ubicación de las calas en el interior del templo. Confeccionado a partir del plano ofrecido en el informe técnico, donde se han señalado en una planta del edificio: A- Atrio y B-Área de prospección al interior de la Catedral.....	114
Figura 3.4. Imagen tomada del informe de los trabajos en el año 2000, aparece el árbol derivado y se pueden apreciar las características del atrio, delimitado por un murete de contención. ....	116
Figura 3.5. Plano de la Catedral con la cuadrícula establecida para la ubicación y registro, donde aparecen en color rojo las excavaciones con enterramientos en el atrio, y el interior	

de la nave (B10 y A1B1), además del área del presbiterio (A1-2 y 3), en la esquina noreste. .....	117
Figura 3.6. A- Ubicación de la zarpa en el interior del muro este, B- momento en el cual comenzó a retirarse las bases de cemento gris muy cerca de la cuadrícula A1. En el plano se aprecia la disposición de las bases en la nave. Imagen confeccionada con el plano realizado por Markela Quesada en marzo de 2000 y las fotos que aparecen en el informe. .....	119
Figura 3.7. Sistema de cimentación detectado al retirar las bases de concreto, al oeste y este de la nave. Imágenes tomadas del informe de los trabajos. ....	119
Figura 3.8. Imágenes tomadas del informe y ubicadas en los espacios donde fueron observados los elementos en el interior de la nave, se puede apreciar la tubería eléctrica que atraviesa el área, y en la imagen perteneciente al lado este, el diseño espina de pez en fragmentos del piso.....	121
Figura 3.9. Localización de las imágenes que ofrece el informe según los rasgos detectados. Arriba huellas de la cimentación de la pared que dividía el espacio de la capilla y la nave. Abajo fragmento de piso de ladrillo, horcón y piedra cuadrada y biselada en dirección este-oeste. ....	123
Figura 3.10. Excavación en el baptisterio, con el rectángulo mencionado y la pila bautismal. Abajo detalle de la base de ladrillos de la pila. Imágenes tomadas del informe. .....	124
Figura 3.11. Enterramiento PV1C (UE-52) localizado en el cuarto nivel de la cuadrícula A1B1. Imagen y dibujo del informe con la información básica obtenida en el momento de la excavación.....	126
Figura 3.12. Ficha de registro de uno de los enterramientos no exhumado, en el noveno nivel del corte B10, aportada en el informe. Donde se observan otros registros óseos cercanos al individuo.....	127
Figura 3.13. Ubicación y características de la zarpa (arriba señalada con saeta en negro) y el muro del atrio (abajo). Obsérvese la correspondencia entre el nivel de la zarpa y el de la superficie del piso del atrio, y las relaciones del murete con el pavimento de cantos rodados. Imágenes tomadas del informe de investigación. ....	131
Figura 3.14. Individuos 1 (PV7C) (UE-62) y 2 (PV6C) (UE-61) del tercer nivel en sus respectivas posiciones. Nótese a la izquierda el detalle de la piedra para mantener la posición de la cabeza. Imágenes tomadas de los archivos y el informe de investigación. .....	133
Figura 3.15. Pasamanos recuperados en el interior de la iglesia, del tipo I (A) y los del atrio, del tipo II (B). Imágenes y dibujos tomados del archivo de la investigación. ....	135

Figura 3.16. Imagen y ficha de registro de PV3C (UE-57) y PV5C (UE-59), en el quinto nivel del corte B10, donde se aprecia las posiciones de ambas sepulturas y la complejidad del depósito por las continuas inhumaciones. ....	143
Figura 3.17. Individuos PV10C (a la izquierda) y PV11C (a la derecha) durante el proceso de excavación, obsérvese las alteraciones y la escasa representatividad de los esqueletos. ....	145
Figura 3.18. Efecto de borde detectado por la posición del cráneo y las vértebras cervicales en la sepultura PV2C (UE-54), nivel 4 de la unidad B10. Se aprecia también la compresión bilateral de los hombros y el hundimiento de la caja torácica. Imagen tomada del archivo del informe.....	146
Figura 3.19. A-Localización de las excavaciones al suroeste de la Catedral. Tomado y transformado a partir de Martín y Rovira (2012: 18). ....	147
Figura 3.20. Ubicación de los cortes de la excavación en el área sureste de la Plaza Mayor. Imagen tomada del Informe.....	148
Figura 3.21. Declive del terreno en el sector sur luego de que se retirara parte del relleno de piedras en las cuadrículas A4, B4 y C4, aún observable en el perfil sur. Imagen tomada del informe. ....	151
Figura 3.22. Perfil norte de la cuarta unidad, donde se aprecia la envergadura de las transformaciones en ese sector, el declive que presenta el terreno pudo haber sido causado por las obras de transformación del espacio. ....	154
Figura 3.23. Sepultura 3 (UE-21) en el séptimo nivel de la primera unidad, con evidentes perturbaciones. Obsérvese la posición cruzada de las extremidades superiores sobre la pelvis. Imagen tomada del informe.....	156
Figura 3.24. Sepultura 3 (UE-36) en la cuadrícula B1 del séptimo nivel, donde se aprecian las alteraciones causadas por la transformación del contexto, la posición de las extremidades, las articulaciones estrictas y la compresión bilateral en los hombros. ....	158
Figura 3.25. Material óseo del cuarto enterramiento UE-23 de la primera unidad. Imagen tomada de los archivos del proyecto de arqueología funeraria. Cortesía de Martín Rincón. ....	167
Figura 3.26. Décimo enterramiento UE-30 de la primera unidad excavada al sureste de la Plaza Mayor. En semicírculo la tibia izquierda afectada por fractura, que propició además la postura ligeramente ladeada del cuerpo, con la semiflexión de la pierna derecha.....	169
Figura 4.1. Área inicial en el interior de la Catedral, sin los adoquines, la arena de nivelación y el geotextil que cubría el piso. ....	178

Figura 4.2. Plano de la Catedral con la localización de las unidades de excavación: PVCA-1 en la nave y PVCA-2 en el atrio. ....	179
Figura 4.3. Las excavaciones en la Catedral y el atrio vistas desde el ala norte de la torre, al final de la temporada 2017.....	180
Figura 4.4. Localización de las unidades de excavación de 2018 en torno al área trabajada en el 2003 y 2004 (A). B- PVCA-3, C-PVCA-4, D y E calas 4 C y 5C respectivamente, F- cala 6C, G-cala 7C y D-PVCA-5.....	182
Figura 4.5. Vista aérea de las excavaciones de 2018 al sureste de la Plaza Mayor, tomada con dron desde el lado norte al culminar la temporada.....	182
Figura 4.6. Ortofoto del área inicial PVCA-1 en el interior de la Catedral, donde están señaladas las primeras UE y los límites horizontales entre las mismas. Se pueden apreciar los evidentes contrastes de color entre los rellenos (UE-1001, 1002 y 1003) que antecedieron la colocación de las bases.....	190
Figura 4.7. Moneda localizada en la UE-1004, en mal estado de conservación en su anverso (a la izquierda), perteneciente a la primera tipología de las monedas coloniales acuñadas en Hispanoamérica. ....	193
Figura 4.8. Monedas por sus dos caras, recuperadas en la UE-1002. A la izquierda ejemplar de la tipología I, que llega hasta los primeros años de la segunda mitad del siglo xvii. A la derecha de tipología II, acuñada en Potosí. ....	194
Figura 4.9. Moneda de Medio Real por sus dos caras, localizada en la UE-1009 próxima al entierro UE- 1057.....	196
Figura 4.10. Ortofoto de la UE-1081 con la numeración de los primeros enterramientos documentados. Donde se han señalado los reducidos. ....	198
Figura 4.11. Entierro UE-1043 aún en proceso de excavación. A la izquierda, cuando le fue retirado el lebrillo, y a la derecha descubierto de la tierra que lo cubría. Obsérvese la proximidad del cimientto y la ausencia de buena parte de los huesos craneales. ....	199
Figura 4.12. Fotografía aérea de la interfaz UE-1146, realizada con un Dron por el arquitecto Félix Durán. Se puede apreciar los efectos de la remoción de material óseo, el corte de unas sepulturas por otras y la superposición de osamentas, vestigios del uso intensivo de este nivel. Se han señalado las últimas acciones representadas en la secuencia de entierros UE-1141, 1127 y 1126. ....	202
Figura 4.13. Imagen de la UE-1080 desde la esquina suroeste, en pleno proceso de excavación. Están señalados los desplazamientos y conglomerados de huesos y cráneos al sur de los entierros.....	203



Figura 4.14. Entierro UE-1088 en la Interfaz UE-1146, al lado los huesos de unas extremidades inferiores (UE-1148), que conservaron las articulaciones de piernas y pies tras ser removidas.....	203
Figura 4.15. Entierros UE-1121 y 1122 en la esquina noreste de la unidad, al pie del cimiento UE-1008, sepultados en una fecha anterior a 1626.....	205
Figura 4.16. Moneda por sus caras localizada cerca de UE-1170, perteneciente a la tipología I.....	207
Figura 4.17. Ortofoto de la interfaz UE-1150, Obsérvese el grado de alteración de los enterramientos, indicios de las complejas relaciones estratigráficas en este depósito. ....	208
Figura 4.18. Imagen de la UE-1150 desde la esquina suroeste del área de excavación, con las señalizaciones de los conglomerados y desplazamientos de huesos al sur de los entierros. ....	210
Figura 4.19. Restos de un infante (UE-1169 y 1170) en la interfaz UE-1150, removida la parte del tórax encima de los huesos de las piernas, conservando las articulaciones.	210
Figura 4.20. Entierro UE-1174 en la interfaz UE-1173. EL cráneo se encuentra desplazado por la base UE-1008.....	213
Figura 4.21. Imagen de la superficie UE-1177 desde el lado oeste del área de excavación, con el único entierro localizado, UE-1176. ....	214
Figura 4.22. A la izquierda ortofoto de la interfaz UE-1179, donde aparece el entierro UE-1180, ampliado a la derecha. Obsérvese las perturbaciones mencionadas y los desniveles de la fosa cóncava. ....	215
Figura 4.23. Entierro UE-1183 cortado por la base UE-1008 en la interfaz UE-1184.	217
Figura 4.24. Cala UE-1187 al pie de la base UE-1008 en la parte norte de la excavación, demostrando la relación física con la roca sedimentaria UE-1188.....	217
Figura 4.25. Ortofoto de la superficie UE-2002, en proceso de excavación, donde fueron numerados los registros óseos y señaladas las huellas de las antiguas raíces. ....	219
Figura 4.26. Entierro UE-2008 en la interfaz UE-2002, obsérvese la posición y las afectaciones mencionadas.....	220
Figura 4.27. Parte de la excavación PVCA-3 al sureste de la Plaza Mayor, donde se han señalado las unidades estratigráficas: 2- relleno, 4- corte para cimentar la guía central de la calle, 7- argamasa con cemento para colocar los bloques de la guía, 8- argamasa de cimentación para la guía en la parte sur de la calle, 10-corte identificado al sureste, 11- relleno de arena del corte UE-10. ....	222

Figura 4.28. Unidad PVCA-4 al oeste del área funeraria excavada en 2003 y 2004, donde se han señalado las primeras unidades estratigráficas. Fotografía aérea realizada con Dron por el Dr. Juan Guillermo Martín.....	224
Figura 4.29. Moneda del primer diseño con desgastes en sus campos, recuperada en UE-4004. No presenta denominación, ni Ensayador ni seca, sólo en el anverso escudo de dominios de España y en el reverso al centro una cruz con los reinos de castilla y león. ....	225
Figura 4.30. Superficie de enterramientos UE-4006, con los cortes y rellenos que afectaron el registro funerario. Fotografía aérea realizada con Dron por el Dr. Juan Guillermo Martín. ....	227
Figura 4.31. Moneda encontrada en la UE-5010. El campo central en el anverso, a la izquierda, está muy deteriorado y en el reverso se advierte la F coronada entre dos B (ceca). ....	231
Figura 4.32. Unidad de excavación PVCA-5, donde se han señalado las primeras UE en el lado oeste y las últimas lecturas estratigráficas al este.....	232
Figura 4.33. Real de a uno localizado en la UE-5011, fecha de acuñación visible en el anverso a la izquierda. ....	233
Figura 4.34. Cráneo de la UE-1086 en la superficie UE-1146, asegurada su orientación con un fragmento de cerámica. ....	238
Figura 4.35. Área de enterramientos al sureste de la Plaza Mayor, según los resultados de las investigaciones de 2003, 2004 y 2018. ....	248
Figura 5.1. Hilos metálicos localizados en UE-1042. (A): Conjunto en el que se observa la forma trenzada para la confección de las hebras. (B): Banda tejida con hilos metálicos. Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	259
Figura 5.2. Entierro UE-1042 en la interfaz UE-1081 en el momento del hallazgo del botón de plata en filigrana (A), en el recuadro arriba a la derecha una ampliación de la localización en la osamenta (B) y la pieza restaurada (C).....	261
Figura 5.3. Pasamanos del tipo Cabeza de Turco localizados en UE-1049: A-en el espacio intercostal. Obsérvese el orificio para engarzar las piezas. B- Uno de los adheridos a los huesos de la mano derecha. Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	262
Figura 5.4. Fragmentos de sortijas con engaste de forma cuadrada excavados en la UE-1080, a la derecha imagen obtenida con microscopio digital, que detalla la corona con restos de vidrio de color verde. ....	264
Figura 5.5. Aretes recuperados en las UE-1080 y 1149, de plata (A) y de vidrio (B). Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	265

Figura 5.6. Agujetas o herretes: en plata de la UE-1080 (A) y (B) agujetas de oro –arriba– y aleación de cobre de la UE-1149. ....	267
Figura 5.7. (A) Botón de vidrio negro recuperado en UE-1001, se puede observar la huella del vástago de alambre de hierro para el ojo de sujeción y la evidencia del enrollado. (B) Botón esférico de aleación de cobre con huellas de baño dorado. Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	268
Figura 5.8. Hebillas localizadas en la UE- 1002 (A) y en la UE- 1080 (B). ....	269
Figura 5.9. Alfileres y pasamanos localizados en la UE-1080, en el interior de la Catedral. Se aprecian los rasgos del deterioro mencionado en los dos conjuntos.....	270
Figura 5.10. Cuentas de factura tradicional prehispánica: en vertebras de pescado (A, B y D, E) y conchas marinas (C, F, G y H) de las UE-1080, 1149 y 1151. Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	272
Figura 5.11. Pequeño corazón en molusco marino ( <i>Argopecten circularis</i> ) hallado en la UE-1080. ....	275
Figura 5.12. Piezas redondeadas elaboradas en bivalvos, recuperadas en la UE-1002 (A), UE-1080 (C), UE-1149 (B), y molusco no identificado en UE-1151 (D). ....	276
Figura 5.13. Higa de hierro aún no restaurada con sistema de sujeción para la ropa (A) y sujetador suelto (B), pertenecientes a la UE-1004.....	278
Figura 5.14. Colgante de piedra de la UE-1080 (A) y sección del borde inferior de la pieza donde se aprecia la cruz formada por las vetas naturales de la roca (B). Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	278
Figura 5.15. A la izquierda la representación de la imagen religiosa tallada en hueso hallada en la UE-1080, a la derecha la parte posterior de la pieza, donde se observa la cavidad medular. Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	280
Figura 5.16. Medalla de la Inmaculada Concepción y el Santísimo Sacramento, rescatada en la UE-1002. Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	282
Figura 5.17. Medalla devocional localizada en la UE-1004, dedicada a los cinco santos canonizados en 1671. Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	284
Figura 5.18. Medalla dedicada a San Alejo de Roma y la Virgen de la Piedad, rescatada en la UE-1009. Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	286
Figura 5.19. Medalla de la UE-1080, dedicada a la Compañía de Jesús en las figuras de San Ignacio Loyola y San Francisco Javier. ....	287
Figura 5.20. Cristo y estación de rosario de la UE-1080, obsérvese en los pies de la figura el orificio para la fijación en la cruz. ....	289

Figura 5.21. Diferentes tipos de cuentas de ámbar utilizadas en la confección de rosarios, originalmente teñidas de color rojo. UE-1002: A, UE-1004: B, UE-1009: C, UE-1080 D, E y F. Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	289
Figura 5.22. Cuentas tipo Chevrón del modelo de siete capas vítreas (A y B) (UE-1001) y de cinco capas (C y D) (UE-1149). Imágenes obtenidas con microscopio digital.....	293
Figura 5.23. Cuentas de vidrio: Grosella (A) de la UE-1001, turquesa lisa (B) de la UE-1080, de semillas (C y D) de la UE-1149 y ágata roja y blanca (E) de la UE-1002. Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	296
Figura 5.24. Dos de los pasamanos hallados en la UE-2001, similares a los encontrados en este mismo contexto en las excavaciones arqueológicas del año 2000. Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	297
Figura 5.25. Botón en forma de domo fundido de metal, representando una flor de tres pétalos (A) y fragmentos de sortija con engaste cuadrado, pertenecientes a la UE-2010. Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	298
Figura 5.26. Cuentas de vidrio recuperadas en la excavación del atrio en la UE-2001 (A, B, C Y D) y en la UE-210 (E). Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	299
Figura 5.27. Pequeño amuleto en forma de corazón por sus dos caras, con orificio de sujeción en la parte superior, rescatado en la UE-2001. Imágenes obtenidas con microscopio digital.....	300
Figura 5.28. Medallón religioso con el emblema del águila bicéfala coronada en el anverso (izquierda), donde se observa la dirección del golpe y la curvatura, en el reverso se puede apreciar el color del metal. ....	301
Figura 5.29. Variaciones de tamaño en el conjunto de conchas por tipo de modificación. A)- Pertenecientes a la UE-4008 de la unidad 4, B)- UE-5001 de la unidad 5, C)- UE-5002 de la unidad 5, D)- UE-5001 de la unidad-5, E)- UE-4020 de la unidad 4, F)- UE-4008 de la unidad 4 y G)- UE-5001 de la unidad 5.....	305
Figura 5.30. Candelabros de la UE-4008: Tallado en arenisca blanda a la izquierda y en cerámica a la derecha. ....	308
Figura 5.31. Alfileres de metal y cuentas de rosario recuperadas en los entierros UE-4007 y UE-4019. A la izquierda la ubicación donde fueron encontrados. ....	309
Figura 5.32. Hebilla recuperada en el entierro UE-4023 de la superficie UE-4006. ...	310
Figura 5.33. Cuenta de collar localizada en la UE-4008 de la cuarta unidad excavada al sureste de la Plaza Mayor. ....	311
Figura 5.34. Botón labrado en concha anacarada, A- cara anterior y B-cara posterior. ....	312
Figura 5.35. Herretes de metal de las UE-4008 (A y B) y de la cala 7C (C). ....	312

Figura 5.36. Cuenta Nueva Cádiz de la cala 2C en la unidad 3. ....	313
Figura 5.37. Herrete de metal localizado en la UE-5002. ....	315
Figura 5.38. Artefactos recuperados en la UE-5002, elaborados en conchas y hueso para el uso personal.....	316
Figura 5.39. Medalla religiosa de la UE-5002, dedicada a Santo Tomás de Villanueva. Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	317
Figura 5.40. Punta metálica de funda de arma blanca, hallada en UE-5010.....	318
Figura 5.41. Medalla devocional de la UE-5001, dedicada a San Carlos de Borromeo. Imágenes obtenidas con microscopio digital. ....	319
Figura 5.42. Campana en aleación de cobre de la UE-5001, probablemente para el acarreo de animales pequeños. ....	320
Figura 5.43. Fragmentos de anillos de azabache de la UE-5011, uno de ellos decorado en forma de flor. ....	320

**Lista de tablas:**

Tabla 2.1 Relación de profesiones y oficios en 1607, según el Informe de la Audiencia de Panamá (1908: 169). ....	90
Tabla 3.1. Principales resultados bioarqueológicos de los 34 registros estudiados por el proyecto de arqueología funeraria. Tomado de la base de datos de ArtEmpire. <a href="http://artempire.cica.es">http://artempire.cica.es</a> . Accesado en febrero de 2019. ....	164
Tabla 3.2. Comparación de información arqueológica de contextos funerarios hispanos, en época colonial temprana en América. Presentado por Martín (2002: 48). ....	172
Tabla 4.1. Variaciones en la posición de los entierros en la superficie UE-1081 en la unidad PVCA-1 .....	235
Tabla 4.2. Variaciones en la posición de los entierros en la superficie UE-1146 en la unidad PVCA-1 .....	236
Tabla 4.3. Variaciones en la posición de los entierros en la superficie UE-1150 de la unidad PVCA-1 .....	239
Tabla 4.4. Variaciones en la posición de los entierros en las cuatro superficies más antiguas de PVCA-1 .....	239
Tabla 4.5. Variaciones en la posición de los entierros en la superficie UE- 2002 de la unidad PVCA-2 .....	240
Tabla 4.6. Variaciones en la posición de los entierros en UE-4006 en la unidad PVCA-4 al sureste de la Plaza Mayor.....	240

Tabla 5.1. Indumentaria por unidades estratigráficas en la excavación del interior de la Catedral (PVCA-1) .....	251
Tabla 5.2. Indumentaria por unidades estratigráficas de la excavación en el atrio de la Catedral .....	253
Tabla 5.3. Indumentaria por unidades estratigráficas en la excavación de la unidad 4 y las calas 6 y 7 al sureste de Plaza Mayor.....	255
Tabla 5.4. Indumentaria por unidades estratigráficas en la excavación de la unidad 3 y la cala 2C al sureste de Plaza Mayor .....	256
Tabla 5.5. Indumentaria por unidades estratigráficas en la excavación de la unidad 5 al sureste de Plaza Mayor .....	257
Tabla 5.6. Frecuencia y distribución de objetos acompañantes localizados en enterramientos. Excavación del interior de la Catedral de Panamá Viejo. ....	258
Tabla 5.7. Especies de moluscos modificados por unidades de excavación y estratigráficas al sureste de la Plaza Mayor.....	302
Tabla 5.8. Correlación de modificaciones y tamaños por unidades de excavación al sureste de la Plaza Mayor .....	306
Tabla 6.1. Principales resultados bioarqueológicos de los 14 individuos exhumados al sureste de la Plaza Mayor en el 2018 y la distribución de los objetos acompañantes relacionados. Tomado de la base de datos del proyecto ArtEmpire. <a href="http://artempire.cica.es">http://artempire.cica.es</a> . Accesado en abril de 2019. ....	335
Tabla 6.2. Principales resultados bioarqueológicos de los individuos exhumados en la nave y el atrio de la Catedral en el 2017 y la distribución de los objetos acompañantes relacionados. Tomado de la base de datos del proyecto ArtEmpire. <a href="http://artempire.cica.es">http://artempire.cica.es</a> . Accesado en abril de 2019. ....	348

**Lista de gráficos:**

Gráfico 3.1. Naves de la Catedral. Nivel 1 frecuencia de materiales.....	129
Gráfico 3.2. Naves de la Catedral. Niveles 2-10 frecuencia de materiales.....	129
Gráfico 3.3. Frecuencia de materiales unidad 1 .....	162
Gráfico 3.4. Frecuencia de materiales unidad 2.....	163
Gráfico 3.5. Frecuencia de materiales unidad 3.....	163
Gráfico 3.6. Frecuencia de materiales unidad 4.....	163
Gráfico 4.1. Secuencia estratigráfica hasta los depósitos UE-1004 y UE-1002, donde se advierten de manera horizontal los cráneos desplazados. ....	194
Gráfico 4.2. Secuencia de las relaciones estratigráficas del depósito UE-1009 e interfaz UE-1081 .....	200

Gráfico 4.3. Secuencia estratigráfica del depósito UE-1080 e interfaz UE-1146.....	206
Gráfico 4.4. Secuencia estratigráfica del depósito UE-1149 e interfaz UE-1150.....	211
Gráfico 4.5. Últimas relaciones estratigráficas de la excavación con las etapas correspondientes. El diagrama completo de la Matriz de Harris para las relaciones de las UE se encuentra en el Apéndice 1.....	212
Gráfico 4.6. Secuencia de estratos e interfaces correspondientes a la intervención en el atrio.....	218
Gráfico 4.7. Secuencia estratigráfica de PVCA-3, con una etapa trascendental de acciones en el siglo xx. ....	223
Gráfico 4.8. Secuencia estratigráfica de PVCA-4, con las tres etapas de formación. ..	228
Gráfico 4.9. Secuencia estratigráfica de PVCA-5, con dos etapas de formación y transformación. ....	234
Gráfico 5.1. Objetos relacionados con la práctica mortuoria por UE en PVCA-1. ....	252
Gráfico 5.2. Indumentaria según ámbito de uso y objetos facturados en piedra, hueso y molusco marino por UE en PVCA-1. ....	253
Gráfico 5.3. Indumentaria según ámbito de uso y objeto facturado en molusco marino por UE en PVCA-2. ....	254
Gráfico 5.4. Indumentaria según ámbito de uso y objetos facturados en molusco marino por UE en PVCA-4 y calas 6C y 7C.....	255
Gráfico 5.5. Indumentaria según ámbito de uso y objetos facturados en molusco marino y hueso por UE en PVCA-5. ....	257
Gráfico 5.6. Formas de las conchas marinas por unidades de excavación al sureste de la Plaza Mayor. ....	303
Gráfico 5.7. Especies de moluscos modificados por unidades de excavación al sureste de la Plaza Mayor. ....	304

## INTRODUCCIÓN

El arribo y rápida dispersión de la cultura europea en el Nuevo Mundo, como parte de su expansión a partir del siglo xv, conformó un proceso de transformaciones multifacéticas cada vez más complejas a medida que fueron avanzando las relaciones coloniales. El sometimiento de los naturales americanos a un régimen de esclavitud y semi-esclavitud, desmembró las antiguas estructuras socio-económicas, políticas y demográficas en los espacios ocupados, lo que conllevó la introducción de africanos como mano de obra esclava, para dar paso definitivo al desarrollo de nuevos contextos históricos.

En la ciudad de Panamá esta realidad estuvo signada por la drástica disminución de la población indígena tras el contacto europeo –lo que no significó su extinción sino la búsqueda y el reacomodo de variadas maneras de supervivencia (Cooke *et al.* 2003: 32–34) – y la temprana presencia de población africana y mestiza, que para los inicios de la décimo séptima centuria eran mayoría en pleno proceso de resocialización (Mena 2000: 141). En este escenario los grupos humanos involucrados interactuaron desde una situación social asimétrica, ensayando un mundo simbólico y material diferente, que transformó desde los primeros momentos, y de manera definitiva y diferenciada, a la totalidad de los participantes (Ortiz 2015: 232).

Es un hecho que Panamá por su posición geográfica en el Pacífico se convirtiera en el centro de expediciones para el sometimiento y control del Istmo, América central y del sur, eje comercial de una de las principales rutas del Imperio Español, y a su vez ciudad de paso, donde más allá de la virtual tolerancia al variado mestizaje étnico que provocó este entorno (Mena 1984: 175), experimentó una apertura singular en las expresiones de las materialidades sociales, dada la confluencia y trasiego continuo de mercancías, conocimiento, ideas, insumos y gentes, ganando una fisonomía notoriamente propia.



Estas particularidades se objetivaron en una acentuada dinámica social, que marcó asimismo las variadas maneras de experimentar el fenómeno de la muerte dentro de los preceptos de la tradición cristiana dominante y aparentemente homogeneizadora, convirtiendo la Catedral, como a otras instituciones eclesiásticas, en espacio de producción y reproducción social, y al mismo tiempo, ámbito delimitador y favorecedor de los posibles comportamientos sacramentales según la extracción social de los individuos. Precisamente, la expresión material de la muerte, bajo estas condiciones y premisas, es el objeto de la investigación que sustenta esta disertación.

Desde el nacimiento de la ciudad, fundada con el título de Nuestra Señora de la Asunción de Panamá por disposición de Pedrarias Dávila en agosto de 1519, la iglesia principal funcionó acorde a la importancia que tenía la conversión cristiana para los propósitos de dominio y el fortalecimiento de la fe católica como esquema ideológico cohesionador. En este sentido mantuvo las inhumaciones, como parte de los oficios religiosos, en los predios sagrados hasta su destrucción y abandono tras el ataque del pirata inglés Henri Morgan en el año de 1671, guardando un registro funerario representativo de la sociedad panameña en los dos primeros siglos de existencia.

Del punto de vista arqueológico algunas zonas de la Catedral fueron investigadas en los años 1998 (Brizuela 1998), 2000 (Martín 2000a, 2000b) y 2003–2004 (Martín 2003–2004), desde una perspectiva teórica implícita que asumió la existencia de una estrecha relación entre las particularidades sociales y las manifestaciones del ritual funerario, donde contexto mortuorio, cuerpo y cultura material asociada son inmanentes a un fenómeno acotado por la imposición de la religión católica. Pero los proyectos fueron puntuales y con propósitos de rescate, relacionados con acciones restaurativas y constructivas para la puesta en valor de las ruinas y las zonas aledañas. Los resultados permitieron adelantar ciertas conjeturas acerca de la regularidad del patrón funerario y

la localización originaria de la Catedral al sureste de la Plaza Mayor, hipótesis descartada en sus inicios, pero que ganaría sentido más adelante desde de la contrastación arquitectónica y urbanística con las primeras ciudades en el Caribe antillano (Durán 2005: 33–34) y el análisis crítico de los procedimientos de campo y la perspectiva estratigráfica desarrollada en las excavaciones (Martín Rincón, comunicación personal 2017).

Las investigaciones destacaron el carácter normalizador y homogeneizante del esquema mortuario, palpable en los efectos de los rituales funerarios: como la orientación de los cuerpos, la reproducción de la posición devota para el tránsito al más allá, la pobreza artefactual y el uso de mortaja como signos de humildad, un patrón más o menos recurrente en la América española colonial (Martín y Díaz 2001: 73) (Martín 2002: 98). Pero el hallazgo novedoso de algunos fragmentos de hilos metálicos dorados y pasamanos con formas desiguales en las sepulturas de la nave y el atrio de la Catedral, originó incertidumbre en este esquema de pobreza, por su empleo ornamental en el vestido de los difuntos y al ser admitidos como elementos de ostentación, atribuidos a gente de elevado nivel económico, indicando la posibilidad de alguna diferenciación social, de manera prácticamente independiente a la connotación de los espacios (Martín y Figueroa 2001: 223) (Martín 2001–2002: 68) (Martín 2002: 100). Estas investigaciones permitieron la disponibilidad de un registro arqueológico para futuros estudios, que debían ser ampliados mediante nuevas intervenciones, para una adecuada representatividad y caracterización del patrón funerario de época colonial temprana en Panamá.

En efecto, los resultados que expone esta disertación se encaminan a una caracterización de la dinámica de la materialidad de la muerte en el ámbito de la Catedral de Panamá en los siglos XVI y XVII, a partir de otra perspectiva teórica, que sitúa las

regularidades arqueológicas del contexto funerario dentro del patrón de interacción religiosa, a partir de un argumento interpretativo que estima la variabilidad mortuoria como evidencia de las maneras específicas de enfrentar y convivir con el fenómeno de la muerte, bajo la supuesta homogenización cultural –del patrón funerario– que significó la imposición y aceptación del ritual católico desde las particularidades sociales. Las preguntas formuladas para arribar a este propósito se dirigieron a conocer: ¿Cómo se materializa la muerte en la Catedral, de acuerdo con las respuestas culturales específicas y la variabilidad social?, ¿Cuáles son los elementos materiales particulares de las respuestas culturales específicas y la variabilidad social en este contexto funerario colonial, regularizado por la cosmovisión católica? y ¿Qué significan estas señales específicas en la materialidad de la muerte?

El registro arqueológico para esta investigación se obtuvo por excavaciones extensivas en la nave y el atrio de la Catedral y al sureste de la Plaza Mayor en Panamá Viejo, desarrolladas en temporada de seca entre los años 2017 y 2018, bajo la dirección del PhD. Juan Guillermo Martín, como parte del programa: *An Artery of Empire. Conquest, commerce, crisis, culture and the panamanian junction (1513–1671)*, de la Universidad Pablo de Olavide (UPO), financiado por el European Research Council en el marco de Horizon 2020 (ERC CoG 648535), dirigido y coordinado por la PhD. Bethany Aram.

La perspectiva teórica asumió que la conformación del mundo social es un ámbito complejo de interacción entre individuos y materialidades creadas, transformadas y utilizadas, con papel activo no sólo en la iniciación y modificación de la capacidad de acción (agencia) y la conducta humana, sino porque está significativamente construida por esta, o sea posee función simbólica reflejada en las prácticas y dinámicas de la vida y la muerte (Thomas 2005: 15) (Tilley 2006a: 3–4) (Robb 2010: 504–505). Esta perspectiva se aplicó para entender la materialidad como proceso y las relaciones

artefactuales, a partir de la premisa de que los sujetos y los objetos no son opuestos, sino que están ineludiblemente vinculados (Tilley 2006a: 4-5).

El enfoque teórico de la complejidad social permitió examinar la materialización de la muerte como un patrón de interacción, en tanto proceso de interconexión de las acciones de los individuos y grupos, donde se concretan los regímenes de prácticas de una sociedad. Los patrones, como eslabones básicos de organización de las interacciones sociales, poseen rasgos definidos, admitidos como indiciales, que sintetizan su carácter situacional, histórico, espacial e irrepetible (Sotolongo 2006: 217). El estudio detallado de los aspectos del patrón o la indicidad de la interacción funeraria propiciaron establecer las variabilidades de las respuestas ante la muerte, observables en la materialidad del cuerpo (sus quiénes involucrados), de la práctica funeraria (su qué, dónde, cuándo y cómo se realiza) y de los condicionamientos sociales que brindaron un acercamiento a los móviles sociales, las circunstancias y los propósitos (su para qué y por qué).

En virtud de estas premisas, se sostiene la idea de que las relaciones materializadas en el contexto de la muerte, tienen que ser estudiadas desde un enfoque inclusivo de múltiples líneas de evidencias, que puedan brindar datos acerca de las instancias del patrón de interacción, y la integración de técnicas y métodos de la bioarqueología y la arqueología, que han venido combinando disímiles tipos de registros, para explorar procesos sociales, instrumentando un enfoque general que enfatiza el estudio arqueológico de las sociedades humanas como dominio científico compartido, en términos de teoría interdisciplinaria acerca de la realidad social (Funari, Hall y Jones 1999: 5-7). El estudio además tuvo presente la utilización de las propuestas de la perspectiva histórica, la antropológica y la arqueología de la arquitectura para el análisis del tema y sus relaciones concretas.

EL examen de los cuerpos produjo un cúmulo de datos de la realidad biológica de los individuos y grupos, a partir de las posibilidades que brindan los restos óseos, no separables del cuerpo cultural, social y político, mantenido en vida como parte de un sector social, que confirió los rasgos detectables por sus condiciones de existencia (Stutz 2008: 22) (Rivera 2012: 387), coherentes, además, con las particularidades del manejo del cadáver, que establece el patrón funerario de interacción social. Estas huellas fueron analizadas a través del prisma religioso y social del cual formaron parte, con el análisis de la información histórica disponible, instaurando un panorama sintonizado con las objetivaciones en el registro y la materialidad de la memoria, en términos del concepto de *habitus* de Bourdieu (1997: 20–21), que explica los vínculos del patrón funerario con el mundo social, en relación con el papel modélico que tienen las dinámicas emergentes de transformación y reestructuración de la sociedad panameña en los primeros siglos coloniales (Sotolongo 2006: 18–20) (Fahlander y Oestigaard 2008: 5) (Stutz 2008: 22).

La detección de los patrones funerarios como consecuencias de actividades tecnológicas, permitió evaluar y analizar los contextos mortuorios como disposiciones arqueológicas secuenciales en tiempo y espacio (Fahlander y Oestigaard 2008: 4), y el análisis de los objetos muebles e inmuebles, determinando qué tipo de acciones o tecnología fueron ejecutadas, y qué tipo de materiales coexistieron para el logro de los artefactos, aproximando las connotaciones simbólicas en cada caso, y los motivos de presencia, ausencia y asociaciones específicas, acorde a tradiciones definidas de conocimiento, maneras de hacer y acceso a materias primas determinadas ((Tilley 2006a: 3–4; 2006b: 66–67) (Knappett 2014: 4706). El estudio del devenir arquitectónico de la Catedral fue posible desde la historia y la arqueología, partiendo de que el edificio es una entidad activa en la construcción de la realidad social. Lo que esclareció la manera en que las inhumaciones en estos espacios respondieron a escenarios diferenciadores, vinculados al orden espacial del templo y su posición legitimadora en la sociedad,

materializada en la evolución de sus características formales y la posición en el entramado urbano como referente social y destino final.

La tesis se ha estructurado en seis capítulos, cada uno dedicado a una dimensión particular de la materialidad de la muerte en la Catedral, desde el enfoque teórico, la variabilidad y su acentuada dinámica:

Capítulo 1. Discute el marco conceptual y metodológico de la investigación, asumiendo una concepción de materialidad en arqueología desde la teoría de la complejidad social, que justifica instrumentar una perspectiva multidisciplinaria, relacional e integradora, que involucra las concepciones de interacción social y agencia. El primero comprometido con la caracterización de la dinámica de la materialidad de la muerte, como parte de los cambios en sus regímenes de práctica, expresados en la interrelación de los cuerpos, los artefactos y los contextos. Llevando a la necesidad de considerar la discusión de la agencia de los artefactos, la acción humana, y los espacios construidos, como elementos de los contextos de interacción social. El esquema metodológico se diseña a partir de estos discernimientos y de las recientes propuestas de la arqueología para el estudio de la materialidad de la muerte.

Capítulo 2. Aporta un resumen del contexto histórico, particularizando las condicionantes en el desarrollo de los rasgos urbanos, arquitectónicos y constructivos de la ciudad de Panamá y su Catedral, así como aspectos ecológicos, poblacionales y culturales, en tanto escenarios (el dónde y cuándo) de los patrones de interacción religiosa para comprender la dinámica de la materialidad de la muerte en los dos primeros siglos coloniales. A partir del estudio de la documentación primaria y de archivo, y datos de investigaciones históricas, arquitectónicas y arqueológicas, se brindan datos, inferencias y criterios que permiten visualizar las transformaciones de la sociedad panameña.

Capítulo 3. Ofrece un resumen detallado de las investigaciones arqueológicas en la Catedral, deteniéndose en las condicionantes contextuales de la producción científica, las metodologías de los trabajos de campo y laboratorio, los resultados arqueológicos y bioantropológicos, y las principales dificultades y limitaciones que enfrentaron. Realiza un esfuerzo por mostrar un balance del estado del conocimiento acerca de los patrones funerarios y las hipótesis sociológicas avanzadas al respecto, con el propósito de retomar este conocimiento en la continuidad del estudio.

Capítulo 4. Presenta los resultados de las recientes investigaciones de campo, deteniéndose esencialmente en la adecuación de los procedimientos de registro, y las particularidades estratigráficas y tafonómicas de los espacios sepulcrales, la materialización particular del qué, cuándo y cómo de los patrones de interacción funeraria. Aproxima elementos para la comprensión de la formación de los depósitos, como aspectos significativos de la materialidad de la práctica funeraria y establece el orden estratigráfico como un esquema cronológico relativo que permite organizar la información disponible y avanza inferencias contrastables con otras líneas y tipos de evidencias.

Capítulo 5. Argumenta los criterios de selección del material artefactual –una parte significativa del qué y el cómo de los patrones de interacción funeraria y religiosa, vinculados a los aspectos del para qué y por qué– acorde a la perspectiva estratigráfica asumida para el trabajo de campo, y se examinan exhaustivamente los conjuntos materiales concernientes a las prácticas mortuorias y religiosas, además de discutir sus funcionalidades, connotaciones y significados, considerando los atributos físicos y los rangos temporales de uso. Esto permite no solo una mejor comprensión del carácter de las unidades excavadas, sino la variabilidad de los contextos de la muerte: la nave y el atrio de la Catedral y el sureste de la Plaza Mayor.

Capítulo 6. Presenta la integración de los datos de la investigación con base en el enfoque de los patrones de interacción social, desde los datos bioarqueológicos y las implicaciones de la evidencia arqueológica, histórica y contextual de la práctica religiosa y funeraria, como la caracterización de la dinámica del fenómeno de la muerte ante la supuesta homogenización del ritual católico. La información documental disponible y las informaciones de las investigaciones precedentes, perfeccionan esta imagen de manera general. Se presentan las expresiones funerarias de las posibles estrategias sociales de reposicionamiento social, a través de la concepción de agencia, que involucra individuos, artefactos y espacios construidos, en los cuales se desarrolla la materialidad de la muerte.



## **CAPÍTULO 1. La materialidad de la muerte en arqueología. Perfilando los fundamentos teóricos y metodológicos**

Este capítulo presenta el esquema teórico, los conceptos y la metodología de la investigación, discutiendo una concepción de materialidad en arqueología que se fundamenta en el enfoque de la complejidad social. Establece las bases para la perspectiva multidisciplinaria, relacional e integradora, que involucra las concepciones de los patrones de interacción social y la agencia de los objetos muebles e inmuebles. Desde la incidencia de los patrones de interacción se relacionan los aspectos que posibilitan la caracterización de la dinámica de la materialidad de la muerte, como parte de los cambios que sufrieron sus regímenes de práctica (variabilidad arqueológica). Se explica la incidencia particular y combinada que tienen los aspectos indiciales para la objetivación de los cambios en los patrones de interacción, vinculado en su momento a los reajustes emergentes de la sociedad panameña en los dos primeros siglos coloniales y expresados en la relación de los cuerpos, los artefactos y los contextos. Explica la necesidad de considerar la agencia y cómo se estima su comportamiento en el ámbito de los artefactos, la acción humana y los espacios construidos, como elementos involucrados en los contextos de interacción social. El esquema metodológico aborda las instancias necesarias para la investigación arqueológica y documental, la correlación de sus diferentes datos, los pormenores para la consecución de su integración en un cuerpo integrado de conocimiento.

### **1.1 La materialidad del mundo social: un posicionamiento en arqueología**

Desde una concepción de materialidad, como dimensión integral de la cultura, en los últimos años se han instrumentado enfoques metodológicos de investigación fundamentalmente en arqueología y antropología, que intentan trascender las fronteras establecidas entre las disciplinas, al propiciar el sustento teórico para la integración de varios tipos de información, con el propósito de lograr un acercamiento, lo más integral

posible, a la realidad social y cultural de los grupos humanos. Renfrew (2008: 238) le denomina la implicación material, al proceso que presupone el ajuste y determinación de la existencia humana por la aplicación de valores simbólicos específicos, en el contexto –espacial y temporal– de cualquier sociedad.

La ambigüedad de la concepción de materialidad, como la de cultura, deja amplias posibilidades para su adecuación, que se manifiestan en las potencialidades de los contextos particulares de análisis e investigación, a tono con los fundamentos ontológicos que sustentan el desarrollo de las ideas de la complejidad de la vida social, y que han puesto en crisis el paradigma convencional de las ciencias sociales. Dos pilares delimitan la debilidad de este modelo científico y el ascenso de los nuevos saberes, que aún se abren paso, uno sustantivo, que admitió la sociedad humana como un ente únicamente natural, escenario funcional y utilitario, y por consiguiente sociológicamente condicionante, sin relación dialógica con el ser humano, y otro metodológico, postulando como efecto de esta concepción sociológica, la escisión –positivista– entre sujeto (investigador) y objeto (investigado), sustento de la estricta demarcación de las disciplinas y la estrategia que fragmenta los ámbitos de la realidad física y cultural (Boron 2006: 15–16) (Delgado 2011: 43–44) (Luengo 2016: 81–84).

En arqueología estos fundamentos se aúnan con el cartesianismo, que precisamente se abría paso en el siglo XVII con la distinción entre naturaleza y cultura, donde la primera (pasiva) podía ser transformada e iluminada por la segunda (creativa), una noción que separaba a su vez el cuerpo y la mente como dos sustancias incomparables: la primera finita, biológica, material y la segunda extra efímera. Lo que ha sido la base de los reduccionismos, que localizan la esencia cultural de las huellas materiales de los grupos humanos, bien en el ámbito de las ideas o de las presencias físicas (Thomas 2005: 12–13) (Delgado 2011: 36–37). Paralelamente el paradigma convencional clásico trajo

consecuencias sociológicas en las concepciones de la temporalidad, la historia y el cambio social, fundadas en la idea newtoniana mecanicista del carácter lineal del tiempo, como una secuencia de puntos coordinables, a la vez únicos y universales, donde las historias pueden ser ubicadas de manera progresiva, y el cambio social se admite como resultado de la proporción causa–efecto, con elementos estimulantes localizados en las fuerzas motrices (Seguel 2002: 4–6) (Espina 2008: 12, 14).

Dentro de la postura clásica o modelo positivista existen tres ajustes sociológicos diferentes para explicar el cambio social, y que en buena medida se extienden a las teorías actuales, considerando la pertinencia de las relaciones del espacio, los factores externos de la estructura social y la naturaleza creadora de la intersubjetividad: el determinismo externo, desarrollado por Herbert Spencer y Oswald Spengler, determinando el cambio y la historia –progreso y decadencia– por fuerzas al margen de la intervención humana (Giner, Lamo de Espinosa y Torres 2001: 108, 175–176); la representación posibilista de Max Weber, quien concibió que la acción subjetiva intencional de los individuos incidía en los cambios sociales, los que debían ser explicados a partir del conocimiento de los significados subjetivos y las condiciones objetivas, brindando importancia a la institucionalidad creada por las personas, como entidad limitadora de la acción (Giner, Lamo de Espinosa y Torres 2001: 5–6); y el modelo determinista posibilista (marxista) que consideró el papel rector de la producción material en el desarrollo de la sociedad, a partir de una dialéctica relacional de la actividad práctica e intersubjetiva (Giner, Lamo de Espinosa y Torres 2001: 500) (Espina 2008: 15–16).

Al paradigma clásico, y todavía vigente, se le está oponiendo la concepción del carácter unitario de la naturaleza, donde lo físico, biológico y cultural forman parte de una misma realidad –aplicable al ser humano– (Morin 2001: 418–420), pensamiento

que propone captar, de acuerdo con Morin (2005: 77–78, 100–101, 107, 128), la necesidad de reconocer: la relación hologramática de la realidad, donde el conocimiento de las partes depende de la comprensión del todo, la multidimensionalidad de los fenómenos naturales y culturales, el carácter complementario y antagónico de las organizaciones, y la diversidad manifiesta en la unidad, lo que trae un enfoque diferente del tiempo, la historia y el cambio social, apertura fundamental del pensamiento posmoderno y postcolonial, que no acepta la escala única de progreso. Por ello, reconoce lo temporal como construcción social ligada a la materialidad, múltiple y particular, en la que pueden concurrir historias paralelas y un proceso plural de transformación social, simultáneo y paradójico, enfocando al individuo con capacidad innovadora (Espina 2008: 14, 17). Desde esta perspectiva, resulta irrelevante tratar de delimitar el campo de las fronteras arbitrarias entre prehistoria e historia, permitiendo visualizar y entender las dinámicas sociales de cambio, permanencia y transformación, en la extensión temporal que se insiste como utilidad metodológica en la arqueología, que estudia procesos coloniales, para abordar, además, escenarios previos y posteriores a los contactos culturales (Valcárcel 2012: 24) (Montón 2015: 153).

El carácter relacional y multidimensional de la materialidad, como cualidades esenciales de su existencia, según Tilley (2006a: 4) y Knappett (2014: 4701), han posibilitado definir “áreas claves” en los estudios arqueológicos, donde su aplicación ha estimado la integración del mundo social, natural y cultural. En las investigaciones se ha prestado atención al ámbito artefactual –ineludible–, las sustancias o materiales que lo componen, sus orígenes, asociaciones y combinaciones, las variadas tecnologías de producción y la forma en que este espacio puede ser intercambiado y consumido, relacionándose con las ideas, el cuerpo y las intenciones conscientes, así como los hábitos y las tradiciones de individuos y grupos.

También se ha hecho énfasis en la ubicuidad de la cultura material, dentro de la que se ha entendido el cuerpo humano, en relación con las creencias, cosmovisiones y particularidades identitarias individuales y colectivas. En este sentido, ha resultado de interés la manera en que las cosas y el espacio, incluyendo la arquitectura y el ordenamiento urbano, afectan –producen, restringen, amplían y limitan– en fin, estipulan los hábitos y los comportamientos, que van más allá de la conciencia intencional de la gente, objetivados en efectos materiales de diversa índole (Thomas 2005: 14) (Renfrew 2008: 238) (Acuto y Franco 2015: 10, 14, 20) (Kosiba 2019: 452–453). De modo que la materialidad como noción epicentral está tomando lugar en las investigaciones de diferentes manifestaciones socioculturales del pasado, no sólo desde la arqueología sino desde el dominio de las ciencias sociales, para comprender la participación humana en el mundo, aspirando superar el énfasis que ha puesto el pensamiento occidental en la separación mente–cuerpo (material).

Abrir una noción de materialidad para el dominio de la investigación arqueológica planteada, conlleva su no reducción en términos de cultura material, sin embargo, la contiene, revelada en el cuerpo humano (restos óseos), objetos –muebles e inmuebles– y artefactos con sus propiedades y materiales, sustancias y hechos físicos en diversas formas y procesos, que estuvieron inmersos en la dimensión objetiva y subjetiva de la muerte en el Panamá colonial, de los siglos XVI y XVII. Esto conlleva atender la relación dialéctica y recursiva entre las personas y las cosas, y la manera en que se definen y relacionan desde la interacción social, con particularidades diferentes, pero mutuamente relevantes en su existencia (Tilley 2006a: 4). Esta perspectiva a su vez presenta consecuencias directas en cómo se entiende la sociedad humana y el individuo, en sus aspectos claves, para comprender las situaciones y relaciones sociales, y explicar o interpretar las conductas y sus variabilidades a través de la materialidad.

Desde una visión antropológica, el enfoque sistémico en los años noventa del siglo pasado, atendía la conducta humana a tono con la complejidad social. En base a la apertura de procesos e interacciones para sociedades asimétricas, Redfield (1993: 463) sostenía que la sociedad humana funcionaba por la división del trabajo y la organización social de la producción y el consumo, a través de los acuerdos –tácitos o implícitos– acerca de la conducta apropiada –derechos y obligaciones– llegando a convertirse en tradicional, y constituyendo en ciertos casos el estatus de un individuo y un grupo, es decir, un sistema de relaciones, donde cada parte es diferenciada y crea el conjunto. Sobre esta plataforma, lo que se espera de un individuo es previamente conocido, acorde a los ideales comunes manejados por una sociedad o grupo.

Desde el enfoque de la complejidad y la teoría de los patrones de interacción social (Sotolongo 2006), se argumenta que las expectativas mutuas de comportamiento (acuerdos), son una de las premisas básicas sobre las que se desenvuelve la vida cotidiana. Las expectativas, son equivalentes al establecimiento tácito de seguir una regla de conducta, conformando patrones –modelos asentados en rasgos generalizables– recurrentes de interacción social, de manera que los patrones son actividades que conducen a satisfacer las expectativas mutuas. Mientras la interacción, reconocida como la peculiaridad humana de actuar y reaccionar ante el mundo (Giddens 2000: 128), designa el proceso de interconexión de las acciones de los individuos, reguladas en prácticas locales inmanentes de poder, deseo, saber y discurso, que caracterizan el comportamiento individual y colectivo (Sotolongo 2006: 18, 37–38).

Esto quiere decir que las expectativas mutuas se erigen como resultantes sociales de las interacciones de la gente, en un espacio y tiempo determinado, a partir de la incidencia de cuatro aspectos sociales que trabajan de forma paralela, y que pueden admitirse como su cimentación: las asimetrías o desigualdades de circunstancias, que

sitúan a un individuo o un grupo en posiciones diferentes en las relaciones de poder y dominación (Álvarez 1985: 55); las desigualdades en la satisfacción e insatisfacción de las personas involucradas; la multiplicidad de sus posicionamientos de saber o maneras –métodos y técnicas– de resolución de los problemas cotidianos y la multiplicidad de posicionamientos enunciativos (las asimetrías sociales de los discursos), que remiten también a los aspectos previos. Las expectativas sociales regulan los comportamientos al limitar los no aceptados y posibilitar otros socialmente esperados, tanto desde los criterios que emanan de la totalidad de la red social como de sus componentes, lo que muestra la existencia de patrones de interacción social de incidencia horizontal (abarcadores) y vertical (más puntuales) (Sotolongo 2005: 24–25). De manera general esta teoría concibe que la complejidad de lo social emerge de los patrones de interacción social, y de manera particular y simultánea, las estructuras sociales objetivas y las subjetividades individuales<sup>1</sup>, lo que resulta muy estimulante para la investigación arqueológica, puesto que brinda la posibilidad de estudiar la transformación social, como se mostrará más adelante, desde la variabilidad de los resultados materiales como partes ineludibles de los patrones de prácticas cotidianas de las personas en relación. Lo que no solo identifica la actividad práctica como un aspecto de la esencia humana, sino que esclarece las potencialidades interpretativas de conceptualizar la sociedad como un sistema complejo multilineal autoorganizado.

## 1.2 Las prácticas funerarias como patrón de interacción social

La muerte es un hecho que impacta la organización social de cualquier grupo humano, no sólo por el acontecimiento biológico sino también por la manera de tratar el fenómeno

---

<sup>1</sup> La propuesta se fundamenta en que los patrones de interacción social de la vida cotidiana actúan de forma dinámica como atractivo social, hacia donde los individuos de un sector o grupo tienden sus comportamientos, atraídos de alguna manera por las expectativas mutuas, con efectos limitantes y habilitantes según las concepciones de lo permitido o no (Sotolongo 2005: 24; 2006: 39–40).

desde lo social, que involucra el cuerpo, sus connotaciones y la sociedad que realiza el despliegue funerario como un acto ceremonial visible y deliberado, que intenta depositar un mensaje intencionado para el tránsito de la persona fallecida, y para los que siguen vivos (Berenguer 1994: 23) (Pereira 2017: 50–52). Es un proceso de copresencias y consecuencias, donde las actividades le brindan al cuerpo un tratamiento transicional en sentido social y ontológico, interviniendo las ideas, creencias y emociones socialmente compartidas respecto a la muerte y el estatus social del individuo (Knusel y Robb 2016: 656).

La dimensión interaccional del hecho funerario hizo a Saxe (1970) proponer un marco conceptual para la investigación arqueológica, basándose en los diferentes roles de la identidad social, para investigar las prácticas funerarias y sus determinantes sociales, en lo fundamental para comunidades igualitarias<sup>2</sup>. Según la teoría de los roles, un conjunto de identidades es una característica móvil inherente a cada individuo, en dependencia del conjunto de actividades en las que se desempeña y sus vínculos sociales, lo que se traduce en derechos y deberes recíprocos con el resto de la sociedad (Goodenough 1965: 7–8). Así, distintas identidades pueden ser portadas por un mismo individuo (persona social), y desarrolladas de manera específica en dependencia de la situación de interacción. De manera proporcionada, el trato que recibe un fallecido refleja, según Saxe (1970: 4–8), los derechos que tiene en el seno social, y los deberes de sus congéneres para tal acontecimiento, mostrándose en el registro arqueológico las diferencias sociales según el conjunto de identidades (persona social) que portaba el individuo o pudo heredar.

---

<sup>2</sup> Arthur Saxe (1979) se basó en la teoría de Ward H. Goodenough, publicada en 1965 con el título: Rethinking 'status' and 'role': toward a general model of the cultural organization of social relationships. En: *The relevance of models for social anthropology*, Editado por Michael Banton.



Asimismo, la noción de interacción como una zona de acción en el sistema social, donde se simbolizan y legitiman las clasificaciones de estatus, está implícita en los intentos de la arqueología procesual por desentrañar las relaciones entre las variabilidades de las prácticas funerarias y la complejidad organizacional, atendiendo a la estructura social y en base a los estudios etnográficos de diferentes sociedades, como teoría mediadora entre la sociedad y el registro material (Binford 1971: 17–20) (O’Shea 1984: 32–33). Desde esta figura teórica y metodológica Goldstein (1981: 54, 67) valoró claramente la pertinencia de la interacción como aspecto clave para apreciar la variabilidad de los componentes espaciales de las tumbas, como reflejo directo de los niveles de relaciones e interacciones sociales, advirtiendo la multidimensionalidad de los primeros, acorde al comportamiento humano, manifestado en la persona social (conjunto de identidades).

En las teorías interpretativas posteriores (postprocesuales) la concepción de interacción social, a partir de la importancia de la identidad individual y colectiva para la investigación de contextos mortuorios, se instrumenta al aceptar el papel “activo, estructurante, sinestésico y performativo” de la materialidad de las prácticas y los espacios en la construcción de las sociedades (Rodríguez y Ferrer 2018: 111–112). En este sentido Hodder (1988: 14–15) adelantó que, para comprender las prácticas funerarias, se debía aceptar la relación indirecta de sus resultados materiales con la sociedad que los produjo, siendo evidente que las formas que adoptan los contextos dependen de las actitudes que tienen las sociedades hacia la muerte, por lo que las ideas, creencias y significados se interponen entre las gentes y las cosas. Siendo comprensible que traer a primer plano el proceso de interacción social como concepto de análisis, desde la teoría de la complejidad social, debe permitir apreciar la variabilidad en las prácticas mortuorias, como fenómeno relacionado con las creencias.

La materialidad de los patrones de interacción social, en tanto eslabones básicos de organización, posee rasgos definidos de indicidad<sup>3</sup>, que sintetizan su carácter situacional, y por consiguiente histórico –espacial y temporal–, propiedad determinante acompañada de otras que dicho fenómeno no puede dejar de manifestar, y que refieren su dinámica en el transcurso de la vida social. Entre ellas, la reflectividad, manifestada en el carácter circular, por el cual se desenvuelve o se retroalimenta una y otra vez, reproduciendo o modificando las expectativas mutuas en sus nuevas plasmaciones–, y como resultante, su carácter abierto, o la posibilidad de que siempre exista la continuidad de tales prácticas –modificadas o no– (Sotolongo 2006: 20–23). Tener presente esta dinámica esclarece que la materialización de los patrones en los contextos arqueológicos, sin abstraer los procesos postdepositacionales, no son más que la experimentación dialéctica entre su historia particular (devenir) y el contexto específico de interacción, en el momento de la formación y transformaciones de los depósitos. Lo que deriva que cada aspecto considerado en la indicidad ostenta una trayectoria histórica particular que se enlaza en la interacción, imprimiéndole características peculiares en su acontecimiento. Razón por la cual los cambios combinan con la permanencia, como un principio multiplicativo de las relaciones, asegurando la funcionalidad del fenómeno sistémico (Seguel 2002: 10).

La indicidad es la manera en que se objetiva todo caso de interacción social. Se trata de un fenómeno que siempre involucra personas (sus quiénes) –concretas y específicas–, plasmándose a través de prácticas (su qué) de un contenido propio, con formas definidas (su cómo), en lugares o espacios delimitados (su dónde), en ciertos

---

<sup>3</sup> La noción de indicidad o indexicalidad instrumentada por Sotolongo en su concepción acerca de los patrones de interacción social, fue utilizada originalmente por Charles S. Peirce en semiótica, como una de las modalidades del signo, referida a los estados de cosas que indican comportamientos y enunciados (Eco 2000: 32–34, 247–249).

momentos (su cuándo), hacia fines particulares (su para qué), y en circunstancias y consideraciones concretas (su por qué) (Sotolongo 2006: 217). Entender desde la arqueología el ámbito de la muerte como patrón de interacción pudiera parecer una limitación, sin embargo una parte significativa de estos aspectos están representados en el registro material y bioarqueológico, correlato de tales prácticas, aunque un acercamiento a los móviles sociales (su por qué) y los fines (su para qué), deben ser inferidos enlazando el resto de los componentes indiciales presentes en el registro y otras líneas de evidencia, como los registros documentales (prácticas discursivas) que pueden remitir a los aspectos del poder, el deseo y el saber de las expectativas mutuas en torno al patrón de interacción funerario, y que son extensivas a todo el cuerpo social, en el sentido de cómo se espera que deben realizarse los rituales de la muerte. Berenguer (1994: 24) desde un enfoque semiótico concibe este acercamiento como el análisis de la dimensión semántica, que trata de dilucidar las relaciones entre los signos funerarios y los valores, creencias y convenciones culturales, permitiendo el análisis desde estas instancias.

Las creencias –religiosas– y convicciones han sido estimadas como parte de la armazón de la visión del mundo, un prisma que interfiere en la organización, unificación y sistematización de la experiencia individual y colectiva, a través de los significados y las emociones, y que promueve la estabilidad cultural (permanencia) (Sokolov 1986: 291). En consecuencia, el cristianismo y sus representaciones acerca de la salvación del alma más allá del cuerpo, pueden ser admitidos como un modelo que encausa una homogeneización de la experiencia de la vida y la muerte, como parte inseparable de las expectativas mutuas en estos ámbitos. Las investigaciones en contextos funerarios de Panamá Viejo, han sugerido que sus gestos están relacionados con el sistema de creencias e ideología que normaliza el manejo de la muerte, reafirmando el catolicismo, ejercitando y respetando sus tradiciones, como un conjunto de actividades que

recuerdan a los participantes los conceptos religiosos básicos pertinentes: pecado, arrepentimiento, perdón y resurrección (Martín y Díaz 2000: 80–81, 85; 2001: 72) (Martín 2002: 94, 99–10) (Martín, Rivera y Rojas 2009: 139–140).

En la sociedad panameña de los siglos XVI y XVII, las prácticas funerarias pueden ser entendidas, arqueológicamente, como parte de las manifestaciones del patrón de interacción de la religión católica, por su incidencia fundamental en la vida colonial (Martín 2002: 94), resultando un régimen de prácticas –funerarias– condicionadas por un cúmulo de creencias e ideas materializadas en objetos –muebles e inmuebles– y acciones, pero no determinadas por ellas, sino por la relación entre estas condiciones y las historias particulares de los individuos involucrados en el patrón funerario.

La variación o cambio en cualquiera de los aspectos de la indiciabilidad, puede conducir a mutaciones en la objetivación de los patrones de interacción antes señalados y, por consiguiente, propiciar transformaciones sociales, afectando todo el contexto de interacción (Sotolongo 2006: 66–67). La dinámica de las prácticas funerarias, como parte de los patrones religiosos, puede modificarse sustancialmente, o al menos variar, siendo más creciente o decreciente, lo que afecta su ocurrencia en el espacio (su dónde) y en el tiempo (su cuándo), con la incorporación de nuevos individuos, quienes lo hacen con sus biografías, matizadas por la pertenencia a patrones diferenciados de sectores sociales, género y filiación poblacional, con prácticas de poder, deseo y saber particulares, incorporados por sus *habitus* respectivos (Bourdieu 1997: 12). Mostrando la posibilidad de una coextensión de las prácticas en relación, tanto al ámbito funerario como al resto de los patrones, que incluye el enlace de las diferentes localizaciones espaciales a las cuales pertenecen los individuos, tejiéndose una madeja de conexiones y nociones espaciales, entre lo próximo y lo lejano, que conforman las correlaciones entre las fronteras físicas y simbólicas en la interacción (Sotolongo y Delgado. 2006: 148–153).

Sin embargo, la incidencia de estos aspectos indiciales (individuos, espacios y tiempos) se produce en la coyuntura del resto de los elementos (qué, por qué, para qué y cómo), cada uno con aportaciones decisivas. Una conducta de reflectividad y apertura que depende de las finalidades y motivaciones de la incorporación o no de los individuos a los patrones, y donde la manera en que se realizan (su cómo) y el contenido (su qué) refuerzan la dinámica (Sotolongo 2006: 41–42). Se entiende entonces que avanzar una caracterización de dicha dinámica, requiere de una indagación de los restos esqueléticos, a partir de su realidad biológica, donde las modificaciones que incorpora el *habitus* de Bourdieu se convierten en marcadores de identidad y del estatus social de los individuos (Tiesler 1997a: 59–64) (Le Breton 2002: 13–14) (Rivera 2006: 146) (Stutz 2008: 22–23), conjuntamente, con el estudio pormenorizado de los resultados del tratamiento ritual de la muerte en el registro arqueológico (su qué y su cómo), admitidos como indicadores del procedimiento necesario de desprendimiento y evacuación, ejercidos para redefinir el cadáver, transformándolo a partir de las distinciones que solía encarnar la persona en vida –acorde a sus identidades– en un objeto de despedida (Stutz 2008: 22–23). En la realización de estas distinciones sociales el cuerpo del individuo tiene un papel singular y básico, ajustado en el proceso de subjetivación y categorización transfigurada, y consecuentemente de valoración y aprehensión social de manera palpable, siendo una materialidad de gran efecto en la práctica funeraria.

Las transformaciones sociales pueden ocurrir en variadas escalas y grados, en dependencia de la envergadura del tipo de patrón que recibe el cambio, existiendo una jerarquía en la expresión de la transformación, donde el impacto social significativo ocurre con los patrones más abarcadores o de mayor alcance y los de disposición transversal en la sociedad, pues distintas actividades y características fenoménicas pueden tener jurisdicciones diferentes pero superpuestas. Un individuo o grupo siempre forma parte de variadas relaciones sociales, sean interpersonales o impersonales, como

la familia, gremios de intereses comunes o de igualdad, círculos económicos y de poder (Burkitt 2016: 331) (Thomas 2005: 14).

Necesariamente los patrones de mayor alcance, considerados también horizontales, son los que involucran a la totalidad de los miembros de una sociedad, durante todo su trayecto de vida, adecuados a sectores sociales, de clases y grupos familiares, y por lo tanto susceptibles de modificación por la reorganización social, mientras los transversales obedecen a la pertenencia de ciertos caracteres, que según Sotolongo (2006: 42-3, 213-214), no pueden ser modificados por sus invariantes de origen, como la filiación poblacional y el género. Sin embargo, hay que tener presente que, a pesar del fundamento biológico, estos últimos, como los patrones horizontales, también se construyen socialmente, de manera que un acercamiento a sus particularidades en arqueología debe relacionar los indicadores bioarqueológicos con el resto de los datos disponibles.

En sociedades asimétricas y con fuerte incidencia del catolicismo, los patrones de mayor alcance pueden ser ubicados en los de orden religioso, familiar y los que conducen a la desigualdad social (sectores sociales), sean políticos y/o económicos, mientras los relativos al género y la filiación poblacional pesan como transversales en ellos y en el resto de los patrones, por lo que se debe esperar que las llamadas “invariantes de origen” presenten múltiples variaciones y asociaciones con los patrones horizontales. Precisamente en este sentido Ortiz (2015: 210-212) advertía que las categorías sociológicas y posiciones relativas al mestizaje, y específicamente a la mulatez, independientemente de sus diversificaciones de carácter fenotípico, tuvieron variadas determinaciones sociales e históricas en las sociedades coloniales en América, matizando múltiples procesos en los cuales se generaron nuevas posiciones culturales a

partir de la recomposición ulterior de las culturas en interacción, fenómeno resumido en su propuesta conceptual de la transculturación (Ortiz 1963: 103, 2015: 232).

### 1.2.1 Conocimiento, materialidad y transformación social

La idea del cambio social desde una perspectiva de rangos se puede rastrear en las posturas filosóficas del materialismo dialéctico, acerca de la relación inmanente, y determinación en última instancia, de la actividad espiritual por la actividad práctica. Las posturas más coherentes y anti dogmáticas en torno a estos principios, al delimitar los conceptos de práctica y actividad para analizar la creación humana, circunscribieron en el primero la contingencia de los cambios en la existencia social material, por su repercusión en las condiciones de subsistencia y la conducta de la gente, mientras el segundo, operaba los cambios en la conciencia, como resultado de la actividad espiritual (Bueva 1980: 79–80). Esta distinción se fundamenta en la hipótesis ontológica de que las personas, a través de su actividad práctica, crean las condiciones de su propia existencia –entre ellas, las relaciones sociales entre sí–, integrando la naturaleza a la realidad social, y creándose ellos mismos en ese proceso (Pupo 1990: 138–141) (Bueva 1980: 76–77).

Esto es significativo porque muestra, en primer lugar, que las variaciones que experimentan las relaciones sociales, afectan de manera apreciable la manera en que interaccionan los objetos y las personas que se reproducen en ellas, y en segundo, la atención que se le ha prestado al carácter determinado de las necesidades y los fines, dentro de la relación recursiva entre ambas esferas de la actividad práctica y espiritual, como una tradición de reivindicación metodológica, para no perder la orientación en los análisis sociales. Lo que en cierta medida legitima Giddens (1993: 127–128), al estimar la tesis de que si los individuos “...hacen la sociedad, no la hacen meramente en condiciones de su propia elección.” Complementando con ello, la idea sustancial de la

producción de la vida social con la reproducción de la estructura, a partir de su teoría de la dualidad unitaria (Giner, Lamo de Espinosa y Torres 2001: 218).

Respecto a las transformaciones y permanencias en la vida social, DeMarrais (2004: 11-12) llama la atención acerca del papel del conocimiento en los procesos de interacción, para los cuales el concepto de *habitus*, citando la concepción de Bourdieu<sup>4</sup>, puede mostrar la manera en que opera la materialización de la cultura. El conocimiento socialmente compartido, entiéndase las prácticas y las experiencias (saberes), crean ciertas sedimentaciones acerca de las maneras de hacer y concebir, que luego pueden subsistir sin que los individuos o grupos tengan que rehacerlas continuamente. Es un proceso que concierne a la acción de las disposiciones adquiridas, esquemas de percepción, apreciación y práctica, involucrados por el contexto de un grupo social específico (Giner, Lamo de Espinosa y Torres 2001: 157).

Bourdieu (1997: 20) explica que los *habitus* son principios generadores de práctica distinta y distintiva, es por ello que una de sus funciones conceptuales es indicar las similitudes del estilo de vida, que puede distinguir disímiles grupos o sectores sociales, no sólo manifestadas en la cultura material, sino también en cómo se manejan las diferentes situaciones cotidianas, incluyendo los procesos vitales, como el nacimiento y la muerte. Es importante destacar que esta unidad de estilo o maneras de hacer, fundadas en los entendimientos compartidos, y pensada desde la teoría de la interacción social, no invalida la variabilidad de formas en que se revelan estos entendimientos y sus producciones materiales al interior de un grupo, señalando la amplitud de respuestas, asimilaciones o configuraciones particulares posibles, creando diferencias palpables. Por

---

<sup>4</sup> La concepción acerca del *habitus* en Bourdieu, es un mecanismo de estructuración que opera desde dentro de los agentes, aunque no es estrictamente individual ni en sí mismo totalmente determinante de la conducta. El *habitus* refiere creación, inventiva, pero dentro de los límites de la sedimentación (cognoscitiva) materializada de las estructuras sociales que propician estos comportamientos (DeMarrais 2004: 12).



lo que la concepción de *habitus* a la vez da cuerpo a las desigualdades sociales, puesto que en todo caso se trata de individuos en interacción, con disímiles historias de vida, matizadas por patrones de diferentes alcances y verticalidad, al menos como se ha mencionado, de familia, sector social, género y filiación poblacional.

Siguiendo a Bourdieu (1997: 20–21, 196–197) queda claro, además, que estas diferencias de prácticas al interior o entre grupos o sectores sociales, se convierten en diferencias simbólicas, constituyendo un lenguaje distintivo, solo perceptible cuando se pueden identificar los principios de división de las prácticas y las categorías de percepción y valoración. Esto significa que los actos de diferenciación están delimitados por el *habitus*, su lógica responde a sus disposiciones constitutivas, en el campo específico de acción, entroncando con la teoría de las expectativas mutuas. Lo que acompaña a un individuo en un acto determinado o la manera en que este se materializa en el espacio –como en el ritual de la muerte– solo tiene sentido en un contexto donde las finalidades, pueden ser advertidas por los sutiles principios de diferenciación (Bourdieu 1997: 196–197). Desde el punto de vista arqueológico las consecuencias primarias de estos actos serían demostrativas de las expectativas mutuas y las particularidades de la interacción, sostenidas en las relaciones sociales que no necesariamente requieren coparticipación, lo que se podría extender a otros regímenes de prácticas discursivas, que revelan propósitos implícitos (Robb 2008: 16).

Estos planteamientos permiten visualizar y apreciar particularmente la disposición de la reflexividad, constitutiva de los procesos de conocimiento y reconocimiento de las estrategias y las oportunidades de legitimación, emergentes en el acontecer social, necesarios en la medida en que las personas se enfrentan a nuevas situaciones de vida, y actúan adecuando su conducta por necesidades y fines (Pupo 1990: 151–152). La reflexividad es relacional y constitutiva de las interacciones estratégicas, y supone

intencionalidades conscientes, o al menos comprendidas teóricamente por los individuos, imbricándose definitivamente con la teoría de la acción (agencia) argumentada por Giddens (2006: 43), pero en una perspectiva más amplia y en cierta medida contradictoria, como se verá más adelante, que desvirtúa la concepción de la reflexividad como una cualidad racional únicamente individual.

Como lo expresa Lamo de Espinosa (1993: 433): "...la verdadera reflexividad social sólo emerge cuando el actor se pone en el lugar del otro para observarse a sí mismo desde un punto de vista externo...", es decir, sólo es posible en un contexto de relaciones e interacciones, lo que presupone a su vez la actitud de distanciamiento y extrañamiento de los fenómenos regulares (Seguel 2002: 11) (Sotolongo 2006: 26-27) (Burkitt 2016: 334). DeMarrais (2004: 13) y Colin Renfrew (2008: 239) consideran que el cambio resulta crítico en este ámbito, puesto que introduce la elección y la decisión, fundadas en las experiencias que se materializan, arqueológicamente traducibles en contextos que pueden sobrevivir hasta la actualidad como una parte sustancial de tales eventos.

La indiciudad de los procesos de interacción, de manera específica, puede notificar a través de las distinciones generadas por los *habitus* correspondientes, las desigualdades y el reposicionamiento social, así como sus múltiples relaciones con el conocimiento sedimentado y las creencias (tradicionales), que se instrumentan en bienes (creados, transformados y utilizados) y propiedades (contextuales). La concepción de agencia, por deducción, ayudaría a comprender la materialidad de la muerte desde la arqueología, develando el carácter de las relaciones entre las cosas y las acciones de las personas, en tanto elementos que constituyen el registro funerario, pero con sus propios itinerarios históricos, moldeados por el *habitus*, como partes de la expresión de las dinámicas de la vida de una sociedad específica (Thomas 2005: 15) (Robb 2010: 500).

### 1.3 La agencia en arqueología: individuos, objetos y espacios

En los últimos años la concepción de agencia en arqueología se ha desplazado desde un enfoque centrado en las acciones del individuo independiente, a uno más relacional, en buena medida como respuesta a la teoría de la estructuración de Giddens (Burkitt 2016: 322). En la reproducción de las prácticas institucionalizadas, este concibe la agencia como la capacidad continua y consciente, que tienen las personas de accionar o actuar, más allá de sus intenciones, desarrollando eventos que no hubieran sido posibles sin la concurrencia de ciertas intervenciones (Giddens 2006: 46). Las valoraciones adjudican a esta representación teórica de la acción una escisión injustificada entre la intencionalidad y la acción (agencia) (Schuster 1993: 100) (Van Dyke 2015: 157). A pesar de ello, su separación metodológica aproxima una discusión primordial para comprender la complejidad entre acciones, intenciones y consecuencias, desprendiendo el obrar cotidiano de la acción reflexiva. Según Giddens, cualquier acción, intencional o no, puede concatenar, al menos, consecuencias no previstas de segundo y tercer orden, quedando separada definitivamente la agencia potencial del carácter de las circunstancias –fortuitas o perdurables– (Giddens 2006: 47–49).

Esta concepción despliega un sesgo en delimitar cierta brecha entre la actitud reflexiva y cognitiva y la superestructura (relaciones sociales objetivas), para la cual el individuo puede sostener una disponibilidad de decisión racional, suprimiéndole importancia y pertinencia a los procesos de interacción social (Bourdieu 1997: 8) (Burkitt 2016: 322). La resultante es una individualidad reflexiva que transcurre al margen de las afectaciones que produce la materialidad social, y de las interrelaciones con otros individuos, fragmentando los empalmes con los objetos –muebles e inmuebles– que quedan por fuera del ámbito de la acción particular, pero que participan de los patrones de interacción en los que el agente está inmerso como sujeto social.

Desde esta derivación la llamada agencia de las cosas sería potencial, según la capacidad de acción de los individuos, como objetos articulados por el manejo cognitivo en el desarrollo de los acontecimientos. Asimismo, permisible en procesos que, de ninguna manera, tienen un carácter continuo ni constante, a la vez limitada, minimizando el papel efectivo de las relaciones sociales, y desconociendo que la interacción individual y colectiva, sea clasificada a partir del obrar o el accionar, puede suceder condicionada por la costumbre, escapando de la actitud consciente las contingencias que forman su contexto, pero que aun así, crean una intervención que produce una impronta particular, incluso si los resultados no son intencionados (Burkitt 2016: 336).

Existe consenso general, desde el materialismo dialéctico hasta los materialismos de nuevo tipo, en que ninguna actividad y relación, dentro de ellas las discursivas, o la imaginación y abstracción, suceden por fuera del orden material, individuos y cosas tienen un vínculo definitivo en el mundo social, tanto objetiva como subjetivamente (Skvortsov 1977: 79–81) (Sotolongo 2006: 83) (Acuto y Franco 2015: 10) (Žižek 2016: 15–16). Esta premisa le brinda al enfoque relacional un asidero ontológico, que permite de manera genérica establecer como finalidad de estudio, no los objetos o entidades producidas en las relaciones sociales, sino las particularidades de su lugar en ellas y en los modos de vida, es decir la dinámica del fenómeno, incluyendo la cultura material y la tecnología.

La cuestión actual en discusión no es si los objetos materiales despliegan una especie de agencia en relación a los individuos, sino cómo se produce esta en la vida social, considerando que los artefactos entran dentro de diferentes campos de la actividad práctica en la vida cotidiana. Desde una perspectiva relacional y fundamentada en la teoría de Latour, quien considera actuantes tanto humanos como objetos, Robb (2010: 500) sustenta como una idea central, que la cosas tienden a desempeñar una “agencia

de cómo” en lugar de una “agencia de por qué”, llamándole la formación del “artefacto extendido”. Es la combinación de individuo y artefacto, que incluye en la relación las cualidades de ambos, lo que configura el curso de cualquier suceso, como una conjunción mediada de creencias, asociaciones e interacciones con otros individuos, así como áreas espaciales y contextos temporales definidos. En términos prácticos, desde esta perspectiva, la agencia de los objetos opera desde las configuraciones que perfilan las plausibles acciones de los individuos y grupos (*habitus*), ya que en ellas se enlazan las creencias y las prácticas asociadas con las cosas (Robb 2010: 504–505).

También desde un enfoque relacional, a partir de la teoría de la interacción social, Sotolongo (2006: 83) brinda una perspectiva diferente vinculada a la formación del deseo, y por ello más operativa en la coyuntura objetiva y subjetiva, que se produce con las cosas y los individuos en circunstancias sociales de consecución positiva de resultados apetecidos. La satisfacción obtenida, cualquiera que esta sea, queda acoplada con los escenarios que la propiciaron y, por consiguiente, a los objetos e individuos involucrados, permaneciendo en la subjetividad como una suerte de “rastros”, por el cual se puede evocar una nueva satisfacción simbólica. Estas complacencias ficticias o no, obtenidas en situaciones de interacción social, cierran y reabren los circuitos del deseo, que guían *a posteriori* la búsqueda de su renovación (Sotolongo 2006: 84). En virtud de lo cual, parece plausible que las cosas materiales –sustancias, productos y objetos muebles e inmuebles– no solo ejercen una “agencia de cómo”, sino además una “agencia de por qué” y “para qué”, que se enlaza con la creación de móviles y el alcance de finalidades sociales en los regímenes de prácticas, caracterizables empíricamente. Los objetos y otras materialidades tienen un potencial activo en el sentido de estimular la acción social, es por ello que Fahlander y Oestigaard (2008: 4) definen el concepto de materialidad como aquellas cosas que están involucradas en el desarrollo social y lo influyen de manera diversa.

Para Gosden (2004: 24–26) las formas materiales en contexto colonial poseen un mecanismo galvanizador y movilizador de las personas, proposición sustancial en el entendimiento de las relaciones que los individuos y colectividades establecen con el mundo material, dentro de las cuales ninguna de las partes carece de poder, ya que este es constitutivo de las propias relaciones, de tal manera que todas presentan mediación y efecto social (Álvarez 1985: 26–27). De esto se desprende que, efectivamente, la agencia se produce en y por la relación de personas y cosas, donde el comportamiento social de las primeras y las propiedades físicas de las segundas, tienen un papel determinante y estructural en los patrones de interacción social. Además, la tecnología y los saberes relacionados con ciertas sustancias y materiales, entran asimismo en los *habitus*, de manera que sus variaciones pueden acompañar los cambios en el contexto social. Lo que sitúa a la cultura material, en cuanto a las propiedades físicas de sustancias y materiales, como un elemento pertinente a la incidencia de los patrones sociales.

Este punto de vista se conecta con la propuesta de Ingold (2013: 34), acerca de reorientar la atención de la materialidad de los objetos a las propiedades de los materiales, por las cuales entran en el mundo social. La agencia de las cosas (como realidad percibida) estaría igualmente en el modo en que se imbrican en el cambiante mundo de la vida, por lo que sus propiedades serían relacionales, experimentadas y limitables por las prácticas (Ingold 2013: 36) (Žižek 2016: 17). Es evidente que las propiedades de los materiales, sus formas y las tecnologías son atributos que deben ser atendidos, para comprender el papel activo (agencial) de las cosas, pues no son aspectos neutrales elegidos o ejecutados al azar, responden a representaciones sociales y significados contextuales, que pueden tener múltiples asociaciones, según las historias concatenadas con los elementos.

De acuerdo con Robb (2010: 507) cabe señalar que la redefinición de símbolos culturales, como parte de respuestas particulares de resistencia o enfrentamiento, y por ello, de estrategias sociales, es factible de analizar a través de los materiales alternativos que responden a tradiciones específicas, y que pueden mostrar producciones de objetos particulares por necesidades culturales. Las características de las producciones y sus escalas igualmente remiten al valor social de las cosas, esclareciendo los tipos de relaciones entre estas y las personas, siendo diferente si intervienen, ya sea propiciando la materia prima o participando en las fases o procesos de elaboración (Tilley 2006b: 68).

En efecto, Brey (2005: 62) propone para la agencia de las cosas una perspectiva de distinción entre lo social y lo técnico o material, en la que los artefactos y sus propiedades no deben ser analizados ni como hechos objetivos ni como simples construcciones sociales, sino como partes inherentes de la red social, en la que ganan identidad, estimando que la materialidad de la red no es puramente social, incluye existencias no humanas y bienes, donde lo humano es una disposición más en un entramado ilimitado de disposiciones (Žižek 2016:15). Por estos motivos, las propiedades físicas de los objetos no solo funcionan para provocar o evitar ciertos acontecimientos o actitudes mediante la acción, también pueden hacer posible nuevas situaciones a partir de la generación de nuevos conjuntos de oportunidades, en los contextos en que las personas diligentemente pueden identificarlas y aprovecharlas (Brey 2005: 82). Para el estudio de los cambios en los campos de acción, Robb (2010: 508) propone entender su desenvolvimiento histórico en términos de una lógica interna, horadada por relaciones sociales –políticas, económicas (patrones más abarcadores y transversales) y tecnológicas– entre personas, cosas y contextos, puesto que forman unidades (trayectorias materiales) útiles para el análisis a largo plazo, como genealogías de la práctica. Esta imagen coherente con la teoría de la interacción social, prefigura la

importancia de los espacios construidos, valorados como objetos de características propias (Fahlander y Oestigaard 2008: 4).

### 1.3.1 La agencia de los espacios construidos

Dentro del dominio de los artefactos, los edificios tienen la peculiaridad de crear y ordenar los espacios que resultan de su construcción, en patrones –esquemas– socialmente sancionados. De manera que sus formas, como objetos funcionales y significativos, singularizan cómo una sociedad prescribe el ordenamiento de las relaciones entre las personas y los campos de actividad (Hillier y Hanson 2005: 1–2). Es por ello que la arquitectura se percibe como una práctica que manipula el espacio natural, mediante técnicas –procedimientos y materiales– que varían a lo largo del tiempo por factores sociales, culturales y económicos, demandando su comprensión como fenómeno social, al que se le atribuyen roles específicos, al poner de manifiesto las subjetividades y disposiciones en interacción, vigentes en el momento específico de construcción como materialización de las sedimentaciones del conocimiento, que además trascienden los contextos iniciales (Pauketat y Alt 2005: 214).

Por esta razón desde la arqueología, la arquitectura ha sido abordada como una manifestación que construye la realidad social en diferentes contextos –pasados y presentes–, manteniendo y reproduciendo el sistema de saber–poder imperante en cada momento histórico, como agente activo que genera conducta social y trasmite mensajes simbólicos, que son asimilados de manera inconsciente en los marcos espaciales de la vida cotidiana (Mañana, Blanco y Ayán Vila 2002: 14, 17). En esta dirección las investigaciones han evidenciado que las construcciones edilicias coartan las alternativas de movimiento y percepción, disciplinando intencionalmente los cuerpos y las mentes con propósitos de control, y en tanto acompañantes de las divisiones de las actividades económicas, reproduciendo las actitudes frente a la producción material. Asimismo, se



ha mostrado cómo los estilos arquitectónicos que perduran en los monumentos históricos, trascienden como significantes al participar en la construcción de los discursos actualizados sobre el pasado y la delimitación de figuras históricas y elementos de cultura material que deben ser privilegiados, exaltados y preservados como parte de las historias nacionales (Senatore 2004) (Zarankin 2005), como el caso de la arquitectura barroca en el ámbito brasileño (Soares 2015) y en la construcción de una arqueología de conservación y protección de la arquitectura en el contexto cubano (Hernández 2011).

Este poder modulante que posee la arquitectura como artefacto omnipresente en el tiempo, le proporciona una cualidad distintiva como entidades inseparables de los sistemas de relaciones espaciales, que en procesos de larga duración permiten perfilar, con los cambios constructivos y de orden espacial, las dinámicas de las permanencias. Hillier y Hanson (2005: 20) señalan que las relaciones sociales están implícitas en las relaciones espaciales de los inmuebles, en una proyección exterior, estableciendo el orden urbano y al interior, definiendo y controlando el sistema de categorías sociales de identidad y diferenciación. Las permeabilidades funcionales de ambos espacios tenderían a la complementariedad, puesto que los interiores definen las posturas ideológicas, en el sentido de que las estructuras del *habitus* serían continuamente reafirmadas por la práctica situacional, mientras que los exteriores definen un área más transaccional y política, puesto que construye un espacio más fluido, que acentúa la movilidad y la transformación.

La dialéctica de la relación entre lo interno y lo externo, lo próximo y lo lejano, del punto de vista arquitectónico, marcaría las diferencias de las significaciones de las variables de los contextos, en cuanto al lugar (el dónde) de los patrones de interacción social, con lo cual la temporalidad (su cuando) y la impronta de las finalidades de los sucesos (su para qué) adquieren diferentes matices, a partir de las experiencias

–corporales– de los individuos y grupos. El lugar como categoría absoluta individualizada de los procesos de interacción, como afirma Augé (2000: 26) sería impensable, consignando un referente abstracto y a la vez material de las relaciones con los espacios y sus connotaciones, incluso y necesariamente emocionales, donde la materialidad del cuerpo, y sus relaciones con el espacio y el resto de la cultura material es fundamental (Rivera 2012: 59–60).

Se parte de un presupuesto que enlaza paisaje y arquitectura como dos continuidades que obedecen a las mismas estrategias de construcción social y patrones de racionalidad, que armonizan la imposición y la exposición en las propiedades de los espacios y sus percepciones, asentando la trascendencia metodológica del estudio del aspecto físico (formas y espacios), sus relaciones y vías comunicantes en el registro arqueológico. Las propiedades de los materiales empleados, su colocación y las técnicas constructivas, la organización y atributos interiores y exteriores de los volúmenes, y la localización del inmueble, creando una determinada escena urbana, aproximan la manera en que se materializa la dimensión simbólica del ambiente en el que se desarrollan los patrones de interacción social. El orden urbano y la arquitectura, como materializaciones durables de la sedimentación del conocimiento y el poder, formarían parte de las estructuras objetivas de una sociedad, que una vez erigidas mantendrían su carácter conformador y de diferenciación de los patrones de interacción social –como las prácticas funerarias–, a la vez que sus variaciones propiciarían cambios en ellos.

En el análisis de los espacios de interacción es necesario considerar la propuesta teórica de que todo lo visible es simbólico, en el sentido de que la voluntad de hacer visible (inclusiva) o no (exclusiva) los procesos sociales y sus resultados, es la objetivación de la concepción espacial en una sociedad, fundamentado en las propiedades antropológicas de la conciencia humana (Lotman 1998: 68–70)

(Criado 1999: 18) (Mañana, Blanco y Ayán Vila 2002: 27–28). Criado (1991: 23) le clasifica como la inclinación que tiene un grupo social de exhibir y destacar los productos de la cultura material. En sociedades asimétricas la voluntad de visibilidad en la arquitectura revelaría una estrategia concomitante al lugar que ocupa cierto grupo en el entramado social, que en ocasiones se traduciría en las pautas hegemónicas de un sector social en relación al resto, manifestadas en las construcciones edilicias, como maneras de hacer y concebir donde entran en juego las formas, las organizaciones y las relaciones entre los individuos y los espacios.

A partir de este principio la indagación de los rasgos visibles respondería a las interrogantes de qué elementos o aspectos se destacan, cómo y por qué, permitiendo definir las lógicas de las intencionalidades (Criado 1991: 23), tanto para los contextos funerarios, como para la arquitectura y los espacios relacionados al patrón religioso de interacción social, en las prácticas funerarias. Los estudios destacan cuatro estrategias básicas que se han definido dentro de los esquemas lógicos: la inhibición, señalando la ausencia de actitud consciente de visualización, la ocultación como invisibilidad, la exhibición a modo de visualización consciente y la monumentalización, en virtud de una exhibición con pretensiones de perdurabilidad, existiendo en algunos casos correspondencia entre ellas y los tipos de regularidades espaciales (Criado 1991: 24–25).

Las acciones en un contexto de interacción, pueden ser más o menos significativas, por la relación entre la estrategia de visibilidad instrumentada y el carácter simbólico del espacio construido en el cual se desarrollan, asumiéndose la connotación por asociación contrastante y extendida, entre actividad y lugar (espacio). Es una relación en la cual los diferentes significados de las acciones materiales (eventuales y permanentes) no forman una cadena, sino que se hallan en una relación mutuamente relevante (Lotman 1998:

17-18). Las intencionalidades de cualquier acción individual o colectiva, estarían relacionadas con el tipo de estrategia de visibilidad que canalizan, el lugar de ocurrencia en relación a las propiedades y connotaciones de los espacios arquitectónicos, y la durabilidad o permanencia de las consecuencias o los efectos inmediatos, perfilando, además, el alcance social en términos prácticos. Es de esperar que en el registro arqueológico de las prácticas funerarias los elementos distintivos de la cultura material –en cuerpos, artefactos y sus asociaciones– estarían mostrando distinciones sociales, que responden a las diferentes historias de los individuos y a las creencias, como un mensaje manipulado de tránsito al más allá y estatus.

Es necesario acentuar que el estudio de la relación de los signos funerarios con los individuos que los producen, y aquellos hacia los que va dirigida la información visual, debe distinguir entre los rasgos que están vinculados a la identidad de los individuos, materializados en sus cuerpos y las singularidades resultantes de los rituales funerarios, entre ellos los restos artefactuales, que pueden ser manipulados en el despliegue mortuario con diversos intereses (Berenguer 1994: 24). Se trata de un conjunto que en todo momento refiere la pertenencia a patrones transversales y horizontales de interacción, cuya coherencia entre las partes debe ser examinada.

#### 1.4 Materialidad de la muerte: perspectiva metodológica

En esta investigación la caracterización arqueológica de la dinámica de la materialidad de la muerte, a través del estudio de las variabilidades de la práctica funeraria, entendida como un patrón de interacción que forma parte de los regímenes de práctica de la interacción social religiosa, aborda el análisis de la relación de sus aspectos componentes e instrumenta la categoría de agencia de los individuos y los objetos, desde un enfoque inclusivo: multidisciplinario, comparativo e integrativo.

La materialización de la práctica funeraria se ha estimado como la relación expresa de los rasgos biológicos de los individuos, los resultados del tratamiento del cuerpo como ritual de despedida, los artefactos acompañantes y los espacios específicos donde se sitúan –en tiempo– (Sprague 2005: 2) (Pereira 2017: 52): una totalidad que conforma la indiciencia del patrón de interacción funerario, manifestado en las sepulturas. Sin embargo, la teoría observacional para el estudio del fenómeno no debe desconocer los procesos que determinan la transformación de la actividad funeraria, y que condicionan la manera en que se aprecian en el registro arqueológico. O´Shea (1984: 23) argumenta que el monto social (estructural) invertido para el tratamiento mortuorio, los procesos tafonómicos de formación del gesto funerario y las restricciones en el reconocimiento de la variabilidad mortuoria, afectan el acceso cognoscitivo al fenómeno.

Por consiguiente, desde la concepción de los patrones de interacción social la variabilidad mortuoria mostraría cambios en la expresión, propiedades, materiales y en las formas de cualquiera de los elementos que componen la práctica funeraria, perfilada según O´Shea (1984:32–39) por los siguientes principios correlativos: los grupos humanos emplean procedimientos regulares para la disposición de la muerte; la población mortuoria debe mostrar las características demográficas y biológicas de la población existente; cada entierro representa la aplicación recurrente de prescripciones y proscripciones aplicables a los individuos y las combinaciones de los componentes en una sepultura son socialmente sincrónicos al momento de inhumación. Desde esta fundamentación la perspectiva metodológica descansa en la posibilidad de obtener datos e información de tres instancias que configuran el fenómeno: los cuerpos (restos óseos humanos), los entierros (contexto arqueológico) y los condicionamientos sociales (Fahlander y Oestigaard 2008: 5–10) (Stutz 2008: 22–25) (Pou 2011: 44–52). Estas definiciones, además, son básicamente coherentes y conmensurables con la metodología desarrollada por las investigaciones de los espacios funerarios en el sitio de Panamá

Viejo, lo que permite comparar e integrar los datos de las investigaciones precedentes en el espacio de la Catedral.

Por las particularidades del contexto mortuario y los objetivos de la investigación, la utilización de los datos de la bioarqueología, la arqueología y la historia fue una necesidad metodológica, que permitió manejar al mismo tiempo sus enfoques y considerar la naturaleza desigual de sus informaciones como las dimensiones complementarias de un mismo fenómeno (Rodríguez 2016: 166–168), lo que conllevó además la integración del conocimiento y la labor coordinada de varios especialistas de estas disciplinas. La perspectiva comparativa e integradora facilitó asimismo estudiar detalladamente los aspectos físicos y las relaciones de objetos y contextos, siguiendo las pautas de la microarqueología para el trabajo empírico de campo y laboratorio, que según Fahlander (2003: 59–61, 80–82) persigue analizar la variabilidad mortuoria observando los resultados materiales de las acciones en pequeña escala, deteniéndose en las contradicciones de los datos, las incoherencias, las congruencias y las regularidades, pensando en términos de práctica social. Por lo que las tumbas, individuos, objetos y espacios específicos, como evidencias de carácter rutinario y específico inmersas en sistemas abiertos, conforman conjuntos heterogéneos, donde se conjugaron las relaciones entre lo local y lo global.

La investigación arqueológica se plantea considerando las propuestas de categorías para los contextos funerarios de Panamá Viejo, en cuanto al tipo de enterramiento, en dependencia de los rasgos y las alteraciones presentes en la disposición de las osamentas, lo que requirió identificar los procesos tafonómicos (Martínez, Arredondo, Rodríguez y Díaz 2011: 44–47) y los factores que intervienen en la formación de los depósitos, además de las particularidades del ámbito artefactual asociado (Martín, Rivera y Rojas 2008: 92–104; 2009: 121–122). Los resultados de las acciones de inhumación

son posibles de trazar como secuencias de acciones en el tiempo y el espacio, esto ha permitido analizar complicados contextos mortuorios como efectos de la actividad humana, consiguiendo determinar la naturaleza de los acontecimientos históricos que dieron origen a la estratificación, y la condición –tafonómica– en que se muestran en el momento de la intervención (Bibby 1993: 108–110). Los contextos de enterramientos en templos coloniales suelen ser complejos en cuanto a la puntualización de las secuencias de los rasgos, motivado por el uso frecuente e intensivo de los lugares, como una condición engorrosa de formación.

La teoría observacional y de registro en el desarrollo del trabajo de excavación, en la Catedral y el sur de la Plaza Mayor, siguió las pautas de la estratigrafía arqueológica harrisiana, con el formato de área abierta, que proporciona la visión congruente de un espacio y la posibilidad de interpretación de los eventos (Harris 1991: 66–84) (Carandini 1997: 66–82) (Roskams 2001: 30–39). Dentro de esta perspectiva metodológica el discernimiento de las interfases fue fundamental para establecer la secuencia de eventos –estratigráfica–, y por consiguiente cronológica, con rangos muy delimitados, por lo que fue necesario centrar la atención en la extensión horizontal de los tipos de estratos, sus vínculos verticales y los elementos diagnósticos del espacio construido (Harris 1991: 85–103) (Brown y Harris 1993: 10–14).

El estudio del ámbito artefactual relacionado con la práctica funeraria y religiosa se complementó con el análisis (bioarqueológico), en los términos conceptuales del *habitus*, como aproximación a las particularidades poblacionales e individuales de los restos humanos. Para la distinción se siguió inicialmente la noción de Sprague (2005: 115–124), que involucra en el término “objetos en la tumba” todo el material situado de manera intencional que no forma parte de los cuerpos inhumados. Esta diferenciación permitió, a tono con el método estratigráfico empleado, deslindar el material concerniente al resto

de las acciones e intencionalidades, como las efectuadas para conformar los rellenos de las áreas de enterramiento en el interior de la Catedral y el atrio, y las interfaces y estratos correspondientes al siglo xvii –y posteriores– al sureste de la Plaza Mayor, que perturbaron los depósitos del siglo xvi. De esta manera, los objetos relacionados con la materialidad de la muerte en un momento cronológico específico y las variables bioarqueológicas de su población –según la secuencia estratigráfica de las unidades excavadas–, mostraron situaciones y variabilidades comunes al formar parte de unidades estratigráficas generales de enterramientos, e individuales cuando fue posible asociarlos a sepulturas particulares.

Se admite que la preparación de los cuerpos, como parte del manejo funerario, debe incluir el vestido y la envoltura (amortajamiento), incorporando indumentaria ornamental y mágico-religiosa (O´Shea 1984: 24) (Sprague 2005: 29), por lo que el conjunto se clasificó básicamente atendiendo a su reconocida funcionalidad práctica en los ámbitos del vestuario, los ornamentos personales cotidianos y el mágico-religioso en época colonial, objetos que refieren actividades primarias contrastables entre las áreas de entierros. En el análisis de los objetos se prestó atención a la tecnología de producción, las formas y los tipos de materiales utilizados, lo que responde a los motivos de uso y connotación, justificando la presencia de ciertos objetos y sus asociaciones en los casos específicos de individuos y grupos, señalando, asimismo, tradiciones definidas de conocimiento, maneras de hacer y acceso a materias primas determinadas (Tilley 2006a: 3-4; 2006b: 66-67) (Mannoni y Giannichedda 2007: 162-164) (Knappett 2014: 4706). En este sentido se consideraron como producciones alternativas los objetos elaborados en piedra, hueso y molusco marino, que mostraron respuestas específicas a necesidades culturales individuales y colectivas, no satisfechas con el mundo artefactual disponible por el comercio y las producciones coloniales, en tanto elementos que sostuvieron una estrecha relación en el espacio funerario y religioso (Deagan 2002: 87-88).



El devenir arquitectónico de la Catedral desde la historia y la arqueología mostró la manera en que las inhumaciones en sus emplazamientos sagrados respondieron a escenarios diferenciadores, vinculados al orden y naturaleza espacial del templo, y en relación al lugar simbólico que ocupó la Catedral en la sociedad panameña, materializado en las características de su edificación y su posición en el entramado urbano, como sepultura o destino final. Para la observación y el análisis se recurrió a los modelos que confluyen en el estudio constructivo y formal, el primero señalando las peculiaridades genéricas de la arquitectura (religiosa), en este caso del punto de vista tipológico, y el segundo la manera en que se dispone el espacio, el patrón de emplazamiento en relación al ámbito circundante, articulación interna y externa en su función social, condiciones de visibilidad y visibilización, y el patrón de movimiento y accesibilidad (Xurxo 2003: 18–19), bases para una aproximación histórica y semiológica del orden espacial y sus representaciones arquitectónicas desde la materialidad (Parker y Richards 1994a: 26–27; 1994b: 34–36) (Caballero 2002: 84–85) (Parenti 1996: 18–20).

Los condicionamientos sociales se refieren a la materialidad de la memoria, en términos del concepto de *habitus* de Bourdieu (1997: 20) y su efecto en la muerte y sus asociaciones con el mundo social. Lo que relaciona los espacios de enterramiento, con el papel modélico que tienen las creencias religiosas y las dinámicas emergentes de transformación, reestructuración y reacomodo de la sociedad panameña en los siglos XVI y XVII, a partir de las prácticas funerarias.

Las informaciones de las fuentes de archivo primarias y secundarias, referidas al ámbito de las actividades sociales y culturales, han sido fundamentales para formar una imagen explicativa, en la medida que son correlaciones con información diferente a la que puede ser obtenida en el registro arqueológico, pertinentes para contrastar, contextualizar e interpretar el fenómeno en su dimensión material (Curet 2006: 189–

193), esto permitió comprender la variabilidad de la materialización de la muerte como patrón de interacción, cuyo escenario fue la sociedad panameña en los primeros siglos coloniales.

Es ineludible puntualizar que la documentación histórica utilizada puede ser estimada como oficial en su mayoría, puesto que fue generada por los ejes de poder del sistema colonial, en Panamá y en España, pertinentes a las actividades de control y vigilancia en términos religiosos, económicos, políticos y sociales, o sea, textos relacionados con el funcionamiento interno de la sociedad colonial en Panamá, como informes, cartas y cédulas reales. Estos textos ofrecen un cúmulo de datos cuantitativos y cualitativos, en ocasiones muy detallados, del punto de vista cronológico y contextual, vinculados a hechos y acontecimientos puntuales, que pueden ser contrastados, con la información secundaria producida por la historiografía, como entre los diferentes paralelos que establecen los textos acerca de un mismo fenómeno, permitiendo observar variaciones y cambios en el tiempo, así como las ideas, perspectivas y conceptos involucrados en los sectores sociales hegemónicos en Panamá. Lo que no quiere decir que no informen acerca de otros aspectos de la realidad social de la época, como analogías e imágenes asociadas a las categorías clasificatorias, donde están representados los sectores sociales que no participan en su producción, puesto que, como asegura Lotman (1994: 218), ningún texto es el producto de un solo mecanismo generativo, sino que son elaboraciones creolizadas y heterogéneas, incluyendo también préstamos de esperas semióticas diferentes, que son también sociales.

El análisis bioarqueológico provee de información socialmente relevante que solo está disponible a partir del estudio de los restos humanos, es un conjunto de datos de las osamentas que deben ser entendidos incorporándolos en lo posible al contexto social, a partir del resto de las evidencias. El estudio de las muestras excavadas en la Catedral

(2017) y sureste de la Plaza Mayor (2018) descansó en la observación macroscópica, manteniendo en esencia los fundamentos metodológicos de la investigación realizada entre los años 2007 y 2009, por un proyecto de arqueología funeraria prehispánica y colonial, que avanzó el Patronato Panamá Viejo con el apoyo de una beca de investigación de la Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (Senacyt) de Panamá.<sup>5</sup>

Sin embargo, se incorporaron algunas herramientas analíticas que precisaron aún más los resultados, esbozadas en los párrafos siguientes<sup>6</sup>. Como requisito inicial y necesario se estimó el estado de conservación de los restos óseos en los rangos de bueno, regular, malo y nulo (no observable), a partir del grado de deterioro y fragmentación, aproximando un cuadro de representatividad de cada individuo y de la muestra en su conjunto, considerando un estado bueno para más del 75 por ciento, regular entre 50 y 75 por ciento, malo para un rango entre 25 y 50 por ciento y nulo para los casos menores al 25 por ciento. Los grados de representatividad y conservación de las osamentas afectan metodológicamente el estudio, en la medida que condicionan la proporción de restos que pueden ser asociados a un individuo, como unidad básica de reconstrucción biológica, lo que redundaría en la fiabilidad de la muestra.

La determinación del sexo, la edad, la filiación poblacional y la estatura, a partir de los rasgos diagnósticos, se hizo por individuo según la pertenencia a los dos grupos etarios definidos arbitrariamente: subadultos y adultos. El primero dividido en las categorías de infante I (0–6 años) infante II (7–12 años) y juvenil (13–18 años) y el segundo en joven (18–35 años), medio, 35–55 años y mayor más de 55 años). A lo que

---

<sup>5</sup> El aparato metodológico de las investigaciones precedentes se presenta detalladamente en el capítulo IV.

<sup>6</sup> El desarrollo pormenorizado de la metodología utilizada para el análisis bioarqueológico de los restos óseos humanos obtenidos por excavación arqueológica en la nave y atrio de la Catedral en el 2017 y al sureste de la Plaza Mayor en el 2018, se encuentra en el informe de investigación, bajo la autoría del PhD. Javier Rivera Sandoval, adjuntados como apéndices 1 y 2 en esta disertación.

se adicionan los rasgos paleopatológicos, relacionados con las huellas anómalas en la estructura del tejido óseo, dirigidos a los indicadores de salud y estrés, entre ellos: características nutricionales, enfermedades infecciosas, traumas, marcadores de estrés musculoesqueléticos y anomalías culturales (Martín, Rivera y Rojas 2008: 8–10; 2009: 128–129) (Rojas, Rivera y Martín 2011: 71–72) (Rivera 2018; 2019).

El proceso de individualización de los restos pertenecientes a los enterramientos reducidos se logró mediante la correlación de los rasgos asociados al tamaño de las estructuras óseas y sus características tafonómicas, utilizándose en lo posible el desarrollo de las inserciones musculares en los huesos largos o el grado de desgaste y erupción dental como indicadores en este sentido. Con el resto de los huesos mezclados, frecuentes en el contexto de la Catedral, se estimó el número mínimo de individuos con la ayuda del software *Osteoware*, a partir del registro y cálculo de los datos cuantitativos y cualitativos de los huesos y dientes<sup>7</sup> (Rivera 2018; 2019).

En los adultos la estimación del sexo biológico examinó principalmente las características craneales y pélvicas, añadiendo la aplicación del coeficiente de sexualización argumentado por Acsádi y Nemeskéri (1970), además de observaciones de la flexión del margen posterior de la rama mandibular, según Loth y Henneberg (1996) y mediciones del triángulo de la mastoides siguiendo los métodos de Paiva y Segre (2003). En la observación de la maduración de los centros secundarios de osificación, para considerar los rangos de edad, se agregó la sistemática de laboratorio de Schaefer,

---

<sup>7</sup> Se trata del *Osteoware. Standardized skeletal documentation software*. Diseñado y puesto a disposición de los investigadores por el Smithsonian Institute. 2016. Es un programa que sistematiza los datos a partir de los estándares para la recolección de datos de restos esqueléticos humanos de Buikstra y Ubelaker (1994), aplicados en esta investigación para la observación y el registro de los datos, siguiendo los fundamentos metodológicos de las mencionadas investigaciones realizadas entre el 2007 y el 2009 por el proyecto de arqueología funeraria prehispánica y colonial del Patronato Panamá Viejo. El programa es accesible en: <https://osteoware.si.edu/>

Black y Scheuer (2009), siguiendo además a Buckberry y Chamberlain (2002) para advertir las características de la superficie auricular del ilion en la cintura pélvica, y a Rissech, Estabrook, Cunha y Malgosa (2006) para estudiar la morfología del acetábulo – cavidad articular para la cabeza del fémur– en el hueso coxal de individuos masculinos. Los métodos para investigar los rangos de edad en los subadultos, fueron completados con el análisis de los procesos de formación y unión epifisial de los huesos largos según Scheuer y Black (2000) y Schaefer, Black y Scheuer (2009).

Como en las investigaciones precedentes la filiación poblacional consideró los troncos ancestrales: Caucasoide, Mongoloide y Negroide, registrados para la América del período colonial, como abstracciones para el estudio de los patrones geográficos que pudieran ofrecer información acerca del origen biológico de las poblaciones (Rodríguez 1994: 91–93, 2004: 65–66). Estas categorías refieren conjuntos arbitrarios que estandarizan ciertos caracteres formales hereditarios, diferenciadores y por los cuales se pueden distinguir igualmente sus descendencias, indicando posibles orígenes territoriales.

La especie humana es biológicamente uniforme en lo tocante a sus estructuras básicas, pero multiforme en rasgos secundarios, que muestran una enorme variabilidad entre los grupos, e incluso aún mayor entre individuos de un mismo grupo. La variación territorial manifestada de manera morfológica, fisiológica y bioquímica, indica de manera simple una pluralidad dentro de la especie, siendo la base de la identificación ancestral o poblacional, lo cual no implica la clasificación humana en grupos raciales, sino la identificación de la diversidad manifestada en la unidad, una cualidad intrínseca de los organismos vivos (Martínez 1987: 115–116; 2003: 7–8). Esta realidad se revela a nivel genético, donde cada ser humano posee una combinación de genes que le es propia, pero conformada a partir de un conjunto genético común y homogéneo para el *homo*

*sapiens*, incluso una parte del genoma humano se comparte con otras especies, de manera que estamos vinculados con un patrimonio genético mucho más amplio.

Lo que distingue a los grupos biogeográficos no es la presencia o ausencia de un rasgo genético, sino su frecuencia en complejos más o menos temporales, que responden a contextos ambientales determinados, por los cuales se remodelan constantemente, en virtud de su capacidad de autoorganización, arribando a nuevos equilibrios adaptativos que serán igualmente cambiantes (Martínez 2003: 9–10) (López, Wade, Restrepo y Ventura 2017: 28–29, 35). Es oportuno esclarecer que el ritmo de los cambios biológicos es mucho más acelerado en el ciclo vital individual, y más lento en los ciclos biológicos de los colectivos filogenéticos o en el de la especie, lo que trae implicaciones sociales, puesto que la morfología que adquiere un individuo en su ciclo vital responde tanto a factores ambientales y sociales (*habitus*) como a condiciones genéticas (Tiesler 1997a: 60).

La metodología utilizada para la filiación poblacional analizó las características de la morfología del cráneo y del esqueleto facial, siguiendo los aportes de Rhine (1990), Gill y Gilbert (1990), Hefner (2009) y L'Abbe, Van Rooyen, Nawrocki y Becker (2011). Así como la morfología dental, utilizando los criterios del sistema de antropología dental de la Universidad Estatal de Arizona (ASUDAS), actualizados por Scott e Irish (2017). Los datos craneométricos, faciales y dentales fueron procesados en sendas aplicaciones web de la plataforma *Osteomics*, desarrolladas por D'Oliveira Coelho y Navega (2014). La primera (*AncesTrees*), siguiendo los criterios de Navega, Coelho, Vicente, Ferreira, Wasterlain y Cunha (2015): calculó la probabilidad de pertenencia a los seis grupos poblacionales establecidos por el algoritmo: africano, amerindio, asiático, europeo, austro-melanesio y polinesio, según los datos obtenidos para cada individuo. La morfología dental fue sometida a la aplicación *rASUDAS*, puesta en marcha por Scott,

Pilloud, Navega, D'Oliveira Coelho, Cunha e Irish (2018), para estimar el ancestro en base a una amplia información de diferentes áreas geográficas, correspondiendo finalmente con los troncos ancestrales mencionados, y sugiriendo presencia de mestizaje biológico por la mixtura de algunos de los rasgos fenotípicos y morfológicos, con variados grados de relaciones y predominio. Con el cúmulo diferencial de información se pudo apreciar las particularidades de los grupos de pertenencia ancestral, y los posibles fenotipos que caracterizaron las poblaciones y los individuos de manera general, además de los rasgos sobre la composición paleodemográfica, en las variables de edad, proporción por sexo biológico, índices de mortalidad y morbilidad, y expectativa de vida (Rivera 2018; 2019).

## CAPÍTULO 2. La Catedral de Panamá en los siglos XVI y XVII

El presente capítulo aporta un resumen del contexto histórico de la ciudad de Panamá y su Catedral –el dónde y cuándo de los patrones interacción religiosa– particularizando en las diferentes etapas de su desarrollo a partir de los rasgos urbanos y arquitectónicos, y la construcción del edificio de la iglesia, así como aspectos ecológicos, poblacionales y sociales, que permiten una mejor comprensión de la dinámica de la materialidad de la muerte en los dos primeros siglos coloniales. Se detiene en las características formales de las ruinas de la Catedral y la problemática del emplazamiento inicial de la ciudad, aportando elementos para la valoración de los contextos arqueológicos en cuanto a su representatividad. A partir del estudio de la documentación primaria y de archivo, e investigaciones históricas y arqueológicas, se discuten las mutaciones de los espacios simbólicos del poder colonial, representados en la pérdida funcional del área inicial del puerto y el afianzamiento de la centralidad de la Plaza Mayor, coherente con la evolución constructiva de la Catedral y en diálogo con las peculiaridades de su ordenamiento espacial y ambiente interior; además, se proponen inferencias y criterios que permiten visualizar a grandes rasgos las discontinuidades de la sociedad panameña, los procesos de mestizaje y las vías y expresiones de movilidad social de los sectores sociales más humildes.

### 2.1 La Catedral en Panamá Viejo

Panamá, tras su fundación a orillas del Pacífico en 1519 (Fig. 2.1), constituyó un punto de avanzada de la empresa colonizadora, centro de expediciones para el sometimiento y control de los territorios del istmo, América central y del sur. Su poblamiento, como los enclaves istmeños en el Caribe, respondió a las posibilidades de las características geográficas, al permitir el tránsito entre los dos mares –al norte y al sur–, realidad que articuló históricamente la dinámica y organización espacial del territorio (Uribe 2007:



37). Desde los primeros momentos coloniales la ciudad se convirtió en eje principal de las rutas comerciales del Imperio Español, que bajo una proyección cortesana lucrativa conectó mundos culturalmente diversos con el trasiego humano y de bienes materiales entre Asia, América y Europa, en un proceso sin precedentes a veces denominado la primera globalización (Yun-Casalilla 2014: 277) (Pérez Tosatado 2014: 237) (Aram 2014: 120; 2015: 150).



Figura 2.1. Ubicación de Panamá en Centroamérica y la costa del Pacífico. (Tomado de Google maps. 2017).

Precisamente las ruinas actuales de aquella primera fundación, corresponden al desarrollo de la ciudad en la etapa mercantil, cuando se consolida como nodo colonial y se construyen en piedra y mampostería los edificios administrativos, eclesiásticos y de los sectores sociales más ricos, ocupando alrededor de veintiocho hectáreas de las setenta que debió alcanzar en el siglo xvii (Mendizábal 2004: 113). De manera que el sitio está representado por los restos arquitectónicos de la élite en un área reducida de la antigua urbe, localizada en la franja costera entre los ríos Abajo (al oeste) y Algarrobo

(al este), al centro de la moderna ciudad de Panamá, capital de la provincia y de la república (Fig. 2.2).

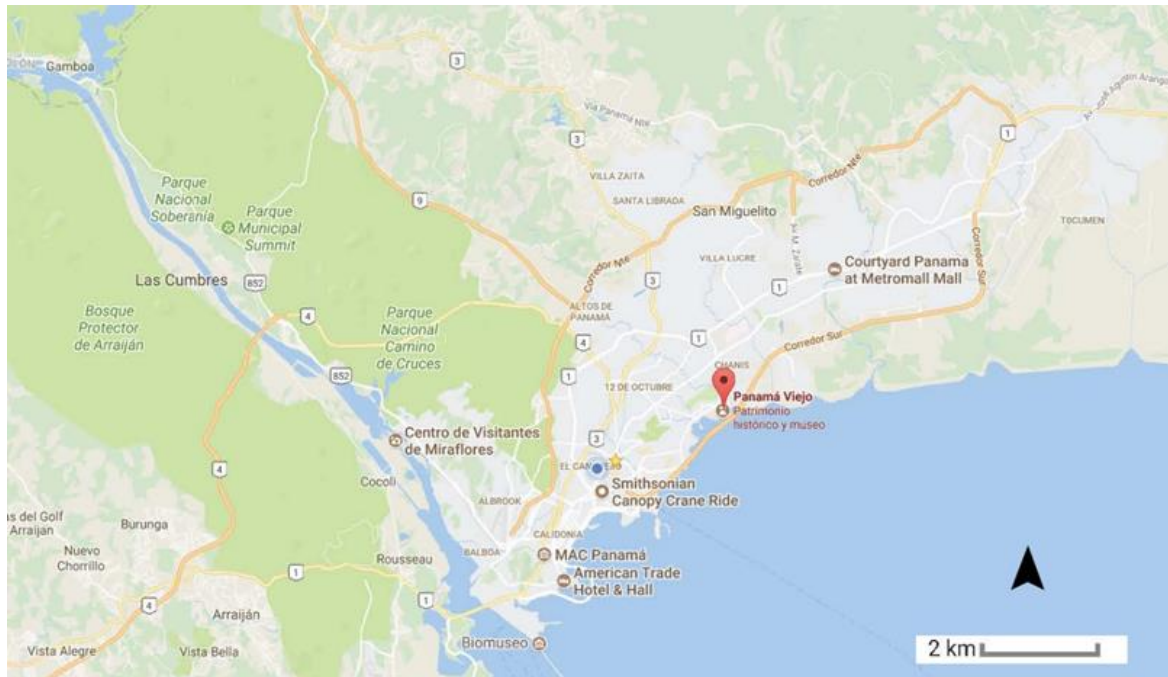


Figura 2.2. Ubicación del Conjunto Monumental Histórico de Panamá Viejo en la ciudad (Tomado de Google maps. 2017).

El área colindante, donde predominaban las casas de los sectores más pobres, no menos importante del punto de vista arqueológico, fue desapareciendo luego del abandono del lugar en 1671, y con el avance de las barriadas suburbanas en el siglo xx, entre las que se encuentran Panamá Viejo, Puente del Rey, Villa del Rey y Morelos, las que conformaron luego la zona de amortiguamiento del conjunto monumental declarado Patrimonio Mundial en el año 2003 (Tejeira 2003: 15–18, 36). Al este de la Plaza Mayor sobrevivieron las ruinas de la Catedral, en lo que fue su segundo asentamiento, a partir de la cuarta década del siglo xvi (Fig. 2.3).



Figura 2.3. Localización de la segunda Catedral en el sitio arqueológico de Panamá Viejo (Tomado de Google maps. 2017).

Los vestigios de la Catedral están en un área aproximada de 2730 m<sup>2</sup>, donde se encuentran las áreas del atrio, la sacristía, el presbiterio, las naves de la iglesia, las capillas laterales y la torre. Las naves, hoy percibidas como una sola, presentan 47,62 m (57 varas) de largo desde el acceso principal al norte hasta la base del arco toral que enmarcaba el presbiterio y 19,40 m (23 varas y 1 palmo) de ancho. Las capillas laterales, que configuran en planta la cruz latina del templo, como casi todas las iglesias conocidas del siglo XVII en América, tienen las siguientes dimensiones: la del este (De la Concepción), la más grande, posee 10,42 m (12 varas y 2 palmos) por 7,38 m (8 varas 3 palmos) de profundidad. La del oeste (De las Ánimas) es de 6,78 m (8 varas) por 10,42 m (12 varas y 2 palmos). El Altar mayor presenta una distancia de 7,7 m (9 varas y 1 palmo) de norte a sur por 9,35 m (11 varas y 1 palmo) de este a oeste, sumando en dirección norte-sur unos 55,32 m de largo entre las naves y el presbiterio, unas 66 varas y 3 pulgadas (Fig. 2.4). Dimensiones argumentadas por Durán (2005: 38, 40) y corroboradas en el terreno en el año 2017.

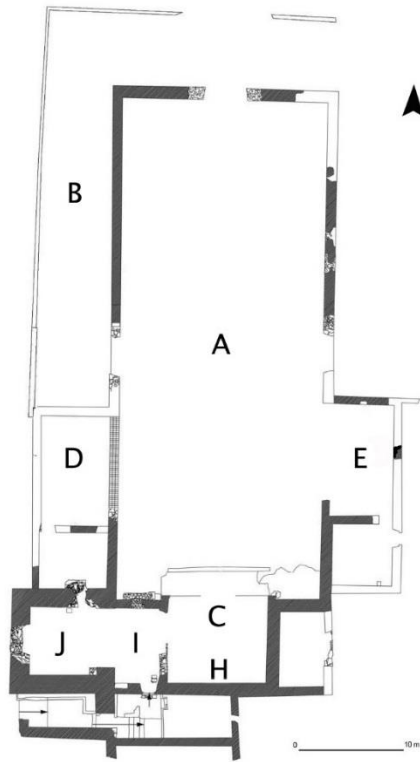


Figura 2.4. Plano de la Catedral con la distribución del templo: naves (A), atrio (B), capilla al oeste o De las Ánimas (D), Capilla al este o de la Concepción (E), presbiterio y altar (C y H), sacristía (I) y torre (J).

Dentro del panorama monumental de la Catedral la torre sobresale con casi 29 m de altura (34 varas), percibida en su época como referencia del lugar sagrado, pero también como atalaya para la vigilancia de la costa y los alrededores, punto visual eficaz para advertir el acercamiento de cualquier embarcación. Su estructura se encuentra sustentada en planta cuadrada con muros que rondan los 1,80 m (2 varas y 5 pulgadas) de grosor, los que presentan 10 m (12 varas) de ancho por la parte exterior, proporcionando al cuerpo de la torre un aspecto imponente y gran solides, que en su época portaba una techumbre a cuatro aguas. Las ventanas que presenta varían en sus proporciones, siendo las más pequeñas las ubicadas al lado norte, debido a la existencia del foso de la escalera, solución arquitectónica que restó grosor al muro adosado. Las ventanas ubicadas entre el segundo y tercer cuerpo son similares, con medidas entre los 1,50 m (1 vara y 3 cuartos) y 3 m de altura (3 varas y media), con dintel plano y jambas

de influencia dórica, caracterizadas por un arco adintelado construido con dovelas de piedra. El último cuerpo de la torre muestra una arcada por sus cuatro lados, formada por 3 arcos contiguos de medio punto (Durán 2005: 40–47) (Tejeira 2007b: 191).

La construcción de la iglesia, en piedra y mampostería, tecnológicamente responde a la tradición medieval del sur de España, con un sensible ajuste a las condiciones climáticas de Panamá y los materiales disponibles (Tejeira 2007a: 87). Las ruinas muestran una amplia utilización de la piedra del tipo arenisca blanda con aglomerante arcilloso, común en los entornos acuíferos locales, constituidos por depósitos volcánicos marinos y lacustres (Caballero, Mojica y Martín 2004: 47–48) (ANAM 2011: 43). Debido a la firmeza y facilidad de esta piedra para el trabajo de cantería, se utilizó para los sillares de la torre y las dovelas de los arcos, piezas que requerían formas precisas, aunque también para algunos sillarejos que integran los muros. Los ladrillos fueron usados para las soluciones más precisas y las áreas que requerían mejor acabado, como en las jambas de las ventanas y en el foso de la escalera de la torre (Durán 2005: 48–49). El empleo de la madera local, como veremos más adelante, propició la construcción de una gran cubierta a la manera mudéjar con tejas de barro, además de los moldeados y los elementos muebles del interior del templo.

## 2.2 La ciudad: condicionantes sociohistóricos y ambientales

Una de las primeras descripciones de la ciudad de Panamá en el siglo XVI la ofrece el cronista Pedro Cieza de León, quien no fue testigo presencial de su establecimiento, pues salió de España en 1535 para servir en las filas de los conquistadores. Sin embargo, debió visitarla en dos ocasiones, durante su paso al Perú y antes de su regreso a Sevilla a finales de 1550, donde moriría cuatro años después. Los detalles que ofrece acerca de la fundación y las características del entorno natural, son testimonio de las observaciones que realizó en el sitio y la información que recabó de los pobladores, procedimiento

habitual que respondía al propósito de escribir con veracidad, según su propio criterio. Los escritos de Cieza de León serían fuentes para obras posteriores, como las de Antonio Herrera y Tordesillas, quien además de copiar de otros, como de Cervantes de Salazar y Bartolomé de Las Casas, consultó documentación de archivo e incorporó sus interpretaciones históricas, amparado en el nombramiento de Cronista Mayor de las Indias en 1596 (Páez 2006) (Aram 2012: 352–357).

Algunos documentos posteriores, relevantes para la historia de Panamá, reprodujeron algunos de los datos originales de Cieza de León y de Antonio Herrera, pero también brindaron nuevos elementos que reflejan los cambios que experimentó la ciudad entre el siglo XVI y las primeras décadas del siglo XVII. Antecediendo los textos de Herrera se encuentra la descripción de Castilla del Oro que hiciera Alonso Criado de Castilla en 1575, quien fue oidor de la Audiencia de Panamá entre los años 1573 y 1579 (Vázquez de Espinosa 1969: 161). Y mucho tiempo después de la edición de las décadas de Herrera, se tiene la descripción tomada del informe original que remitiera al reino dicha Audiencia en 1607, y el texto copiado de las secretarías del consejo de 1610, al parecer una versión ampliada del anterior, haciendo un balance de la situación de la ciudad y la provincia, aunque en estos no se citan los documentos precedentes o las crónicas, como hace Juan Requejo Salcedo en su relación de 1640, al referir continuamente las Décadas de Antonio Herrera, lo que permite diferenciar y revalorizar su testimonio, fundamentado en la experiencia como canónigo de la Catedral entre los años 1619 y 1638 (Requejo 1640 (1908): 36).

Los aspectos más importantes en la descripción de Cieza de León en 1535 son precisamente las particularidades naturales y culturales del asentamiento fundacional y el despertar mercantil que experimentaba la ciudad de entonces. En lo referente al lugar asegura su carácter poco sano, pues había sido edificada con un trazado de “levante a

poniente” (de este a oeste), de tal manera que no hacía sombra en ninguna de sus calles, lo que hace pensar además en la total ausencia de árboles, aspecto poco favorable para el calor que producía un sol tan fuerte que califica de “enfermo”. Vinculando este aspecto a los “malos vapores” que emanaban de una laguna que la ceñía por la parte norte, lo que limitaba su perímetro. Estas condiciones propiciaron que se pensara al principio en poblarla en un lugar más favorable a media legua de la costa (aproximadamente 2 km), cuestión que no se realizó. Los motivos que argumenta son: el alto precio de las casas edificadas, la muerte de los antiguos conquistadores y el carácter temporal de los vecinos. En lo que respecta al puerto consideró era bueno, donde entraban las naves con el cambio de marea, aunque la baja mar dejaba la playa más de media legua sin agua. (Cieza de León (1535) 1980: 99–100)<sup>8</sup>.

En el documento de 1610 se menciona que la fundación de Panamá estuvo primero en otro sitio, como a media legua del que tenía en ese momento, al que se había mudado por la comodidad del puerto. Esta información ha generado dudas e hipótesis historiográficas acerca del lugar en que realmente se inició la ciudad, considerándose que aún falta por determinar si el emplazamiento actual corresponde al escogido en 1519 o es posterior (Tejeira 2007b: 188), mientras Castellero (2006: 107–114; 2017a: 18) argumenta el inicio a media milla al oeste del sitio actual, basándose en los manuscritos de los informes de 1607 y 1610, el primero de estos realizado a partir de datos obtenidos de las autoridades informadas, ninguna de las cuales fue testigo de tales acontecimientos. Sin embargo, en la relación de méritos y servicios de Gaspar de Espinosa en 1552<sup>9</sup>, los testimonios de algunos participantes, refieren que Espinosa se

---

<sup>8</sup> Una reseña semejante referida a 1520 la escribió Antonio de Herrera a principios del siglo xvii, en: *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, Década II, libro IX, 1601, pp. 305–306.

<sup>9</sup> Archivo General de Indias (AGI), Patronato 98a. N.2, R.1. Relación de méritos y servicios de Gaspar de Espinosa, 1552.

encontró en Panamá con un grupo de pescadores indios, transmitiéndole la noticia a Pedrarias, quien luego navegó a la costa, desembarcó y junto a Espinosa fundó la ciudad de Panamá, todo en 1519.

Por medio de estos relatos se puede establecer un primer momento de arribo y ocupación inicial, de algún punto cercano a lo que sería el asiento definitivo, marcando el segundo momento la elección del lugar adecuado por Pedrarias, según las instrucciones reales. Este proceso de arribo, ocupación y fundación pudo generar confusión casi un siglo después, entre la presencia de Espinoza en el área y la erección de Panamá, reflejada en los informes de 1607 y 1610, sobreviviendo junto a otros errores (Hernández, Martín y Aram 2019). Los estudios de Carles (1969: 8–9) acerca de los intentos y propuestas de su traslado posterior, evidencian que no fueron fructíferos: la disposición de mudarla a sitio más saludable por Cédula Real el 7 de marzo de 1534, no tuvo respuesta positiva del cabildo de Panamá, reunido el 26 de septiembre del año siguiente. Como observa Carles, en la reunión estuvieron presentes algunos de los conquistadores que acompañaron a Pedrarias, entre ellos Pascual de Andagoya, Rui Diaz, Juan de Castañeda y Gaspar de Espinosa, quienes aseguraron que en su momento se había escogido el lugar con mucho cuidado, mirando todos los sitios, puertos y ríos, lo que había sido un gran acierto, tal como señalaba la experiencia hasta entontes<sup>10</sup>.

Para valorar esta situación es oportuno considerar que, a pesar de las desventajas naturales, Pedrarias persuadió a los colonos para que se asentaran en el sitio, con un grupo de concesiones que incluyeron una fundición de oro, exenciones de impuestos, el derecho a exportar esclavos y un sistema de encomiendas, las que podían ser revocadas si los encomenderos no observaban las obligaciones hacia los nativos y las ordenanzas

---

<sup>10</sup> AGI, Panamá 193, R. 22. Posibilidad de mudar a Panamá: en respuesta a la cédula real que pedía considerar el asunto, 1534.



reales. Estas prerrogativas propiciaron cierta estabilidad y seguridad en el desarrollo del incipiente poblado, que recibió el 15 de septiembre de 1521 la confirmación de los incentivos otorgados por Pedrarias, así como el título de ciudad (Sosa 1919: 17) (Aram 2008: 147). Esta categoría era sin dudas un privilegio que legitimaba definitivamente el espacio político sobre el natural, a partir de una real transformación, con la cual se asimilaba un territorio indiferente, convirtiéndose en propio, también cargado de contenido religioso como frontera y recurso simbólico. Como argumenta Lucena (2008: 21): la ciudad surge cuando las personas que decidían tomar vecindad asentaban sus nombres en los autos fundacionales, luego de que era escogido y nombrado el lugar.

La copia y relación de las encomiendas otorgadas por el repartimiento viejo en Panamá, señala un momento trascendental en este proceso de poblamiento en noviembre de 1519, puntualizando que veintisiete cacicazgos de pequeño tamaño fueron repartidos, entre ciento tres encomenderos –menos de la mitad de los conquistadores presentes–, contando al propio Pedrarias, quien había distribuido también los solares tres meses antes, para la construcción de las casas, según las calidades de las personas y los sacrificios ofrecidos en la empresa colonizadora (Mena 1992: 34, 1996b: 54)<sup>11</sup>. Entre 1521 y 1526 los registros del oro en Panamá señalan la existencia de ciento sesenta y cinco vecinos, algunos con residencias compartidas en Natá, entre encomenderos, mineros y funcionarios, sin que se especifique el oficio de mercader (Mena 2011: 417–426).

Aun así, en 1535 Cieza de León (1980: 99) había observado que los vecinos eran contratantes dedicados a los diferentes quehaceres del comercio, con lo que aspiraban a enriquecerse y regresar a España, siendo únicamente gente de paso, indicativo del

---

<sup>11</sup> AGI, Panamá 233, L.1, f. 35–44v. Instrucciones del rey Fernando a Pedrarias Dávila, del 5 de agosto de 1513, núm. 7.

carácter provisional que mantuvo el asentamiento en los primeros tiempos, lo que no era congruente con las orientaciones reales de poblar aquellas tierras, como lo informaba el tesorero Alonso de la Puente en 1515 desde Santa María La Antigua<sup>12</sup> y lo refrendaba el rey en 1525, aduciendo que los cristianos no hacían edificios duraderos, tampoco “...crías ni granjerías ni otras cosas necesarias...” por el hecho de que no pensaban permanecer en los poblados<sup>13</sup>. Esto explica el por qué la ciudad se mantuvo en un lugar escogido sin las condiciones urbanas para su crecimiento y bienestar, algunas de ellas agravadas por la ocupación, pues se trataba de un emplazamiento estratégico, cuya ventaja fundamental radicó en la cercanía al Mar Caribe, conformando junto a Nombre de Dios, repoblado en 1519, las cabeceras del puente interoceánico (Mena 2011: 43).

En 1538 y 1540 la ciudad sufrió sendos incendios que devastaron gran parte de las edificaciones, en aquel entonces construcciones de madera y paja, el primero de ellos, ocurrido el 20 de marzo solo dejó en pie unas cinco o seis casas, afectando sensiblemente la Catedral y perdiéndose el hospital<sup>14</sup>. Por el informe que Francisco Pérez Robles enviara al Emperador, haciendo un recuento de lo sucedido durante el segundo incendio el 15 de febrero, se advierte que los principales inmuebles debieron estar localizados a lo largo de la playa y el puerto, por la explicación del orden en que se extendieron las llamas. Expone que comenzaron por una casa apartada en solar yermo, desde donde el fuego alcanzó rápidamente la casa del obispo, luego la iglesia y seguidamente “la mayor y mejor parte de toda la ciudad”, quemándose toda la acera

---

<sup>12</sup> Carta del tesorero Alonso de la Puente...sobre asuntos generales de gobierno, Santa María La Antigua, 23 de septiembre de 1515 (Jopling 1994: 123).

<sup>13</sup> Cédula de sus majestades sobre tratamiento de los indios, Toledo, 19 de mayo de 1525 (Jopling 1994: 109).

<sup>14</sup> AGI, Justicia 368, N. 1, f. 2v-30v. Interrogatorio en la pesquisa secreta contra el lic. Pedro Vázquez, 20 de julio de 1538. Colección Muñoz, 9-04843 (A-108), f. 63. Oficiales de tierra firme al Emperador, 12 de agosto de 1538. AGI, Justicia 368, N. 1, f. 31-45. Testimonio para averiguaciones de los cargos de la esquisa secreta, 25 de agosto de 1538.

(orilla) de casas y tiendas desde el puerto hasta la plaza, entre ellas las casas del cabildo que aún no estaban terminadas, y las casas de la calle de la playa, desde la esquina de la plaza hasta la Casa de los Gobernadores<sup>15</sup>.

La devastación que produjeron estos incendios propició un reordenamiento de las zonas afectadas, al menos de algunas propiedades cercanas a la costa. La mencionada calle de la playa recorría todo el litoral, desde el puerto hasta la salida de la ciudad al oeste, deteriorándose durante el siglo XVI debido al impacto antrópico que produjo el establecimiento de la ciudad, principalmente la actividad de desforestación del bosque de mangle, incidiendo también en el área del puerto. La investigación de los moluscos marinos obtenidos por excavaciones arqueológicas en Panamá Viejo, ha sugerido la disminución progresiva del manglar en el área, mejor conservado en el ecosistema perteneciente al periodo prehispánico (Martín y Rodríguez 2006: 96).

Los manglares en las costas del pacífico panameño son barreras naturales en ambientes caracterizados por las playas de arena, zonas de fango y roca, que mantienen el equilibrio de la interacción de los ecosistemas marinos-costeros. Su presencia protege contra las marejadas y los vientos –fundamentalmente en eventos climatológicos como tormentas y huracanes–, y reteniendo los sedimentos y el fango que arrastra el oleaje, enfriando de manera natural el ambiente y capturando la sal del agua de mar, lo que impide la salinización de la tierra adentro (ANAM-ARAP 2013: 13-14) (Mejía *et al.* 2014: 5). Aunque Requejo (1908: 62, 146) en 1640 apunta que el palo de mangle no servía para la construcción de casas y navíos, advierte que tuvo una amplia utilización como

---

<sup>15</sup> AGI, Patronato Real 194, r. 53(2). Carta del Doctor Francisco Pérez Robles al Emperador, 16 de febrero 1540.

leña en los quehaceres domésticos, e incluso para otros fines, como la confección de grandes cruces para las procesiones religiosas.

La deforestación que sufrió el manglar adyacente a la ciudad pudo ocasionar en unos años que el fango invadiera el sector de la playa, y se acumulara junto al sedimento que descargaba el río Abajo en la ensenada próxima, haciendo que el pequeño puerto perdiera profundidad ya para finales del siglo xvi. Aram (comunicación personal 2019) ha observado que la calle de la playa, que había sido crucial para el diseño de la ciudad, no fue representada con su trazado original en el mapa levantado por Bautista Antonelli en 1586, quedando en su lugar una especie de camino angosto que bordea la costa (Fig. 2.5). En el mapa levantado por Cristóbal de Roda en 1609, citado más adelante (Fig. 2.6), la calle aparece truncada en un tramo de la costa, desde los solares cercanos al puerto hasta las inmediaciones del puente que daba salida al oeste.



Figura 2.5. Plano proyectivo de la ciudad de Panamá de 1586, elaborado por Bautista Antonelli. Biblioteca del Museo Naval (Madrid). En rojo el camino angosto en el mismo borde de la costa que representa la calle de la playa.

La descripción de Criado de Castilla en 1575 (1883: 529–530) informa la existencia de unas cuatrocientas casas en Panamá, todas de madera y “perfeccionadas”, donde residían unos quinientos vecinos –todos españoles, en lo fundamental de Sevilla–, en su mayoría dedicados al comercio, y muy pocos al ganado y las haciendas –gente rica–, lo que deja ver el grado de especialización económica que había cobrado la urbe, con el desarrollo de la ruta de metales preciosos del Perú a España para la década de 1560 (Tejeira 1996: 52), haciéndola un sitio inmanente de múltiples realidades sociales e interacciones, y a la vez contradictorio: de permanencia (como lugar de arraigo), tránsito (no lugar), precariedad y lujo (Auge 2000: 112–113).

De manera paralela, los servicios y otras labores, como en las huertas, las arrias de mulas, la extracción de perlas, el arreo de vacas y los aserraderos, eran atendidos por 2809 negros y negras, una cifra levemente superior a los cimarrones alzados, según Criado de Castilla unos 2500 individuos que acechaban la urbe y los caminos. Hay que notar que el número de esclavos negros en la ciudad, donde además residían unos 300 negros y negras horros (libres), sobrepasaban ampliamente el número de vecinos blancos. Para entonces los barcos grandes tenían que cargar en una isla llamada Perico, dos leguas (9,6 km) al oeste del enclave, por la inconveniencia de las mareas y el poco calaje del puerto, perdiendo protagonismo los predios inmediatos. Menciona, además, la iglesia Catedral, un hospital y tres casas eclesiásticas “muy pobres” que se sustentan con las limosnas del pueblo, dedicadas a San Francisco, Santo Domingo y la Merced, siendo esta última la más antigua (Criado (1575) 1883: 531, 535–536).

Las investigaciones acerca del trazado urbano de Panamá, a mediados de la década de 1990, permitieron apreciar sus características a partir de la buena conservación de algunas de las ruinas. Tejeira (1996: 52–53) reconstruyó en buena medida el trazado original de las principales calles y manzanas, excepto la zona del puerto, por las

transformaciones que provocaron los rellenos de la costa, y los arrabales desaparecidos bajo los barrios suburbanos contemporáneos<sup>16</sup>. Desde sus inicios la ciudad fue adaptándose a la topografía del terreno y las peculiaridades climáticas del sitio. Algunas de las construcciones representativas del poder colonial ocuparon lugares ventajosos, ya desde el trazado original o por reubicación, como en el caso del lugar destinado desde la fundación, para que se hiciera una fortaleza en el cerrito cercano al puerto, donde serían construidas luego las Casas Reales, y la reubicación de la Catedral, en lo que es su segunda localización, sobre un pequeño montículo rocoso al este de la Plaza Mayor, lo que señala una distribución policéntrica, más cercana a la experiencia medieval europea (Mena 1996d: 228).

Se trata de un modelo tardío, experimentado por los conquistadores en América, y en el caso de Panamá, acondicionado a las necesidades prácticas de habitación de un enclave estratégico, con escaso terreno disponible, pero a partir de instrucciones precisas dadas por el rey a Pedrarias para la creación de los nuevos lugares, atendiendo la repartición ordenada de los solares, escogiendo los sitios convenientes para la plaza y la iglesia, y la disposición que debían tener las calles, para que los poblados quedaran organizados desde el inicio<sup>17</sup>. No obstante, la evidencia documental indica que para el año 1538 los vecinos construían sus casas y corrales sobrepasando el límite de los solares, invadiendo los espacios públicos y las calles, suscitando las quejas oficiales en el contexto del incendio de marzo de ese año, donde se advierte que las reconstrucciones

---

<sup>16</sup> El levantamiento se basó en el cotejo de los mapas antiguos mencionados (1586 y 1609), atribuidos a Bautista Antonelli y el ingeniero militar Cristóbal de Roda respectivamente, con mapas contemporáneos, fotos aéreas y mediciones puntuales realizadas en el terreno (Tejeira 1996: 52-53).

<sup>17</sup> AGI, Panamá, 233, L.1, f. 35-44v. Instrucciones del rey Fernando a Pedrarias Dávila, del 5 de agosto de 1513, núm. 7.

al ser periódicas y de material perecedero, cada vez abarcaban un tramo del espacio que no les pertenecía<sup>18</sup>.

Las primeras edificaciones de la Audiencia en el cerrito próximo al puerto, para mediados de la tercera década del siglo XVI, eran chozas sencillas de madera y paja, como debió ser el resto de la ciudad, pero en 1540 el doctor Francisco Pérez Robles estaba construyendo siete pares de casas de cantería y sillería, una para su morada y seis para alquilar<sup>19</sup>. Estas pudieran ser las casas que menciona Mena (1996d: 225–232), existentes hacia 1563, conocidas como las Casas Reales, que albergaban la Audiencia, la tesorería y la cárcel, adicionándosele en 1586 una trinchera y una cerca al perímetro. En la primera década del siglo XVII estas construcciones, al igual que las localizadas en la franja costera, incluyendo la calle próxima, experimentaron problemas recurrentes de deterioro, por la erosión que provocaba el mar, para lo que se proyectaba una pared de contención<sup>20</sup>. Arroyo (2015b: 19–24) argumenta que la mayoría de las construcciones existentes en ese espacio fueron derribadas alrededor de 1646, sin que el proyecto de reconstrucción se concretara, quedando en pie los elementos de defensa, como el edificio del cuartel.

Con la gradual disfuncionalidad del puerto, que para 1607 se estimaba su pérdida irremediable, el área circundante –la plaza y las construcciones– perdió centralidad en el contexto simbólico urbano<sup>21</sup>. En este período la Plaza Mayor, cercana al puerto en dirección oeste, debió adquirir un rol más significativo como referente urbano del poder colonial, donde lo eclesiástico prevaleció, con la iglesia Catedral como atractivo principal,

---

<sup>18</sup> AGI, Justicia 368, N.1, f. 89–91. Extracto del libro del cabildo de Panamá: petición presentada por Álvaro de Guiso sobre la construcción de casas en la vía pública, 1538.

<sup>19</sup> AGI, Justicia 342, N. 1, R. 5. Respuesta del doctor Robles al pedimento hecho por Rodrigo de Rebolledo, fiscal, del 24 de enero de 1540.

<sup>20</sup> AGI, Panamá 46, N. 15 (4a). Reunión del cabildo tocante al aderezo de una calle de Panamá que se quiere llevar la mar, del 26 de septiembre de 1608.

<sup>21</sup> BNE, Manuscritos 3064, f. 142–3. Descripción de Panamá y su provincia sacada de la relación que por mandado del Consejo hizo y envió aquella Audiencia, 1 de enero de 1607.

ubicada en la vertiente noreste, enfrentada al norte por la calle del Obispo. Desde su inicio la Plaza Mayor se había configurado de manera excéntrica, con el puerto como principal factor de atracción independiente, que concentraba el eje civil –gubernamental y administrativo– de la ciudad (Fig. 2.6), una realidad espacial solo comparable con sus antecesoras en las Antillas (Mena 1992: 73) (Tejeira 2007b: 188–189) (Correal 2017: 6).

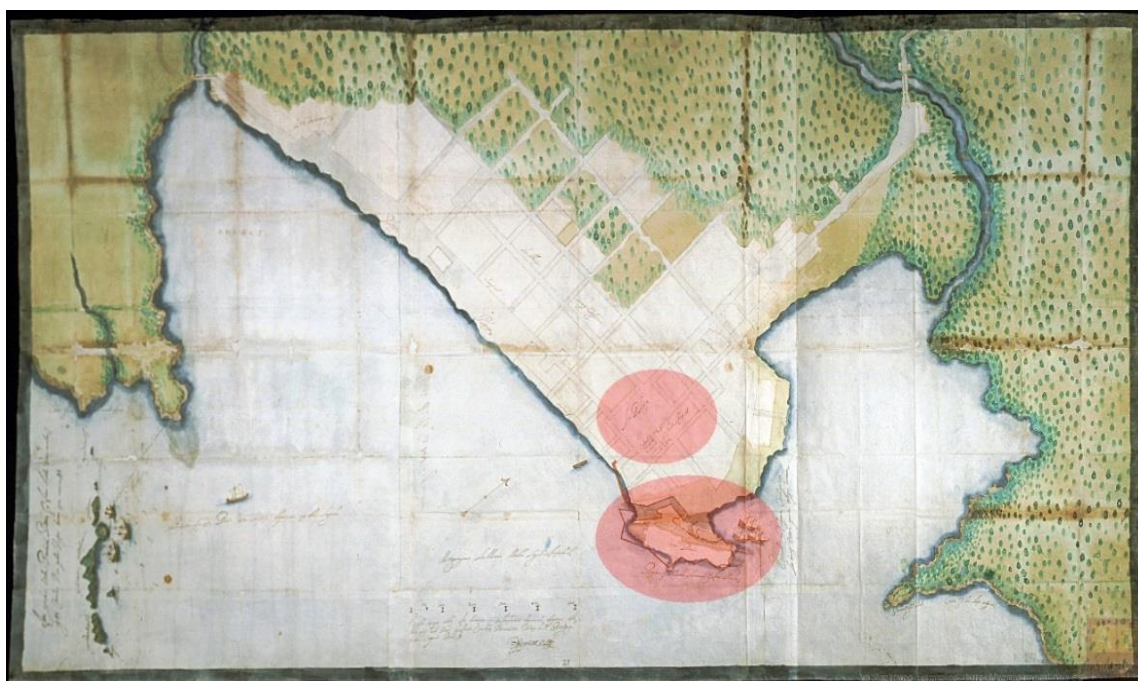


Figura 2.6. Plano de la ciudad de Panamá realizado por Cristóbal de Roda en 1609, donde se han señalado con semicírculos de color rojo tenue el área del puerto (abajo) y de la Plaza Mayor (arriba). Copia digital tomada de PARES, código de referencia: ES.41091.AGI/27.20//MP-PANAMA, 27.

Durante el siglo XVI el área urbana se extendió en la franja costera, definiéndose por las calles que conducían a los puentes de salida, en el límite norte y oeste. El área cercana a la costa albergaba las mejores construcciones, y la mayoría de las instituciones religiosas, constreñidas por la zona de pantanos al norte, comportando una evidente optimización del espacio, y obligando al diseño de manzanas poligonales y pequeñas, algunas menores de dos mil metros cuadrados, con casas pequeñas de dos y tres niveles, en solares menores a los doscientos metros cuadrados (Tejeira 1996: 57–58).



No obstante, a finales del siglo XVI y en las primeras décadas del XVII Panamá creció esencialmente hacia el norte, apreciándose una gradual desproporción entre las escalas de los sectores más antiguos (las manzanas al sur) y los que fueron creados, así como la manera descuidada en que se agregaron los tramos de las calles transversales (norte-sur) y longitudinales (este-oeste), las que no fueron paralelas ni rectas. Los trabajos prospectivos con técnicas arqueológicas y de prospección geofísica ejecutados por el Proyecto Arqueológico de Panamá la Vieja, entre los años 1996 y 2003, han confirmado el estatus social privilegiado de las residencias ubicadas en las principales vías al sur, o de mayor importancia comercial, revelando la presencia de empedrados con cantos rodados y sistemas de drenaje en las calles de Santo Domingo –que lleva a la salida al norte– y del Obispo, la Empedrada y la Carrera, en el eje este-oeste (Fig. 2.7), siendo una limitación significativa la ausencia de estos trabajos en las áreas marginales, donde se espera no exista este tipo de pavimento (Martín 2003: 180–181).

En el informe de 1607, y la copia de 1610, se advierte un cambio sustancial en la expresión arquitectónica de la ciudad, resultado de su posición económica y mercantil, al mencionar 332 casas entre grandes y pequeñas, todas de tejas y con desván, y la mayoría con entresuelos, emplazadas en cuatro calles de este a oeste, y siete de sur a norte, una plaza grande y dos pequeñas. En este conjunto los edificios notables, además de la iglesia, eran cinco conventos, un hospital, siete Casas Reales contiguas, las cárceles de la Audiencia y de la ciudad, las casas de los tribunales, del cabildo y la del obispo, y dos ermitas. Únicamente ocho estructuras eran de piedra: la casa de la sala de la Audiencia real, la del cabildo y seis de particulares. Otras tres eran de piedra hasta el sobrado (deshván) y lo alto de madera con techumbre de barro, propicias para el clima de la región: particularmente lluvioso y de altas temperaturas.



Figura 2.7. Pavimento de cantos rodados con maestras de este a oeste, en la calle al este del convento de Santo Domingo, en Panamá Viejo, investigado arqueológicamente el año 2000. Tomado de Martín (2001: 230).

En Panamá el tiempo se experimentaba con una temporada invernal extensa, definida por las constantes lluvias y el anegamiento del terreno, lo que explica las soluciones del pavimentado y los drenajes en los viales, situación que afectaba la circulación en los arrabales y caminos. El verano se consideraba de diciembre hasta el mes de abril, con las brisas y el período de seca, de manera que llovía casi todo el año. A pesar del régimen pluvial el agua potable escaseaba, pues ni los arroyos ni los pozos en la ciudad la tenían conveniente, trayéndose desde los ríos cercanos y manantiales, pero principalmente de los ríos Chagre, Chepo y Taboga, por aguateros negros y esclavos domésticos (Audiencia de Panamá (1607) 1908: 141–142) (Secretarías del consejo (1610) 1977: 43–46, 51) (Requejo (1640) 1908: 72–73, 141–142).

Como evidente continuidad de la ciudad, los arrabales al norte –conocidos como Malambo y Pierdevidas– representados de manera discontinua en el plano de Bautista Antonelli en 1586 (Fig. 2.5), fueron parte de la expresión de la complejidad de la

sociedad colonial en la segunda mitad del siglo XVI e inicios del XVII, producto del avance de la actividad comercial como eje económico fundamental, que propició un contexto particular de interacción, mestizaje y diferenciación. En el informe expedido en 1607 se destaca que hay cuarenta “casillas” y ciento doce bohíos sin sobrado (desván), la mayor parte cubiertos de paja, localizados fuera del cuerpo ciudadano, habitados por negros horros y españoles pobres (Audiencia de Panamá (1607) 1908: 140).

El padrón poblacional en el mencionado informe de 1607 ofrece una imagen elocuente del mestizaje biológico y cultural en la ciudad, a la vez muestra la inserción social y la peculiaridad local de la permeabilidad en la categoría de vecino, aunque Mena (1984: 33) considere que la condición de vecindad no se utilizó de manera estricta en este caso, la categoría al menos implica una distinción de inclusión desde los ámbitos de poder –administrativo y religioso–, reconociendo por consiguiente la participación comunitaria y la condición católica de algunos pobladores. Según Aljovín de Losada (2009: 184–185) la consideración de vecino en época colonial temprana en América indicaba la posesión de un solar, como cabeza de familia en casa independiente, aunque no se exigía la estricta residencia<sup>22</sup>.

Estos argumentos permiten apreciar el entramado social en Panamá a inicios del siglo XVII, donde residían en calidad de vecinos 495 hombres españoles y 53 extranjeros, entre portugueses, flamencos, franceses e italianos, de ellos 63 eran criollos y 215 estaban casados, algunos con cuarteronas (descendientes de mestizo y español o viceversa), mulatas, indias, negras y mestizas. Unas 303 mujeres eran consideradas vecinas, de ellas 174 casadas, la mayoría con españoles, y en menor medida, con mulatos y negros, siendo

---

<sup>22</sup> Para Aljovín de Losada (2009: 19) la distinción de vecino está relacionada con la participación política, así como con el tema de las responsabilidades: privilegios o deberes y derechos de los habitantes en los poblados.

criollas unas 78. También se admiten en esta distinción unos 11 hombres cuarterones solteros y 17 mujeres cuarteronas casadas con blancos. Así como 69 mulatos horros, casados con mulatas, blancas, negras e indias, y unas 146 mulatas horras, casadas con blancos, mulatos y negros. Igualmente, los vecinos mestizos contaban 38, casados unos 16, y 26 mujeres mestizas, 11 de ellas casadas. Otros no fueron presentados como vecinos: unos 14 indios fuera de sus pueblos –que para entonces eran muy pequeños, ubicados en Chepo e islas del Rey y Taboga– y 13 indias solteras y casadas, unos 16 zambahigos (descendientes de negros e indios) entre mujeres y hombres, casados y solteros. Negros horros 148, de ellos 80 casados y 94 negras horras casadas, de una totalidad de 165 (Audiencia de Panamá (1607) 1908: 166–167).

Esta realidad permite pensar en un sistema abierto para acceder a la categoría de vecino en ese momento, con normativas que permitieron su extensión, y en las que los factores étnicos y de género no parecen ser cruciales, o al menos pudieron ser manejados desde diferentes posiciones de la diversidad social, en situaciones que propiciaron la integración de los grupos desfavorecidos por mestizaje biológico y cultural. Según Mena (1984: 175–176) los matrimonios exogámicos, de blancos con negras, mulatas y cuarteronas a inicios del siglo xvii, reflejan cierta apertura de la sociedad panameña, en la que los prejuicios sociales no eran tan fuertes como era habitual en otras ciudades, y lo atribuye a su carácter de lugar de tránsito, haciéndola más dispuesta al mestizaje. Como señala Ortiz (2015: 239) en el caso de las sociedades con diferentes valoraciones étnicas para la estratificación social, donde los aspectos somáticos se vinculan a la posición de individuos y grupos, el mestizaje y la movilidad social atenuaron o flexibilizaron las fricciones “raciales”. Sin embargo, es incuestionable que los rasgos fenotípicos tienen protagonismo en estas distinciones, como recipientes diferenciadores para la mirada de la élite colonial y los sectores privilegiados, representando la marcada

estratificación, y al mismo tiempo, el proceso heterogéneo de conformación de los sectores sociales<sup>23</sup>.

La relación de propietarios de esclavos en 1607 incluye algunos indios y negros libres, al igual que cuarterones, mulatos y mestizos, aunque se infiere que la mayoría de los esclavos estaban en manos de los principales vecinos, una plutocracia dueña de los negocios más lucrativos. Según el cuadro estadístico, de un total de 3633 esclavos<sup>24</sup>, unos 161 estaban en manos de cuarterones y mulatos, 59 trabajaban para negros horros, 23 para mestizos y 5 eran esclavos de indios (Audiencia de Panamá (1607) 1908: 168). Aunque la cifra representa el 6,8 por ciento del total, es significativa como evidencia de los medios de movilidad social, la que debió manifestarse de manera complementaria en la dinámica de diferentes ámbitos de interacción, como el familiar –matrimonios y uniones no formales pero admitidas y toleradas–, la religiosa –conversión católica– y la ocupacional –oficios, profesiones o cargos políticos y militares–<sup>25</sup>.

La categoría de vecino presupone que los individuos poseían inmuebles, y como es apreciable podían tener esclavos, tanto para las labores domésticas como para la ejecución de otros trabajos y servicios, por los cuales cobraban (Mena 1984: 386). Arroyo (2016: 229) basada en documentación de archivo<sup>26</sup> subraya que, en diciembre de 1582,

---

<sup>23</sup> Se trata de rótulos correspondientes a los variados resultados de la hibridación biológica y cultural, y a todas luces no dejan de ser unificadores, como las categorías iniciales de: africano, español e indio, que englobaron y comprendieron sujetos culturalmente desiguales (Andaur 2009: 68).

<sup>24</sup> En el informe se estima un total de 3721 esclavos negros y mulatos, repartidos entre 1138 hembras y 2583 varones, pero la suma real es 3633, calculada por la suma de los mencionados por: sexo, propietarios y actividades (Audiencia de Panamá (1607) 1908: 168).

<sup>25</sup> Aunque en Panamá la interacción familiar favoreció desde los momentos iniciales la movilidad social, el enfrentamiento que sostenía la ciudad contra las revueltas de cimarrones, y las guerras de España contra los ingleses, franceses, piratas y filibusteros, como en el resto de las ciudades coloniales en América, dieron la posibilidad a la gente de color de ocupar cargos militares, propiciando el reconocimiento y el ascenso social (Mena 1984: 388–389) (Ortiz 2015: 213).

<sup>26</sup> La documentación citada corresponde a: AGI, Contaduría 1459 a 1474. Que contienen los que participaron en la construcción y reparaciones de las Casas Reales (Arroyo 2016: 382).

durante los trabajos de reparación de las Casas Reales, laboraron dos negros carpinteros libres con sus respectivos esclavos. Otro ejemplo registrado se ubica siete años después, cuando la negra horra conocida como Catalina de la Barrera o Catalina Martín, recibió el pago de un total de ciento veinticinco pesos y algunos reales, por concepto del alquiler de su casa, su propio jornal y el de sus esclavas, al servicio de unos religiosos de paso por Panamá hacia el Perú<sup>27</sup>.

Es oportuno destacar que el cómputo general en 1607 expone una mayoría poblacional integrada por el estamento negro, con el 70,3 por ciento, seguido por un 22,2 por ciento de blancos, un 5,8 por ciento de castas y el 1,5 por ciento de indios y mestizos (Mena 1984: 61), o sea una realidad social con un gradiente representativo de sus componentes étnicos, palpable en la diferenciación y variabilidad del color de la piel y los rasgos fisonómicos, pero también un consustancial abanico de estatus social y económico, distribuidos desde el centro hasta la periferia de la ciudad, situación de interconexión urbana resultado de la necesidad individual de agenciar la vida con el comercio –el trato– de bienes, talentos y cuerpos (Lucena 2008: 30).

El paisaje social además contaba con un clero numeroso: 22 presbíteros y 45 frailes y religiosos, entre dominicos, franciscanos, mercedarios y jesuitas. Además de las instituciones militares, con oficiales reales y soldados, es significativa la lista de profesionales y gente de oficios, en la que se aprecian las mayores demandas en el orden legal y constructivo: escribanos reales y carpinteros, al admitir que el número de individuos practicantes es relativamente proporcional a las necesidades sociales (Tabla 2.1) (Secretarías del Consejo (1610) 1977: 46–62). Mena (1984: 387–388) refiere que en el último tercio del siglo XVI algunos libertos negros y mulatos eran arrieros, carpinteros,

---

<sup>27</sup> AGI, Contaduría 1464, f. 44, 14 de junio de 1589. Caso registrado por Bethany Aram (comunicación personal 2019).

barqueros, marineros, soldados, ganaderos y pasteleros, entre otros oficios no mencionados en el informe de 1607, como comerciante y alguacil de negros. Espelt-Bombín (2014: 50) ha encontrado que algunos hombres de ascendencia africana ocuparon puestos de escribanos a partir de principios del siglo XVII, a pesar de que eran puestos vendidos desde finales del siglo XVI, y hallarse vigente legislación que prohibía a los mulatos y mestizos acceder específicamente a estos cargos públicos, mencionada por Requejo (1908: 82) en su informe de 1640.

En el contexto panameño estos individuos no tuvieron que ocultar su ascendencia étnica para lograr ascender y ser reconocidos socialmente, todos eran libres y participaban de las redes económicas y sociales, gracias a sus herencias familiares: culturales y económicas. Espelt-Bombín (2014: 67-68) además advierte que, en algunos casos, eran hijos de padre blanco o español –hombres de buena reputación y frecuentemente ricos–, y de madre mulata o cuarterona, con relaciones informales, dejando ver que algunas mujeres de reconocida capacidad económica y cabezas de familia eran descendientes de africanos, como sugiere el desglose poblacional del informe de la Audiencia en 1607.

*Tabla 2.1 Relación de profesiones y oficios en 1607, según el Informe de la Audiencia de Panamá (1908: 169).*

Oficios	Personas dedicadas
Escribanos reales	25
Cirujanos	4
Boticarios	2
Plateros de plata	4
Plateros de oro	3
Sederos	4
Sastres maestros	9
Oficinales de zapateros	12
Carpinteros	32
Calafates	11

Silleros	2
Herreros	2
Cuchilleros	1
Caldereros	1
<b>Total</b>	<b>112</b>

La ciudad al parecer no sufrió cambios importantes luego de alcanzar su extensión urbanística en el primer tercio del siglo XVII, las descripciones desde mediados del siglo XVI hasta la primera década del XVII, aunque son contradictorias, nunca sobrepasaron las quinientas casas observadas por Criado de Castilla en 1575, mientras el obispo de Panamá, escasamente un año después, comunicaba unas trecientas, y como se ha mencionado, en 1607 las construcciones sumaban 484, entre casas, casillas y bohíos (Mena 1984: 57).

En el segundo tercio del XVII no obstante alcanzó cierto auge en la reconstrucción arquitectónica, la petrificación de la mayoría de los inmuebles en la zona privilegiada llegaría como resultado del incremento y diversificación de la actividad mercantil, de manera divergente al estado económico, que describían las disconformidades por la depauperación del comercio desde finales del siglo XVI, reflejadas en el informe de 1610 y atribuidas a la disminución y tardanza de las flotas, así como a la competencia que significaba los productos que llegaban por la apertura de la navegación de la China y el desvío de un variado número de mercancías a Nueva España (Secretarías del consejo (1610) 1977: 42)<sup>28</sup>. Para 1640 la mayoría de los edificios eclesiásticos –iglesias, conventos y ermitas– que predominaron como un signo característico en la urbanidad panameña, estaban terminados en mampostería, cantería y techumbre de madera

---

<sup>28</sup> Véase también la Carta de Francisco Valverde de Mercado, presidente de la Audiencia de Panamá, 25 de junio de 1610. AGI, Panamá, 16, R.2, N.22, f. 6.



preciosa (Requejo (1640) 1908: 30), adquiriendo la ciudad una singular expresión eclesiástica.

### 2.3 La Catedral en movimiento: datos constructivos e históricos

Aunque el traslado del gobierno eclesiástico de Santa María de la Antigua del Darién a Panamá sucedió de facto en el año 1524 (Fernández de Oviedo 1853: 114), la iglesia mayor en la nueva población fue erigida en 1519, ocupando un lugar en torno a la plaza mayor, dadas las indicaciones reales acerca de la prioridad que tenía la conversión de los indios<sup>29</sup>, fundamento ideológico de dominio y ocupación del territorio, materializados desde la ciudad. En esos años, seguramente la iglesia no pasó de ser un bohío de madera y paja, como el resto de los primeros edificios, así se puede leer entrelíneas en una carta de Pedrarias a Doña Isabel de Bobadilla, el 7 de febrero de 1522, en la que le participa haber dado órdenes de cómo hacer la iglesia mayor y “reformular la ciudad”, luego de que un huracán derribara la construcción y algunas casas (Aram 2008: 343).

Después del incendio de 1540 la iglesia fue reconstruida al noreste de la plaza, en madera recia y teja, con una nave de 140 pies (42,6 m) de largo<sup>30</sup>, contando para sus funciones con el Santísimo Sacramento, imágenes y algunos ornamentos, que habían sido rescatados de las llamas<sup>31</sup>. El sitio escogido por el obispo Fray Tomás de Berlanga, donde se encuentran las actuales ruinas, tenía como propósito “...que pudiera estar en la delantera de la Plaza donde ella tuviera vista e honrrara e adornara mucho la plaza y

---

<sup>29</sup> AGI, Panamá 233, L.1, f. 35–44v. Instrucciones del rey Fernando a Pedrarias Dávila, del 5 de agosto de 1513, núm. 5 y 7.

<sup>30</sup> Un testigo en 1544 aseguró que la Catedral se encontraba concluida, transformada de un bohío a una nueva edificación. AGI, Panamá, 100, N.4, f.4–11. Fray Pedro de Aguilar, provisor, chantre de la iglesia Catedral de la ciudad de Panama y de la yglesia mayor de esta ciudad de Nombre de Dios, información y probanza. 17 de marzo de 1544.

<sup>31</sup> AGI, Patronato Real, 194, r. 53(2). Carta del Doctor Francisco Pérez Robles al Emperador, 16 de febrero 1540.

esta ciudad...”, pues cuando se trazó se había hecho en un lugar que no tenía “vista”<sup>32</sup>. El emplazamiento correspondía a un montículo rocoso con orientación norte-sur, predominante en el área, de manera que la nave quedó colocada de lado al noreste de la plaza, hacia la que tenía uno de sus accesos laterales. De acuerdo con la tradición medieval, la orientación del altar debía colocarse hacia el este, para que la luz del sol naciente iluminara el presbiterio, pero esta solución no fue posible debido a la pendiente del terreno hacia esta zona, lo que requería un trabajo enorme de relleno. La idea original de Berlanga era construir en piedra, pero el proyecto no fue posible, por el naufragio de la expedición que transportaba a Panamá todo lo necesario para la empresa<sup>33</sup>.

En 1578 el Deán y cabildo de la Catedral anunciaron el peligro que corría la iglesia de ser profanada y robada, por el estado ruinoso en que se encontraba el edificio de tablas de madera y el acecho de los cimarrones, que realizaban continuas incursiones a la ciudad, además, el riesgo de quemarse en un eventual incendio. El documento solicitaba merced real para fabricar un recinto más amplio en piedra, puesto que el existente, de una sola nave, se argumentaba era pequeño para el número de fieles que debían acudir a las ceremonias religiosas, estimándose que, además: “...esta edificada al revés por estar del cierco al mediodía...”<sup>34</sup>.

Esta información añadida e intencional, para darle solidez a la solicitud, refería que el cuerpo de la iglesia estaba orientado de sur a norte, o viceversa, ajustándose a las condiciones topográficas del terreno para ocupar el promontorio, lo que no era la manera ideal –es decir, de oeste a este–, y no como ha interpretado Castellero (2006: 230) con

---

<sup>32</sup> AGI, Panamá, 235, L.7, f. 122–122v. Fray Tomás de Berlanga. Emplazamiento de la Catedral. 15 de abril de 1540.

<sup>33</sup> AGI, Patronato Real, 194, R.60(a). El obispo Tomás de Berlanga al Emperador, 15 de febrero de 1541.

<sup>34</sup> AGI, Panamá, 102 f. 9–10. Carta del Deán y cabildo de la Iglesia de Panamá a Su Magestad, 10 de mayo de 1578.

la fachada al sur, hacia el mar y el altar al norte. La frase del cierco al mediodía refiere a las observaciones que eran realizadas en la época para ubicar y orientar los lugares, cuando el sol alcanzaba el cenit, a partir del cálculo y situación de las sombras. Pero no se puede asegurar que dichas observaciones correspondan al momento de la escritura del documento, fechado en el mes de mayo de 1578, o se hicieran específicamente en condiciones de Equinoccio o Solsticio, lo que cambiaría por completo la alineación al sur o al norte, no obstante, de mantenerse esa línea orientativa<sup>35</sup>. Por lo que la frase no es en sí misma una evidencia de la disposición del altar o la fachada de la iglesia, sino de la orientación general de la estructura.<sup>36</sup> En aquellos años las iglesias que no podían ser orientadas al modo canónico en su fábrica, debían colocarse hacia cualquier otra parte evitando mirar hacia el norte, tal y como establece al respecto el manual de Carlos Borromeo en 1577, que retoma en gran medida la tradición eclesiástica en cuestiones de arquitectura como signo litúrgico<sup>37</sup>.

En el plano levantado en 1586 por Bautista Antonelli como proyecto urbano, la Catedral aparece dibujada con la fachada al norte y una pequeña torre rematada con una cruz, en la misma posición y orientación que tiene hoy en día con respecto a la nave (Fig. 2.5). Además, no hay indicios documentales de que se ejecutara una reforma constructiva de envergadura en esos años. En 1586 una carta del cabildo de la iglesia atestigua la carencia de los medios y el financiamiento adecuado para acometer

---

<sup>35</sup> Al respecto, consúltense las orientaciones para estimar circunferencia y radio de la tierra por el método de Eratóstenes, en la web: Una ventana para el universo. Mide tu mundo, de la Corporación Universitaria de Investigación Atmosférica. <https://www.ucar.edu>. Accesado en abril de 2019.

<sup>36</sup> Además, la orientación de norte a sur está evidenciada por un conjunto abrumador de datos arqueológicos de los patrones funerarios de la nave y el atrio, obtenidos por métodos estratigráficos puntuales.

<sup>37</sup> Al respecto ver de Carlos Borromeo: *Instrucciones de la fábrica y el ajuar eclesiásticos* (1577) 1985, p. 15.

transformaciones decisivas, por lo que se infiere que, en aquel entonces, cualquier cambio o transformación en la fábrica del edificio fuera puntual a partir de lo existente<sup>38</sup>.

Aún en 1607 el edificio permanecía de madera y teja, pero algo más amplio que el anterior –al menos en longitud– y con un aspecto diferente: 56 varas (46,8 m) de largo por unas 20 varas (16,7 m) de ancho, que cubrían tres naves, la mayor con diez varas de ancho (8,35 m) y dos laterales con 5 varas (4,17 m) cada una. La capilla mayor se encontraba al sur, de forma cuadrada, con 10 varas (8,3 m) por cada lado. Además del altar mayor, contaba con cuatro altares, dos de ellos pertenecientes a cofradías. El coro a nivel del suelo, la pila de bautismo al este y el órgano al oeste. Al sur una torre con campanas y las casas de los prebendados, fabricadas igualmente en madera. Tres años después la iglesia se encontraba en mal estado constructivo, desplomándose la torre durante la administración diocesana de Fray Agustín de Carvajal, cuestión que fue objeto de reclamos por parte del obispo y el presidente de la Audiencia<sup>39</sup>.

Desde su traslado la Catedral conservó la centralidad de la vida religiosa en Panamá, contando con la única pila de bautismo y la sede de la diócesis, desde la cual los obispos rigieron la vida espiritual. La mayoría de la población residente y de paso en la ciudad y su comarca debió acudir al lugar para bautizos y sepelios, que según los padrones eclesiásticos en 1640 contaban unas ocho mil “almas de confesión”, repartidas en 750 casas, contadas entre la ciudad y los pueblos aledaños, atendidos también por clérigos y un religioso dominico.

La pérdida de los registros correspondientes hasta 1565, y desde 1603 hasta 1606 impidieron a Requejo y Salcedo estimar los bautizados en los primeros tiempos. No

---

<sup>38</sup> AGI, Panamá, 102, R.1, f.17. El cabildo de la iglesia al rey, 16 de julio de 1586.

<sup>39</sup> AGI, Panamá, 16, R.2, N.22, f. 20. Carta de Francisco Valverde de Mercado, presidente de la Audiencia de Panamá, 25 de junio de 1610.

obstante, entre 1565 y 1603 –en unos treinta y ocho años– contó registradas mil seiscientas sesenta y seis personas cristianizadas, y desde 1606 a 1638 –en un espacio de treinta y dos años– trece mil ciento treinta y ocho individuos (Requejo (1640) 1908: 20–21). Pudiera pensarse que este aumento está vinculado al crecimiento poblacional de la sociedad panameña, pero en esencia dependió en buena medida del incremento demográfico en el istmo, experimentado por los poblados sujetos a la diócesis, que aún a mediados del siglo xvii estaban siendo adoctrinados. En abril de 1661 el obispo informa la existencia de doce pueblos de indios, donde todos hablan la lengua castellana, nueve atendidos por clérigos y los restantes por un dominico y dos mercedarios (Morin 2008: 170).

Jaén (1998: 34–38) hace una estimación de veinticinco mil habitantes –principalmente indígenas– en el istmo para 1607, llegando a los cincuenta y tres mil en 1736, implicando una tendencia de crecimiento de 0.3 a 0.7 habitantes por kilómetro cuadrado. Dentro de este escenario el elemento indígena en la ciudad mostró un evidente contraste, disminuyendo de unos quinientos en 1533<sup>40</sup> a veintidós en 1607. Por su parte Sosa (1981: 116) muestra datos mucho más modestos para el territorio, pero con una tendencia igual al crecimiento, con doce mil habitantes en 1607, dieciséis mil trescientos en 1640 y veintidós mil trescientos ochenta y cinco en 1691. Estos investigadores coinciden en que de modo general la urbe no tuvo más de cinco mil habitantes entre mediados de los siglos xvi y xvii, exponiendo un modesto incremento de diez mil habitantes en un lapso de treinta años, entre 1640 y 1670 (Sosa 1981: 112) (Jaén 1998: 38).

---

<sup>40</sup> Para este dato Jaén (1998: 46) cita la carta de Francisco de Barrionuevo al Rey, de 23 de diciembre de 1533, contenida en: Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía. Bajo la dirección de Joaquín Pacheco, Francisco de Cárdenas y Luis Torres de Mendoza. Tomo xvi, 1864. Madrid.

A partir de la documentación existente es problemático establecer un aproximado de bautismos de conversión en los primeros años de vida colonial, la mencionada copia del repartimiento viejo en 1519 relaciona seis mil trescientos ochenta y tres indígenas, pero esa cifra debió ser algo mayor, puesto que solo aparecen las personas adultas. Adicionalmente, al parecer los cacicazgos repartidos tenían poblaciones realmente inferiores, las que fueron también diezgadas por la constante huida de sus miembros y las epidemias, lo que trajo protestas por parte de los encomenderos poco favorecidos, atendidas con las nuevas disposiciones en noviembre de 1522.

Este nuevo repartimiento confirma para entonces el incremento a unos siete mil quinientos sesenta y cinco individuos adultos, pertenecientes a veintitrés cacicazgos, cuatro menos que en 1519<sup>41</sup>, ubicados en el territorio controlado por los españoles, que incluso repartían en el papel sin el conocimiento exacto de las cantidades en las poblacionales (Mena 2011: 93–94). Pedrarias reacomodó las Leyes de Burgos al istmo según sus prerrogativas, anulando la orden de traer a los indígenas a las estancias de los españoles y de levantar iglesias en los asentamientos mineros, a la vez que configuró al “residente” como administrador de los pueblos de los naturales, encargado entre otras cosas de adoctrinarlos en la fe católica (Mena 1996b: 54–63; 1996c: 125–128). Asimismo, la encomienda en Panamá tuvo sus particularidades, que debieron condicionar una interacción hispano–aborigen discontinua, y en el mejor de los casos una inconstante evangelización.

Por otra parte, los datos acerca de los enterramientos efectuados en la iglesia, aun conservados en la época de Requejo, corresponden al periodo de 1613 a 1638, con ocho

---

<sup>41</sup> El licenciado Gaspar de Espinosa con el licenciado Salmerón oidor que fue de la Nueva España sobre ciertos indios e intereses de ellos (ff. 1–19), Panamá 1522 (Jopling 1994: 161–168).

mil novecientas diez inhumaciones, entre residentes y gente de paso, sin contar los fallecidos y enterrados en el hospital de la ciudad, que para entonces se encontraba dirigido por los religiosos de San Juan de Dios. Requejo ((1640) 1908: 21, 31) en este asunto advertía precisamente que el traspaso administrativo de los sacramentos, antes en manos de los curas, privaba al cabildo catedralicio de los derechos de las personas que podían testar y contar con dinero para enterrarse, al mismo tiempo que algunos escogían hacerlo en los conventos, atribuyendo los motivos a las controversias entre los funcionarios de la iglesia y las órdenes religiosas.

Con el desarrollo de los conventos en el siglo xvii este comportamiento señaló una notable diferencia al hacerse más frecuente, como dejaba ver el obispo Fray Bernardo Izaguirre en abril de 1661, al notificar al rey que los vecinos y forasteros más acaudalados, preferían sus sepulturas en las iglesias de los conventos religiosos, y principalmente en el de San Francisco, siendo muy pocos los que optaban por enterrarse en la Catedral, donde prácticamente solo se inhumaban “pobres de solemnidad” y esclavos negros y mulatos, lo que reportaba una pérdida al no poderse cobrar los derechos de entierro, servicio que podían llevar: “cruz, cura, sacristán y campanas, con obligación de una misa y vigila cantadas”<sup>42</sup>.

El testamento, acto obligatorio para todos los fieles, en la época poseía un carácter religioso, representando la oportunidad de la iglesia de subvenir sus gastos, por los recursos que se destinaban para las obras piadosas y caritativas, dirigidas a los pobres, los enfermos y las diferentes instituciones asistenciales y religiosas. Por este medio los testadores gestionaban, con la mediación de la iglesia, el descanso de su alma y el paso al paraíso, apartando buena parte del patrimonio logrado en vida para estas necesidades

---

<sup>42</sup> AGI, Panamá, 101, N. 42, Carta de Fray Bernardo de Izaguirre al rey, 20 de abril de 1661.

(Mena 1996a: 5–6). Las situaciones de inestabilidad y disminución en las rentas del obispado y la Catedral, son palpables del punto de vista documental en los continuos reclamos y solicitudes remitidos al rey<sup>43</sup>, lo que ha posibilitado la inferencia de un relativo contexto de pobreza (Ward 1993: 51), mantenido durante los dos primeros siglos coloniales, en contraste con el poder y la riqueza que tuvo la iglesia en otras provincias del imperio.

Sin embargo, el propio desarrollo constructivo de la iglesia, y el mantenimiento de sus capillas, en lo fundamental sufragados por los feligreses y las cofradías, ilustra una situación diferente. De modo que los reclamos de pobreza pudieron formar parte de un contexto discursivo más amplio, acorde al flujo de riqueza que transitaba y se hacía desde y en la ciudad, mantenido para captar la participación activa en la economía de la iglesia y el obispado. Bajo estas condicionantes y desde una posición de regencia espiritual de la vida social y religiosa en Panamá, la Catedral se pudo fraguar como un espacio abierto en el imaginario de amplios sectores sociales, incluyendo la oportunidad de legitimación para la inserción social, como arte de las estrategias de individuos y grupos en ascenso, que seguramente competían con el ámbito conventual religioso.

Aunque en 1580 se dieron las provisiones para que el templo se fabricara en piedra<sup>44</sup>, la reconstrucción en mampostería comenzó en la segunda década del siglo XVII, experimentando un decisivo impulso entre 1618 y 1629, fecha en que fue concluida su fábrica, regresando al templo las funciones religiosas que habían sido trasladadas a la Compañía de Jesús desde agosto de 1626, entretanto el viejo edificio de madera,

---

<sup>43</sup> Para una visión cronológica de la situación consultar las referencias documentales contenidas en el libro de Morin: *Apuntes de historia de la iglesia de Panamá, Periodo colonial. Antología documental*. Tomo 1, pp. 91, 115, 135, 138, 144–145, 149.

<sup>44</sup> AGI, Panamá, 17, R.3, N.45[c], Cédula real para financiar la construcción de la Catedral de Panamá en piedra, 1 de julio de 1580.



asegurado con más de veinte puntales desde 1619, iba siendo demolido mientras avanzaba la obra.

La apariencia del templo debió mostrarse ruinoso en aquellos años, agravada por los continuos aguaceros que lo hacían una ciénaga, acentuándose el mal olor por la descomposición de los cuerpos enterrados. Durante el terremoto de 1621 los tramos de muros de mampostería y cantería, construidos hasta ese momento, no sufrieron daños, mientras la estructura de madera apuntalada quedaría inclinada, sostenida por las nuevas paredes (Requejo (1640) 1908: 28, 53). Esto último señala una definitiva ampliación del edificio original, deducible con escasa distancia entre las paredes de mampostería y madera, con sus correspondientes diferenciaciones entre los necesarios nuevos rellenos de nivelación y los antiguos, en una obra de fábrica que para entonces semejaba una “alberca”, con dos puertas laterales conformadas a estilo corintio, sumando los muros de la capilla mayor y la sacristía (Requejo (1640) 1908: 53).

Según la opinión de Requejo (1640 (1908): 29) la nueva Catedral quedaría con un tamaño conveniente para la vecindad, “...con tres anchas naves de bastante longitud, de diez lumbres, con estantería de un palo fortissimo que produce la tierra, llamado Maria, con vassas de canteria y su enmaderamiento muy bien labrado de cedro; ...”. Al entender la longitud de las naves de manera literal y convertir las lumbres a metros, se ha incurrido en el error de considerarla algo más pequeña que la anterior, con unos 41 m aproximadamente (Castillero 2006: 236). En este punto Durán (2005: 23) propone que el término “lumbre” refiere la cuantía de módulos estructurales que poseían las naves de manera longitudinal, basándose en el concepto de lumbre como cada uno de los vanos que en un edificio proporciona la iluminación de su interior, por lo que no puede

considerarse una medida exacta<sup>45</sup>. Es evidente que Requejo estaba proporcionando una imagen interna del templo, pautada por el sistema de columnas, con fustes de madera y basa de cantería, que constituían las galerías o lumbres. La amplia utilización de la madera se evidencia asimismo en la descripción de la tribuna para el órgano y el coro elaborados en cedro, este último con baraustrés de Cocobola (Requejo 1640 (1908): 29).

En Panamá las cofradías asistieron la vida eclesiástica y religiosa, al sufragar altares y capillas, apoyar y recaudar fondos para las órdenes, y financiar y organizar procesiones religiosas y festivales. En 1638 residían en la ciudad un total de veintiséis cofradías, ocho de ellas en la Catedral<sup>46</sup>, manteniendo sus respectivos oratorios y retablos. Tres pertenecían a españoles: Santísimo Sacramento, Nuestra Señora de la Concepción y la de las Ánimas del Purgatorio<sup>47</sup>, todas valoradas como principales y apreciadas por el clero por el valor de sus capellanías, celebradas a perpetuidad del difunto benefactor, no solo para mantener fehaciente su generosidad, sino para acelerar su ascenso al paraíso.

En el resto de las cofradías figuraban: la de Santo Cristo, Nuestra Señora de los Reyes, Nuestra Señora de la Antigua, Nuestra Señora de la O y San Sebastián (Requejo 1640 (1908): 21). Mena (2000: 140–141) puntualiza que esta última estuvo formada por negros, al igual que otras tres radicadas en los conventos, dos en el de San Francisco: cofradías de Nuestra Señora y San Juan de Buenaventura, y una en el de las Monjas: la cofradía de Nuestra Señora de la Concepción. A diferencia de las cofradías de negros, no

---

<sup>45</sup> Durán (2005: 23) se fundamenta en el concepto que manejan: Enrique Nuere en el libro “La carpintería de armar española” de 1989, donde cita el “Vocabulario básico de arquitectura” de José Ramón Paniagua (1978).

<sup>46</sup> En 1650 el número de cofradías es el mismo, según el informe del obispo fray Fernando Ramírez (Morin 2008: 711–712).

<sup>47</sup> Estas dos últimas existían desde el siglo anterior, mencionadas en las actas de la visita canónica que hiciera en 1590 el obispo Martínez Menacho a la Catedral, mientras la de Nuestra Señora al parecer era mucho más antigua, quizás de los días iniciales de la ciudad, como evidencia las donaciones hechas a su hospital en el testamento de Francisco Pizarro en 1541 (Morin 2008: 710).

se tienen noticias de que alguna se haya formado con nativos americanos, al menos en la ciudad, aunque pudo existir en otros pueblos de la diócesis (Ward 1993: 54–55).

Las cofradías de negros y mulatos, en tanto asociaciones religiosas con propósitos benéficos y asistenciales, fueron espacios de convivencia e integración social, que robustecieron los lazos de fraternidad e identidad de grupo, en especial proporcionando el auxilio material requerido para enfrentar los apremios de los ciclos vitales, como el nacimiento y la muerte. Estas organizaciones finalmente propiciaron un contexto efectivo para el control social, la evangelización, el sincretismo religioso y la aculturación, en las condiciones de la sociedad colonial (Luna 2017: 34).

Mena (2000: 140) sostiene que en la época la iglesia insistía en que los españoles, indios y negros hicieran sus organizaciones y hermandades por separado, configuradas como grupos de carácter separatista. Es por ello que Ward (1993: 53) sugiere que las más acaudaladas o principales tenían pocos integrantes, y la mayoría blancos y españoles, con membresía limitada a los vecinos activos en varios gremios de comercio. No obstante, Requejo ((1640) 1908: 22) al relatar la procesión que se hacía al Santísimo Sacramento de la Eucaristía, por una de las cofradías más importantes (Morin 2008: 717), menciona que se le llevaba a todos los vecinos por la vía establecida, con “...muy grande magestad y aparato de cera, copia de ministriles, que son cuatro negros de la misma cofradía...”, un indicio de que estas organizaciones quizás no fueron tan cerradas o segregacionistas para la época, al menos en lo que respecta a las actividades que requerían un esfuerzo físico considerable, o quizás las cofradías no pudieron desconocer, desde la primera mitad del siglo xvi, el empuje del mestizaje y la convivencia, matizado por una mayoría negra en este caso, un fenómeno ampliamente observado por Mena (2000:153–163) en el Panamá del siglo xviii. En otras ciudades, con un significativo componente africano e indígena, como en México y Santiago de Chile, se han registrado

comportamientos abiertos, donde las cofradías en el siglo xvii admitían individuos de varias etnias africanas, indios, mestizos y blancos (Andaur 2009: 69–70) (Masferrer 2011: 92, 100) (Luna 2017: 33, 42).

La descripción de los altares y las capillas que tenían las cofradías en la Catedral en 1640, ofrece un cuadro que aproxima a la estética y la simbología al menos en la parte del presbiterio, con las figuraciones de lo sagrado, el infierno, y los entes diabólicos y celestiales, pertenecientes a la imaginería cristiana de la época, cuando el arte elabora escenas infernales, que simbolizan la repugnancia al demonio y la repulsa de los pecados, en la medida que la Inquisición se fortalece contra la herejía (Ortiz 2000: 58–59). La cofradía del santísimo Sacramento mantenía tres grandes lámparas de plata<sup>48</sup> que ardían delante de la Eucaristía, ocho candeleros de plata y una colgadura que adornaba y cubría en todas sus fiestas la capilla mayor (Requejo (1640) 1908: 22). La capilla localizada al este (Fig. 2.4) mantenida por la cofradía de Nuestra Señora de la Concepción, tenía:

“...un altar colateral del lado de la Epístola, con la imagen de la Concepción, muy deuota, en un retablo principal, muy bien dorado, en su nicho, que aora hizo su mayordomo, el mejor desta yglessia; tiene muy rico adorno de frontales para su altar, y colgadura para su capilla, y assimesmo seis candeleros medianos de plata, con su lampara dotada de aceite; ...” (Requejo (1640) 1908: 24).

La capilla al lado oeste (Fig. 2.4), estuvo ocupada por la cofradía de las Ánimas del Purgatorio:

---

<sup>48</sup> Chevalier y Gheerbrant (1986: 842) argumentan que para el cristianismo la plata representa la sabiduría divina y toda clase de pureza, atribuidas por su brillo y color, además de relacionarse en el esquema simbólico luna-agua-principio femenino, y por ello también presente en la fabricación de los enseres bautismales.

“...al lado del Evangelio, que le sirue de adorno y engrandeze, hecha de piedra a costa de la mesma cofradía, con dos arcos de cantería que se sustentan sobre una columna bien formada, de lo mismo, con su basa y cornijas, y sobre otras dos medias embevidas en las paredes de los lados; subesse a ella del cuerpo de la igitlesia por vna grada de sillería; ocupa su altar un retablo de pintura prima, hecho en Lima por un grande artífice, que caussa mucha deuocion, y por otra parte temor, por la variedad de figuras que se ven en la pintura de un infierno, en el que está retratado en el purgatorio y seno de los Santos Padres, de donde los saca Christo Nuestro Señor ...” (Requejo (1640) 1908: 25).

Este paisaje se perdió con el gran incendio de febrero de 1644, que afectó la estructura de madera del edificio, esencialmente la techumbre, que colapsó, propiciando la última reconstrucción conocida concluyendo en 1649, que le confirió el aspecto que tenía cuando el pirata inglés Henry Morgan atacó la ciudad en 1671. Durante las labores sus funciones se trasladaron nuevamente a la Compañía de Jesús, hasta que el nuevo edificio estuvo listo, según los testigos con más “perfección y lucimientos”, empleándose los elementos ornamentales que habían sido rescatados del fuego. Esto indica que no se hizo más amplia, como se ha indicado (Castillero 2006: 238), sino que mantuvo las dimensiones de su estructura de mampostería y la típica distribución en cruz latina, tal y como muestran sus ruinas en la actualidad<sup>49</sup>.

---

<sup>49</sup> Colección Muñoz, A-93, N. 48 (9/4827), Fundación del Obispado y Relación de Obispos de Panamá, 23 de agosto de 1650. AGI, Panamá, 224, f. 1-2, Del cabildo de la Catedral al rey, 8 de septiembre de 1651. AGI, Panamá, 139, La ciudad de Panamá, firmado por sus regidores al Rey, 20 de septiembre de 1651.

### **CAPÍTULO 3. La Catedral de Panamá Viejo. Investigaciones arqueológicas precedentes (1998–2004)**

El capítulo da a conocer brevemente la progresiva patrimonialización del conjunto de ruinas en el siglo xx, proceso que le confiere notoriedad científica y preeminencia como referente monumental e identitario en Panamá. Presenta un balance del estado del conocimiento al momento de realizar la investigación, sistematizando los aspectos fundamentales de los estudios arqueológicos en las áreas de la Catedral y al sureste de la Plaza Mayor. Puntualiza las condicionantes contextuales y relacionales de la producción científica, los fundamentos metodológicos de la investigación arqueológica y el análisis bioantropológico y tafonómico, así como las principales dificultades que enfrentaron. Realiza un esfuerzo por mostrar las características de los resultados investigativos, acerca de los patrones funerarios y las hipótesis históricas y sociológicas avanzadas al respecto, con el propósito de retomar este conocimiento para su contrastación en la continuidad del estudio.

#### **3.1 De ciudad abandonada a sitio patrimonial y arqueológico**

Luego del abandono de la antigua Panamá en 1671, aparecen varias referencias durante el siglo xviii en mapas y cartas geográficas, señalando el lugar donde inició la ciudad y su importancia en el contexto istmeño. En 1773 el jesuita español Bernardo Recio realiza una bucólica descripción del conjunto de ruinas, y constata el buen estado de su conservación, observando la existencia de calzadas empedradas, estructuras edilicias casi completas, arcos en los vestigios de los conventos de la Concepción y San Francisco, y llamativas pinturas murales en el convento de Santo Domingo. Destacando, además, la permanencia de negros y mulatos que habitaban el lugar, el aprovechamiento de los elementos constructivos para la nueva ciudad, y la torre de la Catedral como el componente distintivo de la vieja urbe semioculta (Mena García 1997: 396–397) (Arroyo 2015a: 16–19).

Durante el siglo XIX el sitio es identificado con la riqueza –del oro y la plata– y la piratería, en tanto escenografía reconocible de hechos reales, que produce una narrativa romántica y atrayente para una visión occidentalista de lo exótico allende a sus fronteras culturales (Rovira 2008: 20–21). Conociéndose por el testimonio –descriptivo y gráfico– de viajeros y curiosos, el abandono y gradual desaparición de las ruinas por el efecto de las raíces de los grandes árboles y la tupida vegetación circundante. Por este motivo en 1859 los artistas norteamericanos Orán y Parsons, dejan ver el poco atractivo que manifestaban en ese momento los vestigios de uno de los emporios del mundo hispanoamericano, en los primeros siglos coloniales (Orán 1859) (Alfaro 1959: 24–16, 46). En 1881 el francés Reclus luego de visitar en varias ocasiones el lugar –1876, 1877 y 1878– enfatiza su carácter de selva virgen, donde sólo unos escombros cubiertos por las hierbas y la alta torre, que llamaban del guardia, indicaban el lugar de la antigua Catedral (Reclus 1881: 43).

En las primeras décadas de la siguiente centuria, el sitio gana notoriedad para la historia nacional, en la que destacan los estudios acerca de su magnificencia, a tono con la resignificación de un pasado glorioso en la búsqueda de los fundamentos generales de la identidad panameña, manejada por la imposición cultural de los grupos ilustrados en relación al pasado europeo. Rovira y Martín (2008: 12) consideran esta hegemonía esencial para entender la construcción social del carácter patrimonial en el caso de Panamá Viejo, vinculado durante todo el siglo al desarrollo gradual de un orgullo nacional.

En octubre de 1912 la Asamblea Nacional cedía por ley al Municipio de Panamá los terrenos y los restos de la antigua metrópoli colonial, exponiendo su carácter de bien para la nación y monumento público digno de conservación para la investigación y la historia (Asamblea Nacional 1912) (Fig. 3.1). Bajo estas condicionantes sociales y

culturales, y el advenimiento de la celebración de su cuarto centenario, se realizaron detalladas descripciones de la obra de fábrica del interior del templo, enfatizando la supervivencia de la torre, y algunas estructuras como el arco lateral que la sostiene (Lewis 1918: 451, 453). Sustentado en la documentación histórica de archivo, Juan B. Sosa dedica un apartado a la Catedral en su libro *Panamá la vieja*, resumiendo la evolución constructiva y los hechos trascendentales que sufrió en sus dos siglos de existencia, hasta su abandono y el uso de los materiales –como las piezas labradas de cantería– para la iglesia de la nueva ciudad (Sosa 1919: 45–53, 51).



Figura 3.1. Ruinas de la antigua Panamá el 28 de mayo de 1908. Autor William J. Ewen, tomada de División de Grabados y Fotografías de la Biblioteca del Congreso de EE. UU., en Washington, DC.

Durante la segunda mitad del siglo xx el espacio suscita el interés arqueológico, con incursiones esporádicas y desarticuladas, respecto a programas investigativos que respondieran a problemáticas acerca de la ciudad, entre ellos destacan la temporada de campo del profesor John Goggin auspiciado por la Universidad de la Florida en 1962, con



el propósito de localizar los hornos de cerámica, y las excavaciones de rescate arqueológico coordinadas por Beatriz Rovira, en la franja costera próxima al sur de la Plaza Mayor. Goggin estudiaba la presencia y distribución de la mayólica hispana en el área caribeña, como indicadores de cronología y contactos comerciales, y definió algunas tipologías a partir de vestigios cerámicos localizados en Panamá por José María Cruxent y Hale Smith, quienes habían realizado algunas pesquisas previas (Goggin 1968: 163) (Rovira 1985: 1-2) (Rovira 2001a: 292, 297).<sup>50</sup>

En la década de 1970 las ruinas llaman la atención por su valor paisajístico con fines turísticos, en base a los vestigios arquitectónicos, su trazado urbano y el hecho de representar la primera ciudad, por lo cual se proyectan y ejecutan una serie de acciones para su puesta en valor, dirigidas por el Instituto Panameño de Turismo entre 1971 y 1976 (Gutiérrez 1971: 150). En este último año adquiere oficialmente carácter patrimonial, conjuntamente con la zona urbana de su refundación en 1673, conocida como casco antiguo, y el Parque Nacional de Portobelo en la vertiente del Mar Caribe, aprobados en la categoría de Conjunto Monumental Histórico (Consejo Nacional de Legislación 1976).

En el año 2003 el sitio comenzó a formar parte del Patrimonio Mundial, junto con una serie de lugares históricos relacionados con la ocupación colonial del territorio, para entonces el manejo y conservación del conjunto conformaba un plan dirigido por el Patronato Panamá Viejo, entidad sin ánimo de lucro creada en 1995, mantenida hasta la

---

<sup>50</sup> Otros trabajos no dejaron textos informativos o sólo originaron noticias de escasa consideración, entre ellos se pueden citar las jornadas taller organizadas con el auspicio de la Organización de Estados Americanos, en la década de 1970 y 1990, para las prácticas de auxiliares de arqueología, organizados por José María Cruxent y Carlos Fitzgerald, respectivamente. Los trabajos de reconocimiento arqueológico en diferentes ruinas, motivados por proyectos arquitectónicos, bajo la dirección de María Antonia González en 1971 y Flores Marini entre 1973 y 1976. Y las intervenciones puntuales que realizara Luis Almanza en 1982 para los proyectos de obras civiles, en el área del puerto, la casa de los Genoveses y la calle de los calafates, en las cuales identificó pavimentos de cantos rodados (Martín 2009: 64-65)

actualidad. El programa para la conservación y manejo incluyó los restos materiales coloniales y de los grupos aborígenes que habitaron con anterioridad la zona, con el claro propósito de documentar, preservar y difundir su historia, a partir del trabajo coordinado de disciplinas afines en un espacio de 27 hectáreas, que circunscribían, entre otras localizaciones arquitectónicas, la Catedral (De Arango 2006: 6–8) (Fig. 3.2).



Figura 3.2. Delimitación del Conjunto Monumental Histórico en el área de Panamá Viejo y ubicación de la Catedral. Tomado y transformado a partir de Martín y Arango (2013: 160).

### 3.2 El contexto de los trabajos arqueológicos a partir de 1995

Una nueva etapa arqueológica inició bajo la dirección del Instituto Nacional de Cultura a finales de 1995, para identificar detalles de la trama urbana de la ciudad, descubrir los restos arqueológicos y remover los elementos arquitectónicos modernos, que distorsionaban la lectura de su autenticidad, o sea, la interpretación de la ciudad de los siglos XVI y XVII. Estas acciones estaban fundamentadas en el plan presentado por Walker

y Espino en 1993 con el objetivo de recuperar el entorno del sector oriental del conjunto monumental y los elementos urbanos (Mendizabal 2003: 40) (De Arango 2006: 8) (Rovira y Martín 2008: 16).

Posteriormente, con la creación del Patronato Panamá Viejo, la estructuración de un plan a largo plazo planteó el propósito de interpretar los fenómenos históricos–sociales, y explorar temáticas como los patrones de adaptación ecológica, la utilización de los recursos, y las construcciones ideológico–simbólicas de una época o grupo social a partir de los restos materiales, en estrecha relación con otras disciplinas científicas, lo cual involucró profesionales dedicados a la geofísica, la arqueometría, la historia y la antropología física, propiciando la formación profesional y especializada en un contexto interdisciplinar (Rovira 2001b: 2) (Martín y Rovira: 20–21) (Martín y De Arango 2013).

El plan estaba dirigido a la revalorización del sitio patrimonial en diálogo con los intereses complementarios de la arquitectura, enfocados en la restauración de las ruinas de las diferentes edificaciones. La puesta en valor del patrimonio construido en la mayoría de las ciudades históricas, habitadas o no, muestra conflictos entre los propósitos conservacionistas de las proyecciones restaurativas y el carácter destructivo de la disciplina, condicionando su admisión como ciencia aplicada al conocimiento histórico y estructural. Estas contradicciones tienen sus fundamentos en los desarrollos separados de la arquitectura y la arqueología, en el que la primera tendió a la historia del arte y la segunda a la antropología y la historia (Moreno 2014: 3–5, 17).

Los procedimientos arqueológicos en consecuencia se ven limitados por los criterios de mínima intervención, devenidos en el tratamiento de los estilos arquitectónicos y sus componentes, condicionando los resultados de los estudios a muestras sumamente acotadas, que van en detrimento de sus objetivos como ciencia social. Se trata de un

problema teórico y práctico, que demanda cotejar un campo intermedio entre los propósitos asociados, a partir de la necesidad de abordar una realidad cultural desde la mayoría de las aristas posibles (Hernández 2010: 145–146).

La complejidad multicomponente de Panamá Viejo precisó ajustar los trabajos de campo a sus objetivos particulares, lo que planteó una estrategia de evaluación superficial a través de la prospección, permitiendo un revelamiento que propició la planificación de investigaciones a base de excavaciones más extensas, y la organización de pautas y aspectos comparativos a partir de los propios intereses de la arqueología. Las prospecciones perseguían conocer las particularidades estratigráficas de los espacios, las relaciones temporales, la densidad de los restos arqueológicos artefactuales localizados en las diferentes áreas y definir los límites de las ocupaciones humanas en épocas prehispánica y colonial. Para ello se estableció un sistema propio de coordenadas, que subdividieron el espacio por retículas macro (de 50 m de lado), a la vez fraccionadas en cuadrículas micro (de 10 y 5 m), según las particularidades arquitectónicas de los sectores. Las excavaciones fueron articuladas con las micro-retículas, con profundidades generalmente hasta el estéril cultural.

El espacio intermedio de actuación de la arqueología en intervenciones arquitectónicas, mediante investigaciones de rescate, posibilitaron determinar nuevos rasgos de la ciudad y al interior de las edificaciones, además de proyectar otros estudios a partir de los hallazgos, que abarcaron las costumbres funerarias, la bioantropología, la cultura material y la ocupación prehispánica en relación al contexto regional (Rovira 2001b: 3), (Rovira y Martín 2008: 17). En el caso de la Catedral la totalidad de los trabajos, ejecutados entre el año 1998 y el 2005, formaron parte de este diálogo con el Plan Maestro (1999) para su tratamiento restaurativo.

Los estudios del mes de noviembre de 1998 en el interior del templo fueron dirigidos por Brizuela Casimir, elaborando un informe a finales del mismo año (Brizuela 1998). Entre los meses de enero y marzo del año 2000 se trabajó nuevamente el interior de la iglesia, y en septiembre y noviembre tuvo lugar una excavación de rescate en el área del atrio. Ambas investigaciones estuvieron a cargo de Martín Rincón, consignando en sendos informes los resultados de la labor de campo (Martín 2000a, 2000b). Dos años más tarde fueron realizadas excavaciones no planificadas en el costado sureste de la Plaza Mayor, entre el mes de octubre de 2003 y diciembre de 2004, donde fue descubierta un área sepulcral.

La investigación motivada por la colocación de un pedestal para la colocar una estatua de Colón, fue conducida por Martín Rincón, quien alternó los trabajos de campo con el laboratorio (Martín 2003–2004). Es oportuno destacar que el área al suroeste de la Plaza Mayor había sido intervenida en el año 1994, donde Rovira identificó importantes transformaciones postdepositacionales, delimitando continuos rellenos aplicados para ampliar el espacio y cimentar construcciones militares, sin aportar videncias funerarias (Martín 2009: 64). En el año 2005 la torre y el altar mayor de la Catedral fueron objetos de intervención arqueológica con el propósito de identificar, registrar y rescatar los rasgos presentes en el recinto, sujeto a transformaciones por la instalación de una escalera interior para el acenso a un mirador (Gómez 2005). Sin embargo, no se hará referencia a sus resultados, los cuales descubrieron un contexto con inhumaciones pertenecientes al período postcolonial y, por consiguiente, carentes de interés para el rango temporal tratado en esta tesis.

### 3.3 Intervención en 1998: nave y atrio

Las intervenciones se concentraron en la nave, y en menor medida en el atrio, con el propósito de identificar y registrar el piso original y las bases de la cubierta en el interior

del templo, y en el segundo espacio, descubrir un muro de contención para su restauración. En el caso de la nave, en aquella ocasión, se habían proyectado los trabajos en los tres transectos que la componen, pero las excavaciones no concluyeron en su totalidad. El procedimiento partió con el establecimiento de una retícula de cuadrículas, a partir de las coordenadas macro establecidas para la ubicación de los trabajos; los cuadros fueron trazados de 1 por 1 m hacia el norte y el este, tomando como referencia la esquina suroeste del templo. Esta retícula fue extendida hacia el atrio, donde se realizaron dos calas pequeñas al pie del muro.

El registro de la estratigrafía y los materiales fue por capas naturales, excepto en uno de los cuadros en que la evidencia presentó un contexto alterado, en el cual fue aplicado el método de capas arbitrarias cada 10 cm. Todos los dibujos de los perfiles excavados y los elementos arquitectónicos fueron a escala 1:20. La información se sistematizó en planillas, con un registro fotográfico de las calas que mostraron evidencia arqueológica. En el informe Brizuela anota que las indicaciones señalaban concluir la excavación al detectar evidencia del piso original, en caso contrario la continuidad de la exploración estaba limitada a la ocurrencia de hallazgos óseos, esto determinó que algunas unidades se trabajaran a poca profundidad.

En el interior se hicieron 18 calas exploratorias de 1 m<sup>2</sup>, y en ocasiones de menor dimensión (0,5 m) al lograr cierta profundización, con las cuales fue detectada la existencia de un piso de ladrillo y dos bases cuadrangulares cerca del altar, para soportar postes de madera. En el atrio se limpiaron de tierra dos metros de muro, para llevarlo a su posición vertical, de la que había sido desplazado, sin embargo, en el plano del informe estas intervenciones no están señaladas (Fig. 3.3).

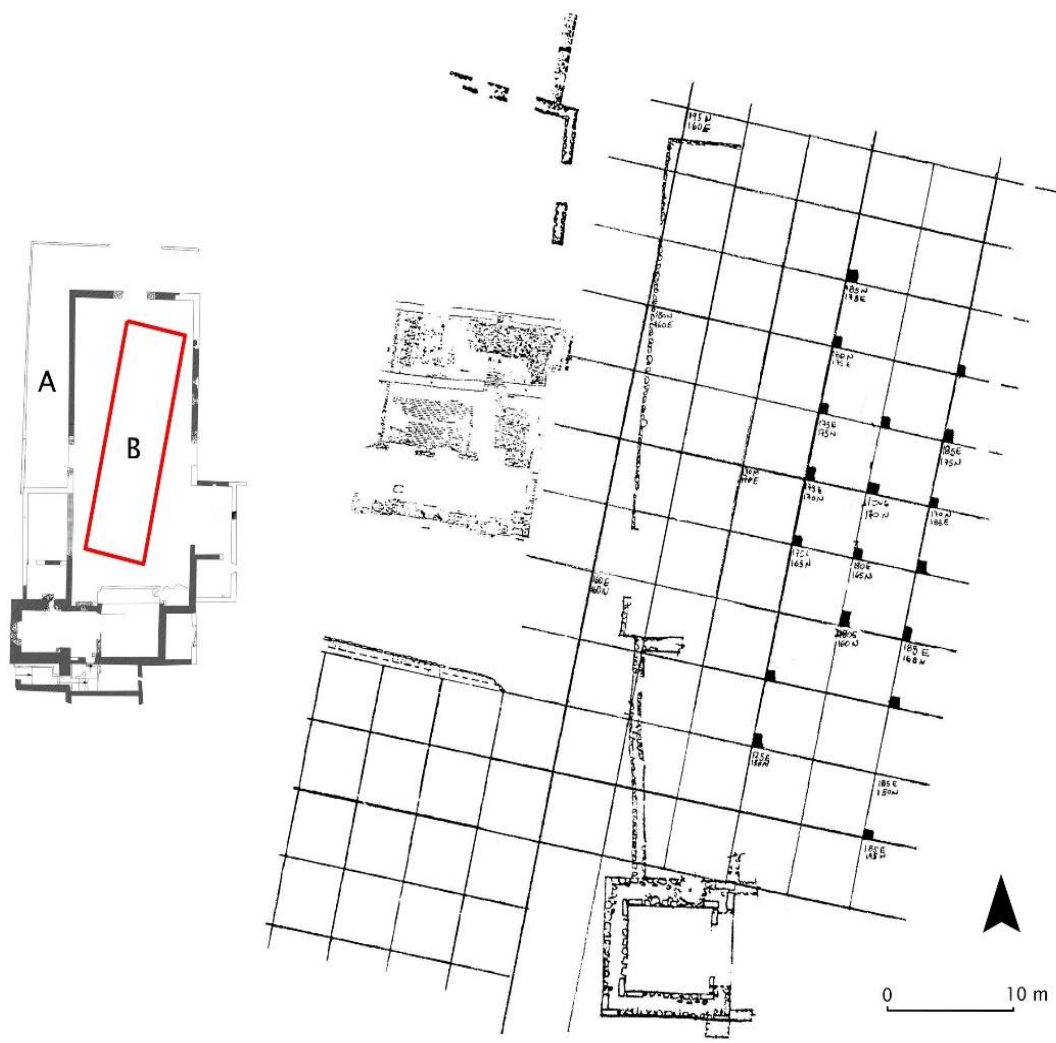


Figura 3.3. Plano con la retícula macro utilizada para la ubicación de las calas en el interior del templo. Confeccionado a partir del plano ofrecido en el informe técnico, donde se han señalado en una planta del edificio: A- Atrio y B-Área de prospección al interior de la Catedral.

Del punto de vista estratigráfico la nave presentó un panorama muy homogéneo, donde en la mayoría de los casos fue hallada una capa delgada de césped, tierra color marrón y un nivel de piso de ladrillos. En las cuadrículas donde no se halló el piso fue localizado un relleno arcilloso color marrón oscuro, identificado como parte de la nivelación del terreno, en el que los huesos humanos fragmentados fueron más frecuentes, a partir de los 10 cm de profundidad, situación observada en siete unidades. En ninguna de estas fue detectado el nivel estéril, y la mayor profundidad se alcanzó muy

cerca del altar con unos 75 cm, hasta localizar una disposición anatómica de huesos largos<sup>51</sup>.

En el atrio fueron detectadas seis capas estratigráficas hasta llegar a la roca estéril (sexto nivel), sin especificar las profundidades, se describieron de la manera siguiente: un primer nivel con una delgada capa vegetal, un segundo con tierra color marrón oscuro, pequeñas piedras, fragmentos de tejas y huesos humanos, el tercero presentó tierra arcillosa color marrón oscuro y restos humanos, un cuarto con tierra color marrón claro, pequeñas piedras y huesos, y el quinto mantuvo el mismo color del anterior, pero con una consistencia arenosa. Brizuela presentó la posibilidad de que en el área haya sido destinada a enterramientos secundarios, redepositados por la remoción en el interior de la Catedral, a partir de la observación realizada y la ausencia de regularidades anatómicas en los restos.

En el interior del templo no fue posible establecer el diseño del piso de ladrillos, pues sólo fue hallado en dos ocasiones en su forma original, asimismo, la ausencia de restos de mortero a base de cal y arena, hizo pensar que había sido dispuesto sin argamasa directamente encima del apisonado de tierra. Sin embargo, en las bases detectadas se utilizó el mortero, apreciable en las juntas como amarre para colocar los ladrillos por el procedimiento de cuatrapeo. Brizuela sugiere que estos elementos constructivos, de los cuales no ofrece dimensiones, están relacionados con el soporte de la cubierta de la iglesia o el área del Coro. Finalmente, el informe concluye anotando la conveniencia de

---

<sup>51</sup> Sin embargo, las excavaciones arqueológicas realizadas en los espacios de la torre y el altar mayor de la Catedral en el año 2005, con el propósito de identificar, registrar y rescatar los rasgos presentes para la instalación de la escalera de acenso interior al mirador, reportaron un contexto alterado, incluso con inhumaciones posteriores al abandono del sitio en 1671, pertenecientes al período postcolonial, así como la disposición de la roca estéril a unos treinta centímetros de profundidad (Gómez 2005).



excavar restos humanos en la nave, para lograr ampliar el conocimiento de las costumbres funerarias en época colonial temprana.

#### 3.4 Enterramientos en la Catedral: las investigaciones del año 2000

Como parte del proyecto de sondeo general superficial, que desarrollaba la dirección de arqueología, las investigaciones en las naves de la Catedral perseguían descubrir y registrar detalladamente el nivel original de piso, el cual había sido detectado en las calas de noviembre de 1998, e identificar rasgos que permitieran una aproximación a la evolución constructiva del inmueble. En la parte central del atrio, por el derribo de un árbol durante una tormenta a inicios de septiembre, afloraron algunos huesos humanos y un cráneo, lo que motivó intervenir el lugar (Fig. 3.4).



Figura 3.4. Imagen tomada del informe de los trabajos en el año 2000, aparece el árbol derribado y se pueden apreciar las características del atrio, delimitado por un murete de contención.

Los objetivos inmediatos estuvieron en la identificación de un posible piso, comprobar la originalidad del murete de contención que conformaba el perímetro, determinar las características de la cimentación de la cara externa del muro oeste de la Catedral y registrar patrones de funerarios (Martín 2000a).

#### 3.4.1 Investigación en las naves de la Catedral

En el interior de la iglesia se delimitó el espacio de las naves con una cuadrícula que propició la organización y el registro de las intervenciones, desde el muro norte hasta el primer escalón del altar, formando cuadrículas alargadas de 10 m por 2 m de ancho en dirección norte - sur (Fig. 3.5).

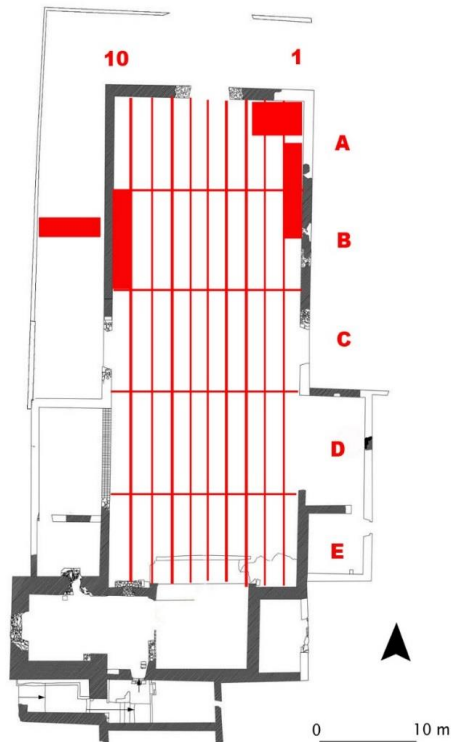


Figura 3.5. Plano de la Catedral con la cuadrícula establecida para la ubicación y registro, donde aparecen en color rojo las excavaciones con enterramientos en el atrio, y el interior de la nave (B10 y A1B1), además del área del presbiterio (A1-2 y 3), en la esquina noreste.

El control horizontal se estableció mediante un punto cero a un metro por encima del piso de la nave, para el registro de los rasgos, elementos y los niveles arbitrarios de 10 cm en las excavaciones, tamizándose la tierra para obtener materiales más pequeños (Martín 2000a).

a. Estructuras arquitectónicas

Hacia el lado noreste de la nave, en la cuadrícula A1B1, se pudo identificar la zarpa del cimiento de muro oeste, localizada en el segundo nivel, construida de piedras angulares y argamasa, con un ancho de 20 a 30 cm, asentada en la roca madre, que afloró en esta parte a poca altura. La localización de la zarpa permitió establecer el nivel original del piso de ladrillos, al limitar con el sobresaliente respecto al muro de fábrica la verticalidad del suelo. Durante esta jornada también se retiraron unas bases de cemento gris –elementos discordantes– dispuestas en época reciente, de manera paralela a lo largo de las naves, reconocidas durante la investigación documental y gráfica que precedió los trabajos (Fig. 3.6).

A partir del retiro de las bases de concreto se advirtió que estaban ubicadas encima de fundaciones cuadrangulares más antiguas, fabricadas con piedras y argamasa a base de cal apagada y arena, formando del punto de vista espacial un sistema de cimentación a una distancia proporcional de las paredes de la Catedral, aproximadamente 3 m, pero sin cierre en el sector sur (Fig. 3.7). Estas estructuras, por su alineación con los muros de norte a sur, y la regularidad de sus proporciones y distancias entre las bases, seguramente están relacionadas con las columnas que sostenían la techumbre. Asimismo, en el informe se relacionaron con el coro alto, ubicado sobre la nave principal y el costado norte (Martín 2000a).

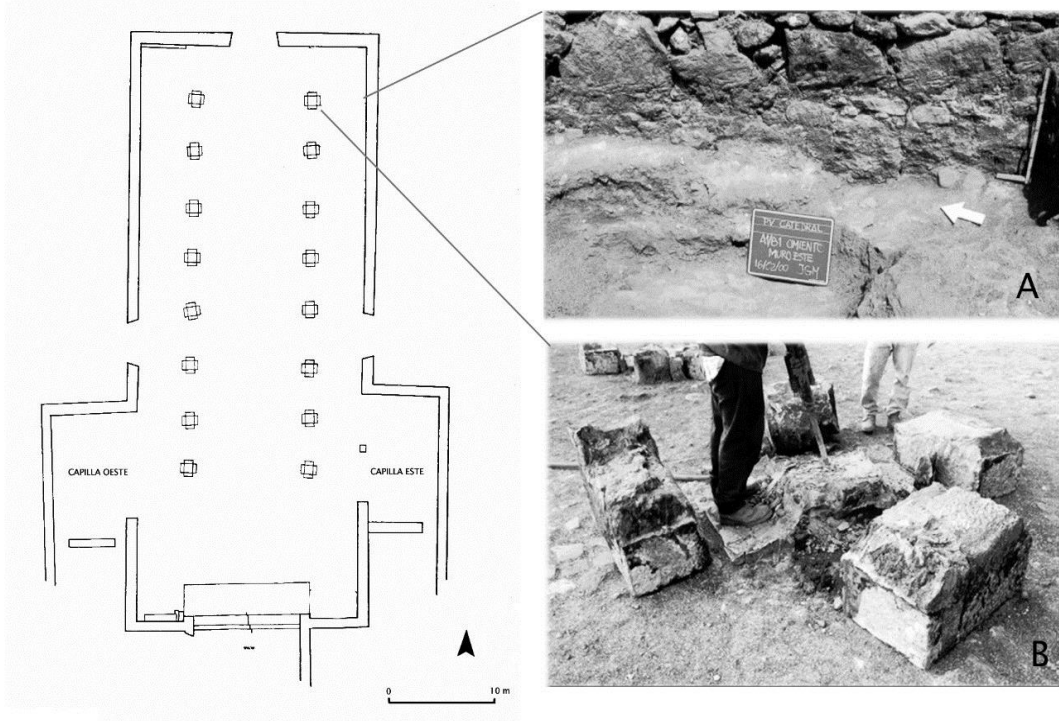


Figura 3.6. A- Ubicación de la zarpa en el interior del muro este, B- momento en el cual comenzó a retirarse las bases de cemento gris muy cerca de la cuadrícula A1. En el plano se aprecia la disposición de las bases en la nave. Imagen confeccionada con el plano realizado por Markela Quesada en marzo de 2000 y las fotos que aparecen en el informe.

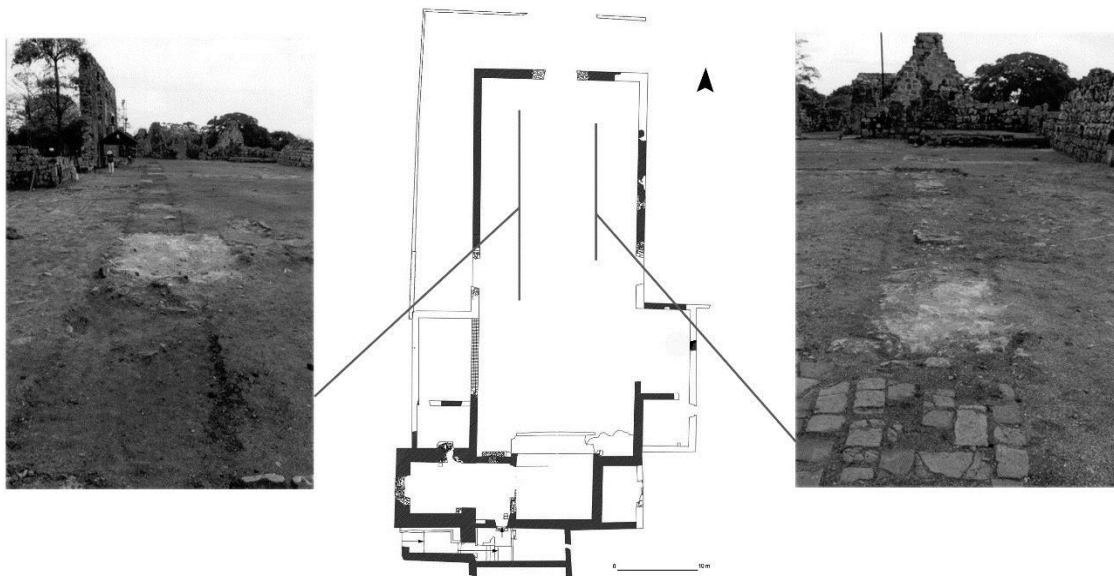


Figura 3.7. Sistema de cimentación detectado al retirar las bases de concreto, al oeste y este de la nave. Imágenes tomadas del informe de los trabajos.

Para establecer las particularidades de las cimentaciones de las paredes fueron practicados dos pozos exploratorios en las cuadrículas A1 sector sur y B1 sector norte, y en la cuadrícula B10 a los pies de los muros este y oeste. Los resultados señalaron soluciones diferentes a la situación del desnivel que presenta el terreno en la zona, obligando comportamientos constructivos para soportar la estructura. En el muro este –tramo entre A1B1– el cimiento no superó los 50 cm de profundidad, descansando en la formación rocosa natural que fue articulada a la configuración del cimiento. En el muro oeste –tramo de la cuadrícula B10– la profundidad de la roca obligó excavar trincheras más profundas para disponer la base del muro de aproximadamente 9 m de altura y espesor 0,95 m de grosor. Con este procedimiento fue comprobada la pendiente que presenta el terreno hacia el lado oeste, lo cual condicionó no sólo el uso de soluciones diferentes sino la configuración y su utilización en las labores sepulcrales.

Este escenario constructivo produjo interrogantes acerca de las relaciones entre el piso de la nave y el atrio, en lo fundamental hacia el lado oeste donde el desnivel es más pronunciado. Las excavaciones en el cierre de los arcos de los tres accesos del templo, al norte, este y oeste, perseguían comprender estas cuestiones, pero no aportaron información pertinente a la continuidad del nivel de suelo. El piso original del templo, correspondiente al que tenía la Catedral cuando fue destruida en la segunda mitad del siglo XVII, fue localizado por debajo del primer nivel de relleno en las cuadrículas A y B, a partir del sector sur de la franja B4, y en algunas contiguas más al sur, en las C3, C4, C5, C6, C7, C9, C10, D6, D5, D10 y D9, en las que mostró buena conservación, sólo afectado en parte por la instalación de una tubería con cables eléctricos. En las cuadrículas C3, C4 y C5 se pudo observar el diseño en la variante espina de pez a 90 grados, con ladrillos de tamaño uniforme, unos 14,5 por 29,5 cm, y la utilización de argamasa para la fijación. La disposición de maestras o guías, cada 0,80 m en dirección norte-sur, también fueron confeccionadas con ladrillos y argamasa (Fig. 3.8).

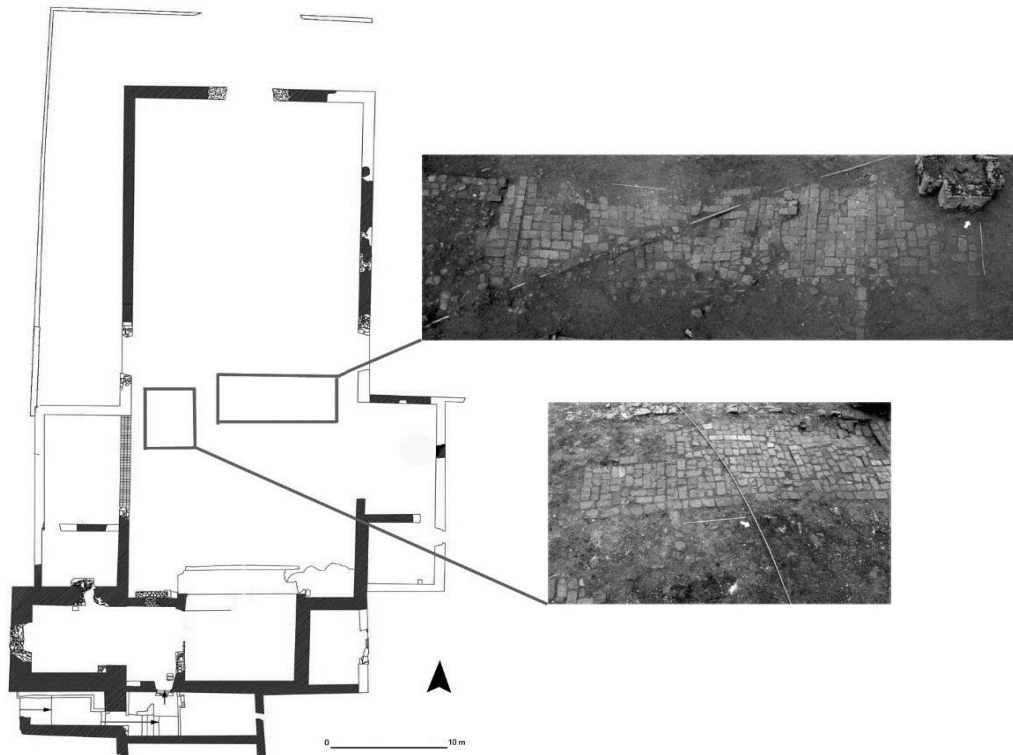


Figura 3.8. Imágenes tomadas del informe y ubicadas en los espacios donde fueron observados los elementos en el interior de la nave, se puede apreciar la tubería eléctrica que atraviesa el área, y en la imagen perteneciente al lado este, el diseño espina de pez en fragmentos del piso.

Gran parte del piso también estaba conformado por ladrillos fragmentados sin disposición o diseño apreciable, y tabloncillos de barro cocido de unos 30 por 30 cm para mantener el nivel del piso. Esta situación fue registrada en las cuadrículas C9, C10, D9 y D10, y en las D3 y D4, en el sector sur solo se encontró una hilera de ladrillos en forma transversal al eje longitudinal de la nave, o sea, en dirección de este a oeste, lo que sugirió a los investigadores la existencia de otro diseño del piso en dirección al altar.

Cerca del altar y en la parte norte de la entrada de la capilla este, en las cuadrículas C4 y D7, fueron detectadas dos posibles bases de pequeñas columnas de forma cuadrada, hechas con ladrillos y argamasa, detectadas en las investigaciones anteriores (Brizuela 1998). Martín (2000a) las relacionó con divisiones en estas zonas del templo,

posiblemente del coro bajo, lo que brindaría una evidencia arqueológica acerca de la existencia de tres naves.

A partir de las posibilidades de excavar la capilla oeste, cercana a la base de la torre, por la ausencia de piso, se extendió la franja D en esta área, formando las cuadrículas D11, D12, D13 y D14. Entre la nave y el templo fue observada la cimentación del muro de la iglesia, que separaba estos espacios, no mostrando discontinuidad en los niveles de los pisos correspondientes. A la vez, fue registrado un horcón y una piedra cuadrada y biselada, las cuales estaban adheridas con argamasa sobre una hilera de ladrillos en la transversal este a oeste. Así como un fragmento de piso de ladrillo, no más de 1,50 m cuadrados, en la esquina suroeste, con un nivel similar al piso de ladrillos mejor conservado de la nave. Estos rasgos, que delimitarían una construcción en la vertiente sur de este espacio, permitieron inferir la probable continuidad del atrio, en el costado oeste del edificio antes de 1580, fecha en que aparece referenciada la existencia de las capillas laterales. La tendencia más baja del terreno en esta zona, respecto al este, y la aparente desarticulación estructural de sus muros con los del cuerpo de la iglesia, señalan la existencia de una estructura adosada (Fig. 3.9).

La excavación del baptisterio, localizado en el extremo noreste del templo, y con un nivel por encima del suelo de la iglesia, ofreció una mejor lectura de este recinto. El relleno que cubría la estructura, conservó el revoque original en los muros adyacentes, lo que demostró su construcción posterior. Debajo de este relleno, en el lugar yacía una pila bautismal dispuesta boca abajo, seguramente desechada en la última transformación que sufrió la iglesia. Esta se encontraba sobre una superficie de ladrillos y piedras, con el fondo perforado y una disposición de ladrillos y argamasa a su alrededor, constituyendo una base que la elevaba unos 0,30 m del suelo.

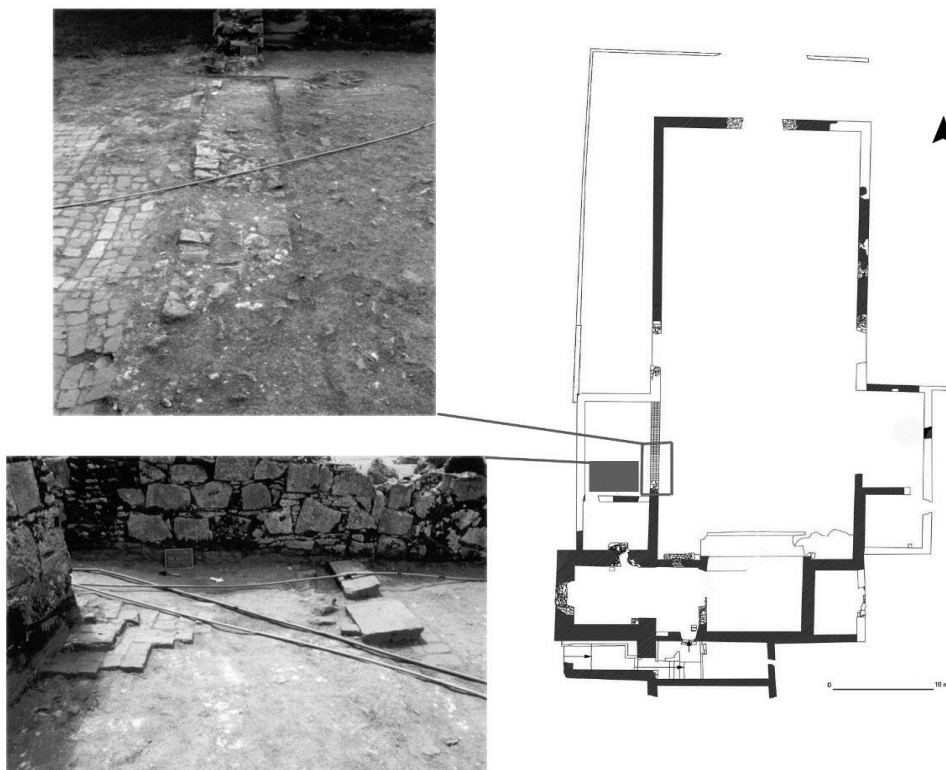


Figura 3.9. Localización de las imágenes que ofrece el informe según los rasgos detectados. Arriba huellas de la cimentación de la pared que dividía el espacio de la capilla y la nave. Abajo fragmento de piso de ladrillo, horcón y piedra cuadrada y biselada en dirección este-oeste.

La pila tallada en piedra, se encontró fracturada en tres partes, pues la base antes mencionada fue adecuada a los quiebres de la roca. Igualmente, al lado y por debajo de la pila, en su vertiente oeste, fue registrado un rectángulo de ladrillos y argamasa, que luego fue excavado hasta la formación rocosa del área (Fig. 3.10). Este no tiene relación con el último baptisterio utilizado, sino con un momento anterior.



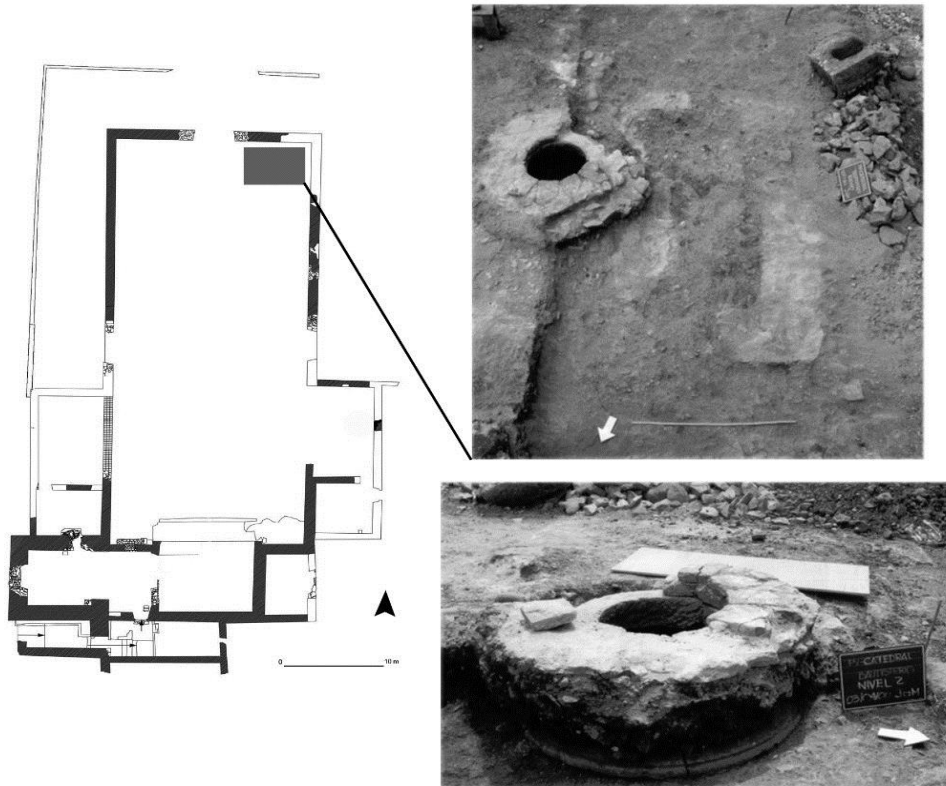


Figura 3.10. Excavación en el baptisterio, con el rectángulo mencionado y la pila bautismal. Abajo detalle de la base de ladrillos de la pila. Imágenes tomadas del informe.

#### *b. Enterramientos en el contexto de las naves*

Durante el reconocimiento de las cimentaciones de los muros este y oeste, en las franjas A1-B1 y B10 situadas en ambos extremos, fueron detectados restos de al menos diez individuos, la mayoría en el sector oeste B10, mientras en el lado este aparecieron dos. De ellos, solo seis enterramientos se encontraron articulados, completos e incompletos, cinco extraídos y analizados. La aplicación tentativa de la técnica del registro harrisiano de estratigrafía, para la discriminación de posibles cortes de las fosas de inhumación, en ningún caso produjo fue efectiva.

En la cuadrícula A1B1 apareció un esqueleto (PV1C) (UE-52)<sup>52</sup> a partir del tercer nivel, en cubito dorsal extendido, direccionado de norte a sur, o sea, los pies hacia el altar y el rostro hacia el este. Las extremidades superiores cruzadas sobre el tórax y las inferiores extendidas y separadas. En esta sepultura aparecieron pasamanos e hilos metálicos en la parte de las vértebras cervicales, y alfileres en su proximidad. Además, se anotó la presencia de otros huesos largos y un cráneo, disgregados en el mismo depósito (Fig. 3.11).

En la cuadrícula B10 fueron registrados, entre el cuarto y el noveno nivel, cinco sepulturas, una de ellas muy completa. La primera en el cuarto nivel (PV2C) (UE-54), con las mismas características observadas en el enterramiento de la cuadrícula A1B1, incluyendo los objetos en las tumbas: pasamanos y alfileres. En el perfil norte se observó la posible huella de la fosa de este enterramiento, de característica cóncava, y relacionada con la posición y la profundidad del cuerpo, sin embargo, resulta problemático aceptar estas anotaciones, porque el suelo estaba muy compactado con un color homogéneo. Esta situación no fue observada en otras ocasiones, incluso a mayor profundidad.

El siguiente se presentó en el extremo sureste del pozo (PV3C) (UE-57), mostrando solamente el tórax y el cráneo; el cual se encontraba removido, con algunos alfileres, pasamanos y pequeñas tachuelas. Justo en la parte norte también se anotaron las extremidades de otro individuo. En el nivel cuatro al quinto fueron registrados dos enterramientos, el primero se encontró en la parte centro sur del pozo (PV4C) (UE-58), en la posición de cúbito dorsal extendido con los pies hacia el altar, sin cráneo y con las

---

<sup>52</sup> En el trabajo de laboratorio se estableció esta nomenclatura con números consecutivos para identificar los enterramientos. PVC1C: Panamá Viejo uno colonial. La unidad estratigráfica (UE) corresponde al catálogo de la base de datos del proyecto ArtEmpire: <http://artempire.cica.es>. Accesado en febrero de 2019.

extremidades superiores encima de la cintura pélvica, y las inferiores cruzadas a la altura de las rodillas. Se colectaron pasamanos y alfileres en el tórax.

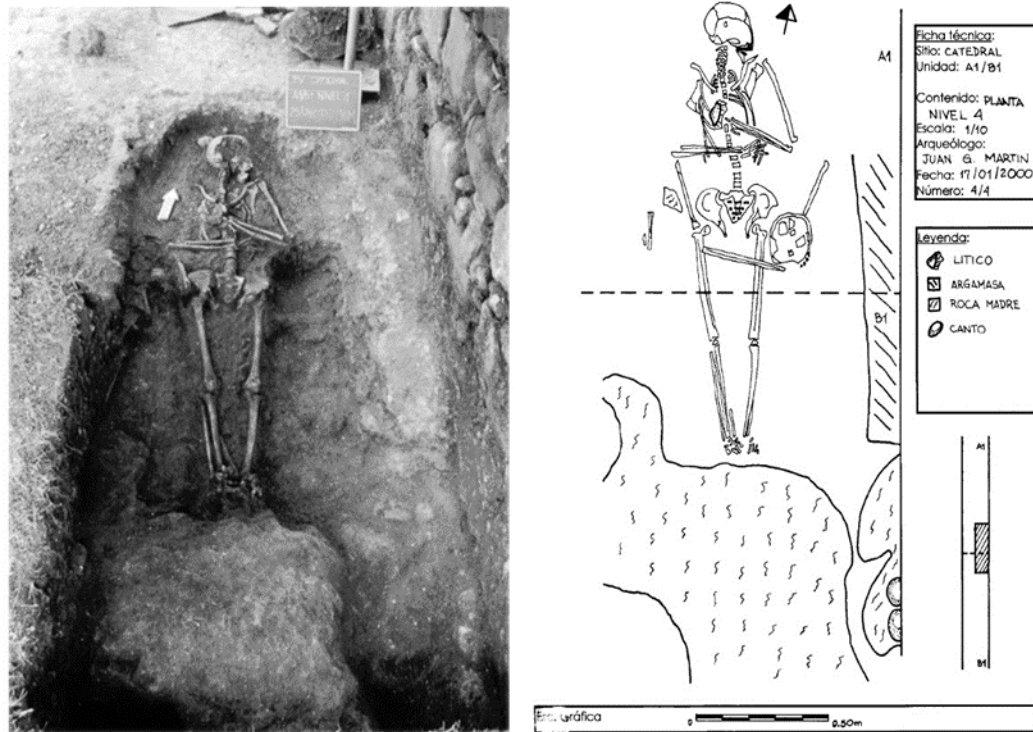


Figura 3.11. Enterramiento PV1C (UE-52) localizado en el cuarto nivel de la cuadrícula A1B1. Imagen y dibujo del informe con la información básica obtenida en el momento de la excavación.

El segundo fue localizado en la esquina sureste, en la misma posición del anterior, con pasamanos relacionados. Al norte de esta sepultura se observó unas extremidades inferiores con orientación contraria a las descritas anteriormente (PV5C) (UE-59), con los pies hacia el norte, indicio de las posibles variabilidades en los tipos de sepulturas y rituales asociados en el interior del templo. En la esquina suroeste del noveno nivel fue observado un enterramiento que no fue exhumado, la ficha lo describe en la misma posición de los anteriores, orientado con los pies hacia el altar, con el rostro al oeste y las extremidades superiores encima del tórax, sin que fuera anotada la posición de las extremidades inferiores. En este nivel igualmente se registraron otros cráneos y huesos cercanos a la sepultura (Fig. 3.12), lo que reforzó la inferencia del uso reiterado del

espacio sepulcral, acorde al reconocimiento de estos rasgos en la totalidad de los niveles y unidades, en las cuales la frecuencia de huesos humanos y alteraciones en las sepulturas fue considerable. Esto señaló que los enterramientos mejor conservados serían las últimas inhumaciones realizadas.

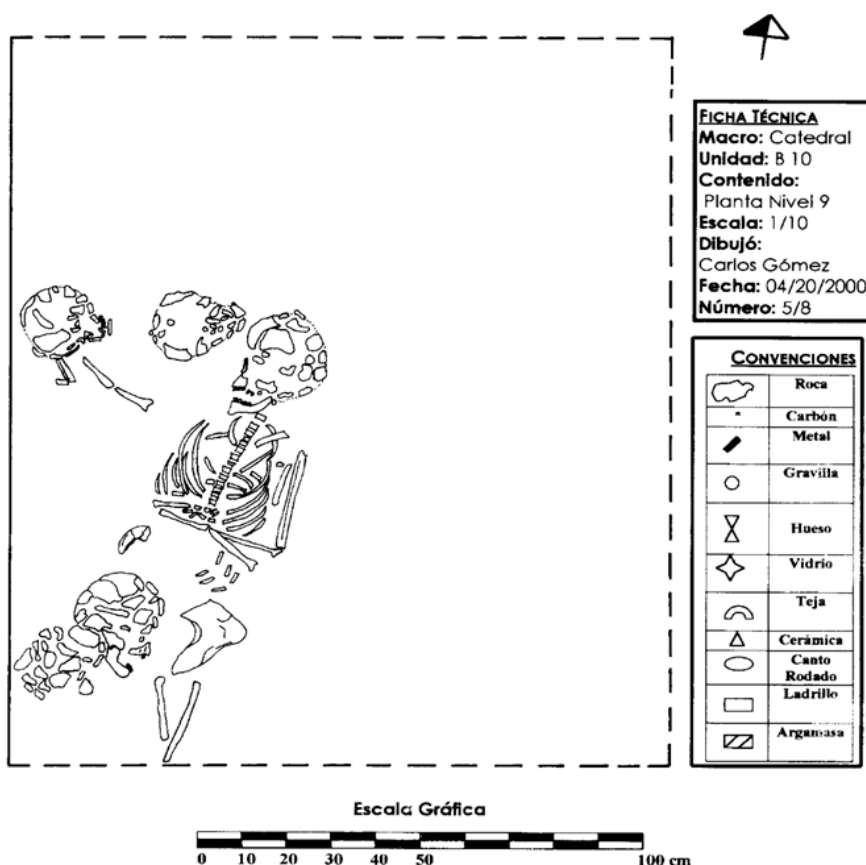


Figura 3.12. Ficha de registro de uno de los enterramientos no exhumado, en el noveno nivel del corte B10, aportada en el informe. Donde se observan otros registros óseos cercanos al individuo.

La evidente saturación del suelo, el uso reiterado y la poca profundidad de las sepulturas, conjuntamente con la ausencia de cal como elemento antiséptico, fueron aspectos conexionados con las descripciones históricas acerca del mal olor dentro de la Catedral. Esto también explicó las alteraciones registradas en el piso de ladrillo de la iglesia, producto al continuo proceso de inhumación, que obligó a la reutilización del material fragmentado –ladrillos–, y su remplazo en ocasiones con tablonces de barro por

la necesidad de mantener el nivel. De manera que los contrastes podrían señalar que las zonas mejor conservadas o con uso de argamasa serían de exclusividad en términos sociales, y consiguiente, menos afectadas por el uso constante.

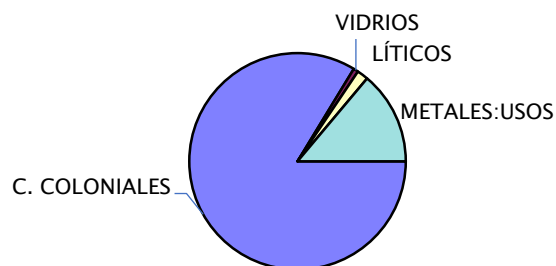
### *c. Cultura material*

Dentro del conjunto recuperado la mayoría de los materiales no refiere al funcionamiento eclesiástico en la Catedral, por existir una alta frecuencia de restos y elementos redepositados, en una matriz homogénea que únicamente sirvió para la nivelación del piso. Por tal motivo el informe de investigación presentó estos restos de manera extensiva, agrupándolos por niveles, sin discriminar la procedencia particular –cuadrícula o sector–, por tratarse de un mismo relleno.

En los primeros niveles de las unidades y en la limpieza de los recintos, se recolectaron diversos elementos recientes como latas de cerveza, tapas de botellas de soda, monedas, y objetos plásticos, los que no fueron contemplados en el análisis del informe, pero que mostraron el grado de alteración reciente de las primeras capas que conforman el depósito.

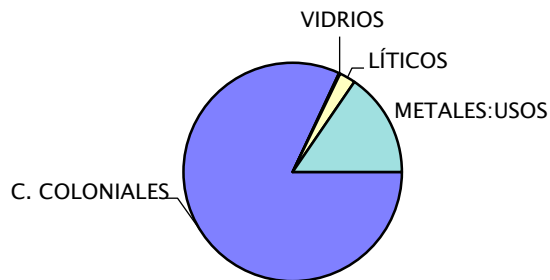
De manera general, en el primer nivel la cerámica colonial fragmentada presentó mayor frecuencia, seguida por los metales, la lítica y el vidrio (Gráfico 3.1). También se señalan abundantes fragmentos de restos óseos humanos y alta frecuencia de fragmentos de tejas y ladrillos. En relación a los metales, su separación por ámbitos de actividad cultural arrojó un predominio de elementos destinados a la construcción con un 85 por ciento respecto al total, dentro del cual sobresalen específicamente clavos forjados de hierro. Otras actividades, como la costura y la decoración mobiliaria, presentaron un escueto 3 por ciento de elementos a fines, entre estos se encuentran 7 alfileres, 10 tachuelas y los pasamanos, no identificados en el informe.

*Gráfico 3.1. Naves de la Catedral. Nivel 1 frecuencia de materiales.*



Entre el segundo y el décimo nivel la cerámica continuó su predominio con un 85 por ciento frente a los metales con un 15 por ciento y la lítica con un 2 por ciento (Gráfico 3.2). En las frecuencias por actividad continuó predominando la finalidad constructiva con un 70 por ciento, seguida por los elementos de costura con un 15 por ciento, decoración mobiliaria con un 9 por ciento y decoración personal con 1 por ciento. Entre ellos se reportaron 11 alfileres, un dije y 5 tachuelas decorativas. Aunque la actividad constructiva se mantiene, por las características del relleno utilizado, se aprecia en estos niveles un aumento en los materiales de otras áreas, como la costura y decoración personal, relacionadas con los rituales funerarios.

*Gráfico 3.2. Naves de la Catedral. Niveles 2-10 frecuencia de materiales*



#### 3.4.2 Rescate arqueológico en el atrio

En el lugar donde fue derribado el árbol se abrió una trinchera de 1 m de ancho por 7,40 m de longitud, en dirección este - oeste, desde el muro oeste de la Catedral hasta

el murete que delimita el relleno del atrio. Esta disposición respondió a la información recabada en los trabajos previos en este espacio (Brizuela 1998) y los datos obtenidos durante las excavaciones en el interior de la iglesia, además de las referencias históricas acerca del uso de los alrededores como cementerio. La excavación fue cotejada con el sistema establecido de coordenadas macro y micro para el registro de los rasgos, dividiéndose en cuadrículas de 2 m a partir del muro de la Catedral, denominadas desde A1 hasta A4. La estratigrafía se estableció por niveles arbitrarios de 10 cm, atendiendo los rasgos distintivos de color de la matriz, textura, elementos arqueológicos incluidos, lo que permitió establecer una secuencia de uso del espacio y plantear la cronología relativa.

#### *a. Estructuras arquitectónicas*

En la vertiente este de la trinchera a unos 18 cm de profundidad fue localizada, en la cuadrícula A1, la zarpa de la pared oeste, que indicó el nivel de piso del atrio; y un poco más al oeste, en la A4 se observó el cimiento del murete de contención, el cual está construido a base de piedras y cemento gris, localizándose por encima de la calle de cantos rodados (Fig. 3.13).

Por consiguiente, la estructura arquitectónica que limita el espacio, en su parte oeste, es de manufactura reciente, siendo probable que fuera levantada sobre la cara externa del murete original, por las peculiaridades de la cimentación observada en la cuadrícula A4, constituida por piedras irregulares que contenían el relleno. Estos datos indican que el atrio pudo construirse o ampliarse mediante un relleno coherente, para la inhumación de cadáveres, en algún momento posterior a las obras de fábrica de mampostería y piedra.

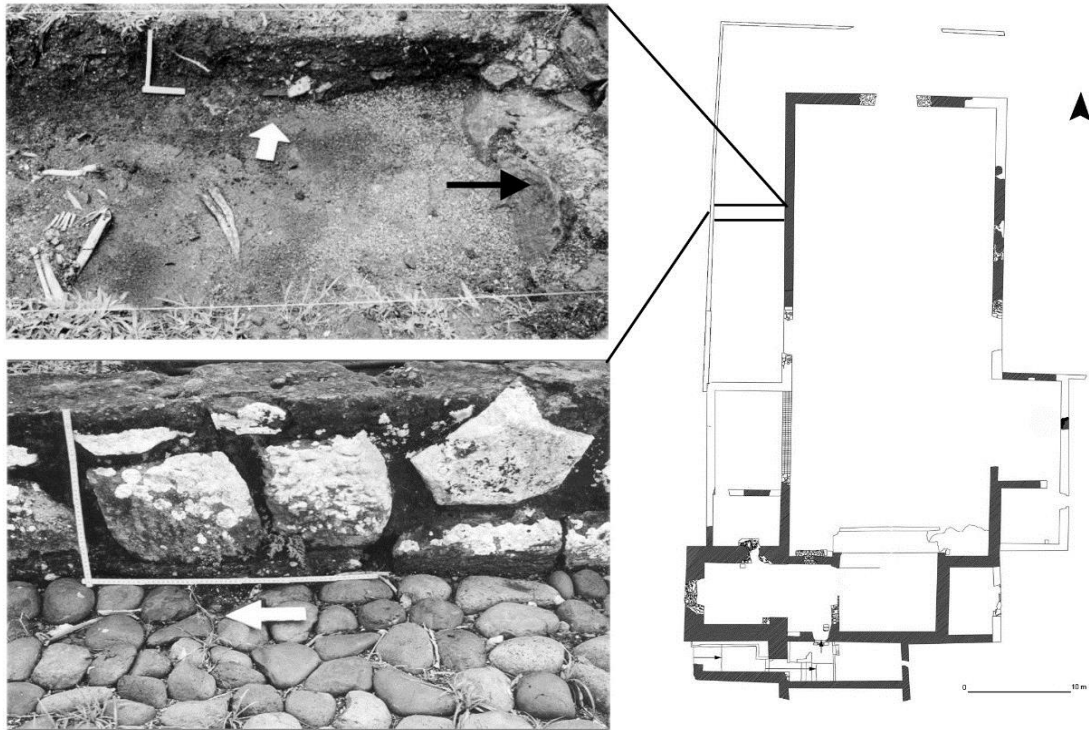


Figura 3.13. Ubicación y características de la zarpa (arriba señalada con saeta en negro) y el muro del atrio (abajo). Obsérvese la correspondencia entre el nivel de la zarpa y el de la superficie del piso del atrio, y las relaciones del murete con el pavimento de cantos rodados. Imágenes tomadas del informe de investigación.

*b. Enterramientos en el contexto del atrio*

En la parte del atrio se localizaron otros seis enterramientos, más cuatro cráneos desplazados, conjuntamente con huesos largos removidos. Dos de los enterramientos fueron retirados y cuatro analizados en el lugar. En la trinchera se identificaron no sólo perturbaciones producidas por el derribo del árbol, sino también por el crecimiento de las raíces, provocando desplazamientos en los huesos, a lo que se sumó la instalación de sendas tuberías con cableado eléctrico, detectadas en el lado oeste de la cuadrícula A3. En esta última y en A2 fueron descubiertos dos enterramientos a los 0,24 m de profundidad (Tercer nivel). El individuo dos en A2 (PV6C) (UE-61) estaba en decúbito dorsal extendido, se encontraba con los pies hacia el oeste, con las extremidades



superiores sobre la pelvis y las extremidades inferiores extendidas, sin la tibia, el peroné derecho, ni los pies. El reporte relaciona unos pasamanos hallados en el tórax (Fig. 3.14).

El individuo uno en A3 (PV7C) (UE-62) también se halló en posición similar, articulado, con los pies dirigidos al este –de manera contraria al individuo dos (PV6C) (UE-61), y muy cerca de este en la vertiente norte–, no presentó las extremidades superiores y las inferiores estaban extendidas. Durante la excavación no fue posible establecer las causas de la alteración, por las características del depósito. EL cráneo estaba depositado encima de una piedra plana, que lo aseguraba con el propósito de mantener la posición de la cabeza, con el rostro orientado al norte (Fig. 3.14).

En el tercer nivel fueron hallados cuatro cráneos, una extremidad inferior en el cuadrante A1, huesos largos removidos, y en la cuadrícula A3, aparecieron algunos pasamanos aislados, no asociados con sepultura alguna. Otros cuatro esqueletos articulados fueron encontrados en el cuarto nivel, todos en decúbito dorsal extendido y orientados al sur, el altar. El primero –número 3 (PV8C)– apareció debajo de un cráneo visualizado en la cuadrícula A2 del nivel anterior, las extremidades superiores cruzadas sobre el pecho y alterado en el tórax producto al efecto de una raíz. A la altura del pecho presentó pasamanos e hilos metálicos. En la misma cuadrícula se identificó otra sepultura –la número 4 (PV9C)–, con las extremidades superiores cruzadas sobre el pecho, sin el cráneo y la extremidad inferior derecha. A su alrededor se encontraron restos óseos de otros individuos y pasamanos.

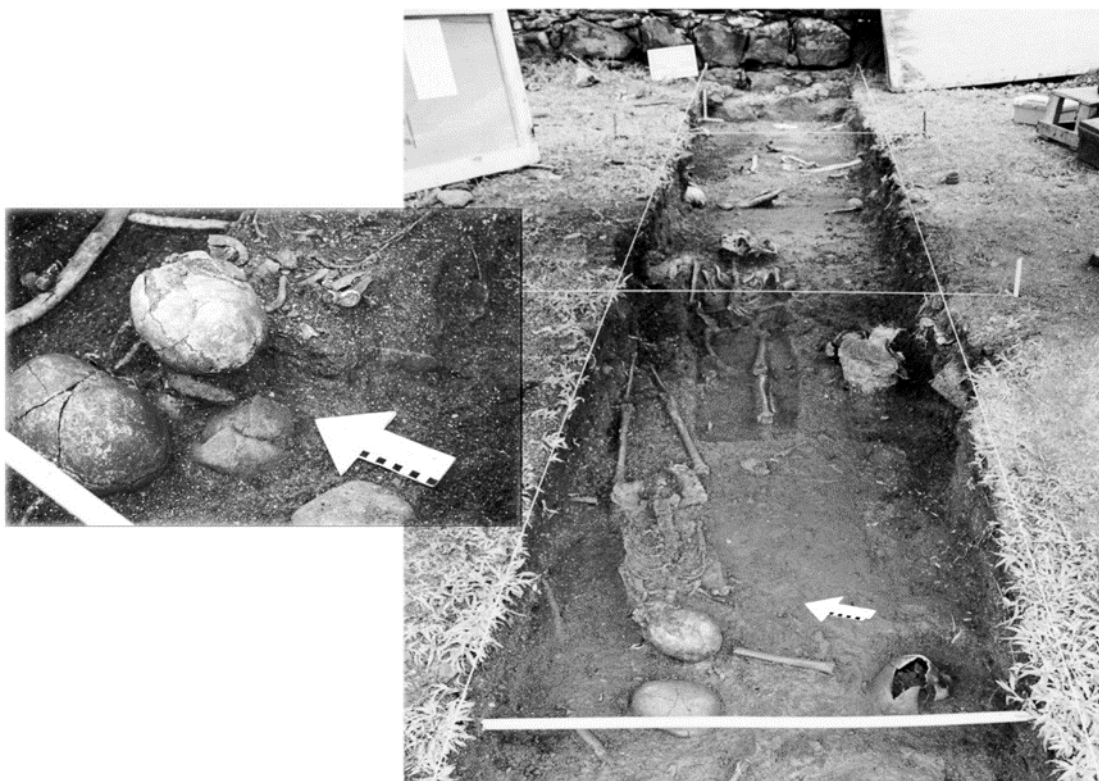


Figura 3.14. Individuos 1 (PV7C) (UE-62) y 2 (PV6C) (UE-61) del tercer nivel en sus respectivas posiciones. Nótese a la izquierda el detalle de la piedra para mantener la posición de la cabeza. Imágenes tomadas de los archivos y el informe de investigación.

EL quinto enterramiento (PV10C) fue registrado en la cuadrícula A3, en muy mal estado de conservación, y las extremidades inferiores extendidas, con parte de la pelvis y las vértebras lumbares. Por el desplazamiento de algunas de sus articulaciones se pensó inicialmente en un entierro reducido, pero la posición estricta de los fémures proporcionó certidumbre acerca de su originalidad. En esta cuadrícula se registraron dos cráneos identificados en el nivel anterior, ambos completamente desplazados. En la cuadrícula A4 se excavó el individuo 6 (PV11C), el cual mostró un pésimo estado de preservación, por su proximidad al cimiento del murete del atrio y la instalación de las tuberías localizadas en ese sector, que debieron alterarlo considerablemente, careciendo de extremidades superiores y exponiendo en las inferiores un significativo grado de perturbación. La mandíbula se logró identificar en el perfil norte.

La excavación fue suspendida con el registro de este nivel, quedando en contexto los cuatro esqueletos, que no podían ser exhumados en su totalidad sin ampliar el corte. Como en el interior de la iglesia se constató el uso reiterado del espacio para las inhumaciones, por la densidad, desarticulación, fragmentación y disgregación de restos que eran removidos de manera constante. En este sentido no fue posible discernir si los huesos desplazados habían sido reagrupados y reubicados en el espacio. También llamó la atención la escasa profundidad de los entierros, entre los 0,20 y 0,35 m, donde los primeros dos esqueletos excavados quedaban a pocos centímetros de la superficie (Martín 2000b).

### *c. Cultura material*

En el informe los materiales recuperados están inventariados en tablas generales según los niveles, pero estos carecieron de mayor interés por formar parte del relleno efectuado para la utilización del área como cementerio, pues la formación rocosa presenta un marcado declive al oeste, lo que condiciona que la superficie del atrio esté por debajo del nivel del piso de la Catedral. No obstante, la composición del conjunto, en relación a la estratigrafía, permitió precisar la cronología en el siglo XVII para esos niveles.

Los pasamanos encontrados en sepulturas y disgregados, tanto dentro de la Catedral como en el tercer nivel del atrio, fueron descritos en el informe, señalando una diferencia sustancial en sus diferentes facturas. Se trataba de elementos del vestuario que, para ese momento, poseían escasos reportes y descripciones en la literatura especializada. Martín (2000b) observó que los del interior de la iglesia estaban conformados por hilos dorados, entretejidos en forma semiesférica, mientras que los del atrio mostraron hilos plateados, ajustados con delgadas láminas metálicas que forman una especie de flor (Fig. 3.15). Mas adelante Martín y Figueroa (2001: 221–223) los describen en detalle y los clasifican

según morfología y fabricación. Denominan del tipo I o Nudo Cilíndrico Cabeza de Turco a los hallados en el interior del templo, los cuales fueron realizados a partir de un eje central que hizo de guía para el entrelazado de los hilos metálicos, formando una especie de semiesfera que oscila entre los 8 y 10 mm de diámetro.

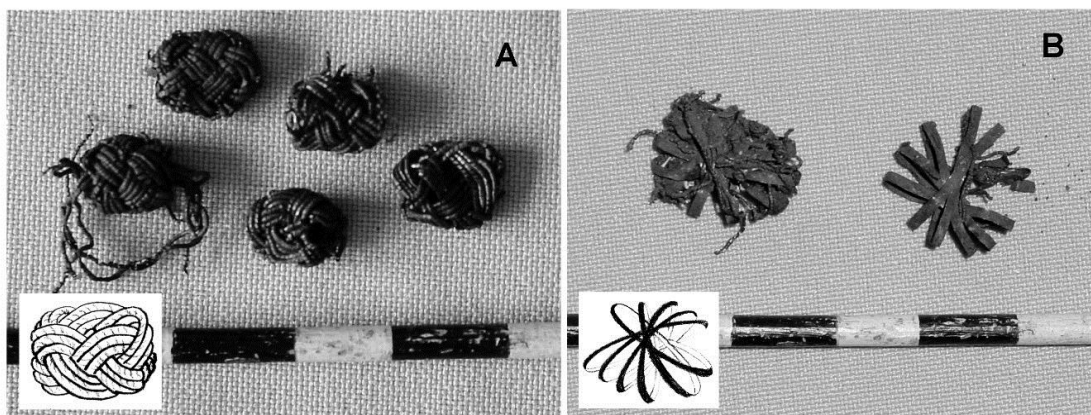


Figura 3.15. Pasamanos recuperados en el interior de la iglesia, del tipo I (A) y los del atrio, del tipo II (B). Imágenes y dibujos tomados del archivo de la investigación.

El material de factura, conforme a la coloración verdosa de la corrosión del metal, sugirió la posibilidad de que fuesen hilos de cobre con baño dorado. Los ejemplares colectados estaban acompañados de hilos sueltos, similares a los del tejido, que debieron ser parte de las costuras o conformaban pasamanos ya desechos (Martín 2000a). Los correspondientes al tipo II o Entrelazados en Flor, muestran la utilización de dos formas materiales en su manufactura, una cinta metálica entrelazada de 1 mm de ancho que conforma una especie de flor o estrella de 11 extremos e hilos metálicos que la ajustan en los puntos de intersección. Todo al parecer de plata, en base a la coloración negra y azulosa de la degradación del metal. Una consideración adicional, fundamentada en los espacios que se observan entre las cintas, apunta la probabilidad de que esta estructura estuviese recubierta de algún tipo de material percedero. Sus dimensiones no superaron los 17 mm de diámetro, y únicamente fueron encontrados en el atrio. Estos artefactos funcionaron como pequeñas piezas decorativas en algunas prendas de mayor

elaboración y exquisitez, pese a esto, Martín y Figueroa (2001: 223) consideraron que su presencia en el atrio no descartaba la posibilidad de que fuese un área marginal, puesto que, en este predio, no sólo se enterraba a la gente de escasos recursos, sino a suicidas, delincuentes y forasteros, quienes podrían contar con los recursos suficientes para pagar un espacio dentro del templo.

#### 3.4.3 Bioantropología y tafonomía: fundamentos metodológicos

La indagación bioantropológica en el proyecto arqueológico de Panamá Viejo comenzó con el descubrimiento de los entierros en la Catedral, y el análisis de Díaz Pérez (2000) de los enterramientos no exhumados, conservando estos datos inmediatos un valor adicional. Los estudios de laboratorio examinaron los aspectos macro esqueléticos claves para identificar las categorías de sexo y edad, y los valores antropométricos para el cálculo de la estatura. Las patologías probables se establecieron a partir de las lesiones óseas.

El examen de la muestra estuvo fundamentado en parámetros comparativos de estudios de poblaciones de indígenas americanos –esencialmente de Norteamérica, con el cuadro de desarrollo dental adaptado por Ubelaker en 1989 y las referencias de grados de atrición por Lovejoy en 1985–, en los cuales, los rasgos óseos de dimorfismo sexual no muestran estrictamente las distinciones cualitativas de poblaciones europeas, cuestión que pudo tender un sesgo significativo en los resultados. Para calcular la estatura de los individuos fueron utilizadas las ecuaciones de regresión de Trotten y Gleser, concernientes a norteamericanos blancos, negros y mongoloides. Con la ausencia de los cráneos se estimó la edad por la sínfisis púbica y la obliteración de las suturas craneales. La diferencia sexual se estimó a partir los huesos iliacos en general, con buenos resultados al aplicar la valoración del nivel de abertura de la escotadura ciática, además de otros rasgos en los cráneos y mandíbulas (Díaz 2000, 2001:77–78).

Durante las excavaciones al sureste de la Plaza Mayor el análisis tafonómico contó con una planilla de registro, elaborada por Grégory Pereira siguiendo los principios básicos argumentados por Duday en 1997. Los trabajos siguientes mantuvieron esta orientación, en cuanto a la implementación de categorías específicas que orientan la observación de los rasgos que revelan gestos funerarios específicos, y permiten contextualizar los datos bioantropológicos (Martín 2003–2004) (Martín, Rivera y Rojas 2008).

El material óseo desenterrado fue analizado entre enero y febrero de 2005 por Giblin (2005), y en el mes de mayo por Dale (2005), una especialista en osteología humana y arqueología funeraria. Aunque Dale consignó en el informe la concordancia general de los dos análisis, existieron discrepancias en la apreciación de algunos indicadores, atribuladas entre otros factores al deterioro del material. El estado de preservación fue estimado por la escala Behrensmeyer de erosión por intemperismo, referenciada en Lyman (1994), además por el cálculo del grado y la intensidad de la fragmentación. La escasa representatividad de las pelvis y los cráneos obligó a establecer los rangos de edades en las categorías generales de adultos y subadultos.

La estimación de la edad, en los casos posibles por la presencia de cráneos y pelvis en individuos adultos, fue evaluada por la superficie auricular del ilion y la observación de la sínfisis del pubis, en base a los trabajos de Lovejoy en 1985 y Suchey 1988, y las suturas craneales por Meindl y Lovejoy de 1985. Además, se tuvieron en consideración otros aspectos: el desarrollo de los terceros molares permanentes, el grado del desgaste dental de los molares y la fusión del remate medial de la clavícula, estimados a partir de los estudios de Moorrees de 1963, Miles en 1962 y Schwartz en 1985, respectivamente.

En el caso de los subadultos, fueron decisivas las macrozonas de fusión del esqueleto y las fases de la dentición decidua y permanente. El sexo en la categoría de subadulto

no fue definido por sus manifestaciones ambiguas, y en los adultos por el reconocimiento de los aspectos dismórficos de la pelvis y del cráneo, a partir de los valores específicos establecidos por el sistema de Ferembach en 1980. La fragmentación de los huesos largos dificultó el cálculo de la estatura aproximada, para lo cual fueron utilizadas las fórmulas proyectadas por Steele en 1970 y Jacobs en 1992.

La filiación poblacional –en esta ocasión solamente procedencia occidental o americana– fue establecida por los rasgos dentales: la quinta cúspide de los primeros molares y la forma de pala de los incisivos del maxilar superior. Dale se basó en los estudios antropológicos de Carbonell (1963) y Scott (1972) quienes argumentaron que los individuos europeos y sus descendientes muestran incisivos en forma de pala, rasgo no encontrado en nativos americanos. Siguiendo a Turner (1984) igualmente se detuvo en la inspección del primer molar del maxilar inferior, que revela según sus diferencias la pertenencia a grupos americanos u occidentales, los primeros con cinco cúspides en el molar, mientras los segundos desarrollan cuatro. Las enfermedades, infecciones, y traumas fueron rastreadas por las anomalías óseas, y los indicadores de uso anormal de los músculos por las marcas esqueléticas. Las piezas dentales fueron también inspeccionadas para advertir patologías y pérdidas antes de la muerte.

El cúmulo de restos óseos humanos conservados por el Departamento de Arqueología en el Patronato Panamá Viejo, fueron objeto de un proyecto de investigación entre el 2007 y 2009, que sistematizó los registros conjugando los atributos bioantropológicos y contextuales de varios lugares del sitio, entre los que se haya la Catedral. En esa ocasión se reanalizaron los restos existentes a partir de nuevos métodos, lo que permitió ampliar la generación de hipótesis de trabajo acerca de los patrones funerarios coloniales y prehispánicos, propiciando, además, un nivel integrador de la información disponible. Del punto de vista macroscópico fueron atendidas: la filiación poblacional, expectativa

de vida, patologías, y posibles causas de mortalidad, y en referencia al contexto las pautas funerarias en relación a organización social y posibles jerarquías a través de la procedencia del rasgo y los objetos asociados con las tumbas (Martín, Rivera y Rojas 2008).

La dificultad metodológica radicó en el orden de las limitaciones que presentó la escasa representatividad del material óseo, producto a la manipulación precedente, las características tafonómicas de los contextos y los avatares de la conservación en clima húmedo, como es Panamá. El proyecto aportó una comparación de patrones funerarios y condiciones de vida y muerte entre los registros poblacionales precolombinos y coloniales, fundamental para construir una imagen lo más objetiva posible del impacto que produjo el contacto colonial para ambas poblaciones en la región. En este sentido cabe mencionar que las diferencias fueron significativas sólo en el caso de la hiperostosis porótica y las lesiones culturales, desde un examen que conjugó seis indicadores de salud y enfermedad y dos de estrés, partiendo de una marcada atención en la relación humanos y medio ambiente. Cuatro de estos indicadores específicos de estrés permitieron inferir posibles deficiencias nutricionales, enfermedades, traumatismos y patologías degenerativas. Los otros dos están referidos a las llamadas lesiones culturales y los marcadores de estrés musculoesquelético, significativos para conocer el estado físico y los estilos de vida (Martín, Rivera y Rojas 2008; 2009: 124–125, 132).

Los nuevos análisis aplicaron la cuarteta básica de identificación: sexo, edad, filiación ancestral y estatura, y la inspección de las alteraciones óseas para establecer el diagnóstico paleopatológico, a partir de procedimientos de individualización e inventario. Además, se tuvo especial cuidado en diferenciar las anomalías óseas antes de la muerte y posteriores. Para la comparación estadística fueron establecidas siete categorías de edades, lo que demandó un reajuste y recodificación de las edades



estimadas por los estudios anteriores: neonato: recién nacido  $\pm$  2 meses, infante I: de 2 meses a 5 años, infante II: de 5 a 10 años, juvenil: de 11 a 15 años, adulto joven: de 15 a 30 años, adulto medio: de 30 a 45 años y adulto mayor de 45 y más (Martín, Rivera y Rojas 2009) (Rojas, Rivera y Martín 2011: 71).

Los protocolos observacionales estuvieron orientados por los métodos y técnicas compilados por Buikstra y Ubelaker en 1994. La determinación del sexo se fundamentó en el estudio detallado del cráneo y la cintura pélvica, instrumentándose las categorías de femenino, probablemente femenino, masculino, probablemente masculino e indeterminado. En la estimación de la edad biológica se tuvo presente el estudio de Krogman e Iscan en 1986, para identificar la obliteración de los centros secundarios de osificación; Dérobert y Fully (1960) precisaron la observación del cierre de las suturas craneales, y Meindl y Lovejoy (1985) las características de la superficie auricular del ilión en la pelvis. Las investigaciones de Brooks y Suchey de 1990 orientaron la caracterización morfológica de la sínfisis púbica; las de Loth e Iscan en 1989, la evaluación de la superficie externa de la cuarta costilla y el examen de la erupción dental y su grado de desgaste se orientó por lo establecido por Ubelaker en 1989. La estatura promedio estuvo basada en las mediciones de los huesos largos de las extremidades inferiores y superiores, y la aplicación de las fórmulas desarrolladas por Genovés en 1967, Krogman e Iscan en 1986 y Rodríguez en 1994. Para entonces la filiación poblacional atendió los grupos: Caucasoide, Mongoloide, Negroide, y el mestizaje a partir del establecimiento y las relaciones de las características faciales y craneales, en base al examen del aplanamiento facial, la proyección de los huesos nasales y la espina nasal, la configuración del mentón y la presencia de algunos rasgos discretos, como los dientes en pala, los huesos wormianos y la depresión postbregmática.

La información rescatada de los individuos subadultos, dada la poca representatividad por la fragilidad del material, estuvo dirigida a precisar los rangos de edad, el sexo y las patologías, por la dificultad de puntualizar la estatura y filiación ancestral. Metodológicamente se siguió a Schutkowski (1993) y Rodríguez (1994) para el establecimiento del sexo, en cuanto a la indagación morfológica de la mandíbula, la proyección y ángulo de la sínfisis púbica y la curvatura del ilión en la cintura pelviana. Para la estimación de la edad se manejaron las tablas de Ubelaker (1989) en cuanto a la erupción dental, y a partir de Ubelaker (1989) y Nuñez (1995) la correlación de la longitud de la diáfisis de los huesos largos con la edad cronológica (Martín, Rivera y Rojas 2008). Estos estudios se han considerado para realizar las observaciones siguientes, sin embargo, el proyecto de arqueología funeraria ha tenido un peso esencial por la actualización, reorganización y sistematización de la información.

#### 3.4.4 Observaciones bioantropológicas y tafonómicas: Catedral y atrio

Los resultados del estudio del material óseo correspondiente al interior de la Catedral, como el de los individuos extraídos en el atrio, producidos por Díaz (2000a; 2000b) fueron actualizados con la información de la base de datos del proyecto de arqueología funeraria (Martín, Rivera y Rojas 2008).

En las cuadrículas A1 sector Sur y B1 sector Norte, al noreste del interior de la Catedral, el análisis determinó la existencia de dos individuos a partir de los huesos removidos, un adulto medio, femenino, sin filiación poblacional observable ni anomalías, y un infante del cual no se obtuvo información. EL enterramiento localizado en posición anatómica corresponde a un adulto joven, masculino, caucásico y con una estatura de unos 1,64 m (PV1C) (UE-52). Patológicamente sufrió de una fractura y enfermedad articular degenerativa.

EL primer individuo excavado en el cuarto nivel de la cuadrícula B10, próxima a los cimientos del muro este de la Catedral, era un adulto joven entre 18 y 25 años (PV2C) (UE-54), del género masculino, de filiación caucásica y una estatura de 1,63 m. En un primer momento el examen practicado por Díaz (2000a) observó el padecimiento de afecciones bucales, con formación de cálculo, hipoplasia principalmente en los caninos, y una periodontitis algo ligera. Luego se determinó era un individuo con evidencia de actividad física en las manos (Martín, Rivera y Rojas 2008).

La segunda sepultura de esta misma cuadrícula en el quinto nivel, ubicada exactamente en la esquina sureste del pozo, pertenece a una mujer de 1,68 m de estatura y una edad entre 24 y 30 años (PV3C) (UE-57), con huellas óseas de actividad física en ambas manos. El examen de sus piezas dentarias mostró tres pérdidas dentales antes de morir, caries en el cuello del segundo molar derecho, y formación de cálculo media en la mayoría de sus piezas. Presentó un desplazamiento de los molares hacia la rama derecha, causado por la ausencia de los premolares (Díaz 2000a).

El enterramiento localizado en el quinto nivel del sector centro-sur de la unidad de excavación, pertenece a un hombre de 1,75 m de altura (PV4C) (UE-58), y una edad entre 30 y los 45 años. En el fémur derecho manifestó una anomalía, que indica el padecimiento de periostitis –una inflamación de la parte externa del hueso, que forma una nueva capa que envuelve al hueso normal– causada por alguna infección. Presentó también indicios de actividad física en las falanges de las manos. El esqueleto situado al norte del tercer enterramiento (PV3C) (UE-57) en el quinto nivel, con orientación inversa al resto –los pies orientados al norte– es un adulto femenino de 1,55 m de estatura (PV5C) (UE-59) (Fig. 3.16). Aunque estaba incompleto, sin la parte torácica, la edad fue evaluada por el sellado de las epífisis de sus huesos largos. Las vértebras lumbares

revelaron osteoartritis leve, con algunos indicios de labiación y comienzos de espolones. (Díaz 2000a; 2001: 78–82) (Martín, Rivera y Rojas 2008).

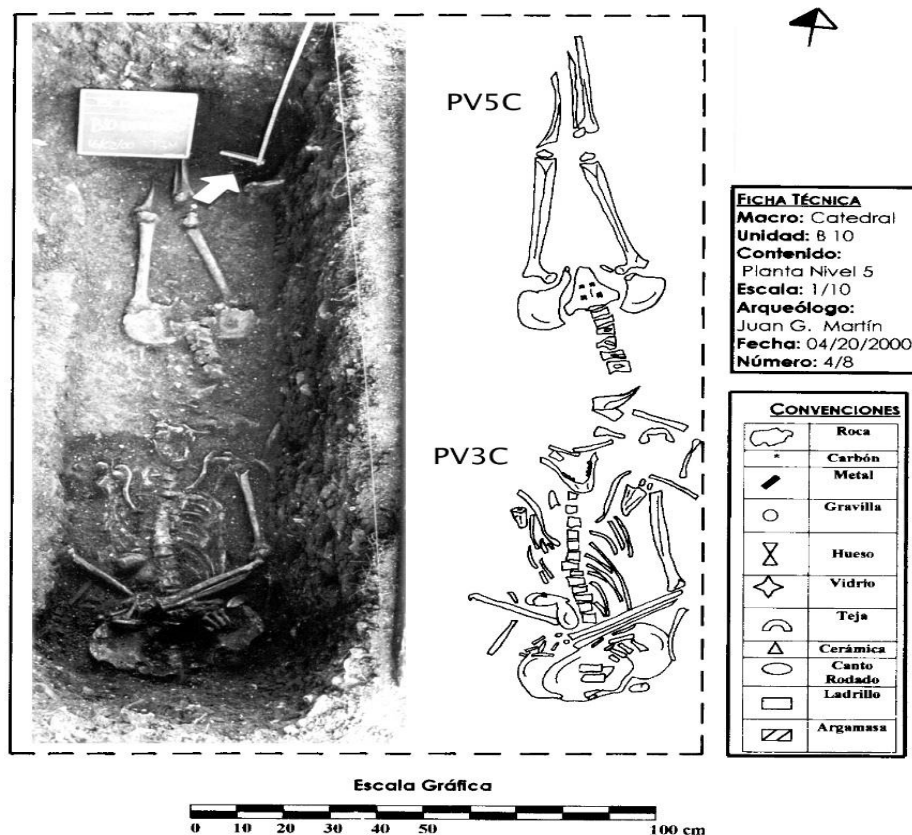


Figura 3.16. Imagen y ficha de registro de PV3C (UE-57) y PV5C (UE-59), en el quinto nivel del corte B10, donde se aprecia las posiciones de ambas sepulturas y la complejidad del depósito por las continuas inhumaciones.

El estudio de seis osamentas del atrio determinó cuatro del sexo femenino y uno masculino, un subadulto, cuatro adultos y un adulto joven. Los enterramientos no recuperados fueron observados y analizados en el lugar por Díaz (2000b), a partir de los datos antropométricos postcraneales, pues en la mayoría de los casos los cráneos estaban deteriorados o ausentes. Los esqueletos estudiados en el laboratorio –PV6C (UE-61) y PV7C (UE-62)– encontrados en posiciones inversas, pertenecen a dos mujeres.

La PV6C (UE-61) era un adulto de 30 a 35 años de edad, de filiación negroide que debió tener una estatura de 1,61 m. En la dentadura fueron observados cálculos en un grado medio, en los dientes del maxilar como en los de la mandíbula, caries en los molares: una oclusal y dos en el cuello, periodontitis con un grado considerable de resorción y una pérdida dental antes de morir, con evidencia de absceso. El Incisivo central izquierdo mostró desgaste en la parte lingual, dejando expuesta la dentina cerca de la raíz, debido a una oclusión retrusiva. La parte distal del radio derecho presentó huellas de una fractura mal sellada (trauma). También se observó indicios de actividad física en las manos, la clavícula derecha y el esternón, enfermedad articular degenerativa y asimetría. Los restos de PV7C (UE-62) señalaron una edad entre 18 y 24 años, de filiación caucasoide con rasgos negroides y una estatura de 1,62 m. Diaz (2000a) señaló el padecimiento, en grado leve, de cálculo dental, además de presencia de evidencia de huesos wormianos en las suturas del cráneo. Luego fueron identificadas huellas de actividad física en las falanges de la mano derecha y deformación en el metatarso izquierdo (Martín, Rivera y Rojas 2008).

La observación de los restos no extraídos, realizada en campo, brindó algunos datos que enriquecieron el perfil de la población enterrada en ese espacio. El individuo PV8C era un hombre de más de 25 años de edad y una altura de 1,62 m. Las patologías percibidas fueron cálculos notables en los molares, periodontitis con resorción media y líneas de hipoplasia. Mostró artritis en una vértebra lumbar, con una formación de espolones. El examen del ángulo de la escotadura ciática del esqueleto PV9C comprobó que era una mujer, con las epífisis de sus huesos largos fusionadas. Su estatura aproximada fue de 1,63 m, y no exhibió patología alguna, aunque hay que tener presente la ausencia del cráneo. Las sepulturas PV10C y PV11C se encontraron muy incompletas y alteradas (Fig. 3.17), no obstante, en el caso de la primera se supo que era un subadulto de unos 15 años, con periostitis y una pequeña lesión en la parte distal del fémur derecho

causada por una infección. La segunda era una mujer de unos 25 años, con una estatura de 1,39 m, sin patologías observables (Díaz 2000b; 2001:82–879).

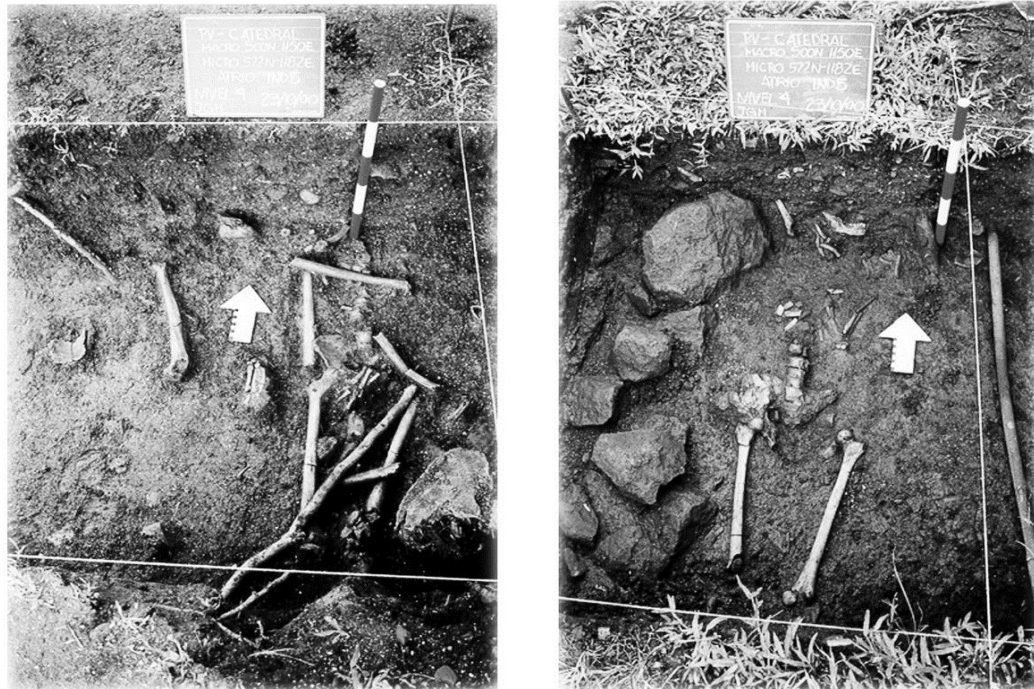


Figura 3.17. Individuos PV10C (a la izquierda) y PV11C (a la derecha) durante el proceso de excavación, obsérvese las alteraciones y la escasa representatividad de los esqueletos.

Las anotaciones señalaron el uso de mortaja en la totalidad de las sepulturas estudiadas, tanto en la nave como en el atrio de la Catedral. Las posiciones de las falanges de manos y pies, las rótulas y las conexiones estrictas de las articulaciones indicaron la descomposición de los cuerpos en espacios rellenos. Dentro de este panorama otros indicios reforzaron esta inferencia, como el alineamiento de los individuos, el hundimiento de los tórax con la disposición horizontal de las costillas y las verticalizaciones de las clavículas por la compresión bilateral, que produce una modificación peculiar en la postura de los hombros, además del hallazgo de numerosos alfileres, usados para el amortajamiento de los difuntos (Martín 2009: 367).

El entierro PV2C (UE-54), localizado en el cuarto nivel de la unidad B10, mostró una posición flexionada del cuello, efecto de borde provocado por el tamaño del cuerpo y su posición en la fosa o por el empleo de la mortaja, o por ambos aspectos (Fig. 3.18). La posición cruzada de las extremidades inferiores del individuo PV4C (UE-58), en el quinto nivel de la misma unidad, sugirieron una secuela del momento de inhumación, a partir de las condiciones que impone la utilización de este tipo de vestidura para el ritual. Otras secuelas se percibieron en la postura comprimida de los dos primeros individuos exhumados en el atrio, visualizadas en el torso de ambos y en el cráneo de PV6C (UE-61), lo que produjo alteraciones que impidieron su craneometría, y la compresión torácica lateral derecha en el rasgo funerario PV9C.



Figura 3.18. Efecto de borde detectado por la posición del cráneo y las vértebras cervicales en la sepultura PV2C (UE-54), nivel 4 de la unidad B10. Se aprecia también la compresión bilateral de los hombros y el hundimiento de la caja torácica. Imagen tomada del archivo del informe.

### 3.5 Los posibles inicios de la Catedral: investigación de rescate al sureste de la Plaza Mayor

Los trabajos perseguían evaluar el potencial arqueológico del área, determinar el impacto de las obras civiles y estudiar los depósitos culturales posibles, generando hipótesis para futuras investigaciones. El interés fue recabar el mayor volumen de datos mediante una excavación acorde al espacio amenazado, con procedimientos permisibles según el tipo de intervención. En la vertiente suroeste de la Catedral, a unos 50 m de la torre, se inició una superficie de excavación de 4 m por 5 m, en la que se identificaron rasgos funerarios de época colonial: entierros primarios y reducidos, ampliando más tarde tres unidades en las vertientes fundamentales: al norte 10 m cuadrados, al oeste unos 8 m cuadrados y al este unos 5 m cuadrados, alcanzando un área total de 43 m cuadrados (Fig. 3.19 y 3.20).



Figura 3.19. A-Localización de las excavaciones al suroeste de la Catedral. Tomado y transformado a partir de Martín y Rovira (2012: 18).



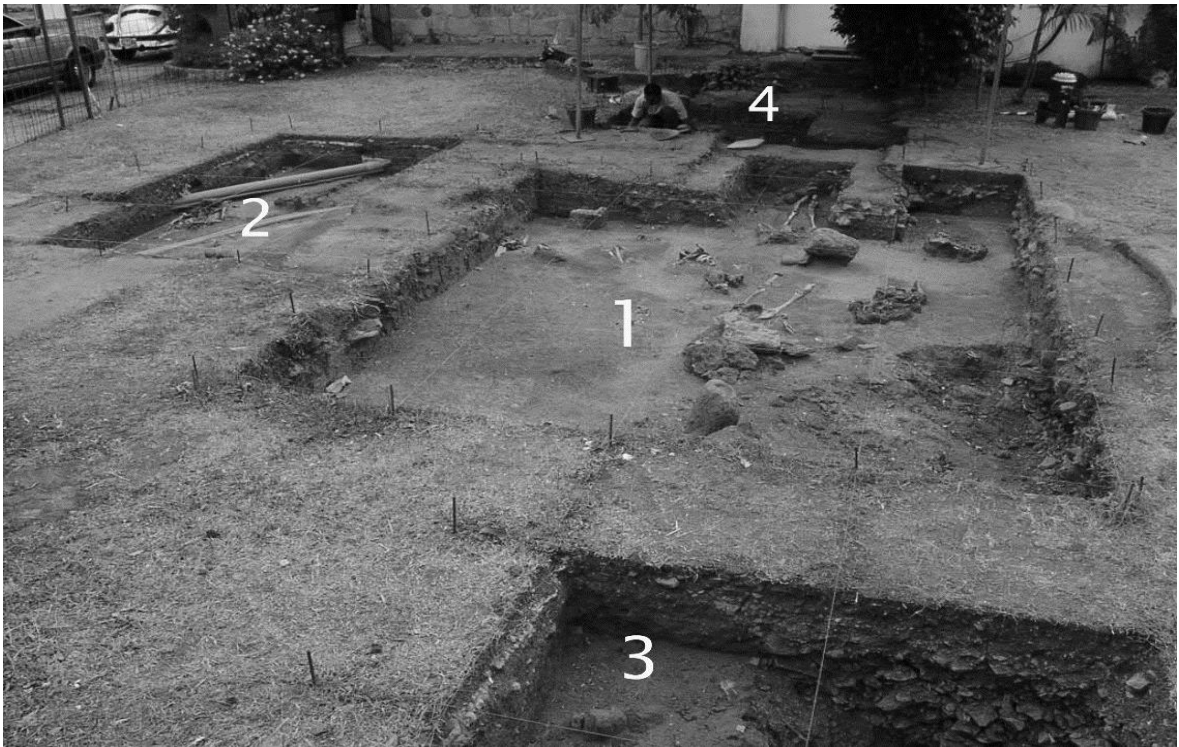


Figura 3.20. Ubicación de los cortes de la excavación en el área sureste de la Plaza Mayor. Imagen tomada del Informe.

La excavación combinó la lectura estratigráfica y por niveles arbitrarios, a partir de un registro vertical y horizontal con un punto cero único, y la utilización de una cuadrícula cartesiana de 1 m cuadrado para cada corte, nombrando sus ejes con letras y números. La matriz correspondiente al depósito de cada entierro fue cernida en seco, con una malla de unos 5 mm de apertura. Mediante la fotografía, el dibujo y fichas de registro de artefactos y enterramientos fueron atendidos los materiales culturales, los rasgos funerarios y las transformaciones tafonómicas del contexto. Los resultados señalaron que el área había sido utilizada exclusivamente como cementerio durante un período de tiempo en época colonial, ofreciendo elementos para la interpretación de las dinámicas espaciales de la antigua villa, al asistirse la posibilidad hipotética del asentamiento que tuvo en sus inicios la Catedral, aunque esto último no quedaría consignado en el informe de campo (Martín Rincón, comunicación personal 2017).

### 3.5.1 Estratigrafía y transformaciones contextuales

La primera unidad estuvo dividida en veinte cuadrículas, de la A a la E de oeste a este, y de 1 a 4 de norte a sur. Al retirar la capa vegetal la superficie se encontró removida, entre los 0,5 y 0,10 m de profundidad, debido a obras civiles anteriores. Se trata de un estrato de color pardo oscuro, con textura arcillosa y arenosa, y restos orgánicos; en los siguientes niveles estas características variaron, hallándose un sustrato más claro y de textura arenosa. Esta situación se presentó invariablemente en todas las unidades.

El primer nivel se rebajó entre los 0,10 y 0,15 m, mostrando alteraciones recientes, con materiales modernos y restos constructivos de las obras: rocas, fragmentos de concreto, ladrillos y clavos. El segundo nivel, entre 0,15 y 0,20 m, mantuvo las mismas condiciones, con evidencias de alteraciones recientes: la instalación de tres tramos de tubería metálica, un cable de electricidad, y en el sector suroeste una acumulación de piedras. En el tercer y cuarto nivel, entre los 0,20 y los 0,30 m, aparecieron restos de materiales recientes, fragmentos de cerámicas coloniales y fragmentos de huesos humanos. En esta sección la matriz manifestó una heterogeneidad en cuanto a color y textura, que permite delimitar los materiales y rellenos intrusivos en el contexto original. Para el quinto nivel, entre los 0,30 y 0,35 m, la densidad de materiales modernos disminuyó considerablemente y se presentó una acumulación de roca arenisca en las cuadrículas A3, A4, B3 y B4.

El hallazgo de los primeros seis enterramientos sucedió en el nivel seis y siete, entre los 0,35–0,40 m y los 0,40–0,45 m respectivamente, ampliándose la excavación dos metros cuadrados hacia el este en las cuadrículas E3 y E4, para recabar en su totalidad dos rasgos funerarios localizados incompletos por el corte. En estos niveles las acciones de extracción y posterior relleno que alteraron el contexto original, están representadas por la presencia de una matriz diferente, de textura arcillosa y colores rojizo y

amarillento, que contrastó muy bien con la matriz arenosa en la que se encuentran las sepulturas. Asimismo, se notó un cambio de coloración de la matriz arenosa, con un color más oscuro que delimita la descomposición de los cuerpos respecto a la arena circundante. Esta situación se observó casi en la totalidad de los casos, excepto en los entierros 7 (UE-26) y 10 (UE-30) del noveno y décimo nivel, donde la coloración fue más clara.

El octavo nivel, entre los 0,45 y 0,50 m, se manifestó por la ocurrencia en toda el área de restos humanos removidos y fragmentados, excepto en el costado suroeste donde se mantenía un acumulado de piedras detectado desde los niveles anteriores. A partir de los 0,45 m la densidad de los materiales artefactuales, fragmentos de cerámica colonial y metales, disminuyó considerablemente, aumentando la frecuencia de conchas marinas, bivalvos. En el noveno nivel se excavaron otros dos enterramientos, el 7 (UE-26) y el 8 (UE-27), a una profundidad entre los 0,50 y 0,55 m.

La profundización del contexto arenoso a partir de este nivel fue de manera estratigráfica, dado el descenso en la frecuencia de los materiales culturales y de restos óseos. Desde los 0,55 m hasta los 0,70 m se registró un décimo nivel con dos sepulturas, la 9 (UE-28 y 29) y la 10 (UE-30), esta última con abundantes restos de conchas marinas en la matriz arenosa. En el sector suroeste la excavación alcanzó 2,40 m de profundidad, al retirar un relleno de tierra y rocas hasta llegar a la arena estéril; se trata de una nivelación del terreno en la línea de costa, con el objetivo de lograr estabilidad y establecer la construcción de recientes edificaciones (Fig. 3.21).



Figura 3.21. Declive del terreno en el sector sur luego de que se retirara parte del relleno de piedras en las cuadrículas A4, B4 y C4, aún observable en el perfil sur. Imagen tomada del informe.

El procedimiento de rebajar por niveles arbitrarios continuó en la segunda unidad, donde fueron localizadas modificaciones desde el segundo nivel, unos 0,15 y 0,20 m, entre ellas un piso de concreto y zanjas longitudinales, tras quitar la capa vegetal con un grosor de 0,15 m. Debajo de este piso se halló otro, y seguidamente una tubería que protegía una línea de alta tensión eléctrica. A partir del tercer nivel (0,20 -0,25 m) fueron frecuentes los huesos humanos dispersos, fragmentos de cerámica colonial y conchas marinas. Al final de este se encontró la tubería de metal localizada en la primera unidad, y en el cuarto nivel (0,25-0,30 m) la frecuencia de materiales aumentó, hallándose una moneda de época colonial en la cuadrícula A2. La matriz de estos primeros niveles fue más oscura que la de la primera unidad, características que se mantuvo en el quinto nivel, entre los 0,30 y 0,35 m de profundidad, donde se registró un fragmento de cráneo en el escaque C1 y algunas falanges desarticuladas en A2 y B2.

En el sexto nivel, a unos 0,35 y 0,40 m, el corte se amplió al sur para registrar completamente un rasgo funerario que comenzó a emerger en esa vertiente, una extremidad superior derecha articulada. También aparecieron alfileres de cobre, junto a fragmentos de cerámica y bivalvos marinos. En el séptimo nivel (0,40–0,45 m) fueron identificados tres rasgos funerarios, de ellos dos sepulturas en las cuadrículas B1 y A2, y un resto de extremidad inferior removido en la B2. También el esqueleto de una iguana negra que se retiró y guardó para su posterior estudio. Debajo de la sepultura en la cuadrícula A2 fue localizada otra, a escasos centímetros, ampliándose el corte en dirección oeste con dos nuevas cuadrículas Z1 y Z2 para el registro y la exhumación. En el octavo nivel entre unos 0,45 y 0,50 m, disminuyó la frecuencia de materiales culturales y de huesos humanos dispersos.

Durante la excavación del noveno nivel, entre los 0,50 y los 0,55 m, se descubrió la sepultura observada en A2, correspondiente al cuarto rasgo funerario de la unidad (UE–38). A partir del décimo nivel se continuó excavando de manera estratigráfica, siguiendo la estrategia experimentada en la primera unidad, suscitada por la homogeneidad del sustrato arenoso y la baja frecuencia de materiales. A los 0,60 m se descubrieron dos individuos en la vertiente sur del corte, entre las cuadrículas A2 y B2, el primero (sepultura 5, UE–39) estaba superpuesto a otro entierro (sepultura 6, UE–40), que fue alterado por la fosa anterior. Al retirar las sepulturas se llegó hasta una profundidad de 1 m, sin advertirse cambios en la coloración y textura del sustrato, ni la ocurrencia de artefactos o restos óseos.

La tercera unidad estuvo separada por un perfil de un metro de la primera. Se anotó que después del primer nivel de capa vegetal, entre los 0 y 0,15 m, el segundo (0,15–0,20 m) y tercer nivel (0,20–0,25 m) no presentaron variaciones en el contexto, con la ocurrencia de algunos fragmentos de cerámica, artefactos recientes y restos óseos

humanos aislados, que fueron más frecuentes en el cuarto nivel, entre los 0,25 y los 0,30 m. En el costado sur se rebajó la continuidad del relleno de piedras retirado en el primer corte, llegando hasta la profundidad de 0,94 m. En la cuadrícula A1 se identificó un cráneo, además de cerámicas, conchas y elementos metálicos de época colonial y contemporánea. En el quinto nivel (0,30–0,35 m) la frecuencia de materiales aumentó, incluyendo los restos humanos, rescatado también restos de fauna en la cuadrícula B1. En el sexto se hicieron evidente dos enterramientos, entre los 0,35 y 0,40 m, en los escaques A1 y A2. En los niveles séptimo y octavo, entre los 0,40 y 0,50 m, los restos óseos estuvieron dispersos, por la perturbación del área, registrándose además fragmentos de cerámica colonial y metales. Un entierro muy perturbado se encontró en el noveno nivel entre los 0,50 y 0,55 m, luego la unidad fue rebajada hasta los 0,80 m sin resultados positivos.

La unidad cuatro, ubicada al pie del edificio de la Dirección de Artesanías del Ministerio de Industria y Comercio, dejó un perfil de un metro de separación de la primera unidad (Fig. 3.20). Martín (2003–2004) apunta que la decisión de abrir una excavación al este pretendía establecer los límites del área funeraria, a sabiendas de que era la dirección determinada para enterramientos. Durante los tres primeros niveles el contexto estuvo muy alterado, con rellenos de material constructivo y artefactos recientes. El sustrato arenoso se halló a partir del cuarto nivel, a los 0,25 y 0,30 m de profundidad, después de retirar un relleno de arcilla roja que lo cubría. En este nivel se observó la continuación de la tubería con la línea eléctrica de alta tensión y una barra de hierro tendida de norte a sur, lo que indicaba una trascendente perturbación del área. Esta situación continuó desde el quinto al oncenavo nivel, entre los 0,30 a 0,60 m, con materiales mezclados y fragmentados, entre ellos artefactos contemporáneos, cerámica colonial y restos óseos humanos desarticulados, en un sustrato de arena color claro con abundante concha molida. En el duodécimo nivel, de 0,60 a 0,65 m, se identificaron dos restos funerarios

perturbados por la instalación de tuberías. Uno en el en el perfil oeste del corte, en la cuadrícula A2 y el otro en la cuadrícula A3 (Fig. 3.22).



Figura 3.22. Perfil norte de la cuarta unidad, donde se aprecia la envergadura de las transformaciones en ese sector, el declive que presenta el terreno pudo haber sido causado por las obras de transformación del espacio.

La excavación continuó sólo en las cuadrículas A1 y B1 ubicadas en el sector sur, con la clara intención de localizar el nivel de costa, cavándose hasta 1,25 m sin resultados, ni hallazgos de ningún tipo. Un derrumbe en el perfil sur de la cuadrícula B1, ocasionado por las lluvias y la inestabilidad del terreno, descubrió un entierro en la cuadrícula B2 que cayó a la profundización. El nivel original de esta sepultura era de unos 0,75 m, determinada por los restos que quedaron en el perfil.

### 3.5.2 Enterramientos y observaciones tafonómicas

En las unidades de excavación los enterramientos articulados se hallaron invariablemente en decúbito dorsal extendido, la mayoría con los pies orientados hacia

el este, excepto en la unidad dos, séptimo nivel, donde el esqueleto 3 (UE-36) de la Cuadrícula B1 presentó una orientación inversa, con los pies al oeste. En ningún caso fueron relacionados objetos, salvo un alfiler encontrado cerca de la clavícula izquierda del entierro 10 (UE-30), en la cuadrícula D1, décimo nivel de la primera unidad. En el sexto nivel de la segunda unidad se hallaron algunos alfileres –no asociados directamente a restos mortuorios– mezclados con cerámica colonial y pequeñas conchas marinas. En sentido general todos los registros funerarios mostraron algún grado de remoción, fragmentación y deterioro.

Primera unidad: en el sexto y séptimo nivel fueron registradas y exhumadas unas seis sepulturas, la primera (UE-19) fue localizada en las cuadrículas B2 y C2, mostrando ausencia de restos óseos en el costado izquierdo, causada por la perturbación del contexto, por tal motivo fueron observadas múltiples fracturas postmortem y parte del cráneo se encontró sobre la extremidad superior izquierda. Presentó los brazos flexionados con las manos sobre la pelvis, y de las extremidades interiores sólo conservaba el fémur derecho. El segundo (UE-20) estuvo en la cuadrícula A1, con fragmentación y erosión en la totalidad de sus restos, y alteraciones severas a la altura de los hombros. En el sector este no tenía parte del tórax y la extremidad superior. En la cuadrícula E1 y D1 apareció la sepultura 3 (UE-21), exhibiendo serias perturbaciones en la fosa a la altura de las rodillas. El cráneo fue removido, hallándose en el costado derecho. Las extremidades superiores flexionadas y cruzadas sobre la pelvis. Las falanges de las extremidades superiores, y las conexiones a nivel de cintura pélvica, revelaron una conexión estricta (Fig. 3.23).



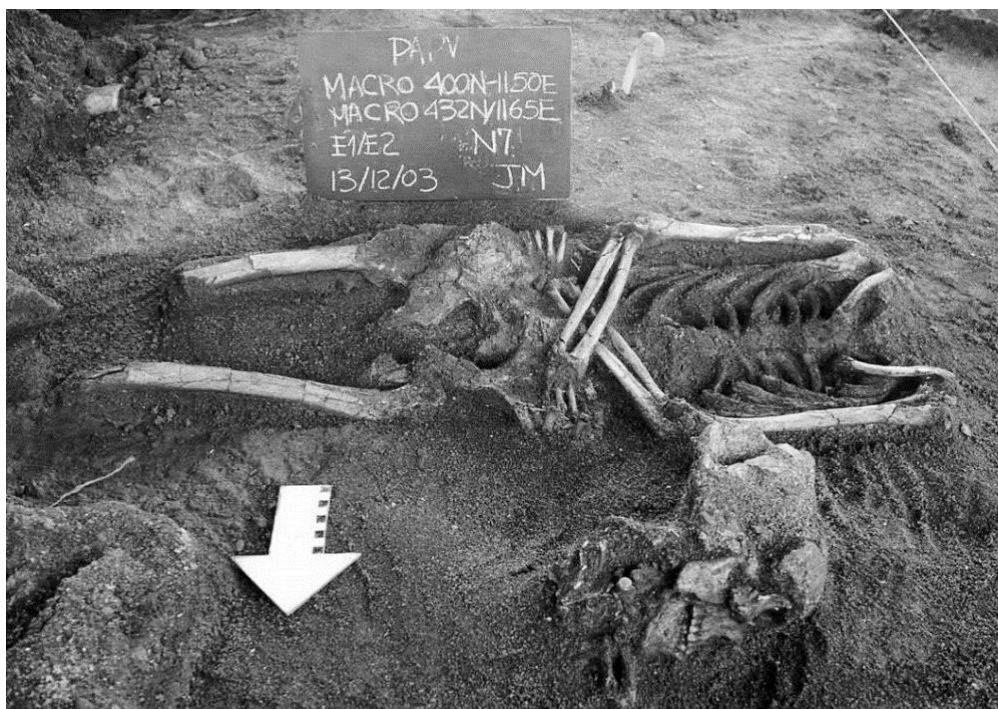


Figura 3.23. Sepultura 3 (UE-21) en el séptimo nivel de la primera unidad, con evidentes perturbaciones. Obsérvese la posición cruzada de las extremidades superiores sobre la pelvis. Imagen tomada del informe.

El cuarto enterramiento (UE-23) fue localizado en la cuadrícula E4, a diferencia del resto de las sepulturas, este se encontró en un sustrato de arena sin diferenciación de color ni textura del área circundante. En el depósito fue hallado material colonial fragmentado: cerámica y algunos metales. Las alteraciones se observaron en el cráneo, las extremidades superiores e inferiores y la pelvis. Por el pésimo estado de conservación la parte torácica fue retirada en bloque, para su limpieza en condiciones de laboratorio. En la cuadrícula D4 fue excavada la sepultura 5 (UE-24), localizada con alteraciones en el cráneo y las extremidades superiores e inferiores. Por las conexiones de las falanges de las manos, y a nivel de la pelvis, debió tener originalmente los brazos flexionados con las manos encima de la cintura pelviana, y los miembros inferiores extendidos. Fue registrado y retirado en bloque para ser su limpieza en condiciones de laboratorio. El sexto entierro (UE-25) se encontró en la cuadrícula E3, con un regular estado de conservación, mostrando huesos fragmentados y erosionados. Las extremidades

superiores flexionadas con las manos en el pecho, y las piernas extendidas algo separadas.

El esqueleto 7 (UE-26) fue encontrado en las cuadrículas C3/D3 del noveno nivel. El cráneo estaba fragmentado por una roca, debido a recientes construcciones en ese espacio. Aunque mostró alteraciones en la extremidad superior derecha, y las extremidades inferiores a la altura media de las tibias y peronés, su conservación era regular. La extremidad superior izquierda se observó flexionada y debajo la pelvis, la derecha al lado de la cintura en una postura similar. Las piernas flexionadas y separadas. En la cuadrícula E2 se identificó un enterramiento reducido (UE-179), con unos 0,35 m de largo y 0,26 m de ancho, los huesos largos dispuestos al lado del cráneo. Por su cercanía con el individuo en la cuadrícula E1, se advierte que fue removido para la inhumación de este último.

En el décimo nivel también se localizó otro enterramiento reducido, la sepultura 9 (UE-28 y 29), pero más extenso que el anterior, con 0,73 m de largo y 0,38 m de ancho. Su conservación era regular en el momento de la excavación. El último rasgo funerario identificado en la unidad pertenece a la sepultura 10 (UE-30) en la cuadrícula D1, hallado en la matriz de arena con algunos restos de concha. Tenía las extremidades superiores semiflexionadas con las manos sobre la pelvis, y la extremidad inferior derecha semiflexionada, probablemente por una afección ósea. Se notaron algunas alteraciones en la extremidad superior izquierda y el cráneo.

Segunda unidad: el primer entierro (UE-37) apareció en la cuadrícula A2, correspondiente a un pie seccionado, conservando sus conexiones articulares estrictas en los tarsos, metatarsos y falanges. No fue localizado el resto del cuerpo, lo que evidenció una inhumación atípica o bien el cuerpo fue removido en su totalidad. En la

misma cuadrícula fue localizada la segunda sepultura (UE-35), con la pelvis adosada al perfil oeste del corte, por lo que fue extendido un metro en esa dirección para exhumar el esqueleto. La mayoría de sus huesos estaban muy afectados, con evidencia de erosión y fragmentación en el costado superior del tórax. No presentó el cráneo y las extremidades inferiores y superiores.

En la cuadrícula B1 se excavó el enterramiento 3 (UE-36), el cual fue perturbado en la parte del cráneo por la disposición de una tubería de PVC, la misma que cubre la línea de alta tensión. A la altura de las rótulas, las extremidades inferiores fueron cortadas, posiblemente por la zanja de otra tubería en esa parte. Su extremidad superior izquierda estaba flexionada, con la mano encima de la pelvis, y la derecha a un lado del cuerpo. La orientación es contraria al resto de los entierros, con los pies dirigidos hacia el oeste (Fig. 3.24).

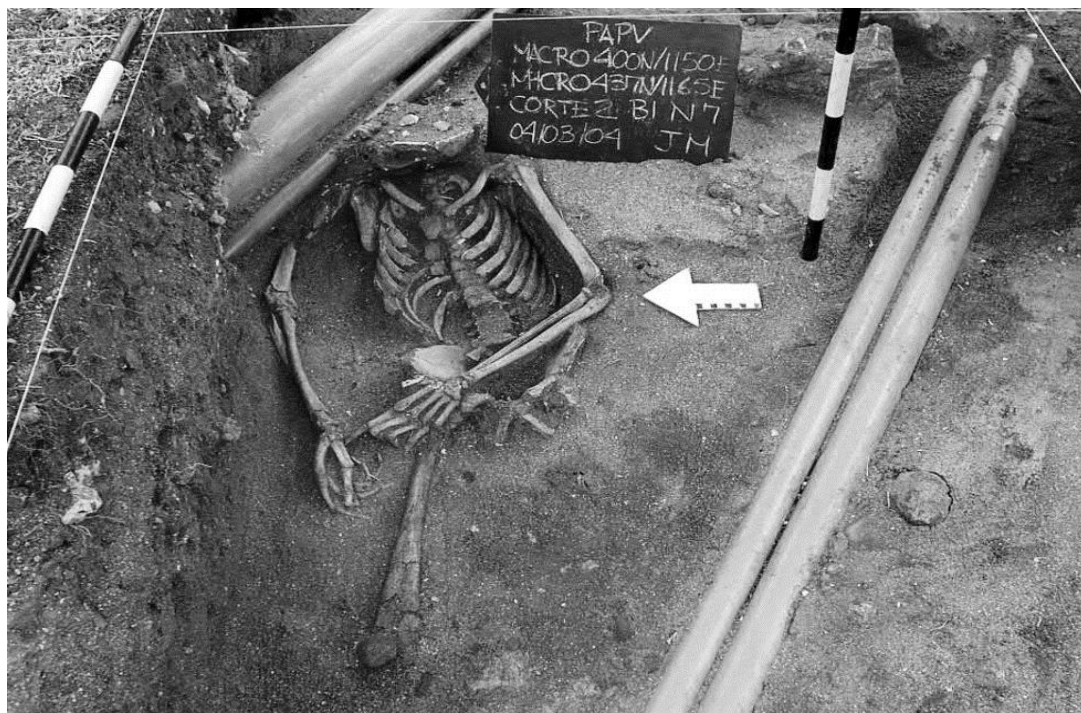


Figura 3.24. Sepultura 3 (UE-36) en la cuadrícula B1 del séptimo nivel, donde se aprecian las alteraciones causadas por la transformación del contexto, la posición de las extremidades, las articulaciones estrictas y la compresión bilateral en los hombros.

Debajo de la sepultura 2 (UE-35), en este nivel fueron observados los vestigios de otro individuo, el entierro 4 (UE-38), exhumado en su totalidad en el noveno nivel. Por la huella del color oscuro del sustrato arenoso del depósito, se pudo definir que la fosa tenía una forma rectangular. Presentó alteraciones en el cráneo y los pies, y las extremidades superiores semiflexionadas con las manos separadas encima de la pelvis, y las piernas extendidas y separadas. Durante la profundización de este nivel aparecieron dos entierros después de los 0,60 m, el costado sur del corte, entre las cuadrículas A2 y B2. El primero, sepultura 5 (UE-39), se encuentra ubicado sobre la sepultura 6 (UE-40), cortada por la fosa de la primera a la altura del tórax, afectando en parte las extremidades inferiores, y parte de las superiores, hasta los codos. El esqueleto 5 (UE-39) estuvo ubicado en las cuadrículas B2 y B3. Su conservación fue valorada de buena, mostrando el cráneo parcialmente fracturado y las extremidades inferiores extendidas fueron removidas a la altura de las rótulas. Las superiores se hallaron semiflexionadas con las manos cruzadas encima de la pelvis. El entierro 6 (UE-40), ubicado en la cuadrícula A2, a pesar de la perturbación conservó la extremidad inferior derecha en posición anatómica, por lo que se pudo inferir estaban extendidas y separadas.

Tercera unidad: en el sexto nivel de las cuadrículas A2 y A1, se descubrieron dos rasgos funerarios, uno al lado del otro. La sepultura 1 (UE-16) quedó perturbada en el costado izquierdo producto de otro enterramiento. No se encontró el cráneo, ni las extremidades inferiores hasta la altura de las rótulas, las que inicialmente se encontraban extendidas. A juzgar por la posición semiflexionada del brazo derecho, las manos se hallaban cruzadas encima de la parte derecha de la pelvis. El entierro 2 (UE-17) fue inhumado sobre el costado izquierdo del individuo anterior, afectando su sepultura. Está ubicado en la cuadrícula A1, con una perturbación en las extremidades inferiores, de las cuales sólo conservó una parte del húmero derecho. Mostró los brazos flexionados con las manos cruzadas encima del pecho, y el rostro en dirección sur. En la cuadrícula B1

del noveno nivel, apareció un enterramiento perturbado de un posible depósito primario (UE-18). Fue imposible, dado su estado de conservación, establecer con efectividad la orientación y posición, aunque, por la postura de las vértebras, cumple los rasgos descritos para el resto de los entierros.

Cuarta unidad: en el duodécimo nivel, a los 0,65 m dos entierros mostraron alteraciones por las obras recientes de instalación de tuberías. El primero, sepultura 1 (UE-31) se observó en el perfil oeste del corte, en la cuadrícula A2. En esta localización no fue posible tomar los parámetros correspondientes, pero se pudo determinar que se era un depósito primario, en posición decúbito dorsal extendido, orientado de oeste a este. La perturbación era hasta la altura de la pelvis. De este individuo sólo fueron retirados algunos huesos de las extremidades inferiores. En el mismo nivel, pero en la cuadrícula A3, fue excavado el esqueleto 2 (UE-32), con un grado significativo de perturbación. Fueron recuperados algunos fragmentos del húmero derecho, las tibias y peronés. Las observaciones en campo señalan que se trata de un depósito primario, con la misma posición y orientación del anterior. De la tercera sepultura (UE-33) en esta unidad –ubicada en la cuadrícula B2 y aparecida por el derrumbe del perfil sur de la cuadrícula B1– se recuperó el cráneo y algunos huesos del tercio superior de la caja torácica.

En quince de veintidós enterramientos registrados en las excavaciones se observaron efectos de compresión bilateral en los hombros, excepto en los reducidos o muy perturbados. Asimismo, se advirtió efecto de hundimiento en los torsos, con disposición de costillas horizontales, y múltiples articulaciones estrictas, que mostraron la descomposición de los cuerpos en espacios rellenos, lo que señaló el posible uso de mortaja, aunque se hallaron escasos alfileres. En el quinto enterramiento de la segunda unidad (UE-39), exhumado en las cuadrículas B2 y B3, la descomposición pareció ocurrir

en un espacio progresivo, por el registro del desplome de las vértebras cervicales, producto de un vació ocasionado en el momento de inhumación.

### 3.5.3 Cultura material

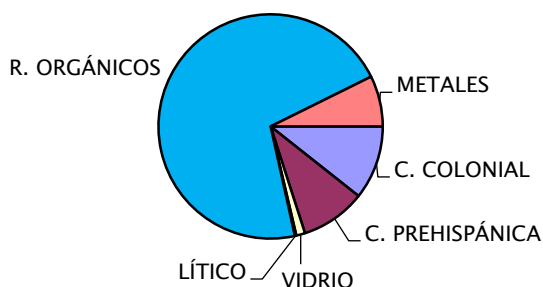
Los restos artefactuales recuperados –en estado de fragmentación– se presentaron a grandes rasgos a partir de los porcentos, desglosados por unidades de excavación, en las variables: cerámica colonial, cerámica prehispánica, vidrio, lítica, restos orgánicos y metales. Dentro de las cerámicas coloniales el énfasis recayó en la cerámica esmaltada, entre ellas la mayólica panameña polícroma, con una curva temporal desde 1600 a 1650. Esto descartó inicialmente la hipótesis de un cementerio temprano o un templo, que posteriormente fuese trasladado. Sin embargo, la cerámica colonial presentó porcentos muy bajos dentro del material arqueológico en todos los niveles (Gráficos 3.3, 3.4, 3.5 y 3.6). Asimismo, dentro de esta categoría las tipologías esmaltadas representaron a su vez porcentos muy bajos en todas las unidades, con un 14,65 en la primera unidad, 24,37 en la segunda, 27,67 en la tercera, y un 14,81 en la cuarta unidad. Las esmaltadas mejor representadas precisamente fueron las mayólicas panameñas, en su variante lisa, azul sobre blanco y polícroma, con rangos temporales desde 1575 hasta 1650, y en menor medida algunos fragmentos clasificados como mayólica europea lisa y decorada en azul sobre blanco, y una escasa representatividad del tipo Columbia simple, con un rango cronológico que llega hasta mediados del siglo xvii. (Rovira 1983: 10–12; 2001: 294–297).

Estas presencias podrían explicarse si se considera que el área al sur de la Catedral y la Plaza Mayor fueron además un espacio construido, al menos entre finales del siglo xvi y el xvii. Castellero (2006: 283) y Tejeira (2007: 188–189) aseguran que, en ese espacio, entre las casas del cabildo al sur de la Catedral y la cárcel en la vertiente suroeste de la Plaza Mayor, estuvieron emplazadas unidades domésticas. Casi la totalidad de las

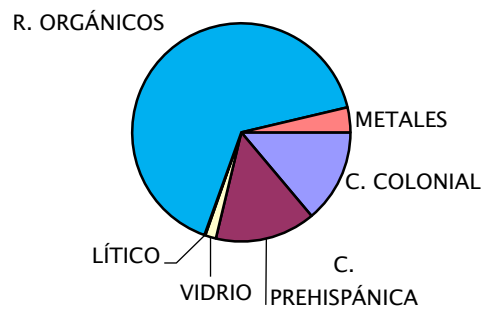
evidencias no tuvo relación con los rituales funerarios, aunque en un principio los clavos y tachuelas, con porcentos elevados dentro de los metales, se pensaron relacionados a este ámbito, pertinencia descartada con los análisis tafonómicos. Estos análisis, sin embargo, señalaron el uso probable de alfileres en las mortajas para las inhumaciones, elementos de muy baja frecuencia en la muestra, únicamente recobrados en el décimo nivel de la primera unidad y en el sexto de la segunda.

La amplia presencia de restos orgánicos (Gráficos 3.3, 3.4, 3.5 y 3.6), sin contar los huesos humanos, se debe en lo fundamental al volumen de bivalvos marinos, con altos porcentos en todas las unidades: 60,89 en la primera unidad, 53,09 en la segunda, 58,18 en la tercera y 61,55 en la cuarta. Dada la cercanía de la línea de costa y las características del sustrato excavado, Martín (2003–2004) señaló un área de playa utilizada como campo santo, lo cual no descartaba el origen prehispánico de los restos, producidos probablemente por el descarte de su consumo, a partir de la variabilidad de especies, no advertida en otros espacios trabajados, como el Convento de Monjas.

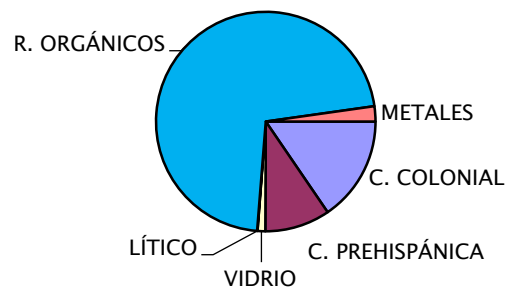
*Gráfico 3.3. Frecuencia de materiales unidad 1.*



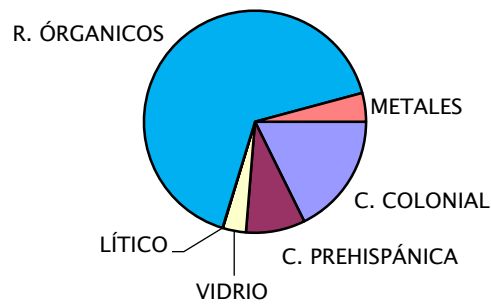
*Gráfico 3.4. Frecuencia de materiales unidad 2.*



*Gráfico 3.5. Frecuencia de materiales unidad 3.*



*Gráfico 3.6. Frecuencia de materiales unidad 4.*





### 3.5.4 Estudios bioantropológicos

El estudio inicial de los enterramientos exhumados presentó resultados de un total de veintidós individuos por unidades de excavación (Dale 2005), más adelante fueron identificados otros a partir del material óseo relacionado en cada sepultura, llegando a determinar la existencia de 34 individuos: 19 adultos, 3 adultos medio, 10 adultos jóvenes, 1 juvenil y un infante (Martín, Rivera y Rojas 2008). Para elaborar estas observaciones se han valorado los dos estudios, considerando el estado avanzado de deterioro y la escasa representatividad del material, más acentuado en la investigación durante el proyecto de arqueología funeraria, el cual enfrentó numerosos casos de indeterminación de sexo, filiación poblacional y estatura. Por tales motivos en la clasificación de sexo únicamente se pudo determinar 6 individuos masculinos y 4 femeninos, y en la filiación poblacional 3 caucasoides, 3 mestizos de rasgos caucásicos y negroides y dos de fenotipo mongoloide (Tabla 3.2).

*Tabla 3.1. Principales resultados bioarqueológicos de los 34 registros estudiados por el proyecto de arqueología funeraria. Tomado de la base de datos de ArtEmpire. <http://artempire.cica.es>. Accesado en febrero de 2019.*

Unidad	Entierro	UE	Nros Ind.	Sexo	Edad	Edad recod.	Filiación pob.	Estatura
1	1	19	1	M?	18-25	Adulto joven	I	I
1	2	20	1	M?	20-24	Adulto joven	C	I
1	3	21	1	I	Adulto	Adulto	I	I
1	3	22	2	I	Adulto	Adulto	I	I
1	4	23	1	I	Adulto	Adulto	C	I
1	5	24	1	I	Adulto	Adulto	I	I
1	6	25	1	I	Adulto	Adulto	I	151.66
1	7	26	1	M?	25-30	Adulto joven	M	I
1	8	27	1	F	18-20	Adulto joven	M	I
1	8	179	2	I	Adulto	Adulto	I	I
1	9	28	1	I	18-22	Adulto joven	I	I
1	9	29	2	I	33-42	Adulto medio	I	I
1	10	30	1	F	38-48	Adulto medio	I	155.45
2	C1	34	1	I	Adulto	Adulto	C/N	I
2	C1	182	2	I	Adulto	Adulto	I	I
2	2	35	1	I	13-17	Juvenil	I	I
2	2	183	2	I	Adulto	Adulto	I	I

2	3	36	1	I	17-22	Adulto joven	I	I
2	3	184	2	I	Adulto	Adulto	I	I
2	1	37	1	I	Adulto	Adulto	I	I
2	4	38	1	F?	17-25	Adulto joven	I	I
2	4	185	2	I	Adulto	Adulto	I	I
2	5	39	1	M?	23-30	Adulto joven	I	I
2	5	186	2	I	I	Adulto	I	I
2	6	40	1	M?	30-40	Adulto medio	C/N	I
2	6	187	2	I	Adulto	Adulto	I	I
3	1	16	1	I	Adulto >25	Adulto	I	I
3	2	17	1	F?	18-25	Adulto joven	C	I
3	2	180	2	I	Adulto	Adulto	I	I
3	3	18	1	I	Adulto >25	Adulto	I	I
4	1	31	1	I	Adulto	Adulto	I	I
4	1	181	2	I	Infante	Subadulto	I	I
4	2	32	1	I	I	Adulto	I	I
4	3	33	1	M?	18-22	Adulto joven	C/N	I

Nota: Sexo: M-masculino y F-femenino. Filiación poblacional: C- Caucásico, N-Negroide, M-Mongoloide, I-indeterminado.

Producto a que existen muy pocas diferencias entre las descripciones individuales de los dos estudios, se han expuesto algunas de las anotaciones cualitativas y cuantitativas de Dale (2005), sujetas a los porcentos iniciales de representatividad del material, lo que ofrece una imagen aproximada de esta situación. Puntualizada por el proyecto de arqueología funeraria, acerca del material osteológico colonial, con una representatividad del 46,9 por ciento y 62,5 por ciento de conservación, valores adecuados en esos momentos. Las particularidades de la cuarteta básica por individuo refieren los resultados de Martín, Rivera y Rojas (2008) y conjuga en el ámbito paleopatológico –óseo y dental– las percepciones de los dos estudios.

Primera unidad: la primera sepultura UE- 19 mostró el 50 por ciento del esqueleto, sin la extremidad inferior izquierda, y parcialmente los huesos del tórax. El cráneo y la pelvis estaban fragmentados e incompletos, y ausentes las clavículas y los terceros molares. Los estudios coincidieron en que se trataba de un adulto joven de sexo masculino, sin lesiones patológicas. El segundo enterramiento UE-20 al momento del

primer examen contaba solo con el 10 por ciento: el cráneo y el tórax estaban con un alto grado de fragmentación. Era un hombre caucásico de unos 20 a 24 años, que tenía caries en forma de cavidad y cálculo dental, así como periodontitis e hipoplasia del esmalte.

El examen del tercer enterramiento identificó dos individuos adultos UE- 21 y UE-22, con lo que se pensó era el 75 por ciento de un individuo, a partir de huesos muy fragmentados del tórax y una existencia parcial de las demás secciones. Aunque se había sugerido que el conjunto de huesos perteneciera a dos esqueletos, las observaciones iniciales fueron acerca de un individuo, identificado probablemente como del sexo masculino. El estudio de los dientes arrojó cálculo, y la presencia de cinco cúspides en el primer molar de la mandíbula. En ambos el segundo estudio determinó huellas de actividad física en las falanges de las manos.

Del cuarto entierro UE-23 se contó con menos del 50 por ciento para el análisis, en estado muy fragmentado. No tenía la mayoría del cráneo, la pelvis, ni los molares, por lo que fue problemático establecer la edad y el sexo (Fig. 3.25). Era un adulto caucásico, que se clasificó de sexo femenino en un primer momento, aunque con grandes reservas. El examen patológico puntualizó que sufrió una infección, así como de caries y cálculo dental. La quinta sepultura UE-24 poseía el 50 por ciento del material, sin el cráneo y el resto de los huesos muy fragmentados. No obstante, se pudo identificar un adulto, que padeció de hipoplasia y caries dentales, además, mostró evidencia de enfermedad articular degenerativa, anomalías congénitas en las vértebras y actividad física en las manos.

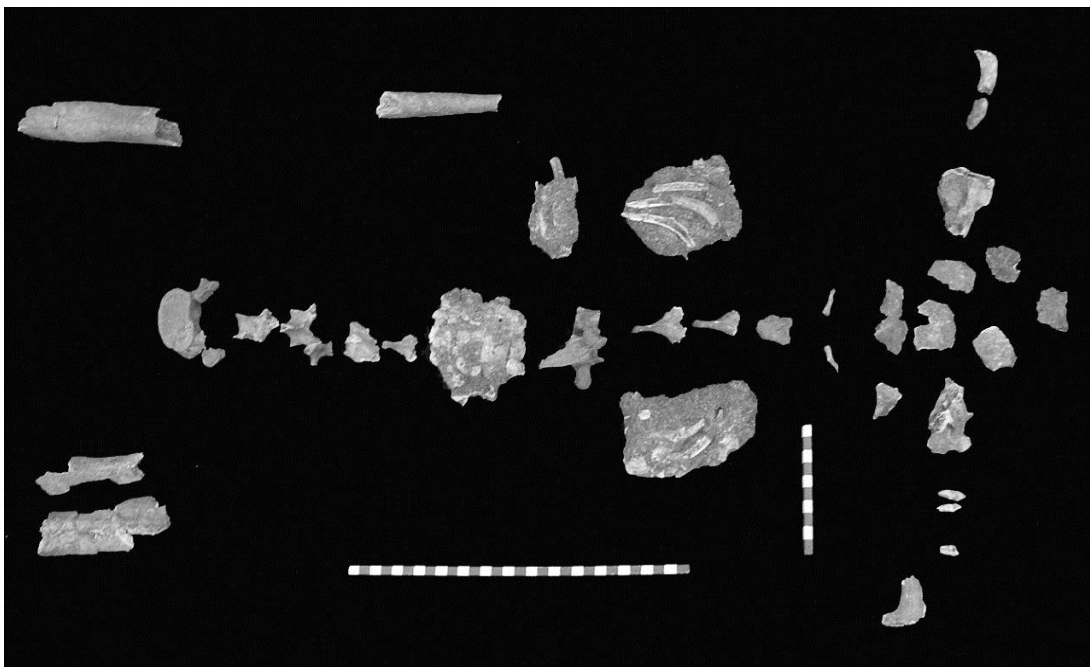


Figura 3.25. Material óseo del cuarto enterramiento UE-23 de la primera unidad. Imagen tomada de los archivos del proyecto de arqueología funeraria. Cortesía de Martín Rincón.

El sexto individuo UE-25 tenía un 90 por ciento, y todas sus partes representadas. Dale (2005) anotó sin embargo que la intensidad y el grado de fragmentación era alto, aunque en la excavación se había apreciado una buena preservación. Es un adulto con una estatura aproximada de 1,51 m y evidencia de cálculo dental. El séptimo enterramiento UE-26 presentó el 75 por ciento, y al igual que el anterior exhibió una alta intensidad y grado de fragmentación, no advertida en campo. Al morir era un hombre de unos 25 a 30 años de edad, de filiación mongoloide. El estudio de las paleopatológicas mostró huellas de actividad física en la clavícula derecha y la mano izquierda, e infección, así como mala atrición, cálculo y talón cuspídeo.

Del registro material de la sepultura número ocho, únicamente con un 25 por ciento, se identificaron dos individuos (UE-27 y 179). La UE-27 pertenece a una mujer de apariencia mongoloide, de 18 a 20 años de edad, el otro UE-179 corresponde a un adulto. El primera mostró huellas óseas de trauma e infección, y su estudio dental arrojó el parecimiento de caries y cálculo en 8 de los 19 dientes presentes. Al mismo tiempo,

se determinó resorción alveolar completa y la presencia de diente en pala. En el noveno enterramiento también fueron identificados dos sujetos (UE-28 y 29), a partir de lo que se admitió en el primer estudio como el 25 por ciento de un esqueleto, con ausencia de los miembros derechos, inferior y superior, y una muestra incompleta del resto de las secciones del cuerpo. El primero un individuo de 18 a 22 años de edad, sin lesiones paleopatológicas, el segundo un adulto medio con vestigios de enfermedad articular degenerativa e hiperostosis y caries en forma de cavidad y cálculo en un diente.

La décima y última sepultura UE-30 pertenece a una mujer de unos 38 a 48 años y una estatura de 1,55 m. En el primer análisis poseía un 90 por ciento de material óseo, con todas las secciones excepto el cráneo, un nivel medio de conservación y muy fragmentada. Los estudios coincidieron en que sufrió infección y enfermedad articular degenerativa, y una fractura en el fémur izquierdo, lo que le produjo una curvatura del hueso por la cicatrización y múltiples rasgos de actividad física por el movimiento irregular que experimentó en su andar (Fig. 3.26).

Segunda unidad: lo que se consideró como la primera sepultura UE-37 corresponde a la extremidad del miembro inferior izquierdo de un adulto. Del segundo enterramiento fueron estudiados huesos parciales del tórax y las extremidades inferiores, un 10 por ciento aproximadamente de un esqueleto. No obstante, en este conjunto fueron identificados dos individuos, un joven de 13 a 17 años (UE-35) y un adulto (UE-183). En ninguno de los dos fueron registradas anomalías óseas y dentales. La tercera sepultura con un 50 por ciento, mostró material de dos individuos, con un grado elevado de fragmentación. Un adulto joven con un rango de edad de 17 a 22 años (UE-36) y un adulto (UE-184), sin anomalías respectivamente.

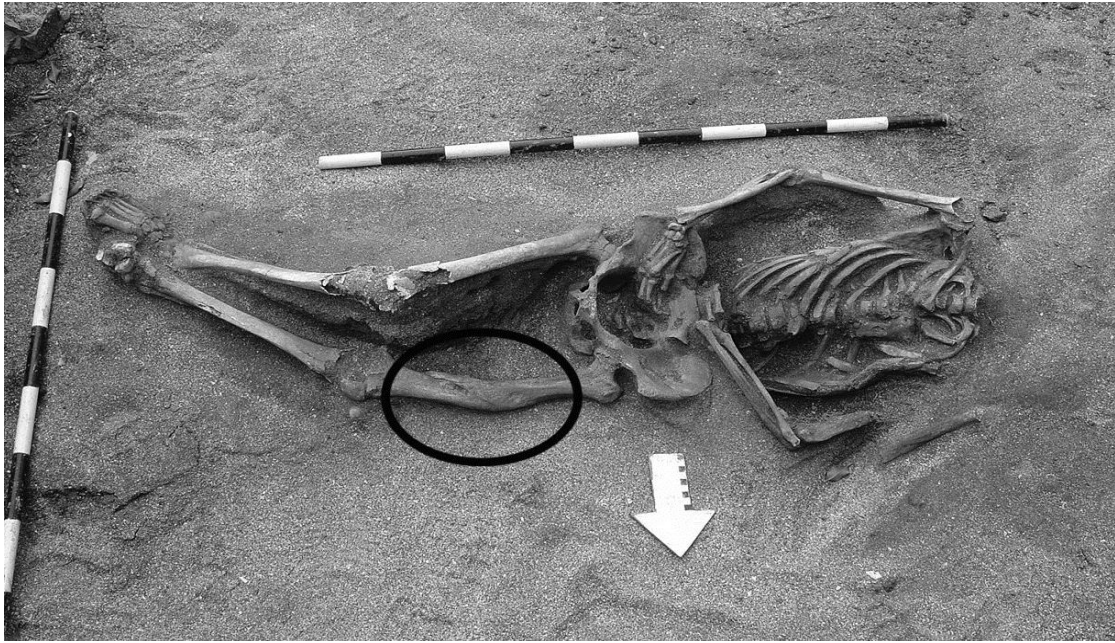


Figura 3.26. Décimo enterramiento UE-30 de la primera unidad excavada al sureste de la Plaza Mayor. En semicírculo la tibia izquierda afectada por fractura, que propició además la postura ligeramente ladeada del cuerpo, con la semiflexión de la pierna derecha.

EL cuarto enterramiento tenía un 90 por ciento representando todas las secciones del esqueleto, pero muy fragmentado. El estudio discriminó huesos de dos individuos diferentes, una mujer joven de unos 17 a 25 años de edad (UE-38) y un adulto (UE-185). La primera padeció de enfermedad articular degenerativa, y le fue registrada una anomalía congénita y evidencia de actividad física en la clavícula derecha. En este conjunto Dale (2005) puntualizó la presencia de numerosas caries y cálculo dental, así como cuatro cúspides en el primer molar de la mandíbula.

En la quinta y sexta sepulturas se observaron dos individuos equitativamente, como en los casos anteriores el primer estudio advirtió la existencia de restos de varios esqueletos, pero no se trabajaron por separado. La cinco UE-39 poseía al inicio un 90 por ciento, con afectaciones en las extremidades inferiores y el resto incompleto. Esto ofreció la identificación de un adulto joven masculino, que exhibió enfermedad articular degenerativa, anomalía congénita en el esternón y rasgos de actividad física en ambas manos. A nivel dental se registró cálculo e hipoplasia. El primer estudio por su parte notó

una fractura cicatrizada en una costilla derecha y cuatro cúspides en el primer molar de la mandíbula. El segundo UE-186 era un adulto sin anomalías observables. La seis contaba con un cráneo y algunos huesos largos, para un 50 por ciento. El primer individuo UE-40 era un hombre mestizo con rasgos caucásicos y negroides, de unos 30 a 40 años, con cálculo e hipoplasia dental y huellas de anomalía congénita en vertebras y manos, enfermedad articular degenerativa y fractura. El otro individuo UE-187 era un adulto que padeció de una fractura parcial o fisura. El material recuperado en la cuadrícula C1 ofreció dos adultos, un mestizo de rasgos caucásicos y negroides, y lesiones por caries en el esmalte de los dientes e hipoplasia. El otro UE-182 sin lesiones ni otros datos.

Tercera unidad: el primer enterramiento UE-16 era un adulto de más de 25 años, contaba con fracciones del tórax, las extremidades superiores y la extremidad inferior derecha, sin anomalías óseas ni dentales. De la segunda sepultura fueron identificados dos individuos. El material estaba muy frágil y mostraba un índice significativo de fragmentación, especialmente en los huesos largos. El primero UE-17 pertenece a una mujer caucásica de 18 a 25 años sin lesiones paleopatológicas, el otro un adulto (UE-180), igualmente sin anomalías. En este conjunto óseo el primer estudio notó caries y cálculo dental en algunas piezas. EL tercer entierro UE-18 se encontró en un estado deplorable en el momento del primer estudio, con un 25 por ciento de existencia: parte del tórax y los miembros superiores. Era un adulto mayor de 25 años, sin lesiones visibles.

Cuarta unidad: en el primer estudio Dale (2005) reportó que en el momento del análisis el registro óseo de la primera sepultura tenía solo el 10 por ciento, con elementos óseos de un adulto UE-31 y un infante UE-181, sin lesiones. El segundo enterramiento UE-32 estaba compuesto por extremidades inferiores de un adulto y rasgos óseos de

escoliosis. La tercera sepultura UE-33 pertenece un hombre mestizo de 18 a 22 años, de rasgos caucásicos y negroides. En el momento del primer estudio contaba con el 25 por ciento del cuerpo, el cual estaba muy deteriorado y le faltaba la extremidad superior derecha y una extremidad inferior. Los estudios determinaron que padeció de infección extendida, caries y cálculo dental e hipoplasia.

3.6 Conclusiones: consideraciones acerca del patrón funerario y el estado de las investigaciones

Los resultados obtenidos en el año 2000 establecieron perfiles básicos para elaborar hipótesis acerca del esquema mortuario en la Catedral, a partir del contexto de los enterramientos y sus rasgos tafonómicos. Martín y Díaz (2000: 81-82; 2001: 63-64) argumentaron que la manifestación del proceso funerario estaría relacionada con la reafirmación del catolicismo, ámbito ideológico que le confirió sentido a las prácticas funerarias, donde la necesidad de mitigar el miedo para liberar el cuerpo, instauraba el terror al suplicio del infierno y el purgatorio, eje esencial de los ejercicios que reprodujeron en la población los conceptos básicos de la religión católica: pecado, arrepentimiento, perdón y resurrección. En consecuencia, las inhumaciones se hacían en lugares sagrados y las posturas de los difuntos responderían a lo dispuesto para la salvación del alma: asumiendo una posición devota, con las manos cruzadas sobre el pecho y las piernas extendidas, el rostro orientado hacia el este, esperando la resurrección de Cristo en dirección al nacimiento del Sol.

En la Catedral y el atrio las osamentas articuladas permitieron definir la recurrencia de la posición de cúbito dorsal extendido, con algunas variaciones: la mayoría con las extremidades superiores cruzadas sobre el pecho, y en menor medida con las manos sobre el abdomen o la pelvis, y las extremidades inferiores extendidas en la inmensa mayoría de los casos, ubicadas algo separadas buscando mantener la posición



anatómica. En cuanto a la orientación de los cuerpos se registraron dos variantes: la mayoría con las extremidades inferiores en dirección hacia el altar (al sur) y un caso en posición contraria en el interior de la nave, orientada hacia la puerta del templo (el norte), tipo de sepultura en la que eran enterrados los eclesiásticos, aunque la determinación del sexo femenino para este caso (PV5C) (UE-59) podría estar indicando una persona de tránsito por la ciudad. El entierro PV6C (UE-61) localizado en el atrio, con los pies dirigidos al oeste, fue admitido como una solución de sepultura en condiciones de emergencia por eventos catastróficos, lo cual podía indicar que la posición de los cuerpos estuviese en relación a coyunturas imprevistas, al no cumplirse las disposiciones que establecían el entierro hacia la iglesia en sus zonas exteriores (Martín 2000b). Sin embargo, el cuidado con el que fueron realizadas las inhumaciones no es coherente con esta interpretación. Una mirada a diferentes contextos similares de época colonial temprana, mostró que estos patrones eran recurrentes, con pequeñas diferencias, en la América española (Tabla 3.2).

*Tabla 3.2. Comparación de información arqueológica de contextos funerarios hispanos, en época colonial temprana en América. Presentado por Martín (2002: 48).*

Características	La Florida (EE. UU)	Chile	México	Panamá	República Dominicana
<b>Localización</b>	Hospital de Nuestra Señora de la Soledad. San Agustín.	Catedral de Santiago. Templo del poblado Rey Don Felipe	Hospital real de San José de los Naturales. Convento de Santa Isabel.	Catedral y atrio.	Catedral de Santo Domingo.
<b>Posición del cuerpo</b>	Decúbito dorsal extendido.	Decúbito dorsal extendido.	Decúbito dorsal extendido.	Decúbito dorsal extendido.	Decúbito dorsal extendido.
<b>Orientación del cráneo</b>	este	este	este	este y oeste	No mención
<b>Orientación del cuerpo</b>	No mención	Pies hacia el altar	Pies hacia el Templo	Pies hacia el altar dentro de la	Pies hacia el altar y en dirección opuesta

				Catedral. Atrio: pies hacia el templo, el altar y dirección opuesta.	
<b>Postura extremidades superiores</b>	Cruzadas sobre el pecho y la pelvis.	Cruzadas sobre el pecho y la pelvis.	Cruzadas sobre el pecho y la pelvis.	Cruzadas sobre el pecho y la pelvis.	Cruzadas sobre el pecho y la pelvis.
<b>Postura extremidades inferiores</b>	Extendidas	Extendidas	Extendidas	Extendidas	Extendidas
<b>Mortaja</b>	Posible	Posible	Posible y alfileres	Posible y alfileres	Restos de tejidos
<b>Ataúd</b>	De forma rectangular en algunos casos	No presente	A partir del siglo xvii	No presente	Restos de madera y tachuelas decorativas
<b>Uso de cal</b>	Presente	Presente	Presente	Presente en algunos casos	Presente en algunos casos
<b>Otros</b>	Osamentas removidas	Osamentas removidas	No mención	Osamentas removidas	Remoción en osarios y criptas.

El análisis de la descomposición de los cuerpos, las posturas y las conexiones estrictas de las articulaciones, sumado a la frecuencia de alfileres en los estratos de enterramientos, sugirió el uso de la mortaja. Los alfileres fueron asumidos para asegurar la sábana en el arreglo de los difuntos, como parte del ritual y atuendo que simbolizaba la resurrección, a la vez que emulaba la sepultura sencilla de Cristo. La humildad por consiguiente debía reflejarse en la pobreza de la indumentaria o en su ausencia, no siendo frecuente estos elementos en el registro arqueológico colonial, excepto algunos relacionados con las creencias, como crucifijos y rosarios, los que no solo eran usados por los sacerdotes. Los fragmentos de hilos dorados y los pasamanos introdujeron cierta discrepancia para este comportamiento en los contextos investigados, al estar relacionados directamente con el ornamento en el vestido.

Los pasamanos encontrados fueron ubicados cronológicamente a mediados del siglo XVII, cerca al momento de ataque y abandono de la ciudad en 1671. En el interior de la Catedral y el atrio se asociaron en lo fundamental con vestimenta de uso femenino, lo que problematizó dicha austeridad, mucho más evidente en el atrio, donde también se admitieron como elementos de ostentación, vinculados a personas de nivel económico (Martín y Figueroa 2001: 220–223). En este último espacio eran enterrados los condenados por la moralidad cristiana, igualmente quienes carecían de recurso económico para acceder al interior de la iglesia, donde debía prevalecer una estratificación social con ubicaciones particulares. Dentro del horizonte casi homogéneo de las prácticas funerarias la evidencia sugirió cierta diferenciación social, reflejada en la materialización de los pasos que conformaban el rito funerario, mediante los elementos involucrados en la preparación del cuerpo, los accesorios que adornan las vestimentas y la posición de la fosa dentro y fuera del templo (Martín y Díaz 2000:86), (Martín 2002: 95). Igualmente, se le otorgó carácter simbólico a los rasgos problemáticos o cambiantes dentro del patrón funerario, entre ellos la posición contraria del individuo en el atrio, a partir de la connotación que tenía ser enterrado en ese espacio. Sin embargo, otros aspectos no quedaban claros para el ámbito simbólico o con alguna explicación en relación con el resto de los elementos, entre ellos se encontraban las variantes en las posiciones de las extremidades superiores y la orientación de los cráneos, lo que no dependía del sexo ni la utilización de ataúd, pero que se admitió como un aspecto normativo (Martín 2002: 100).

La frecuencia de restos óseos humanos y la perturbación de los entierros señaló la posibilidad del uso reiterado de los espacios de inhumación, el desplazamiento y la disposición arbitraria de cráneos y huesos largos mostraba un escenario en el que los esqueletos completos señalaban las últimas acciones de inhumación. Esto se hizo evidente en las excavaciones al sureste de la Plaza Mayor, con la identificación de

entierros reducidos y la superposición de las sepulturas, lo que permitía justamente asegurar la utilización del campo santo por algún tiempo. Sin embargo, la hipótesis de un cementerio temprano o el inicio de un templo luego trasladado fue descartada inicialmente, por una perspectiva que procuró priorizar el estudio diagnóstico de los artefactos y no las interfaces de la estratigrafía arqueológica, fechando los depósitos por el hallazgo de mayólica panameña del siglo xvii (Martín 2003–2004: 42). Más adelante la hipótesis tomó cuerpo con el estudio crítico de las teorías observacionales aplicadas en campo, la perspectiva arqueológica centrada únicamente en los artefactos para el establecimiento de las cronologías (Martín Rincón, comunicación personal 2017) y los antecedentes urbanos en las Antillas, en lo fundamental la fórmula ensayada en la plaza principal de Santo Domingo en la isla de La Española hacia 1502 (Durán 2005: 34).

Las sepulturas excavadas entre el 2003 y 2004 cumplieron asimismo con el patrón de enterramiento cristiano, aunque carentes de objetos en las tumbas. En ellas predominó la semiflexión de los brazos con las manos sobre las pelvis y solo dos casos mostraron los brazos flexionados sobre el tórax, con las extremidades inferiores extendidas hacia el este. El entierro 3 (UE-36) de la unidad 2, con los pies hacia el oeste, indicó la posibilidad de un individuo relacionado con la vida eclesiástica, aunque no pudo establecerse el sexo biológico. Las inferencias tafonómicas en el terreno y el hallazgo de algunos alfileres corroboraron la relación con la mortaja, particularmente en el entierro 10 de la primera unidad (Martín 2003–2004).

De manera general, la muestra obtenida en estos contextos marcó un predominio de adultos, adultos medio y adultos jóvenes, en lo fundamental del sexo femenino en la nave y atrio de la Catedral y masculino al sureste de la Plaza Mayor. Del punto de vista paleopatológico las respuestas óseas vinculadas con enfermedades, lesiones o comportamientos bioculturales, revelaron una población expuesta a eventos traumáticos

en el ámbito cotidiano y fuertes procesos de trabajo. El 50 por ciento de los individuos de época colonial, analizados por el proyecto de arqueología funeraria, presentó alguna anomalía ósea, y dentro de estas los marcadores de estrés musculoesquelético y enfermedad articular degenerativa fueron los más frecuentes, seguidos por los traumas y las infecciones. Desde una perspectiva ecologista, las enfermedades se admitieron como un indicador de estrés, como respuestas de los organismos a desequilibrios y cambios en el medio ambiente y la cultura. Entendiendo el individuo como dependiente de los cambios del entorno, pero también como agente activo y decisor de los comportamientos adaptativos en un contexto cultural determinado, que produce invariablemente huellas en el cuerpo (Martín, Rivera y Rojas 2009: 126–127, 121–134).

Aunque estas investigaciones avanzaron hipótesis de trabajo para futuros estudios, instrumentando un patrón con rasgos identificables y comparativos para las prácticas funerarias de época colonial temprana (siglos XVI y XVII), partieron de proyectos aplicados a las labores de conservación arquitectónica y rescate arqueológico en el sitio, aunque articulados por un programa de objetivos científicos. Por consiguiente, a las limitaciones en cuanto al estado de conservación y representatividad del material osteológico, los patrones funerarios, las condiciones medio ambientales y las transformaciones de los contextos (Rojas, Rivera y Martín 2011: 75), se suman las de carácter metódico y de registro, por los propósitos específicos que perseguían las excavaciones. Aunque esta carencia en parte fue solventada en el trabajo de laboratorio con el tratamiento de la información que avanzó el proyecto de arqueología funeraria prehispánica y colonial, desarrollado con subvención de Senacyt de Panamá. No obstante, los análisis macroscópicos no contaron con datos arqueométricos de restos óseos humanos de época colonial, como los estudios genéticos y de isotopía, con los cuales quedaría pendiente información contrastable acerca de los diferentes grupos humanos.

## **CAPÍTULO 4. Investigaciones 2017–2018: excavaciones arqueológicas en la nave y el atrio de la Catedral y sureste de la Plaza Mayor**

Como una parte fundamental de los resultados de las recientes investigaciones de campo, este capítulo explica la adecuación de las técnicas y los procedimientos de registro en correspondencia al método empleado para las excavaciones arqueológicas y la interpretación de la estratigrafía. Presenta las particularidades de las secuencias estratigráficas y la tafonomía de los rasgos y espacios funerarios, las materializaciones específicas del qué, cuándo y cómo de los patrones de interacción, observando las disímiles relaciones interfaciales. A partir de la temporalidad de algunos elementos constructivos en las unidades trabajadas, como las bases de cantería que sostenían las columnas de madera para la techumbre de la iglesia, y el estudio pormenorizado de las piezas numismáticas, se precisa la cronología de las secuencias relativas de los contextos, con lo cual se adelantan inferencias de carácter histórico. En el caso de las excavaciones al sureste de Plaza Mayor se brindan datos para la validación de la hipótesis del primer emplazamiento de la iglesia. Finalmente, el capítulo aproxima una comprensión de la formación de los diferentes depósitos, como aspectos significativos de la materialidad de la práctica funeraria, como las estrategias de inhumación y sus variaciones según la connotación de los espacios.

### **4.1 Investigaciones de campo**

Las características observadas en los depósitos, las frecuencias y cualidades del material recuperado en los trabajos anteriores, permitieron organizar las excavaciones atendiendo el propósito de obtener un conjunto representativo de los diferentes contextos funerarios, detectados en la Catedral y al sureste de la Plaza Mayor, e instrumentar los procedimientos para el registro lo más detallado posible de sus particularidades, como la secuencia estratigráfica y los aspectos tafonómicos.

Entre los meses de enero y marzo de 2017 fueron realizadas excavaciones en el interior y el atrio de la iglesia. En la parte noroeste de las naves, donde fue detectada la mayor profundidad del relleno por el declive del terreno hacia el oeste, muy cerca del pozo B10 abierto con resultados positivos en el año 2000, y en el atrio, donde se había dispuesto la trinchera ese mismo año. El área abierta en el interior tuvo inicialmente unos 11,7 m en el eje longitudinal de norte a sur, por 10 m de ancho de este a oeste, alejada 1,5 m de los muros situados al oeste y al norte. En este espacio fueron retirados los adoquines que cubren actualmente el piso y la arena gruesa de nivelación con unos diez centímetros de espesor, colocados en los trabajos de conservación integral mencionados en el capítulo anterior (Fig. 4.1). El geotextil que separa estos elementos constructivos del suelo arqueológico fue retirado en una franja de 5 m de ancho, en la vertiente oeste, dejando al descubierto un contexto donde fueron identificadas las primeras relaciones estratigráficas.



Figura 4.1. Área inicial en el interior de la Catedral, sin los adoquines, la arena de nivelación y el geotextil que cubría el piso.

La primera unidad de excavación denominada Panamá Viejo Catedral (PVCA-1) quedó finalmente en 5,90 m de largo de norte a sur y 5 m de ancho, en la parte sur del espacio sin geotextil (Fig. 4.1). La decisión de trabajar prácticamente un cincuenta por ciento del área inicial estuvo fundamentada en el tiempo disponible para su intervención y la previsible complejidad del contexto. La segunda unidad denominada Panamá Viejo Catedral (PVCA-2), corresponde al atrio con una superficie de 2,90 m de este a oeste y 2,50 m de norte a sur, al centro de la trinchera anterior, con el propósito de completar la muestra de este espacio con las osamentas que habían quedado a finales del año 2000 (Fig. 4.2 y 4.3).

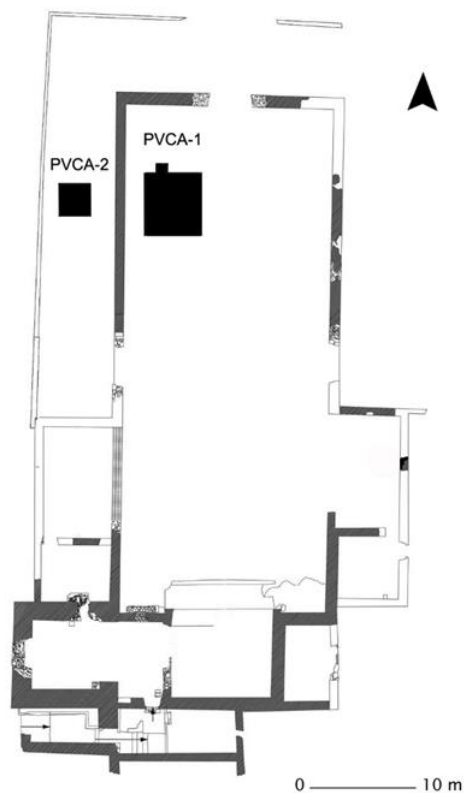


Figura 4.2. Plano de la Catedral con la localización de las unidades de excavación: PVCA-1 en la nave y PVCA-2 en el atrio.

En el retiro de los primeros elementos y estratos superficiales en PVCA-1 laboraron cuatro auxiliares de campo. Los niveles funerarios en el interior del templo y el atrio



fueron excavados y registrados con la participación de alumnos de la carrera de Antropología y Diseño Gráfico de la Universidad de Panamá. Las investigaciones de campo, incluyendo la segunda temporada al suroeste de la Plaza Mayor, fueron coordinadas por losvany Hernández, doctorando de la Universidad Pablo de Olavide, bajo la dirección general del Dr. Juan Guillermo Martín, de la Universidad del Norte, Colombia y el Dr. Tomás Mendizábal, de la Asociación de Antropología e Historia de Panamá.



Figura 4.3. Las excavaciones en la Catedral y el atrio vistas desde el ala norte de la torre, al final de la temporada 2017.

Las excavaciones al sureste de la Plaza Mayor fueron realizadas con cinco estudiantes de la carrera de Antropología de la Universidad de Panamá, y un auxiliar de campo, durante la estación seca en los primeros tres meses del año 2018. Todas las unidades fueron dispuestas alrededor del área funeraria excavada en el 2003 y 2004, en dirección norte, este y oeste, con el propósito de precisar los límites del depósito funerario y conocer las posibles variaciones de sus características. La primera unidad, abierta en el

sector norte, fue designada PVCA-3 coincidiendo con la nomenclatura utilizada, y en base a la hipótesis de trabajo acerca del primer emplazamiento de la Catedral. Se trataba de un área no trabajada en aquel entonces por la existencia de una calle de cantos rodados y concreto a base de cemento gris, la que fue retirada con equipo pesado tras su registro, abriendo un espacio de excavación de 5 m de ancho de norte a sur y 6 m de este a oeste. Dentro de estos límites se hicieron dos calas en las esquinas sureste (3C) y suroeste (2C) de la unidad, con la intención de conocer la profundidad del estrato arenoso de la costa, evidenciar posibles depósitos prehispánicos y tomar muestras de la roca sedimentaria (coquina).

En la vertiente oeste de las antiguas excavaciones se inició una cala (1C) de 2 m de largo y 1 m de ancho, luego ampliada a 5,8 m de este a oeste y 4,25 m de norte a sur, por el hallazgo de un enterramiento en un sustrato arenoso a unos cuarenta y cinco centímetros, denominándose la unidad PVCA-4. En su esquina sureste se amplió una cala (6C) de 2 m de largo por 1 m de ancho en dirección sur, con la que fue comprobado el declive del terreno por la proximidad de la línea de costa. A dos metros del borde en la esquina noroeste, con una separación equitativa de un metro se hicieron sendas calas exploratorias, las 4C y 5C, con 2 m metros longitudinales de este a oeste y 1 m de norte a sur, respectivamente, requeridas para delimitar las transformaciones del espacio y la continuidad del área de enterramientos en ese sector. La última cala (7C) se hizo a unos 5 m del borde oeste de la unidad, con 2 m de norte a sur y 1 m de este a oeste. La unidad PVCA-5 se emplazó en la parte este con una amplitud de 7 m por 7 m, un área cubierta anteriormente por una edificación doméstica, excavándose efectivamente los 6 m lineales de su porción sur (Fig. 4.4 y 4.5).

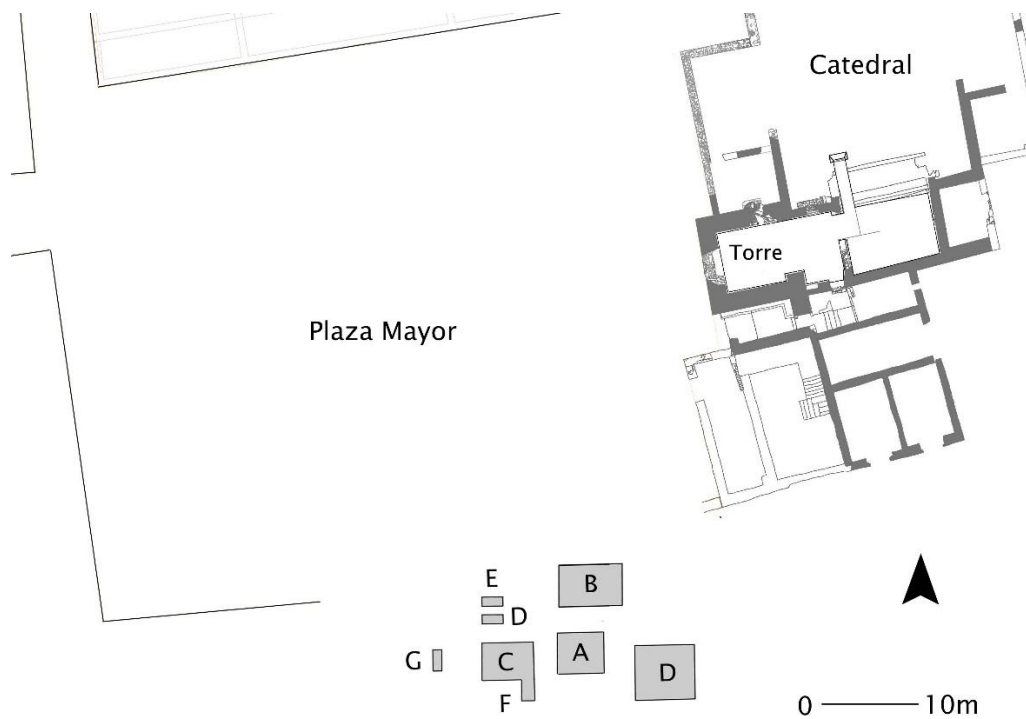


Figura 4.4. Localización de las unidades de excavación de 2018 en torno al área trabajada en el 2003 y 2004 (A). B- PVCA-3, C-PVCA-4, D y E calas 4 C y 5C respectivamente, F- cala 6C, G- cala 7C y D-PVCA-5.



Figura 4.5. Vista aérea de las excavaciones de 2018 al sureste de la Plaza Mayor, tomada con dron desde el lado norte al culminar la temporada.

#### 4.1.1 Ajuste de los procedimientos de registro

En las excavaciones se trabajó el método de área abierta, con un protocolo observacional a partir de los principios harrisianos, basados en la unidad estratigráfica (UE) como rasgo mínimo y el registro en planta sin la necesidad de testigos verticales (Harris 1991:121–145). Dentro de esta perspectiva la identificación de las interfases –cortes o superficies– es fundamental para el establecimiento de la secuencia de acciones materializadas en el depósito, siendo necesaria la atención pormenorizada al comportamiento y asociaciones horizontales de los rasgos y sus relaciones verticales, para detallar las diferentes secciones planimétricas (Carandini 1997: 66–70) (Roskams 2001: 153–160).

La imposibilidad de observar, a partir de los perfiles, los rasgos relacionados con los cortes de las fosas de las sepulturas, era una cuestión significativa advertida en las investigaciones precedentes (Martín 2000a y b), que limitaba el propósito de establecer la secuencia estratigráfica de las unidades en un espacio limitado, mostrando múltiples relaciones provocadas por el uso reiterado (Duday 2000: 120–121), como en el caso de las naves de la Catedral de Panamá Viejo. En estos contextos el grado de complejidad se manifiesta en una mezcla heterogénea de acontecimientos, donde los últimos eventos reconocibles están materializados en los entierros más completos. En base a este discernimiento, la posibilidad de establecer una secuencia relativa y determinar acciones en el espacio y en el tiempo, depende del establecimiento de las interfaces de las tumbas inalteradas o con escasa alteración, que permiten no sólo plantear la secuencia sino explicar las particularidades mortuorias en diferentes nichos.

El procedimiento, por consiguiente, se fundamentó en la conceptualización de cada superficie, en la cual descansaba el conjunto de entierros primarios a un nivel, como una interfaz de uso o momento de utilización del espacio en un período específico,

atendiendo por separado el depósito (relleno) y el material óseo, como unidades propias con sus tipos de relaciones específicas (Harris 1991: 92–99) (Brown y Harris 1993: 10–11). No obstante, la individualización de cada sepultura, en relación a la inferencia de sus cortes o interfaces, quedó registrada por un sistema de cotas que incluyó medidas de al menos tres puntos en cada entierro: cabeza o cintura escapular, cintura pélvica y pies, según el grado de perturbación y conservación, lo que permitió conocer la configuración del piso en el cual fue depositado el cuerpo, su integración dentro del contexto de actividades funerarias y algunos aspectos tafonómicos, tales como el tipo de fosa y su relación con la postura del entierro (Tiesler 1993: 15) (Duday 2000: 116).

Para la identificación de períodos, en tanto formaciones diversas por la inhumación en un mismo lugar, se siguieron los argumentos de Harris (1991:100) para atender las superficies compuestas, equivalentes a la suma total de las interfaces que fueron niveles de uso coetáneos. Esto implicó un análisis de las relaciones verticales entre los elementos interfaciales del conjunto de niveles que conformaban el depósito, producidas por acciones heterogéneas o un conjunto de ellas en diferentes momentos. El discernimiento proporcionó la oportunidad de inferir múltiples cortes entre sepulturas a varias profundidades, donde las no perturbadas por una posterior mostraron las particularidades de cada nivel. El uso de distintas profundidades, y niveles específicos, fue asumida como parte de la estrategia de enterramiento condicionada por factores sociales, que materializó en el depósito fases estacionales de uso.

La conformación de planimetrías compuestas, a partir de perspectivas equivalentes, han ofrecido secuencias de carácter multilineal: acciones separadas en el espacio que han sido graficadas y simplificadas en matrices estratigráficas, cuando los vínculos físicos entre los rasgos son coherentes y han sido determinados en el momento de las excavaciones (Bibby 1993: 105–110) (Triggs 1993: 250–251). Se trata de la oportunidad

de conseguir un conjunto de datos que no es posible restituir en los trabajos posteriores de laboratorio. Desde la bioantropología Duda (2000:121) propone para este momento la identificación de los aspectos que caracterizan las posiciones iniciales de los cuerpos – relaciones de primer orden– como un aspecto básico e indispensable para solucionar la problemática de la cronología relativa en contextos complejos, de manera que la lectura estratigráfica y tafonómica van de manera paralela.

La secuencia de los depósitos y el material cultural asociado, se documentó de manera gráfica y alfanumérica, a través del dibujo a mano alzada de las plantas de las áreas excavadas a escala de 1:50, situando en ellas los elementos que permiten avanzar explicaciones sociales del área de actividad funeraria. La ubicación tridimensional de los elementos en cada sección planimétrica se realizó por nivel óptico, estableciendo un punto arbitrario en altura y distancia respecto al área de trabajo. Los datos consignados en los dibujos de las plantas fueron sistematizados mediante planilla de registro de nivel, que acopió la información asignando un número secuencial a cada lectura en el terreno, con los datos respectivos. También se realizó una serie fotográfica digital de cada planimetría, atendiendo los detalles de las relaciones, con la que fue posible realizar secciones mucho más puntuales por medio de la fotogrametría. Ambos registros fueron georreferenciados a partir de puntos conocidos con valores geodésicos generales del lugar, relacionando por medio de la trigonometría, puntos de referencia en los límites de las áreas de trabajo. Este procedimiento generó una secuencia de plantas y planos, a medida que avanzó el proceso de excavación, y que representa la conformación física del depósito y su dimensión temporal (Harris 1991: 97–99).

La documentación gráfica fue complementada con los datos de las UE, controladas por números consecutivos que permitieron conocer el estado del registro. Los datos fueron ordenados básicamente por una ficha que orienta el registro en correspondencia

al tipo de unidad –depósito, interfaz o elemento arquitectónico–, pautando la descripción que requiere cada una de estas instancias. La ficha establece las relaciones físicas de cada UE respecto a las antecedentes y sucesivas en un pequeño diagrama, dejando constancia de su lugar específico en la secuencia, lo que incluye un croquis como constancia gráfica. La cronología relativa fue detallada por la propia secuencia con apoyo en la documentación histórica de archivo y el material cultural artefactual, aunque este último resulta poco relevante en este sentido para un espacio con perfiles temporales muy acotados. Los aspectos observacionales que propone la ficha de registro de UE, aunque parten de la revolución que produjeron los principios de estratigrafía arqueológica y la implementación de la matriz (Harris 1991:158–162) (Trócoli 1993:51–52), han sido desarrollados por el Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, para la interpretación de contextos urbanos en la antigua ciudad a partir del año 2000, entre los que se encuentran las áreas funerarias de las iglesias (Arrazcaeta 2002: 20–22), (Rodríguez 2007: 104–105), (Rodríguez y Hernández 2008: 123–125).

De forma paralela al inventario estratigráfico fueron registrados los aspectos relativos a la organización de los vestigios en cada nivel, con la introducción de una ficha que informó acerca de los gestos funerarios, las prácticas sepulcrales y postsepulcrales, resultado de acciones intencionales, como la preparación del cuerpo y sus relaciones materiales en el cementerio, además de las alteraciones tafonómicas que provocaron los desplazamientos y reducciones de osamentas en los entierros, en este caso entendidas y explicadas como parte de la formación de los depósitos (Knusel y Robb 2016: 656). El enfoque tafonómico se dirigió a la recuperación de la posición original de las sepulturas primarias, atendiendo la orientación, posición y conexión de cada articulación anatómica de los esqueletos, sus dimensiones, orientación general en el contexto y las relaciones con los demás elementos u objetos en la sepultura. El protocolo examinó las primeras



aproximaciones del sexo y la edad, estados de conservación y representatividad de los huesos, las huellas de las alteraciones, la forma de la descomposición de los cuerpos y los diferentes efectos de compresión. El conjunto de determinaciones siguió los aportes metodológicos de O´Shea (1984: 24–31), en cuanto a los procesos de formación de los contextos arqueológicos, y a Duday (1997: 93–124) para el trabajo conjunto de la antropología biológica en campo y la arqueología de la muerte, esencialmente en depósitos múltiples; principios adaptados y modificados por Gregory Pereira (2002, 2007) para el análisis tafonómico en campo y aplicados al estudio de diferentes escenarios sepulcrales en Panamá Viejo. Posibilitando la contrastación de la información obtenida con las investigaciones anteriores, sobre una base metodológica sistemática y coherente.

El rápido deterioro del material óseo excavado, en detrimento de su representatividad y las posibilidades de análisis en el laboratorio, fue un inconveniente reconocido en los procesos investigativos de los contextos coloniales en el Sureste de la plaza Mayor y la Catedral, aunque la conservación de los huesos humanos difiere notablemente entre lugares relativamente cercanos en el sitio, bajo condiciones similares de acidez del suelo y humedad (Martín, Rivera y Rojas 2009: 128). El agua es un factor crítico que incide negativamente en la preservación de las osamentas, incrementando el deterioro en los suelos con tendencia ácida, como en el caso de Panamá Viejo, donde además el régimen de precipitaciones en los meses de mayo a noviembre alcanza un promedio anual entre 1801 y 2100 mm, con un período relativamente seco de diciembre hasta abril (ANA 2010: 25, 29).

Nawrocki (1995: 51–52) puntualiza que a nivel molecular el agua hidroliza las proteínas del colágeno en los módulos polipéptidos más pequeños, desgarrando los enlaces de minerales y proteínas, para una rápida degradación de los tejidos del hueso.



Otro factor significativo es la exposición prolongada a la luz solar y las evaporaciones aceleradas, que inciden en la degradación durante los procesos de excavación, lo cual obligó el uso de cubiertas para el trabajo a la sombra en las dos temporadas de campo. Asimismo, el proceso de descubrimiento de los entierros se realizó con pequeño instrumental de madera y acero, según el grado de compactación del suelo, con el registro ininterrumpido y simultáneo en varias osamentas, logrando un tiempo corto de exposición del material, al tener presente las variadas durabilidades que pueden tener los huesos en dependencia de la edad de los individuos, siendo los infantes, los subadultos y los adultos de edad avanzada los más vulnerables (Nawrocki 1995: 53) (Tiesler 1997b: 78) (Martínez, Arredondo, Rodríguez y Díaz 2011:45-46).

#### 4.2 Resultados estratigráficos: nave de la Catedral

Luego de retirar el geotextil del área inicial de excavación en el interior de la Catedral (PVCA-1), fueron identificadas dos bases de forma cuadrangular en la parte central, alineadas paralelamente a los muros laterales del inmueble y construidas de piedras irregulares, fragmentos de ladrillos y argamasa. Un tercer fragmento de basamento afloró en la parte sur del área, indicando un sistema de cimentación, perteneciente a cambios significativos en la última etapa constructiva del edificio. No fue posible retirar estas bases de mampostería, permaneciendo en el ámbito de la excavación. La UE-1011 correspondiente al cimiento en la parte norte midió en superficie 1,4 m por 1,49 m, el localizado al centro (UE-1008) presentó 1,7 m por 1,7 m y en la parte sur, el fragmento (UE-1013) midió 1,7 m de este a oeste y unos 0,50 m de norte a sur. La distancia entre las bases también en superficie fue de 2,7 m entre UE-1011 y UE-1008, y 3,1 m entre UE-1008 y UE-1013. Los cortes ejecutados para su colocación fueron algo cóncavos y afectaron todos los estratos del depósito hasta la roca sedimentaria, determinando superficies de apoyo más estrechas a profundidades de 1,2 m en el cimiento al sur (UE-1013) y 1,1 m en el localizado al centro (UE-1008).

Las huellas de este sistema habían sido advertidas durante las investigaciones del año 2000, al retirar las bases de cemento gris que lo cubría (Martín 2000a). El examen de las características constructivas de dos de las bases evidencia definitivamente su utilización como cimentaciones, descritas por Requejo (1908: 29) en 1640 para el soporte de las columnas de madera que sostenía la estructura del techo de las naves. Su establecimiento puede fijarse en el año 1626, cuando las funciones religiosas fueron trasladadas a la Compañía de Jesús para la terminación de la fábrica de la iglesia, de manera que los entierros afectados por los cortes para colocarlas son anteriores a esta fecha. En el área también fueron identificados tres colores diferentes de tierra en superficie, con disposiciones longitudinales en sentido norte-sur. Un color marrón 7.5 YR 4/2 (comparación en seco)<sup>53</sup>, se localizó en todo el perfil oeste bordeando el área, siendo más evidente hacia el extremo noroeste donde alcanzó 1,8 m de ancho. Es un relleno (UE-1003), posterior a UE-1001, no retirado en las excavaciones (Fig. 4.6). En la parte oeste la UE-1001 fue conformada por un relleno, medianamente compacto, de color marrón oscuro 7.5 YR 3/2 (comparación en húmedo), con abundantes evidencias de elementos constructivos: piedras medianas, fragmentos de ladrillos, tejas acanaladas y fragmentos de conglomerados de argamasa de arena y cal. Está localizado a lo largo de la sección entre UE-1003 y UE-1002 (Fig. 4.6), con un ancho variable de 2,5 m al norte y 1,9 m al sur, siendo posterior a UE-1002, secuencia que fue comprobada en el límite interfacial que las separa. Este estrato, como los demás trabajados en el depósito, incluyó restos culturales muy fragmentados que fueron redepositados como parte de los rellenos, coherentes cronológicamente con los dos primeros siglos coloniales, entre ellos cerámica, clavos forjados en hierro para el uso constructivo, conchas de bivalvos

---

<sup>53</sup> Todas las determinaciones de color se hicieron en Munsell soil-color charts de 2012.

marinos, además de huesos humanos sueltos, y en la parte sur fue localizado un cráneo desarticulado (UE-1023).

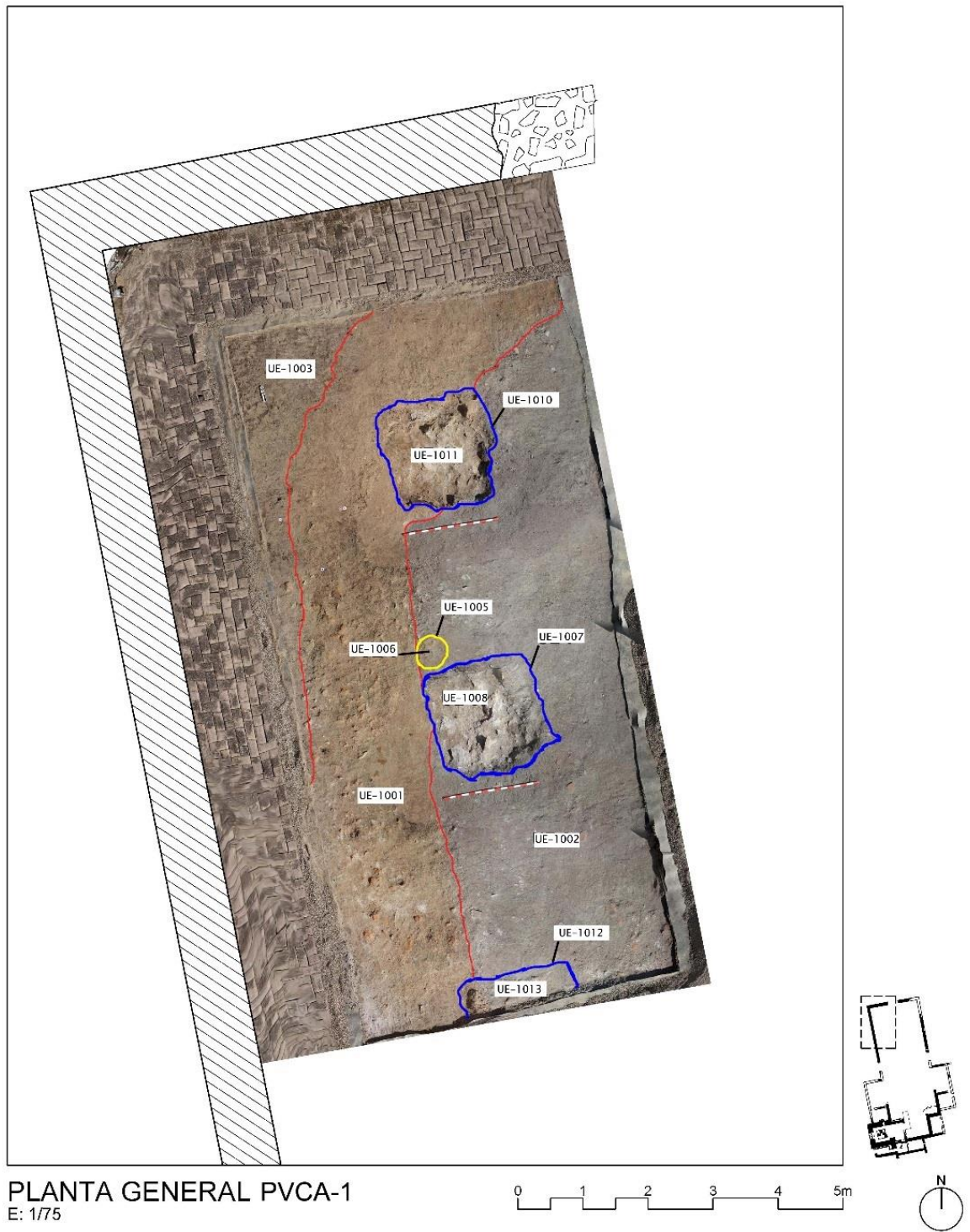


Figura 4.6. Ortofoto del área inicial PVCA-1 en el interior de la Catedral, donde están señaladas las primeras UE y los límites horizontales entre las mismas. Se pueden apreciar los evidentes

contrastes de color entre los rellenos (UE-1001, 1002 y 1003) que antecedieron la colocación de las bases.

El hallazgo de un pequeño fragmento de Loza Industrial Inglesa, de la variante Loza Perla, con una cronología de producción aproximada entre 1780 y 1840, y un clavo industrial del tipo producido con posterioridad a 1850 (Hume 1969: 238), muestran cierta exposición del área desde el siglo XIX, efectivamente por la ausencia del piso original de ladrillos. Aunque la intrusión fundamental sucedió para la segunda mitad del siglo XX, cuando algunos materiales consiguieron infiltrarse al interior del estrato, entre ellos destacan tres monedas: un centavo Dólar de 1951, y dos centavos de Balboa de la República de Panamá de 1961 y 1966 respectivamente, además de dos anillas de aluminio, abrelatas característicos de la segunda mitad del siglo XX.<sup>54</sup>

Un corte de forma circular (UE-1005), ubicado en la esquina noroeste del cimiento UE-8, presentó 0,30 m de diámetro y 0,27 m de profundidad, se trata de una huella de poste con fondo cónico e interfaz en la UE-1002, rellena (UE-1006) con el mismo tipo de matriz utilizado en la UE-1001: similar color, textura y granulometría, señalando la contemporaneidad de estas acciones y su posible pertenencia a la estructura de madera de la Catedral. En el lado este la UE-1002 se extendió de norte a sur, otro relleno medianamente compacto con un ancho promedio de 3,36 m en la porción excavada, y color gris oscuro 10 YR 3/1 (en húmedo), sin contacto físico con UE-1003, al menos en el espacio observado, siendo junto a la UE-1001, los primeros estratos cortados –por las interfaces UE-1012, 1007 y 1010– para colocar las bases (UE-1011, 1008 y 1013).

---

<sup>54</sup> Otros elementos son: dos pedazos de peine de color negro, seis trozos pequeños de cables eléctricos, una etiqueta de goma de un taladro eléctrico, fragmentos de alambres de hierro y tubería de plástico, además de dos chapas de tacones de zapatos altos de mujer.

La UE-1001 alcanzó una profundidad promedio de 0,11 m hasta un nivel muy regular, registrado como UE-1004, con evidentes cambios en su composición: mayor compactación y un color marrón oscuro grisáceo 10 YR 4/2 (en húmedo). En la UE-1004 el material se encontró perturbado, con alta frecuencia de huesos humanos y cráneos desarticulados, de los cuales fueron extraídos un total de diez.<sup>55</sup> También escasos elementos materiales recientes pudieron pasar a este nivel: un clavo industrial semejante al encontrado en la UE-1001, dos pedazos pequeños de forros de cable eléctrico y un fragmento de goma de color negro. Los materiales de época colonial redepositados comparten las características temporales y cualitativas del estrato anterior.

En la parte central del estrato fueron halladas una moneda de plata y una medalla devocional fabricada en aleación de cobre. La moneda muestra un notable deterioro en uno de sus lados, con 2,4 cm de diámetro y 0,1 cm de grosor, clasificada según su tipología para el período potosino entre 1573 y 1651, antes de que el diseño cambiara a la segunda variante tipológica por el descubrimiento y penalización del fraude de Potosí (Jiménez 2011: 30-32) (Arellano, Castro y Chancay 2012: 16-17) (Fig. 4.7).<sup>56</sup> La medalla está dedicada a los cinco santos canonizados por Clemente X el 12 de abril de 1671, quien asumiría el puesto un año antes.<sup>57</sup> Este objeto religioso debió estar relacionado con alguna sepultura alterada (posiblemente UE-1051, 1052 o 1054) para la inhumación de los entierros localizados en la interfaz UE-1081, correspondiente a la franja que

---

<sup>55</sup> A los cráneos desplazados les fue asignado un número de UE y aparecen en la secuencia estratigráfica como parte de los depósitos en los cuales fueron encontrados.

<sup>56</sup> Las monedas del período colonial fueron dictaminadas por Rebecca O. Linsuaín, especialista en numismática del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

<sup>57</sup> La medalla devocional se describe en detalle en el siguiente capítulo, puesto que lo significativo para la comprensión de la secuencia estratigráfica y temporal del depósito es el momento cronológico de su emisión, sujeto a la canonización de los cinco santos.

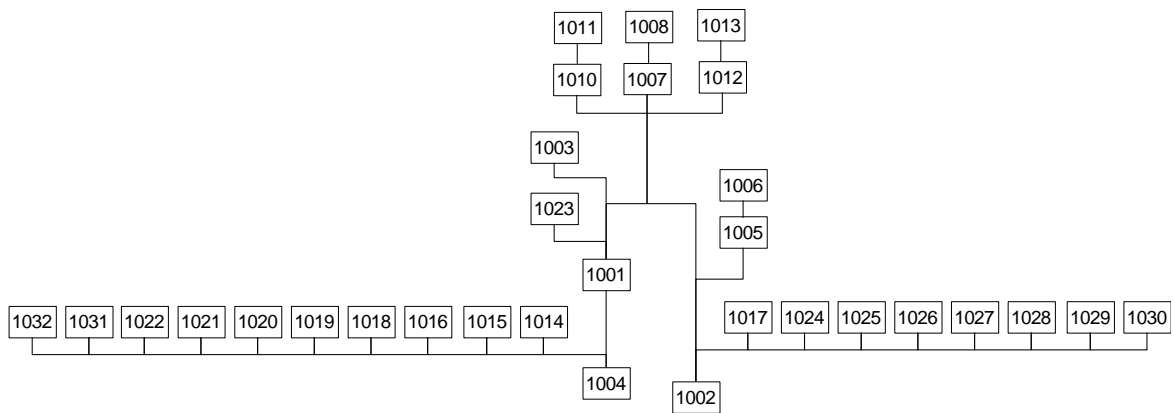
cubría la UE-1004 (UE- 1048, 1050 o 1044). Lo que señala el uso tardío de este espacio, posterior a la destrucción de la ciudad por el ataque pirata entre enero y febrero de 1671.



Figura 4.7. Moneda localizada en la UE-1004, en mal estado de conservación en su anverso (a la izquierda), perteneciente a la primera tipología de las monedas coloniales acuñadas en Hispanoamérica.

La UE-1004 se extendía en el área que cubría la UE-1001, como una continuación sucesiva de los diferentes eventos que alteraron esta parte de la Catedral, hasta alcanzar una profundidad promedio de 0,25 m, donde las diferencias de color en el sustrato y el hallazgo de los primeros cráneos articulados, evidenciaron la proximidad del primer nivel de enterramientos (UE-1009), lo que motivó la extensión del área 1 m en forma de cala en el extremo noroeste, para descubrir el entierro UE-1045, suspendiéndose posteriormente la excavación de ese lado, para proceder a rebajar la UE-1002. Este último estrato tuvo un color gris oscuro 10YR 3/1 (en húmedo) y una compactación variable, pasando de alta a media en algunos lugares. Algunas evidencias mostraron un comportamiento semejante a la UE-1001, relativo a su exposición desde el siglo XIX, y una significativa infiltración de materiales de la segunda mitad del siglo XX, explícita en el hallazgo de cinco clavos industriales, dos monedas contemporáneas: una de diez centavos de Balboa de 1953 y cinco centavos Dólar de 1955, y tres abrelatas del tipo identificado en la UE-1001.

Desde los primeros momentos el contexto mostró una mezcla de materiales constructivos con huesos humanos y ocho cráneos desplazados (Gráfico 4.1); igualmente restos de época colonial, entre los que destacan dos monedas de plata de la segunda mitad del siglo XVII, halladas entre los 0,10 m y 0,12 m de profundidad, con 2,2 cm y 2,1 cm de diámetro por sus vértices más anchos, y 0,2 cm de grosor respectivamente (Fig. 4.8).



*Gráfico 4.1. Secuencia estratigráfica hasta los depósitos UE-1004 y UE-1002, donde se advierten de manera horizontal los cráneos desplazados.*



Figura 4.8. Monedas por sus dos caras, recuperadas en la UE-1002. A la izquierda ejemplar de la tipología I, que llega hasta los primeros años de la segunda mitad del siglo XVII. A la derecha de tipología II, acuñada en Potosí.

La de tipología I puede pertenecer tanto a la ceca de Lima como a la de Potosí, con un rango cronológico de 1565 hasta 1658 en el primer caso, y de 1573 hasta 1651 en el segundo, momento en el que cambia la tipología. La segunda moneda fue acuñada en Potosí, posterior al fraude finalizado en 1651, con Antonio de Ergueta de Ensayador, quien sucedió a Rodas entre 1649 y 1652, por lo que pertenece a la tipología II. La fecha específica de emisión es 1662, validada por los dos dígitos de su acuñación (Rosa y Arrazcaeta 2004: 19–21) (Arellano, Castro y Chancay 2012:3–5).

#### 4.2.1 Primera superficie de sepulturas

El encuentro con la UE-1009, advertida mientras se rebajaba la UE-1004, sucedió a un nivel entre los 0,24 m y los 0,29 m desde la superficie de UE-2, mostrando su presencia extensiva en toda la unidad. Se trata de un depósito muy bien conservado, sin inclusiones de elementos contemporáneos y alta compactación, peculiaridades que mantendrán los siguientes estratos. Manifestó alta frecuencia de huesos humanos desarticulados y treinta y dos cráneos desplazados, de los cuales veintiocho se encontraban cerca de la superficie del estrato, además, material cultural redepositado mezclado con fragmentos de ladrillos, tejas, piedras y conchas marinas, en un sustrato color marrón 7.5 YR 4/2 (en seco), fundamentalmente en el lado este, mientras que en el oeste predominó una tonalidad de color marrón más claro 7.5 YR 5/4 (en seco).

EL contraste observado en la superficie de las dos áreas responde a los diferentes rellenos que la cubrían, UE-1001 por el lado oeste y UE-1002 en el este, no obstante, se trata de un mismo estrato compuesto por un único relleno. Entre los restos culturales resalta una moneda de plata de Medio Real, localizada cerca del entierro UE-1057. La pieza tiene un diámetro 1,5 cm y un grosor 0,1 cm, y es imposible por el desgaste de sus campos precisar con seguridad la ceca que la produjo ni el Ensayador. El evidente diseño de escudo coronado, aunque no es totalmente visible, y el monograma del rey



Felipe II (PVS) superpuesto en el anverso, la sitúan cronológicamente en la segunda mitad del siglo XVI (Arellano, Castro y Chancay 2012:12-13) (Fig. 4.9).



Figura 4.9. Moneda de Medio Real por sus dos caras, localizada en la UE-1009 próxima al entierro UE- 1057.

Durante la excavación de la UE-1009 fueron documentados trece entierros primarios y dos reducidos, que descansaban en una superficie coherente (interfaz UE-1081), en lo relativo a la profundidad de las sepulturas, con una diferencia promedio de 0,07 m. De manera invariable los entierros primarios fueron inhumados en fosas simples, inferidas por la recurrencia de las posiciones de los esqueletos, pues en ningún momento fue posible reconocer los cortes que delimitaban sus perfiles. Esta limitación fue una constante en las excavaciones, a pesar de que la perspectiva estratigráfica estuvo centrada en la identificación de las interfaces, como los elementos que pautan la secuencia de un depósito. Una comparación entre las cotas de profundidad de los cráneos, las pelvis y las extremidades inferiores de las osamentas más completas, como en el caso de las UE-1042, 1043, 1047, 1050, 1051, 1052 y 1057, reveló que las diferencias promedio, en el orden de los 0,05 m y 0,06 m, favorecieron la altitud de los cráneos y las extremidades, señalando la disposición de los cadáveres en fosas individuales cóncavas.

La reducción del entierro UE-1054 (cráneo y huesos largos), al oeste del cimiento UE-1008, está relacionado con la inhumación de UE-1044, igualmente UE-1055 fue

reducido para efectuar el entierro UE-1049, y luego este fue parcialmente alterado por la fosa de UE-1047. En la vertiente noreste de la sección la UE-1043 se encontraba encima de UE-1057 con una separación muy delgada de tierra, cubriendo el esqueleto hasta la altura del tórax, secuencia que debió ocurrir en eventos contiguos, puesto que UE-1057 no estaba perturbado (Fig. 4.10).

El cráneo del entierro UE-1043, localizado en la esquina noreste de la unidad, fue hallado cubierto con un lebrillo fracturado de cerámica ordinaria<sup>58</sup>, usado como útil sanitario en el ámbito doméstico (Prat 1980: 49) (Deagan 1987: 52); esta situación atípica, no observada en contextos funerarios en Panamá Viejo (Martín 2000a y b, 2002, 2009; Martín y Díaz 2001; Pereira 2002; Martín, Rivera y Rojas 2008 y 2009; Rojas, Rivera y Martín 2011), está asociada con el corte (UE-1007) para la colocación del cimientado de mampostería (UE-1008), al considerar su profundidad, proximidad y el hecho de que el cráneo se encontraba alterado, faltándole los huesos del lado derecho (Fig. 4.11). Lo que sitúa esta sepultura, y las que le subyacen, anterior a 1626, al considerar la cronología de la mencionada moneda hallada muy cerca del entierro UE-1057, localizado debajo de UE-1043, y el momento en que las bases de cantería fueron construidas.

En la parte central de la unidad la sepultura UE-1053 y en menor medida UE-1049, fueron cortadas por una fosa simple para enterrar el cuerpo de UE-1047, algo semejante ocurrió en el extremo oeste, donde UE-1050 cubría parcialmente los huesos correspondientes al miembro inferior derecho de UE-1052, un entierro muy perturbado que sólo conservó en posición anatómica parte de la pelvis y los huesos largos de las piernas.

---

<sup>58</sup> El lebrillo tiene forma abierta, con unos 35 cm en la circunferencia del borde y 17 cm en la base, de pasta granulosa color amarillo rojizo 7.5YR 7/6 en Munsell. En el interior mostró huellas de vidriado delgado a base de barniz estannífero color blancuzco muy opaco y deteriorado.





Figura 4.10. Ortofoto de la UE-1081 con la numeración de los primeros enterramientos documentados. Donde se han señalado los reducidos.

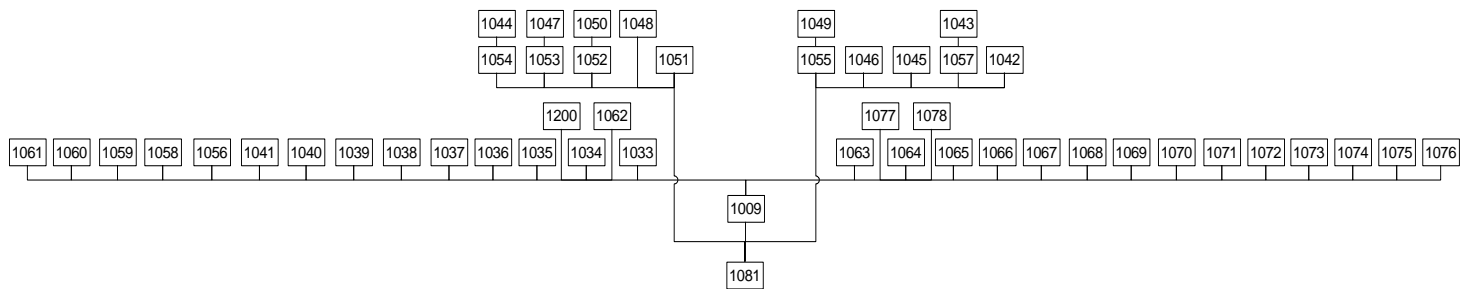




Figura 4.11. Entierro UE-1043 aún en proceso de excavación. A la izquierda, cuando le fue retirado el lebrillo, y a la derecha descubierto de la tierra que lo cubría. Obsérvese la proximidad del cemento y la ausencia de buena parte de los huesos craneales.

En la zona sureste, el entierro UE-1051 estuvo representado únicamente por un torso, lo que presupone que UE-1048 es posterior, al encontrarse adyacente con mayor conservación, invadiendo parte de lo que sería la sepultura anterior, aunque no se pudieran establecer relaciones físicas directas entre estas dos unidades.

Las últimas inhumaciones en esta superficie están representadas por los entierros UE-1043, 1044, 1047, 1048, 1049 y 1050, existiendo certeza en que al menos UE-1043 y su antecedente UE-1057, son previas a 1626 (Gráfico 4.2). En el nivel UE-1009 fueron hallados unos treinta y dos cráneos desplazados, una situación significativa si se tienen en cuenta los dieciocho encontrados en el nivel anterior y el número de entierros registrados en la primera interfaz de sepulturas (UE-1081). Evidencia del grado de perturbación existente en los entierros de los niveles más profundos, a los cuales deben pertenecer la mayoría de los cráneos, pasando a los niveles más superficiales por el proceso de inhumación.



*Gráfico 4.2. Secuencia de las relaciones estratigráficas del depósito UE-1009 e interfaz UE-1081.*

#### 4.2.2 Segunda superficie de sepulturas

El siguiente estrato (UE-1080) marcó una diferencia sustancial no sólo en lo referente a la alta frecuencia de huesos humanos sino también a la complejidad del depósito, con rasgos que señalan el uso intensivo de este nivel. El material redepositado manifestó una mayor frecuencia, muy fragmentado y mezclado con restos de ladrillos, tejas, pequeñas piedras y conchas marinas, en un sedimento de color marrón 7.5 YR 4/4 (en seco), muy homogéneo en toda la sección. Al noroeste, en la pelvis derecha del entierro UE-1139 fue hallada una moneda de plata que no brindó información por su estado de deterioro. La superficie de uso (UE-1146), en la que descansaban los entierros, se ubicó a una profundidad promedio de 0,42 m, proporcionando a la UE-1080 un grosor entre los 0,10 m y los 0,17 m. Espacio en el que fueron recuperados cuarenta y tres cráneos desarticulados, catorce de ellos en la misma interfaz o superficie de uso, y veintiocho enterramientos y partes de estos, todos de alguna manera alterados. Las fosas de peculiaridades cóncavas fueron registradas en los entierros UE-1085, 1088, 1139, 1145, 1121 y 1122, mientras que otras no mostraron diferenciaciones en este sentido, como la UE-1097 y 1130, y en UE-1141 la pelvis estuvo levantada por escasos centímetros respecto al resto. En la mayoría de los casos esta inferencia no fue posible, por la insuficiente representación de algunas osamentas, consideradas para el entendimiento de la secuencia estratigráfica.

De los entierros levantados sólo la UE-1141, con un desnivel atípico, no tuvo registros óseos significativos en su vertical con la interfaz precedente inmediata, es decir la UE-1081. Este entierro primario sin cráneo al suroeste de la unidad, fue inhumado perturbando los estratos anteriores. Esta observación permite estimar que UE-1126 y UE-1127, dos registros ubicados al norte de UE-1141, integran las últimas acciones sepulcrales en este nivel. Las relaciones físicas establecen que UE-1127, dispuesto después de UE-1141, fue cortado por la parte de la pelvis para enterrar el cuerpo del individuo UE-1126, quedando en posición anatómica los huesos de sus extremidades inferiores (Fig. 4.12). Las correlaciones verticales respectivas del resto de los entierros en UE-1146 con la interfaz anterior UE-1081, están signadas en la práctica por la utilización de transectos para el ordenamiento de las inhumaciones de norte a sur, motivando que los registros en las dos superficies presenten correspondencia en disposiciones longitudinales.

En la sección llama la atención la superposición de algunos entierros con pocos centímetros de separación, un rasgo que había sido observado al noreste de la interfaz UE-1081, pero determinando en este nivel mayor intensidad a partir de diferentes relaciones físicas y yuxtaposiciones en el plano horizontal. Igualmente, se observó conglomeración y desplazamiento de huesos y cráneos pertenecientes a varios individuos, producidos por acciones repetidas en el tiempo que despejaron el terreno para las nuevas inhumaciones, pues se ubican al sur de cuatro sepulturas: UE-1103, 1096, 1097 y 1099, escenario no estimado en la categoría de entierros reducidos (Fig. 4.13). Algunas de estas labores sucedieron cuando algunos cadáveres no se habían descompuesto totalmente, de manera que algunos miembros removidos se conservaron articulados cuando aún tenían tejido blando, como sucedió con las extremidades UE-1148 al lado del entierro UE-1088 y parte del torso UE-1197 próxima al registro primario UE-1097, en la vertiente central y oeste de la superficie UE-1146 (Fig. 4.14).





Figura 4.12. Fotografía aérea de la interfaz UE-1146, realizada con un Dron por el arquitecto Félix Durán. Se puede apreciar los efectos de la remoción de material óseo, el corte de unas sepulturas por otras y la superposición de osamentas, vestigios del uso intensivo de este nivel. Se



han señalado las últimas acciones representadas en la secuencia de entierros UE-1141, 1127 y 1126.

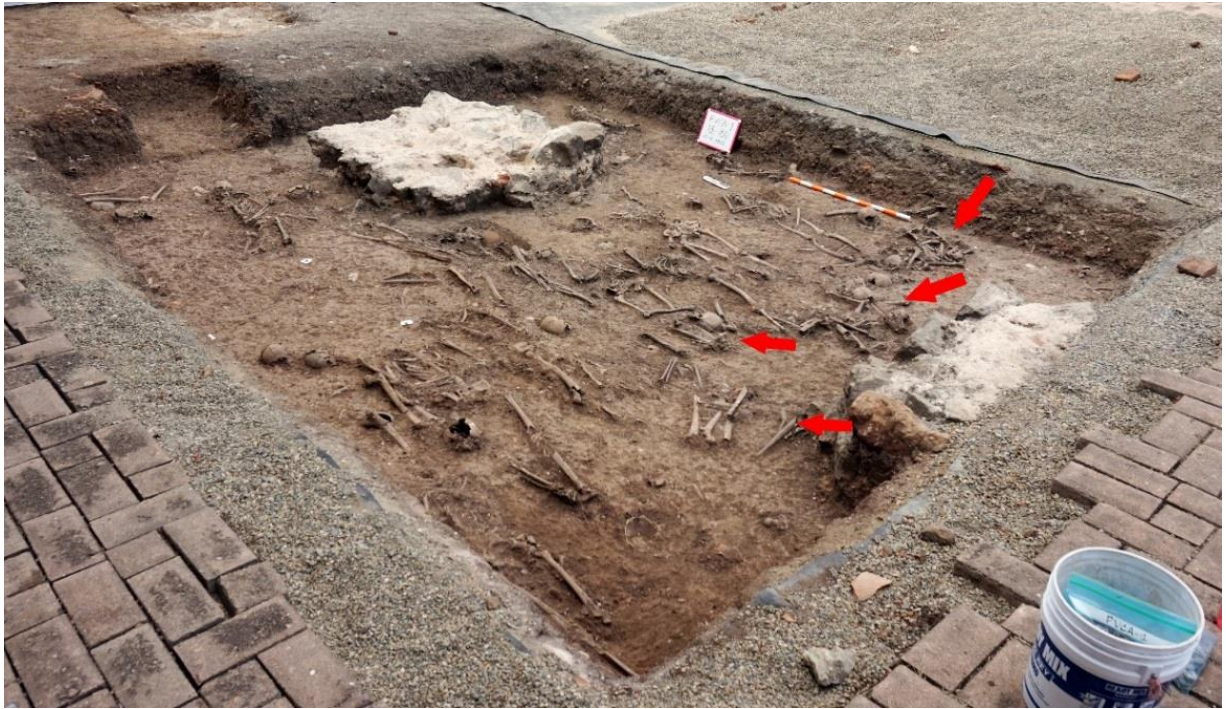


Figura 4.13. Imagen de la UE-1080 desde la esquina suroeste, en pleno proceso de excavación. Están señalados los desplazamientos y conglomerados de huesos y cráneos al sur de los entierros.



Figura 4.14. Entierro UE-1088 en la Interfaz UE-1146, al lado los huesos de unas extremidades inferiores (UE-1148), que conservaron las articulaciones de piernas y pies tras ser removidas.



En la parte central de la sección, al suroeste del cimiento UE-1008, la sepultura UE-1086 se halló sin los miembros inferiores, al igual que UE-1097, un poco más al sureste. Estas remociones están asociadas con acciones posteriores que cortaron los estratos existentes hasta el nivel de uso UE-1150, donde fueron depositados los entierros UE-1157 y 1196, incluso en un momento anterior a los registros UE-1047 y 1053, ubicados en la primera superficie de enterramientos UE-1081, en la misma vertical. Esto implica el manejo de diferentes profundidades para esta práctica, lo que creó gradualmente las diferentes capas superpuestas, aspectos significativos que permiten comprender la conformación del registro arqueológico en esta parte de la Catedral; siendo elocuente que los entierros se realizaran cada vez más superficiales, a partir de una estrategia que sopesó la progresiva saturación del terreno.

Al noroeste de la unidad, en la pequeña ampliación en forma de cala a 1 m cuadrado, fue registrado el entierro UE-1139, cuya fosa simple cortó parte de una sepultura con muy poca representación (UE-1194), la que había sido alterada por el entierro UE-1135, perteneciente al depósito posterior, es decir UE-1149. Es probable que la UE-1139 sea contemporánea con UE-1085, dos sepulturas emplazadas prácticamente en la misma cota, a la vez por su proximidad y relaciones secuenciales, dentro de las cuales UE-1085 estuvo superpuesta en una parte del tórax de UE-1126 y en las extremidades inferiores de UE-1195, sepultura cortada por la fosa de UE-1194. En ese mismo perímetro UE-1082, localizada a la misma altura al oeste de UE-85, quedó sobre UE-194 y 135, por lo que puede ser considerada sincrónica con los entierros UE-1139 y 1085. Un poco más al sur en el lado oeste las relaciones fueron un poco más sencillas, con una secuencia establecida a partir de la yuxtaposición coetánea de las UE-1091, 1090 y 1094, estando esta última por encima de las extremidades inferiores de UE-1088, que en su colocación provocó la alteración del entierro al cual pertenecen los huesos de UE-1148.

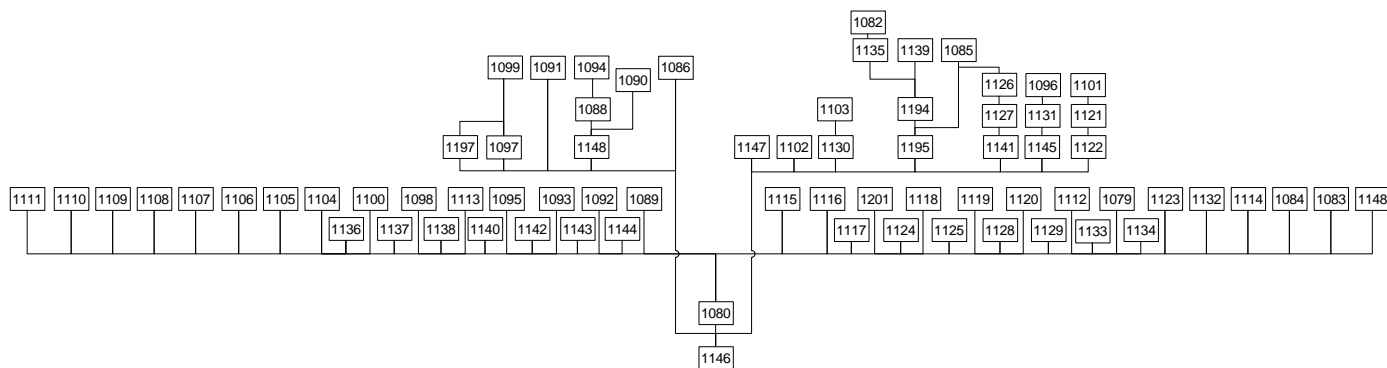
Al centro la UE-1099 estuvo por encima de dos registros: UE-1097 y 1197, produciéndose la inhumación en un momento posterior a sus perturbaciones. También en esa zona dos torsos de entierros alterados superpuestos, las UE-1131 y 1145, fueron cubiertas por UE-1096, osamenta con mayor conservación, y la UE-1103 estuvo colocada exactamente encima de UE-1130. En el extremo noreste de la sección fueron localizadas unas extremidades inferiores con fragmentos de pelvis (UE-1121), que cubrían una fracción del entierro UE-1122, las mismas debieron pertenecer a una sepultura removida para efectuar el entierro UE-1101, que se encontraba por encima de ambos registros (Fig. 4.15). Estos son anteriores a UE-1053 y 1047 en la superficie UE-1081, situados temporalmente antes de 1626, por sus relaciones con el corte para la cimentación.



Figura 4.15. Entierros UE-1121 y 1122 en la esquina noreste de la unidad, al pie del cimiento UE-1008, sepultados en una fecha anterior a 1626.

La complejidad de las relaciones estratigráficas se acentúa con el hallazgo de cuarenta y tres cráneos desplazados, de ellos veintinueve fueron encontrados en la UE-1080 y catorce prácticamente en la interfaz UE-1146 (Gráfico 4.3). Esta evidencia de

perturbación no se repite con tal magnitud en los niveles posteriores, mostrando los límites de la utilización intensiva del espacio. La alta frecuencia de cráneos está vinculada a las actividades en el nivel anterior y posterior, que comparten el carácter complejo de las relaciones estratigráficas entre sepulturas.



*Gráfico 4.3. Secuencia estratigráfica del depósito UE-1080 e interfaz UE-1146.*

#### 4.2.3 Tercera superficie de sepulturas

El estrato 1149 tuvo un grosor promedio de 0,09 m, comenzando entre los 0,43 m y 0,47 m de profundidad, luego de que fueran retirados la totalidad de los restos humanos de la interfaz UE-1146, quedando en campo únicamente los cráneos UE-1087 y 1135, que habían sobresalido y presentaban articulación evidente. Los materiales culturales disminuyeron, conservando el estado fragmentado y mezclado con pocos restos de tejas y ladrillos, en un terreno de color marrón 7.5 YR 4/4 (en seco), registrado también en la UE-1080. Una moneda de plata fue localizada en las proximidades de UE-1170, que junto a UE-1169 integran los restos alterados de un infante. La pieza algo deteriorada presenta el diseño de tipología I del período entre 1573 y 1651, con un diámetro de 1,6 cm por su vértice más ancho y 0,1 cm de grosor (Fig. 4.16).



Figura 4.16. Moneda por sus caras localizada cerca de UE-1170, perteneciente a la tipología I.

Respecto a los niveles anteriores hay un descenso en la frecuencia del material óseo, con dieciocho enterramientos documentados, o partes de estos, y cinco cráneos desplazados, todos a nivel de la interfaz UE-1150. Algunos entierros mostraron perturbaciones significativas y regular conservación en el momento del registro, manifestaciones de la complejidad de las relaciones secuenciales, ocasionadas por los cortes, la superposición y yuxtaposición entre las fosas (Fig. 4.17).

El hallazgo de entierros removidos sin cráneos, unos catorce en total, y el exiguo número de estos en la sección, indica que buena parte de los cráneos disgregados en UE-1080 y su interfaz UE-1146, pertenecen a UE-1149, migrados por las acciones sacramentales, evidencia adicional de la conexión estratigráfica entre estos depósitos. El sistema de cotas en las sepulturas mostró algunos fondos con desniveles de dos o tres centímetros para las UE-1152, 1153, 1154, 1155, 1156, 1157, 1167 y 1160, observándose que excepto en UE-1160, el resto de los registros presentaron entierros en sus respectivos verticales en la interfaz precedente UE-1146. Sin embargo, las fosas definitivamente cóncavas en UE-1158, 1167, 1157, 1087, 1135 y 1159, con diferencias entre cuatro y seis centímetros a favor de la altura de la cintura escapular y las extremidades inferiores, no tenían entierros en la vertical o se encontraron totalmente alterados, lo que señala su posterioridad.





Figura 4.17. Ortofoto de la interfaz UE-1150, Obsérvese el grado de alteración de los enterramientos, indicios de las complejas relaciones estratigráficas en este depósito.

Puede inferirse que las sepulturas representadas por fosas cóncavas, y las que se encuentran encima, son inhumaciones posteriores, conectadas con los eventos de la UE-1080. En este sentido es oportuno mencionar la existencia de la superposición, la

conglomeración de huesos y la remoción de osamentas que conservaron sus articulaciones, como aspectos compartidos por estos dos contextos. A la vez, estas diferencias podían estar indicando la adición de rellenos posteriores a la conformación inicial del depósito, con la finalidad de ensanchar el área de sepultura en alguna fase constructiva intermedia de la catedral, los cuales podrían estar representados por las UE-1001, 1002, 1003 y 1004 en los niveles superficiales, con notables contrastes respecto al sustrato registrado en UE-1009, 1080 y 1149.

Las conglomeraciones de huesos UE-1198 y 1199, al suroeste de la sección, están asociadas a las sepulturas UE-1159 y 1168, la fosa de la primera cortó el entierro de UE-1167 al norte, y esta se había superpuesto a UE-1135, ocultando parte de sus extremidades inferiores (Fig. 4.18). Al lado oeste de UE-1135, la sepultura UE-1160 cubrió a UE-1171, en momentos diferentes de inhumación, pues las piernas de UE-1160 estaban direccionadas ligeramente hacia el este, mientras el otro esqueleto las tenía hacia el oeste, disposiciones que no corresponden al mismo corte de fosa. La UE-1168 guarda relación con la UE-1087, ambas fueron alteradas, esta última en la parte de las extremidades inferiores y la pelvis, y la primera perdió el torso y el cráneo, quizás ubicados en el nivel anterior (UE-1197 en la vertical de la superficie UE-1146: correspondiente a un tórax). A su vez el corte de la fosa de UE-1168 debió generar una porción del conglomerado de huesos próximos al sur (UE-1198), quedando las extremidades encima de UE-1169 y 1170, el entierro del infante ya mencionado, que conservó las articulaciones del tórax y las extremidades tras su remoción (Fig. 4.19).



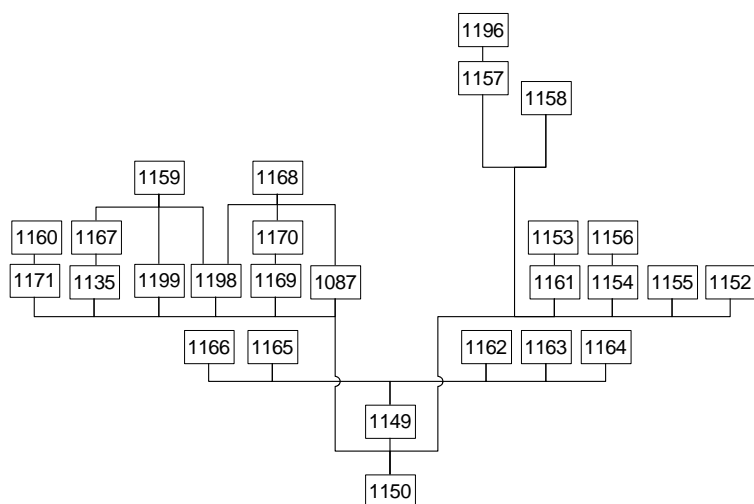


Figura 4.18. Imagen de la UE-1150 desde la esquina suroeste del área de excavación, con las señalizaciones de los conglomerados y desplazamientos de huesos al sur de los entierros.



Figura 4.19. Restos de un infante (UE-1169 y 1170) en la interfaz UE-1150, removida la parte del tórax encima de los huesos de las piernas, conservando las articulaciones.

En el centro de la excavación el corte para la fosa de UE-1157 seccionó un entierro al norte (UE-1158), quedando por encima de UE-1196, una osamenta alterada que sólo conservó los huesos de las piernas. Los pies de UE-1157 de igual manera fueron cortados durante los trabajos para colocar el cimiento de mampostería UE-1013, situando el conjunto antes de 1626. Al este el entierro UE-1156 fue localizado superpuesto a UE-1154, prácticamente separados por dos centímetros de tierra, ambos muy perturbados en la porción del tórax, acciones que también afectaron al entierro de un infante al costado oeste. Al sur de estos fueron registrados huesos largos desplazados. Un poco al noroeste otro infante (UE-1161) quedó parcialmente cubierto, en la parte de las extremidades inferiores, por la sepultura UE-1153. En el vértice noreste UE-1152 estuvo situada en la misma verticalidad de los enterramientos UE-1122 y 1121 en la superficie UE-1146, indicio de su antigüedad, a partir de las relaciones estratigráficas establecidas desde la interfaz UE-1081, entre las unidades 1057, 1043 y el corte para colocar el cimiento UE-1011 (Gráfico 4.4).

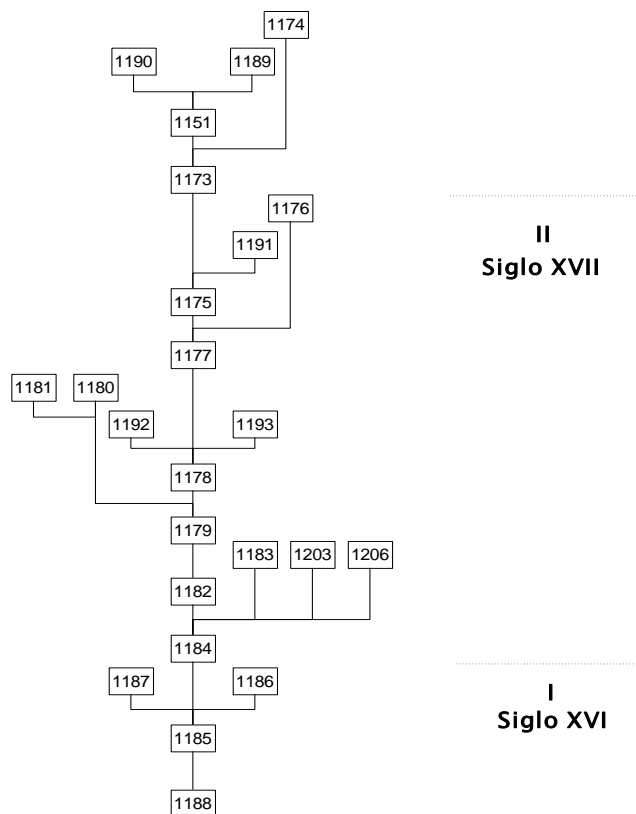


*Gráfico 4.4. Secuencia estratigráfica del depósito UE-1149 e interfaz UE-1150.*

Los cráneos UE-1163, 1164, 1165 y 1166 en la superficie UE-1150 no fueron extraídos luego de comprobarse su desarticulación, escenario que propició la reducción del área de excavación, continuándose entre los cimientos de mampostería UE-1008 y



UE-1013, en lo fundamental por lo apremiante de los trabajos en el atrio, mientras finalizaba la estación de seca. La materialización de la secuencia de eventos sepulcrales en este espacio, mostró cierta sencillez denotando su utilización antes de que fueran colocadas las cimentaciones de mampostería, motivo por el cual fue determinada una primera etapa de inhumaciones para el siglo XVI, a partir de la superficie UE-1177 hasta UE-1184 (Gráfico 4.5).



*Gráfico 4.5. Últimas relaciones estratigráficas de la excavación con las etapas correspondientes. El diagrama completo de la Matriz de Harris para las relaciones de las UE se encuentra en el Apéndice 1.*

#### 4.2.4 Cuarta superficie de sepulturas

A unos centímetros de profundidad en el siguiente estrato (UE-1151) se encontró un entierro primario (UE-1174), en un nivel muy regular (superficie UE-1173), que había sido alterado en la parte del cráneo por el corte para la colocación del cimiento UE-1008.

El cuerpo se encontró con un desnivel de 0,07 m a favor de la altura de la cintura escapular, y 0,06 m para las extremidades inferiores, indicando una fosa cóncava. El depósito (UE-1151) arrojó muy pocos materiales culturales, similares a los extraídos con anterioridad, peculiaridad mantenida en los próximos estratos, en los cuales aparecieron cada vez menos. El contexto se presentó muy sencillo, en un sustrato de color marrón 7.5 YR 4/3 (en húmedo), semejante al registrado en los depósitos UE-1080 y 1149. Dos osamentas a ambos lados del entierro (UE-1189 y 1190), fueron removidas por esta inhumación, algunas conservando sus articulaciones. En la parte suroeste, cerca del cimientto UE-1013, se registraron huesos largos diseminados de manera longitudinal de norte a sur (Fig. 4.20).



Figura 4.20. Entierro UE-1174 en la interfaz UE-1173. EL cráneo se encuentra desplazado por la base UE-1008.

#### 4.2.5 Sepulturas más antiguas: quinta superficie

La siguiente UE-1175 mostró una evidente variación en el color del sustrato, entre marrón (7.5 YR 4/3) y marrón rojizo oscuro (5YR 3/2) (en húmedo). Parte de un entierro alterado (UE-1176), compuesto por un torso y fragmento de mandíbula, en muy mal estado de conservación, conjuntamente con algunos huesos al lado suroeste (UE-1191), fueron localizados en la zona sur a los seis centímetros de cota, considerando la superficie anterior UE-1173. No fue posible determinar relaciones físicas entre el corte de la cimentación UE-1013 y el torso de UE-1176, puesto que estaba alejado unos 0,40 m de dicha base, señalando la posible remoción de sus miembros inferiores antes de dichas construcciones en la Catedral (Fig. 4.21).



Figura 4.21. Imagen de la superficie UE-1177 desde el lado oeste del área de excavación, con el único entierro localizado, UE-1176.



#### 4.2.6 Sepulturas más antiguas: sexta superficie

El estrato 1178 tuvo un grosor promedio de seis centímetros, siendo más profundo en la zona sur donde alcanzó los diez, con evidentes cambios en el color de la tierra, entre un marrón grisáceo muy oscuro (10YR 3/2), marrón (10 YR 4/3) y marrón grisáceo (10 YR 4/2) (en húmedo). Estas discontinuidades responden a las distintas procedencias del relleno utilizado, para la nivelación del piso de la Catedral en sus primeros momentos. Al norte, cerca del cimiento UE-1008 fueron documentados dos entierros: restos del tórax de un infante (UE-1181), en la esquina suroeste de la base de columna, y un adulto en la esquina sureste (UE-1180) (Fig. 4.22).



Figura 4.22. A la izquierda ortofoto de la interfaz UE-1179, donde aparece el entierro UE-1180, ampliado a la derecha. Obsérvese las perturbaciones mencionadas y los desniveles de la fosa cóncava.

Además, se hallaron dos osamentas fragmentadas en muy mal estado de conservación: una al oeste de UE-1180 –restos de una sepultura con las extremidades hacia el este– y otra al sur próxima al cimiento UE-1013, compuesta por fragmentos de un torso. La superficie de la fosa simple de UE-1180 mostró los rasgos cóncavos con desniveles de cuatro centímetros, a favor de las extremidades, con la ausencia de la tibia, el peroné y los huesos de los pies, y la cintura escapular, pues el cráneo fue seccionado por el corte del cimiento UE-1008.

#### 4.2.7 Última superficie de sepulturas más antiguas

En el penúltimo nivel trabajado (UE-1182), pudo notarse una desigualdad mayor en la coloración del sustrato, configurando bolsones muy bien definidos por las acciones de vertimiento, entre ellos se detectó: el marrón rojizo (5YR 5/2), marrón grisáceo oscuro (10 YR 4/2), marrón amarillento claro (10 YR 6/4), gris verde claro (5YR 6/2) y el marrón grisáceo (10 YR 5/2), comparado en seco. Un esqueleto cortado un poco más arriba de la pelvis (UE-1183), por la interfaz UE-1007 del cimiento UE-1008, fue localizado a unos cuatro centímetros desde la superficie anterior, junto a un conjunto de huesos disgregados (UE-1203 y 1206), y una profundidad total de 2,15 m en la interfaz UE-1184, la divergencia de unos cuatro centímetros entre la altura de la pelvis y los pies subrayaron una fosa cóncava (Fig. 4.23). Mediante dos pequeñas calas exploratorias (UE-1186 y 1187) dispuestas al pie de los cimientos delimitados en el área, y a una profundidad de 2,39 m, se determinó que estos descansaban en la formación rocosa de la zona (UE-1188) (Fig. 4.24).



Figura 4.23. Entierro UE-1183 cortado por la base UE-1008 en la interfaz UE-1184.

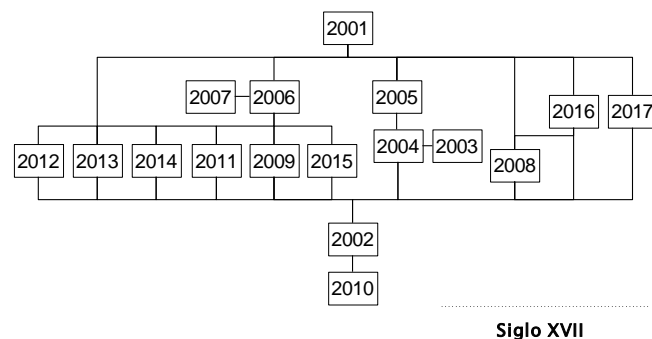


Figura 4.24. Cala UE-1187 al pie de la base UE-1008 en la parte norte de la excavación, demostrando la relación física con la roca sedimentaria UE-1188.



### 4.3 Resultados estratigráficos: atrio de la Catedral

En la unidad PVCA-2 el crecimiento y posterior derribo del árbol provocó modificaciones en la compactación del suelo, y en la disposición del material óseo, en lo relativo al movimiento de algunas osamentas. La superficie de los enterramientos UE-2002 a una profundidad promedio de 0,24 m, siendo más acentuada hacia el este, expuso las huellas de la afectación que produjeron las raíces: cavidades circulares emplazadas de norte a sur. Los trabajos avanzaron sólo hasta el segundo estrato a una profundidad promedio de 50 cm (UE-2010), con una tierra de color muy homogéneo en todos los niveles: marrón grisáceo oscuro 10 YR 4/2 (en seco). El primer estrato incluyó materiales contemporáneos en los primeros diez centímetros, entre ellos un proyectil de arma de fuego de 7 mm, un centavo Dólar de 1999 y un fragmento de tubería plástica. La muestra de época colonial fue abundante, mezclada con fragmentos de ladrillos y tejas acanaladas, todo de cronología de los dos primeros siglos coloniales. Las relaciones estratigráficas principales en este contexto están dadas por las acciones de corte, desplazamiento y remoción para efectuar los enterramientos, y las afectaciones recientes de la floraturbación, admitiendo una secuencia fundamentalmente conformada en el siglo XVII (Gráfico 4.6).



*Gráfico 4.6. Secuencia de estratos e interfaces correspondientes a la intervención en el atrio.*

En la superficie UE-2002 se documentaron cuatro entierros, uno de ellos reducido, siete cráneos y tres conjuntos de huesos alterados. El entierro reducido UE-2009 estuvo

al norte de UE-2006, un registro bastante completo que cortó y desplazó una osamenta anterior (UE-2015). También es muy probable que UE-2006 fuese afectado por la caída del árbol, moviendo su cráneo al lado oeste (UE-2007). Un escenario parecido mostró la UE-2004, muy cerca de la cual fue hallado un cráneo al lado oeste, orientación hacia donde se desplomó la planta. En algún momento anterior, UE-2004 fue afectado por remociones en su extremidad inferior derecha, lugar donde quedó un cráneo desarticulado (UE-2005) (Fig. 4.25).

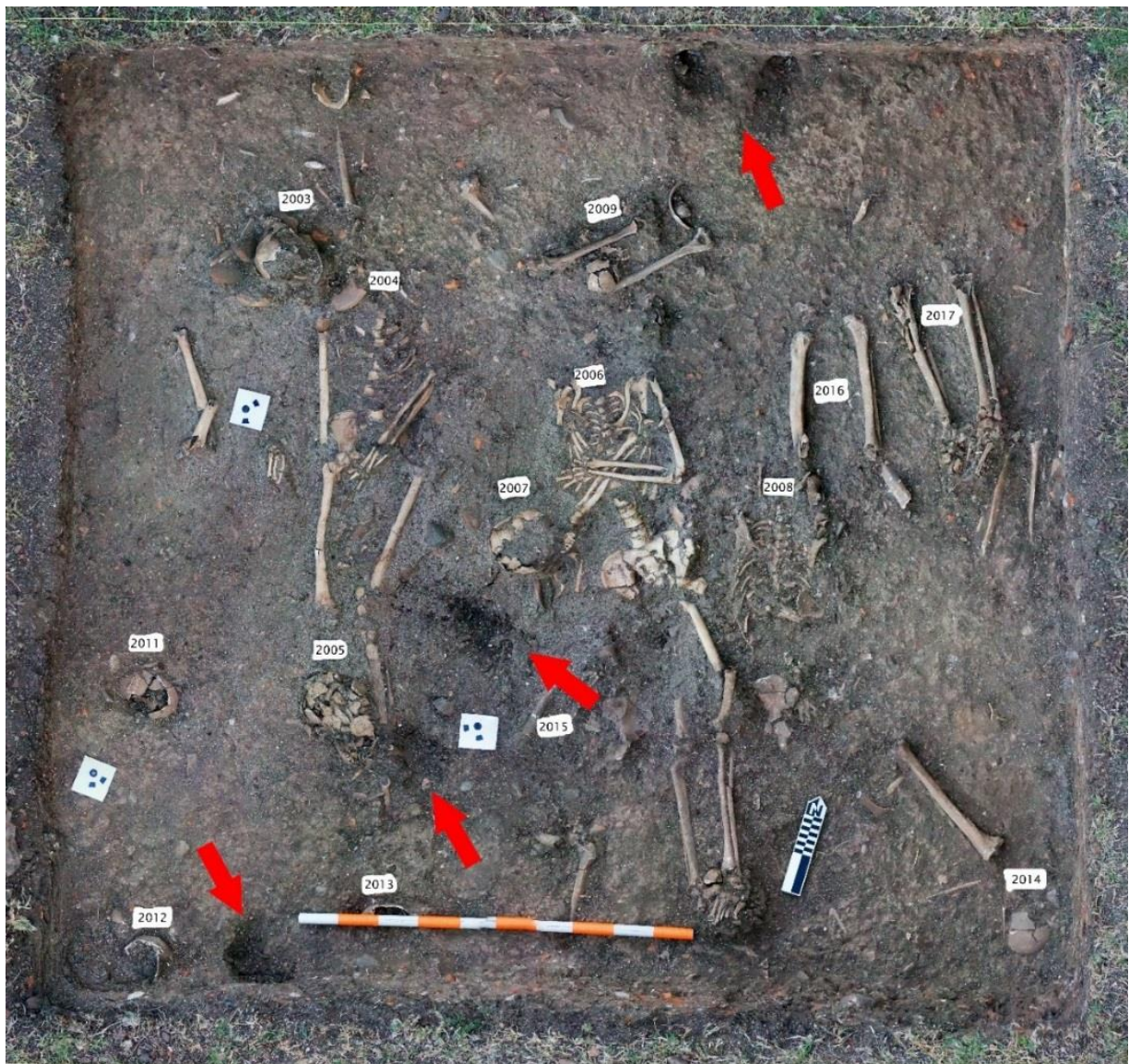


Figura 4.25. Ortofoto de la superficie UE-2002, en proceso de excavación, donde fueron numerados los registros óseos y señaladas las huellas de las antiguas raíces.



En cada caso el contraste de las cotas de profundidad, entre pelvis y cintura escapular, denotaron fosas cóncavas, más pronunciadas en UE-2006 con siete centímetros y UE-2008 con tres, lo que señala un entierro intencionado en decúbito ventral extendido (boca bajo) (Fig. 4.26). Un poco más al noreste aparecieron dos estructuras de extremidades inferiores, UE-2016 y 2017, la primera cubriendo parte de UE-2008, y la segunda aún con sus articulaciones de los pies. No obstante, es problemático inferir que se trate de un esqueleto removido cuando todavía tenía tejido blando, pues el derribo del árbol pudo afectar severamente la osamenta.



Figura 4.26. Entierro UE-2008 en la interfaz UE-2002, obsérvese la posición y las afectaciones mencionadas.

#### 4.4 Resultados estratigráficos: sureste de la Plaza Mayor

##### 4.4.1 Calle de cantos rodados: unidad PVCA-3

Al retirar los cantos rodados unidos con cemento (UE-3009) y la parte superior de la guía al centro de la calle, formada por bloques alargados de arenisca, quedó un estrato vegetal muy delgado, entre cinco y nueve centímetros de grosor (UE-3001), que

colindaba en toda la vertiente sur. En la parte norte quedó a la vista un relleno (UE-3002) con la huella longitudinal de la guía en el eje de este a oeste (UE-7). Esta última contenía una argamasa con un por ciento muy bajo de cemento, de color gris claro 10YR 7/2 (en seco), que cubría un corte con un ancho variable entre los veinte y treinta centímetros, y de seis a ocho centímetros de profundidad (UE-3004), realizado explícitamente para cimentar la guía. La capa vegetal tuvo baja compactación y un color marrón 7,5 YR 4/3 (en húmedo), e incluyó escasos fragmentos de ladrillos, tejas, cerámica colonial y elementos contemporáneos, entre los que destaca diez centavos dólar de 1989.

El relleno localizado en la vertiente norte (UE-3002) mostró una matriz diferente, de color marrón oscuro 7,5 YR 3/2 (en húmedo), más compacta, arcillosa y de textura algo granulosa, conteniendo arena e incluyendo escasos restos materiales del siglo xx y de época colonial. En la limpieza de superficie fueron recuperados un molar y algunos pequeños fragmentos de huesos. Se trata de una acción de nivelación, que cubrió toda el área y soportó los elementos para la cimentación de la calle, entre ellos la huella o corte para la guía central y las guías laterales, de las cuales fueron halladas algunos fragmentos en la vertiente sur (UE-3008) por debajo de la capa vegetal, indicando el borde de la calzada por ese lado. La argamasa mostró un color semejante a la anterior, con la impronta de los bloques de arenisca, presentando un ancho variable entre los treinta y cuarenta centímetros, dispuesta de forma paralela a 3 m de la guía del centro de la calle (Fig. 4.27).

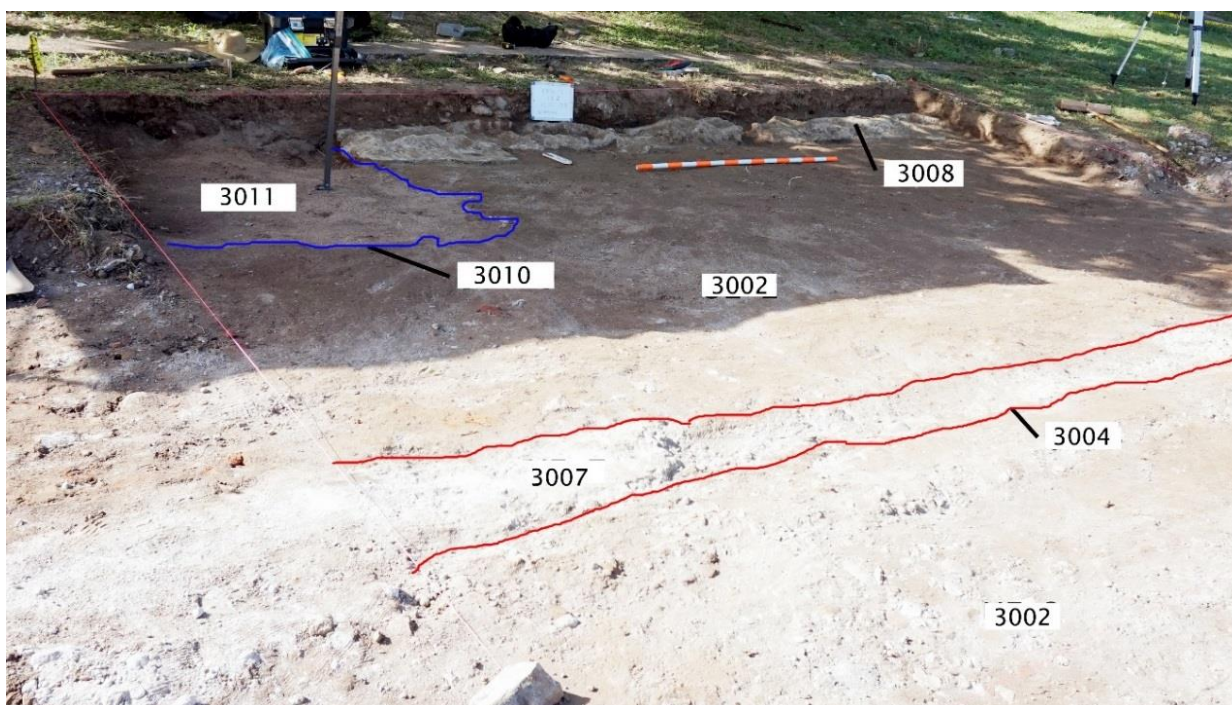
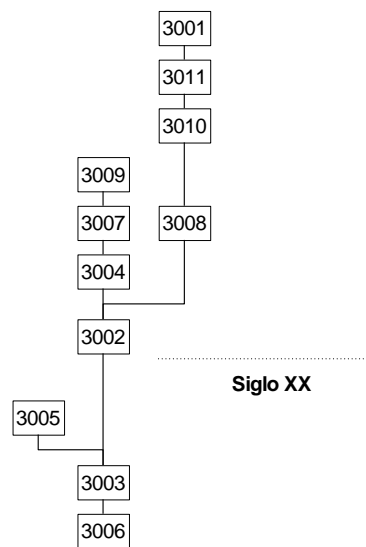


Figura 4.27. Parte de la excavación PVCA-3 al sureste de la Plaza Mayor, donde se han señalado las unidades estratigráficas: 2- relleno, 4- corte para cimentar la guía central de la calle, 7- argamasa con cemento para colocar los bloques de la guía, 8- argamasa de cimentación para la guía en la parte sur de la calle, 10-corte identificado al sureste, 11- relleno de arena del corte UE-10.

En la esquina sureste de la unidad de excavación se identificó un corte de forma cuadrada (UE-3010) con un relleno de arena (UE-3011), que afectó la guía de la calle al sur. Este corte fue aprovechado con el propósito de profundizar en forma de cala (denominada C-3) para observar la envergadura de UE-3002 en esa vertiente y localizar la roca sedimentaria. El grosor del relleno alcanzó los cuarenta centímetros y el firme fue localizado a los 2,30 m de profundidad, comprobándose la existencia de un estrato arenoso muy homogéneo de formación natural (UE-3003) por debajo de UE-3002. La cala 2 en la esquina suroeste de la unidad confirmó la coherencia del relleno en esa parte, descubriéndose un delgado estrato arenoso de color gris rojizo oscuro 5 YR 4/2 (en seco), a los treinta y seis centímetros (UE-3005). La excavación de la cala fue abandonada en el nivel de arena U-3003, a los cuarenta y un centímetros de profundidad. EL relleno arrojó escaso material colonial y un centavo dólar del año 1990, y el estrato arenoso

oscuro UE-3005 cerámica de factura aborigen y colonial, un hacha de piedra fracturada y moluscos marinos.

Resulta evidente las recientes transformaciones en este espacio, mostrando un conjunto de acciones desarrolladas en la segunda mitad del siglo xx (Gráfico 4.7), fundamentalmente en los años noventa. El estrato número 3005 indica una posible área de dispersión de actividades en época colonial, no observada en el resto de las unidades, ni al este de la unidad PVCA-3.



*Gráfico 4.7. Secuencia estratigráfica de PVCA-3, con una etapa trascendental de acciones en el siglo xx.*

#### 4.4.2 Espacio funerario: unidad PVCA-4

Luego de retirar la delgada capa vegetal en el área de excavación, ampliada hacia el lado oeste de la cala 1, fue detectado un piso de cantos rodados y cemento gris, enmarcado con muros de concreto (UE-4002). Otro piso de cemento, cortado en parte por la cala, se halló al sureste (UE-4001). Estos elementos arquitectónicos, construidos en el siglo xx, integran las últimas acciones en un espacio sumamente transformado. El relleno UE-4004, consecuencia de esta etapa, cubre la mayor parte del espacio y colinda



con los pisos. Este manifestó una textura granulosa por la mezcla de arcilla y arena, con un color bastante homogéneo, muy cercano al marrón oscuro 10YR 3/3 (en húmedo), excepto en el extremo suroeste donde alcanzó un color más oscuro, por la concentración de carbón vegetal (Fig. 4.28).

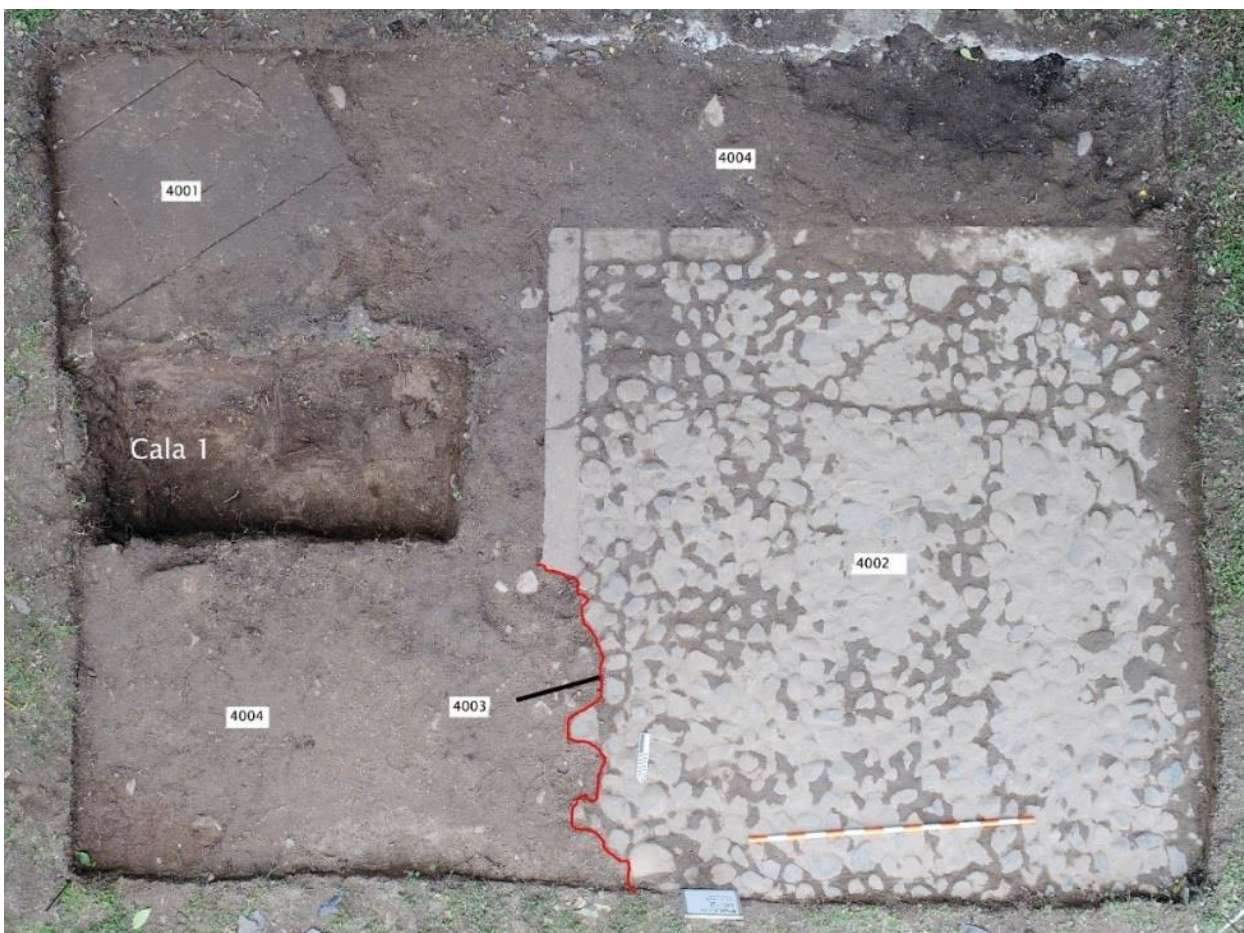


Figura 4.28. Unidad PVCA-4 al oeste del área funeraria excavada en 2003 y 2004, donde se han señalado las primeras unidades estratigráficas. Fotografía aérea realizada con Dron por el Dr. Juan Guillermo Martín.

EL piso de canto rodado y cemento se quitó a partir de una rotura en su esquina noreste (UE-4003), observándose la continuidad de la UE-4004 por debajo. La que fue excavada obteniéndose escasos materiales de época colonial y contemporáneos. Cinco centavos dólar de 1945 y un centavo de 2008 aparecieron en el lado noreste de la unidad, y en el perfil norte una moneda de plata del tipo I, con 1,8 cm de diámetro y 0,1 cm de

grosor, perteneciente al período cronológico de la segunda mitad del siglo XVI hasta 1650 (Fig. 4.29).



Figura 4.29. Moneda del primer diseño con desgastes en sus campos, recuperada en UE-4004. No presenta denominación, ni Ensayador ni seca, sólo en el anverso escudo de dominios de España y en el reverso al centro una cruz con los reinos de castilla y león.

Al rebajar unos ocho centímetros en la UE-4004 se observaron cambios de textura y color en el sustrato, fundamentalmente en la parte que cubría el piso de cantos rodados UE-4002. Una tierra más granulosa por la presencia inmediata de un estrato arenoso con variaciones de color (UE-4005), siendo más oscura en algunas concentraciones que luego coincidieron con el lugar de las sepulturas. En torno a estas ubicaciones se detectó un color marrón rojizo oscuro 5YR 2,5/2 (en húmedo), provocado por la descomposición de los cuerpos, y en las zonas alejadas un color marrón rojizo más tenue 5YR 4/4 (en húmedo). En la esquina noroeste del corte se descubrió un fragmento de piso de época colonial, a partir de la disposición de pequeños cantos rodados (UE-4011) sobre argamasa de arena y cal (UE-4026). En el lado suroeste un fragmento de cimentación de muro (UE-4010), fue erigido con piedras en una argamasa similar (UE-4025), con 1 m de ancho de norte a sur y 1,7 m de este a oeste, dispuesto de forma paralela al borde del declive al sur de la arena de playa.

La superficie de los enterramientos estuvo entre los treinta y nueve, y cuarenta y cinco centímetros de profundidad, en la que se hallaron diez entierros primarios y dos reducidos. En ningún caso fue posible observar los cortes de las fosas, inferidas por el sistema de cotas, señalando interfaces cóncavas en los entierros más completos, con variadas diferencias a favor de la cintura pelviana de los cuerpos: tres centímetros en la UE-4021, cinco para las UE- 4013 y 4007, siete para la UE- 4018 y trece centímetros en el UE-4015. Al centro de la unidad el entierro UE-4007 se encontró seguidamente debajo del UE- 4019, y en la vertiente oeste el entierro UE-4022 estuvo a nueve centímetros por debajo de UE-4018. Las sepulturas se hicieron en un estrato arenoso (UE-4008), de muy baja compactación. La variación de color manifestó un marrón grisáceo 10YR 5/2 (en seco) en las áreas intermedias y un marrón grisáceo oscuro 10YR 4/2 (en seco) en las sepulturas. EL exiguo material cultural recobrado en este nivel está relacionado en lo fundamental con las prácticas funerarias y las actividades religiosas en época colonial temprana: candelabros elaborados en piedra y cerámica, conchas marinas trabajadas, alfileres, hebilla, herretes, un botón y cuentas para rosario elaboradas en conchas marinas y una en piedra.

El estrato funerario fue alterado por varias acciones de corte y relleno en época reciente, bien para la instalación de tuberías, cables eléctricos y la extensión hacia el sur de la línea de costa para la construcción edilicia. En el lateral sureste se ejecutó un corte (UE-4024), para rellenar (UE-4009) y hacer más firme el terreno, afectando los entierros UE-4012 y 4014 y también la cimentación de época colonial al suroeste (UE-4010), y su respectiva argamasa (UE-4025). Este relleno de textura arcillosa (UE-4009), compacto y de color marrón rojizo 5 YR 4/4 (en seco), se extiende hacia el sur, comprobado por la cala 3C, abierta en la esquina sureste de la unidad con 3 m en dirección sur y y 1 m de ancho, profundizándose hasta 1,23 m. Precisamente en esa franja se comprobó el declive del terreno arenoso de la costa (UE-4020), con un color marrón 7,5 YR 5/3 (en seco), y



se obtuvo material colonial, y contemporáneo en el relleno. Otra interfaz, UE-4034 en el lado este, cortó por encima de la pelvis el entierro UE-4013, para rellenar el espacio con tierra arcillosa, compacta y de color marrón grisáceo 10 YR 4/2 (en seco), incluyendo elementos contemporáneos y de época colonial. En el eje central de la excavación el corte de una zanja (UE-4027), de veinte centímetros de ancho para colocar una tubería de hierro (UE-4028), seccionó los fémures y la pelvis del entierro UE-4015, y las extremidades inferiores de UE-4007 y 4019 (Fig. 4.30). La excavación del área funeraria seguidamente alcanzó un estrato estéril, continuidad de la arena detectada en la cala 3C, de baja compactación y color marrón 7,5 YR 5/3 (en seco).

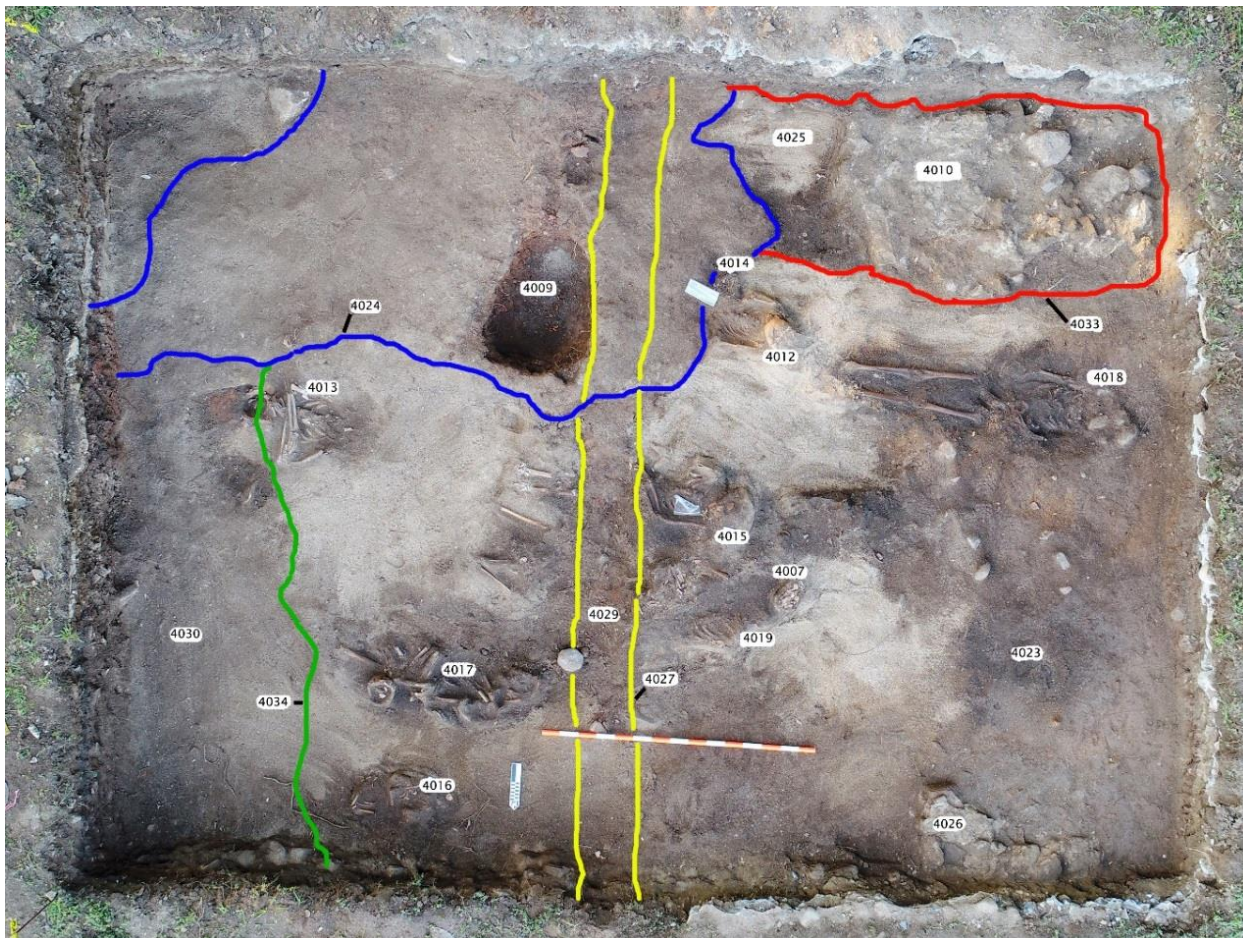


Figura 4.30. Superficie de enterramientos UE-4006, con los cortes y rellenos que afectaron el registro funerario. Fotografía aérea realizada con Dron por el Dr. Juan Guillermo Martín.



La secuencia estratigráfica señala la formación del depósito en tres etapas bien definidas, la primera en el siglo XVI temprano, con el uso funerario y religioso del espacio, desde la interfaz UE-4006 hasta el estrato 4005, conteniendo los enterramientos primarios y reducidos. Una segunda a partir de mediados del siglo XVI hasta el abandono de la ciudad, cuando fue reutilizado el espacio para la construcción de viviendas, acciones materializadas en el fragmento de piso de cantos rodados (UE-4011) y la cimentación de un muro (UE-4010). La tercera comprende los cortes y rellenos con diferentes fines en el siglo XX, y el establecimiento de los pisos UE-4001 y 4002 (Gráfico 4.8).

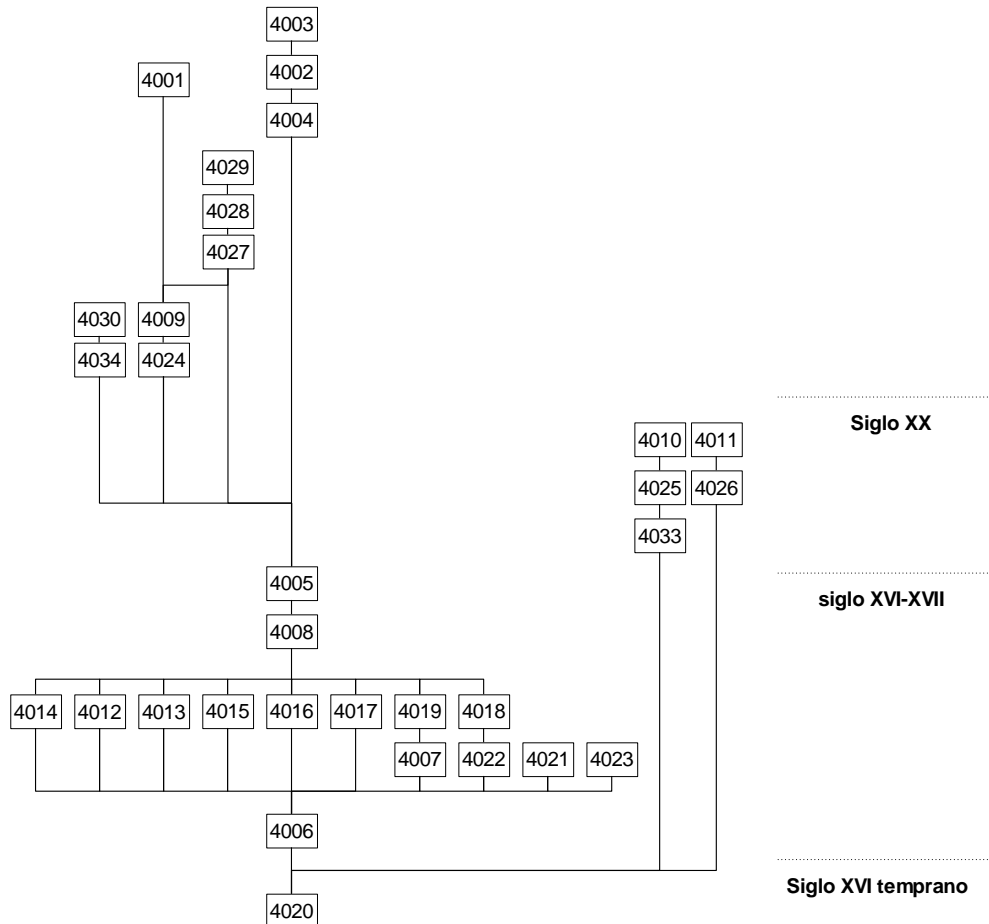


Gráfico 4.8. Secuencia estratigráfica de PVCA-4, con las tres etapas de formación.

Las dos calas realizadas en el lado noroeste de la unidad, 4C y 5C, no arrojaron resultados en cuanto a evidencia funeraria, aunque se excavó hasta los sesenta centímetros de profundidad. Las secuencias estratigráficas responden a elementos constructivos: una estructura de ladrillos y cemento e instalación eléctrica con tubos de PVC en 4C, y en 5C un muro de concreto de finalidad desconocida. La cala 7C tampoco tuvo registro funerario, sino evidencias de transformaciones por acciones de relleno. El área estaba cubierta por una losa de concreto de diez centímetros de grosor, inmediatamente el segundo estrato mostró al menos tres cambios de colores en la tierra arcillosa y medianamente compacta: marrón 7,5 YR 4/2, marrón rojizo 5 YR 4/3 y marrón amarillento 10 YR 5/6 (en húmedo). A los cuarenta centímetros apareció el tercer estrato en la parte noroeste, de carácter arcilloso y color marrón rojizo 5 YR 4/4 (en húmedo) y al sureste el cuarto estrato de textura arenosa, similar al observado en la unidad PVCA-4, con un color marrón claro 7,5 YR 6/3 (en húmedo). Estos incluyeron materiales contemporáneos y de época colonial: conchas marinas trabajadas y un herrete. La excavación concluyó a los cincuenta centímetros en un sustrato estéril.

#### 4.4.3 Área transformada: unidad PVCA-5

El primer estrato cubría toda el área con desniveles, varios tipos de sustratos y materiales de época colonial y contemporáneos, tanto de uso religioso como doméstico. Se observó una textura entre arcillosa y arenosa, en ocasiones mezcladas, y diferenciación en la compactación del terreno, evidencias de las intervenciones en el área. Los colores de tierra registrados en este relleno fueron el rojo 2,5 YR 5/6, el marrón 7,5 YR 4/2, el amarillo rojizo 7,5 6/8 y marrón oscuro 7,5 YR 3/3 (en húmedo). A unos doce centímetros de profundidad fue identificado un muro de piedras al centro de la unidad (UE-5003), en el eje norte-sur, con dos muros de bloques de cemento adosados de forma paralela en sus extremos (UE-5004), en dirección oeste, y un fragmento de piso de cemento que sobresalía en la esquina noroeste de la excavación (UE-5009). El

muro UE-5003 tuvo 1,80 m de largo y 0,38 m de ancho, construido con piedra caliza y argamasa a base de cemento gris. Los muros adosados midieron 0,10 m de grosor, y las cimentaciones de 0,30 m de ancho estaban a los cuarenta y cinco centímetros.

Para la instalación de esta estructura se cavaron zanjas irregulares de un metro de profundidad (UE-5012 y 5013), reutilizando la misma tierra para taparlas (UE-5020). La excavación en la parte sur, el interior de los muros y una cala de un metro cuadrado en la parte noreste de la estructura, comprobaron la persistencia del relleno UE-5021 hasta la arena estéril UE-5018. Ambas estructuras son coetáneas, pues fueron levantadas y adosadas con la misma argamasa, con el propósito de lograr estabilidad en el terreno para la construcción edilicia en el siglo xx.

En la vertiente este de la unidad aparecieron dos sustratos diferentes por debajo de la UE-5001, uno arcilloso compacto de textura granulosa, por la arena que contiene (UE-5010) y otro totalmente arenoso de muy baja compactación (UE-5014), a profundidades entre los nueve y doce centímetros. La UE-5010 conformaba un relleno heterogéneo, mostrando los colores: marrón rojizo 5 YR 4/4 y marrón amarillento oscuro 10 YR 4/6 y 3/6 (en húmedo), con una cuenca intermedia de forma semicircular (UE-5015), donde fue depositado el estrato arenoso UE-5014. Incluyó grandes piedras amontonadas, elementos contemporáneos y de época colonial temprana, entre los que destacan conchas marinas trabajadas, anillos de azabache, la punta metálica de una correa y una moneda de vellón de 2,5 cm de diámetro por su parte más ancha, acuñada en la casa de Burgos específicamente para Santo Domingo, a nombre de los reyes católicos Fernando e Isabel, en una de las nueve emisiones realizadas entre 1505 y 1531 para este fin (Torres 1994-95: 118-119) (Francisco 2005: 91-93) (Mendoza 2013: 196-197) (Fig. 4.31).



Figura 4.31. Moneda encontrada en la UE-5010. El campo central en el anverso, a la izquierda, está muy deteriorado y en el reverso se advierte la F coronada entre dos B (ceca).

EL estrato arenoso UE-5014 no tuvo materiales, presentando los colores: marrón claro 7,5 YR 6/3 y marrón 7,5 YR 5/3 (en seco). Por debajo de UE-5010 y 5014 en la parte sureste de la unidad se encontró la arena estéril de la costa (UE-5018), a los sesenta centímetros aproximadamente. La UE-5010 continuó en la parte noreste hasta cubrir un delgado estrato arenoso bastante homogéneo (UE-5011), que apareció entre los 42 y 49 centímetros de profundidad –color marrón oscuro 7,5 YR 3/4 (en húmedo), y este a su vez un depósito de basura (UE-5002), con un diámetro irregular de 2 m y arena color marrón grisáceo muy oscura 10YR 3/2 (en húmedo). Las UE-5011, 5002 y 5005 además, estuvieron por encima de una arcilla color marrón rojizo 2,5 YR 5/4 (en seco), apisonada en un corte de forma cuadrada (UE-5016) en el estrato estéril a los setenta centímetros de profundidad, una especie de cimentación con objetivo desconocido (Fig. 4.32).

La interfaz del hueco de basura (UE-5005) comenzó a los cincuenta y nueve centímetros, con un declive de 45 grados en el lado este, hasta alcanzar los ochenta y cinco centímetros de hondura, no obstante, su relleno UE-5002 mantuvo un grosor de unos veinte centímetros en esta inclinación. En la superficie UE-5005 yacían en posición anatómica (perpendicular) fragmentos de extremidades inferiores de un individuo joven (UE-5006 y 5007), con un rango de edad de unos once a dieciséis años, y huesos largos, costillas y vertebras de un infante (UE-5019), de ocho o nueve años (Rivera 2019).

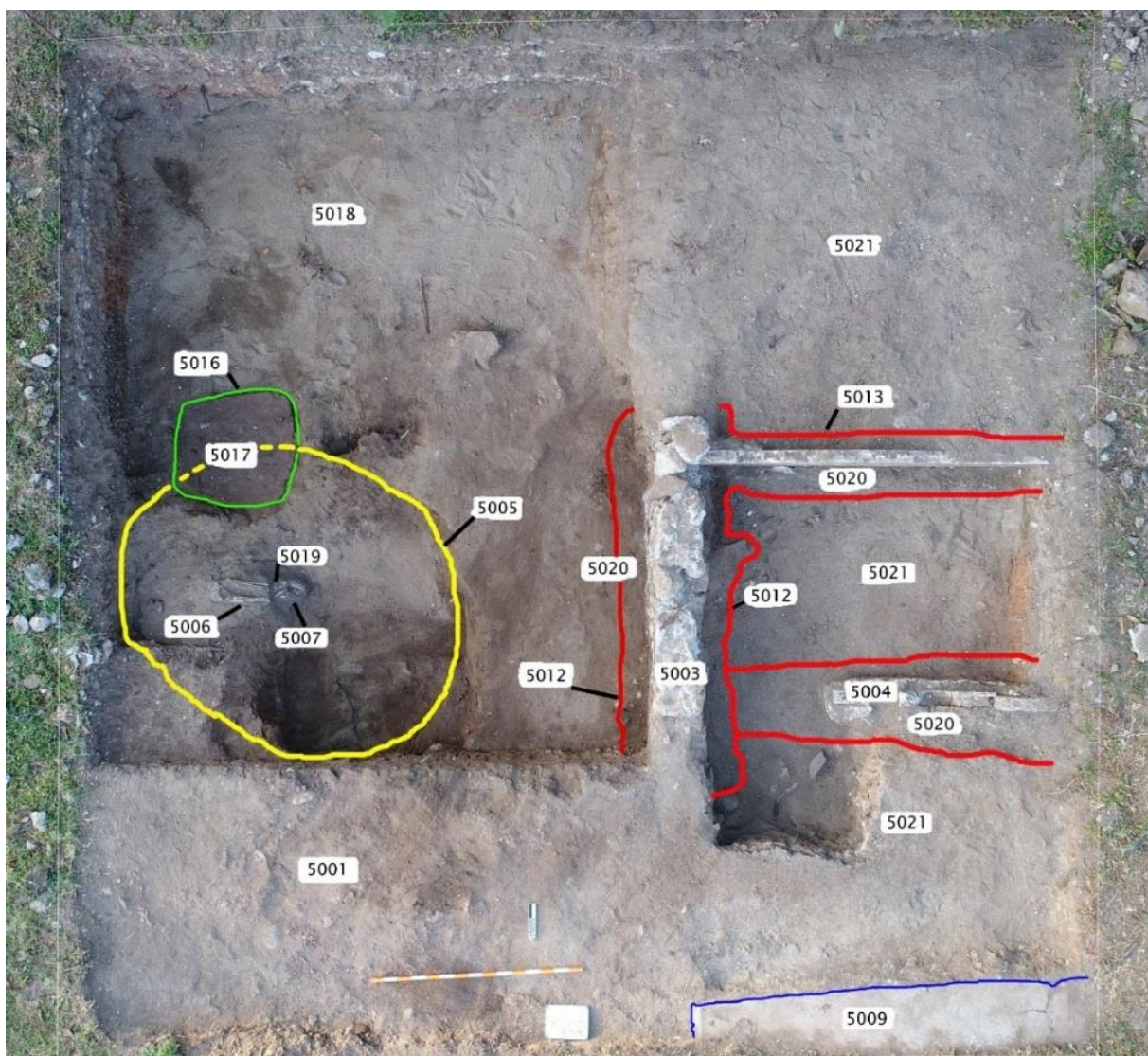


Figura 4.32. Unidad de excavación PVCA-5, donde se han señalado las primeras UE en el lado oeste y las últimas lecturas estratigráficas al este.

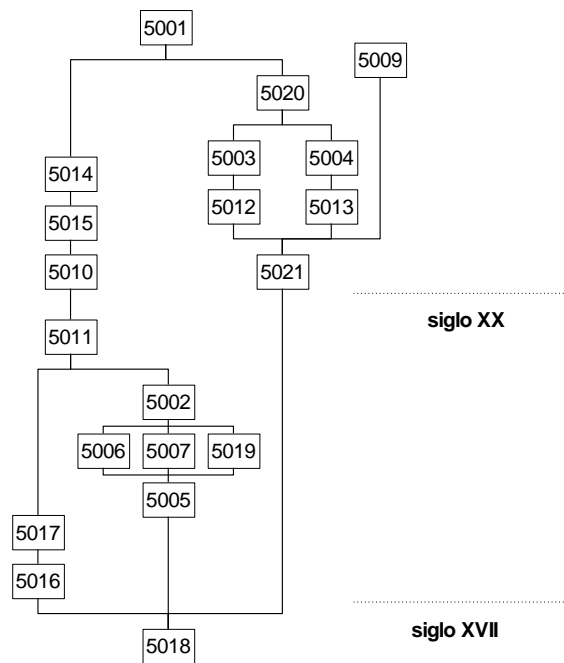
Se observó que el sustrato inmediato a los huesos tenía un color más oscuro que el entorno: marrón grisáceo oscuro 10YR 4/1 (en seco), semejante al detectado en las sepulturas de la unidad PVCA-4, indicio de la descomposición de tejido blando. Estos aspectos apuntan a un contexto primario, recuperándose en la UE-5011 y 5002 materiales únicamente de época colonial, situados para la segunda mitad del siglo XVII. Cronología corroborada con el hallazgo de una moneda de plata de tipología II en la UE-5011, siendo un real de contorno irregular y 2 cm de diámetro en el vértice más ancho,

acuñado en Potosí en 1657 (Domingo 1957: 55–56) (Arellano, Castro y Chancay 2012: 16–17) (Fig. 4.33).



Figura 4.33. Real de a uno localizado en la UE-5011, fecha de acuñación visible en el anverso a la izquierda.

Las particularidades observadas en el contexto permiten dividir la secuencia estratigráfica en dos etapas fundamentales: una para el siglo xvii, donde las UE-5005, 5006, 5007, 5019, 5002 y 5011 inscriben una formación consecutiva, considerando la fecha de emisión en 1657 del mencionado real potosino de la UE-5011. Lo que descarta que estas unidades estratigráficas y el posible cimientó (UE-5017) y su interfaz (UE-5016), correspondiente a un momento inmediatamente anterior, tengan relación con el uso temprano del espacio en el siglo xvi. Las acciones de relleno, estabilización y nivelación del terreno están enmarcadas en el siglo xx (Gráfico 4.9). Los restos materiales del siglo xvi temprano mezclados y redepositados en los rellenos UE-5001 y 5010, pertenecen a depósitos cercanos al área de enterramiento, al considerar su relación con las conchas marinas trabajadas, frecuentes también en los niveles de la PVCA-4, y en menor medida en el resto de las unidades de excavación. Esto puede confirmar la ocupación y uso del espacio inmediato en un momento acotado por el período en que pudo ser acuñado el vellón localizado en el relleno UE-5010.



*Gráfico 4.9. Secuencia estratigráfica de PVCA-5, con dos etapas de formación y transformación.*

#### 4.5 Precisiones tafonómicas: nave y atrio de la Catedral, y sureste de la Plaza Mayor

En buena medida el análisis en campo se enfocó en identificar y definir las variabilidades dentro del patrón resultante de la práctica funeraria, perfilada en las investigaciones anteriores, como un conjunto de rasgos recurrentes sujetos al ritual católico. Por consiguiente, se tratarán los aspectos generales que lo tipifican y las particularidades que plantean intencionalidades diferenciadoras en un escenario aparentemente homogenizado por esta práctica, en dependencia de la posibilidad de inferir comportamientos a partir de los indicadores tafonómicos.

En la totalidad de las sepulturas primarias la persistencia de las conexiones articulares estrictas y el hundimiento de los torsos indicaron la descomposición de los cuerpos en espacio relleno, señalando el uso de mortaja en la preparación de los cadáveres y la inhumación. La compresión bilateral y unilateral, efectos localizados fundamentalmente en la parte de los hombros, miembros superiores e inferiores, fue observada

prácticamente en la mayoría de los entierros documentados, no pertinente en los reducidos y algunos perturbados. En el interior de la Catedral unos 52 de 60 entierros mostraron estos indicios, 3 de los 4 localizados en el atrio y 10 de los 12 en la unidad PVCA-4, al sureste de la Plaza Mayor. En la Catedral y atrio los cuerpos fueron orientados de norte a sur –con los pies hacia el altar–, en la unidad PVCA-4 la orientación sucedió de oeste a este, coherente con la mayoría de las sepulturas excavadas en la vertiente este del área en el año 2003 y 2004. La posición decúbito dorsal extendido –boca arriba– fue mayoritaria, localizándose un caso en posición contraria –decúbito ventral extendido– en la sepultura UE-2008 del atrio.

La orientación del cráneo, y la posición particular de brazos y piernas mostró cierta variabilidad en los niveles de enterramientos de la Catedral, exponiendo la superficie UE-1081 un ligero predominio de brazos semiflexionados sobre la pelvis, respecto a los flexionados sobre el pecho, en dependencia de los casos en que pudo determinarse. Mientras que la posición extendida de las piernas fue observada prácticamente en la totalidad de las unidades de excavación. En la orientación de los cráneos prevaleció una disposición neutral –anterior–, seguida por la disposición al lado izquierdo, hacia la salida del sol, y en dos ocasiones fue explícita hacia el lado derecho, el oeste (Tabla 4.1).

*Tabla 4.1. Variaciones en la posición de los entierros en la superficie UE-1081 en la unidad PVCA-1*

UE	Orientación del cráneo	Posición brazos	Posición piernas
1042	LI	SFP	E
1043	LI	I	E
1044	A	SFP	E
1045	A	FP	E
1046	A	SFP	E
1047	LD	SFP	E
1048	A	FP	E
1049	I	I	E
1050	I	FP	E
1051	LD	I	I



1052	I	I	E
1053	I	I	E
1057	LI	I	E

Nota: A-anterior, LD-lateral derecho, LI-lateral izquierdo, SFP-semiflexionados sobre la pelvis, FP-flexionados sobre el pecho, E-extendido, D-desplazado, I-indeterminado

En la UE-1081 llamó la atención la postura holgada de algunos entierros, respecto a la separación que presentan los brazos al lado del cuerpo, lo que presupone la realización de fosas más anchas, al menos de unos cincuenta y cinco centímetros, revelando un tratamiento diferenciador para las sepulturas UE-1042, 1044, 1047 y 1048, con estaturas estimadas en: 1,65 m, 1,64 m, 1.59 m y 1,62 m respectivamente, situación no observada en individuos de talla superior o similar, donde se advirtieron más estrechas, entre los treinta y cuarenta centímetros, con estaturas de 1,70 m en UE-1045; 1,58 m en UE-1046 y 1,62 m para UE-1050 (Rivera 2018).

La posición semiflexionada de los brazos sobre la pelvis fue evidente en la mayoría de los entierros en la superficie UE-1146, seguida por la flexionada sobre el pecho, con nueve registros en la primera y cinco en la segunda. Por la ausencia de cráneos en posición primaria la orientación pudo establecerse únicamente en diez oportunidades, de ellas una lateralizada a la izquierda, dos a la derecha y cinco anteriores (Tabla 4.2). EL cráneo del esqueleto UE-1086 fue depositado con el lado izquierdo encima de un fragmento de cerámica de factura local, persiguiendo mantener la orientación del rostro hacia el este (Fig. 4.33).

*Tabla 4.2. Variaciones en la posición de los entierros en la superficie UE-1146 en la unidad PVCA-1*

UE	Orientación del cráneo	Posición brazos	Posición piernas
1082	A	SFP	E
1085	LI	SFP	E
1086	A	SFP	I
1088	A	FP	E
1090	I	FP	E

1091	LD	I	E
1094	I	SFP	E
1096	I	I	E
1097	A	I	I
1099	I	FP	E
1101	I	SFP	E
1102	LD	SFP	E
1103	I	FP	E
1121	I	I	E
1122	I	I	E
1126	A	SFP	E
1127	I	I	E
1130	I	I	E
1131	D	I	I
1139	I	SFP	E
1141	I	SFP	E
1145	D	FP	E
1147	I	I	I
1148	I	I	E

Nota: A-anterior, LD-lateral derecho, LI-lateral izquierdo, SFP-semiflexionados sobre la pelvis, FP-flexionados sobre el pecho, E-extendido, D-desplazado, I-indeterminado

Un comportamiento similar fue reportado en el atrio para el entierro PV6C (UE-61) en el año 2000, con una orientación atípica del cuerpo de oeste a este y el rostro en dirección al norte. Las fosas más anchas en la UE-1146, entre cincuenta y cinco y sesenta centímetros, igualmente en consideración a la separación de los brazos en relación al cuerpo, pertenecen a los individuos UE-1090 con estatura de 1,66 m; UE-1097 con 1,61 m; UE-1099 (indeterminada) y UE-1145 con 1,60 m. Otros de estatura equivalente o mayor en la misma superficie de enterramientos, requirieron fosas más estrechas, entre los cuarenta y cincuenta centímetros, como la UE-1088 (1,69 m), UE-1122 (1,65 m), UE-1139 (1,71 m) y UE-1141 (1,66 m) (Rivera 2018).



Figura 4.34. Cráneo de la UE-1086 en la superficie UE-1146, asegurada su orientación con un fragmento de cerámica.

En la interfaz sucesiva UE-1150, no se pudieron establecer estas proporciones, en lo fundamental por las perturbaciones del contexto, sin embargo, algunos casos permitieron establecer que el rango de anchura era similar a las fosas más estrechas del nivel anterior, situación que se mantuvo en las superficies más antiguas UE-1173, 1179 y 1184, excepto para el entierro UE-1176 de la superficie UE-1177, cuya fosa debió alcanzar al menos los cuarenta y cinco centímetros con una estatura de 1,58 m, indicando un posible tratamiento diferenciado.

En UE-1150 solo dos cráneos presentaron orientación anterior y dos se encontraron desplazados. La posición semiflexionada sobre la pelvis tuvo cuatro registros y tres la flexión de los brazos sobre el tórax (Tabla 4.3). Los entierros más antiguos revelaron semiflexión y flexión de los brazos, y en dos individuos orientación del cráneo en dirección al oeste (UE-1176 y 1180), y UE-1183 presentó los miembros inferiores cruzados a la altura de los pies (Tabla 4.4).

*Tabla 4.3. Variaciones en la posición de los entierros en la superficie UE-1150 de la unidad PVCA-1*

UE	Orientación del cráneo	Posición brazos	Posición piernas
1087	A	SFP	I
1135	A	SFP	E
1152	D	SFP	E
1153	I	I	E
1154	D	I	I
1155	I	SFP	E
1156	I	I	E
1157	I	I	E
1158	I	I	E
1159	I	FP	E
1160	I	FP	E
1161	I	FP	I
1167	I	I	E
1168	I	I	E
1169	I	I	E
1170	I	I	I
1171	I	I	E

Nota: A-anterior, LD-lateral derecho, LI-lateral izquierdo, SFP-semiflexionados sobre la pelvis, FP-flexionados sobre el pecho, E-extendido, D-desplazado, I-indeterminado

*Tabla 4.4. Variaciones en la posición de los entierros en las cuatro superficies más antiguas de PVCA-1*

	Orientación del cráneo	Posición brazos	Posición piernas
<i>Superficie UE-1173</i>			
UE-1174	D	FP	E
<i>Superficie UE-1177</i>			
UE-1176	LD	I	I
<i>Superficie UE-1179</i>			
UE-1180	LD	SFP	E
<i>Superficie UE-1184</i>			
UE-1183	I	FP	C

Nota: A-anterior, LD-lateral derecho, SFP-semiflexionados sobre la pelvis, FP-flexionados sobre el pecho, E-extendido, C-cruzado, D-desplazado, I-indeterminado

Aunque las sepulturas estuvieron más superficiales en el área del atrio las fosas no debieron sobrepasar los cuarenta centímetros de anchura, tanto para la posición semiflexionada de los brazos en UE-2004 de 1,58 m de estatura, como la flexionada en UE-2006 con 1,61 m (Rivera 2018) (Tablas 4.5 y 6.2).

*Tabla 4.5. Variaciones en la posición de los entierros en la superficie UE- 2002 de la unidad PVCA-2*

UE	Orientación del cráneo	Posición brazos	Posición piernas
2004	D	SFP	E
2006	I	FP	E
2008	I	I	E
2009	I	I	I

Nota: SFP-semiflexionada sobre la pelvis, FP- flexionada sobre el pecho, E- extendido, D-desplazado, I-indeterminado

En la unidad PVCA-4 al sureste de la Plaza Mayor siete entierros mostraron los brazos semiflexionados sobre la pelvis, cinco de ellos las piernas extendidas y fosas entre los treinta y siete y cuarenta y siete centímetros de anchura. El individuo de la sepultura UE-4013 con los brazos flexionados sobre el tórax debió requerir una fosa ligeramente superior a los cincuenta centímetros, con una apreciación de 1,60 m de estatura (Rivera 2019) (Tabla 6.1), pero no se puede aseverar una la lógica social a este comportamiento, al tratarse de un contexto poco saturado en un sustrato completamente arenoso y a poca profundidad, por lo que este caso debió tener un carácter fortuito e inintencionado en ese sentido. Los cráneos estuvieron orientados al sur en dos casos (lateral derecho) y al norte en otros dos (lateral izquierdo), y en seis fue imposible hacer alguna estimación por su ausencia (Tabla 4.6).

*Tabla 4.6. Variaciones en la posición de los entierros en UE-4006 en la unidad PVCA-4 al sureste de la Plaza Mayor*

UE	Orientación del cráneo	Posición brazos	Posición piernas
4007	D	SFP	E
4012	LD	SFP	I
4013	I	FP	I
4014	I	I	I
4015	LI	SFP	E
4016	I	I	I
4017	I	I	I
4018	I	SFP	E
4019	I	I	I
4021	LD	SFP	E
4022	D	SFP	E
4023	LI	SFP	I

Nota: LD–lateral derecho, LI–lateral izquierdo, SFP–semiflexionados sobre la pelvis, FP–flexionados sobre el pecho, E–extendido, D–desplazado, I–indeterminado

#### 4.6 Representatividad de la materialidad del cuerpo: nave y atrio de la Catedral, y sureste de la Plaza Mayor

El análisis del estado de conservación y representatividad de los individuos provenientes de los contextos funerarios de la nave y el atrio de la Catedral, excavados en el 2017, se realizó separando el material óseo de los individuos con esqueletos completos y parcialmente completos, y los representados únicamente por cráneos, puesto que, de un total de 157 individuos –ocho de ellos pertenecientes al atrio–, 64 representaron esqueletos completos o parcialmente completos y 93 cráneos que se hallaron desplazados<sup>59</sup>. En el primer grupo catorce osamentas mostraron buena representatividad, treinta y una fueron regulares, catorce malas y cinco nulas. En los cráneos, doce de ellos presentaron buena representatividad, cuarenta y seis fueron regulares y treinta y seis se mostraron malos, observándose que ningún caso estuvo por debajo del veinticinco por ciento de material. En el caso de los esqueletos completos o parcialmente completos la conservación se comportó en correspondencia a la representatividad, con dieciséis casos en estado bueno, treinta y uno en regular, catorce en mala y tres nulos. Sin embargo, los cráneos tuvieron mejor conservación, con treinta y tres en estado bueno, cuarenta y cuatro en regular y dieciséis en estado malo. A pesar de que estos parámetros evidencian una muestra relativamente conservada y representada, el deterioro observado en algunas osamentas restringió el análisis, en lo fundamental en los individuos subadultos (Rivera 2018).

---

<sup>59</sup> Hay que tener presente que algunos de los cráneos desplazados debieron pertenecer a esqueletos que se hallaron sin el mismo por las alteraciones del depósito, tal como se describió para la mayoría de los niveles en la nave de la Catedral, lo que introduce un sesgo en el número de individuos.

El estudio de las osamentas de la unidad 4, excavada en el 2018 al sureste de la Plaza Mayor, completó la información de los cuerpos inhumados en el espacio sagrado de la primera Catedral, incrementando el registro en catorce individuos, de ellos doce completos o parcialmente completos y dos cráneos considerados por la información que proporcionan<sup>60</sup>. El mayor porcentaje del total de la muestra indicó un estado regular de conservación y representatividad, en su mayoría manifestado por los esqueletos completos y parcialmente completos, puesto que los cráneos mostraron una mala conservación y representatividad menor de veinticinco por ciento. Del total de enterramientos solamente uno contó con más del setenta y cinco por ciento de material óseo (buena representación), ocho de ellos regular, y el resto entre mala y nula. La conservación se comportó de manera similar, con unos diez casos en estado regular y el resto entre malo y nulo.

Este escenario limitó considerablemente las potencialidades de estimación de las características biológicas, no solo por la fragmentación o ausencia de las partes anatómicas que son diagnósticas, sino además por la presencia de población subadulta, que no ha desarrollado los aspectos anatómicos de dimorfismo. Por ello, en unos seis casos de los 14 individuos se pudo determinar el sexo, y los métodos de análisis para precisar los rangos de edad en la categoría de adultos fueron aplicados solo en cuatro osamentas, de las once pertenecientes a este grupo etario. La filiación poblacional fue observada en cinco individuos que conservaron los huesos fisonómicos del cráneo y las piezas dentarias, y la estatura se pudo precisar en tres ocasiones, mientras la

---

<sup>60</sup> Los restos humanos pertenecientes a la unidad 5, excavada al sureste de la Plaza Mayor, no fueron considerados aquí por corresponder cronológicamente al siglo xvii, y por tanto no formar parte del área de inhumación del siglo xvi temprano.

reconstrucción del perfil paleopatológico y paleoepidemiológico estuvo sujeto a las antedichas restricciones (Rivera 2019).

#### 4.7 Conclusiones: estratigrafía arqueológica, formación de los depósitos, tafonomía y representatividad

Los datos estratigráficos en el interior de la Catedral permiten visualizar la formación constructiva del área excavada a partir de un relleno desde UE-1151 hasta UE-1009, al considerar las características semejantes de color y textura del sustrato, produciéndose un preámbulo de nivelación con tierra de orígenes diversos, desde la UE-1182 a la 1175. Los rellenos tardíos UE-1002 y 1001, concernientes a capas de poco espesor, ejecutados antes de que fueran cavadas las bases de cimentación de mampostería en 1626 (UE-1011, 1008 y 1013), se produjeron seguramente en el contexto de las transformaciones constructivas en las primeras décadas del siglo XVII, con el propósito de engrosar el área de enterramientos. Los motivos fundamentales de estas acciones estuvieron relacionados con la saturación de los niveles sepulcrales intermedios, y la consecuente fetidez en el interior del recinto por la descomposición de los cuerpos a poca profundidad (Requejo 1908: 28), lo que refuerza la inferencia acerca de la cronología de los enterramientos primarios en esos niveles.

De manera general el material cultural colonial redepositado con los rellenos mantuvo coherencia cronológica con los períodos de formación señalados, siendo evidente que las monedas encontradas en las UE-1002, 1004, 1009, 1080 y 1149 pasaron al depósito durante las actividades de inhumación, al considerar sus rangos temporales, no existiendo evidencia concluyente de que fuera de manera intencional, como parte del ritual funerario. De forma contraria a lo observado con otros elementos, la mayoría fue hallada próxima a sepulturas primarias, de las cuales solo la UE-1179 sufrió remociones trascendentales. Exclusivamente la moneda de plata localizada sobre la pelvis derecha



de UE-1139 puede ser estimada en el interior de una sepultura, dejando una huella oscura en el hueso, pero esta pudo pasar casualmente al sustrato en el momento del sepelio o formar parte del relleno.

Resulta problemático fechar cada nivel por las monedas, pues al igual que la mayoría de la fragmentería artefactual, pudieron migrar de un estrato a otro a razón de las continuas labores sepulcrales; no obstante, los rangos temporales identificados para estas piezas permiten precisar de manera general un *post quem* para el uso de estos niveles en su conjunto, con un espacio entre la séptima década del siglo XVI y la segunda mitad del XVII. Lo que fundamenta la división temporal de la secuencia estratigráfica del área trabajada en dos etapas (Apéndice 1), la primera para las últimas décadas del siglo XVI: desde el nivel de enterramiento más antiguo, es decir la UE-1184, hasta el depósito UE-1175; y una segunda etapa, que abarca desde la superficie UE-1173 hasta el establecimiento de los cimientos de mampostería, exponiendo la reutilización diferenciada de las interfaces de enterramientos, las que se hicieron cada vez más superficiales. Al mismo tiempo se pudo determinar un grupo de sepulturas no pertenecientes al siglo XVI y anteriores a 1626, pertenecientes a varios niveles, por la relación que establecen con las bases de cantería, entre ellas: UE-1043, 1047, 1053, 1057, 1101, 1121, 1122, 1152, 1153, 1157, 1158 y 1174.

Del punto de vista tafonómico este comportamiento indica una formación sucesiva del depósito, con una secuencia de registros primarios más o menos completos, siendo a la vez el principal mecanismo de alteración del contexto. Como advierte Pereira (2007: 92), la continua abertura de sepulcros para la inhumación de nuevos cadáveres, en un período largo de tiempo, genera perturbaciones en los sujetos situados anteriormente, cuyos restos pudieron estar en un estado variable de descomposición, lo que explica el hallazgo de huesos desplazados que conservaron sus articulaciones. El estado de conservación y

la representatividad de la serie osteológica excavada en la nave y atrio de la Catedral, se relacionan al grado de alteración de los diferentes niveles de enterramientos en el contexto, efecto directo de la práctica funeraria, lo que produce la desarticulación de los esqueletos y la consecuente dificultad en el análisis bioarqueológico.

En la nave la formación del registro está pautada por una estrategia de sepultura que dividió el espacio por transectos o franjas guías, orientando la práctica en el eje norte-sur, y la utilización de profundidades graduales para los entierros, donde las UE-1080, interfaz 1146 y UE-1149 e interfaz 1150 muestran una evidente relación de continuidad, aunque algunas sepulturas se hicieron intencionalmente más profundas, como en los casos de las UE-1157, 1158 y 1196, que atravesaron varios estratos para ser depositados sus cuerpos en la UE-1150.

La identificación de fosas cóncavas, por las variaciones en el sistema de cotas de los enterramientos en la mayoría de las interfaces, señala la individualización del proceso mortuario manifestado en el entramado de las relaciones secuenciales, y al mismo tiempo, la inexistencia de depósitos primarios simultáneos, que respondieran a la necesidad de entierros múltiples a causa de mortalidad excepcional, como el deceso masivo que producen las epidemias o los desastres naturales.

La formación del registro en el atrio mostró poca variación, aunque algunas orientaciones y posiciones de entierros contrastan con la tendencia observada en el interior de la Catedral, lo que señala condicionantes sociales para el uso de este espacio de la iglesia, materializados en el caso de UE-2008 en la interfaz UE-2002, un individuo enterrado boca abajo, y los entierros PV6C (UE-61) y PV7C (UE-62) exhumados en el año 2000 en este mismo lugar. El primero con los pies dirigidos hacia el oeste, y el segundo hacia el este, con evidencia de cierto cuidado en el momento de inhumación, con el

acomodo de la cabeza. En ambos casos no fue pertinente la orientación arquitectónica del templo y la ubicación del altar, ordenamiento que contextualiza la práctica en este espacio, aunque PV7C (UE-62) cumple con los parámetros católicos de orientación hacia el nacimiento del sol. EL carácter limitado de las excavaciones en el año 2000 y en el 2017, tanto en extensión como en profundidad, no permiten aportar criterios concluyentes sobre la construcción del depósito por acciones de relleno, siendo un área con un declive natural más pronunciado al oeste. Llama la atención la ausencia de los rellenos tardíos detectados en el interior, y la diferencia sustancial de los sustratos en ambos contextos.

En el atrio la compactación fue menos acentuada en las zonas cercanas a las huellas de las raíces del árbol derribado, en un sustrato más granuloso y menos arcilloso que en el interior de la Catedral. Estas características junto a la presencia del césped propiciaron una mayor permeabilidad de la tierra e incidieron en la perdurabilidad tafonómica del material óseo. En contextos funerarios se ha notado que la presencia de plantas es un factor significativo en la formación del registro, no sólo por los cambios que originan el crecimiento de las grandes raíces sino por la absorción de la humedad, reduciendo los ciclos de mojado y secado del suelo (Nawrocki 1991:4).

La determinación de fosas más anchas en las superficies UE-1081 (UE-1041, 1044, 1047 y 1048) y 1146 (UE-1090, 1097, 1099 y 1145) al interior de la Catedral, para entierros ubicados cronológicamente en el siglo XVII, pudiera señalar cambios en el tratamiento diferenciado de algunos cadáveres por razones sociales y culturales en un espacio mortuario saturado. Este procedimiento se manifestó de manera aislada en épocas anteriores, objetivado en la sepultura UE-1176 de la superficie UE-1177, situada cronológicamente en el siglo XVI.

Las alteraciones observadas en el depósito sepulcral de la mencionada unidad 4, incidieron negativamente en la representatividad del material óseo, afectando posteriormente el análisis de laboratorio. En este sentido unas nueve sepulturas (4007, 4012, 4013, 4014, 4015, 4019, 4021, 4022 y 4023) mostraron significativos niveles de distorsión tafonómica, al ser perturbadas por acciones de corte que cercenaron los esqueletos. Aunque esta situación es relevante, las condiciones medioambientales de la costa, entre ellas los cambios de humedad y las características ácidas del sustrato arenoso, también debieron afectar de manera conjunta las osamentas, en lo fundamental las pertenecientes a los individuos más jóvenes. Si bien la frecuencia de los restos humanos excavados en la unidad 4 no es numerosa para realizar inferencias poblacionales, disponer de los resultados bioarqueológicos del conjunto estudiado en el espacio aledaño (Martín, Rivera y Rojas 2008), perteneciente al mismo contexto del siglo XVI temprano, amplía las posibilidades en este sentido.

A su vez, los datos obtenidos permiten definir un área extensa y coherente de enterramientos con orientación de oeste a este, que presupone la existencia de una estructura arquitectónica de material perecedero, delimitando del punto de vista espacial un área de interacción religiosa y funeraria. La orientación mayoritaria de los cuerpos hacia el este muestra la dirección del Altar, con un individuo enterrado en posición inversa, localizado en la cuadrícula B1 de la segunda unidad de las excavaciones previas. Las sepulturas estuvieron concentradas entre las unidades excavadas el año 2003 y 2004 y la unidad 4, con una superficie aproximada de 67 m<sup>2</sup> (Fig. 4.34). Las unidades PVCA-3 y 5, al igual que las calas de exploración no arrojaron vestigios de enterramientos, y muy poco material disperso relacionado con la actividad religiosa y mortuoria, cuestión que será abordada en el próximo capítulo.

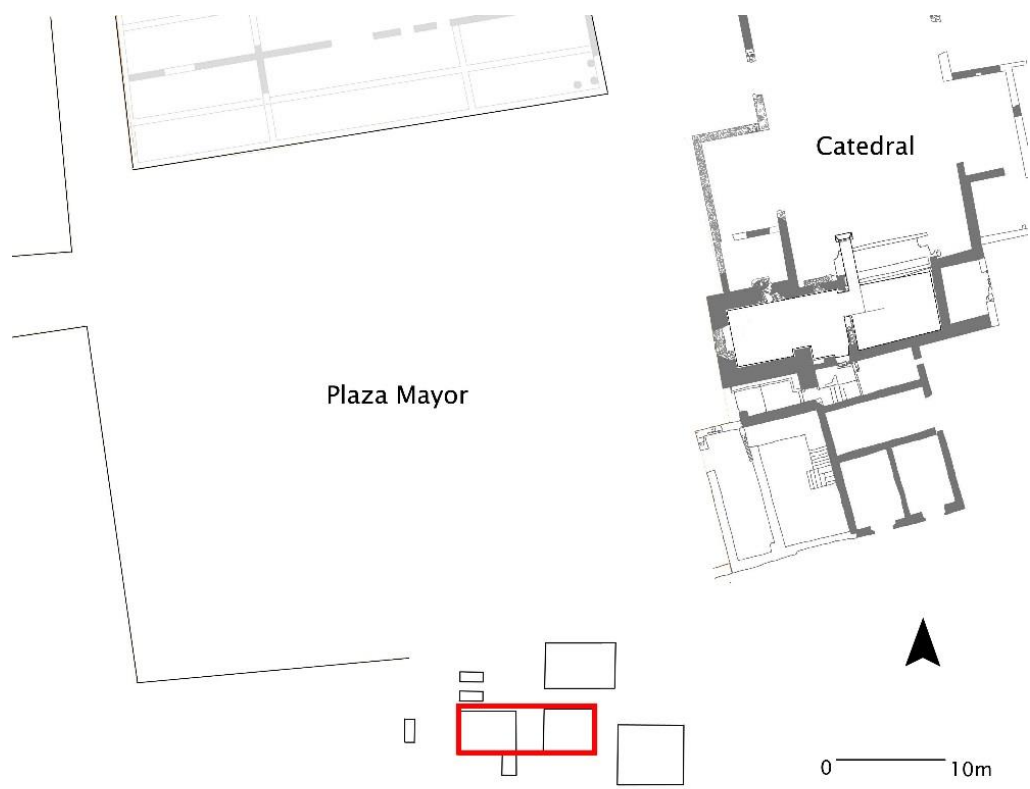


Figura 4.35. Área de enterramientos al sureste de la Plaza Mayor, según los resultados de las investigaciones de 2003, 2004 y 2018.

## **CAPÍTULO 5. Estudio de los objetos relacionados con enterramientos: nave y atrio de la Catedral y sureste de la Plaza Mayor**

La dimensión artefactual de los patrones de interacción religiosa en la Catedral, enrolada con las maneras de cómo suceden y qué contenido expresan, es tratada en este capítulo como objetos acompañantes, algunos localizados en los enterramientos y en los estratos generales de los depósitos funerarios. En el caso de las excavaciones al sureste de la Plaza Mayor se detallan los objetos relacionados con el bautismo, pormenorizando los atributos formales y los posibles vínculos culturales que justifican su utilización. Como necesario punto de partida se argumentan los criterios de selección del material atribuible a la práctica religiosa y funeraria, acorde a la perspectiva estratigráfica asumida para el registro y análisis de los contextos. No obstante, en todas las unidades y estratos, de forma independiente a la pertinencia para interpretar la materialidad de la muerte, se examinan los conjuntos de objetos y se discuten sus funcionalidades, connotaciones y significados, considerando los atributos físicos, tecnológicos y los rangos temporales de uso en otros sitios americanos. Se instrumenta el criterio de las producciones alternativas, que muestran las necesidades de satisfacer requerimientos religiosos desde configuraciones culturales individuales y colectivas, no viables desde el mundo artefactual disponible por las producciones coloniales. Esto permite no solo una mejor comprensión del carácter de las unidades excavadas, sino de la variabilidad de los contextos de la muerte: la nave y el atrio de la Catedral y el sureste de la Plaza Mayor.

### **5.1 Criterios de selección y características generales de la muestra**

Los resultados estratigráficos y tafonómicos de las excavaciones en la nave y el atrio de la Catedral, en tanto la definición como contextos primarios y depósitos construidos mediante continuos rellenos, con el claro propósito de la inhumación, permitieron considerar para la investigación solo el material vinculado con las prácticas funerarias. Los restos redepósitos en los rellenos pertenecen en lo fundamental a fragmentería

muy pequeña de cerámica, vidrio, algunas herramientas de sílex, restos orgánicos de dieta y elementos asociados con actividades constructivas, entre ellos fragmentos de tejas acanaladas, ladrillos y clavos de diferentes tamaños forjados en hierro.

Todo este material debió extraerse de algún lugar de desecho doméstico cercano a la Catedral en Panamá Viejo, al mostrar rasgos temporales y culturales enmarcados en el período de ocupación de la ciudad. No obstante, su utilidad puntual como indicador cronológico se ve limitada, no sólo por formar parte de los rellenos constructivos, sino por las continuas labores sepulcrales que alteraron los depósitos. De esta manera, el material original provechoso del punto de vista cronológico y cultural, pasó directamente al registro arqueológico con el continuo proceso de inhumación, en calidad de objetos que acompañaron a los difuntos (O´Shea 1984: 2) (Sprague 2005: 29), como descarte en el lugar luego de formar parte de algún ritual católico, o bien por la pérdida o descuido durante estos procesos. En consecuencia, el conjunto estudiado, relativamente mejor conservado que el resto de los elementos, refiere las actividades primarias en estas áreas.

De manera similar el estudio de la cultura material procedente de las excavaciones al sureste de la Plaza Mayor, se fundamentó en la evaluación estratigráfica, el grado de transformación de los espacios y la naturaleza de los contextos, siendo la unidad PVCA-4 la única que presentó un estrato primario de enterramientos en la superficie UE-4006 con su respectivo depósito UE-4008. Este criterio se mantuvo en las otras unidades investigadas (3 y 5) y en las calas exploratorias complementarias, con la finalidad de establecer la extensión del área funeraria, e identificar los límites de la posible estructura arquitectónica de una antigua iglesia, a partir del estudio de los elementos involucrados con la práctica religiosa, además de discernir las particularidades de los estratos originales transformados por las ocupaciones posteriores. La legitimidad de este accionar se establece teórica y metodológicamente en una perspectiva enfocada en la

centralidad de la secuencia estratigráfica, a partir de la cual el estudio del material arqueológico se instituye en las condiciones relacionales entre el conjunto y los eventos estudiados en cada depósito (Roskams 2001: 150–152) (Harris 1991: 165–175).

La excavación de la unidad 1 en el interior de la Catedral recuperó un total de 138 restos relacionados con las prácticas mortuorias (Tabla 5.1), con un 18,8 por ciento relacionado con espacios sepulcrales de unos catorce individuos o cerca de registros óseos, siendo problemático para el 81,2 por ciento de los casos restantes asegurar correlaciones más específicas, más allá de los niveles generales estratigráficos correspondientes.

*Tabla 5.1. Indumentaria por unidades estratigráficas en la excavación del interior de la Catedral (PVCA-1)*

Unidad PVCA-1	UE-1001	UE-1002	UE-1004	UE-1009	UE-1080	UE-1149	UE-1151	Totales
<b>Metal</b>		<b>4</b>	<b>4</b>	<b>18</b>	<b>58</b>	<b>4</b>		<b>88</b>
Anillos		1		1	2			4
Hebillas		1		1	1			3
Cascabeles		1						1
Pasamanos				7	24			31
Herretes					1	2		3
Alfileres				6	25	1		32
Botones				2	1	1		4
Aretes					1			1
Crucifijos					1			1
Higas			3					3
Estación de rosario					1			1
Medallas religiosas		1	1	1	1			4
Hilos trenzados				X	X	X		
<b>Vidrio</b>	<b>3</b>	<b>1</b>			<b>6</b>	<b>16</b>		<b>26</b>
Cuentas	2	1			6	15		24
Botones	1							1
Aretes						1		1
<b>Molusco marino</b>		<b>2</b>			<b>4</b>	<b>2</b>	<b>3</b>	<b>11</b>
Piezas redondeadas		2			2	1	1	6
Cuentas					1	1	2	4
Corazón					1			1
<b>Piedra</b>					<b>1</b>			<b>1</b>
Colgantes					1			1
<b>Hueso</b>					<b>3</b>			<b>3</b>
Cuentas en vertebra de pescado					2			2
Imagen religiosa					1			1
<b>Otros</b>		<b>1</b>	<b>1</b>	<b>2</b>	<b>5</b>			<b>9</b>
Cuentas en ámbar		1	1	2	4			8

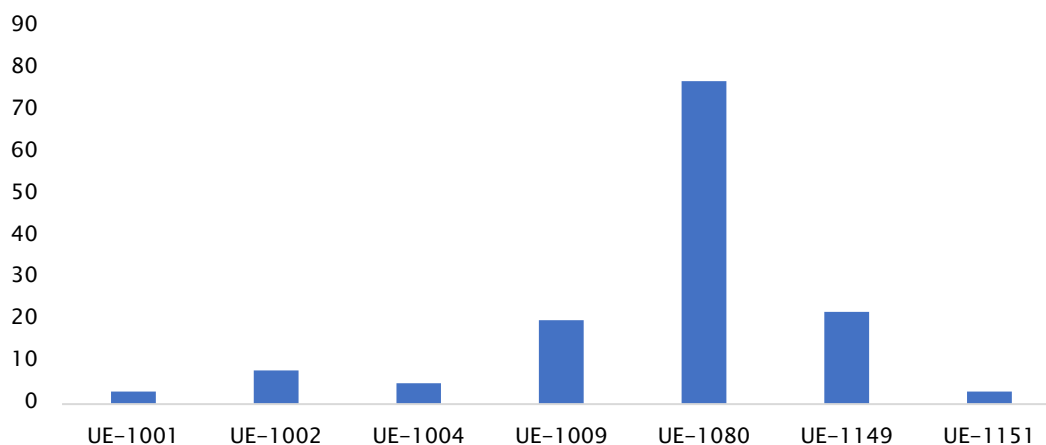


Cuentas en azabache					1			1
<b>Totales</b>	<b>3</b>	<b>8</b>	<b>5</b>	<b>20</b>	<b>77</b>	<b>22</b>	<b>3</b>	<b>138</b>

Nota: en el caso de los conjuntos de hilos metálicos trenzados solamente se indica su presencia en la UE.

Los artefactos clasificados en su mayoría están confeccionados en metal, con un 63,7 por ciento respecto al total, y un 36,2 por ciento en otros materiales: ámbar, azabache, hueso, piedra, molusco marino y vidrio. La mayor frecuencia de indumentaria se concentró en el depósito intermedio UE-1080 de la superficie UE-1146, y en menor medida en las próximas UE-1009 y 1149 (Gráfico 5.1). Se trata de los niveles con mayor cantidad de restos óseos humanos, tanto en registros primarios, secundarios y osamentas desplazadas y perturbadas, ubicados cronológicamente en el siglo XVII, con al menos veinte entierros comprobadamente ejecutados antes de 1626.

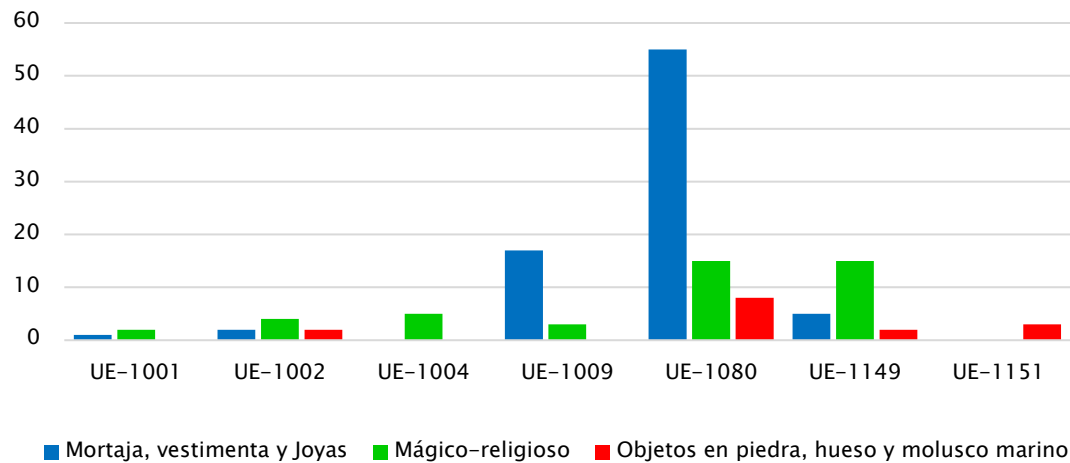
*Gráfico 5.1. Objetos relacionados con la práctica mortuoria por UE en PVCA-1.*



Los elementos relacionados con el vestuario y los ornamentos personales mostraron mayor frecuencia en las UE-1080 y 1009, y en menor medida en la UE-1149, entre ellos los alfileres usados en el amortajamiento de los difuntos, mientras que los vinculados al ámbito mágico-religioso manifestaron cantidades similares en las UE-1080 y 1149, manteniendo una baja presencia en el resto de los estratos. Los objetos mágico-religiosos y de ornamento personal que implican producciones alternativas a

necesidades culturales, facturados en piedra, hueso y molusco marino, ocurrieron con bajas frecuencias en las UE-1080, 1149 y 1151, con dos elementos aislados elaborados en bivalvos marinos en la UE-1002, mostrados de manera separada por el interés que revisten (Gráfico 5.2).

*Gráfico 5.2. Indumentaria según ámbito de uso y objetos facturados en piedra, hueso y molusco marino por UE en PVCA-1.*



En la excavación del atrio de la Catedral solo catorce elementos formaron parte de la práctica funeraria (Tabla 5.2), y ninguno pudo ser relacionado con espacios sepulcrales individuales. De ellos un 57,1 por ciento está fabricado en metal, y el 42,8 por ciento restante en molusco marino y vidrio. La UE-2010, no concluida durante la excavación, presentó un panorama muy modesto frente a su antecesora, la UE-2001, donde los objetos mágico-religiosos, a pesar de su baja frecuencia, mostraron equivalencia con los utilizados en vestimenta, ornamento personal y mortaja, sumando un elemento manufacturado en molusco marino (Gráfico 5.3).

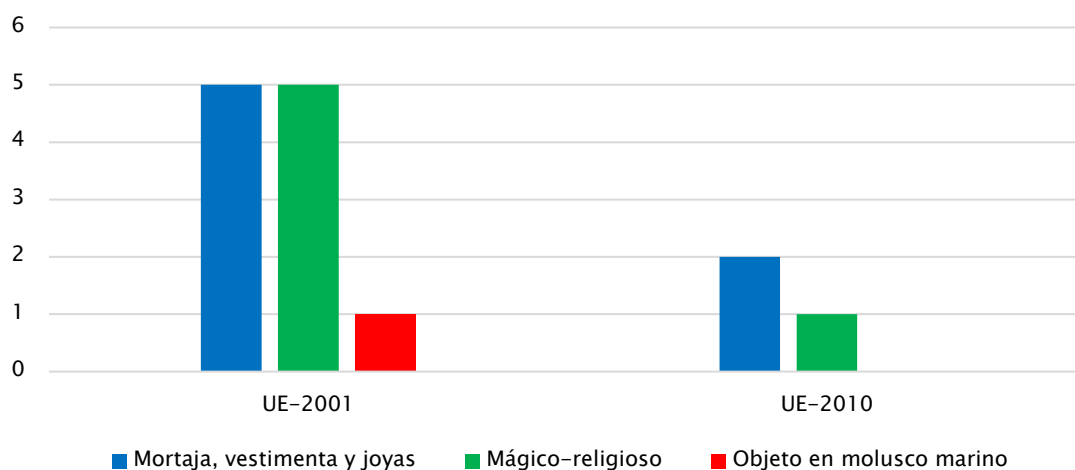
*Tabla 5.2. Indumentaria por unidades estratigráficas de la excavación en el atrio de la Catedral*

	PVCA-2	UE-2001	UE-2010	Totales
<b>Metales</b>		<b>6</b>	<b>2</b>	<b>8</b>
Anillos			1	1
Pasamanos		3		3

Alfileres	2		2
Botones		1	1
Medallas Religiosas	1		1
Conjunto de hilos trenzados	X		
<b>Otros materiales</b>	<b>5</b>	<b>1</b>	<b>6</b>
Corazón en molusco marino	1		1
Cuentas de vidrio	4	1	5
<b>Totales</b>	<b>11</b>	<b>3</b>	<b>14</b>

Nota: en el caso de los conjuntos de hilos metálicos trenzados solamente se indica su presencia en la UE.

*Gráfico 5.3. Indumentaria según ámbito de uso y objeto facturado en molusco marino por UE en PVCA-2.*



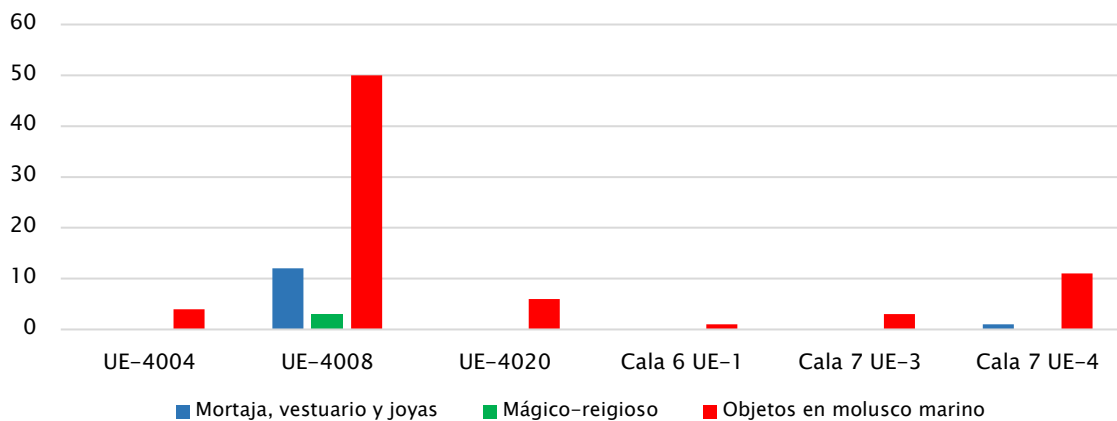
Las excavaciones al sureste de la Plaza Mayor manifestaron una situación diferente a la observada en los espacios de la Catedral, reflejo de la ocupación temprana del área, sus particularidades históricas y las transformaciones postdeposicionales. La excavación de la unidad PVCA-4 arrojó un total de 91 objetos, de ellos 65 concentrados en el estrato 8 que cubría la superficie de entierros, indicando su evidente procedencia funeraria y religiosa, de ellos el 27,6 por ciento fue hallado en relación o cercanos a entierros específicos. La UE-4004, antecedente de la UE-4008 presentó cuatro elementos, que por sus características se admitieron pertenecientes solo al ámbito religioso, particularidad advertida, en lo fundamental, para los materiales recuperados en las calas exploratorias 6C y 7C, practicadas en la vertiente sur y oeste del corte principal (Tabla 5.3).

*Tabla 5.3. Indumentaria por unidades estratigráficas en la excavación de la unidad 4 y las calas 6 y 7 al sureste de Plaza Mayor*

PVCA-4	UE - 4004	UE-4008	UE-4020	Cala 6 UE-1	Cala 7 UE-3	Cala 7 UE-4	Totales
<b>Molusco marino</b>	<b>4</b>	<b>50</b>	<b>6</b>	<b>1</b>	<b>3</b>	<b>11</b>	<b>75</b>
Pieza ovalada	2	23	1		1		27
Pieza redondeada		3	1				4
Pieza perforada en el umbo	2	12	4	1	2	11	32
Cuentas		12					12
<b>Otros</b>	<b>0</b>	<b>15</b>		<b>0</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>16</b>
Candelabro en piedra		1					1
Candelabro en cerámica		1					1
Alfileres		8					8
Hebilla de cobre		1					1
Herretes		2				1	3
Botón en nácar		1					1
Cuenta de piedra		1					1
<b>Totales</b>	<b>4</b>	<b>65</b>	<b>6</b>	<b>1</b>	<b>3</b>	<b>12</b>	<b>91</b>

La mayoría de los artefactos localizados fueron manufacturados localmente en molusco marino y piedra, y en menor medida en metal, cerámica y nácar. Estos tienen una presencia significativa en la UE-4008 y relativamente ligera en la cala 7C, manteniéndose con porcentos muy bajos en las restantes (Gráfico 5.4).

*Gráfico 5.4. Indumentaria según ámbito de uso y objetos facturados en molusco marino por UE en PVCA-4 y calas 6C y 7C.*



Igualmente, los elementos relacionados con el uso de mortaja, vestimenta, ornamento personal y del ámbito mágico-religioso elaborados en metal fueron muy escasos, notándose la ausencia de las medallas religiosas, escenario contrastante con las características que manifestó la indumentaria en la Catedral, exponiendo dos expresiones funerarias de épocas diferentes.

En la parte norte del área la unidad 3, y la cala 2C en su extremo suroeste, contaron pocos objetos, entre ellos un arete y una cuenta de vidrio, y cuatro conchas trabajadas, similares a las encontradas en la unidad 4 y las calas 6C y 7C (Tabla 5.4).

*Tabla 5.4. Indumentaria por unidades estratigráficas en la excavación de la unidad 3 y la cala 2C al sureste de Plaza Mayor*

PVCA-3	UE -3001	UE-3004	Cala 2 UE-2	Totales
<b>Molusco marino</b>	1	1	2	4
Pieza redondeada	1			1
Pieza ovalada		1	1	2
Pieza perforada en el umbo			1	1
<b>Otros</b>	0	0	2	2
Aretes de metal			1	1
Cuentas de vidrio			1	1
<b>Totales</b>	2	2	4	6

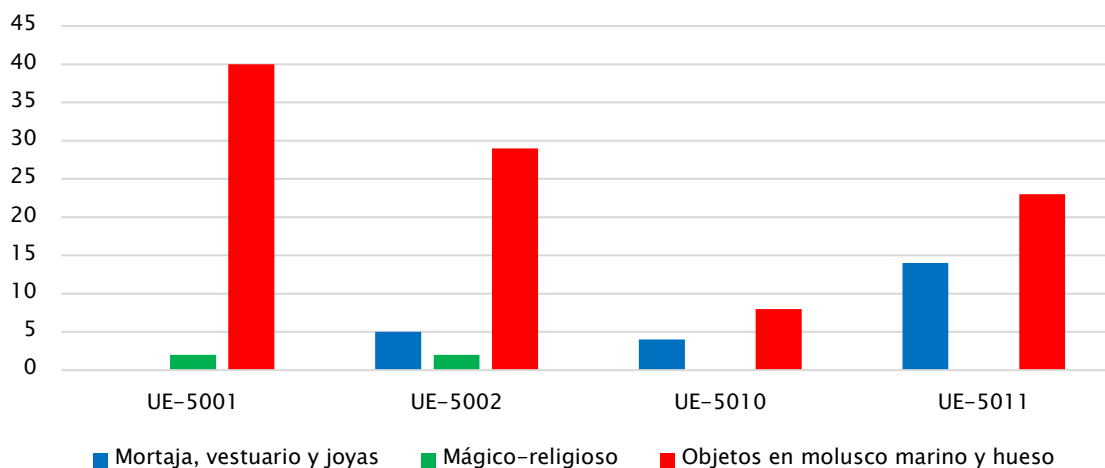
En las UE-5001, 5002, 5010 y 5011 de la unidad 5 fueron rescatados unos 127 elementos relacionados con el ámbito mágico-religioso, vestimenta y ornamento personal (Tabla 5.5). La mayoría facturada en concha marina con un 78,7 por ciento respecto al total, mientras que los artefactos en metal poseen un 11,02 por ciento y un 10,2 por ciento otros materiales, como el vidrio, el azabache y el hueso. Llama la atención el incremento de los objetos de metal, no localizados en la unidad 4, lo que refuerza la inferencia de una ocupación y transformación del espacio en el siglo xvii, precisada en el capítulo anterior. Asimismo, la distribución sostenida de los moluscos marinos modificados, independientemente de la frecuencia, indicando su preexistencia a las transformaciones ocurridas, incluso para el estrato UE-5002, propios de un contexto

más antiguo en este espacio (Gráfico 5.5). De todo el conjunto recuperado solo dos elementos (medalla religiosa y cuenta de vidrio) fueron localizados próximos a los fragmentos de extremidades inferiores (UE-5006), situados en la interfaz UE-5005 del hueco de basura, posiblemente contemporáneos en el descarte.

*Tabla 5.5. Indumentaria por unidades estratigráficas en la excavación de la unidad 5 al sureste de Plaza Mayor*

PVCA-5	UE-5001	UE-5002	UE-5010	UE-5011	Totales
<b>Molusco marino</b>	<b>40</b>	<b>28</b>	<b>8</b>	<b>22</b>	<b>98</b>
Pieza ovalada	28	18	6	12	64
Pieza redondeada	5	2		3	10
Pieza trapezoidal		1		1	2
Pieza perforada en el umbo	7	5	2	6	20
Cuentas		2			2
<b>Metal</b>	<b>2</b>	<b>5</b>	<b>1</b>	<b>6</b>	<b>14</b>
Anillos		1		3	4
Herretes		2			2
Alfileres		1		1	2
Aretes				2	2
Medallas religiosas	1	1			2
Campana	1				1
Punta metálica de funda de arma blanca			1		1
<b>Otros</b>	<b>0</b>	<b>3</b>	<b>3</b>	<b>9</b>	<b>15</b>
Cuenta de vidrio		1			1
Pieza labrada en hueso		2			2
Anillos de azabache			3	9	12
<b>Totales</b>	<b>42</b>	<b>36</b>	<b>12</b>	<b>37</b>	<b>127</b>

*Gráfico 5.5. Indumentaria según ámbito de uso y objetos facturados en molusco marino y hueso por UE en PVCA-5.*



## 5.2 Nave de la Catedral: objetos relacionados con enterramientos

Las localizaciones fueron realizadas entre UE-1081 y el estrato 1149, perteneciente a la superficie UE-1150, con evidente predominio en las últimas dos superficies de enterramientos UE-1081 y 1146. Los escasos elementos se inscriben en el ámbito del vestuario, el uso de mortaja y escasamente el mágico-religioso, en el caso de las cuentas elaboradas en ámbar (Tabla 5.6).

*Tabla 5.6. Frecuencia y distribución de objetos acompañantes localizados en enterramientos. Excavación del interior de la Catedral de Panamá Viejo.*

Entierros	UE de referencia	Pasamanos	Botones	Alfileres	Cuentas en ámbar	Hilos de Metal	Totales
1042	1081		1		1	Plata y oro	2
1047	1081		1			Plata	1
1049	1081	6				Plata	6
1051	1081	1					1
1053	1081					Plata	
1097	1146			1			1
1103	1146	2		1		Plata	3
1108	1080	1					1
1110	1080	1					1
1124	1080				1		1
1131	1146	5				Plata	5
1139	1146			2			2
1141	1146			2			2
1157	1150					Plata	
	<b>Totales</b>	<b>16</b>	<b>2</b>	<b>6</b>	<b>2</b>		<b>26</b>

El enterramiento UE-1042 en la superficie UE-1081 mostró un registro significativo de hilos metálicos en la parte superior del cuerpo, adheridos a los huesos y entre los espacios intercostales, rellenos por el proceso de descomposición. Las hebras tienen un grosor de 0,5 mm, elaboradas por el trenzado en espiral de un delgado filamento metálico (Fig. 5.1A). La observación de todas las muestras de hilo metálico pertenecientes a la excavación de la nave y el atrio de la Catedral, incluyendo pasamanos con varios grados de deterioro, indicó que el trenzado en espiral fue la manera de fabricación para la consecuente guarnición de varios tipos de prendas. Era una modalidad lograda con finas tiras laminadas enrolladas alrededor de un núcleo fibroso, de origen vegetal o animal, confiriéndole ductilidad al hilo. Aunque la fecha de la invención se

desconoce, este tipo de manufactura significó el primer cambio en la obtención de hebras metálicas redondeadas similares a las orgánicas, empleadas durante el período romano tardío (Karatzini 2016:180). Con estas hebras se realizaban las variadas guarniciones usadas exclusivamente para la decoración de las vestimentas y otras piezas, oficio artístico conocido como pasamanería en toda Europa, que refiere la hechura de una amplia variedad de adornos plisados, trenzados, tejidos y acordonados (Sancha 1794: 408).

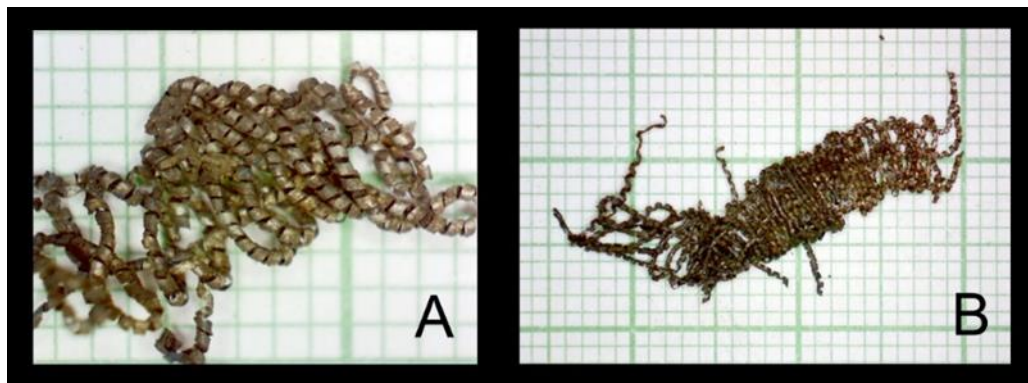


Figura 5.1. Hilos metálicos localizados en UE-1042. (A): Conjunto en el que se observa la forma trenzada para la confección de las hebras. (B): Banda tejida con hilos metálicos. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

La pasamanería compensó la escasez en España de textiles decorados con brocados de metales preciosos, los que habían sido prohibidos desde la decimosexta centuria, condicionando un cambio decisivo en las maneras de vestir, palpable desde la segunda década del siglo XVII, cuando la rigidez tradicional del vestuario dio paso a formas mucho más ligeras (Boucher 1967: 278). Todo el desarrollo relacionado con la producción de hilos metálicos tendió a la producción de ropas cada vez más livianas y menos costosas, búsqueda que estaba extendida en el viejo continente para la décimo séptima centuria (Karatzani 2016:188). Sin embargo, el uso de atuendos en la ropa incluyó, además de elementos confeccionados en oro y plata, otros materiales como el vidrio y las piedras preciosas, muy utilizados desde el siglo XVI para la ropa de élite y militar, lo cual



experimentó un auge en las primeras décadas del siglo XVII, a pesar de los intentos reales por mitigar las extravagancias en el vestir (Boucher 1967:278) (Fernández 1984: 51) (Deagan 2002: 177). Igualmente fueron confeccionadas pasamanería y prendas mucho más modestas y populares que imitaron tales exuberancias, con adornos basados en hilos de latón y cobre, recubiertos de oro y plata, destinadas a los sectores sociales más bajos, productos que llegarían al Nuevo Mundo por la demanda del comercio colonial. En la España de los dos primeros siglos coloniales los vestidos de hombres y mujeres se engalanaban con ricas obras de pasamanería superpuestas, a base de numerosos tejidos, hilos metálicos y otros materiales valiosos.

Debajo de la parte izquierda de la cintura escapular en UE-1042, sobresaliendo por encima del hombro, fueron localizados hilos plateados, asimismo en el tórax, fundamentalmente en la parte derecha intercostal, otros cinco grupos recuperados mostraron vestigios de tres formas de tejidos diferentes, para los que se usaron hebras plateadas y doradas. Un conjunto reveló un patrón en lazo cada dos o tres milímetros, otros formaron un modelo entrelazado en forma de banda o cinta de 0,5 cm de ancho con tres filamentos guías (Fig. 5.1B), y un tercero formó alguna pieza en la que los hilos estaban sujetos a los extremos plegados de láminas plateadas de 0,3 cm de ancho y 0,6 cm de largo, vestigios de la diversidad de la indumentaria utilizada para el ornamento de la ropa.

Un botón de plata en filigrana, que representa una flor de seis pétalos con 1,8 cm de diámetro, se halló junto a un grupo de hebras plateadas sueltas, al lado derecho entre la clavícula y una de las primeras vertebrae torácicas (Fig. 5.2). La joya está compuesta de dos piezas tejidas soldadas, que crearon un vacío originalmente relleno con algún textil orgánico perecedero. La pieza superior se confeccionó con hilos entorchados y delgadas láminas que forman los seis pétalos, con un acabado al centro con cuatro

pequeños pétalos y una gota o perla, confiriéndole una fina apariencia entretejida. La pieza posterior se hizo sólo de delgadas láminas, lo que incluye el ojo para la sujeción. También en el área del tórax fue registrada una cuenta de rosario en ámbar opaco, con trazas de colorante rojo, de forma ovalada con 0,7 cm de largo y de 0,5 cm por su parte más gruesa, y un orificio longitudinal de 0,2 cm de diámetro y transversal de 0,1 cm.



Figura 5.2. Entierro UE-1042 en la interfaz UE-1081 en el momento del hallazgo del botón de plata en filigrana (A), en el recuadro arriba a la derecha una ampliación de la localización en la osamenta (B) y la pieza restaurada (C).

Un botón de metal en forma de bola, fabricado en aleación de cobre con huellas de baño dorado, fue hallado en UE-1047, sepultura al centro de la sección en UE-1081. El diámetro de la pieza es de 0,6 cm, con una altura de 0,7 cm. Este mismo individuo mostró en la parte del tórax un conjunto de hilos metálicos plateados, en lugar cercano a otro grupo de hilos descubierto en UE-1053, entierro cortado por la fosa de UE-1047, por lo que estos componentes pudieran pertenecer a este último. Los hilos descubiertos en UE-

1053 mostraron el mismo patrón en lazo, cada dos o tres milímetros, observado anteriormente en UE-1042.

Tres pasamanos adheridos a los huesos de la mano derecha y tres en el espacio intercostal de UE-1049, además de hilos plateados aislados, indicaron la conservación de una porción de la vestimenta en este individuo, al ser alterado parcialmente por la fosa de UE-1047. Los pasamanos mejor conservados, hallados entre las costillas, fueron clasificados como Cabeza de Turco, conocidos también como del tipo 1 (Martín y Figueroa 2001: 221), con medidas similares de 0,7 cm de largo y 0,5 cm de ancho, y un orificio de 0,2 cm para engarzarlos. Los otros tres exhibieron marcado deterioro, fundamentalmente por compresión y deshilado, indicios de modificación por procesos de perturbación, con variaciones considerables en sus proporciones: 1,9 cm de largo y 1,1 cm de ancho para las piezas aplanadas (Fig. 5.3). Un pasamano plateado algo deshilado, semejante a los del tipo 1, fue localizado en UE-1051, con 1,8 cm de largo y 0,5 cm de ancho.

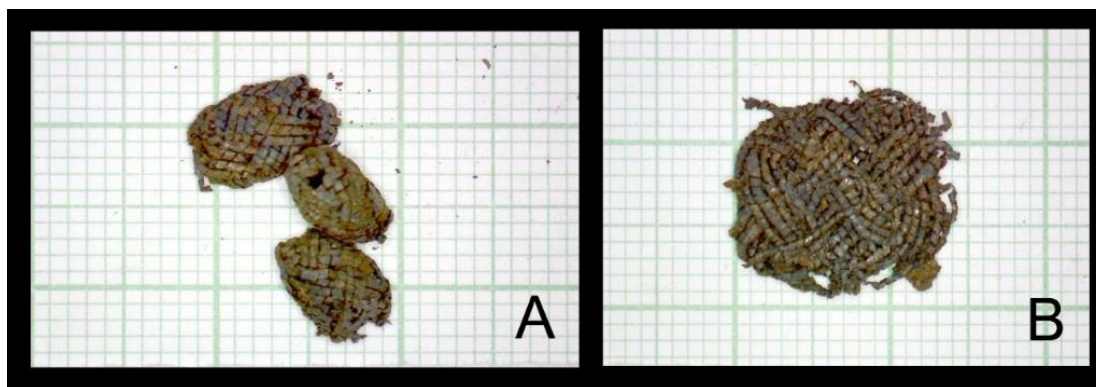


Figura 5.3. Pasamanos del tipo Cabeza de Turco localizados en UE-1049: A-en el espacio intercostal. Obsérvese el orificio para engarzar las piezas. B- Uno de los adheridos a los huesos de la mano derecha. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

Varios objetos acompañantes están relacionados con registros óseos en el depósito UE-1080, entre ellos dos pasamanos plateados del tipo 1, encontrados muy cerca de los cráneos UE-1108 y UE-1110, en un conglomerado de huesos desplazados al sur de la

sección. Ambos manifestaron transformaciones por presión y rasgadura, con tamaños coincidentes entre 1,1 cm de largo y 0,8 cm de ancho. Una cuenta fracturada de rosario en ámbar opaco, de forma redondeada, fue hallada cercana al cráneo UE-1124, también desplazado y ubicado al sur de la sepultura UE-1088, que alteró considerablemente el entorno. La pieza con huellas de colorante rojo tiene un diámetro 0,9 cm y un orificio de 0,2 cm. En UE-1097 al centro de la excavación, sepultura perturbada por el corte de la fosa de UE-1099, se halló un fragmento de alfiler de metal con un grosor de 0,1 cm. Un poco más al este, en un enterramiento sin cráneo (UE-1103), fueron registrados dos pasamanos Cabeza de Turco y un grupo de hebras de plata, con signos de deterioro semejantes a los identificados anteriormente, el mejor conservado tiene de largo 1,1 cm y 0,8 cm de ancho. Asimismo, en la parte de la pelvis de esta sepultura se localizó un alfiler de metal muy bien conservado, posiblemente de aleación de cobre, con un largo de 3,1 cm, grosor 0,1 cm y cabeza enrollada de 0,2 cm de diámetro.

Al oeste de UE-1103, en el espacio intercostal derecho de UE-1131, también una sepultura alterada, se obtuvo cinco pasamanos plateados del tipo 1, cuatro de ellos en muy mal estado de conservación, el más preservado midió de largo 1,4 cm y ancho 1,1 cm. En el espacio del tórax de UE-1139, fueron hallados dos fragmentos de alfileres de 0,1 cm de grosor y cabeza enrollada de 0,2 cm, se trata de un entierro primario localizado en la ampliación al norte de la excavación. Otros dos fragmentos de alfileres de cobre, se ubicaron en UE-1141, sepultura al centro de la excavación. Los ejemplares tienen de largo 1,9 cm por 0,1 cm de grosor, y cabeza de 0,2 cm. Y la sepultura UE-1157 en la interfaz UE-1150, presentó un grupo de hilos de plata.

### 5.3 Nave de la Catedral: indumentaria por unidades estratigráficas

#### a. Mortaja, vestimenta y ornamento personal

Los materiales no relacionados con entierros particulares tienen una mayor diversidad y frecuencia, situación relacionada con la perturbación del contexto. En el ámbito de los objetos de uso personal, clasificados como joyería popular, fueron recuperados en la UE-1002 y UE-1009 dos anillos sencillos con características similares, hechos de cobre y aro liso redondeado, el primero con una talla de 2 cm y 0,2 cm de grosor, y el segundo con 1,7 cm y exactamente el mismo grosor del primero. Otros fragmentos de dos sortijas muy comunes para sitios coloniales del siglo XVII aparecieron en la UE-1080, ambas elaboradas con alguna aleación de cobre, presentan coronas alzadas de forma cuadrada para el engaste de piedras. La talla aproximada de la primera es de 1,4 cm, con una corona de 0,3 cm de altura y engaste de 0,4 cm, en el que se pudo identificar restos de la piedra de fantasía o vidrio de color verde (Fig. 5.4). La corona de la segunda tiene una altura de 0,4 cm y el engaste 0,5 cm, con una talla aproximada de 1,7 cm. Era costumbre para la época el uso de joyas en ambos sexos, sin embargo, por el momento es difícil atribuir una funcionalidad de género específica para el caso de los anillos, aunque el predominio de tallas pequeñas en las sortijas, pudieran atribuirse al uso femenino.

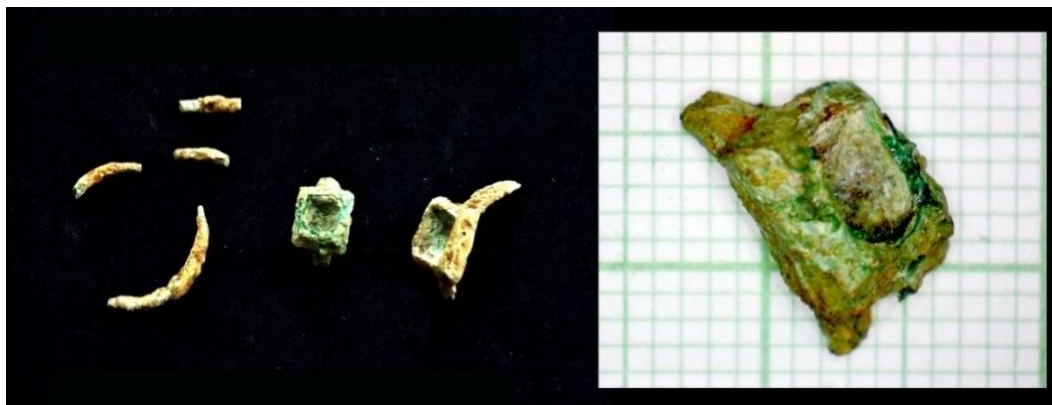


Figura 5.4. Fragmentos de sortijas con engaste de forma cuadrada excavados en la UE-1080, a la derecha imagen obtenida con microscopio digital, que detalla la corona con restos de vidrio de color verde.



Dentro de esta categoría, también en la UE-1080, se encontró un arete sencillo de plata, en el cual la parte exterior del pendiente semeja una flor de ocho pétalos, con un diámetro de 0,8 cm y una altura de 1,4 cm (Fig. 5.5A). Una lágrima de vidrio traslúcido de color verde, conocida como perla Punta Rassa, está relacionada con el colgante de un arete en la UE-1149 (Fig. 5.5B). En base a los ejemplares estudiados en sitios de misiones españolas en La Florida, John Goggin consideró que en América estos colgantes eran más comunes para principios del siglo XVII, aunque en España fueron populares durante el siglo XVI. En sitios funerarios indígenas de finales del siglo XVI e inicios del XVII, vinculados a la presencia española e inglesa en Norteamérica, se han encontrado con frecuencias muy bajas y signos de reasignación estética, formando parte de ajuares o vestimentas mortuorias de individuos femeninos y jóvenes (Pluckhahn 1996:59-62). Estas lágrimas de vidrio se fabricaban en molde con la respectiva argolla de sujeción en el extremo más fino de la pieza, parte que perdió el ejemplar encontrado, para quedar con una longitud de 1,8 cm por 1,2 cm por su lado más ancho, y 0,3 cm de grosor.

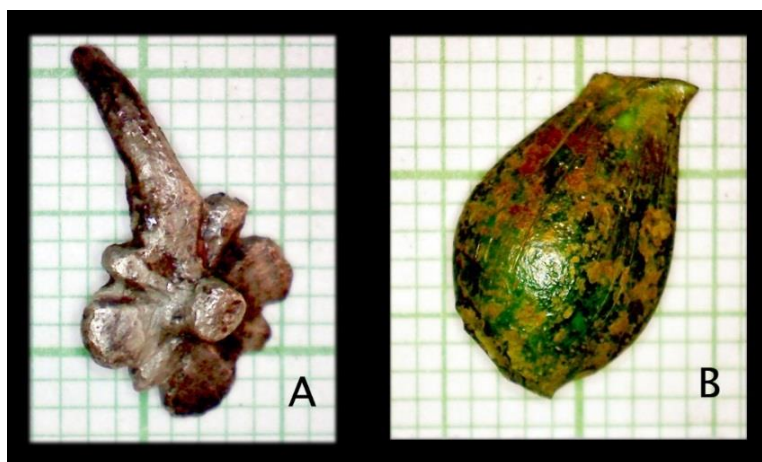


Figura 5.5. Aretes recuperados en las UE-1080 y 1149, de plata (A) y de vidrio (B). Imágenes obtenidas con microscopio digital.

De manera general los artefactos relacionados con la vestimenta cumplen un rol funcional y ornamental, entre estos se encuentran los botones de metal y de vidrio, las hebillas, los herretes o agujetas y los mencionados pasamanos. Los herretes, conocidos

también como cordones, cintas o correas, tienen forma de pequeños tubos levemente cónicos, fabricados de láminas de cobre o aleación de cobre para las prendas modestas. Fueron el cierre de ropa habitual hasta mediados del siglo xvii, cuando paulatinamente cayeron en desuso sustituidos por los botones (Fernández 1984: 76–77) (Molinet 1996: 47). Eran empleados para reforzar los extremos de las correas que unían las diferentes prendas en ambos sexos, convirtiéndose rápidamente en un adorno y signo de lujo para las clases acomodadas europeas en el siglo xvi, quienes lo usaron de metales preciosos y acabada elaboración (Boucher 1967: 191–248) (Deagan 2002: 175). En el primer cuarto de la decimoséptima centuria los herretes alcanzaron una posición destacada en la moda europea, inspirada en el siglo anterior, como parte decorativa esencial del conjunto masculino, mientras el vestuario de las clases empobrecidas no experimentó prácticamente ningún cambio en el uso de este artefacto, incluso en piezas muy simples y sobrias (Boucher 1967: 288).

Durante los dos primeros siglos coloniales, la ropa suministrada por los encomenderos a los indios en Panamá, y luego usada generalmente por los negros esclavos en las faenas cotidianas, era de algodón, lienzo de estopa y tela de cañamazo en prendas muy sencillas –livianas y de poco valor–, la de cañamazo debió ser similar a la que utilizaba la clase pobre en el campo español, mientras la clase pudiente importaba las prendas elaboradas y diferentes tipos de telas, lo que señala la existencia de sastres para la confección local de ciertas vestimentas, como los jubones, mencionados en algunos de los documentos históricos relacionados con la región (Jopling 1994: 24, 26, 198, 201 y 210) (Boucher 1967: 288).

En la UE-1080 se recuperó una agujeta laminada de plata de perfil cónico, con un largo de 3 cm y grosor entre 0,2 cm y 0,3 cm (Fig. 5.6A). En UE-1149 se hallaron dos, una de ellas seguramente de fabricación local, lograda a partir del enrollado de una

delgada lámina de oro, en forma cónica, con 3 cm de largo y grosor entre 0,3 y 0,4 cm (Fig. 5.6B). El segundo es de alguna aleación de cobre, algo deteriorado en ambos extremos, aunque conserva las dimensiones: 3,5 cm de longitud y grosores de 0,3 cm y 0,4 (Fig. 5.6B).



Figura 5.6. Agujetas o herretes: en plata de la UE-1080 (A) y (B) agujetas de oro –arriba– y aleación de cobre de la UE-1149.

Los botones están reportados con una escasa frecuencia para la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII en sitios coloniales hispanos en América, elaborados en metal y vidrio, con formas mayormente redondeadas u ovaladas y ojos de alambre, además de acabados en dorado, diseños a relieve e incrustaciones (Hume 1970: 88) (Deagan 2002: 161).<sup>61</sup> Los botones de metal rescatados en las excavaciones de la nave de la Catedral cumplen básicamente con estas descripciones, los hallados en las UE-1080 y UE-1149 son sólidos y tienen forma de bola, con vástagos que seguramente hacían el ojo para la sujeción, similares al hallado en el espacio sepulcral de UE-1047. El diámetro del primero es de 0,6 cm, con una altura de 0,7 cm contando el fragmento de vástago del ojo, conformado por una aleación de cobre y baño dorado (Fig. 5.7B). El segundo igualmente

---

<sup>61</sup> En las colonias españolas en América las frecuencias significativas de botones aparecen luego del inicio del siglo dieciocho, cuando la influencia de la moda francesa impactó la manera de vestir de todos los sectores sociales en Europa y América, período de una amplia producción en variadas formas y materiales, utilizados en casi todos los modelos de prendas de vestir (Deagan 2002: 158-159).



de aleación de cobre y vástago roto, muestra un diámetro de 0,8 cm y una altura 0,9 cm. Este tipo de botones se han localizado fundamentalmente en sitios militares en el Caribe y La Florida, todos posteriores a 1550, en metal gris (aleación de peltre de cobre y plomo) y latón (Deagan 2002: 162–163).

El botón de vidrio negro encontrado en la UE-1001 tiene forma ovalada, con 1,2 cm de largo, 1,1 cm de ancho y una altura de 0,8 cm. El método de fabricación dejó huellas del enrollado en torno al ojo de alambre de hierro que perdió (Fig. 5.7A), procedimiento similar a la fabricación de algunos tipos de cuentas de vidrio (Kidd y Kidd 2012: 39–42). La presencia de un botón no significa la existencia de un ojal, pues el fin utilitario y estrictamente ornamental se extendió en España como en América en los primeros siglos coloniales (Deagan 2002: 157) (Beltrán y Miró 2013: 190–191).

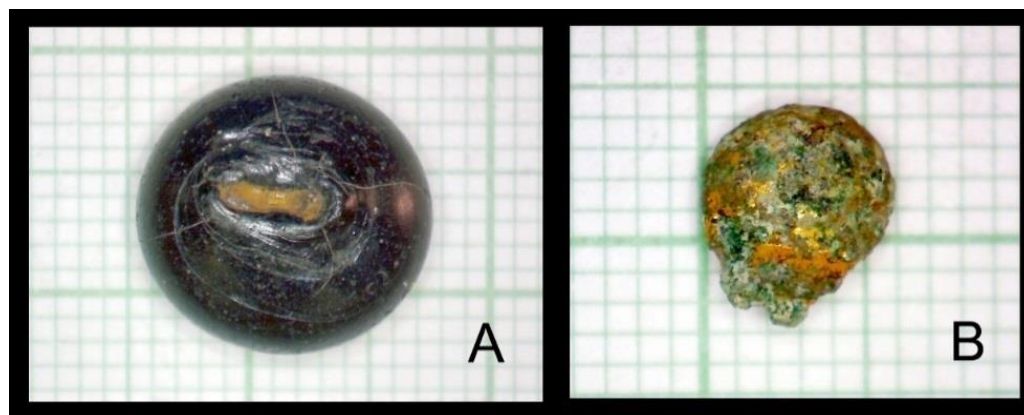


Figura 5.7. (A) Botón de vidrio negro recuperado en UE-1001, se puede observar la huella del vástago de alambre de hierro para el ojo de sujeción y la evidencia del enrollado. (B) Botón esférico de aleación de cobre con huellas de baño dorado. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

En la época medieval en España las hebillas mantenían un carácter militar, sirviendo para ceñir el aparato de caballería, a la vez que adquirieron importancia como elemento de *estatus* social. Durante el siglo XVI pasaron a formar parte de la indumentaria en la vestimenta de uso habitual, lo que provocó la producción de una gran variedad de tipos y decoraciones para el adorno y cierre de la ropa, ampliando su margen utilitario (Beltrán

y Miró 2013: 198–199). Al Nuevo Mundo pasarían desde los primeros momentos, siendo numerosas en sitios de carácter militar anteriores a 1550, donde fueron utilizadas en el cierre de arneses, arreos, armaduras y espuelas, escaseando las utilizadas en la vestimenta en contextos que abarcan la décimo séptima centuria (Deagan 2002: 181–188).

Los ejemplares conseguidos en la nave de la Catedral fueron fundidos en una sola pieza en aleación de cobre, lo que las relaciona potencialmente con el uso en la ropa, pues las fabricadas en hierro fueron mucho más comunes en indumentaria militar. Un fragmento de hebilla pequeña de forma no determinada, localizado en UE–1009, mostró restos de baño dorado. En UE–1002 una hebilla plana rectangular de estructura quebrada y barra central, festoneada con ondulaciones en los cuatro extremos, posee de largo 3,3 cm y 2,5 cm de ancho, además de una leve torcedura, signo de las alteraciones del contexto (Fig. 5.8A). El fragmento de hebilla hallado en UE–1080 corresponde a un ejemplar plano de estructura oval simple en forma de D y un ancho de 2 cm (Fig. 5.8B). Estas son formas comunes de larga vida utilitaria para el cierre de las vestimentas, utilizadas ampliamente en sitios españoles (Beltrán y Miró 2013: 200).



Figura 5.8. Hebillas localizadas en la UE– 1002 (A) y en la UE– 1080 (B).

Los alfileres rectos recuperados están asociados al uso de mortaja, aspecto identificado en trabajos anteriores, a partir de la relación entre la alta frecuencia de estos

enseres y las características tafonómicas de los enterramientos (Martín y Díaz 2000: 85) (Martín, Rivera y Rojas 2009:119). De ellos fueron contados seis en la UE-1009, diecinueve en la UE-1080, descontando los seis vinculados a espacios sepulcrales particulares y restos óseos desplazados, y uno en la UE-1149. Es una evidencia muy fragmentada con señales de doblado, rotura por perturbaciones y deterioro por las condiciones de humedad del depósito. La mayoría fue producida en aleación de cobre y en menor medida hierro, con cabezas enrolladas de 0,2 cm y un grosor invariable de 0,1 cm (Fig. 5.9).



Figura 5.9. Alfileres y pasamanos localizados en la UE-1080, en el interior de la Catedral. Se aprecian los rasgos del deterioro mencionado en los dos conjuntos.

Los ejemplares completos y mejor conservados manifestaron un rango de longitud entre 2,7 cm y 3,1 cm, es decir alfileres pequeños, utilizados además en labores de costura para tejidos finos y ligeros (Deagan 2002: 194). En el ámbito de la ornamentación de la vestimenta fueron registrados grupos de hilos metálicos y quince pasamanos adicionales en la UE-1080, todos del tipo Cabeza de Turco, doce de ellos plateados y tres dorados. Las dimensiones variaron entre 1,1 cm y 1,2 cm en longitud y 0,8 cm y 1,1 cm de ancho, consecuencia del deterioro por el desgarramiento de los tejidos (Fig. 5.9).

A diferencia de los localizados en sepulturas específicas, no mostraron aplastamiento por presión, cuestión que señala diferentes procesos postdepositacionales motivados por el uso continuo del espacio.

Se han considerado un conjunto de cuentas elaboradas con métodos prehispánicos, en tanto objetos de ornamentación personal, lo que no quiere decir que fueran usadas únicamente por sus descendientes en época colonial. Las investigaciones acerca del sistema de producción de cuentas en moluscos marinos –técnicas y herramientas – a partir de datos arqueológicos en sitios aborígenes en Centroamérica, incluyendo Panamá, argumentan una cadena de pasos necesarios que debieron ser generales para lograr cualquier forma de cuenta en este tipo de material. La metódica incluye en resumen: la selección de la materia prima, luego la fracturación de las diferentes partes útiles de los moluscos adultos, para hacer los cortes de los fragmentos obtenidos y regularizarlos por diferentes modalidades con la técnica de percusión, estos eran perforados con un instrumento de pedernal aguzado, le seguían los cortes por percusión para obtener preformas triangulares, después se realizaban los cortes de uno de los vértices del triángulo logrando unas preformas trapezoidales, la retalla se hacía para redondear las piezas, desgaste, pulido y/o bruñido y, desgaste y pulido final (Mayo 2004: 152–161) (Guinea 2006: 207–308). Las piezas halladas debieron facturarse siguiendo básicamente este procedimiento, tanto las aplastadas como las de forma ligeramente tubular. Las hechas en vertebras de pescado requirieron pasos más sencillos, fundamentados en la técnica de abrasión en los lados requeridos para la configuración final del artefacto y la perforación.

Cabe pensar que estos elementos pudieron ser redepositados conjuntamente con el resto de los materiales que formaron parte del relleno, pero su distribución concentrada en los estratos de mayor frecuencia de enterramientos –UE-1080, 1149 y 1151–

refuerza la inferencia de que sean objetos que acompañaron la inhumación de cadáveres. Su presencia es un indicio de supervivencia de la costumbre de utilizar ciertos componentes de facturas tradicionales nativas para la distinción individual en ciertos sectores sociales, quizás como parte de la vestimenta, collares, pulsos y para la confección o complemento de rosarios. En la UE-1080 sobresalen las cuentas elaboradas en vertebras de pescado con un color parecido al marfil, una de ellas muy pequeña: diámetro de 0,4 cm y un ancho de 0,3 cm, y la otra algo más grande con 1 cm de diámetro y un grosor de 0,5 cm. Las dos piezas muestran los bordes alisados, con una hendidura circular trabajada entre las crestas de los bordes, y perforadas al centro con aberturas de 0,1 cm para enhebrarlas (Fig. 5.10A, B y D, E).

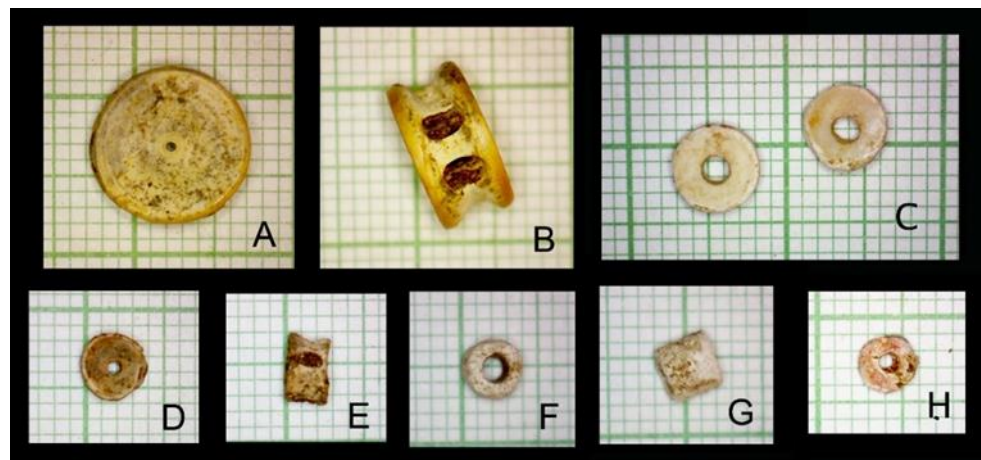


Figura 5.10. Cuentas de factura tradicional prehispánica: en vertebras de pescado (A, B y D, E) y conchas marinas (C, F, G y H) de las UE-1080, 1149 y 1151. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

Las cuentas en conchas marinas son muy pequeñas, la hallada en la UE-1080 es tubular, de color blanco, y un largo de  $0,3^{1/2}$  cm por 0,4 cm de diámetro y perforación de  $0,1^{1/2}$  cm (Fig. 5.10F, G). La correspondiente a la UE-1149 muestra el mismo color característico por su composición de carbonato de calcio, de forma circular aplastada y diámetro de  $0,3^{1/2}$  cm con perforación de 0,1 cm (Fig. 5.10H). En la UE-1151 aparecieron dos cuentas de forma circular similares a la del estrato 1149, con una ubicación cercana

a dos conjuntos de huesos largos que fueron desplazados, para efectuar el enterramiento UE-1174, el único individuo excavado en el nivel UE-1173. Ambas tienen un diámetro de 0,5 cm, con grosores de 0,2 y 0,3 cm, y orificios de 0,2 cm respectivamente (Fig. 5.10C).

*b. Indumentaria mágico-religiosa*

Los elementos mágico-religiosos que formaron parte de las sepulturas presentan una variedad singular de materiales y facturas, donde se conjuga no sólo la fluctuación entre lo secular y lo devoto, presente en España y en América hispana durante los primeros siglos coloniales, sino también las creencias y necesidades individuales dentro de este contexto aparentemente homogéneo y ambiguo, expresadas en producciones locales específicas. Para la época las causas de las enfermedades, accidentes y desastres naturales eran atribuidos a influjos espirituales y sobrenaturales, fuerzas del mal que podían ser rechazadas y alejadas con amuletos: sustancias y objetos considerados virtuosos y poderosos, es decir de propiedades benéficas (Alarcón 1987: 30) (Irigaray 2001: 55) (Ortiz 2003: 130-131).

Los amuletos servían para salvaguardar vidas y bienes vulnerables, desempeñando funciones concretas según el maleficio, para lo cual existían diferentes combinaciones de atributos de materiales, formas, colores y representaciones. A cada integración intencionada de cualidades o amuletos le subyacen creencias, ideas y valores relacionados con momentos prominentes del ciclo de vida de los individuos, entre los que se encuentra la muerte y el nacimiento, la salud, las enfermedades y la procreación. Por tal motivo en todo el reino español los niños, y los enfermos eran considerados especialmente débiles e indefensos, y las mujeres por la naturaleza de engendrar y reproducir la vida, no sólo eran conceptuadas como frágiles, sino que portaban la responsabilidad de proteger las familias y el patrimonio material, pasando del punto de

vista generacional el conocimiento de los diferentes males, sus posibles causas y las maneras de combatirlos (Alarcón 1987: 17) (Deagan 2002: 89).

La división entre amuletos profanos y religiosos es arbitraria, resultando difícil discernir el sentido en que fueron confeccionados y utilizados, por tratarse de artefactos que involucran múltiples significantes comunes para estos dominios. Muchos elementos que pudieran ser clasificados como religiosos, entre ellos las medallas devocionales e imágenes de santos, eran empleados en procesos mágicos con fines de protección, matizados con oraciones, exorcismos y evangelios. En un mismo amuleto es posible encontrar símbolos cristianos como la cruz en formas y materiales considerados paganos, con una carga mística y preventiva de males que mezcla un universo complejo de creencias e ideas que tienen un patrimonio compartido (Alarcón 1987: 16, 18). Algunos artefactos en el conjunto estudiado destacan estas cualidades híbridas, a partir de las herencias culturales en relación. Entre ellos destaca un corazón elaborado en molusco marino (bivalvo), un colgante de piedra con engaste de resina, una imagen religiosa manufacturada en hueso, seis conchas de bivalvos rebajados en forma redondeada y cuatro cuentas elaboradas en molusco marino, armonizados en el contexto sistémico con otras piezas producidas en metal, azabache, vidrio y ámbar, como melladas devocionales, crucifijo, cascabel, higa, estación y cuentas de rosario.

EL corazón perteneciente a la UE-1080 fue hecho en una valva de Almeja Catarina, especie *Argopecten circularis* (Sowerby 1835), molusco marino abundante en niveles bajos y aguas relativamente profundas de la costa pacífica, desde Baja California hasta Perú (Felix 1993: 3-4). La pieza posee un largo de 2,3 cm y 1,7 cm por su parte más ancha, con 0,1 cm de grosor, y color rojo por la cara ventral, tonalidad distintiva de la especie (Fig. 5.11). La pieza, además, no presenta aditamento para la sujeción en la ropa o su utilización como colgante, tampoco muestra acabado ni desgastes en sus bordes,

lo que señala la posibilidad de que haya sido fabricado expresamente para acompañar un entierro.



Figura 5.11. Pequeño corazón en molusco marino (*Argopecten circularis*) hallado en la UE-1080.

En iconografía cristiana el corazón es un recurso simbólico recurrente, que en la mano de Cristo representa el amor y la piedad, a la vez el color rojo simboliza vitalidad, belleza y purificación espiritual, asociado al fuego, la sangre y las emociones, principalmente el amor y el odio. A menudo las novias portaban corazones para resguardar sus relaciones y como símbolo cristiano podía acompañar a los individuos enrolados en grandes empresas (Alarcón 1987: 13–16) (Eliade 1999: 57) (Aladro y García 2003: 20–22, 32–33). La arqueología en el área del Caribe y La Florida ha reportado los amuletos acorazonados generalmente fabricados en plata, hueso, vidrio y azabache (Deagan 2002:100–101).

Las conchas marinas se utilizaron sistemáticamente en España con la finalidad de proteger contra el mal de ojo y algunas enfermedades, como símbolo de la feminidad y la fertilidad, al evocar las aguas donde se forma y participar el simbolismo del milagro de la creación, asociado al nacimiento de una vida futura (Gómez 2008: 48) (Mariño 1997: 303). Este último aspecto vincula el molusco a los ritos cristianos de paso, iniciáticos como el bautismo y al tránsito que presupone la muerte, convirtiéndose en un



elemento significativo dentro de los contextos funerarios, para asistir la anunciada resurrección de los difuntos.

Unas cinco piezas ovaladas y redondeadas elaboradas en bivalvos marinos y localizadas en las UE-1002, 1080 y 1149, seguramente pertenecieron a rituales de conversión y bautismo, por su similitud a las halladas en las excavaciones al sureste de Plaza Mayor, cuestión que trataremos más adelante. Una sexta pieza circular de 1,6 cm hallada en la UE-1151, marca incertidumbre en cuanto a su propósito, al no compartir las características esenciales de este grupo, aunque podría tratarse del alma de un botón de lienzo. Pieza que demandó cierto grosor y un mejor acabado, imposibilitando a su vez determinar la especie (Fig. 5.12D).

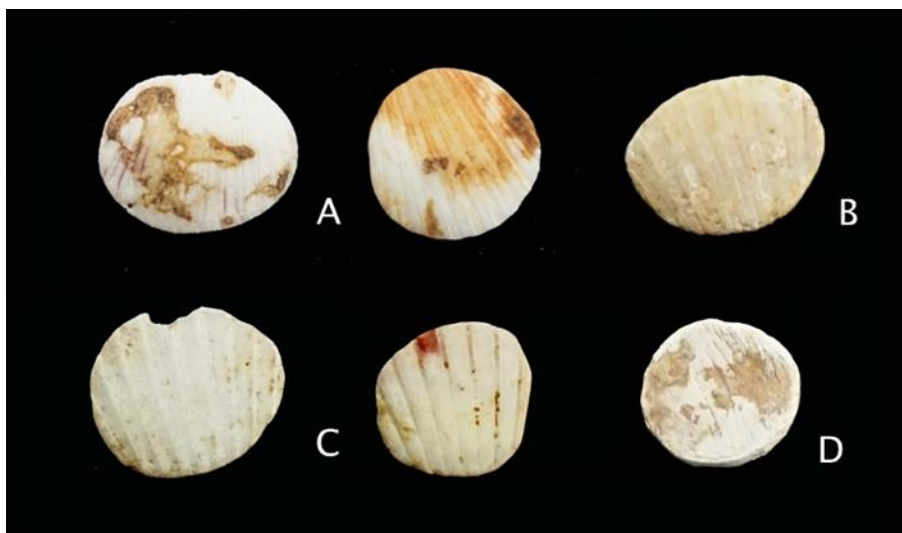


Figura 5.12. Piezas redondeadas elaboradas en bivalvos, recuperadas en la UE-1002 (A), UE-1080 (C), UE-1149 (B), y molusco no identificado en UE-1151 (D).

En contraste las cinco piezas restantes fueron facturadas en *Argopecten circularis*, especie identificable por los radiales y canales que marcan las diferentes fases de crecimiento en el dorso de las valvas. Aunque las formas fueron logradas por rotura y abrasión de los bordes y las caras, no lograron borrar completamente las costillas radiales de las conchas. Además, existe correspondencia en el tamaño aproximado de

las piezas, con diámetros de 2,2 cm y 2,4 cm por sus vértices más anchos para las recuperadas en la UE-1002 (Fig. 5.12A); 1,9 cm y 2 cm en las correspondientes a UE-1080 (Fig. 5.12C) y 2,2 cm en la de UE-1149 (Fig. 5.12B).

El gesto fálico de las higas o figas como las conchas comparten una filiación pagana muy antigua, asociada en la época a los símbolos religiosos católicos en Europa y América hispana, utilizadas a partir de la segunda mitad del siglo XVI para combatir los maleficios que proporcionaba el mal de ojo en los más débiles: infantes, mujeres y enfermos, aunque servían en general para mejorar y mantener la salud por su representación de fuerza, virilidad y voluntad (Deagan 2002: 95-97) (Letieri *et. al.* 2009).

Una higa elaborada en hierro, de 3,1 cm de altura y 2,3 cm de ancho, fue excavada en la UE-1004, correspondiente a una mano derecha con un sistema de sujeción articulado para colocarla en la vestimenta. El sujetador unido al amuleto tiene 2,4 cm de largo y 1,6 cm de ancho (Fig. 5.13A), similar a otro que se encontró separado, con 2,3 cm de largo por 1,5 cm de ancho, perteneciente a un artefacto semejante (Fig. 5.13B). Las higas podían ser fabricadas en una variedad de materiales, en correspondencia a sus fines y posibilidades económicas de sus portadores, que incluyen los metales preciosos, vidrio, azabache, coral, hueso y alabastro, por lo que una higa de hierro debió perseguir, además, alejar los espíritus malignos, significado que se le atribuía al hierro desde tiempos romanos por su relación con Marte (Cirlot 1992: 192). Artefactos similares en vidrio y azabache han sido encontradas por excavación arqueológica en el antiguo hospital San Juan de Dios, de Panamá Viejo, asimismo formando parte de contextos funerarios (Rivera 2012: 339).

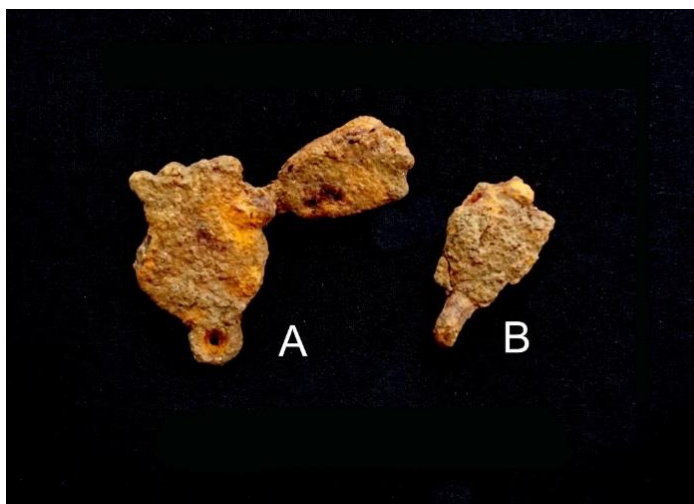


Figura 5.13. Higa de hierro aún no restaurada con sistema de sujeción para la ropa (A) y sujetador suelto (B), pertenecientes a la UE-1004.

El colgante de piedra rescatado en la UE-1080 tiene una argolla que forma una sola pieza con el engaste, elemento de metal gris (posible aleación de peltre de cobre y plomo) decorado con rayas oblicuas, formando un patrón entre dos líneas paralelas. La piedra es un fragmento de serpentina corriente multicolor seccionada transversalmente, donde deja ver una flor (trébol) de cuatro pétalos de color claro, que compone una cruz en negro a partir de las betas naturales que la componen (Fig. 5.14). Tiene forma tubular con 1,7 cm de altura y 1,1 cm de diámetro.

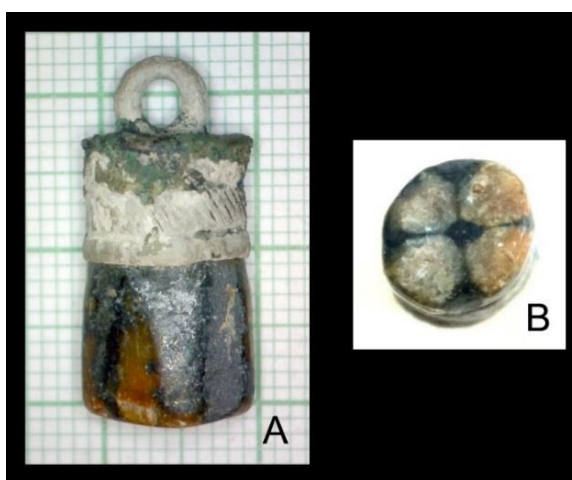


Figura 5.14. Colgante de piedra de la UE-1080 (A) y sección del borde inferior de la pieza donde se aprecia la cruz formada por las vetas naturales de la roca (B). Imágenes obtenidas con microscopio digital.

A la serpentina se le atribuía propiedades benéficas para la protección contra los males, atributos inseparables de su estado pétreo, que figura lo permanente frente a lo perecedero, símbolo de la constancia, la unidad y la fuerza. Para la época el material lítico utilizado en amuletos debía manifestar las propiedades mágicas por sus atributos distintivos, en el color, la forma o las marcas inusuales, como la cruz configurada por la flor blanca al contraste, uno de los colores asociados a los fluidos vitales de la vida. Dentro de la simbología católica la cruz alude la manera en que Cristo murió por la redención del ser humano en la centralidad del mundo, condición que desde la décima centuria sustituye al pescado como símbolo del cristianismo, y por consiguiente devino en medio esencial para establecer la comunicación con el cielo y la salvación, pero también se le atribuían poderes mágicos contra los malos espíritus (Alarcón 1987: 25) (Cirlot 1992: 362) (Ortiz 2000: 51) (Deagan 2002: 90) (Aladro y García 2003: 23). La identificación de la cruz como una configuración natural en piedra, de fuerte connotación mágico-religiosa, debió admitirse como un mensaje divino de la realidad absoluta regida por Dios, de modo que su incorporación como objeto mediador en la muerte debió acompañar la idea de protección contra las tentaciones de los malos espíritus, de salvación y la resurrección, en tanto símbolo de esperanza (Eliade 1999: 467).

Para alejar las brujas y los espíritus diabólicos prevaleció el uso de pequeñas campanas y cascabeles, esencialmente en los niños, quienes portaban a menudo varios tipos de protecciones reconocidas por la Iglesia y los laicos. Los cascabeles también llamados campanas de halcón, tenían formas cerradas o de crótalo esférico u oval, con un badajo suelto en su interior que producía el sonido. En contextos arqueológicos de época colonial temprana en La Florida han aparecido entre los 2 cm y los 2,8 cm de diámetro (Deagan 2002: 139), al igual que en el asentamiento Santa Fe la Vieja en Suramérica, fundado en 1573 y abandonado en 1660 (Letieri *et. al.* 2009). El fragmento rescatado en la UE-1002, de forma semiesférica y un diámetro de 2,4 cm, ha sido

identificado como parte de un cascabel *Clarksdale*, confeccionado con láminas de aleación de cobre, con una pequeña parte de la argolla ancha de sujeción, hecha de una lámina del mismo metal, soldada en el centro superior de la pieza.

La imagen religiosa tallada en hueso corresponde al teólogo y filósofo católico Santo Tomás de Aquino, canonizado en 1323 por el Papa Juan xxii y declarado doctor de la Iglesia por el Papa San Pío V en 1567, quien defendió considerablemente su doctrina<sup>62</sup>. La figura está fragmentada por el rostro que cubre el hábito dominico, uno de los atributos que lo identifica, además del libro cerrado que lleva en la mano derecha, símbolo de conocimiento y de sus aportes a la sabiduría, y la pluma en la mano izquierda, alegórica a la trascendencia de sus escritos (Aladro y García 2003: 28). El artífice talló la figura de cuerpo completo encima de un pedestal, en una fracción de hueso pequeño, a juzgar por el grosor de la cavidad medular (0,5 cm) visible en la parte posterior. Posee un largo 2,8 cm, pero debió alcanzar cerca de los tres centímetros y medio, con 1,2 cm de ancho, y 0,3 cm de grosor (Fig. 5.15).



Figura 5.15. A la izquierda la representación de la imagen religiosa tallada en hueso hallada en la UE-1080, a la derecha la parte posterior de la pieza, donde se observa la cavidad medular. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

---

<sup>62</sup> Aunque sale del rango temporal del contexto, en 1880 el Papa León XIII lo nombra Patrono de las universidades, colegios y escuelas católicas, por su significativo aporte al conocimiento teológico y filosófico de su tiempo (Bulter 1965: 488).

La filosofía católica de Tomás de Aquino se convirtió en la doctrina dominante en la Edad Media, e influyó decisivamente en las concepciones religiosas de los siglos XVI y XVII, al revolucionar el pensamiento escolástico con la adopción de las ideas aristotélicas e inaugurar el racionalismo cristiano. Para entonces las creencias católicas acerca de la posesión del cuerpo humano por un ente sobrenatural se fundamentaron en la teoría de Aquino, que reducía el origen de las posesiones en Dios, el demonio y las enfermedades corporales (Ortiz 2000: 54–55). Era la época de la Santa inquisición, de la batalla católica contra los endemoniados, los herejes, la hechicería y las brujas.

Muchas órdenes y congregaciones con presencia en América adoptaron las doctrinas de Aquino, como los jesuitas y dominicos, tanto en el terreno teológico, como ético, político y antropológico, dogmatizándose en la vida cotidiana colonial los argumentos acerca de la unidad compuesta del ser humano, el cuerpo y el alma –incorruptible e inmortal– como posibilidad de trascendencia pero en pleno enfrentamiento a las fuerzas del mal, para alcanzar la felicidad como fin último del ser humano en Dios, como derecho natural. Las contradicciones acerca de la naturaleza y el trato de los indios, y luego de los negros africanos en los primeros siglos coloniales, se fundamentaron en las ideas aristotélicas y tomistas, las que se replicaron en los estamentos sociales de las poblaciones hispanas en América (Elders 1990: 1186–1189) (Marquínez 1995: 12–22).

La tipología de las medallas registradas en la excavación, con asa de suspensión perpendicular a la placa, aparecen a finales del siglo XVI, cuando las insignias de peregrino dan paso a la medalla de forma ovalada, que podían ser facturadas por acuñación, troquel o fundición. Durante el siglo XVII aparecieron las octogonales, ochavadas, en forma de corazón y en menor medida las circulares, que llegaron a ser populares en el dieciocho. Estos emblemas eran usados como colgantes en el cuello, en el pecho, insertadas en la ropa. Los fieles en general las portaban en bolsas o como

atuendo a manera de recordatorio para promover la oración. También formaban parte del ornato de los rosarios e incluso como exvotos, y en ocasiones eran colocadas en piedras fundacionales y cimentaciones mediando protección divina para los inmuebles y lugares (Deagan 2002: 34) (Sánchez 2011: 290).

La medalla localizada en la UE-1002 está dedicada a la devoción franciscana de la Virgen Inmaculada Concepción y al Santísimo Sacramento. Fue facturada en aleación de hierro, y presenta restos de baño dorado. Tiene forma ovalada con un largo de 2,4 cm y 1,9 cm de ancho, con un grosor de 0,1 cm. En anverso muestra la imagen de la Virgen de cuerpo completo sobre creciente lunar, con las manos juntas en el pecho, un halo superior de siete estrellas y un gran halo radiante alrededor de la figura (Fig. 5.16A). En el reverso exhibe un copón en forma de cáliz resaltado por una hostia radiante con cruz, y dos ángeles venerantes arrodillados a la derecha e izquierda, en exergo: ROMA, ciudad donde fue emitida (Fig. 5.16B).

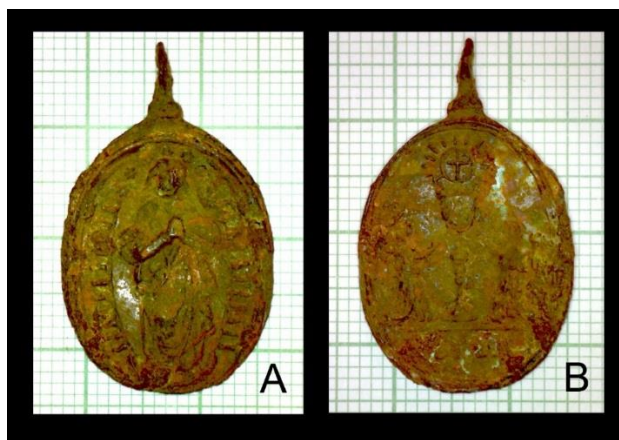


Figura 5.16. Medalla de la Inmaculada Concepción y el Santísimo Sacramento, rescatada en la UE-1002. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

La idea de la Inmaculada Concepción parte del principio que María, a diferencia de los demás seres humanos, fue concebida y nacida sin mancha de pecado original, concepto controversial en el mundo eclesiástico y social hispano desde el siglo XIV hasta el XVII, cuando alcanza el momento de máximo entusiasmo. En el terreno de la erudición

teológica los franciscanos defendían la Inmaculada, mientras los dominicos argumentaban su santificación luego de haber sido concebida, cuestión medular en cuanto presuponía limitaciones del poder divino, motivando que el Santísimo Sacramento acompañe la imagen, mediante el cual Jesús se hace presente.

El culto a la Virgen fue especialmente intenso en España y en América en el primer cuarto de siglo XVII, dando lugar a insistentes solicitudes para la aceptación de la Inmaculada como dogma de fe en la Iglesia católica. Entre 1617 y 1622 los pontífices Gregorio V y Pablo V prohibieron que los dominicos continuaran con la enseñanza de sus doctrinas acerca de la concepción de la Virgen, que se convirtió en patrona de los franciscanos en 1621. La celebración de la Inmaculada Concepción como patrona y protectora en todo el Imperio español finalmente sucedió a partir de 1644, aunque no fue hasta el 8 de diciembre de 1854 que se convirtió en dogma. Este contexto coincide con el rango temporal de su mayor ocurrencia arqueológica, entre 1580 y 1650, reportada para el área del caribe y La Florida, del tipo icónico de la Virgen rescatado en UE-1002: Virgen devota sobre luna creciente y halo de estrellas (Deagan 2002: 46-48), (Sálesman 2007c: 322-324) (Atienza 2016: 23-25).

Entre las medallas devocionales sobresale la hallada en la UE-1004, de forma ovalada, fabricada en aleación de cobre, con el asa de suspensión fracturada, presenta 1,9 cm de largo por 1,4 cm de ancho y 0,1 cm de grosor, dedicada a los cinco santos canonizados por Clemente X el 12 de abril de 1671, quien asumiría el puesto un año antes. El colgante muestra las imágenes de cuerpo entero con aureolas en las cabezas, en el anverso a la izquierda tiene a San Ludovico Beltrán, dominico, sosteniendo en la mano izquierda una copa de la cual sale un animalejo, atributo que lo caracteriza fundamentado en su historia misionera, simbolizando la manera milagrosa en que pudo librarse del veneno que contenía las veces que intentaron darle muerte; en la mano derecha porta una azucena,



signo de pureza según la iconografía católica (Chevalier y Gheerbrant 1986: 651) (Cirlot 1992: 92). Al lado Santa Rosa de Lima, dominica, con las manos juntas delante del pecho, como gesto de adoración. La leyenda en la parte superior señala el nombre de los santos: S. LDV. S. S. RO, en exergo: ROMA, señal de que la medalla fue emitida en esa ciudad (Fig. 5.17A). En el reverso los patronos restantes: San Francisco de Borja, jesuita. San Felipe Benicio, servita y San Cayetano de Thiene, teatino, con la inscripción en el borde superior: S. FRA S. PEL y en exergo S. CAIED, de *Santus Caietanus* (Fig. 5.17B).

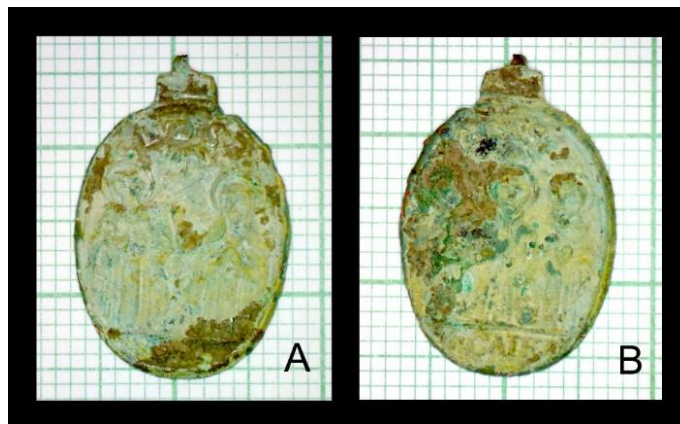


Figura 5.17. Medalla devocional localizada en la UE-1004, dedicada a los cinco santos canonizados en 1671. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

La fecha de canonización en este caso permite establecer un *post quem* para el uso del espacio de enterramiento en la nave de la Catedral, luego del abandono de la ciudad, tras el ataque del pirata Henry Morgan en enero y febrero de 1671, pues las medallas eran fabricadas en Europa, bendecidas con indulgencias especiales y distribuidas al efecto por las órdenes religiosas para popularizar rápidamente los patronos de las misiones (Deagan 2002: 46). El estrato donde fue encontrada la medalla (UE-1004), se localiza en la vertiente oeste del área excavada cubierta por UE-1001, donde no fueron registrados enterramientos primarios, sino diez cráneos desplazados eventualmente de las sepulturas alteradas en la interfaz UE-1081, es decir UE-1050, 1051, 1052 y 1054,

evidencia de que uno de los enterramientos primarios en la zona central de este nivel de uso (UE-1044 o 1048) es posterior a la fecha de canonización.

San Ludovico Beltrán y Santa Rosa de Lima, están relacionados con América, el primero fue misionero en la región del bajo Magdalena, donde se opuso al maltrato de los indígenas y a las encomiendas, y en 1568 fue elegido Prior del Convento de Santo Domingo en Santafé de Bogotá, por lo que Fernando VII lo nombró Patrono del Nuevo Reino de Granada, luego de su beatificación en 1608 (Sálesman 2007c: 54-58). De los santos nacidos en las Indias Occidentales, Santa Rosa de Lima fue la primera en recibir el reconocimiento canónico por parte de la Iglesia católica, y fue declarada excelsa Patrona de Lima, Virreinato del Perú en 1669 y de las Filipinas en 1670. Toda su vida la desarrolló en Lima, donde laboró como dominica hasta su fallecimiento a los treinta y un años por tuberculosis, el 24 de agosto de 1617 (Sálesman 2007b: 294-300).

En la UE-1009 se recuperó una medalla de forma redondeada, con un diámetro de 2,1 cm, alcanzando una altura de 2,7 cm hasta la argolla de sujeción y un grosor de 0,2 cm. Pertenece a una tipología poco común para la primera mitad del siglo XVII, facturada en aleación de hierro con huellas de baño dorado. Aunque se trata de un ejemplar algo deteriorado, los atributos iconográficos visibles permitieron determinar su advocación a San Alejo de Roma y la Virgen de la Piedad o de los Dolores. En anverso aparece la figura de medio cuerpo de San Alejo, con aureola en la cabeza y vistiendo hábito. Los atributos distintivos están acolados a su figura en la parte izquierda: escalera de mano, alusión a su vida de mendigo, y la cruz como símbolo de los seguidores de Cristo (Fig. 5.18A). En la mano derecha lleva un documento o carta, otra singularidad del santo. La devoción a San Alejo fue propagada en América por la Compañía de Jesús, quienes veneraban su castidad, una vida dedicada a predicar la virtud de la pobreza y la humildad, valores con los que se identificaba la orden religiosa (Vega 1991: 13-21). El reverso de la medalla

está dedicado a la visión que tuvo San Alejo de la madre de Dios, representada en el modelo iconográfico de la Virgen de la Piedad, compuesta por dos personajes: Virgen María, que sostiene en sus piernas al cuerpo sin vida de su hijo Jesús (Fig. 5.18B). El suceso evangélico de la participación de la Virgen como madre dolorosa en la pasión y muerte de Cristo, es el acto que tuvo mayor difusión en la religiosidad popular entre los siglos XVI y XVII en Europa, y en América como parte del fervor misionero. En España como grupo escultórico existía desde el siglo XIV, fruto de la piedad popular y la literatura mística de la Baja Edad Media. Una de las primeras realizaciones plásticas de la Virgen de la Piedad tuvo lugar en 1330, realizada por un artista anónimo para un convento de monjas en Alemania, para las que el nacimiento, la maternidad, el pudor y la pasión, el dolor de la muerte, tenía un papel protagonista para los fines pedagógicos. Aunque no es un factor decisivo para una determinación de género en el uso de la imagen, pues era compartida tanto por hombres como por mujeres en el contexto monástico (Labarga 2004: 366–377) (Carrero 2008: 225–226).

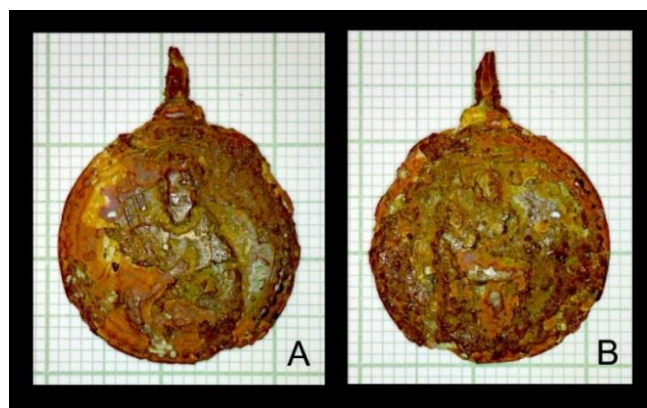


Figura 5.18. Medalla dedicada a San Alejo de Roma y la Virgen de la Piedad, rescatada en la UE-1009. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

La cuarta medalla, hallada en la UE-1080, puede responder a dos fechas diferentes relacionadas con un mismo tema, o bien para difundir la canonización de los jesuitas San Ignacio Loyola y San Francisco Javier en 1622, o para conmemorar el primer centenario de la aprobación por la Iglesia de la Compañía de Jesús en 1640, por parte

del Papa Pablo III el 27 de septiembre de 1540 cuando dio el visto bueno al documento “La Fórmula del Instituto”, escrito fundacional de la orden. La pieza en aleación de cobre tiene forma ovalada con un largo de 2,6 cm y 2,1 cm de ancho, y grosor de 0,1 cm. En el anverso se encuentran los bustos de perfil acolados de los dos santos con halos encima de las cabezas, los principales fundadores de la compañía, y una inscripción en el borde casi ilegible: S. IGN. S. IESV. FVS. S. FRAN. AD. En reverso el trigramma que compone el sello de la compañía, con las primeras tres letras griegas del nombre de Jesús, una cruz alzada y rodeado de un halo brillante (Fig. 5.19).



Figura 5.19. Medalla de la UE-1080, dedicada a la Compañía de Jesús en las figuras de San Ignacio Loyola y San Francisco Javier.

Una medalla similar fue encontrada en el entierro 1 del Corte 2 en el antiguo hospital San Juan de Dios de Panamá Viejo, en investigaciones durante el 2010. En la pieza los santos están relacionados con la imagen de la Santa Eucaristía, situándola temporalmente para mediados del siglo xvii (Rivera 2012: 345). La orden religiosa fue creada en 1534 pero hasta 1540 no fue aprobada oficialmente, siendo su presencia dominante en América en el proceso evangelizador. San Ignacio Loyola murió el 31 de julio de 1556, fue beatificado el 27 de julio de 1609 por Pablo V y canonizado el 12 de marzo de 1622 por el Papa Gregorio xv, junto a Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús (monja fundadora de los Carmelitas Descalzos), San Isidro Labrador y San Felipe Neri

(fundador de la Congregación del Oratorio) (Sálesman 2007a: 251, 2007b: 174–182 y 2007c: 300–305).

Dentro del conjunto existe un grupo considerable de elementos que debieron formar parte de las vestimentas y rosarios religiosos, entre ellos un pequeño Cristo y estación o *Pater* en metal, además de cuentas en ámbar, vidrio y azabache. El rosario como utensilio católico fue muy frecuente entre las mujeres en todo el Imperio español, para guiar la oración y la meditación, especialmente después de 1572 cuando gana popularidad con el establecimiento de la Fiesta del Rosario, luego de que España triunfara en la batalla de Lepanto contra los turcos en 1571, victoria atribuida a la intercepción de la Virgen del Rosario (Sálesman 2007a: 168–170).

La devoción completa de la oración del rosario consiste en quince grupos de diez Ave María (*Aves*), cada uno precedido de las recitaciones del Padre Nuestro y seguido de la recitación de Gloria al Padre (*Paters*), al final se pronunciaba el credo apostólico continuado por dos Padres Nuestros, tres Ave Marías y una Gloria al Padre, existiendo una representación física, en cuentas o ensartas de perlas para cada uno de estos momentos. Los rosarios se hacían con piedras o cuentas de diferentes tamaños y materiales, rematados con un medallón o crucifijo que en ocasiones era acompañado por amuletos utilizados para las oraciones finales (Deagan 2002:65–66). El cristo y la estación o *Pater* recuperados pertenecen a la UE-1080, el primero consiste en el cuerpo de Jesús moldeado en bronce, seguramente incorporado en una cruz latina sencilla de madera, contando aún en las manos con dos pequeños clavos que lo sujetaban a la pieza. La figura posee una altura de 6,2 cm y un ancho de 2,1 cm. El *Pater* tiene forma de estrella de seis puntas, confeccionado en aleación de cobre con dos argollas de sujeción en dos extremos, una de ellas fracturada. El diámetro sin contar la argolla es de 1,3 cm con 0,1 cm de grosor (Fig. 5.20).



Figura 5.20. Cristo y estación de rosario de la UE-1080, obsérvese en los pies de la figura el orificio para la fijación en la cruz.

Las cuentas de ámbar opaco están repartidas desde UE-1002 hasta UE-1080 (Tabla 5.1), nivel en el que fueron más frecuentes. Aunque todas mostraron huellas de colorante rojo, el ejemplar localizado en la UE-1002 presentó mejor conservación en este sentido (Fig. 5.21A), con forma redondeada, un diámetro de 0,9 cm y orificio de 0,1 cm. Una cuenta redondeada con perforación en forma de reloj de arena (Smith *et al.* 1994: 41) fue recuperada en la UE-1004, con 1 cm de diámetro y orificio de 0,2 cm en los extremos, estrechando al centro hasta alcanzar 0,1 cm (Fig. 5.21B).

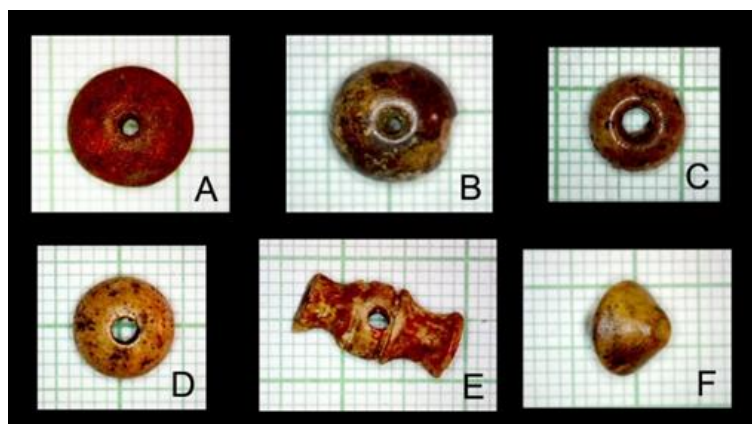


Figura 5.21. Diferentes tipos de cuentas de ámbar utilizadas en la confección de rosarios, originalmente teñidas de color rojo. UE-1002: A, UE-1004: B, UE-1009: C, UE-1080 D, E y F. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

Aparte de la cuenta relacionada con el enterramiento UE-1042 –interfaz UE-1081– en la UE-1009 se halló una de forma redondeada, diámetro de 0,7 cm y 0,2 cm de

perforación para engazarla (Fig. 5.21C). De manera similar la UE-1080 reveló dos cuentas y una pieza tubular, adicionales a la cuenta fracturada descubierta en relación con el cráneo UE-1124. La cuentecilla en forma romboidal tiene 0,6 cm de largo y por su parte más ancha 0,7 cm, con un orificio de 0,2 cm (Fig. 5.21F). El elemento tubular perforado (Fig. 5.21E) conformaba una pequeña cruz justo antes de la cruz latina, que generalmente concluía la devoción en la ensarta de los rosarios en las primeras décadas del siglo xvii (Deagan 2002: 63). Presenta un orificio transversal de 0,2 cm de diámetro y uno longitudinal de 0,3 cm, tiene de largo 1,2 cm por 0,6 cm por su parte más ancha. La última es esférica con un diámetro 0,8 cm y 0,2 cm de perforación (Fig. 5.21D).

Los rosarios en ámbar se encontraban entre los más duraderos, al igual que los de perlas de vidrio, metal, coral y azabache, por esta razón eran más populares y tenían altos precios, también en relación a las propiedades benéficas que le eran atribuidas a los materiales. El ámbar se utilizaba además en collares y diferentes especies de amuletos, pues de manera general era considerado una fuerte de protección contra las brujas, hechizos, maleficios y las sustancias venenosas, las mujeres lo usaban para inducir la menstruación, contra los problemas durante el embarazo (Ortiz 2000: 100-101), ayudando en el nacimiento de los bebés, la lactancia de las madres y la dentición de los niños.

El color rojo, presente de manera natural en los costosos rosarios de coral, a menudo era imitado en tonalidades cercanas al color de la sangre, por sus cualidades especiales concedidas en la defensa contra las enfermedades y el fortalecimiento del cuerpo (Deagan 2002: 68, 90, 93). El ámbar es una resina polimerizada de ciertos árboles, trabajada artesanalmente para lograr cuentas redondeadas abiertas con perforaciones bicónicas. En Europa las fuentes de ámbar más utilizadas son las tierras que bordean el Mar Báltico, donde se obtenía en la época la resina nublada u opaca para la fabricación

de las cuentas (Blair *et al.* 2009: 115). Aunque en América existía para entonces fuentes de materia prima, los estudios de resonancia magnética nuclear C-13 han comprobado el origen europeo de ejemplares opacos, como los excavados en Tipu, Belice, en sitios de finales del siglo XVI y primera mitad del XVII (Deagan 1987: 181-182), (Smith *et al.* 1994: 41) (Lambert *et al.* 1995:57-58).

En España el azabache era considerado con poderes especiales para la protección contra el mal de ojo y los demonios, y en el ámbito femenino fue empleado para detectar la virginidad por sus poderes abortivos. Desde la décimo sexta centuria en adelante ganó popularidad para elaborar colgantes y cuentas, destinadas a rosarios y artículos de magia, para los cuales se facetaban pequeñas piezas. Las primeras facturas eran en forma de lágrima, cuadradas o cúbicas y con perforación bicónica para engarzarlas, las verdaderamente redondeadas, como la registrada en la UE-1080, no aparecen sino hasta mediado del siglo XVII formando parte de los rosarios religiosos. El ejemplar antedicho muestra un diámetro de 0,5 cm y un orificio de 0,2 cm, dimensiones frecuentes en ejemplares esféricos- elipsoides, formando parte de ajueres mortuorios hallados en San Agustín en La Florida, en contextos de mediados y finales de la decimoséptima centuria (Deagan 1987:182-183).

Las cuentas de vidrio fueron recuperadas en las UE-1001, 1002, 1080 y 1149 llegando a un total de veinticuatro piezas de diferentes facturas (Tabla 5.1). Su presencia en el contexto funerario promueve inferir que las finalidades funcionales estaban potenciadas por los atributos simbólicos y sus connotaciones en el sistema de creencias mágico-religiosas de la época, de manera que no solo podían ser destinadas a los rosarios, sino también en las prendas de vestir, incluso de manera aislada, conjugando diferentes efectos de protección según las identidades y necesidades de los fallecidos.



Aunque las cuentas vítreas eran producidas en Francia, Alemania e Inglaterra, la industria de abalorios en Europa estuvo nucleada en Venecia, centro de producción y exportación para el resto de los países europeos y el Nuevo Mundo, desde el siglo XIV hasta el XVII. En España la facturación de cuentas de vidrio ha sido poco investigada, al parecer fue muy modesta, concentrada en Cataluña y Andalucía, lugares destacados en los dos primeros siglos coloniales, pero con ejemplares diferentes a los rescatados en las excavaciones de la Catedral. En la época trabajaban en el viejo continente cuatro gremios de vidrieros dedicados a la artesanía de cuentas, dos en Venecia, conocidos como Margariteri y Paternostri y dos repartidos entre Holanda y Francia, lugares en los que se instalaron artífices venecianos para fomentar las producciones.

Los grupos venecianos se especializaron por separado en la obtención de cuentas con métodos diferentes, las más pequeñas y cortas, llamadas de granos o semillas, se hacían en las industrias Margariteri, mientras la producción Paternostri, fundada en 1486, lograba las cuentas largas y más elaboradas, como las del tipo Chevrón. La industria francesa produjo cuentas del tipo chevrón similares a las Paternostri para el montaje de rosarios, las que fueron exportadas a las colonias inglesas de América del Norte iniciando el siglo XVII. Mientras las facturaciones holandesas llegaron a Inglaterra, y luego a Norteamérica a finales del siglo XVI, donde se han encontrado en contextos arqueológicos de sitios coloniales al este del continente. Dada la homogenización de las técnicas y los modelos artesanales, para el siglo XVII las cuentas reportadas en sitios españoles, franceses e ingleses en todo el continente americano y aún en Filipinas, son muy similares (Deagan 1987: 158–160) (Haydée y Pineau 2013: 113–117).

Las distintivas cuentas Chevrón, venecianas y francesas, eran fabricadas específicamente para rosarios, mediante la aplicación de siete capas vítreas superpuestas, en azul, blanco y rojo, en ocasiones el verde. Según los estudios de

Deagan (1987:164) las capas disminuyen con el paso del tiempo, de manera que se puede distinguir las pertenecientes a un siglo y otro: con siete capas en la decimosexta centuria, cinco para la decimoséptima y cuatro para la decimoctava. Las piezas más antiguas muestran un orificio mayor e irregular, por su realización manual con la pasta vítrea aún fundente, formalizando diseños en los cuales las paredes pueden ser facetadas o lisas, con un aspecto transversal en forma de estrellas en los colores señalados. Las longitudes reportadas en sitios arqueológicos desde América hasta Filipinas varían entre los 0,5 cm y los 2,5 cm (Kidd y Kidd 2012: 40–43) (Feinzig 2017).

En la UE-1001 fue hallada una cuenta Chevrón de siete capas en azul, rojo y blanco (Fig. 5.22A y B), colores reiterados en cada una de las piezas recuperadas. Es una pieza redondeada con los bordes mellados, un diámetro de 0,7 cm y orificio de 0,1<sup>1/2</sup> cm. Del modelo de cinco capas se rescataron dos en la UE-1080, ambas de forma tubular ligeramente más estrechas y melladas en los bordes, la primera con un largo de 0,8 cm por 0,7 cm de diámetro y 0,2 cm de orificio, y la segunda con 0,7 cm de largo por 0,6 de diámetro y una abertura de 0,2 cm. Además, un tercer ejemplar de siete capas vítreas, de forma tubular similar a las anteriores, pero algo más pequeña con 0,6 cm de largo por 0,4 de diámetro y un orificio de 0,1 cm. Otra de cinco capas y forma tubular más estrecha en los bordes, se halló en la UE-1149, tiene de largo 0,7 cm y 0,5 de diámetro, con abertura de 0,2 cm (Fig. 5.22C, D).

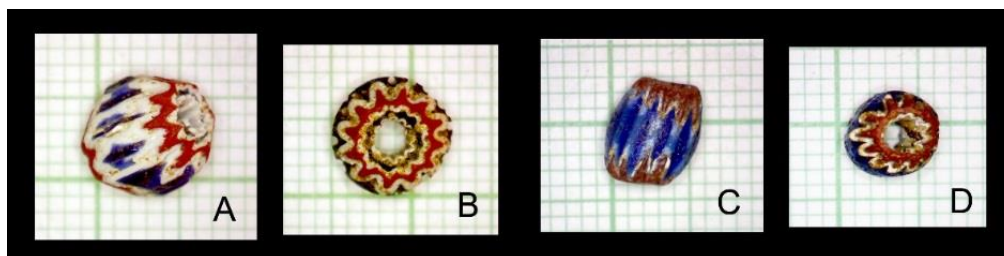


Figura 5.22. Cuentas tipo Chevrón del modelo de siete capas vítreas (A y B) (UE-1001) y de cinco capas (C y D) (UE-1149). Imágenes obtenidas con microscopio digital.

Una pieza de escasa frecuencia conocida como cuenta Grosella, fue registrada en la UE-1001, de forma esférica y color blanco translúcido, con un diámetro de 0,7 cm y 0,1<sup>1/2</sup> cm de orificio (Fig. 5.23A). Se trata de abalorios compuestos realizados con dos o tres capas de material vítreo, de origen posiblemente veneciano, halladas comúnmente en sitios del área circuncaribe, América del Norte y Suramérica, de influencia u ocupación hispana, inglesa y holandesa. El rango cronológico, según los reportes arqueológicos, va desde el siglo XVI hasta mediados del XVIII, en asociación frecuente con cuentas Chevrón y Nueva Cádiz (Deagan 1987: 167-168), (Haydée y Pineau 2013: 111), esta última no presente en los contextos de la nave y el atrio de la Catedral.

De ágata roja y blanca se halló una cuenta pulimentada en la UE-1002, de forma tubular con perfil algo rombo, un largo de 2,1 cm y 1,1 cm por su parte más ancha. El orificio que dejó la perforación bicónica en ambos lados varía entre 0,4 cm y 0,3 cm respectivamente, en el interior al centro la perforación dejó una abertura reducida de 0,1 cm (Fig. 5.23E). El ágata es una variante de calcedonia que, como el ámbar y el azabache, era considerada muy poderosa por su color y textura, de manera que por sí misma protegía con efectividad. Se creía que las cuentas de ágata roja detenían las hemorragias y servían contra las mordeduras de las serpientes y las picaduras de los insectos, especialmente las de perfiles rómbicos, rectangulares o cónicos amparaban contra los tumores en las mamas y la mastitis, al igual que el ágata blanca ayudaba para la lactancia.

Por estos motivos en España y América las cuentas de ágata gozaban de fervor entre las mujeres, al punto de estimarse su hallazgo en sitios coloniales hispanos como un indicio de la presencia femenina, siendo frecuentes los registros de cuentas sueltas, no sólo de ágata sino de jaspe, calcedonia roja y cuentas de piedras blancas. Las piedras de ágata también se asociaban con Santa Águeda o Ágata, mártir italiana (230 al 251 a. C.) de época romana que sufrió tortura por órdenes de Quinciano, un mandatario consular,

con la amputación de los pechos, lo que motivó su devoción e invocación contra las enfermedades de los senos. También ganó fama en Italia de poder detener las erupciones del volcán Monte Etna, pasando a ser una protectora contra el fuego y mitigadora de los incendios (Butler 1965: 264–265), (Deagan 1987: 182 y 2002: 90–91, 99, 105).

Entre las UE-1080 y 1149 fueron ubicadas cuentas denominadas semillas, muy abundantes en sitios coloniales desde época temprana hasta mediados del siglo xvii en todo el Nuevo Mundo. La ornamentación de vestimentas y la conformación de finos collares destacan dentro de las utilidades más conocidas y afines con el contexto trabajado, el tamaño pequeño de estas perlas propiciaba su inserción en variados tipos de textiles, incluso para bordar paños. Sus diámetros varían entre 0,3 y 0,6 cm en colores monocromos, generalmente en tonos de azul, verde o turquesa, aspecto traslúcido u opaco y elaboradas con una capa de vidrio (Deagan 1987: 169). Las dos rescatadas en la UE-1080 son de forma redondeada y de color azul traslúcidas, la primera con un diámetro de 0,4<sup>1/2</sup> cm y orificio de 0,1 cm, y la segunda de 0,4 de diámetro y una abertura igual a la anterior. Una de color verde traslúcido y forma redondeada se rescató en la UE-1149, con diámetro de 0,3<sup>1/2</sup> cm y orificio de 0,1<sup>1/2</sup> cm (Fig. 5.23C). Un conjunto de trece piezas de color azul y forma circular algo aplastada, se hallaron cercanas entre sí, con un diámetro estándar en las piezas de 0,2 cm, un ancho de 0,1 cm y orificio de 0,1 cm (Fig. 5.23D).

Una cuenta turquesa lisa de forma ovalada y tamaño mediano se localizó en UE-1080, presenta una longitud de 1,2 cm por 0,8 cm de ancho y un orificio de 0,2 cm (Fig. 5.23B). Estas perlas de origen veneciano o francés eran destinadas para la fabricación de rosarios, conformando probablemente los *Paters* de las ensartas. Han sido reportadas con alta frecuencia en sitios misionales españoles de la primera mitad del siglo xvii en

Norteamérica y en sitios indígenas vinculados con procesos interculturales en Suramérica (Deagan 1987: 170–177) (Haydée y Pineau 2013: 112).

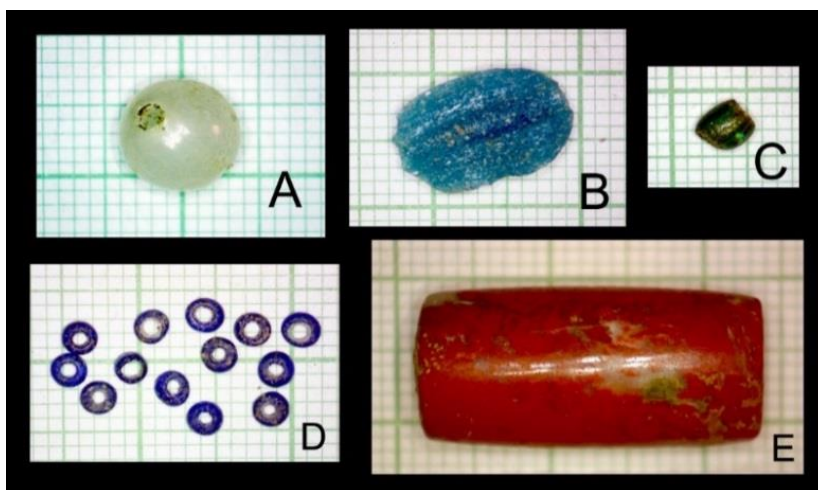


Figura 5.23. Cuentas de vidrio: Grosella (A) de la UE-1001, turquesa lisa (B) de la UE-1080, de semillas (C y D) de la UE-1149 y ágata roja y blanca (E) de la UE-1002. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

#### 5.4 Atrio de la Catedral: indumentaria por unidades estratigráficas

##### *a. Mortaja, vestimenta y ornamento personal*

En la UE-2001 se logró rescatar tres pasamanos plateados, un conjunto de hilos metálicos plateados trenzados, dos alfileres, y en la UE-2010 una sortija y un botón de metal (Tabla 5.2). Los pasamanos son del tipo II denominados “Entrelazados en Flor” similares a los registrados en las investigaciones del año 2000 en este mismo espacio. Los ejemplares hallados coinciden con la descripción que ofrecen Martín y Figueroa (2001: 222), en cuanto a su conformación por una cinta metálica de 0,1 cm de ancho, que entrelaza una especie de flor o estrella de 11 vértices, ajustados en los puntos de intersección por hilos metálicos plateados.

En esta ocasión fue posible observar un diámetro entre 1,4 cm y 1,6 cm, y la utilización de hilos metálicos de dos grosores diferentes, además de bandas tejidas con dichos hilos en el interior de las piezas, lo que refuerza la idea de estos investigadores en cuanto al

uso de algún relleno de material perecedero que le daba cuerpo al entrelazado (Fig. 5.24). Los alfileres relacionados con el uso de mortaja en los enterramientos presentaron los mismos rasgos que mostraron los hallados en las UE-1009, 1080 y 1149 en el interior de la Catedral, piezas de aleación de cobre con largos promedio de 3,2 cm, grosor de 0,1 cm y cabeza enrollada de 0,2 cm.



Figura 5.24. Dos de los pasamanos hallados en la UE-2001, similares a los encontrados en este mismo contexto en las excavaciones arqueológicas del año 2000. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

La sortija se clasifica como joyería popular, muy común en la décimo séptima centuria, con características análogas a las descritas para la UE-1080, de corona cuadrada para el engaste de alguna piedra, con unos 0,8 cm de apertura por ambos lados y una altura de 0,4 cm. Al tratarse de una pieza muy fragmentada no fue posible estimar la talla (Fig. 5.25B). El botón tiene forma de domo con una flor de tres pétalos moldeada, confeccionada mediante la fundición de una sola pieza en aleación de cobre, con una altura de 1,2 cm y un diámetro de 1 cm, con el vástago del ojo de sujeción fracturado (Fig. 5.25A).

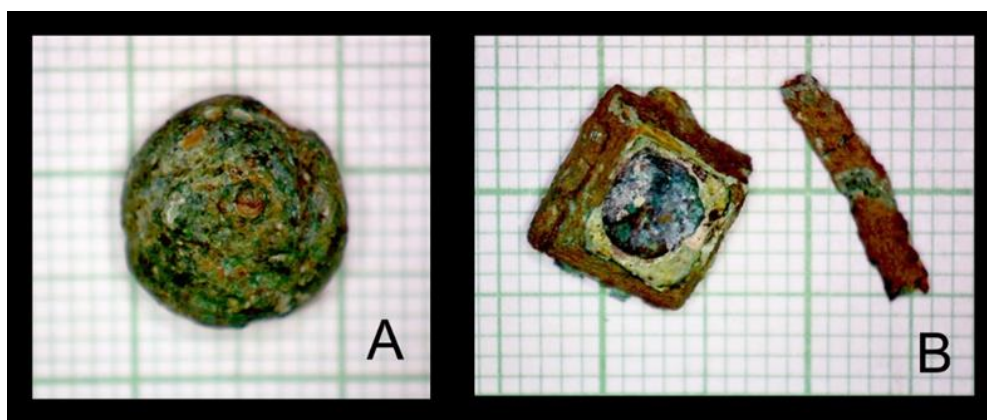


Figura 5.25. Botón en forma de domo fundido de metal, representando una flor de tres pétalos (A) y fragmentos de sortija con engaste cuadrado, pertenecientes a la UE-2010. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

Estos botones decorativos fueron muy utilizados durante el siglo XVI y las primeras décadas del XVII, presentes en contextos europeos y americanos (Beltrán y Miró 2013: 194-195), con una dispersión que llega hasta Suramérica (Letieri *et. al.* 2009), aunque se han hallado pocos en contextos arqueológicos en el área Circuncaribe (Deagan 2002:163).

#### *b. Indumentaria mágico-religiosa*

Los elementos asociados a la existencia de rosarios y creencias religiosas fueron pocos, cinco cuentas de vidrio: cuatro de la UE-2001 y una en la UE-2010, además de un pequeño corazón elaborado en concha de molusco marino. Las cuentas responden a las mismas clasificaciones descritas anteriormente, con la existencia de cuatro abalorios dentro de la tradición artesanal Paternostri: en la UE-2001 una del tipo Chevrón de siete capas vítreas en azul, blanco y rojo, de forma tubular algo mellada en los bordes, un largo de 0,6 cm por 0,5 cm de ancho y orificio de 0,2 cm (Fig. 5.26A).

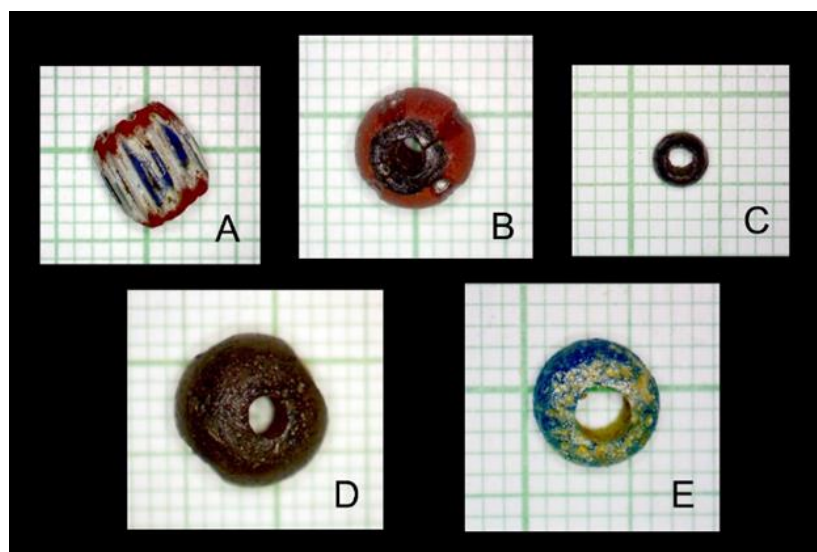


Figura 5.26. Cuentas de vidrio recuperadas en la excavación del atrio en la UE-2001 (A, B, C Y D) y en la UE-210 (E). Imágenes obtenidas con microscopio digital.

Una conocida como Dona negra opaca de tamaño mediano, forma redondeada, diámetro de 0,8 cm y orificio de 0,2 cm, con huellas de haber tenido incrustaciones en tres lados, de vidrio en color azul (Fig. 5.26D). Una Roja opaca redondeada con centro negro, un diámetro de 0,7 cm y orificio de 0,2 cm (Fig. 5.26B) y de la UE-2010 una turquesa lisa redondeada y algo aplanada, con 0,6 cm de diámetro y 0,4 de grosor, y una apertura de 0,2 cm para la sujeción (Fig. 5.26E). De la tradición Margariteri sólo fue hallada una pieza en la UE-2001, es una cuenta de forma redondeada muy pequeña, de color azul-verdoso oscuro, algo traslúcida con 0,3 cm de diámetro y orificio de 0,2 cm. (Fig. 5.26C).

El amuleto en forma de corazón evidencia la significación de este símbolo, dentro de los elementos protectores en los primeros siglos coloniales en Panamá. Para su elaboración fue aprovechado un borde de concha marina anacarada, lográndose una pieza de 1,4 cm de largo por 0,9<sup>1/2</sup> cm de ancho y un grosor variable entre 0,2 cm y 0,3 cm. Tiene orificio de menos de 0,1 cm de diámetro, posiblemente para la sujeción en la ropa (Fig. 5.27).



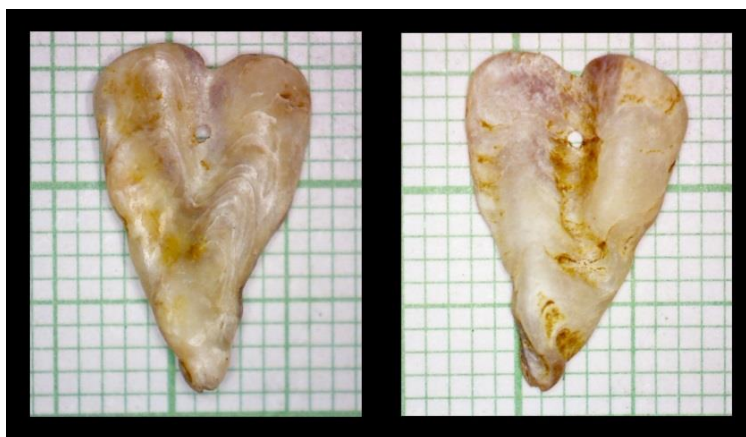


Figura 5.27. Pequeño amuleto en forma de corazón por sus dos caras, con orificio de sujeción en la parte superior, rescatado en la UE-2001. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

Sobresale en el conjunto rescatado en la UE-2001 un medallón religioso de 4 cm de diámetro, de forma redondeada con grafila en el borde y un águila bicéfala a relieve con alas y garras extendidas, coronada en la parte superior entre las dos cabezas. Es una pieza de metal, posible aleación de plomo por su ductilidad –material neutralizante de los males demoniacos y restablecedor del orden espiritual– (Ciriot 1992: 367), con un golpe en el borde del anverso, lo que produjo una curvatura. Muestra además un recubrimiento de barro adherido por la porosidad del metal (Fig. 5.28). El águila bicéfala es un signo imperial muy antiguo, relacionado con el Sacro Imperio Romano Germánico, la dinastía de los Habsburgo y la Orden de San Agustín, sin embargo, la figura está desprovista de elementos heráldicos e insignias que componen estos emblemas, como cetros, espadas, báculos y escudos. Se trata de una reapropiación católica rápidamente difundida en España y sus posesiones coloniales entre la segunda mitad del siglo XVII y las tres primeras décadas de la decimoctava centuria, aunque llegó a difundirse ampliamente en el arte católico ibérico hasta el siglo XIX (Heredia 1996: 193).



Figura 5.28. Medallón religioso con el emblema del águila bicéfala coronada en el anverso (izquierda), donde se observa la dirección del golpe y la curvatura, en el reverso se puede apreciar el color del metal.

En el espacio religioso aparece asociada a diferentes congregaciones que tuvieron amplia presencia en América española y portuguesa, entre ellos: agustinos, jesuitas, franciscanos, carmelitas, dominicos, benedictinos y cistercienses, coincidiendo con el avance de proyectos de monarquía universal cristiana en el juego de fuerzas entre potencias católicas europeas, situación relacionada con España y Francia, en la que la dinastía y el mesianismo están conjugados (Heredia 1996: 194–195) (Bitran 2010: 16–17). Este símbolo refiere la unidad de poderes espirituales y temporales, es decir el poder absoluto que, al ser adoptado por la Iglesia católica, reafirma no sólo la autoridad espiritual como terreno del cristianismo y su cuerpo místico, al cual todos debían someterse en plena época de inquisición, sino la idea de restablecer la unidad cristiana desmantelada por las diferencias del poder y la fe en tiempos del barroco, lo que fue una novedad iconográfica para la época (Bitran 2010: 12).

#### 5.5 Sur de la Plaza Mayor: Conchas marinas modificadas y candelabros

Los artefactos en bivalvos marinos conforman un registro material significativo en las tres unidades excavadas, manifestando con sus proporciones y relaciones una de las particularidades sistémicas del contexto: las prácticas de bautizo. Las conchas muestran

cuatro modificaciones fundamentales: en forma ovalada, redondeada, trapezoidal y perforación circular en la parte del umbo, logradas por las técnicas de fractura, corte por percusión y la abrasión, ampliamente practicadas por los indígenas americanos y en Panamá (Dacal 1978: 30–31) (Lammers 2008: 94–99) (Mayo 2004: 152–161). Las de forma ovalada, redondeada y trapezoidal están hechas mayoritariamente en *Argopecten circularis* (Sowerby 1835), con 3 ejemplares de la unidad 3, 29 en la unidad 4 y 75 en la 5, y solo dos casos de piezas redondeadas facturadas en *Nerita sp.* (Linnaeus 1758), registradas en las UE–4008 y 4020 de la unidad 4. Las perforadas en el umbo fueron realizadas en *Noetia sp.* (Gray 1857) con 1 registrada en la unidad 3, 28 en la 4 y 19 en la unidad 5, y seis piezas en *Anadara sp.* (Grey 1847) repartidas entre las UE–4008, 4020 y la Cala 7 en la unidad 4, y en las UE–5001 y 5002 de la unidad 5 (Tabla 5.7).

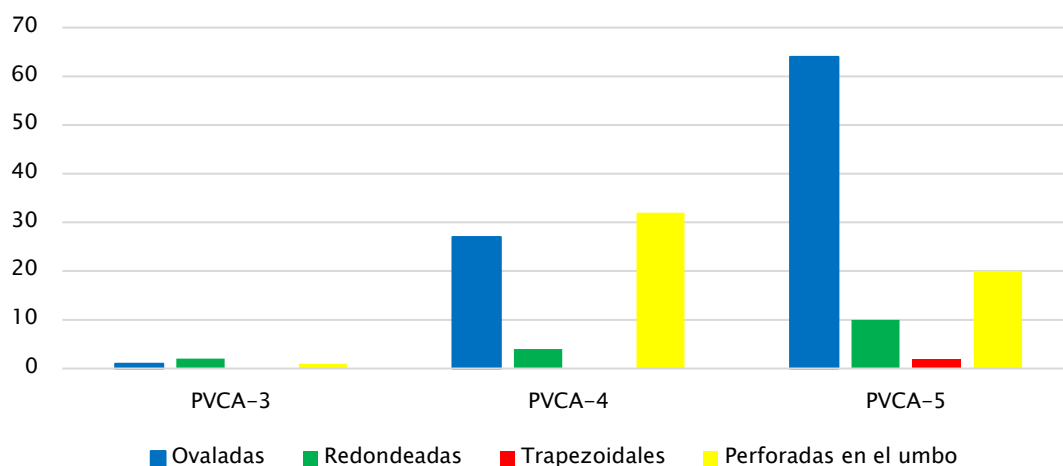
*Tabla 5.7. Especies de moluscos modificados por unidades de excavación y estratigráficas al sureste de la Plaza Mayor*

	<i>Argopecten circularis</i>	<i>Noetia sp.</i>	<i>Anadara sp.</i>	<i>Nerita sp.</i>	Totales
<b>PVCA-3</b>	<b>3</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>4</b>
UE-3001	1				1
UE-3004	1				1
Cala 2 UE-2	1	1			2
<b>PVCA-4</b>	<b>29</b>	<b>28</b>	<b>4</b>	<b>2</b>	<b>63</b>
UE-4004	2	2			4
UE-4008	25	11	1	1	38
UE-4020	1	3	1	1	6
Cala 6 UE-1		1			1
Cala 7 UE-3	1	1	1		3
Cala 7 UE-4		10	1		11
<b>PVCA-5</b>	<b>75</b>	<b>19</b>	<b>2</b>	<b>0</b>	<b>96</b>
UE-5001	33	6	1		40
UE-5002	20	5	1		26
UE-5010	6	2			8
UE-5011	16	6			22
<b>Totales</b>	<b>107</b>	<b>48</b>	<b>6</b>	<b>2</b>	<b>163</b>

De manera que se puede advertir equidad en la unidad 4 entre las formas ovaladas y las piezas perforadas en el umbo, situación que remite a las particularidades del uso de las conchas, en un espacio menos perturbado que las unidades restantes (3 y 5), las que

difieren notablemente, considerando que el grueso de los artefactos en PVCA-4 fue hallado en el depósito de los enterramientos UE-4008, y en menor medida en la UE-4004 y 4020 (Gráfico 5.6). Su alta frecuencia en el estrato de enterramientos UE-4008 indica que debió pasar a este nivel por el proceso de inhumación, al ser descartadas en el lugar en la misma época, con la realización paralela de prácticas religiosas y funerarias.

*Gráfico 5.6. Formas de las conchas marinas por unidades de excavación al sureste de la Plaza Mayor.*



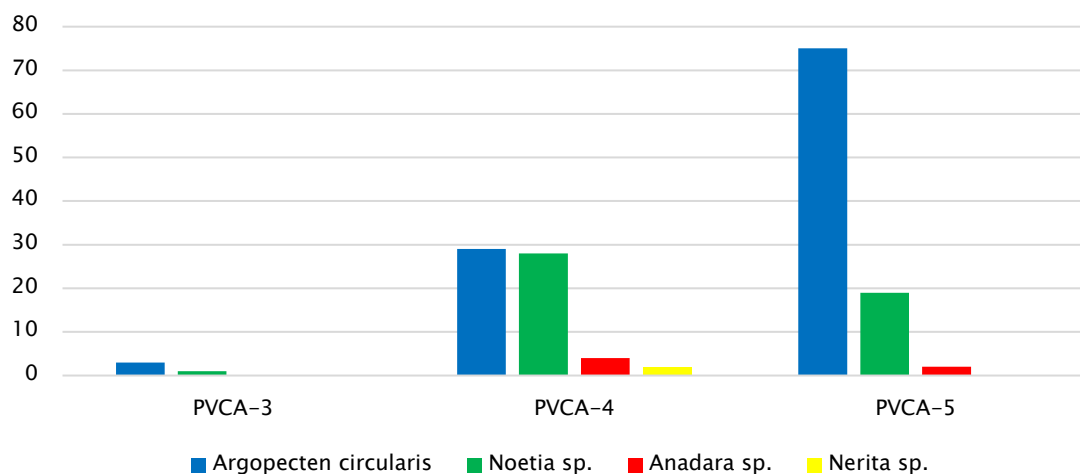
Ninguna de estas conchas fue recuperada en relación directa con los enterramientos individuales, mostrando cantidades no correlacionables con el número de sepulturas, bien al sureste de la Plaza Mayor como en la excavación de la nave de la Catedral, separándolas estrictamente de los rituales funerarios. La coincidencia de las conchas en el espacio sagrado del cementerio cristiano a la vez favorece su interpretación como evidencia fehaciente de bautismo. Al mismo tiempo, la pobre presencia de las conchas modificadas en las zonas sur y oeste en PVCA-4, comprobada por las calas 6 y 7, sugiere cierta dispersión por alteraciones del contexto, un poco más intensas en la unidad 5, mostrando los límites espaciales de estas actividades.

Las conchas marinas tenían significados muy cercanos en el mundo católico, en la cosmogonía indígena en América y en las culturas del occidente africano, como símbolo

de fertilidad y renacimiento (Chevalier y Gheerbrant 1986: 250–251) (Eeckhout 2004: 28–29) (Hernández e Izquierdo 2014: 128–129) (Colombres 2016: 136–137) (Izquierdo y Hernández 2017: 38–42), seguramente aprovechado como estrategia de conversión y favorecedor de la apropiación del catolicismo por los indígenas, recurso que debió utilizarse en épocas posteriores. En este sentido la recuperación de conchas modificadas en los niveles intermedios de la nave de la Catedral podría señalar su uso en la materialidad de este ritual religioso, para mestizos, negros o descendientes de indígenas a mediados del siglo XVII.

En *Argopecten circularis* las formas se consiguieron retirando las orejas al lado del umbo, en algunos ejemplares solo rebajadas, y erosionando los bordes hasta alcanzar el tamaño deseado, mientras en *Nerita sp.* las piezas se extrajeron del manto del molusco. Las perforadas en el umbo en *Noetia sp.* y *Anadara sp.* no exhiben otra modificación. El análisis del comportamiento de las especies por unidades de excavación muestra claramente la mencionada correspondencia entre las especies y las formas, lo que sería un indicador de la intencionalidad simbólica de marcar las diferencias identitarias básicas de los individuos que las portaron (Gráfico 5.7).

*Gráfico 5.7. Especies de moluscos modificados por unidades de excavación al sureste de la Plaza Mayor.*



Para el tamaño de las piezas se consideraron arbitrariamente tres dimensiones: pequeñas para las de diámetro menor a 2 cm, medianas entre 2 y 4 cm y grandes para las mayores de 4 cm, observándose que las formas ovaladas y redondeadas están en las piezas grandes y medianas, y las pequeñas son redondeadas y trapezoidales. Mientras las perforadas en el umbo no exhiben variaciones en este sentido, percibiéndose dos series bien delimitadas con sus respectivas especies de soporte (Fig. 5.29).

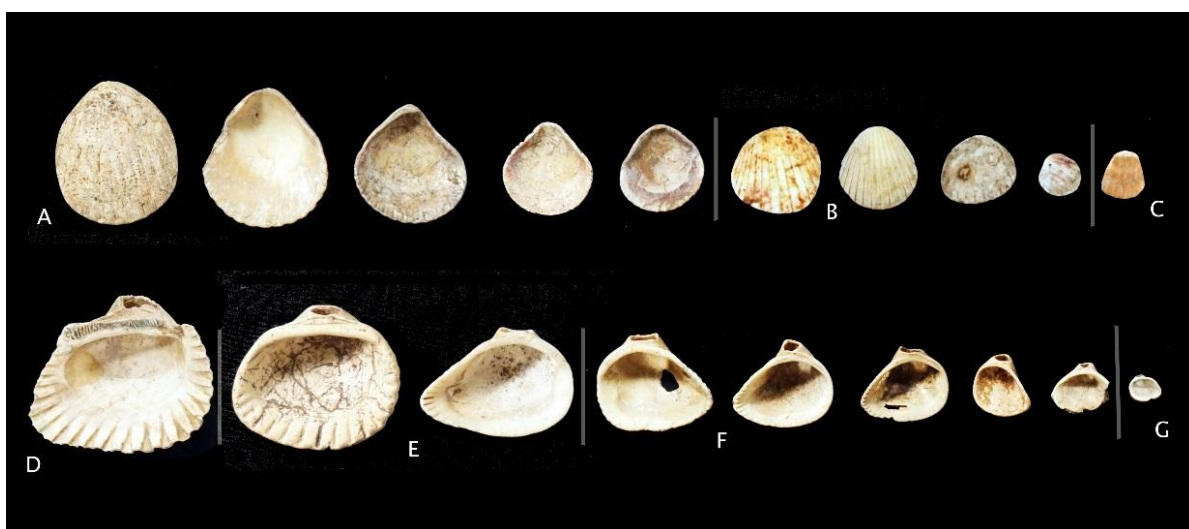


Figura 5.29. Variaciones de tamaño en el conjunto de conchas por tipo de modificación. A)– Pertenecientes a la UE–4008 de la unidad 4, B)– UE–5001 de la unidad 5, C)– UE–5002 de la unidad 5, D)– UE–5001 de la unidad–5, E)– UE–4020 de la unidad 4, F)– UE–4008 de la unidad 4 y G)– UE–5001 de la unidad 5.

Los tipos de modificación y los tamaños correlativos en la unidad 4 evidencian el predominio de las medianas en las valvas perforadas en el umbo, con una presencia equivalente entre las ovaladas medianas y grandes, y pocas medianas redondeadas. La unidad 5 manifiesta una concentración de ovaladas grandes y medianas, seguidas de las medianas perforadas en el umbo y las redondeadas medianas. En las dos unidades señaladas la presencia más baja radica en las perforadas en el umbo y las redondeadas pequeñas y grandes (Tabla 5.8).

*Tabla 5.8. Correlación de modificaciones y tamaños por unidades de excavación al sureste de la Plaza Mayor*

	Ovaladas	Redondeadas	Trapezoidales	Perforadas en el umbo	Totales
<b>PVCA-3</b>	1	2	0	1	4
Pequeñas				1	1
Mediadas		2			2
Grandes	1				1
<b>PVCA-4</b>	27	4	0	32	63
Pequeñas				1	1
medianas	13	4		28	45
Grandes	14			3	17
<b>PVCA-5</b>	64	10	2	20	96
Pequeñas		1	2	2	5
Medianas	46	8		16	70
Grandes	18	1		2	21
<b>Totales</b>	92	16	2	53	163

Un comportamiento singular al considerar que la unidad PVCA-5 experimentó perturbaciones trascendentales, que alteraron prácticamente todo el contexto, lo que refuerza la inferencia acerca de la procedencia en el espacio inmediato, aporte útil para delimitar el área de actividad religiosa en el lado este de la zona excavada.

Asimismo, estas variaciones complementan un binomio de diferencias, concretadas en el tipo de modificación y el tamaño de la pieza, lo que permite considerar la posibilidad de que las conchas investigadas sean parte de la materialización de un esquema de identidad indígena pertinente a los ritos de paso en situación colonial. No es difícil imaginar que el binomio edad-sexo de los individuos tenga una representación directa en el tamaño y tipo de especie-modificación de las conchas, sin embargo, particularizar estos vínculos es problemático. La *Argopecten circularis* y la venera española, concha de la vieira o *Pecten jacobaeus* (Linnaeus 1758), común en el litoral Atlántico de Galicia, pertenecen a la misma familia *Pectinidae*, compartiendo valvas semejantes con surcos formados por costillas radiales que marcan el crecimiento y dos orejas en el umbo terminal. La vieira posee relaciones simbólicas desde los inicios del catolicismo, signo de viaje próspero para los peregrinos jacobitas, a la vez representa la

fertilidad relacionada con la luna y la mujer (Sánchez y Baños 2013: 65–67). Estas coincidencias simbólicas pudieron favorecer su uso en el bautismo de individuos del sexo femenino, pero la modificación realizada a las valvas de *Argopecten circularis*, alejándolas de las formas naturales respetadas en el mundo católico, señala un contraste sustancial.

No obstante, se debe considerar que tres de las especies modificadas aparecen reportadas para las comunidades aborígenes que habitaron el área costera de Panamá Viejo, como recursos escogidos y utilizados para el consumo, la fabricación de utensilios, como desgrasante en alfarería y elementos decorativos, y en lo fundamental cuentas de collar (Mendizábal 2004: 135, 269, 275–276) (Martín y Rodríguez 2006: 96–98). En la excavación de un contexto prehispánico en el parque Morelos de Panamá Viejo, precisamente la *Argopecten circularis* tuvo una representación destacada y en bajos porcentajes la *Nerita scabriscosta* y *Anadara tuberculosa* (Martín y Rodríguez 2006: 93). Aunque la *Noetia sp.* no aparece mencionada en estas investigaciones, lo que sería un aspecto novedoso en contextos de época colonial para el conjunto monumental, la utilización de las tres especies restantes indica preferencia y tradición en su manejo –recolección, tratamiento y elaboración de artefactos– (Guinea 2006:304–308).

En el contexto del lado oeste de la UE-4008, en la unidad 4, fueron recuperados dos candelabros de evidente factura local, asociados a conchas marinas modificadas, uno fue moldeado en cerámica ordinaria con engobe de color rojo y el otro tallado en piedra. El de cerámica tiene forma irregular producto a la fragmentación de los bordes de la base, mostrando una altura de 1,9 cm y 6,5 cm por su lado más ancho. El diámetro de la cazoleta para asegurar la vela es de 3,1 cm. El de piedra tiene forma de cáliz, con huellas de quemado en las paredes interiores, y está hecho en arenisca blanda, un tipo de piedra resistente muy fácil de trabajar, de la que fueron labrados los sillares de la torre y los



muros de la Catedral de Panamá Viejo (Durán 2005: 48). El diámetro de la base es de 6,4 cm y el de la copa en el borde superior exterior 15 cm. La cazoleta para la vela es de forma cónica con 3 cm en su borde superior hasta alcanzar los 2,2 cm en su porción inferior más estrecha. La altura aproximada es de 15,2 cm. (Fig. 5.30).



Figura 5.30. Candelabros de la UE-4008: Tallado en arenisca blanda a la izquierda y en cerámica a la derecha.

#### 5.6 PVCA-4 al sureste de Plaza Mayor: objetos relacionados con enterramientos

Exiguos elementos fueron localizados en sepulturas de la superficie UE-4006, entre ellos doce pequeñas cuentas concentradas en la parte inferior izquierda de las últimas costillas de UE-4019, mezcladas con los huesos de la mano derecha del individuo, un tórax ubicado al centro de la sección encima del entierro UE-4007, donde también fueron recuperados dos alfileres en el lado derecho del torso (Fig. 5.31). Las cuentas son de color blanco elaboradas con métodos prehispánicos en molusco marino, doce en total, diez muy pequeñas, en forma tubular recortada, con 0,3 cm de largo y diámetro, y orificio de 0,1<sup>1/2</sup> cm, similares a las anteriormente descritas para la UE-1080 en la nave de la Catedral (Fig. 5.10F y G), y dos más grandes igualmente tubulares y más estrechas en los bordes, como la forma de barril (Deagan 1987: 161), con dimensiones de 1,1 cm de

largo y 0,6 cm de diámetro, y orificio de 0, 1<sup>1/2</sup> cm, algo aplanadas y 0,1 cm más anchas en el centro. El número de cuentas y su localización en el entierro evidencian su factura y empleo en un rosario de decenas, comunes en el siglo XVI, los que tenían diez cuentas para rezar repetidas veces hasta completar un rosario o un grupo de misterios. Deagan (2002: 66) los describe de cuentas grandes con medalla devocional o cruz en los extremos, de manera que en este rosario las cuentas más grandes debieron rematar la pieza a manera de estaciones o *Pater*, y posiblemente una pequeña cruz de madera, engarzadas con un cordón de material perecedero.



Figura 5.31. Alfileres de metal y cuentas de rosario recuperadas en los entierros UE-4007 y UE-4019. A la izquierda la ubicación donde fueron encontrados.

Los alfileres de metal ubicados en UE-4007 están bien conservados, hechos en aleación de cobre con cabezas enrolladas de 0,1<sup>1/2</sup> cm para y 0,2 cm de diámetro. El más pequeño presenta un largo de 2,4 cm y grosor 0,1 cm, el otro tiene 3,3 cm de largo con cuerpo de 0,1 cm de grosor. Otros dos alfileres completos fueron recuperados entre los

huesos largos del entierro reducido UE-4016, dispuesto en la vertiente noreste de la excavación. Estos tienen cabezas enrolladas de 0,1<sup>1/2</sup> cm para el más pequeño, con 2,7 cm de largo y 0,1 cm de grosor, y 0,2 cm para el más grande con un largo de 3,3 cm y exactamente el mismo grosor del anterior.

Una hebilla de estructura oval simple en forma de D fue ubicada en la sepultura UE-4023, emplazada en la parte noreste de la sección. Posee 2,9 cm de diámetro por la parte externa redondeada y 2,6 cm por la parte de los terminales de la D, debiendo tener un largo de barra de 1,5 cm. Está hecha en aleación de cobre, decorada a relieve con motivos fitomorfos y huellas de baño dorado en la parte convexa (Fig. 5.32). Aunque es un ejemplar ornamental para la vestimenta, de tipología extendida desde el siglo XIV hasta el XVIII, las hebillas decoradas han sido documentadas en contextos europeos del siglo XVI, destinadas especialmente como parte principal de cierres que incluyen cinturones y correas (Beltrán y Miró 2013: 199). En América han aparecido en contextos coloniales tempranos, como el caso de Concepción de la Vega en República Dominicana, que tiene un margen temporal entre 1498-1562 (Deagan 2002: 182).



Figura 5.32. Hebilla recuperada en el entierro UE-4023 de la superficie UE-4006.

### 5.7 PVCA-4 al sureste de Plaza Mayor: indumentaria en el contexto funerario

Los materiales contenidos en el estrato 4008 conciernen al uso de mortaja, vestimenta y ornamento, entre ellos destaca una cuenta tubular elaborada posiblemente en algún tipo de piedra caliza, con un color blanco con betas rosáceas. Tiene un largo de 3 cm por 0,9 cm de grosor y un orificio 0,3 cm, con fracturas en los extremos y adherencias de tierra dada su composición porosa (Fig. 5.33). Piezas parecidas recuperadas en contextos indígenas en Suramérica, contemporáneos a la conquista española, están asociadas a cuentas vítreas de colores, como Nueva Cádiz y otras fabricadas en diferentes tipos de piedras, moluscos marinos y metal (Feinzig 2017).



Figura 5.33. Cuenta de collar localizada en la UE-4008 de la cuarta unidad excavada al sureste de la Plaza Mayor.

Los cuatro alfileres mostraron dimensiones análogas a las descritas para este tipo de artefacto fabricado en cobre. Todos mostraron cabeza enrollada de 0,2 cm y cuerpos de 0,1 cm de grosor. Dos estaban fragmentados y con torceduras por el uso, los otros dos, completos, midieron 3,3 cm de largo. Un botón de una sola pieza, con huellas de labrado en concha anacarada, tiene forma redondeada sin decoración ni ojo de sujeción. La cara anterior tiene un pequeño abultamiento (Fig. 5.34A) y en la posterior se advierte un vástago truncado (Fig. 5.34B), por lo que debió estar forrado en tela o pasamanería.

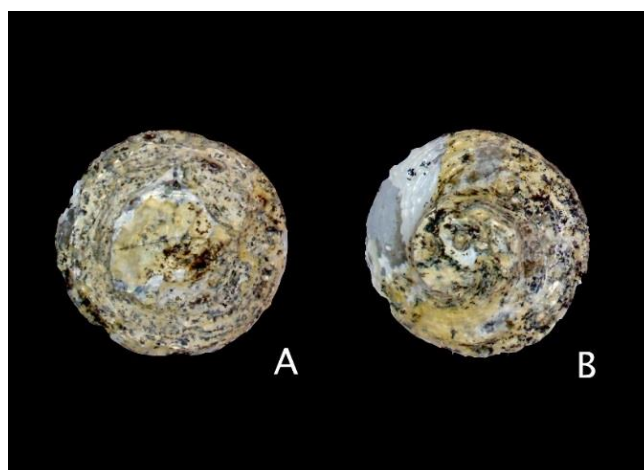


Figura 5.34. Botón labrado en concha anacarada, A- cara anterior y B-cara posterior.

Los botones forrados contenían una moldura circular, que conformaba el alma de la pieza, hecha comúnmente de madera o hueso (Beltrán y Miró 2013: 191–192, 194). El botón encontrado pertenece a este tipo de fábrica, común para el siglo XVI, evidente por su tosca terminación en ambas caras. Posee un diámetro de 1,8 cm y una altura de 0,8 cm. Los herretes en el nivel (UE-4008) son laminados en aleación de cobre, uno no supera los 2,2 cm con una forma ligeramente cónica entre los 0,3 cm a 0,2 cm de grosor. El otro algo deteriorado midió 1,9 cm de largo, con un grosor igual al anterior (Fig. 5.35A y B). En la UE-4 de la cala 7C se halló un tercer ejemplar bien conservado, fabricado en aleación de cobre con un largo de 2,2 cm y grosor que va de 0,2 cm a 0,1 cm (Fig. 5.35C).

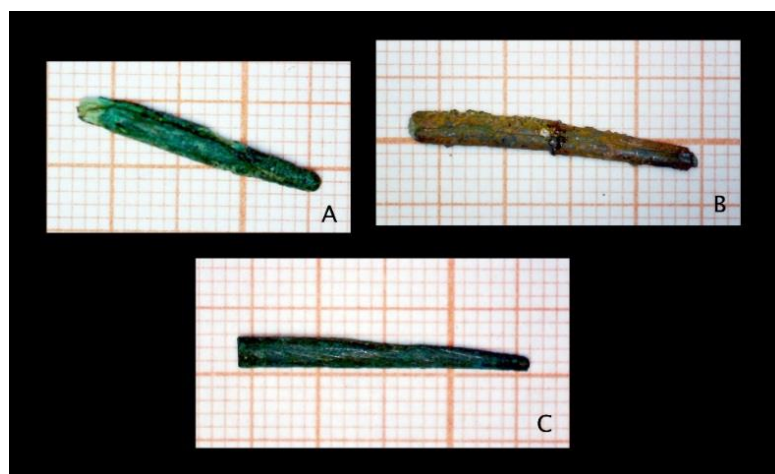


Figura 5.35. Herretes de metal de las UE-4008 (A y B) y de la cala 7C (C).

Aunque no se puede asegurar que los herretes hayan pasado a este contexto por inhumación en piezas de vestir, su presencia junto a la poca frecuencia de botones, estaría mostrando un momento específico en el que la vestimenta portada en el lugar continuaba los usos medievales con rasgos inusuales. Según Deagan (2002: 174) no es habitual encontrar botones en contextos coloniales anteriores a 1560, cuando para la época en España el botón iba introduciéndose en la sustitución de las agujetas. Asimismo, no se tienen noticias de botones forrados con alma de concha marina en contextos coloniales tempranos, lo que sugiere considerar su importancia y significado respecto al espacio sagrado.

#### 5.8 PVCA-3 al sureste de Plaza Mayor: una cuenta del siglo XVI

En la tercera unidad excavada solo un elemento está relacionado con los ámbitos considerados para este estudio, una cuenta alargada de vidrio clasificada como Nueva Cádiz simple, hallada en la UE-2 de la cala 2C, asociada con cerámica colonial temprana y aborígen, muy fragmentadas. La cuenta es alargada de color blanco grisáceo, conformada por tres capas de vidrio con el núcleo verdoso, posee 1,8 cm de largo por 0,4 cm de ancho, con orificio redondeado y una distintiva sección transversal cuadrada (Fig. 5.36).

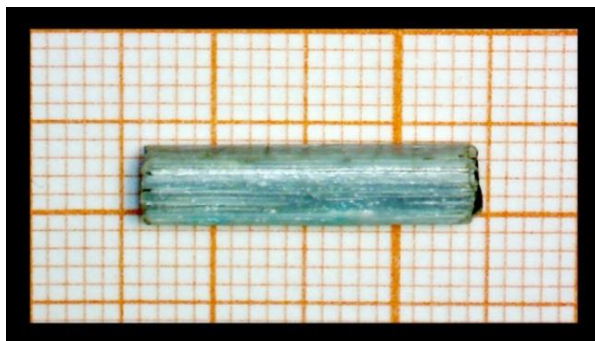


Figura 5.36. Cuenta Nueva Cádiz de la cala 2C en la unidad 3.

Este tipo de cuentas se han utilizado como indicador cronológico para determinar contextos coloniales anteriores a 1550, por su denominación original en los estratos más

antiguos del asentamiento español de Nueva Cádiz en la costa venezolana, fundado en 1515 y abandonado en 1541 luego de un terremoto (Deagan 1987: 163) (Mitchem 2018). Se trata de abalorios fabricados en Venecia, posiblemente de la isla de Murano, de donde fueron traídas al Nuevo Mundo desde los primeros viajes, formando parte de los sitios coloniales más tempranos en el área circuncaribe (Francis 1986: 36–37). Al igual que otras cuentas de vidrio, los indígenas americanos las utilizaron ampliamente para la ornamentación de vestimentas y la confección de collares y pulsos en época colonial, con una dilatada dispersión en todo el continente, por lo que han sido reportadas en diferentes tipos de sitios, incluyendo los contextos funerarios con presencia aborigen (Mitchem y Leader 1988: 44–45) (Smith *et al.* 1994: 28–29), (Feinzig 2017: 69–72).

#### 5.9 PVCA–5 al sureste de Plaza Mayor: indumentaria en un hueco de basura

##### *a. Mortaja, vestimenta y ornamento personal*

En la UE–5002, un relleno de desechos del siglo XVII no alterado, se recuperó un anillo o aro de hierro con trazas de baño dorado. El diámetro interior –la talla– es de 1,8 cm y en su parte exterior de 2,2 cm. Es un ejemplar poco usual, logrado a partir de una lámina de metal de 0,1<sup>1/2</sup> cm de grosor, por lo que su cuerpo está aplastado de manera vertical. En indumentaria vinculada a la vestimenta resaltan dos herretes laminados en aleación de cobre, uno con punta en forma de lanza y forma cómica, con un largo de 5,2 cm, un ancho de 1 cm en un aparte y 0,5 cm en el extremo más estrecho (Fig. 5.37). Una forma semejante podría estar vinculada a la esfera militar, como dispositivo para acordonar arreos a la vestimenta. Beltrán y Miró (2013: 197) relacionan piezas similares para el siglo XVII, en lo fundamental en contextos españoles. El otro, de forma ligeramente cónica, es semejante a los recuperados en la unidad 4, con un largo de 1,9 cm y grosor de 0,2 cm. El alfiler está fragmentado en la punta, es de cabeza enrollada de 0,2 cm y largo de 2,7 cm.





Figura 5.37. Herrete de metal localizado en la UE-5002.

Cuatro piezas para ensartar, elaboradas en conchas marinas y hueso, refieren la posibilidad de composiciones mixtas de collares para el uso personal a partir de elaboraciones fundamentadas en tradiciones indígenas. Un fragmento de hueso con forma puntiaguda y orificio para colgar, útil como perforador (Fig. 5.38A), fue hallado en el relleno del hueco de basura (UE-5002), este tiene un largo de 4,8 cm y 2 cm por su parte más ancha. En este mismo contexto apareció una pieza labrada en hueso, en forma de cuenta cilíndrica, decorada con líneas oblicuas al borde rebajado y orificio cónico. Tiene un diámetro de 2 cm y una altura de 2,1 cm, con una apertura de 0,5 cm a 1,2 cm (Fig. 5.38B). Además, dos cuentas en *Fissurella sp.* (Bruguière 1789), con el orificio natural que poseen agrandado por abrasión y desgaste, hasta alcanzar aperturas ovaladas de 1,5 cm y 1 cm (Fig. 5.38C y D). Feinzig (2017: 78) ha advertido que los objetos elaborados en piedra, hueso y concha, relacionados con producciones autóctonas, en este caso denominadas alternativas, se mantuvieron presentes tiempo después de la conquista española, en la confección de ornamentos personales, el trueque comercial y las prácticas funerarias, en varias regiones suramericanas donde las tradiciones de la cultura indígena eran penetrantes ypreciadas.





Figura 5.38. Artefactos recuperados en la UE-5002, elaborados en conchas y hueso para el uso personal.

*b. Indumentaria mágico-religiosa*

Una cuenta de vidrio, tipo semilla de color azul turquesa y una medalla religiosa dedicada a Santo Tomás de Villanueva, fueron encontradas en la misma superficie UE-5005, muy cerca del registro óseo UE-5006. La cuenta de producción Margariteri, con una capa de vidrio, presenta orificio de 0,2 cm y un diámetro de 0,6 cm. La medalla es de cobre con huellas de baño dorado, de forma redondeada y asa de suspensión perpendicular a la placa. En el anverso muestra a relieve los rostros sedentes de la virgen María con una corona de tres puntas y el niño Jesús, ambos con halo de luz en la cabeza y encima de una media luna. En el reverso al centro el rostro del santo con mitra –gorro de obispo– y dos tiras de tela colgantes por la parte trasera. Dos figuras a los lados complementan la escena, la de la izquierda porta una cruz alta, la de la derecha está en posición de súplica. La pieza en el borde está rematada con trenza de tres cuerdas a relieve. En el borde superior muestra la inscripción: S. TOMASO - D V N. En el exergo la palabra ROMA indica el lugar de emisión (Fig. 5.39). Tomás de Villanueva fue un fraile agustino que nació en España en 1488 y murió en 1533, recibió la beatificación el 7 de octubre de 1618 y su canonización fue proclamada el 1 de noviembre de 1658 (Sálesman

2007b: 478) (Vincent 2017: 109–11), fecha coincidente con la cronología asignada al contexto.



Figura 5.39. Medalla religiosa de la UE-5002, dedicada a Santo Tomás de Villanueva. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

#### 5.10 PVCA-5 al sureste de Plaza Mayor: indumentaria en contexto transformado

##### *a. Mortaja, vestimenta y ornamento personal*

En el relleno UE-5011 fueron localizados tres fragmentos de anillos lisos, dos elaborados en hierro similares en sus dimensiones: 0,2 cm de grosor y 0,1 cm de ancho; el tercero es un anillo de aleación de cobre de 1,9 cm de talla, logrado a partir de una banda de 0,7 cm de ancho y 0,1 cm de grosor, igual a los tipos más sencillos descritos para sitios coloniales en América en el siglo XVI temprano, como es La Isabela en República Dominicana (Deagan y Cruxent 2002b: 195–196). Los ejemplares corresponden a joyería popular, usada comúnmente por los sectores pobres, pero inspirada en prendas más valiosas (Beltrán y Miró 2013: 212–213). Los aretes en este mismo estrato también son sencillos, hechos en aleación de cobre, con una pieza central pequeña. Uno tiene forma de flor de ocho pétalos, parecido al encontrado en la UE-1080 en el interior de la Catedral, con un diámetro de 0,9 cm y 0,1<sup>1/2</sup> cm de grosor. El otro es aún más simple, sin decoración, con una placa circular de 0,7 cm de diámetro y un vástago de 0,2 cm de grosor. También se recuperó un alfiler de cobre muy bien conservado de cabeza enrollada de 0,2 cm y 3,5 cm de largo.

Una punta metálica de funda de arma blanca, apareció en la UE-5010, fabricada en cobre con forma trapezoidal, abierta en la parte inferior, con orificio al centro y líneas a bajorrelieve formando un patrón fitomorfo. Presenta un largo 2,7 cm, y su ancho varía entre 1,7 cm y 0,9 cm, con un grosor de 0,3 cm (Fig. 5.40). Beltrán y Miró (2013: 211) argumentan esta tipología de puntas precisamente para el siglo xvii, aunque se continuó fabricando hasta el xviii en Europa. En el Caribe se han reportado en sitios donde se desarrolló la vida doméstica colonial en la primera mitad del siglo xvi (Deagan 1988: 220). Eran empleadas para culminar las puntas de las fundas de puñales, dagas, cuchillos y pequeñas espadas, en forma de protección para colgarlas del cinturón.



Figura 5.40. Punta metálica de funda de arma blanca, hallada en UE-5010.

#### *b. Indumentaria mágico-religiosa*

Una medalla religiosa algo deteriorada, de forma redondeada y asa de suspensión perpendicular a la placa, fue rescatada en el relleno UE-5001. Está facturada en hierro con 2,7 cm de altura y 1,6 cm de ancho. Le fueron observadas huellas de dorado en ambas caras. En el anverso tiene a la inmaculada de cuerpo entero con los brazos cruzados al pecho, encima de una media luna. A su alrededor muestra una aureola lumínica y 6 estrellas pequeñas encima de la cabeza en forma de abanico. En el reverso se aparece un rostro de perfil, identificado por la iconografía de su representación como

San Carlos Borromeo, con las manos entrecruzadas a la altura del pecho en posición devota, al frente de un crucifijo con Jesucristo (Fig. 5.41). San Carlos Borromeo, que nació en Italia en 1538 y murió en 1584, fue uno de los grandes reformadores católicos de la época posterior al Concilio de Trento, beatificado en 1602 y canonizado el 1 de noviembre 1610 por Paulo v (Sálesman 2007c: 190–191).



Figura 5.41. Medalla devocional de la UE-5001, dedicada a San Carlos de Borromeo. Imágenes obtenidas con microscopio digital.

Las campanas abiertas de repique, al igual que los cascabeles, eran amuletos comunes utilizados para alejar los malos espíritus, especialmente en niños, quienes las podían usar en sonajeros u otros conjuntos en la ropa, donde se enhebraban pequeñas piezas y talismanes. Sin embargo, estas podían utilizarse también para ahuyentar los rayos en las tormentas y en el cuello de animales domésticos más pequeños servían para controlar los desplazamientos, incluso atadas en el cuello de prisioneros y esclavos eran eficaces para su vigilancia (Deagan 2002: 150) (Letieri *et al.* 2009). La hallada en la UE-5001 tiene un tamaño que sugiere estos últimos usos, al medir 4,5 cm de altura, incluida la corona de sujeción fundida, y un diámetro en la boca de 4,7 cm (Fig. 5.42).



Figura 5.42. Campana en aleación de cobre de la UE-5001, probablemente para el acarreo de animales pequeños.

Un conjunto fragmentado de anillos de azabache, hallados en la UE-5010 y 5011, aunque integran el ámbito del adorno personal, han sido considerados como objetos mágico-religiosos, en virtud del significado que tiene el material en que fueron producidos:preciado de manera general por sus propiedades protectoras contra el mal de ojo, para hacer huir a los demonios y contra todos los maleficios invisibles (Deagan 2002: 90). Se ha estimado además su prevalencia como amuletos por su obra sencilla, al ser en su mayoría piezas lisas sin decoración, pues sólo se observó una pequeña flor de seis pétalos en una fracción de aro de 1,9 cm de diámetro, perteneciente a la UE-5011 (Fig. 5.43A).



Figura 5.43. Fragmentos de anillos de azabache de la UE-5011, uno de ellos decorado en forma de flor.

Este rasgo en particular, si bien es el único en la muestra, hace pensar que los anillos fueron usados por mujeres, para las cuales el azabache tenía poderes particulares, al devolver la regla y como piedra de toque de la virginidad, al detectarla con su mera presencia (Chevalier y Gheerbrant 1986: 161). Los diámetros anotados también pudieran indicar preferentemente su uso femenino, estos fueron de 1,5 cm, 1,7 y 2 cm en la UE-5010, y de 1,5; 1,6; 1,7 y 1,8 cm en la UE-5011. El ancho de los aros oscila entre 0,3 y 0,4 cm, con un grosor invariable de 0,2 cm. (Fig. 5.43). Cirlot (1992: 69) considera que el anillo por su forma cilíndrica y cerrada es símbolo de la continuidad y la totalidad, con poderes protectores en el plano esotérico, razón por la cual en contextos del siglo XVI se presenta en ocasiones en forma de serpiente o águila que se muerde la cola, piezas conocidas como Ouroboros, de evidente connotación mágica (Letieri *et al.* 2009).

5.11 Conclusiones: indumentaria de la práctica funeraria y religiosa, variabilidad y contexto arqueológico

En el interior de la Catedral se establece una diversidad de materiales en los niveles intermedios del depósito, UE-1080, 1009 y 1149, situación relacionable con cambios significativos que experimentaba la sociedad panameña en el siglo XVII, en lo fundamental para la primera mitad de la centuria, cuando se observa el incremento de objetos de vestuario, prendas religiosas, joyería popular y la diversificación de los materiales de factura: concha, piedra y hueso. Del punto de vista cronológico es relevante que tres de los entierros con materiales relacionados –hilos metálicos de pasamanos y botón– en el interior de la Catedral, fueran ejecutados antes de 1626, las UE-1047 y 1053 ubicadas en la UE-1081 y la UE-1157 en la superficie UE-1150.

Las características físicas y significados culturales de los elementos relacionados con entierros particulares y cráneos desplazados, precisamente en las superficies UE-1081, 1146 y 1150, y el depósito UE-1080, subrayan su predominio en rituales funerarios de

individuos de sexo femenino, entre ellos los pasamanos e hilos de metal dorados y plateados, los botones dorados y en filigrana, y las cuentas en ámbar teñidas de rojo. Una buena parte del universo material en los niveles generales también refieren a la mujer, como los anillos de piedra de cristal engastadas, aretes de metal y vidrio, y diferentes partes de rosarios, como la estación, el crucifijo, y las cuentas de vidrio y azabache.

El hallazgo de alfileres en los niveles de enterramientos reafirma el uso continuado de mortaja en los rituales mortuorios, algunos en relación con sepulturas particulares: UE-1097, 1103, 1139 y 1141 en la superficie UE-1146 en la nave de la Catedral, y en la UE-4007 y 4016 de la superficie UE-4006 al sureste de la Plaza Mayor.

La presencia de los corazones en moluscos marinos, hallados en la nave y el atrio, asimismo vinculados con la protección femenina, hace pensar en las asociaciones de otros objetos similares en el contexto, como el colgante de piedra, la imagen religiosa en hueso y las cuentas en molusco marino y vertebras de peces. En moluscos marinos fueron elaborados la mayoría de los objetos registrados en las excavaciones al sureste de la Plaza Mayor, espacio de una ocupación temprana en época colonial, y representativos en ese momento de sectores sociales subordinados al régimen colonial. Esto sería un indicio de que individuos portadores de estas tradiciones emplearon las facturas en materiales accesibles y conocidos, para expresar particularidades culturales e identitarias con fines funerarios en la primera mitad del siglo XVII. Sin embargo, esta consistencia no indica que fueran exclusivamente descendientes de grupos indígenas, sino también individuos que las asimilaron y las compartieron por mestizaje.

Los pasamanos del interior de la Catedral mantienen la diferenciación respecto a los del atrio, estos últimos asociados en el contexto a un mundo artefactual que reseña la

presencia femenina, en elementos similares a los encontrados en la nave, como los anillos de piedras de vidrio, botón, conjunto de hilos metálicos trenzados y el mencionado corazón de concha, lo que explicaría el uso diferencial, fundamentalmente en vestuario femenino.

En la nave de la Catedral entre las UE-1175 y UE-1184 no se encontraron objetos que pudieran ser considerados acompañantes en los entierros, incluso moluscos marinos modificados, realidad supeditada a un registro pobre, en huesos humanos y residuos redepositados, resultado del comportamiento funerario en un momento histórico diferente, en las últimas décadas del siglo XVI.

Al sureste de la Plaza Mayor los objetos en las tres unidades trabajadas, y las calas exploratorias, propician profundizar en el conocimiento de las prácticas funerarias y comprender las actividades religiosas vinculadas a la conversión de los indígenas, en lo esencial las estrategias de evangelización y las maneras de apropiación de la fe católica, al inferir intencionalidad simbólica en las conchas modificadas, en base a que las diferenciaciones coinciden con determinadas especies, características de una producción y uso con fines acordes al contexto histórico. Algunos artefactos en el nivel de enterramientos de la unidad 4 apoyan una mejor comprensión de este contexto primigenio, como los candelabros y las cuentas de rosario ubicadas en el entierro UE-4019, elaborados en piedra, molusco marino y cerámica de factura indígena. La identificación de cinco piezas redondeadas en *Argopecten circularis* en las UE-1002, 1080 y 1149 confirman el sostenimiento de estos rituales en el siglo XVII, lo que pudiera responder asimismo a los cambios en la sociedad panameña de entonces, específicamente a la necesidad de conversión a la fe católica de individuos otrora marginados o recién incorporados.



Aunque no existen evidencias estratigráficas que vinculen directamente el espacio transformado de la unidad 5 con el área de enterramientos, algunas depositaciones producidas en época colonial y contemporánea, exhibieron un conjunto de materiales que señalan, por su cronología y factura, la proximidad de un área de actividad religiosa y un universo artefactual más amplio en el siglo XVI temprano, en contraste con la unidad 4, lo que complementa la inferencia de un escenario coherente que materializa los límites estructurales de la primera iglesia en Panamá Viejo. La precariedad del contexto y su localización geográfica en el borde del declive de la arena de playa, señalan la provisionalidad de este primer asiento, levantado con material perecedero.

El estudio de la indumentaria muestra una variabilidad al interior de las unidades excavadas y entre los espacios de la nave, el atrio y el sureste de la Plaza Mayor, en el seno de una continuidad –de larga duración– en la práctica de los rituales católicos y de la muerte, que permite valorar nuevas interpretaciones, fundamentadas en la materialidad estratigráfica y artefactual en cada lugar y su contrastación con otras líneas de evidencias: bioantropológicas e históricas, desarrolladas en el próximo capítulo.

## **CAPÍTULO 6. La materialidad de la muerte en la Catedral de Panamá. Siglos XVI y XVII**

Las implicaciones de los datos e inferencias acerca de la variabilidad del patrón funerario y religioso, discutidas en los capítulos precedentes en cuanto a las peculiaridades estratigráficas, tafonómicas y artefactuales –objetuales y arquitectónicas– de los contextos, se integran con los datos pertinentes de la investigación bioarqueológica en el presente capítulo, para una caracterización lo más integral posible de la materialidad de la muerte. Se asume el hecho de que el área trabajada al sureste de la Plaza Mayor corresponde justamente al primer emplazamiento de la iglesia, hipótesis validada por el registro arqueológico y las relaciones de continuidad entre esta primera Catedral y la segunda. Como parte del enfrentamiento a la muerte, se discuten los significados culturales y sociales de las evidencias materiales en estos espacios, incluyendo las de bautismo, afines con la confluencia de propósitos desde los preceptos cristianos pero filtradas a través de ópticas culturales particulares, que señalan la correlación de procesos de sincretismo religioso, mestizaje cultural y biológico. En este sentido se interpretan las expresiones funerarias como parte de las estrategias sociales de reposicionamiento social, a través de la concepción de agencia, que involucra individuos, artefactos y espacios construidos. La dinámica de la materialidad de la muerte, por consiguiente, se presenta como un diálogo entre la cambiante realidad social y los rasgos que forman parte de los patrones de interacción. Los datos históricos disponibles y las informaciones de las investigaciones precedentes también se integran para completar una imagen coherente de dicha dinámica.

### **6.1 Bautismo y muerte: materialidad de la interacción religiosa en la primera Catedral (1519–1540)**

Para la época la liturgia de iniciación cristiana utilizaba una concha en el ritual de la aspersion del agua bendita, tal como figuraba en la iconografía religiosa generalizada

desde el siglo XIV como símbolo de la muerte y el inicio de la nueva vida (Rodríguez 2016: 7). Algunas obras pictóricas americanas de los siglos XVII y XVIII representaron el bautismo de los indígenas a partir del uso de la concha como atributo central, lo que refiere la consabida persistencia de su connotación para el proceso de conversión. En el cuadro realizado por José Vivar y Valderrama a mediados del siglo XVIII, titulado: El bautizo de Cuauhtémoc por Fray Bartolomé de Olmedo, escena de iniciación de los nobles nativos aliados de Hernán Cortés, el fraile mercedario sostiene una gran concha para verter el agua en la cabeza del líder, significando la magnitud del momento por la victoria militar y religiosa de los españoles<sup>63</sup>. Una tabla anónima que relata la conquista de México (1519–1521), pintada al óleo a finales del siglo XVII, muestra a los Cholutecos arrodillados ante el rey de España y fray Bartolomé bautizando numerosos indios con una concha<sup>64</sup>. Esta misma alegoría fue utilizada por Antonio Astudillo en 1786, para perpetuar la imagen de Fray Jodoco Rique bautizando los naturales de Ecuador en el siglo XVI<sup>65</sup>.

La simbología de las conchas marinas, asociada al agua regeneradora, la fertilidad y el renacimiento, era compartida en lo fundamental por las comunidades agrícolas del istmo en la época del arribo europeo, cuando ocupaban extensas áreas aprovechando las tierras fértiles de las llanuras costeras, enriquecidas por las cuencas de los grandes ríos (Cooke *et al.* 1985: 22). Las alusiones sexuales observadas en los diseños decorativos de algunos ejemplares de cerámica, y su preponderancia en las formas de artefactos líticos esculpidos, indican la presencia de los rituales de fertilidad en estos grupos, típicos de economías agroproductivas dependientes de los ciclos climáticos para

---

<sup>63</sup> El cuadro perteneciente al periodo indigenista, fue realizado al óleo sobre tela, y está depositado en el Museo del Palacio de Bellas Artes, en México, D. F.

<sup>64</sup> La tabla forma parte de un conjunto de 6 y se encuentra en el Museo de América. Madrid. España.

<sup>65</sup> Se trata de un cuadro al óleo sobre lienzo, expuesto en el Museo Fray Pedro Gocial, del convento de San Francisco en Quito, Ecuador.

la supervivencia (Cooke 1976: 28). Las conchas marinas eran un elemento primordial en sus expresiones materiales, usadas para el intercambio y la confección de artefactos utilitarios de carácter ritual y suntuario, valiosos para sus sistemas políticos e ideológicos (Cooke y Sánchez 2001: 40–42), mitológicamente vinculados con el universo amazónico, el cual sustentaba la ritualización de las fuerzas reproductivas incorporadas por las coyunturas sociales (López-Baralt 1976: 86–87) (Torres de Araúz 1999: 44–48).

Esta compatibilidad simbólica fue utilizada de forma oportuna dentro de las estrategias de conversión instrumentadas por los primeros religiosos en Panamá, pertenecientes a las órdenes de San Francisco y Santo Domingo (Requejo (1640) 1908: 11–12) (Rojas 1929: –15). Específicamente Fray Tomás de Berlanga, el tercero que asumió el obispado panameño entre 1534 y 1544 (Morin 2008: 79), había adquirido una vasta experiencia evangelizadora en La Española con la segunda expedición de dominicos desde 1511, destacándose por la defensa humanista de los naturales (Figueras 2010). La búsqueda de métodos eficaces para incorporar los indígenas a la cristianización pudo ser un requisito inmediato en el proceso de adaptación bajo las condiciones de ocupación del territorio del istmo y la limitación que significaba el desconocimiento de la lengua nativa<sup>66</sup>, por lo que era habitual entonces utilizar intérpretes o apelar, como refiere León Azcárate (2015: 223), a métodos prácticos y visuales, favorecedores de un razonamiento concreto<sup>67</sup> para la representación de los contenidos bíblicos, a partir de la desestimación generalizada de la conversión forzosa,

---

<sup>66</sup> Cooke *et al.* (2003: 21) han advertido que en tiempos precolombinos inmediatos a la conquista hispana las poblaciones de las llanuras y costas del pacífico panameño, desde tiempos precerámicos, mantenían estrechos vínculos con los grupos de las cordilleras y la vertiente del Caribe, de manera que todos los grupos indígenas, independientemente de sus diferencias en el habla, participaban de una misma esfera intelectual y comercial, y compartían un idioma basado en la tradición semiótica del Gran Coclé.

<sup>67</sup> Estos métodos eran coherentes con el andamiaje lógico del llamado pensamiento aborigen como medio para dominar la naturaleza, en el cual ha hecho énfasis la escuela estructuralista para el estudio mitológico, encontrando una racionalidad específica para el conocimiento empírico del entorno a través del razonamiento concreto y no abstracto (Hernández 2004: 98–99).

que había surgido desde los primeros contactos. Esta postura estaba condicionada por una visión antropológica más humana y no menos mitificada del indígena americano, como hombre natural e inocente. En noviembre de 1511 Fray Antonio de Montesinos pronunció en Santo Domingo el célebre sermón de Adviento que aceleraría una redirección de las concepciones acerca de la naturaleza antropológica de los indígenas americanos (Pastor 1983: 460–465), influyendo en Bartolomé de Las Casas y en otros religiosos, como Fray Tomás de Berlanga, quienes abogaron por la cristianización participativa.

En contrapartida a la idea del buen salvaje se encontraba la del indio belicoso o delincuente, al que se le imputaban atributos satánicos y una serie de comportamientos que iban desde el vicio hasta el canibalismo, justificando su captura y esclavización por idólatras, en respuesta a la necesidad de mano de obra de los españoles. Carlos V revocó las autorizaciones de apresamiento y esclavitud de los indígenas belicosos en 1530, para luego volver a su autorización en casos excepcionales, lo que resultó una postura ambigua y profundamente contradictoria entre la promulgada intención humanista y las demandas del sistema económico colonial (Jáuregui 2005: 121, 133). En la ciudad de Panamá la nueva orden produjo inconformidad en los vecinos, quienes comunicaron al rey en 1531 el peligro que significaba para la extracción de oro y el sustento de los pobladores, argumentando además depauperación de la fuerza esclava<sup>68</sup>. Para entonces el rescate entre caciques y españoles era una vía para la obtención de indígenas y enseres<sup>69</sup>, mediante la compra y el intercambio, sin abandonar las incursiones armadas

---

<sup>68</sup> Carta del ayuntamiento de la ciudad de Panamá a su majestad pidiendo muchas cosas para aquella provincia (3 ff.), Panamá 4 de diciembre de 1531 (Jopling 1994: 113).

<sup>69</sup> Sobre lo de la Culata (ff. 990–1093v), Acla 20 de julio de 1533 (Jopling 1994: 130–154).

para tomar esclavos destinados a la actividad doméstica y minera, con el pretexto de apartarlos de las idolatrías e instruirlos en la fe católica (Mena 1984: 77).

Los cambios que suponía la imagen del indio y la extensión del cristianismo en Tierra Firme, acorde a la experimentación de las vías más eficaces, hizo que el Papa Paulo iii en 1537 declarara mediante Bula que los indios eran hombres capaces de recibir la fe (Morin 2008: 83) y establece, que se observen los pormenores de todas las ceremonias, entre ellas la catequesis y el agua bendita, bajo el criterio de que la solemnidad expresada en los actos sacramentales debía ser para los indígenas signo de grandiosidad en concordancia con sus ritos (Huamanchumo 2010: 4, 7)<sup>70</sup>, confirmando el procedimiento participativo en la práctica religiosa y la utilización de las particularidades de la cosmovisión indígena para el dominio colonial y la trasmisión de los contenidos cristianos.

La individualización del bautismo en la primera Catedral, acorde a la concepción católica occidental, se infiere por las diferenciables características formales –tamaño y tipo de especie–modificación– de las conchas transformadas, en virtud de las peculiaridades de los participantes. En este espacio la elección de las especies de moluscos indudablemente fue intencional, encaminada desde lo eclesiástico como los tipos válidos para tales fines, con fundamento en la semejanza que tienen los bivalvos utilizados con la vieira, en particular la *Argopecten circularis*, aunque no pueden desestimarse la *Noetia sp.* y *Anadara sp.*, usadas asimismo para disponer la ritualización. Se trata de la conjugación del símbolo cristiano desde nuevos referentes formales, manteniendo su sentido primigenio pero recodificado en un contexto histórico diferente,

---

<sup>70</sup> Declaraciones que para enero de 1539 se habían recibido, publicado y notificado por el obispo en Panamá (Morin 2008: 84–85).

que comprende el uso de la cosmovisión indígena como matriz conformadora de la apropiación religiosa (Lopes de Carvalho 2016: 125).

Las conchas, como elementos agenciales y mediadores, imbricaron mundos ideológicos desiguales y creencias convergentes desde la compenetración de las experiencias en una especie de ritual sincrético, no solo materializando un estadio liminal del proceso de la cristianización, sino delimitando nuevos patrones de interacción con alcance social, al conformar la diversidad de las formas concretas en el campo religioso (Ortiz 1919). Esta situación es coherente con el contexto de hibridación –biológica y cultural– que experimentó la sociedad panameña desde los primeros tiempos (Mena 1984: 93) (Castillero 2006: xxii), engendrando situaciones sociales y productos culturales e identitarios novedosos como parte ineludible del proceso transcultural (Ortiz 2015: 232–233). Dentro de este patrón de interacción el complejo de distinciones y modificaciones de las valvas igualmente señala el involucramiento de los individuos, fundamentalmente nativos, pero pueden relacionarse algunos africanos y mestizos, en un proceso de preparación con algunos aspectos doctrinales que culminaba con la ceremonia del bautismo en el espacio sagrado.

Esto evidencia una situación diferente a la testificada por Fernández de Oviedo cuando denuncia los procedimientos empleados con los indios y negros esclavizados en la conquista de Castilla del Oro, bautizados a priori de modo inconsecuente sin mediar instrucción alguna, como requisito formal desviado del sentido sagrado y original de la iniciación católica, creando nuevos cristianos “...sin que ellos lo pidan ni conozcan el carácter que les invisten o quisieron sus amos investirles, e non obstante la incredulidad e ignorancia de tales esclavos, envejescidos en sus ritos e idolatrías, e circuncisos...ni haber entendido ni oído qué es la fe ni la Iglesia...” (Fernández de Oviedo 1853: 174–175). Sin embargo, no es posible asegurar que las valvas hayan garantizado la efectividad

del proceso de conversión, pero señalan una marcada intencionalidad simbólica en el espacio de la interacción religiosa, donde la utilización de artefactos de factura nativa y colonial, que incluye los candelabros de piedra y cerámica, los objetos acompañantes en las tumbas y la arquitectura de la iglesia: un bohío de madera y paja, complementan el escenario y delimitan el umbral artefactual del bautismo y la muerte, bajo los preceptos de la tradición cristiana occidental en una realidad de cambio cultural. Asimismo, la configuración del patrón de interacción en un espacio cubierto, delimitado por la construcción de la iglesia, permite deducir una confluencia poco numerosa de individuos, en actividades restringidas, pero no excluyentes, que difieren en esencia del ceremonialismo en espacios abiertos, practicado por los misioneros cristianos desde la primera mitad del siglo XVI en Mesoamérica (Gussinyer 1996: 211–220).

Las consecuencias de las principales actividades económicas en las que fueron empleados los indios hasta 1540 en el área urbana y rural: domésticas, estancieras y en la explotación aurífera y perlífera (Mena 1984: 132), propiciaron una inconstante evangelización a nivel local, atravesada por las diversas estrategias e intereses políticos y sociales de conquistadores, colonos e indios, en estos últimos con manifestaciones diferenciadas (Rothschild 2015: 183) (Murphy y Boza 2016: 60). Con el beneplácito del rey a los provechosos matrimonios entre españoles y los principales de los indios en mayo de 1525, como parte de las estrategias de sometimiento<sup>71</sup>, se abrió y legitimó un campo de acción para que ambos lados fuesen dotados de nuevos poderes, pero fundamentalmente algunos indígenas, quienes entraron recíprocamente en las actuaciones de las estructuras de dominio colonial, con primacía sobre el resto para la integración social.

---

<sup>71</sup> Carta del rey sobre casamientos entre indios y cristianos (f. 77), Toledo 19 de mayo de 1525 (Jopling 1994: 108).



Conforme a la copia y relación de la solicitud de reformatión del repartimiento de indios encomendados en 1519, para 1522 residían en la ciudad de Panamá “...vecinos y pobladores así cristianos como indios...”, dejando entrever que existían naturales bautizados, a los que se sumaban posteriormente los del nuevo repartimiento<sup>72</sup>, que coincidía con el aumento de la extracción del oro en las minas (Mena 1984: 133). Fray Tomás de Berlanga en 1538 le comunica al Emperador que hay en la urbe dos maneras de indios: unos viven en las estancias y los otros en las casas, estos últimos les parecía “...son libres estén con quien quieran...” (Morin 2008: 84), lo que no significa que lo fueran realmente. Mena (1984: 325–326) puntualiza la existencia de indios domésticos y naborías en la ciudad, utilizados por los vecinos para labores tanto en el área urbana como rural, en una condición jurídica no obstante intermedia, entre la esclavitud y la encomienda, pero igualmente servil. Mientras el trabajo de extracción de oro era intenso, sin adecuada alimentación y vestimenta, por lo que generalmente los esclavos morían de hambre y enfermedades o huían con los caciques alzados<sup>73</sup>, de manera que las apartadas minas funcionaban como espacios de frontera –física y simbólica– del poder colonial y de las estructuras de dominio. Esta heterogénea realidad debió encerrar múltiples diferencias para el fenómeno de la incorporación social, en relación con el medio en el que se desenvuelven los individuos. Las vías y las posibilidades de supervivencia del indio doméstico en el área urbana y la del esclavo en las minas o en la extracción de perlas no son comparables, conjugando cada contexto soluciones particulares. Dentro de ellas, el factible escapismo, más frecuente en los espacios de frontera, pero a la vez

---

<sup>72</sup> El licenciado Gaspar de Espinosa con el licenciado Salmerón oidor que fue de la Nueva España sobre ciertos indios e intereses de ellos (ff. 1–19), Panamá 1522 (Jopling 1994: 158).

<sup>73</sup> Lo que parece se podrá proveer para el buen tratamiento de los indios de Tierra Firme. Carta del licenciado Salmerón, 1533 (Jopling 1994: 185–187).

el adoctrinamiento y el sacramento que podían solicitar (Requejo (1640) 1908: 121)<sup>74</sup>, quizás más frecuente en el área urbana.

Aún en la tercera década del siglo xvii en la Catedral se bautizaban y confirmaban a los principales de las comunidades indígenas rurales como parte de las estrategias de pacificación y reducción (Castillero 2017b: 87–88), con una óptica de acercamiento y persuasión desde los supuestos beneficios políticos que aportaba la conversión religiosa, un procedimiento anclado en el siglo anterior pero fundamentado en una imagen diferente del indio como sujeto salvaje y vil, que debía reprenderse y encausarse en la fe, un cambio auspiciado por el recrudescimiento de la ortodoxia católica luego del Concilio de Trento<sup>75</sup> y el desarrollo de la noción de influencia diabólica, como ha mostrado Silva (2015: 97) para el caso de la cristianización de las poblaciones de Santafé y Tunja en el Nuevo Reino de Granada en las primeras décadas del siglo xvii.

Requejo 1640 (1908: 119–123) relata la actitud belicosa de aquellos indios calificados de “bárbaros” y el tránsito de una lógica colonial de conflicto armado al manejo de la catequización para el sometimiento de los grupos que habitaban Guaymí y Darién en la tercera década del siglo xvii, siendo la Catedral el lugar de ceremonia para sus líderes. Esto podría explicar el uso de las conchas modificadas en ese período –recuperadas con baja frecuencia en las UE-1002, UE-1080 y UE-1149 de la excavación de la nave al noreste de la Plaza Mayor en el 2017– como un recurso positivo establecido para este tipo de condicionantes, sobre todo en los casos de conversiones de individuos alejados

---

<sup>74</sup> Luego la libertad de bautismo quedó constituida en el concilio provincial de Lima en 1568, lo que debía cumplirse igualmente en Panamá (Morin 2008: 110), siendo un argumento legitimador en los procesos de conversión del siglo xvii.

<sup>75</sup> El concilio entra en vigor en los territorios hispanoamericanos el 12 de julio de 1564, por una Real pragmática de Felipe II (Morin 2008: 107).

de las estructuras del poder hispano, pero asimismo pudo ser eficaz en africanos y mestizos en situaciones similares y de mayor presencia para la época.

La existencia de variadas situaciones respecto a las posibilidades de supervivencia e integración social, incluso dentro del mismo sector de indios esclavizados, enfatiza la idea del acceso diferencial al bautismo y la muerte en la primera Catedral, un espacio nada ambiguo en términos de dominación colonial, ajustado por los aspectos movedizos de las nuevas identidades relacionales –indios y mestizos–, cuya particular esencia radica en las posiciones respecto al resto de los sectores sociales (Valcárcel 2013: 50). La materialización de las inhumaciones al sureste de la Plaza Mayor siguió estrictamente el modelo castellano de la postura devocional (Ariès 2000: 29–30) (Frey 2013: 206), tanto para los enterramientos orientados hacia el este como para el orientado al oeste (entierro 3, UE-36 de la segunda unidad del 2003 y 2004): posición del cuerpo y colocación de las extremidades superiores e inferiores, la mayoría con los brazos semiflexionados y las manos entrelazadas encima del abdomen o la pelvis. Un patrón reproducido con escasez de objetos acompañantes en un ritual de retroalimentación religiosa, que asistió las dinámicas sociales de modificación de las identidades, sumando las categorías mestizas en dependencia de los factores humanos involucrados.

En aquel momento ser enterrado en suelo sagrado con los ritos establecidos, debió cumplir con expectativas favorecedoras vinculadas a los roles sociales de los individuos y su condición religiosa, que para africanos, indios y mestizos se traduce en el acatamiento conveniente de las reglas del actuar funerario, como parte de la integración social efectiva, presuponiendo al menos la aceptación de las concepciones cristianas acerca de la supervivencia del alma. En este sentido Carlos V con una serie de cédulas en 1539, 1546 y 1554 establecía las disposiciones básicas para las Indias, segregando las

sepulturas de los infieles en campos alejados y la de los fieles en monasterios e iglesias (Rodríguez 2001: 55–56).

De los individuos excavados entre el 2003 y 2004 tres pudieron tener una identidad mestiza –dos de ellos posiblemente masculinos–, a partir de la mezcla de rasgos caucásicos y negroides (entierros C1 (UE–34) y 6 (UE–40) de la unidad 2 y entierro 3 (UE–33) de la unidad 4, tres eran caucásicos (entierros 2 (UE– 20) y 4 (UE–23) de la unidad 1 y 2 (UE–17) de la unidad 3) –de ellos se pudo determinar un hombre y una mujer– y dos de ambos sexos fenotípicamente debieron mostrarse con características mongoloides (entierros 7 (UE–26) y 8 (UE–27) de la unidad 1) (Tabla 3.1). De los exhumados en el 2018 se pudo determinar que tres de los catorce individuos mostraban posibles fisonomías mestizas, dos masculinos adultos jóvenes con rasgos entre mongoloides y caucásicos (UE–4007 y UE–4015) y un juvenil mestizo de rasgos negroides y mongoloides (UE–4021), completando la escena dos adultos jóvenes: una mujer mongoloide y un hombre caucásico (UE–4022 y UE–4023) (Tabla 6.1).

*Tabla 6.1. Principales resultados bioarqueológicos de los 14 individuos exhumados al sureste de la Plaza Mayor en el 2018 y la distribución de los objetos acompañantes relacionados. Tomado de la base de datos del proyecto ArtEmpire. <http://artempire.cica.es>. Accesado en abril de 2019.*

Entierro	Sexo	Edad	Edad recod.	Filiación pob.	Estatura	Objetos acomp.
4007	M?	20–35	Adulto joven	M/C	173.28	2
4012	I	10–14	Infante II	I	I	
4013	M?	I	Adulto	I	160.65	
4014	I	5–8	Infante I	I	I	
4015	M?	17–20	Adulto joven	C/M	I	
4016	I	I	Adulto	I	I	2
4017	M?	I	Adulto	I	175.08	
4018	I	I	Adulto	I	I	
4019	I	I	Adulto	I	I	1
4021	I	11–16	Juvenil	N/M	I	
4022	F	20–30	Adulto joven	M	I	
4023	M?	20–35	Adulto joven	C	I	3
4035	I	I	Adulto	I	I	
4036	I	I	Adulto	I	I	

Nota: Sexo: M–masculino y F–femenino. Filiación poblacional: C– Caucasoide, N–Negroide, M–Mongoloide, I–indeterminado. Objetos acompañantes: 1–cuentas de rosario en molusco marino, 2–Alfileres, 3–Hebilla oval en forma de D.

Desde un punto de vista general, a partir de los casos en que se pudieron precisar los rangos de edad, existe una alta mortalidad de adultos jóvenes, y en menor medida de infantes, juveniles y adultos, todos inmersos en un contexto donde se comparten en lo fundamental las condiciones de vida, pero con participación diferenciada en línea con la posición de los individuos en los procesos de estrés adaptativo en el nuevo ambiente socioeconómico y político, con una alta exigencia de actividad física. Los indicadores a nivel óseo están relacionados principalmente con hipertrofia muscular o entesis, los traumas, la enfermedad articular degenerativa y las infecciones, y a nivel dental en los desgastes por procesos masticatorios, los cálculos, las caries y las hipoplasias del esmalte (Rivera 2019). A partir de la coherencia de estos datos con los resultados paleopatológicos descritos para la muestra de 2003 y 2004 (Martín, Rivera y Rojas 2009: 131–134) (Rojas, Rivera y Martín 2011: 75), parece plausible inferir que los entierros corresponden en su conjunto a personas nucleadas en el poblado, desde donde se gestionaron los recursos necesarios para la subsistencia y el resto de las actividades económicas.

La hipoplasia del esmalte es un indicador sistémico de estrés nutricional durante la infancia (Goodma y Rose 1990: 61–63) y ha sido valorado para evidenciar el acceso desigual a los recursos alimenticios y por consiguiente la diferenciación social en diferentes contextos de época colonial temprana, como en el caso de Campeche en México (Cucina 2010: 114–116, 128) y Chorro de Maita, en Cuba (Valcárcel 2012: 197, 315). En la muestra de 2003 y 2004 la hipoplasia se observó en los mestizos masculinos C1 (UE–34) y 6 (UE–40) de la unidad 2 y el adulto joven del entierro 5 (UE–39) de la unidad 2, pero de filiación poblacional indeterminada, y en los restos del 2018 en los

individuos mencionados –UE-4007, 4015 y 4021–, además de un infante (UE-4012) de filiación poblacional desconocida (Rivera 2019). También se reportó para un adulto joven caucásico: entierro 2 (UE-20) de la primera unidad excavada en 2003.

La presencia de la hipoplasia posee implicaciones específicas para estos individuos, al destacar la posición social desventajosa de los mestizos y de alguna gente europea, como los que arribaron por las facilidades decretadas en 1528 para establecerse en Tierra Firme, por el despoblamiento que produjo la conquista de Nicaragua (Mena 1984: 47), o los que viajaron luego a la ciudad para pasar al Perú y enfermaban<sup>76</sup>. El resto de filiación caucasoide no mostró este tipo de anomalía ni tampoco los de fisonomía mongoloide, lo que indica ventaja social en un contexto desfavorable para los grupos nativos y una discontinuidad con las condiciones de vida en época precolombina, al considerar que los estudios paleopatológicos de restos humanos localizados en el área de Panamá Viejo, han encontrado que la hiperostosis porótica –un indicador de estrés nutricional–, junto a las lesiones traumáticas, fueron las de mayor frecuencia en relación con la muestra de época colonial (Martín, Rivera y Rojas 2009: 132) (Rojas, Rivera y Martín 2011: 75). No parece descabellado pensar que se trata de indias e indios amparados por las relaciones sociales establecidas, pues de forma concomitante las lesiones óseas vinculadas con procesos infecciosos, que implican exposición y reacción a los agentes patógenos externos, fueron identificadas en los individuos de fenotipo mongoloide y caucasoide en todo el conjunto recuperado al sureste de la Plaza Mayor (Giblin 2005) (Martín, Rivera y Rojas 2008) (Rivera 2019), remitiendo a posibles reajustes inmunológicos en ambos sectores en un contexto transcultural.

---

<sup>76</sup> Testimonio (ff. 1v-2, 4-7, 8), Panamá 1554 (Jopling 1994: 287).

El individuo del entierro UE-4019 sufrió una neoplasia formada a nivel del coxal izquierdo, siendo el único caso observado en toda la muestra (Rivera 2019), y el que portaba excepcionalmente un rosario de decenas de cuentas blancas, elaboradas en molusco marino a la manera indígena. Este comportamiento señala una nueva materialidad sincrética desde la perspectiva de la interacción social para el acompañamiento del cadáver, y la posibilidad de que se trate de una mujer india o conectada con ese universo, y de alguna consideración social, al contrastar la evidencia con la escasez de objetos acompañantes en el resto de las sepulturas. Las enfermedades podían ser atribuidas a un influjo sobrenatural y diabólico en el mundo católico del siglo XVI, tanto en América como en España, siendo atendidas con alivios celestiales y paganos (Ortiz 2000: 45). En atención a esto el rosario debía asistir la salvación de la persona, como una instancia protectora en el tránsito más allá de la muerte en atención a su reconocida y debilitada circunstancia.

Semejante al individuo femenino del entierro 10 (UE-30) –primera unidad del 2003–, el mestizo de rasgos mongoloides y caucásicos identificado en la UE-4007, y enterrado previamente al individuo UE-4019, reportó alfileres en su torso, reforzando el argumento acerca del uso de sábanas o lienzos como mortaja en la preparación de los cadáveres desde las primeras inhumaciones, como refiere el caso del adulto UE-4016, perteneciente a un entierro reducido. Sin embargo, la baja frecuencia de alfileres: ocho ejemplares únicamente en el contexto funerario, relacionados o no con individuos, hace pensar que no fueron usados en la totalidad de los entierros, aun cuando del punto de vista tafonómico existan indicios de amortajamiento, lo que marcaría una sutil diferenciación. En este sentido la hebilla ornamental en forma de D, relacionada con un hombre de fisionomía caucasoide (UE-4023), sugiere distinción por el uso de alguna vestimenta sencilla ataviada con cinturón o el aseguramiento de una mortaja de lienzo.

Otros objetos no asociados con sepulturas individuales son coherentes con el contexto de estas inferencias: el botón labrado en concha nacarada, de escasa presencia en registros arqueológicos coloniales anteriores a 1560, debió pertenecer a una pieza de vestir poco usual, en el momento en que los herretes o cordones de metal, dos de ellos localizados en el estrato mortuario (UE-4008), eran comunes. Las variaciones en el uso de mortaja son atribuibles a las historias particulares de los individuos, y los manejos mortuarios en los perfiles de la emergente estratificación social. El lienzo era la mortaja más humilde, imitadora del entierro de cristo y símbolo de resurrección (Martín y Díaz 2001: 64) y por ello preferible dentro de una expectativa y expresión de pobreza anclada en la España medieval (Pavón 2017: 186), pero sus manifestaciones debieron ser diversas. Para el siglo XVI temprano en Nueva España Rodríguez (2001: 68) ha puntualizado que el tipo de mortaja se vinculaba con las posibilidades económicas de los difuntos, cuestión que se reflejaba en los testamentos de aquellos que podían disponer de sus exequias, el lienzo poco proveído era destinado a los desposeídos, mientras otros optaban por hábitos religiosos y vestimentas, en ocasiones suntuosas, lo que provocaba algunas denuncias.

La baja incidencia de individuos de filiación negroide y la alta frecuencia masculina, aun cuando exista un número considerable de indeterminados (Tabla 6.1), indica una realidad social matizada por el régimen de encomiendas y el atractivo de pasar al Perú con su descubrimiento y conquista desde 1532. El carácter de tránsito de la ciudad propició el predominio de población masculina, en lo fundamental la europea que aspiraba a enriquecerse, residiendo sin sus mujeres o en estado de soltería, además de una escasa emigración femenina, que solo representó el diez por ciento del total hasta 1538 (Mena 1984: 53, 64).



Las uniones extramatrimoniales entre blancos, indios y africanos debieron ser un hecho temprano en la ciudad, pero asimismo una herencia inmediata de la vida en Santa María de la Antigua del Darién<sup>77</sup>, enclave que desde muy temprano tuvo presencia africana en diversas posiciones sociales, pues en la primera expedición de la Mar del Sur participó Nulfo de Olano, quien era negro (Fernández de Oviedo 1853: 41) y hacia 1517 Núñez de Balboa introduce una veintena de esclavos africanos desde La Española para los trabajos requeridos tras el descubrimiento (Morin 2008: 61). En Panamá, a pocos meses de su fundación en 1519, algunos negros eran alistados como residentes en la ciudad y disponibles para la pacificación de los indígenas<sup>78</sup>. El joven mestizo UE-4021 parece sujeto a esta dinámica, y resulta de interés para valorar la integración social de individuos generalmente considerados de los sectores más bajos, siendo de una fisonomía que conjuga rasgos negroides y mongoloides, pero de clara condición cristiana.

Los descendientes de india y africano eran considerados libres, lo que motivó, a criterio de Mena (1984: 376-377), el recelo de las autoridades civiles y eclesiásticas hacia estas uniones, temerosas de que socavasen las bases de la esclavitud. Según la historiografía tradicional la integración social de los mestizos de africanos se conceptualiza como lenta y gradual, supeditada a la mayoría demográfica y el nivel económico que fue alcanzando este sector en la segunda mitad del siglo XVI (Mena 1984: 383) (Castillero 2006: 852, 2008: 80). Pero la presencia de mestizos en este espacio sagrado –de peculiaridades negroides, caucásicas y mongoloides– cuestiona estos razonamientos al menos para la temporalidad establecida (1519-1540), al considerar

---

<sup>77</sup> A la vez hay que considerar el efecto de las sociedades experimentadas en el Caribe antillano, como el antecedente de la expansión colonial en tierra firme (Portuondo 2014: 11-14).

<sup>78</sup> AGI, Justicia, 359, N.2, R.3, f.278-279v. Listado de gente residente en esta ciudad de Panamá, 21 de octubre de 1519.

que el patrón religioso de cristianización –y sus resultados–, era un factor decisivo para la integración en la sociedad colonial, por su papel regulador y alcance modificador de las connotaciones relativas a las particularidades fenotípicas de los individuos. Esto ofrece la impresión de una dinámica social y religiosa más acentuada de la que se ha pensado hasta el momento, paralela a la introducción masiva de indios foráneos y esclavos africanos en Panamá, ubicada a mediados de la tercera década del siglo XVI (Mena 1984: 52) (Castillero 2017b: 58) o finales de la segunda (Morin 2008: 75, 395).

Precisamente la reubicación de la Catedral hacia 1540 al noreste de la Plaza Mayor responde a las definitivas transformaciones que experimentó la sociedad panameña, convirtiéndose en paso obligado de gentes y mercancías con el auge de la producción argentífera en Perú. Lo que introdujo un cambio trascendental en todos los órdenes, auspiciado por el tránsito de una economía de encomiendas a una comercial y de servicios, que conllevó el remplazo–recuperación poblacional desde los primeros instantes, un progresivo desenvolvimiento económico y el incremento del área urbana (Castillero 1980: 10, 2006: 294–296) (Mena 1984: 48–50, 57). El motivo presentado por Fray Tomás de Berlanga para el traslado de la Catedral valida su correlación respecto a la ciudad<sup>79</sup>, y expresa implícitamente lo conveniente del nuevo emplazamiento en términos de imposición y dominio católico, y realce de la sede episcopal, al sacrificar la orientación canónica de aquella primera iglesia en forma de bohío, en un lugar para entonces poco favorecido –tanto desde el punto de vista geográfico como simbólico– al borde de la costa, por una construcción más amplia de madera y tejas en el puesto más alto en torno a la plaza, solo emulado por las Casas Reales en el paisaje urbano.

---

<sup>79</sup> AGI. Panamá, 235, L.7, f. 122–122v. Fray Tomás de Berlanga. Emplazamiento de la Catedral. 15 de abril de 1540.

La nueva Catedral y sus disposiciones arquitectónicas trajo un cambio decisivo en el patrón de interacción religiosa y la práctica funeraria, al afianzarse como espacio central de la vida religiosa en la ciudad y ordenador por excelencia de la vida social. A la par el primer emplazamiento se convirtió en un espacio de olvido, donde quedaron los cuerpos de los antiguos fieles sin traslado a tierra sagrada<sup>80</sup>, lo que resulta paradójico para una sociedad cristiana, cuya concepción de la muerte se instaura en el recuerdo constante que asiste la salvación del alma, y la muerte total y definitiva en el olvido, la no resurrección (Augé 1998: 10) (Wobeser 2015: 17–18, 53–54).

Como explica Ariès (2000: 40–41) el cuerpo se confiaba a la iglesia para cumplir las esperanzas de trascendencia, sin importar el destino exacto de los huesos, con tal de que se mantuviesen en el recinto sagrado, donde se perpetuaba el recuerdo del difunto y el de la muerte de los vivos como una preparación obligada (Pavón 2017: 183–184). La evidencia arqueológica al sureste de la Plaza Mayor, tanto en los trabajos de 2003 y 2004 como en el 2018, indican el uso del área para la construcción de viviendas y como basural a mediados del siglo XVII –donde además se hallaron restos humanos descartados–, acciones que perturbaron el contexto sin detenimiento en su connotación devocional. El argumento del olvido como una demanda de la memoria para la recomposición de la identidad de individuos y grupos (Candau 2001: 24–25), señala en este caso una ruptura con un pasado que no fue significativo para el círculo católico y la sociedad panameña, en medio de una transitoriedad demográfica.

---

<sup>80</sup> Existen ejemplos contrarios como la antigua ciudad colonial de Santa María del Puerto del Príncipe, fundada en febrero de 1514 en la costa norte de la actual provincia de Camagüey, en la parte centro oriental del archipiélago cubano. Reconocida por su tradicionalidad cultural y la permanencia de un núcleo de vecinos que, durante los sucesivos traslados desde la costa al centro del territorio entre 1516 y 1528, llevó consigo los restos mortales de los fieles (vecinos), que hoy se encuentran en la última localización de la Parroquial Mayor al lado de la antigua Plaza de Armas (Fernández 2005: 18).

## 6.2 Materialidad de la práctica funeraria en la segunda Catedral (finales del siglo XVI hasta 1671)

Erigida la iglesia como un referente jerarquizado en el orden urbano, el edificio de madera y tejas hubo de iniciar estructurándose al interior de forma diferenciada, como un sistema de reproducción de las categorías sociales en correspondencia a la estratificación vigente, como proponen Hillier y Hanson (2005: 21): en una circularidad entre poder y control, que fue consolidada y perpetuada con la petrificación del edificio y su alta torre –atalaya– en la tercera década del siglo XVII. Pero este diálogo no estuvo determinado por su ubicación en el orden urbano, ya sea al sureste de la Plaza Mayor o en un elevado promontorio, sino por la horizontalidad del patrón de interacción religioso en la estructura de dominio colonial, convirtiendo el edificio y su orden espacial en una agencia material activa y permanente de legitimación desde los primeros momentos, para una sociedad necesitada de reorganización continua, frente a situaciones cambiantes que propiciaron la integración de distintos sectores sociales.

Mena (1984: 56–57) puntualiza una notable inestabilidad en la segunda mitad del siglo XVI en la ciudad, palpable en el crecimiento poblacional sostenido hasta la década de 1570, un descenso en las siguientes dos décadas y una tenue recuperación en los últimos años de la centuria, comportamiento que repercutió en la conformación de la sociedad y su expresión en el siglo XVII. Las demandas que abrió la falta de mano de obra por el éxodo poblacional, presentaron nuevas oportunidades de movilidad social para los libertos afrodescendientes de cualquier condición, a partir de la incorporación y el desempeño en actividades que conllevaron cierta solvencia económica, como en los oficios, o el reconocimiento social como en el ramo militar, o ambos en algunos de los oficios dispuestos por el poder colonial, como los notarios y escribanos (Castillero 2008: 84). Mena (1984: 289–290, 388–389) ha demostrado que en el último tercio del siglo XVI la economía mercantilista y de servicios en Panamá propició el aumento del nivel

económico de los vecinos, con la creación de pequeñas fortunas que no siempre fueron aparejadas a la reafirmación social. Un comportamiento que en el siglo XVII adquirió un impulso significativo en cuanto a la distribución de la riqueza en la ciudad (Castillero 2006: 835–841).

La aceptación individual y colectiva del poder de la iglesia y su centralidad en el orden de la vida en Panamá, estipulado y experimentado como una voluntad externa sobrenatural<sup>81</sup> –divina–, debió justificar la permanencia y el cambio de ciertos aspectos de la práctica funeraria, mientras se replanteaban los itinerarios y elementos –materiales– correspondientes de particularización social en la primera mitad del siglo XVII. Para entonces la sociedad colonial legitimaba el poder divino en el sostenimiento de la fe mediante el bienestar de los gobernados, como afirma Weber (1999: 68) para el caso de la autoridad tradicionalista, fomentando la representación de la caducidad del cuerpo y la durabilidad de lo espiritual, lo que implicaba el necesario mejoramiento económico y el reconocimiento social individual para alcanzar, mediante el uso –sufragado– de la memoria de los vivos, la eternidad como objetivo supremo (Ariès 2000: 112–113).

Se trataba de nociones contradictorias, matizadas por las ambiciones católicas de intervenir en el destino del alma humana y la ampliación del control en un medio de acción económico y social, bajo el imperativo del enriquecimiento personal y la noción de imitación de la pobreza que recomendaba la autenticidad de la vida religiosa (Pavón 2017: 187, 199). Tal discrepancia moralista fue una fisura para las expresiones

---

<sup>81</sup> La creencia en la santidad de los poderes y el ordenamiento de la vida sustenta lo que M. Weber (1999: 69) llamó la autoridad tradicionalista, emparentada con la creencia en los dones y atributos, por lo que basta invocar la deidad religiosa para legitimar una sanción o situación dada, puesto que la competencia de los procedimientos o rituales involucrados reside en una autoridad suprema y descentralizada. Aceptar la divinidad y el orden que establece presupone reciprocidad y obediencia, con lo que se legitima no solo el poder sino la postura individual en la relación (Giner, Lamo de Espinosa y Torres (2001: 428–429, 570–580).

materiales necesarias en el tratamiento de la muerte en la segunda Catedral, objetivados en las unidades excavadas en la nave y el atrio, donde las connotaciones arquitectónicas y los objetos están involucrados, como en la primera Catedral, al menos, en una doble dimensión agencial, coherente con la generación y cumplimiento de motivaciones y expectativas cristianas y mundanas: el tránsito batallador –contra las fuerzas demoniacas– hacia lo celestial y la categorización social de los individuos.

El orden espacial de las primeras iglesias cristianas en América, a semejanza de los modelos castellanos, ponderaba en torno al altar y los santuarios las locaciones funerarias más significativas, donde ocurrían solemnemente las plegarias, los sacrificios y los oficios divinos<sup>82</sup>. Ser enterrado cerca del altar comportaba mayores posibilidades de tránsito vertiginoso hacia la vida eterna, a partir de la acendrada creencia en la funcionalidad y eficacia de los ritos memorialistas para este objetivo, por tales motivos eran destinados a los principales clérigos y deseados por la mayoría de los vecinos, en una especie de arreglo anticipado para la “buena muerte”, a la que se reservaba una parte económica considerable mediante las disposiciones testamentarias (Pavón 2017: 198).

Este esquema ensayado con provisionalidad en la primera Catedral, se aplicó con carácter definitivo en la segunda, a través de un procedimiento técnico que ordenaba la nave central del templo para las inhumaciones, denominado rompimiento espacial (Frey 2013: 169), que estableció una codificación funeraria en relación al altar, en dependencia de las condiciones del terreno, y un esquema de transectos guías identificados de norte a sur. Las investigaciones arqueológicas en la nave y los espacios de la torre y el altar mayor, identificaron la proximidad de la roca madre en la zona del altar y su mayor

---

<sup>82</sup> A partir de información arqueológica general Frey (2013: 178, 180–183) ofrece una comparación de los modelos sociales de enterramiento en América en el siglo XVI y XVII, respecto a sus antecedentes españoles, denotando en esencia la reproducción de los patrones por el peso del componente religioso en su organización y regularización.

profundidad en el presbiterio (Brizuela 1998) (Gómez 2005), lo que limitó en alguna medida los enterramientos en el subsuelo del sagrario y le asignó importancia a la zona colindante. Considerando esta realidad el adulto femenino PV5C (UE-59), registrado con orientación inversa (al norte) en la cuadrícula B10 del año 2000 en la nave, podría admitirse como un individuo vinculado a lo eclesiástico, pero de bajo estatus o consideración equivalente. De igual manera, el entierro 3 (UE-36), un posible clérigo localizado en la segunda unidad excavada en el 2003 y 2004, al sureste de la Plaza Mayor, registrado en posición inversa (al oeste) en el séptimo nivel de la cuadrícula B1, evidencia la diferenciación intencionada del espacio sepulcral, con su ubicación en la zona del presbiterio o cercana, puesto que las valoraciones estratigráficas de la quinta unidad excavada en el 2018, contigua hacia el este, indican el límite de la posible construcción.

En términos generales es evidente que las áreas investigadas en la nave de la Catedral en el 2000 y 2017, apartadas del presbiterio y las capillas laterales, fueron sepulcros asignados a los sectores sociales poco privilegiados, lo que no representa la ausencia de distinciones en sus límites. Mientras el atrio se configuró como un espacio –exterior y visible– de sanción, retiro e incidencia social –no hallado en el área de la primera Catedral– como parte de la exigencia de segregar a los marginales y condenados por herejía o simplemente por delitos de fe, como las muertes no naturales, clasificadas como homicidio, suicidio e infanticidio (Tortorici 2011: 56–57). Los datos arqueológicos no son concluyentes, pero sugieren la construcción tardía del atrio –en la segunda mitad del siglo XVI– luego de que la iglesia iniciara, comenzándose a enterrar en el interior<sup>83</sup>,

---

<sup>83</sup> Este comportamiento difiere con el desarrollo de los patrones de inhumación en las iglesias de España, donde los atrios recibieron los primeros entierros pasándose luego al interior de los templos, con un proceso de individualización más o menos jerárquico, que recodificó la función funeraria para el siglo XVII (Frey 2013: 177).

como una solución que atendió el estremecimiento y la exaltación de las representaciones concernientes a los males diabólicos y el manejo de su materialidad por la fe y la intimidación religiosa.

En sus inicios la vigilancia inquisitorial en Panamá recayó en la jurisdicción episcopal, pero hacia 1569 comenzó a depender del tribunal de Lima y cuatro décadas después algunos casos eran tratados en el tribunal organizado en Cartagena (1610), en teoría con el propósito de perseguir a los conversos judaizantes, luteranos, moriscos e iluminados, pero en la práctica los castigos más comunes fueron impuestos siguiendo infracciones cotidianas en procesos por denuncia de costumbres disconformes y heréticas (Morin 2008: 617–618). Como advierte Ortiz (2000: 83–84, 2003: 77–79) es probable que en este contexto de opresión la autoridad de la clerecía renovara su prestigio, como administradora de los temores espirituales y mediadora de la vida cotidiana, incidiendo en la materialidad necesaria para eludirlos y neutralizarlos. El medallón del águila bicéfala, emblema de la unidad y autoridad espiritual del cristianismo, localizado entorno a los entierros de los confinados en el atrio, pudo ser un elemento simbólico destinado para controlar y contrarrestar algún condenado más allá de la muerte, como parece suceder con el individuo UE-2008, un mestizo de filiación caucasoide y negroide enterrado boca abajo. Colocación que tiene un significado especial, coherente con las supersticiones más antiguas en Europa respecto a la marginación sepulcral, como medio para prevenir la reaparición de los problemas, enfermedades y actos atroces cometidos por los condenados (Puckle 1926)<sup>84</sup>.

---

<sup>84</sup> Un entierro boca abajo investigado en el cementerio aledaño a la iglesia de La Isabela, un contexto colonial temprano en República Dominicana, fue interpretado como consecuencia de una posible insubordinación en momentos de desestabilización social, en contraste con otros entierros aledaños en posición devota, a poca profundidad y atribuibles a los estragos de una epidemia en 1496 (Chiarelli y Luna 1987: 206)



La ubicación de la capilla de las Ánimas en el lado oeste de la Catedral guarda relación con el establecimiento del atrio en esa vertiente y su connotación funeraria, al auxiliar la salvación de quienes no tuvieron un entierro estrictamente cristiano. Las situaciones específicas del resto de las sepulturas, en la consabida posición devocional y los pies hacia el altar (el sur), explican esta relación, si bien las circunstancias de sus inhumaciones, más allá de la desventaja en relación con la nave de la Catedral, son difíciles de precisar. Sin embargo, las orientaciones contrapuestas de una mujer adulta de aspecto negroide (PV6C) (UE-61) hacia el oeste y una joven mestiza de rasgos caucasoides y negroides (PV7C) (UE-62) al este –cuyo cráneo fue acomodado al norte–, como acciones intencionadas de sepultura, hacen pensar en circunstancias de enfrentamiento de individuos de similar catadura moral y social, quizás valoradas en estado de frenesí, cuyo desenlace a opinión de Puckle (1926) merecía destinos mortuorios diferenciados, con las mejores oportunidades de salvación para las víctimas, orientadas a la manera canónica.

El análisis bioarqueológico del material óseo obtenido en la nave en el 2017 (Tabla 6.2), muestra una heterogénea filiación poblacional con veinticuatro individuos de apariencia negroide, veintidós de origen caucasoide y veintiocho mestizos –diecisiete con rasgos negroides y caucasoides, seis de filiación mongoloide y negroide, y cinco de rasgos mongoloide y caucasoide– además de ocho individuos –seis adultos jóvenes y dos adultos– con ancestros mongoloides, ubicados en los estratos (UE-1009, 1081 y 1080), lo que sostiene la posible presencia de indios cristianos en el momento que se ha considerado su marginación y fase de extinción en el área rural, entre finales del siglo XVI y comienzos del XVII (Mena 1984: 366).

*Tabla 6.2. Principales resultados bioarqueológicos de los individuos exhumados en la nave y el atrio de la Catedral en el 2017 y la distribución de los objetos acompañantes*

relacionados. Tomado de la base de datos del proyecto ArtEmpire.  
<http://artempire.cica.es>. Accesado en abril de 2019.

Nave							
Entierro	UE. Ref.	Sexo	Edad	Edad recod.	Filiación pob.	Estatura	Objetos acomp.
1014	1004	I	I	Adulto	I	I	
1015	1004	F	I	Indeterminado	I	I	
1016	1004	M?	25-35	Adulto joven	C	I	
1017	1002	F	I	Adulto	I	I	
1018	1004	F	20-35	Adulto joven	C	I	
1019	1004	F?	25-35	Adulto joven	C	I	
1020	1004	M?	47.8 ±8.8	Adulto medio	C	I	
1021	1004	M?	33.35 ±8.05	Adulto joven	C	I	
1022	1004	F	20-35	Adulto joven	N	I	
1023	1001	F	20-35	Adulto joven	C/N	I	
1024	1002	F	I	Adulto	C	I	
1025	1002	F?	35-40	Adulto medio	C	I	
1026	1002	F	20-35	Adulto joven	N	I	
1027	1002	F?	20-30	Adulto joven	C	I	
1028	1002	F	20-35	Adulto joven	N/M	I	
1029	1002	M	I	Adulto	I	I	
1030	1002	M	I	Adulto	N	I	
1031	1004	I	25-35	Adulto joven	C	I	
1032	1004	F	I	Adulto	I	I	
1034	1009	F	I	Adulto	M	I	
1035	1009	F	I	Adulto	C	I	
1036	1009	F?	I	Adulto	C	I	
1038	1009	M?	20-30	Adulto joven	C/N	I	
1039	1009	F?	12 ±2.5	Juvenil	N	I	
1040	1009	M?	30-35	Adulto joven	M	I	
1041	1009	F	16-20	Adulto joven	N	I	
1042	1081	F	30-40	Adulto medio	N	165.74	2, 4, 5, 6
1043	1081	F	35-45	Adulto medio	N/C	166.67	
1044	1081	M	20-30	Adulto joven	M	164.95	
1045	1081	F	35-45	Adulto medio	M/C	170.55	
1046	1081	F	25-35	Adulto joven	N/C	158.72	
1047	1081	F	25-40	Adulto joven	N/C	159.13	2, 5
1048	1081	F	30-71	Adulto medio	C	162.13	
1049	1081	F	30-39	Adulto medio	N	162.91	1, 5
1050	1081	M?	20-30	Adulto joven	I	162.91	
1051	1081	M	20-30	Adulto joven	I	164.3	1
1052	1081	M	30-45	Adulto medio	I	167.56	
1053	1081	M	25-35	Adulto joven	I	167.79	5
1054	1081	M?	I	Adulto	I	175.21	
1055	1081	F	17-25	Adulto joven	N/C	I	
1056	1009	F	I	Adulto	I	I	
1057	1081	M?	8-12	Infante II	C	I	

1058	1009	M?	20-35	Adulto joven	C	I	
1059	1009	M?	25-35	Adulto joven	N/C	I	
1060	1009	F	20-35	Adulto joven	C/M	I	
1061	1009	F	I	Indeterminado	I	I	
1062	1009	I	I	Adulto	M	I	
1063	1009	F	35-55	Adulto medio	C	I	
1064	1009	M?	25-35	Adulto joven	M	I	
1065	1009	F	I	Indeterminado	I	I	
1066	1009	F	25-30	Adulto joven	N/M	I	
1067	1009	F	≤25	Adulto joven	I	I	
1068	1009	F	25-35	Adulto joven	N	I	
1069	1009	F	30-35	Adulto joven	I	I	
1070	1009	F?	20-25	Adulto joven	M/C	I	
1071	1009	F	I	Indeterminado	I	I	
1072	1009	F	I	Adulto	N	I	
1073	1009	M?	30-35	Adulto joven	N	I	
1074	1009	F	25-35	Adulto joven	M	I	
1075	1009	F	25-35	Adulto joven	N	I	
1076	1009	F	17-25	Adulto joven	N	I	
1077	1009	M?	I	Adulto	N	I	
1078	1009	F	35-40	Adulto medio	C/N	I	
1079	1080	M	20-25	Adulto joven	C	I	
1082	1146	F	20-25	Adulto joven	N/C	152.24	
1083	1080	F?	I	Adulto	I	I	
1084	1080	I	I	Adulto	I	I	
1085	1146	F	40-50	Adulto medio	N	I	
1086	1146	M?	24-30	Adulto joven	M/C	169.89	
1087	1150	F	25-45	Adulto medio	N	I	
1088	1146	M	17-25	Adulto joven	C	163.39	
1089	1080	F	I	Adulto	M/N	I	
1090	1146	F	35-45	Adulto medio	I	166.36	
1091	1146	M	35-55	Adulto medio	C	174.23	
1092	1080	F	20-35	Adulto joven	C/N	I	
1093	1080	F	20-35	Adulto joven	N	I	
1094	1146	F	40-50	Adulto medio	I	I	
1095	1080	F	18-30	Adulto joven	I	I	
1096	1146	M	17-25	Adulto joven	I	162.37	
1097	1147	F	20-35	Adulto joven	C/N	161.60	3
1098	1080	F	20-35	Adulto joven	I	I	
1099	1146	M	14-16	Juvenil	I	I	
1100	1080	F	20-35	Adulto joven	M/N	I	
1101	1146	F	25-30	Adulto joven	I	168.44	
1102	1146	F	25-30	Adulto joven	N/C	157.6	
1103	1146	F?	25-30	Adulto joven	I	154.92	1, 3, 5
1104	1080	F	17-25	Adulto joven	M	I	
1105	1080	F	20-35	Adulto joven	I	I	

1106	1080	F	18-25	Adulto joven	N	I	
1107	1080	F	20-35	Adulto joven	N	I	
1108	1080	F	I	Indeterminado	I	I	1
1109	1080	F	I	Adulto	N/M	I	
1110	1080	F	25-35	Adulto joven	C/N	I	1
1111	1080	M	18-30	Adulto joven	N/C	I	
1114	1080	M	20-30	Adulto joven	C/N	I	
1115	1080	F	17-25	Adulto joven	N	I	
1117	1080	M	35-45	Adulto medio	N	I	
1118	1080	F	I	Adulto	I	I	
1119	1080	F	25-35	Adulto joven	C	I	
1120	1080	F	I	Adulto	C	I	
1121	1146	M?	35-40	Adulto medio	I	152.97	
1122	1146	F	17-22	Adulto joven	I	165.25	
1123	1080	F	18-25	Adulto joven	N/C	I	
1124	1080	F?	10 ± 2.5	Infante II	I	I	4
1125	1080	F	25-35	Adulto joven	N/M	I	
1126	1146	M?	25-35	Adulto joven	M/C	168.05	
1127	1146	F?	20-35	Adulto joven	I	166.01	
1128	1080	M?	I	Indeterminado	I	I	
1129	1080	F	18-30	Adulto joven	C	I	
1130	1146	F	40-55	Adulto medio	I	155.66	
1131	1146	I	I	Adulto	I	165.53	1, 5
1132	1080	F?	I	Adulto	I	I	
1133	1080	F	25-35	Adulto joven	M	I	
1134	1080	F	20-30	Adulto joven	C	I	
1135	1150	M?	30-35	Adulto joven	C	165.99	
1136	1080	I	I	Indeterminado	I	I	
1137	1080	M?	I	Adulto	N	I	
1138	1080	F	I	Adulto	I	I	
1139	1146	M	35-55	Adulto medio	I	171.06	3
1141	1146	M?	25-35	Adulto joven	I	166.04	3
1142	1080	M?	I	Adulto	I	I	
1143	1080	I	I	Indeterminado	I	I	
1145	1146	F	22-30	Adulto joven	N	160.00	
1147	1146	I	17-30	Adulto joven	I	I	
1148	1146	F?	I	Adulto	I	160.67	
1152	1150	M	20-25	Adulto joven	I	166.21	
1153	1150	F	35-40	Adulto medio	I	I	
1154	1150	M	30-34	Adulto joven	I	177.27	
1155	1150	I	5 ± 1.5	Infante I	I	I	
1156	1150	F	15-17	Juvenil	I	157.78	
1157	1150	F	18-25	Adulto joven	I	161.29	5
1158	1150	M?	25-30	Adulto joven	I	I	
1159	1150	F	17-21	Adulto joven	I	157.32	
1160	1150	M?	35-39	Adulto medio	I	I	

1161	1150	I	> 4	Infante I	I	I
1162	1149	F	20-30	Adulto joven	N	I
1167	1150	M	17-24	Adulto joven	I	181.25
1168	1150	M	24-30	Adulto joven	I	179.72
1169	1150	I	6-7	Infante I	I	136.5
1170	1150	I	I	Adulto	I	I
1171	1150	F?	25-30	Adulto joven	I	160.45
1174	1173	M	18-25	Adulto joven	I	171.11
1176	1177	F	25-35	Adulto joven	I	158.40
1180	1179	F	25-35	Adulto joven	N	158.90
1181	1179	I	4-6	Infante I	I	I
1206	1184	F?	20-35	Adulto joven	I	I
1183	1184	M	18-25	Adulto joven	I	169.88
1200	1009	I	I	Adulto	I	I
1201	1080	F?	12-16	Juvenil	N/C	I
1202	1080	I	I	Adulto	I	I
1203	1184	F?	20-35	Adulto joven	I	I

#### Atrio

Entierro	UE. Ref.	Sexo	Edad	Edad recod.	Filiación pob.	Estatura
2004	2001	M	16-18	Juvenil	C/N	158.8
2005	2001	F?	16-20	Adulto joven	M/N	I
2006	2001	F	20-30	Adulto joven	C/N	161.17
2008	2001	M	30-45	Adulto medio	C/N	166.31
2009	2001	F	20-30	Adulto joven	N	157.24
2011	2001	F	I	I	I	I
2012	2001	I	25-35	Adulto joven	C	I
2013	2001	F?	25-35	Adulto joven	N	I

Nota: Sexo: M-masculino y F-femenino. Filiación poblacional: C- Caucasoide, N-Negroide, M-Mongoloide, I-indeterminado. Objetos acompañantes: 1-pasamanos, 2-botones, 3-alfileres, 4-Cuentas en ámbar, 5-hilos de metal plateados, 6-hilos de metal dorados.

Las observaciones paleopatológicas apuntan a compartidas situaciones de estrés por adaptación a las duras condiciones de vida, principalmente por las intensas actividades físicas, la tensión alimenticia, problemas dietarios y la exposición a procesos infecciosos, siendo la hiperostosis porótica, la entesis y la enfermedad articular degenerativa las lesiones más frecuentes en los huesos, mientras que en las piezas dentarias sobresalen los desgastes por procesos masticatorios, cálculos, caries, enfermedad periodontal y las fracturas del esmalte (Rivera 2018). A partir de este perfil la hiperostosis porótica es un indicador de estrés sumamente valioso para estimar la diferenciación social, por sus posibles causas y repercusión sistémica en la salud de los individuos, al estar asociada a

la desnutrición (Walker *et al.* 2009: 119–120), los cuadros de anemia nutricional por la pérdida o deficiencia de hierro, y probablemente, por una dieta desbalanceada (Rojas, Rivera y Martín 2011: 72– 74) rica en carbohidratos y azúcares –como aluden las patologías dentales–, contribuyendo al deterioro de la vida, agravado por la predisposición a las enfermedades –infecciosas– y el estrés biomecánico que producen las jornadas extenuantes de trabajo (Brickley 2018: 2–4).

La situación de salud identificada en los espacios trabajados en la segunda Catedral, incluso para el último tercio del siglo XVI, contrasta con la información obtenida al sureste de la Plaza Mayor, en la que se reporta un solo caso de hiperostosis asociada con enfermedad articular degenerativa en el entierro 9 (UE–29) de la primera unidad<sup>85</sup>. Los enterramientos del siglo XVI excavados en la nave (UE–1176, 1180, 1181, 1183, 1203 y 1206) son coherentes con los de la primera Catedral en cuanto a la posición devota, inclusive persistente en la práctica funeraria durante toda la centuria posterior, y la escasez de objetos acompañantes, si se admite que las cuentas en molusco marino halladas en los niveles UE–1149 y 1151 pudieran pertenecer a los estratos más bajos, análogas con las expresiones sincréticas observadas en la primera Catedral.

La muestra excavada en la nave tuvo indicios de hiperostosis en catorce individuos de aspecto caucasoide, diez negroides, nueve mestizos y cinco mongoloides –con más frecuencia en mujeres–, y asociada en diez ocasiones a otros indicadores de insuficiencia alimenticia, como la hipoplasia y la criba orbitaria (Rivera 2018), un cuadro elocuente de las afectaciones sistemáticas que recibían estos sectores sociales. No obstante, los datos guardan estrecha relación con una superioridad femenina de noventa y tres individuos,

---

<sup>85</sup> Aunque el grado de conservación y representatividad del material obtenido en las excavaciones al sureste de la Plaza Mayor en 2003 y 2004, varias veces analizado, pudo sesgar los datos limitando las posibilidades de observación de las anomalías óseas.

algunos dudosos por las posibilidades de diagnóstico, en proporción a cuarenta y cuatro masculinos. Asimismo, en cuatro de los ocho registros esqueléticos obtenidos en el atrio se identificó la hiperostosis, uno en la órbita ocular (criba orbitaria) y otro en asociación con hipoplasia, entre ellos un caucásico y tres mestizos –dos de rasgos caucasoides y negroides, y uno de filiación mongoloide y negroide–, igualmente con una superioridad femenina de adultos jóvenes (Rivera 2018).

En los dos espacios la categoría de género y los bajos niveles de salud y condiciones de vida son una relación aclaratoria de la preeminencia de objetos conectados con el universo femenino, en la indumentaria usada para la vestimenta, la ornamentación personal y los propósitos mágicos y religiosos –en lo fundamental los elementos usados en los rosarios y sus aditamentos, como las medallas religiosas, las cuentas de diferentes materiales y el crucifijo–, que perseguían mejorar el ánimo y aliviar las dolencias –atribuidas a los maleficios e influjos espirituales y sobrenaturales– producidas objetivamente por el deterioro de la salud.

Pero a este ambiente de desigualdad social se le une un manto de dominación eclesiástica, inducida por el temor al juicio divino, el infierno y los ataques diabólicos en la vida y en el tránsito de la muerte (Wobeser 2015: 28–29), afectando las representaciones del miedo a sucumbir ante las tentaciones por la obra de los demonios, figuradas en las conexiones de los espacios arquitectónicos interiores con los rituales, los sermones y en la plástica decorativa en el templo, como el retablo descrito por Requejo ((1640) 1908: 25): “...que caussa mucha deuocion, y por otra parte temor, por la variedad de figuras que se ven en la pintura de un infierno...” en la cofradía de Nuestra Señora de la Concepción, frente a la capilla de las Ánimas al lado del evangelio, recordando en asociación con el atrio –exterior– los tormentos del purgatorio.

El pavor suscitado debió también agudizarse por los procesos del Santo Oficio, contra los trances de posesión que experimentaban en lo fundamental las mujeres, apreciadas como más débiles y favoritas de los demonios –protagonistas de los aquelarres orgiásticos– por lo que eran acusadas de brujería y hechicería, a partir de las estimaciones teológicas basadas en la filosofía de Santo Tomás de Aquino, teoría que adquirió centralidad argumentativa para los demonólogos (Ortiz 2000: 54, 2003: 157–158), que delimitaron las expresiones diabólicas a través de acciones específicas que establecían el hecho de la brujería, como negar a Dios, blasfemar, asesinar, cometer incesto y tener comercio sexual con los demonios (Midlo 1989: 61)<sup>86</sup>. Estas concepciones europeas atravesaron las posturas interpretativas de las tradiciones culturales y religiosas de los indígenas y los africanos en América, portadores de ritos considerados misteriosos, con actos extraños y potencialmente heréticos, en analogía con los rituales condenados por la Inquisición (Ortiz 1991: 98–99). Por lo que no es casual que, de acuerdo con la investigación de Morin (2008: 622–640), en Panamá la mayoría de los casos conocidos de reniego de la fe y entrega demoniaca para el servicio del mal, atendidos por los tribunales de Lima y Cartagena entre 1569 y 1659, correspondieran a mujeres negras y mulatas.

A la necesidad de enfrentar aquellos riesgos y dolencias deben responder las producciones alternativas de la imagen religiosa en hueso, probablemente con fines de protección y devoción, y los amuletos de concha en forma de corazón y el colgante de piedra, encontrados en la nave y el atrio de la Catedral, desde una recodificación de las

---

<sup>86</sup> Midlo (1989: 61) relaciona otros crímenes basándose en el texto de Bodin: *Demonamie*, aparecido en 1580 y citado por Caro Baroja en *The World of the witches* (1968), entre ellos honrar al diablo por medio de adoración y sacrificios, dedicarle niños u ofrecérselos aún en el útero materno, lo que equivalía al asesinato antes del bautizo. Propagandizar el culto diabólico, desenterrar muertos o asesinar para comer carne humana y beber sangre. Matar a través de venenos y sortilegios. Causar hambre por la carestía de la tierra y la infertilidad en los cultivos o matar el ganado.



creencias en los maleficios por medios sobrenaturales, no ajenas a las percepciones desde lo africano y lo indígena (Thornton 2003: 275, 278–279). Estas prácticas concuerdan con un sincretismo religioso materializado en los enseres necesarios para cumplir expectativas conformadas desde lo católico, simbolizada también en el uso paralelo de los amuletos de factura colonial –como el cascabel *Clarksdale*, las higas de hierro y las cuentas en ámbar teñidas de rojo, azabache y ágata roja y blanca– pero con motivaciones y propósitos afines dirigidos por las herencias particulares de la vida de los individuos, en las que el componente negroide femenino prevalece como prisma mediador.

La idea de un sincretismo religioso como expresión de las nuevas formas de experimentar lo católico, encuentra sustento en la identificación del afilamiento dental –en forma puntiaguda– en incisivos y caninos superiores e inferiores de cuatro individuos femeninos, UE–1066, 1082, 1123 y 1162, localizados en los estratos intermedios 1009, 1146, 1180 y 1149, una secuencia enmarcada en la primera mitad del siglo xvii. La descripción negroide de una de las mujeres (UE–1162) y el fenotipo mestizo de las tres restantes –una de característica negroide y mongoloide (UE–1066) y dos con rasgos negroides y caucasoides– expresa la persistencia de esta práctica cultural distintiva de los grupos aborígenes de África occidental y subsahariana (Ortiz 1929: 23–24) (La Rosa 2011: 135) (Wasterlain, Neves y Ferreira 2016: 629)<sup>87</sup>.

---

<sup>87</sup> Algunos documentos señalan a finales del siglo xvi la presencia en Panamá de población africana procedente de estas zonas, en las nombradas etnias mandinga, mozambique, Zape y Biafara. Al respecto ver: Autos sobre reducción de negros cimarrones (ff. 608–608v. 612–613v.), 30 de marzo de 1584 (Jopling 1994: 360–368) y otro de los autos hechos por la misma audiencia sobre la paz reducción y población de los negros de Bayano poblados en la villa de Santa Cruz del real (ff. 393–399), 18 de noviembre de 1581 (Jopling 1994: 368–369). No obstante, estas denominaciones no son del todo confiables, los africanos capturados en regiones apartadas en el interior del continente eran vendidos en la costa y renombrados luego indistintamente por su región de origen o por el lugar de embarque (Martínez 2008: 69) (La Rosa 2011: 23).

La mutilación dental en contextos coloniales ha sido documentada en africanos esclavizados, cimarrones y en afrodescendientes, más frecuente en hombres que en mujeres, con una amplitud cronológica que va desde el siglo XVI al XIX (Tiesler 2003: 953) (La Rosa 2011: 127). En ámbitos urbanos se admite como parte de la identidad de nación –signo de fraternidad étnica– sujeta a los rituales tradicionales africanos relacionados con el totemismo y el advenimiento de la pubertad, pero además en sentido estético y sexual reestablecidos en los nuevos contextos transculturales americanos (Ortiz 1929: 28–29) (De la Calle 1974: 90–91).

Los dientes puntiagudos en mujeres de fisonomía negroide y mestiza debieron ser en Panamá del siglo XVII un signo inequívoco de identidad y de pertenencia étnica, más allá de los relativismos en la apreciación de los tonos de la piel o las formas del vestido y la indumentaria, a partir de una reflexividad estratégica de no ocultamiento – exhibición consciente– y diferenciación social, al mismo tiempo prueba de la adaptabilidad identitaria de un orden cultural transgresor –de costumbres– que no debió ser bien visto por los clérigos, pero de alguna manera consentido. Según Colombres (2011: 157) la iglesia católica consideraba el arte corporal de los aborígenes americanos y africanos como un rasgo de su salvajismo, una injuria a la obra divina de la Creación, con fundamento en las escrituras sagradas que prohibían la transformación corporal deliberada. Esta premisa convertida en norma para la ideología occidental dominante, alentó y aceptó el maquillaje inicuo y superficial que permitía el retorno continuo al cuerpo auténtico y natural, en oposición a su transformación simbólica definitiva. Por lo que la presencia de individuos femeninos con afilamiento dental en el ámbito funerario confirmaría la variabilidad de su patrón de interacción, con la convivencia y coextensión de prácticas tradicionales africanas, suscitadas en localizaciones ajenas a la ritualización cristiana de la muerte, que no descartan la resistencia a la dominación colonial por la vía de la pervivencia cultural.

No obstante, el empleo comprobado del vestido y la indumentaria mágico-religiosa y para el adorno personal, en el contexto de la nave y el atrio de la segunda Catedral, remite al cumplimiento de las normas hispanas de civilización –occidental– y la transfiguración de los códigos de apariencia física en la ciudad, acoplados a los esquemas de reconocimiento de nuevas situaciones de vida en un escenario económico favorable para la gente dedicada a los oficios y las actividades de servicio. Esta materialidad en los patrones de interacción religiosa, en tanto escenarios de copresencias de prácticas funerarias, adquiere carácter excepcional por el manejo de los vivos, relacionado con las expectativas sociales que gravitan en el cuidado que merecen y requieren los fallecidos para su salvación y, por consiguiente, para la reafirmación necesaria de sus identidades y posición respecto al grupo. Tal reafirmación en la práctica funeraria se expresa en las intencionalidades estéticas de la indumentaria y del vestir, en un contexto de visibilidad al interior de la Catedral, valoradas como obvias aun desde las piezas más simples (Spier 1993: 329) (Colombres (2011: 153) (Flügel 2015: 12).

La exigua presencia de objetos acompañantes –usados o no para la distinción– en contextos funerarios de época colonial temprana, parece una constante ajustada a la humildad del ritual cristiano y la recodificación cultural de sus preceptos por los disímiles factores humanos convergentes en sitios americanos, como La Isabela en República Dominicana (Chiarelli y Luna 1987: 205–208) (Deagan y Crucent 2002a: 163–178; 2002b: 211–215), algunas misiones religiosas en La Florida (Deagan 2013: 369–373), El Chorro de Maita en Cuba (Valcárcel 2012: 310), la iglesia abierta de Mixquic y el cementerio Huexotta (Rodríguez 2001: 61–63) y el cementerio de la primera iglesia en la antigua plaza principal de Campeche en México (Tiesler, Zabala y Medina 2013: 115–117) donde se conjugan en lo fundamental el componente indígena y africano desde la dimensión artefactual y la deformación corporal. El cementerio de Campeche, enclavado en un área urbana de actividad mercantil y minera desde 1540 hasta el siglo XVII,

evidenció un escueto panorama de objetos acompañantes y ninguno calificado como ofrenda en sentido prehispánico. El reporte arqueológico relaciona cuentas en el espacio de las sepulturas, elaboradas en azabache, vidrio, piedra y semillas, y una medalla devocional en aleación de cobre, frecuentes en rosarios y collares en los siglos XVI y XVII. Por la ausencia de objetos considerados ajuar, incluyendo indumentaria ornamental y mágico-religiosa, como alfileres, anillos, crucifijos, herretes, broches, botones o hebillas, y una heterogeneidad poblacional sin discriminación social, se infirió la existencia de un área dedicada a la inhumación de gente humilde que compartía condiciones precarias de vida (Tiesler, Zabala y Medina 2013: 106–108, 115).

El espacio trabajado en la nave de la segunda Catedral y aún en el área del atrio, difiere de la realidad campechana indicada por la investigación arqueológica. El registro de los hilos trenzados de plata en UE-1053 y 1157 y un botón dorado en forma de bola en UE-1047, entierros ubicados entre los años 1600 y 1626, permite inferir la temprana incorporación de alguna vestimenta, no percibida en las sepulturas anteriores –, ni con mayor incidencia en la primera Catedral. El individuo UE-1047, una joven mestiza con rasgos caucasoides y negroides, requirió una fosa más ancha y mostró huellas de una deteriorada condición de vida –estrés nutricional (criba orbitaria e hipoplasia), estrés biomecánico (entesis y enfermedad articular degenerativa) y proceso infeccioso– en marcado contraste con los adultos jóvenes UE-1053 (masculino), portador de una anomalía de infección por trauma, y UE-1157 (femenino) con hipertrofia muscular (Rivera 2018). Estos datos podrían estar mostrando la materialización mortuoria de cierta movilidad social para la época, al precisarse el uso de vestimenta y un tratamiento favorecedor en la inhumación del individuo con una historia de desventaja social.

El resto de las sepulturas relacionadas con elementos de vestuario e indumentaria en el siglo XVII informan de una mayoría femenina: dos de origen negroide (UE-1042 Y

1049), una mestiza de caracteres caucasoides y negroides (UE-1110), y algunas indeterminadas (UE-1103, 1108, 1124 y probablemente 1131), junto a un individuo masculino (UE-1051), adquiriendo sentido la presencia de aretes de vidrio y metal y joyería popular no individualizables. Sin embargo, los anillos de cobre y aro liso redondeado, de tallas más grandes y recuperados en el estrato 1002 y en la UE-1009 del primer nivel de enterramientos, pudieron pertenecer a hombres, mientras que las sortijas de engastes de piedras y tallas más pequeñas, valoradas como joyería popular y recobradas en la UE-1080, a mujeres. Aun cuando el depósito manifestó perturbación por las inhumaciones, la dispersión de las sortijas en la secuencia estratigráfica coincide con la abundancia de elementos de uso femenino en las UE- 1080 y 1149, como los aditamentos de rosarios y los aretes, y en el caso de los anillos con la ubicación del único individuo masculino con indicios de vestimenta (pasamanos) en el primer nivel de sepulturas, indicando la probabilidad de un fenómeno tardío en los hombres. Los datos de las excavaciones en la nave de la Catedral en el año 2000 apoyan esta inferencia, al indicar el hallazgo de pasamanos en los individuos masculinos PV1C (UE-52) y PV2C (UE-54), ambos con rasgos caucásicos, y el adulto PV4C (UE-58) de filiación poblacional indeterminada.

La mujer de filiación negroide UE-1042 con una edad entre 30 y 40 años y los elementos más ostentosos – botón de plata en filigrana e hilos metálicos plateados y dorados– y una fosa de inhumación holgada, no mostró signos de estrés nutricional, pero sus lesiones óseas y dentales advierten una vida difícil, con exposición a procesos infecciosos relacionados con agentes patógenos externos, que ocasionan enfermedades como la lepra, la sífilis y la tuberculosis (Rivera 2018). Una situación similar fue observada en la adulta joven UE-1103, definiendo junto a la anterior los casos más severos en comparación con los restantes individuos –femeninos y masculino– que presentaron estados de salud más favorables.

Por la baja frecuencia de los elementos decorativos de costura y su distribución en los cuerpos, además de otros aditamentos como los botones y las pequeñas hebillas, la vestimenta utilizada debió ser ligera, probablemente calzones, justillos o corpiños femeninos y las camisas de carácter unisex, en ocasiones bordadas, guarnecidas o listadas, con pasamanos e hilos utilizados en prendas suntuosas de mayor porte y cintas o cordones de colores, como asegura Bernis (1978: 49–50) para las piezas destinadas a las mujeres basándose en la documentación histórica de la época y la evidencia pictórica en España. Los corpiños y calzones eran elaborados en lienzo simple con botones y hebillas para sus soluciones de cierre (Sancha 1794: 508) (Herrero 2014: 207–208), mientras las camisas se hicieron primeramente de lienzo de cáñamo, por ello conocidas como *cañamisa* o cañamazo, derivando luego su hechura en lino, algodón o seda. Estas podían tener distintos tipos de cierres en las mangas y en la parte superior con cintas o cordones y botones, donde se acomodaban los cortes altos –cerrados– y bajos –abiertos–, utilizados por hombres y mujeres para variados propósitos de traje (Herrero 2014: 176–188) (De la Puerta 2008: 68). Los herretes o agujetas encontrados en las UE-1080 y 1149, uno de ellos de probable manufactura local en oro, pudieron utilizarse en camisas de ambos géneros, en las partes terminales de los cordones para los cierres, como era habitual.

En América la camisa se extendió por el predominio hispano, adaptándose a las disímiles condiciones climáticas, pero en diálogo con las influencias del vestir al otro lado del Atlántico, que desarrolló para el siglo xvii un tono exagerado, cambiando la sobriedad y la austera elegancia que prevaleció en el siglo anterior (Fernández 1984: 64) (Molinet 1996: 85–86). La influencia del cambio de época en los criterios de distinción en el vestir y la apariencia personal, junto a la constate demanda de legitimación de la movilidad social, pudo determinar la introducción de indumentaria y alguna vestimenta en los patrones de interacción funeraria de la población de emergentes recursos

económicos, como reafirmación visible en el acto excepcional de la muerte, pero a través de elementos cotidianos reelaborados. El uso de la camisa en Panamá se generalizó desde los primeros contactos, tanto las de lienzo de cañamazo que se le entregaba a los indios y africanos esclavizados como las de mejor elaboración y presencia –algunas labradas en oro–, mencionadas en los documentos como prendas de Ruan u Holanda, con las cuales se distinguían algunas personas de reconocida posición social, como caciques y militares negros destacados<sup>88</sup>.

La utilización de vestimenta sencilla no excluyó el empleo de mortaja, como revela el entierro de la mujer joven UE-1103, notificada con pasamanos y un alfiler, además de que el hallazgo de alfileres en sepulturas sin vestigios de ropa demuestra su permanencia en los casos más humildes, como en UE-1097, 1139 y 1141. El primero de ellos pertenece a una mujer de apariencia mestiza (filiaciones caucasoide y negroide) con indudable deterioro de las condiciones de vida, definidas no solo por las deficiencias nutricionales y el estrés físico, sino también por la violencia objetivada en una lesión por golpe contundente. El registro arqueológico sugiere que la mujer fue inhumada en una fosa más ancha, por alguna deferencia no explicable, pero demostrando con esto un

---

<sup>88</sup> Relación de lo hecho por el licenciado Gaspar de Espinosa, alcalde mayor y teniente de gobernador y capitán general por el muy magnífico señor Pedrarias Dávila, teniente general en estos reinos de Castilla del Oro por sus altezas, en cumplimiento de lo que por su señoría me fue mandado por la instrucción de suso contenida, que hiciese y cumpliese en el viaje a las provincias de París y Natá y Cherú y a las otras comarcas, para dar la y presentar la ante el dicho señor teniente general. Panamá 1519 (Jopling 1994: 70). Sobre lo de la Culata (ff. 990-1093v), Acla 20 de julio de 1533 (Jopling 1994:147). Lo que parece que se podrá proveer para el buen tratamiento de los indios de Tierra Firme. Carta del licenciado Salmerón, 1533 (Jopling 1994: 84-85). Visita de los indios de la ciudad de Natá de la provincia de Tierra Firme hecha por el magnifico señor Álvaro de Sosa, gobernador de dichas provincias (ff. 1-48), Natá 6 de enero de 1555 (Jopling 1994: 291-327). Los oficiales reales de Tierra Firme. Lo dicho data de plata corriente pagada por gastos ejecutados en la guerra y presidio de Bayano, este dicho año de 1582 (Pliego 1-11), Panamá 1582 (Jopling 1994: 398-401).

peculiar tratamiento respecto a los individuos UE-1139 y 1141, de mejores situaciones de salud y fosas más estrechas.

En el atrio no se comprobaron discrepancias en el ancho de las fosas, pero la existencia de indumentaria relativa al adorno personal –anillo– y el vestuario –pasamanos, hilos metálicos y botón en forma de flor– notifica diferenciación entre las sepulturas, igualmente en relación con un predominio de mujeres mestizas y de filiación negroide (Tabla 6.2). El contraste fundamental observado en la indumentaria radica en las formas de los pasamanos, que por su baja frecuencia también deben coincidir con prendas sencillas. Estos aditamentos de adornos estaban enrolados en los destinos sociales de las ropas, hechos en materiales originales o aparentes acorde a las calidades, usos y precios, y por ello coligados a telas, cortes y decorados recurrentes en productos para sectores sociales específicos (Sancha 1794: 410–411) (Herrero 2014:186, 202–204). Al considerar estas características y las relaciones connotativas entre el atrio –como contexto de sanción y retiro– y la nave de la Catedral, los pasamanos pudieran consignar una vestimenta adecuada o socialmente prescrita por deferencias para circunstancias vulnerables o sentidas de inhumación. La mujer PV6C (UE-61) del entierro enfrentado, portadora de algunas de estas piezas en el torso, con una edad mayor a la detectada en PV7C (UE-62), pudiera ajustarse a una situación similar. Aunque la presencia de pasamanos e hilos metálicos, asimismo podría estar conectada con los rasgos y eventos biológicos de las mujeres, una de ellas con huellas de parto (UE-2006), pero difícil de asegurar sin relaciones puntuales entre las evidencias.

### 6.3 Conclusiones: la dinámica de la materialidad de la muerte

Las variabilidades de los aspectos vinculados a los patrones de interacción religiosa en la Catedral de Panamá caracterizan la dinámica de la materialidad de la muerte, con perfiles definidos en su primer y segundo emplazamiento. Las novedosas evidencias



arqueológicas de bautismo y de la práctica funeraria replantean las manifestaciones objetivas de los accesos diferenciados a las posibilidades de integración y movilidad social, y muestran las intencionalidades y el involucramiento de los individuos en dichos patrones, a partir de la aceptación de las concepciones y prácticas cristianas.

La rápida conformación de una sociedad heterogénea y estratificada bajo el signo de la esclavitud e inicialmente de las encomiendas, heredera de los ensayos y experiencias poblacionales anteriores, estableció las particularidades de la vida de los individuos y la reelaboración –desde nuevos referentes culturales– de los símbolos religiosos impuestos, emergiendo las realidades que conjugaron los cambios y las permanencias –materiales y simbólicas– con expresiones específicas. La presencia de mestizos en el espacio sagrado marca una acentuada dinámica social y religiosa entre 1519–1540, paralela al tráfico de indios foráneos y algunas dotaciones de esclavos africanos.

Este contexto de hibridación cultural y biológica propició el uso de elementos materiales comunes, convergentes desde las creencias y experiencias compartidas, pero de ámbitos ideológicamente desiguales, como agentes movilizados de nuevos fines sociales, concretando la mutación de los patrones de interacción religiosa en la primera Catedral. Aun cuando existían compartidas condiciones de vida, dada la precariedad de la ciudad en las primeras décadas del siglo XVI, los procesos adaptativos fueron desiguales aún con la posición social de los individuos y sus herencias culturales. En este sentido, parece claro que los indios enterrados en suelo sagrado estaban amparados de manera privilegiada por sus relaciones en la sociedad de entonces, en comparación a los que murieron o escaparon en los espacios de frontera del poder colonial.

La aceptación de la salvación del alma más allá del cuerpo, modeló las expectativas mutuas en torno a las maneras para alcanzar esta finalidad, materializada en el arquetipo

de la posición devota y la orientación de las sepulturas, con sus respectivas paradojas terrenales de la relación entre la memoria y el olvido, pero no homogenizó las modalidades de enfrentamiento y convivencia con el fenómeno de la muerte, instrumentadas también por expectativas de reafirmación de las identidades y la posición de individuos y grupos en el conglomerado social transcultural, propiciador de la integración y la movilidad social, tanto en la primera como en la segunda Catedral, cada una con expresión material particular.

El traslado de la edificación al noreste de la Plaza Mayor en respuesta a las transformaciones sociales y las relaciones de la ciudad en el territorio, enclave de paso a mediados del siglo XVI, trajo consigo una progresiva consolidación de la Catedral como entidad organizativa de las categorías de estratificación social y referente jerarquizado de la vida, reconfigurando una dimensión espacial eficiente de legitimación social, que afectó la práctica funeraria y el resto de los patrones de interacción religiosa en un nuevo contexto económico. El esquema espacial jerarquizado de sepultura, más o menos ensayado de manera provisional al sureste de la Plaza Mayor, se proyectó y reafirmó definitivamente en el segundo emplazamiento, enmendado con la extensión del atrio a partir del nuevo contexto eclesiástico.

La masiva incorporación de esclavos africanos y el carácter dinámico de la sociedad panameña, palpable en la variabilidad y naturaleza simbólica de los objetos acompañantes en el patrón funerario, condicionaron el surgimiento de coyunturas propiciatorias que aceleraron los procesos de movilidad de los sectores subalternos, conformados en su mayoría por africanos y sus descendientes mestizos, transformando la fisonomía de la sociedad en el siglo XVII y su relación material con la muerte. La contradicción moral religiosa entre el uso sufragado de la memoria para alcanzar la vida eterna y la noción de pobreza, propició la introducción de nuevas expresiones materiales,

necesarias para el tratamiento de la muerte desde la óptica de los sectores subalternos en un contexto católico. La incorporación conjugada de objetos acompañantes –prendas de vestir, indumentaria mágico-religiosa y de adorno personal– estuvo conectada en la doble dimensión agencial de cumplir expectativas cristianas y mundanas. En este contexto la recodificación de las creencias en la supervivencia del alma y los resultados maléficos sobrenaturales, acompañaron las producciones alternativas de objetos sincréticos religiosos y el uso de las facturas coloniales, como medios congruentes y paralelos que expresaron las herencias particulares de la vida de los individuos y la diferenciación social al interior de los sectores sociales emergentes.

## CONCLUSIONES:

Como se propuso en la introducción, la hipótesis de este estudio es que, a pesar de la supuesta homogenización cultural que significó la imposición y aceptación del ritual católico, las particularidades asimétricas de la sociedad panameña en los dos primeros siglos coloniales, propiciaron maneras específicas de enfrentar y convivir con el fenómeno de la muerte, según las herencias culturales particulares y la extracción social de los individuos y grupos, materializadas en el contexto mortuario, los cuerpos y la cultura material. El enfoque de los patrones de interacción social, sustentado en el pensamiento de la complejidad (Sotolongo 2006: 17–18), y la instrumentación del concepto de *habitus* de Bourdieu (1997: 20), como productor de distinciones en relación con la concepción de agencia (Robb 2010: 504), ha sido el recurso teórico que condujo el análisis en la investigación, comprometido aquí con la integración metodológica del conocimiento arqueológico, bioarqueológico e histórico, lo que requirió delimitar los ámbitos de los datos disponibles, conforme a los aspectos componentes o indicidad de los patrones, la determinación de la variabilidad y la naturaleza desigual de la información que representa las individualidades del fenómeno.

En el proceso se abrieron espacios de análisis que pueden ser continuados y profundizados, respecto a las dimensiones inmanentes de la materialidad de la interacción religiosa desde los primeros momentos en la Catedral de Panamá, como el sincretismo religioso que propiciaron las estrategias de dominación, integración y posible resistencia en contexto colonial urbano, además del mestizaje biológico y cultural. La caracterización pormenorizada de la dinámica de la materialidad de la muerte en los contextos estudiados, al corroborar la conjetura de su variabilidad, produce una nueva imagen de la práctica funeraria en Panamá, que comprende la activa capacidad agencial de los individuos, los objetos y los espacios (Brey 2005: 62) (Thomas 2005: 15) (Robb 2010: 500–508). Inscribiendo, asimismo, la factibilidad de la propuesta teórica–

metodológica y su capacidad interpretativa como una de las maneras de encausar el estudio arqueológico desde un enfoque integrador, puesto que no se trata de una teoría sustantiva para abordar o dar cuerpo a procesos sociales específicos sino ontológica de la realidad social, que involucra otros procesos y permite visualizar sus manifestaciones –cambios y permanencias– en tiempo y espacio.

La demarcación de lo que se intentaba comprender y una adecuada representatividad de los datos ha sido esencial, esto último en buena medida subordinado a las teorías observacionales y las técnicas de registro, que propiciaron un cambio en las perspectivas del trabajo de campo. El empleo de los principios harrisianos para la lectura estratigráfica de los depósitos, con énfasis en las disímiles interfaces, peculiaridad distintiva de la actividad arqueológica (Harris 1991: 66), revela la solidez del método para establecer secuencias relativas fiables y susceptibles de ajuste cronológico en sitios urbanos con presencia de estructuras constructivas, puesto que la multitud de acciones identificables no pueden ser resumidas en estratigrafías impuestas, sino desde una mirada deconstructiva (Bibby 1993: 105) (Triggs 1993: 250). De manera que los esquemas estratigráficos secuenciales de los espacios excavados, establecen las bases ineludibles del ordenamiento temporal, lo más preciso posible, de las evidencias materiales y para la incorporación de los datos de otras líneas de evidencias, permitiendo inferencias específicas para este estudio y los venideros.

El examen del contexto de producción de las investigaciones anteriores, el reconocimiento de los propósitos y las metodologías empleadas en arqueología y bioarqueología y la sistematización de la información, permitieron integrar en la tesis los datos previos, desde una conmensurabilidad teórica por la concepción sistémica de lo social y la compatibilidad metodológica, implícitas en los argumentos e inferencias sociológicas que sucedieron a las intervenciones de rescate. Asimismo, los elementos

advertidos como regularidad en la práctica funeraria fueron un punto de partida para la proyección de la aproximación tafonómica y la probable identificación de permanencias y discontinuidades entre los contextos. La totalidad de estos datos precedentes poseen un valor significativo, algunos por la envergadura de los trabajos y su aporte imprescindible para completar los escenarios materiales necesarios de interpretación, como en la primera Catedral al sureste de la Plaza Mayor; un contexto arqueológico desaparecido, pero debidamente documentado, que corrobora con las nuevas evidencias arqueológicas y el análisis del patrón de interacción funeraria, la hipótesis de su primer asentamiento entre 1519 y 1540, sospecha surgida desde las investigaciones de 2003 y 2004 (Durán 2005: 33–34) (Martín Rincón, comunicación personal 2017).

El estudio mostró la permanencia del esquema funerario de enterramiento entre la primera y segunda Catedral, en cuanto a la postura devota del cuerpo y las estrategias de inhumación en las naves, lo que llevó a identificar, en los estudios anteriores, un patrón unificador de la práctica funeraria bajo los preceptos cristianos, incluso extensivo a otros contextos coloniales en América, con posibilidades de diferenciación social en el uso de los elementos de vestuario indistintamente en la nave y el atrio de la Catedral, desde el presupuesto –implícito– de que los templos fueron en lo fundamental espacios excluyentes de enterramiento para ciertos sectores económicos, con los cuales los cabildos eclesiásticos sufragaban en parte sus menesteres cotidianos (Martín y Díaz 2000: 85–87) (Martín 2002: 99–100) (Castillero 2006: 892–893).

Sin embargo, el desplazamiento del edificio al noreste de la Plaza Mayor, en la década del cuarenta del siglo XVI, significó un cambio trascendental en el patrón funerario de interacción religiosa. El sacrificio de la orientación canónica hacia el este por una orientación sur, menos recomendable, pero en lugar preponderante en torno a la plaza, símbolo del dominio colonial, debe ser interpretado como una consecuencia de las

circunstancias históricas, expresadas en los cambios sociales que trajo consigo la transitoriedad demográfica que, además, debió influir en el resto de la fisonomía arquitectónica de la ciudad. La ruptura con el primer emplazamiento convertido en espacio de olvido, se manifiesta en esta coyuntura de reordenamiento, reforzando la proyección de la segunda Catedral en la vida cotidiana, una realidad no disgregable de las expectativas respecto al ámbito católico como legitimador del orden social.

El patrón de interacción religiosa en la primera Catedral se materializa desde una acentuada dinámica social que abarca los primeros momentos del enclave, combinada con las actividades económicas y su carácter de lugar de paso. La identificación –según las posibilidades de la muestra– de una baja incidencia de individuos de filiación negroide y la alta frecuencia masculina, junto a la presencia de mestizos de peculiaridades negroides, caucasoides y mongoloides, con claros signos de vida desventajosa y muerte en la juventud, podría estar indicando una temprana movilidad social en Panamá, al concebir el patrón de interacción funeraria cristiana como un eje fundamental de las estructuras de dominio colonial. En este mismo espacio las historias bioarqueológicas y paleopatológicas de los individuos de filiación caucasoide y mongoloide sugieren ventaja social en un panorama de esclavitud y semi-esclavitud para los nativos, señalando su coexistencia e interdigitación transcultural, al estilo del concepto orticiano en la sociedad colonial.

Dentro de la escasez de objetos acompañantes, la baja frecuencia de alfileres y elementos de vestuario al sureste de la Plaza Mayor, así como el rosario de decenas de cuentas elaboradas en molusco marino a la manera indígena, que portaba en una mano el individuo UE-4019, comprueba los criterios y expectativas existentes relacionados con la modestia de la vida cristiana y su expresión de pobreza en la muerte para alcanzar la resurrección (Martín 2002: 100), que remite a valores migrados desde el medioevo

español; pero también se extiende en ello una implícita diferencia en la ubicación de las sepulturas dentro del templo –como el entierro 3 (UE-36) ubicado en posición inversa (al oeste) cerca del altar– y la apertura de un mundo material diferente y distintivo, en el cual las producciones alternativas, acordes con los *habitus* particulares de los individuos, poseen poder agencial en la consecución de propósitos cristianos con alcance social.

Las novedosas evidencias de bautismo se inscriben como una expresión material en este proceso. Las conchas transformadas señalan la confluencia de las estrategias de conversión y las de los individuos cristianizados, mediante el involucramiento de las partes en un proceso de juntura cosmovisiva y de creencias que apunta al sincretismo. El lugar del patrón de interacción religiosa: la iglesia en forma de bohío de madera y paja y el resto del andamiaje utilitario, arqueológica e históricamente comprobado, indican la admisión de las nuevas materialidades, con las cuales se experimentan la vida y la muerte bajo el dominio cristiano, pero recodificadas desde disímiles posturas culturales que conjugaron mundos ideológicos desiguales. La primera Catedral, al delimitar la viabilidad del contenido de lo sagrado desde las nuevas formas, queda abierta al proceso de etnogénesis cultural, y por tanto espacio incluyente de bautismo y sepultura, pero no exento de distinción en consonancia con la emergente sociedad panameña.

Este comportamiento exhibe cierta estrategia de inhumación que incluye el ordenamiento social del espacio en la precaria primera Catedral, pero mucho más palpable en la segunda, con la construcción del subsuelo sepulcral por medio de rellenos, el orden de la nave con su rompimiento en zonas diferenciadas respecto al altar y la configuración del atrio como un espacio de sanción y aislamiento. Además, el diseño de los transectos guías de norte a sur, el uso de distintas profundidades y la apertura de fosas más anchas para ciertos individuos, aspectos registrados en campo, indican la



intencionalidad del esquema en diálogo con las expectativas involucradas en el patrón de interacción funerario, conjugadas en ámbitos cristianos con el tratamiento que merecen y requieren los difuntos para la salvación del alma, por medio de la reafirmación de las trayectorias identitarias y la posición respecto al grupo. La variabilidad mortuoria identificada al interior de la nave y en el atrio marcan la permanencia del carácter abierto de la iglesia a los procesos de mestizaje cultural, e inaugura nuevas formas de distinción, con las primeras expresiones a inicios del siglo xvii –anteriores a 1626– y un pronunciado despegue en el período posterior. Esto probablemente ayudaría a explicar mejor la gradual preferencia de los acaudalados vecinos a enterrarse en las iglesias de los conventos, mencionada por Requejo en 1640 (1908: 21), y que Castellero (2006: 894) atribuye a cuestiones de atracción formal en los ambientes monásticos.

Las áreas trabajadas en la segunda Catedral expusieron una materialidad mortuoria diferente, pero vinculada igualmente a una heterogeneidad poblacional en el atrio y en la nave, atribuible a una dinámica social no menos pronunciada, con un escueto registro en los niveles correspondientes al siglo xvi y una mayoría femenina –de filiación negroide, mestiza, caucasoide y mongoloide– y masculina en menor medida, de gente que muere fundamentalmente joven, imbuidas en duras condiciones de vida para el siglo xvii. Asimismo, tal materialidad se encuentra emparentada con una marcada conmutación en las nociones católicas acerca del camino para alcanzar la vida eterna, bajo la necesidad de sufragar la memoria de los vivos con la solvencia económica personal y el desarrollo de las ideas de la desviante influencia diabólica, asistida por la ortodoxia católica y su intensificación luego del Concilio de Trento, vigente en Hispanoamérica a partir de 1564. De manera que la variabilidad mortuoria debe ser entendida en relación a la móvil realidad social, específicamente el relativo ascenso económico de algunos sectores humildes y el alcance medular que tiene la iglesia además para la reconfiguración de las identidades.

Esto dejar ver los causes de la presencia sincrética de las producciones alternativas –objetos mágico–religiosos en hueso, piedra y concha marina– en los niveles de enterramiento de la nave y el atrio, de manera paralela a las producciones coloniales, como los enseres religiosos, devocionales y los amuletos, para enfrentar las vicisitudes del tránsito de la muerte en la salvación del alma; condicionados por las particularidades de los *habitus* culturales individuales, los comportamientos culturales y, muy probablemente, por las circunstancias de muerte en el caso del atrio. La convivencia de prácticas tradicionales africanas, como el afilamiento dental en forma puntiaguda, ajenas a cualquier ritualización cristiana, pero comprobada en individuos femeninos de filiación negroide y mestiza, subraya la objetivación de las formas particulares de experimentar la muerte prácticamente en la primera mitad del siglo xvii, al coincidir con el momento en que empieza el uso de las producciones alternativas y de alguna vestimenta en individuos de similar filiación poblacional y deterioradas situaciones de vida.

Los indicios apuntan a una época en que el patrón de interacción funerario advierte la transfiguración de los códigos de apariencia física, con la conjugación de las normas hispanas –del uso del vestido, la indumentaria mágico–religiosa y de adorno personal– y otros elementos culturales ajustados a los proyectos de reconocimiento y movilidad social, en lo fundamental, según la evidencia arqueológica, de individuos femeninos de filiación negroide y mestiza, como la paradigmática mujer de rasgos negroides UE-1042. Aunque esto se manifiesta dentro de las tres primeras décadas del siglo xvii, parece articularse mejor en un momento posterior, en el cual las sepulturas relacionadas con objetos acompañantes indican una mayoría femenina, aunque también pudo manifestarse en individuos masculinos.

Estos resultados implican de manera inmediata la posibilidad de pasar a un nivel más alto de análisis, incluso estrictamente comparativo con otros sitios similares de época

colonial temprana en América, desde el enfoque teórico utilizado y una metodología que pueda cotejar las similitudes y diferencias, considerando la premisa de que las peculiaridades y cambios en los aspectos indiciales de los patrones de interacción religiosa, explicitados en las personas involucradas con sus respectivas herencias culturales y sociales, las prácticas y su contenido, el lugar de ocurrencia y la temporalidad, e inclusive los fines particulares y las circunstancias y consideraciones concretas en que suceden, caracterizan las peculiaridades del fenómeno (Sotolongo 2006: 217), de manera que los rasgos específicos de un contexto no pueden ser aplicados a otras circunstancias de manera acrítica.

Por otro lado, el enriquecimiento de la muestra arqueológica de la Catedral de Panamá, mediante excavaciones en las zonas no trabajadas en la nave, como el presbiterio en torno al altar mayor, al parecer con una jerarquía social destinada a los principales vecinos (Frey 2013: 178), respondería algunas interrogantes referentes a las expresiones materiales del *habitus* (Bourdieu 1997: 20) en esos espacios, como la transcendencia de los estilos de vida que marcan la identidad y el estatus social de los individuos en la práctica funeraria, de comprobada incidencia al sureste de la Plaza Mayor, la nave y el atrio de la Catedral, espacios representativos de las maneras *sui generis* de tratar la muerte cristiana en diferentes situaciones. Cabría preguntarse si las áreas asignadas a las élites mostrarían una materialidad diferente a la caracterizada en los espacios trabajados o, por el contrario, las condiciones transculturales de la sociedad panameña propiciarían maneras similares a las descritas. Y en ese caso: ¿cuál sería el papel del sincretismo religioso considerando las mutaciones de los aspectos confluyentes en el patrón de interacción? Profundizar en este último tema desde la complementación de los registros arqueológicos brindaría una visión integral al menos en los dos primeros siglos coloniales en la ciudad.

La incorporación de datos arqueométricos no empleados hasta el momento podrían ofrecer la oportunidad de continuar el estudio en otros temas afines, que permitan conocer las variabilidades de la producción de alimentos y los procesos de adaptabilidad en las cambiantes condiciones vida y su manifestación en el registro funerario de la muerte. Para este objetivo es clave la investigación documental histórica y ampliar el muestreo para el análisis paleobotánico. El estudio de almidones y fitolitos extraídos de cálculos dentales en material osteológico humano, y piezas líticas de contextos prehispánicos y coloniales de Panamá Viejo, producidos por el Dr. Francisco Javier Aceituno, de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, es un avance que debe considerarse para generar nuevas visiones del impacto de la colonización hispana en Panamá, para la cual el contexto de la primera Catedral es fundamental. También el procesamiento analítico de muestras de ADN y de isótopos estables en huesos y dientes, en realización respectiva por el Dr. Alessandro Achilli, especialista de la Universidad de Pavia, en Italia y la Dra. Corina Knipper, del Centro de Arqueometría Curt-Engelhorn (CEZA) en Mannheim, Alemania, podrían ofrecer certidumbre acerca de los caracteres bioarqueológicos, en esencia la filiación poblacional y el origen territorial de los individuos, permitiendo profundizar en el valor del alcance de las inferencias e hipótesis presentadas en la tesis.

## BIBLIOGRAFÍA:

### Fuentes documentales:

Archivo General de Indias (AGI):

Patronato 98a. N.2, R.1.	Panamá 193, R. 22.
Panamá 233, L.1, f. 35-44v.	Justicia 368, N. 1, f. 2v-30v.
Justicia 368, N. 1, f. 31-45.	Patronato Real 194, r. 53(2).
Panamá, 233, L.1, f. 35-44v.	Justicia 368, N.1, f. 89-91.
Justicia 342, N. 1, R. 5.	Panamá 46, N. 15 (4a).
Manuscritos 3064, f. 142-3.	Contaduría 1464, f. 44.
Panamá, 16, R.2, N.22, f. 6.	Panamá, 100, N.4, f.4-11.
Patronato Real, 194, r. 53(2).	Panamá, 235, L.7, f. 122-122v.
Patronato Real, 194, R.60(a).	Panamá, 102 f. 9-10.
Panamá, 102, R.1, f.17.	Panamá, 16, R.2, N.22, f. 20.
Panamá, 101, N. 42.	Panamá, 17, R.3, N.45[c].
Panamá, 224, f. 1-2.	Panamá, 139.
Justicia, 359, N.2, R.3, f.278-279v.	Panamá, 235, L.7, f. 122-122v.

### Bibliografía citada:

Acuto, F., y V. Franco.

2015 *Arqueología y mundo material. Personas, cosas, relaciones. Reflexiones arqueológicas sobre las materialidades pasadas y presentes*. Ediciones Abya-yala, Quito, pp. 9-34.

Aladro M, A., y A. García.

2003 *Estampa vs. estampa*. Tesis Licenciatura. Escuela de Artes y Humanidades, Universidad de las Américas. Puebla.

Alarcón, C.

1987 *Catálogo de amuletos del Museo del Pueblo Español*. Ministerio de Cultura. Dirección General de Bellas Artes y Archivos. Madrid. Reedición electrónica 2011, <http://es.calameo.com>. Accesado en noviembre de 2017.

Alfaro, R.

1959 Cien años. Panamá, en 1859. Por Orán. Traducción y notas. *Lotería II* (38): 24–53.

Aljovín de Losada, C.

2009 Ciudadano y vecino en Iberoamérica, 1750 – 1850: Monarquía o República. *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones 1750 – 1850*. Javier Fernández, director. Fundación Carolina. Madrid, pp. 177–198.

Álvarez, J.

1985 *Michel Foucault: verdad, poder, subjetividad. La modernidad cuestionada*. Ediciones pedagógicas. Madrid.

Andaur, G.

2009 *Relaciones interétnicas en Santiago colonial: la cofradía de Nuestra Señora de la Candelaria del convento de San Agustín (1610–1700)*. Departamento de Ciencias Históricas. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile.

Aram, B.

2008 *Pedrarias y Balboa. Leyendas negras y doradas en la conquista de América*. Fundación Jorge Juan Marcial Pons Historia.

2012 From the courts to the court: history, literature, and litigation in the spanish atlantic world. *Colonial Latin American Review*, 21(3): 343–364.

2014 Taste transformed. Sugar and spice at the sixteenth-century hispano-burgundian court. Editado por Aram, B. y Y. Yun-Casalilla. *Global goods and the Spanish Empire, 1492–1824. Circulation, resistance and diversity*. Palgrave Macmillan, pp. 119–136.

2015 Una arteria del imperio entre occidente y oriente. *Canto Rodado* (10): 149–161.

Arellano, J., Castro, G. y J. Chancay.

2012 *Las macuquinas: monedas coloniales*. Instituto Nacional de Patrimonio Cultural. Serie Estudios, Guayaquil.

Ariès, Ph.

2000 *Historia de la muerte en occidente. De la edad media hasta nuestros días*. El Acantilado. Barcelona.

Arrazcaeta, R.

2002 Habana Vieja: arqueología en edificios históricos. *Gabinete de Arqueología*. 2(2): 14–23.

Arroyo, S.

2015a Panamá Viejo después de su destrucción. *Canto Rodado* (10): 11–37.

2015b El enigma de las Casas Reales del sitio arqueológico de Panamá Viejo. *Defensive Architecture of the Mediterranean, xv to xviii centuries*. Vol. 2, Rodríguez Navarro, editor. Editorial Universitat Politècnica de València, pp. 19–16.

2016 *Transformaciones en el sitio arqueológico de Panamá Viejo: el ejemplo de las Casas Reales*. Tesis de doctorado. Universitat Politècnica de València.

Asamblea Nacional

1912 Ley 12. Se cede un bien nacional al municipio de Panamá (Panamá La Vieja). *Gaceta Oficial* 2da época (ix) 1794.

Atienza, D.

2016 *La controversia de la Inmaculada Concepción a través de los impresos de los siglos xvii y xviii*. Tesis de Maestría. Facultad de geografía e Historia. Departamento de Historia Moderna. Universidad Complutense de Madrid.

Audiencia de Panamá.

1908 Descripción de Panamá y su provincia sacada de la relación que por mandado del consejo hizo y envió aquella audiencia (Año 1607). Manuel Serrano y Sanz. *Relaciones históricas y geográficas de América Central. Colección de libros y documentos referentes a la historia de América*, Tomo VIII. Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, pp. 137–218.

Augé, M.

1998 *Las formas del olvido*. Gedisa Editorial. Barcelona.

2000 *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa Editorial. Barcelona.

Autoridad Nacional del Ambiente (ANAM).

2011 *Atlas ambiental de la República de Panamá*. Gobierno Nacional, República de Panamá.

Autoridad Nacional del Ambiente y Autoridad de los Recursos Acuáticos de Panamá (ANAM-ARAP).

2013. *Manglares de Panamá: importancia, mejores prácticas y regulaciones vigentes*. Editora Novo Art, S.A., xx.

Beltrán, J., y N. Miró.

2013 La indumentària i l'orament personal des de l'arqueologia. *Indumentària. Barcelona 1700*. Edita Ajuntament de Barcelona pp. 189-231.

Berenguer, J.

1994 La muerte como un discurso para los vivos: hacia una semiótica de la evidencia funeraria. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* (19): 23-27.

Bernis, C.

1978 *Indumentaria medieval española*. CSIC-Instituto Diego Velázquez. Madrid.

Bibby, D.

1993 Building stratigraphic sequences on excavations: an example from Konstanz, Germany. *Practices of archaeological stratigraphy*. Editado por Edward C. Harris, Marley B. Brown III and Gregory J Brown, Academic Press, London, pp. 104-121.

Binford, L.

1971 Mortuary practices: their study and their potential. *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices. Memoirs of the Society for American Archaeology* (25): 6-29.

Bitran, J.

2010 O Império dos Mil Anos e a arte do "Tempo barroco": a águia bicéfala como emblema da Cristandade. *Anais do Museu Paulista. Sao Paulo* 18 (2): 11-91.

Blair, E., Pendleton, H., Lorann, S. A., y P. J. Francis, Jr.

2009 *The beads of St. Catherines Island*. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History. Number 89.



Boron, A.

2006 Prólogo. *La revolución contemporánea del saber y la complejidad social. Hacia unas ciencias sociales de nuevo tipo*. Compilado por Pedro Sotolongo y Carlos Delgado. Colección Campus Virtual de CLACSO. Buenos Aires.

Borromeo, C.

1577 (1985) *Instrucciones de la fábrica y el ajuar eclesiásticos*. Introducción, traducción y notas de Bulmaro Reyes e Isabel Estrada. Universidad Nacional Autónoma de México–Instituto de Investigaciones Estéticas. Estudios y fuentes del Arte en México.

Boucher, F.

1967 *20,000 years of fashion. The history of costume and personal adornment*. Harry N. Abrams, Inc. Publishers, New York.

Bourdieu, P.

1997 *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Editorial Anagrama. Barcelona.

Bravo, B

2018 La materia, la forma y el ministro. El bautizo de párvulos y adultos en la parroquia del Sagrario metropolitano de México (1690–1728). *Normatividades e instituciones eclesiásticas en la Nueva España, siglos XVI–XIX*. Editado por Benedetta Alabani, Otto Danwerth y Thomas Duve. Global Perspectives on Legal History, Max Planck Institute for European Legal History. <http://dx.doi.org/10.12946/gplh5>

Brey, Ph.

2005 Artifacts as social agents. *Inside the politics of technology. Agency and normativity in the co-production of technology and society*. Editado por Hans Harbers. Amsterdam University Press, pp. 61–84.

Brickley, M.

2018 Cribra orbitalia and porotic hyperostosis: A biological approach to diagnosis. *American Journal of Physical Anthropology*, pp. 1–7. <https://doi.org/10.1002/ajpa.23701>. Accesado en febrero de 2019.

Brizuela, A.

1998 *Informe técnico de la excavación en Catedral*. Monografía en archivo, Proyecto arqueológico Panamá Viejo. Departamento de Arqueología, Patronato de Panamá Viejo.

Brown III, M. y E. C Harris.

1993 Interfaces in archaeological stratigraphy. *Practices of archaeological stratigraphy*. Edited by Edward C. Harris, Marley B. Brown III and Gregory J Brown, Academic Press, London, pp. 7–20.

Bueva, L.

1980 La actividad práctica y espiritual. *Estética marxista-leninista y la creación artística*. Editorial Progreso. Moscú, pp. 76–88.

Buikstra, J. y D. Ubelaker (Editores).

1994 *Standards for data collection from human skeletal remains*. Fayetteville: Arkansas Archaeological Survey Research Series No. 44.

Burkitt, I.

2016 Relational agency: relational sociology, agency and interaction. *European Journal of Social Theory* 19(3): 322–339.

Butler, A.

1965 *Vidas de los santos*. Traducción de Wilfredo Guinea. Collier's Internacional—John W. Clute, S.A. México, D.F.

Caballero, L.

2002 Sobre límites y posibilidades de la investigación arqueológica de la arquitectura. De la estratigrafía a un modelo histórico. *Arqueología de la Arquitectura* (1): 83–100. Universidad del País Vasco.

Caballero, O., Mojica, A., y J. Martín.

2004 Prospecciones geofísicas y arqueológicas para la recuperación de la traza urbana de Panamá La Vieja: el caso de la calle Santo Domingo. *Revista Geofísica* (60): 43–64.

Candau, J.

2001 *Memoria e identidad*. Ediciones Del Sol. Buenos Aires.

Carandini, A.

1997 *Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica*. Editorial Crítica, Barcelona.

Carles, R.

1969 *220 años de período colonial en Panamá*. Tercera Edición. República de Panamá.

Carrero, E.

2008 Monjas y conventos en el siglo XIV. Arquitectura e imagen. Usos y devociones. *El Libro de Buen Amor: texto y contextos*. Editado por Guillermo Serés, Daniel Rico y Omar Sanz. Centro de Estudios de Investigación de Humanidades. Universidad de Barcelona. Ballaterra, pp. 207–235.

Castillero, A.

1980 *Economía terciaria y sociedad. Panamá siglos XVI y XVII*. Imprenta de La Nación. Instituto Nacional de Cultura de Panamá.

2006 *Sociedad, economía y cultura material: historia urbana de Panamá la Vieja*. Patronato Panamá Viejo. Imprenta Alloni. Ciudad de Panamá.

2008 Afromestizaje y movilidad social en el Panamá colonial. *Del olvido a la memoria: africanos y afromestizos en la historia colonial de Centroamérica*. Editado por Rina Cáceres. Oficina Regional de la UNESCO para Centroamérica y Panamá. San José, pp. 78–104.

2017a *La Fundación de Panamá: Significado y Trascendencia*. Editora Novo Art. S. A. Ciudad de Panamá.

2017b *Conquista, evangelización y resistencia*. Editora Novo Art. S. A. Ciudad de Panamá.

Chevalier, J., y A, Gheerbrant.

1986 *Diccionario de los símbolos*. Editorial Herder. Barcelona.

Chiarelli, B., y F, Luna.

1987 The excavations of La Isabela, the first european city of the New World. *International Journal of Anthropology* 2(3): 199–209.

Cieza de León, P.

1980 Descripción de la ciudad de Panamá y Nombre de Dios en 1535. Arauz, C; Gasteazoro, C y A, Muñoz. *La historia de Panamá en sus textos. Tomo 1: 1501–1903*. Editorial Universitaria. Panamá, pp. 98–101.

Cirlot, J. E.

1992 *Diccionario de símbolos*. Editorial Labor, S.A. Barcelona.

Colombres, A.

2011 *Teoría transcultural de las artes visuales*. Ediciones ICAIC. La Habana.

2016 *Poética de lo sagrado. Una introducción a la antropología simbólica*. Ediciones ICAIC. La Habana.

Consejo Nacional de Legislación.

1976 Ley 91. Por la cual se regulan los conjuntos monumentos históricos de Panamá Viejo, Portobelo y el casco antiguo de la Ciudad de Panamá. *Gaceta Oficial* (LXXIV) 18252.

Cooke, R.

1976 El hombre y la tierra en el Panamá prehistórico. *Revista Nacional de Cultura* (2): 17–38.

Cooke, R., Piperno, D., Ranere, A., Clary, K., Hansell, P., Olson, S., Valerio, w. y D. Weiland. 1985 La influencia de las poblaciones humanas sobre los ambientes terrestres de Panamá entre el 10,000 A.C. y el 500 D.C. *Agonía de la naturaleza. Ensayos sobre el costo ambiental del desarrollo panameño*. Editado por Stanley Heckadon y Jaime Espinosa. Instituto de Investigaciones Agropecuaria de Panamá–Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales.

Cooke, R., Sánchez, L., Rocío, D., Griggs, J., Isaza, e I. Isaza.

2003 Los pueblos indígenas de Panamá durante el siglo XVI: transformaciones sociales y culturales desde una perspectiva arqueológica y paleoecológica. *Mesoamérica* (45): 1–34.

Corporación Universitaria de Investigación Atmosférica.

*Una ventana para el universo. Mide tu mundo*. <https://www.ucar.edu>. Accesado en abril de 2019.

Correal, N.

2017 La plaza hispanoamericana. Siglos XVI, XVII y XVIII, caso de estudio como análisis tipológico. *Revistarquis 12. Revista de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Costa Rica*. Vol. 6 (2): 1–15.

Criado de Castilla, A.

1575 (1883) Sumaria descripción del Reyno de Tierra Firme, llamado Castilla del Oro, que está sujeto a la real Audiencia de la ciudad de Panamá, 7 de mayo de 1575. *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI, su historia y sus límites según los documentos*

*del Archivo de Indias de Sevilla, del de Simancas, etc.* Librería de M. Murillo-Librería de J.I. Ferrer. Madrid-París, pp. 527-539.

Criado, F.

1991 Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. *Boletín de Antropología Americana* (24): 5-29. Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

1999 Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje. *Capa 6. Criterios y convenciones en arqueología del paisaje*. Universidad de Santiago de Compostela.

Cucina, A.

2010 Social inequality in the early spanish colony. Oral pathologies and dental enamel hypoplasia in the skeletal sample from Campeche. *Natives, Europeans and africans in colonial Campeche. History and archaeology*. Editado por Vera Tiesler, Pilar Zabala y Andrea Cucina. University Press of Florida, pp. 111-248.

Curet, A.

2006 Las crónicas en la arqueología de Puerto Rico y el Caribe. *Caribbean Studies* 34(1): 163-199.

Dacal, R.

1978 *Artefactos de concha en las comunidades aborígenes cubanas*. Museo Antropológico Montané. Universidad de La Habana.

Dale, S.

2005 *Informe del material óseo humano de los enterramientos del sur de la Plaza Mayor*. Monografía en archivo, Proyecto arqueológico Panamá Viejo. Departamento de Arqueología, Patronato de Panamá Viejo.

De Arango, J.

2006 El sitio de Panamá Viejo. Un ejemplo de gestión patrimonial. *Canto Rodado* (1):1-15.

De la Calle, R.

1974 La mutilación dentaria de la población negroide de Cuba. *Revista dominicana de arqueología, antropología e historia*, Año IV, Volumen IV, No. 7 y 8: 88-105.

De la Puerta, R.

2008 La moda civil en España del siglo XVII: inmovilismo e influencias extranjeras. *Art Longa* (17): 67–80.

Deagan, K.

1987 *Artifacts of the spanish colonies of Florida and the Caribbean, 1500–1800. Volume 1: Ceramics, glassware and Beads*. Smithsonian Institution Press, Washington D. C.

1988 The archaeology of the spanish contact period in the Caribbean. *Journal of World Prehistory* 2(2): 187–233.

2002a *Artifacts of the spanish colonies of Florida and the Caribbean, 1500–1800. Volume 2: Portable personal possessions*. Smithsonian Institution Press, Washington D. C.

2013 The Historical Archaeology of Sixteenth–Century La Florida. *The Florida Historical Quarterly* 91(3): 349–374.

Deagan, K., y J. M. Cruxent.

2002a *Columbus's outpost among the Taínos. Spain and America at La Isabela, 1493 – 1498*. Yale University Press. New Haven & London.

2002b *Archaeology at La Isabela. America's first European town*. Yale University Press. New Haven and London.

Delgado, C.

2011 *Hacia un nuevo saber. La bioética en la revolución contemporánea del saber*. Publicaciones Acuario. Centro Félix Varela. La Habana.

DeMarrais, E.

2004 The Materialization of Culture. *Rethinking materiality the engagement of mind with the material world*. Editado por Elizabeth DeMarrais, Chris Gosden y Colin Renfrew. McDonald Institute for Archaeological Research University of Cambridge, pp. 11–22.

Díaz, C.

2000a *Informe del material óseo encontrado durante el proyecto de sondeo general subsuperficial de la Catedral*. Monografía en archivo, Proyecto arqueológico Panamá Viejo. Departamento de Arqueología, Patronato de Panamá Viejo.

2000b *Atrio de la Catedral. Informe del material óseo encontrado en la unidad de excavación de reconocimiento*. Monografía en archivo, Proyecto arqueológico Panamá Viejo. Departamento de Arqueología, Patronato de Panamá Viejo.

2001 Descripción bioantropológica de los restos óseos excavados en la nave y atrio de la Catedral. CD: *Arqueología de Panamá La Vieja. Avances de investigación, época colonial* (1): 77–88.

Domingo, L.

1957 Contribución al estudio de la ceca de Potosí. *Numisma* VII (24): 47–65.

Duday, H.

1997 Antropología biológica “de campo”, tafonomía y arqueología de la muerte. *El cuerpo humano y su tratamiento mortuario*. Coordinado por E. Malvido, G. Pereira y V. Tiesler. Instituto Nacional de Antropología e Historia y Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México, D. F, pp. 91–126.

Durán, F.

2005 *La Catedral de Panamá Viejo. Estudio crítico sobre su historia, estado actual y actualización patrimonial*. Tesis de Diplomado. Estudios Avanzados del Programa de Doctorado en Patrimonio. Universidad de Huelva.

Eco, H.

2000 *Tratado de semiótica general*. Editorial Lumen, Barcelona.

Eeckhout, P.

2004. Relatos míticos y prácticas rituales en Pachacamac. *Bulletin de l'Institut français d'études andines* 33 (1): 1–54.

Elders, L. J.

1990 La doctrina de Santo Tomás en la evangelización de América. *Evangelización y teología en América (siglo XVI): X Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*. Vol. 2, Editado por Josep–Ignasi Saranyana, Primitivo Tineo, Antón M. Pazos, Miguel Lluch–Baixaulli y María Pilar Ferrer. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, pp. 1185–1192.

Eliade, M.

1979 *Imagens e símbolos*. Editora Arcadia. Lisboa.

1999 *Historia de las creencias y las ideas religiosas. De Gautama Buda al triunfo del cristianismo*. Ediciones Paidós. Barcelona.

Espelt-Bombín, S.

2014 Notarios de color en la Panamá colonial: Limpieza de Sangre, Legislación y Prácticas Imperiales en la Administración del Imperio Español. *Las Américas* 71 (1): 37-69.

Espina, M.

2008 Una concepción compleja del cambio, el tiempo y la historia. *Complexus. Revista sobre complejidad, ciencia y estética* 4(2): 6-21.

Fahlander, F.

2003 *The materiality of serial practice. A microarchaeology od burial*. Department of Archaeology Goteborg University.

Fahlander, F., y T. Oestigaard (Editores).

2008 *The materiality of death: bodies, burials, beliefs*. Publishers of British Archaeological Reports Series 1768, Oxford, pp. 1-16.

Feinzig, K.

2017. *Tracing Sixteenth Century Beads in South America to Understand Their Impact on Indigenous Ritual Practices and Material Culture at the Time of the Spanish Conquest*. Tesis de maestría, Harvard Extension School.

Felix, E, F.

1993 *Estudio biológico de la Almeja Catarina, Argopecten circularis (Sowerby, 1835) en bahía Magdalena. B.C.S. México*. Tesis de Maestría. Instituto Politécnico Nacional. Centro Interdisciplinario de Ciencias Marinas. La Paz.

Fernández, A.

2005 *Cultura y costumbres en Puerto Príncipe, siglos XVI y XVII*. Editorial Ácana, Camagüey.

Fernández de Oviedo, G.

1853 *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar Océano*. Tomo segundo de la segunda parte. Tercero de la obra. Imprenta de la Real Academia de la Historia. Madrid.



Fernández, D.

1984 *Guía de estudio. El traje*. Editorial Pueblo y Educación. La Habana.

Figueras, E.

2010 *Fray Tomás de Berlanga. Una vida dedicada a la Fe y la ciencia*. Ochoa Impresores. Soria, <http://soria-goig.com>. Accesado en febrero de 2019.

Flügel, J.

2015 *Psicología del vestido*. Editorial Melusina, Madrid.

Francis, P.

1986 *Beads and the discovery of the New World. Occasional Papers of the Center for Bead Research*, No. 3, New York.

Francisco, J, M.

2005 La evolución de la tipología monetaria en Castilla y América en el siglo XVI. *IV Jornadas de Documentación en España e Indias durante el siglo XVI*. Madrid, pp. 87–140.

Frey, A.

2013 Estudio comparativo de los ámbitos funerarios en templos de España e Iberoamérica durante la etapa colonial. *Fronteras de la historia* 18(2): 167– 212.

Funari, P., Hall., M y S. Jones.

1999 Introduction: archaeology in history. *Historical Archaeology, Back from the edge*, Editado por P. P. Funari, M.Hall y S. Jones. Routledge, London, pp. 1–20

Giblin, J.

2005 *Edad, sexo y patologías de los enterramientos coloniales del sur de la Plaza Mayor. Informe de Investigación*. Monografía en archivo, Proyecto arqueológico Panamá Viejo. Departamento de Arqueología, Patronato de Panamá Viejo.

Giddens, A.

1993 *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva a las sociologías interpretativas*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

2000 *Sociología*. Alianza Editorial S. A. Madrid.

2006 *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu Editores. Buenos Aires.

Giner, S., Lamo de Espinosa, E., y C. Torres.

2001 *Diccionario de sociología*. Ciencias Sociales. Alianza Editorial. Madrid.  
Goggin, J.

1968 *Majolica in the New World: Types of the Sixteenth to Eighteenth Centuries*. Yale Publications in Anthropology 72. New Haven.

Goldstein, L.

1981 One-Dimensional Archaeology and Multidimensional People: Spatial Organization and Mortuary Analysis. *The Archaeology of Death*. Editado por Kinnes Chapman y Randsborg. Cambridge University Press, pp. 53-69.

Gómez, C.

2005 *Torre de la Catedral. Informe síntesis de excavación*. Monografía en archivo, Proyecto arqueológico Panamá Viejo. Departamento de Arqueología, Patronato de Panamá Viejo.

Gómez, R.

2008 *Diccionario de símbolos*. Pluma y Papel de Goldfingers, S. A., Buenos Aires.

Goodenough, W.

1965 Rethinking 'status' and 'role': toward a general model of the cultural organization of social relationships. *The relevance of models for social anthropology*. Editado por Michael Banton. Monographs 1. Travistock, pp. 1-24.

Goodman, A., y J, Rose.

1990 Assessment of systemic physiological perturbations from dental enamel hypoplasia and associated histological structures. *Yearbook of Physical Anthropology* (33): 59-110.

Gosden, Ch.

2004 *Archaeology and colonialism. Cultural contact from 5000 BC to be present*. Cambridge University Press, England.

Guinea, M.

2006 Un sistema de producción artesanal de cuentas de concha en un contexto doméstico manteño: Japoto (provincia de Manabí, Ecuador), *Bulletin de l'Institut français d'études andines* 35 (3): 299-312.

Gussinyer, J.

1996 Sincretismo, religión y arquitectura en Mesoamérica (1521–1571). *Boletín americanista* (46): 187–241.

Gutiérrez, S.

1971 Planes Portobelo y Panamá la Vieja. *Revista de Historia de América* (71): 147–151.

Harris, E. C.

1991 *Principios de estratigrafía arqueológica*. Editorial Crítica, Barcelona.

Haydée, A., y V, Pineau.

2013 Tipología, manufactura y procedencia de las cuentas vítreas de Santiago del Baradero. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, No. 1(3): 105–120.

Heredia, M.

1996 Origen y difusión de la iconografía del águila bicéfala en la platería religiosa española e hispanoamericana. *Archivo Español de Arte* LXIX, 274, pp. 183–194.

Hernández, G., y G. Izquierdo.

2014 El caracol en las culturas aborígenes. *Los indoamericanos en Cuba. Estudios abiertos al presente*. Coordinado por F. Pérez. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, pp. 126–135.

Hernández, I.

2010 Built patrimony and historical archaeology. Problematic relations in working with the past. *Beyond the blockade. New currents in Cuban archaeology*. Editado por S. Kepecs, A. Curet y G. La Rosa. The University of Alabama Press, Tuscaloosa, pp. 113–161.

2011. La arqueología del período colonial en Cuba: apuntes teóricos de sus primeros cincuenta años (I). *El Caribe arqueológico* (12): 3–14.

Hernández, I. y M. Torres.

2004 Breve arqueología de las principales corrientes de interpretación mitológica. *Gabinete de Arqueología* 3(3): 92–100.

Hernández, I., Martín, J. y B. Aram.

2019 Remembering the first Cathedral on America's Pacific coast. *Historical Archaeology* (Aprobado para publicación).

Herrera, A.

1601 *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano. En cuatro Décadas, desde el año 1492 hasta el de 1531*. Imprenta Real, Madrid.

Herrero, M.

2014 *Estudio sobre indumentaria española en la época de los Austrias*. Centro de Estudios Europa Hispánica. Madrid.

Hillier, B., y J. Hanson

2005 *The social logic of space*. Cambridge University Press. New York.

Hodder, I.

1988 *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Editorial Crítica. Barcelona.

Huamanchumo, O.

2010 Textos y ritos del Bautismo indiano en documentos notariales del siglo XVI. *Revista Andina del Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas del Cuzco* 50 (I): 175-197.

Hume, N. I.

1970 *A guide to artifacts of colonial America*. Published by Alfred Knopf. New York.

Ingolt, T.

2013 Los Materiales contra la materialidad. *Papeles de Trabajo* 7(11): 19-39.

Irigaray, S.

2001 La colección de la Casa Santesteban de Puente de Reina en el Museo Etnológico de Navarra "Julio Caro Baroja". *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, Año 33 (76): 53-64.

Izquierdo, G., y G. Hernández.

2017 El caracol como expresión del sonido, la fertilidad y su relación con el agua. *Tercio Creciente* 11: 31-44.

Jaén, O.

1998 *La población del istmo de Panamá. Estudio de geohistoria*. Ediciones de Cultura Hispánica. Madrid.

Jáuregui, C.

2005 *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. Fondo Editorial Casa de las Américas. La Habana.

Jiménez, J. M.

2011 Las acuñaciones de la Casa de la Moneda de Lima en el siglo XVI. *Numismática* 53: 28–34.

Jopling, C, F.

1994 *Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII. Selecciones de los documentos del Archivo General de Indias*. Serie monográfica 7. Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica Antigua, Guatemala. Plumsock Mesoamerican Studies South Woodstock, Vermont.

Karatzani, A.

2016 Metal threads, the historical development. *Traditional textile craft—an intangible cultural heritage?* Editado por Camila Ebert, Mary Harlow, Eva Andersson Strand and Lena Bjerregaard. Centre for Textile Research. University of Copenhagen, pp. 177–187.

Kidd, K, E., y M. A, Kidd.

2012 A Classification System for Glass Beads for the Use of Field Archaeologists. *BEADS: Journal of the Society of Bead Researchers* 24, pp. 39–61.

Knappett, C.

2014 Materiality in archaeological theory. *Encyclopedia of global archaeology*. Editado por Claire Smith, Springer, New York, pp. 4700–4708.

Knusel, C., y J. Robb.

2016 Funerary taphonomy: An overview of goals and methods. *Journal of Archaeological Science. Reports* 10: 655–673. <http://dx.doi.org/10.1016/j.jasrep.2016.05.031>. Accesado en febrero de 2018.

Kosiba, E.

2019 New Digs: Networks, Assemblages, and the Dissolution of Binary Categories in Anthropological Archaeology. *American Anthropologist* 121(2): 447–463.

Labarga, F.

2004 Los dolores de la Virgen. *Scripta de María*. Instituto Mariológico de Torreciudad. Serie II (1): 365–377.

Lambert, J., Graham, E., Smith, M., y J. S. Frye.

1995 Amber and jet from Tipu, Belize. *Ancient Mesoamerica* 5: 55–60.

Lammers, Y.

2008 *Tracing Traces from Present to Past, a functional analysis of pre-Columbian shell and stone artefacts from Anse à la Gourde and Morel, Guadeloupe*, FWI. Leiden University Press.

Lamo de Espinosa, E.

1993 La interacción reflexiva. *Problemas de teoría social contemporánea*. Compilado por E. Lamo de Espinosa y J. E. Rodríguez. Editorial Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid, pp. 387–434.

La Rosa, C., y R. Arrazcaeta.

2004 Evidencias numismáticas en sitios arqueológicos de la Habana Vieja. *Gabinete de Arqueología* 3(3): 19–30.

La Rosa, C.

2011 *Tatuados. Deformaciones étnicas de los cimarrones de Cuba*. La Fuente Viva. Fundación Fernando Ortiz. La Habana.

Le Breton, D.

2002 *Antropología del cuerpo y modernidad*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

León Azcarate, J.

2015 La biblia y la evangelización del Nuevo Mundo durante el siglo xvi. *Veritas* (32): 195–227.

Letieri, F., Cocco, G., Frittegotto, G., Campagnolo, L., Pasquali, C., y C. Giobergia.

2009 *Catálogo Santa Fe la Vieja. Bienes arqueológicos del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales de la Provincia de Santa Fe*. Gobierno de Santa Fe, Consejo Federal de Investigaciones.

Lewis, S.

1918 The Cathedral of Old Panama. *Hispanic American Historical Review* (1): 447–453.

Lopes de Carvalho, F.

2016 Estrategias de conversión y modos indígenas de apropiación del cristianismo en las misiones jesuíticas de Maynas, 1638–1767. *Anuario de Estudios Americanos* 73 (1): 99–132.

López-Baralt, M.

1976 *El mito taíno: raíz y proyecciones en la Amazonia continental*. Ediciones Huracán. Colección Semilla. Río Piedras. Puerto Rico.

López, C., Wade, p., Restrepo, E., y R. Ventura.

2017 Genómica, mestizaje y nación en América Latina. *Genómica mestiza. Raza, nación y ciencia en Latinoamérica*. Editado por Carlos López Beltrán, Peter Wade, Eduardo Restrepo, Ricardo Ventura Santos. Fondo de Cultura Económica. México, D.F, pp.

Lotman, I.

1994 Cerebro–texto–cultura–inteligencia artificial. Criterios. *Revista de Teoría de la Literatura y las Artes, Estética y Culturología* 31: 207–221. Casa de las Américas. La Habana.

1998 *La semiosfera II. Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*. Ediciones Cátedra, S.A. Universidad de Valencia.

Lucena, M.

2008 La fundación de América a través de su historia urbana. *Urbanismo y vida urbana en Iberoamérica colonial*. Alcaldía Mayor de Bogotá. D. C.

Luengo, E.

2016 El pensamiento complejo. Método–estrategia y principios. *La emergencia de los enfoques de la complejidad en América Latina. Desafíos, contribuciones y compromisos para abordar los problemas complejos del siglo XXI*. Coordinado por Leonardo G. Rodríguez. Castelar: Comunidad Editora Latinoamericana.

Luna, S.

2017 Espacios de convivencia y conflicto. Las cofradías de la población de origen africano en ciudad de México, siglo XVII. *Trashumante. Revista Americana de Historia Social* (10): 32–52.

Mannoni, T. y E., Giannichedda.

2007 *Arqueología. Materias, objetos y producciones*. Editorial Ariel, S. A. Barcelona.

Mañana, P., Blanco, R., y X. Ayán Vila.

2002. *Arqueotectura 1: bases teórico-metodológica para una arqueología de la arquitectura. Tapa 25. Trabajos de arqueología e patrimonio*. Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe. Santiago de Compostela.

Mariño, J, R.

1997 El lenguaje simbólico. EL bestiario como ejemplo. *La función simbólica de los ritos. Rituales y simbolismo en el Mediterráneo*. Coordinado por Francisco Checa y Pedro Molina. Instituto catalán de Antropología, Icaria Editorial. Barcelona, pp. 293-314.

Marquínez, G.

1995 La filosofía colonial de los siglos XVI, XVII y XVIII en el nuevo Reino de Granada. *Universitas Philosophica* 23-24: 11-40.

Martín, J. G.

2000a *Informe síntesis de excavación. Coordenadas retícula macro 450/500N - 1150/1200E, Catedral*. Monografía en archivo, Proyecto arqueológico Panamá Viejo. Departamento de Arqueología, Patronato de Panamá Viejo.

2000b *Informe síntesis de excavación. Coordenadas retícula macro 500N/1150E, Atrio de la Catedral*. Monografía en archivo, Proyecto arqueológico Panamá Viejo. Departamento de Arqueología, Patronato de Panamá Viejo.

2001 Pisos coloniales en Panamá La Vieja: una manera de afianzar el status. Arqueología. CD: *Arqueología de Panamá La Vieja. Avances de investigación, época colonial* (1): 225-238.

2001-2002 Estructuras arquitectónicas, bienes muebles y adornos personales: alternativas de ostentación en la antigua ciudad de Panamá. *Revista de antropología y arqueología* (13): 61-72.

2002 Funerales en Panamá La Vieja: ¿existen patrones en la América colonial? CD *Arqueología de Panamá La Vieja. Avances de investigación, época colonial* (2): 93-102.

2003 Panamá La Vieja: la recuperación de su traza urbana. *Revista de Arqueología Americana* (22): 165-183.



2003–2004 *Informe síntesis de excavación. Coordenadas retícula macro: 400N – 1150E. Costado sur de la Plaza Mayor.* Monografía en archivo, Proyecto arqueológico Panamá Viejo. Departamento de Arqueología, Patronato de Panamá Viejo.

2009 *Arqueología de Panamá La Vieja: del asentamiento prehispánico a la ciudad colonial.* Tesis doctoral. Universidad de Huelva.

Martín, J., y C. Díaz.

2001 Enterramientos coloniales en la Catedral de Panamá La Vieja: un ejercicio de reafirmación de las creencias religiosas. CD *Arqueología de Panamá La Vieja. Avances de investigación, época colonial* (1): 62–76.

Martín, J., y P. Figueroa.

2001 Pasamanería colonial. El arte de trenzar y anudar hilos. CD: *Arqueología de Panamá La Vieja. Avances de investigación, época colonial* (1): 215–224.

Martín, J., y B. Rovira.

2004 *Informe de actividades 2004.* Monografía en archivo, Proyecto arqueológico Panamá Viejo. Departamento de Arqueología, Patronato de Panamá Viejo.

Martín, J., y F. Rodríguez

2006 Los moluscos marinos de Panamá Viejo. Selectividad de recursos desde una perspectiva de larga duración. *Canto Rodado* (1): 85–100.

Martín, J., Rivera, J., y C. Rojas.

2008 *Informe final. Proyecto de investigación arqueología funeraria de Panamá Viejo.* Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (Senacyt). Monografía en archivo, Patronato de Panamá Viejo.

Martín, J., Rivera J., y C. Rojas.

2009 Bioarqueología. Su aporte al proyecto arqueológico Panamá Viejo. *Canto Rodado* (4): 117–144.

Martín, J., y B. Rovira.

2012 The Panamá Viejo Archaeological Project: more than a Decade of Research and Management of Heritage Resources. *Historical Archaeology* 46(3):16–26.

Martín, J., y J. De Arango.

2013 Panamá Viejo: una experiencia exitosa de gestión patrimonial. *Revista de Estudios Sociales* (45): 158–169.

Martínez, A.

1987 *Antropología física, el hombre y su medio*. Editorial Científico Técnica. La Habana.

2003 *El status del concepto de raza en la Antropología biológica contemporánea*. Ponencia presentada al VIII Simposio de Antropología Física Luis Montané. Universidad de La Habana. <https://www.cubaarqueologica.org>. Accesado en abril de 2018.

Martínez, J., Arredondo, A., Rodríguez, R., y S. Díaz.

2011 La tafonomía en la interpretación de depósitos humanos en contextos arqueológicos. *Catauro. Revista cubana de antropología* 12(23):39–53.

Martínez, L. M.

2008 *Africanos en América*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.

Masferrer, C.

2001 Por las ánimas de negros bozales. Las cofradías de personas de origen africano en la ciudad de México (siglo xvii). *Cuicuilco* 18(51): 83–103.

Mayo, J.

2004 *La industria prehispánica de conchas marinas en Gran Coclé, Panamá*. Tesis de doctorado. Universidad Complutense de Madrid.

Mejía, L., Molina, M., Sanjuan, A., Grijalba, M., y L. Niño.

2014 *Bosque de manglar, un ecosistema que debemos cuidar*. Universidad Jorge Tadeo Lozano, Instituto Colombiano de Desarrollo Rural. Cartagena D. T.

Mena, C.

1984. *La Sociedad de Panamá en el siglo xvi*. V centenario del descubrimiento de América, sección: historia, no. 3. Editorial Excma. Diputación Provincial de Sevilla.

1992 *La ciudad en un cruce de caminos. Panamá y sus orígenes urbanos*. Escuela de Estudios Hispano-americanos. Sevilla.

1996a Religiosidad y muerte: el testamento del conquistador segoviano Pedrarias Dávila. *Temas de historia panameña*. Editorial Universitaria. Panamá, pp. 3–45.

1996b Una fuente para la historia de la encomienda en Panamá: la copia de relación del repartimiento viejo. *Temas de historia panameña*. Editorial Universitaria. Panamá, pp. 49–63.

1996c Autonomía legislativa en indias: las Leyes de Burgos y su aplicación en Castilla del Oro por Pedrarias Dávila. *Temas de historia panameña*. Editorial Universitaria. Panamá, pp. 99–187.

1996d El Dr. Francisco Pérez Robles y las Casas Reales de Panamá. *Temas de historia panameña*. Editorial Universitaria. Panamá, pp. 225–236.

1997 Panamá en el siglo XVIII: trazado urbano, materiales y técnicas constructivas. *Revista de Indias* LVII (20): 269–398.

2000 Religión, etnia y sociedad: Cofradías de negros en el Panamá colonial. *Anuario de Estudios Americanos*, Vol. 57 (1): 137–169.

2011 *El oro del Darién. Entradas y cabalgadas en la conquista de Tierra Firme (1509–1526)*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas–Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces. Madrid.

Mendizabal, T.

2003 Un siglo de arqueología en Panamá. *Lotería* (450–451): 34–48.

2004 *Panamá Viejo: An Analysis of the Construction of Archaeological Time in Eastern Panamá*. Tesis de doctorado. Institute of Archaeology, University College London, University of London.

Mendoza, J.

2013 Las monedas medievales en el Nuevo Mundo. *OMNI. Revue Internationale de Numismatique* 6: 196–204.

Midlo, G.

1989 El diablo en el Caribe: los dos primeros siglos de colonización. *Del Caribe*. 5(14): 58–70.

Mitchem, J.

2018 *On Nueva Cadiz beads. A paper presented at the 75<sup>th</sup> Annual Meeting of the Southeastern Archaeological Conference*, Augusta, Georgia.

Mitchem, J., y J. Leader.

1988 Early sixteenth century beads from the Tathan Mound, Citrus county, Florida: data and interpretations. *The Florida Anthropologist* 41(1): 42–60.

Molinet, M.

1996 *La piel prohibida*. Editorial Letras Cubanas, La Habana.

Montón Subías, S.

2015 Colonialismo, monarquía hispánica y cultura material. Algunas contribuciones desde la arqueología. *Índice Histórico Español* (128): 137–174.

Moreno, F.

2014 Arqueología de la Arquitectura. Una visión conciliadora desde la Historia del Arte. *Arqueología de la Arquitectura* 11: 1–19.

Morin, E.

2001 *El método. La naturaleza de la naturaleza*. Ediciones Cátedra. Madrid.

2005 *Introducción al pensamiento complejo*. Editorial Gedisa. Barcelona.

Morin, A.

2008 *Apuntes de historia de la iglesia de Panamá. Periodo colonial. Antología documental*. Tomo Ia. Editorial Mariano Arosemena: INAC, Panamá.

*Munsell soil-color charts*. With genuine Munsell color chips. 2009 year revised, 2012 production.

Murphy, M., y M. Boza.

2016 Convirtiendo a los vivos, disputando a los muertos: evangelización, identidad y los ancestros. *Boletín de Arqueología PUCP*(21): 57–68.

Nawrocki, S.

1991. Human taphonomy and historic cemeteries: factor influencing the loss and subsequent recovery of human remains. *Burial archaeology and human taphonomy in the Northeast. 31<sup>st</sup> Meeting of the Northeast Anthropological Association*, Waterloo, Ontario.

1995 Taphonomic processes in historic cemeteries. *Bodies of evidence. Reconstructing history through skeletal analysis*. Editado por A. Grauer. Wiley-Liss, New York, pp. 49–66.

Nuere, E.

1989 *La carpintería de armar española*. Colección de Patrimonio Artístico. Instituto de Conservación y restauración de Bienes Culturales. Madrid.

O´Shea, J.

1984 *Mortuary variability. An archaeological investigation*. Academic Press, Inc. Orlando.

Ortiz, F.

1919 *Las fases de la evolución religiosa. Conferencia pronunciada en el Teatro Payret el 7 de abril de 1914*. Tipografía Moderna, La Habana.

1929 Los afrocubanos dientimellados. *Archivos del Kolklore Cubano*. Volumen cuarto. Cultural, S. A. La Habana, pp. 16–33.

1963 *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar. Advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía y su transculturación*. Consejo Nacional de Cultura. La Habana.

1991 Brujos o santeros. *Estudios etnosociológicos*. Compilado y anotado por I. Barreal. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, pp. 97–101.

2000 *La santería y la brujería de los blancos. Defensa póstuma de un inquisidor cubano*. Compilado por J. A. Matos. Fundación Fernando Ortiz. La Habana.

2003 *Brujas e inquisidores. Defensa póstuma de un inquisidor cubano*. Compilado por J. A. Matos. Fundación Fernando Ortiz. La Habana.

2015 *Epifanía de la mulatez: historia y poesía*. Compilado por J. A. Matos. Fundación Fernando Ortiz. La Habana.

Oran (pseudónimo).

1859 Tropical journeyings, Panama. *Harper's New Monthly Magazine*. XIX (CXII) Nueva York.

Páez, J.

2006 *Cronistas coloniales*. Biblioteca Virtual Universal. Editorial El Cardo. <http://www.biblioteca.org.ar/>. Accesado en noviembre de 2017.

Paniagua, J.

1978 Vocabulario básico de arquitectura. *Cuadernos Arte Cátedra*. Vol. 4. Editorial Cátedra. Madrid.

Parenti, R.

1996 Una visión general de la arqueología de la arquitectura. *Actas. Arqueología de la Arquitectura. El método arqueológico aplicado al proceso de estudio e intervención en edificios históricos*. Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura. Burgos, pp. 13–21.

Parker, M., y C. Richards.

1994a Architecture and order: special representation and archaeology. *Architecture and order. Approaches to social space*. Editado por Michael Parker y Colin Richards. Routledge, pp. 34–66.

1994b Ordering the world: perceptions of architecture, space and time. *Architecture and order. Approaches to social space*. Editado por Michael Parker y Colin Richards. Routledge, London, pp. 1–33.

Pastor, B.

1983 *Discurso narrativo de la conquista de América*. Ediciones Casa de las Américas. La Habana.

Pauketat, T., y S. Alt.

2005 Agency in a Postmold? Physicality and the Archaeology of Culture–Making. *Journal of archaeological method and theory* 12 (3): 213–236.

Pavón, J.

2017 La preparación a la "buena muerte": ¿realidad o ideal medieval? *L'assistència a l'etad Mitjana*, pp. 183–200.

Pereira, G.

2002. Análisis de un entierro encontrado en la iglesia del Convento de las monjas de la Concepción de Panamá La Vieja. CD: *Arqueología de Panamá La Vieja. Avances de investigación, época colonial* 2:103–111.

2007 Problemas relativos al estudio tafonómico de los entierros múltiples. *Tafonomía, medio ambiente y cultura. Aportaciones a la antropología de la muerte*. Editado por Serrano, C y A, Terrazas. Universidad Nacional Autónoma de México.

2017 Bioarqueología de las prácticas funerarias. *Arqueología Mexicana* 24(143): 50–55.

Pérez Tosatado, I.

2014 Global trade, environmental constraints, and local conflicts. The case of early modern Hispaniola. Editado por Aram, B. y Y. Yun-Casalilla. *Global goods and the Spanish Empire, 1492–1824. Circulation, resistance and diversity*. Palgrave Macmillan, pp. 230–254.

Pluckhahn, J.

1996 Beads, pendants and buttons from early historic creek contexts at the Tarver sites Georgia. *Beads: Journal of the Society of Bead Researchers* 8, pp. 45–65.

Portuondo, O.

2014 *Caribe, raza e identidad. Ensayos críticos de nuestra historia*. Ediciones Unión. La Habana.

Pou, S.

2011 *Arqueología de la muerte. Estado de la cuestión*. Tesis de maestría. Universidad Complutense de Madrid.

Prat, F.

1980 *Significado de un conjunto cerámico hispano del siglo XVI de Santiago de Cuba*. Editorial Oriente, Santiago de Cuba.

Pupo, R.

1990 *La actividad como categoría filosófica*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.

Puckle, B.

1926 *Funeral customs their origin and development*. T. Werner Laurie LTD. London.

Reclus, A.

1881 *Exploraciones a los istmos de Panamá y de Darién en 1876, 1877 y 1878*. Imprenta de Enrique Rubiños, Madrid.

Redfield, R.

1993 Cómo funciona la sociedad. *Hombre, cultura y sociedad*. Editado por Harry L. Shapiro. Fondo de Cultura Económica. México, D. F.

Renfrew, C.

2008 Implicación material y materialización. *Arqueología. Conceptos claves*. Editado por Colin Renfrew y Paul Bahn, Akal, Madrid, pp. 238–242.

Requejo Salcedo, J.

1908 Relación histórica y geográfica de la provincia de Panamá, año 1640. Serrano y Sanz, Manuel. *Relaciones históricas y geográficas de América Central. Colección de libros y documentos referentes a la historia de América*. Tomo VIII. Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, pp. 3–84.

Rivera, J.

2006 Sepulturas abiertas en la Nueva Granada. Reflexiones sobre una arqueología histórica de la muerte. *Arqueología histórica en América Latina. Temas y discusiones recientes*. Pero A. Funari y Fernando R. Brittez, comp. Ediciones Suárez, Mar del Plata, Argentina, pp. 139–162.

2012 *Dolencias, remedios y sepulturas. Hacia una arqueología del “cuerpo” en el antiguo hospital de San Juan de Dios de la ciudad de Panamá Viejo*. Tesis Doctoral. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

2018 *Análisis bioantropológico de la serie osteológica excavada en la Catedral de Panamá Viejo, temporada 2017*. Proyecto ERC CoG 648535, An Artery of Empire. Conquest, Commerce, Crisis, Culture and the Panamanian Junction (1513–1671). Ciudad de Panamá.

2019 *Análisis bioantropológico de la serie osteológica excavada al sur de la plaza de Panamá Viejo, temporada 2018*. Proyecto ERC CoG 648535, An Artery of Empire. Conquest, Commerce, Crisis, Culture and the Panamanian Junction (1513–1671). Ciudad de Panamá.

Robb, J.

2008 Agencia. *Arqueología. Conceptos claves*. Editado por Colin Renfrew y Paul Bahn, Akal, Madrid, pp. 15–20.

2010 Beyond agency. *World Archaeology* 42(4): 493–520.



Rodríguez, B., y I, Hernández.

2008 Interpretación y explicación en arqueología. *Gabinete de Arqueología* 7(7): 120–125.

Rodríguez, B.

2007 La estratigrafía arqueológica en el desarrollo metodológico del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. *Gabinete de Arqueología* 6(6): 88–106.

Rodríguez, J. V.

1994 *Introducción a la antropología forense. Análisis e identificación de restos óseos humanos*. Departamento de Antropología. Universidad Nacional de Colombia. Santafé de Bogotá.

Rodríguez, L.

2016 Complejidad de los paradigmas y problemas complejos. Un modelo epistemológico para la investigación empírica de los sistemas de pensamiento. *La emergencia de los enfoques de la complejidad en América Latina. Desafíos, contribuciones y compromisos para abordar los problemas complejos del siglo XXI. Tomo 1*. Coordinador general Leonardo Rodríguez. Comunidad Editora Latinoamericana. Buenos Aires.

2004 *Antropología forense en la identificación humana*. Universidad Nacional de Colombia. Santafé de Bogotá.

Rodríguez, M., Á.

2001 *Usos y costumbres funerarias en la Nueva España*. Colima: El Colegio de Michoacán. El Colegio Mexiquense.

Rodríguez, M.

2016 El bautismo de Cristo. *Revista Digital de Iconografía Medieval*, vol. VIII, (15): 5–25.

Rodríguez, J., y E. Ferrer.

2018 Teoría e Interpretación en la Arqueología de la Muerte”, *Spal* 27(2): 89–123.

Rojas, C., Rivera, J., y J. Martín.

2011 Paleoepidemiology of pre-Columbian and colonial Panamá Viejo: a preliminary study. *Bulletins et Mémoires de la Société d'anthropologie de Paris* 23 (1–2): 70–82.

Roskams, S.

2001 *Excavation*. Cambridge University Press, London.

Rothschild, N.

2015 Women in Spanish Colonial Contexts. *Archaeology of Culture Contact and Colonialism in Spanish and Portuguese America*. Editado por Pedro P. Funari y María X. Senatore. Springer International Publishing Switzerland, pp. 183–198.

Rovira, B.

1983 *Cerámica histórica en el Istmo de Panamá*. Instituto Nacional de Cultura. Dirección nacional de Patrimonio Histórico, Ciudad de Panamá.

1985 *La arqueología histórica en Panamá*. Dirección Nacional de Patrimonio Histórico. Instituto Nacional de Cultura. Ciudad de Panamá.

2001a Presencia de mayólicas panameñas en el mundo colonial: algunas consideraciones acerca de su distribución y cronología. *Latin American Antiquity* 12(3): 291–303.

2001b Actualizando el pasado. El proyecto arqueológico Panamá Viejo. CD: *Arqueología de Panamá La Vieja. Avances de investigación, época colonial* (1): 1–11.

2008 Narrativas de Panamá la Vieja. *Continuidad y cambio cultural en Arqueología Histórica. Actas del Tercer Congreso de Arqueología Histórica*. Compilado por M. T. Carrara. Escuela de Antropología. Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario, pp. 19–27.

Rovira, B., y J. Martín.

2008 Arqueología histórica de Panamá. La experiencia de las ruinas de Panamá Viejo. *Vestigios* 2(1): 9–33.

Sálesman, P. E.

2007a *Vidas de santos 2. Abril–Mayo–Julio*. Editorial San Pablo. Ecuador,

2007b *Vidas de santos 3. Julio–Agosto–Septiembre*. Editorial San Pablo. Ecuador.

2007c *Vidas de santos 4. Octubre–Noviembre–Diciembre*. Editorial San Pablo. Ecuador.

Sancha, A.

1794 *Encyclopedia metódica. Fábricas, artes y oficios*. Tomo segundo. Traducido del francés al castellano por Don Antonio Carbonel. Imprenta de Sancha, Madrid.

Sánchez, G.

2011 Las medallas religiosas. Una forma de promoción de las devociones. *Plata forjando México*. Secretaría de Educación del Estado de México–Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 186–321.

Sánchez, R. y O, Baños.

2013 Simbolismo en el templo parroquial de Santiago apóstol en el templo parroquial en Halachó, Yucatán. *Península* 7 (1): 47–74.

Saxe, A.

1970 *Social dimensions of mortuary practices*. A dissertation submitted in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy (Anthropology). University of Michigan.

Schuster, J.

1993 La teoría de la estructuración. *La Palabra y el Hombre* (87): 97–107. Editor Universidad Veracruzana.

Secretarías del Consejo.

1977 La ciudad de Panamá 1610. Descripción corográfica de algunos lugares de las Indias, sacados de informes que están en las secretarías del consejo. Torres, R; De Arosemena, M. y J, Conte. *Antología de la ciudad de Panamá*. Tomo 1. Ediciones INAC, Panamá, pp. 41–63.

Seguel, A.

2002 El cambio como dispositivo de complejidad. *Papeles del Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva* (4): 1–13. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad del País Vasco.

Senatore, M.

2004 Discursos ilustrados y sociedad moderna en las colonias españolas de Patagonia. *Arqueología histórica en América del Sur. Los desafíos en el siglo XXI*. Compilado por P. Funari y A. Zarankin. Ediciones Uniandes. Bogotá, pp. 29–54.

Silva, Y.

2015 Cristianización y manejo discursivo del miedo en los instrumentos de conversión de indígenas en la temprana colonia. *Revista Via Iuris* (19): 91–104.

Spier, L.

1993 Las invenciones y la sociedad humana. *Hombre, cultura y sociedad*. Editado por Harry L. Shapiro. Fondo de Cultura Económica. México, pp. 323–347.

Skvortsov, L.

1977 *El tiempo y la necesidad en la historia*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.

Smith, M. T., Graham, E., y D. M. Pendergast.

1994 European Beads from Spanish-Colonial Lamanai and Tipu, Belize. *Beads: Journal of the Society of Bead Researchers* 6: 21–47.

Soares, R.

2015 Brazil Baroque, Baroque Mestizo: Heritage, Archeology, Modernism and the Estado Novo in the Brazilian Context. *Archaeology of culture contact and colonialism in Spanish and Portuguese America*. Editado por Pedro Funari y María Senatore. Springer International Publishing. Suiza, pp. 339–350.

Sokolov, E.

1986 Las funciones básicas de la cultura (I). *Criterios. Revista de teoría de la literatura y las artes, estética y culturología* (13–20): 264–301. Casa de Las Américas. La Habana.

Sosa, J.

1919 *Panamá la vieja (1519–1919). Con motivo del cuarto centenario de su fundación*. Imprenta Nacional. Ciudad de Panamá.

Sosa, T.

1981 Breve reseña de la evolución demográfica de la ciudad de Panamá. *Anuario de Estudios Centroamericanos* (7): 111–129.

Sotolongo, P.

2005 Complejidad, sociedad y vida cotidiana. *Complexus. Revista de complejidad, ciencia y estética* 1(3): 22–31.

2006 *Teoría social y vida cotidiana. La sociedad como sistema dinámico complejo*. Centro Felix Varela. La Habana.

Sotolongo, P., y C. Delgado.

2006 La intersubjetividad social, las estructuras sociales objetivadas y las subjetividades sociales individuales. *La revolución contemporánea del saber y la complejidad social: hacia unas ciencias sociales de nuevo tipo*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – CLACSO. Buenos Aires, pp. 131–164.

Sprague, R.

2005 *Burial terminology. A guide for researchers*. AltaMira Press. Oxford.

Stutz, L.

2008 More than metaphor: approaching the human cadaver in archaeology. *The materiality of death: bodies, burials, beliefs*. Editado por F. Fahlander y T. Oestigaard. Publishers of British Archaeological Reports Series 1768, Oxford, England, pp. 19–28.

Tejeira, E.

1996 Pedrarias Dávila y sus fundaciones en tierra firme 1513–1522. Nuevos datos sobre los inicios del urbanismo hispánico en América. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* (69): 41–77.

2003 *El sitio Panamá Viejo y su entorno. Linderos, normas, rellenos playeros y problemas viales*. Patronato Panamá Viejo.

2007a Quinientos años de arquitectura en Panamá. *Panamá: guía de arquitectura y paisaje*. Edición Bilingüe. Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas e Instituto panameño de Turismo. Sevilla, pp. 85–93.

2007b Sitio arqueológico de Panamá Viejo. *Panamá: guía de arquitectura y paisaje*. Edición Bilingüe. Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas e Instituto panameño de Turismo. Sevilla, pp. 188–195.

Thomas, J.

2005 Materiality and the social. *Global archaeological theory. Contextual Voices and Contemporary Thoughts*. Editado por Pedro P. Funari, Andrés Zarankin y Emily Stovel, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York, pp. 11–18.

Thornton, J.

2003 Witches, and slave traders in the Atlantic World. *The William and Mary Quarterly*, Third Series 60 (2): 273–294.

Tiesler, V.

1993. Algunos conceptos y correlaciones para la consideración del individuo en arqueología. *Boletín de Antropología Americana* 28: 5-16.

1997a *La arqueología biosocial. Bases conceptuales para la evaluación de restos humanos en arqueología*. Tesis de Licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia. México, D. F.

1997b El esqueleto muerto vivo. Algunas consideraciones para la evaluación de restos humanos como parte del contexto arqueológico. *El cuerpo humano y su tratamiento mortuario*. Coordinado por E. Malvido, G. Pereira y V. Tiesler. Instituto Nacional de Antropología e Historia y Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México, D. F.

2003 La práctica de deformación dental en las Américas. Evidencias coloniales en una población negroide en Campeche, México. *Estudios de antropología biológica*. Volumen XI. Editado por Carlos Serrano, Sergio López y Francisco Ortiz. Universidad Autónoma de México, pp. 951-965.

Tiesler, V., Zabala, P. y C. Medina.

2012 Muerte, emplazamientos y patrones funerarios en la ciudad colonial de Campeche. *Orígenes de la sociedad campechana. Vida y muerte en la ciudad de Campeche en los siglos XVI y XVII*. Editado por V. Tiesler y P. Zabala. Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, pp. 93-121.

Tilley, Ch.

2006a Introduction. *Handbook of material culture*. Editado por Christopher Tilley, Webb Keane, Susanne Küchler, Michael Rowland and Patricia Spyer. Sage Publications, London, Thousand, New Delhi, pp. 1-6.

2006b Objectification. *Handbook of material culture*. Editado por Christopher Tilley, Webb Keane, Susanne Küchler, Michael Rowland and Patricia Spyer. Sage Publications, London, Thousand, New Delhi, pp. 60-73.

Torres de Araúz, R.

1999 *Panamá indígena*. Editado por Autoridad del Canal de Panamá.

Torres, J.

1994–95 La implantación de la moneda en América. *Revista de Filología Románica* 11–12: 116–130.

Tortorici, Z.

2011 Reading the (Dead) Body Histories of Suicide in New Spain. Chaparro, M. W. & Achim, M. *Death and Dying in Colonial Spanish America*. University of Arizona Press. Tucson, pp. 53–77.

Triggs, J.

1993 The seriation of multilinear stratigraphic sequences. *Practices of archaeological stratigraphy*. Editado por Edward C. Harris, Marley B. Brown III y Gregory J Brown, Academic Press, London, pp. 104–121.

Trócoli, I.

1993 The contribution of the Harris Matrix to the development of Catalan archaeology. *Practices of archaeological stratigraphy*. Editado por Edward C. Harris, Marley B. Brown III y Gregory J Brown, Academic Press, London, pp. 47–56.

Uribe, A.

2007 Geografía y urbanización en Panamá. *Panamá: guía de arquitectura y paisaje*. Coordinado por Eduardo Tejeira. Junta de Andalucía – Instituto Panameño de Turismo, pp. 37–51.

Valcárcel, R.

2012. *Interacción colonial en un pueblo de indios encomendados. Chorro de Maita, Cuba*. Tesis de doctorado. Universidad de Leiden. Holanda.

2013 Contacto y colonialismo. Escenarios de interacción hispano-indígena en las Antillas Mayores. *Cultura material e historia. Encuentro arqueológico II*. Compilado por I. Hernández. Ediciones El Lugareño. Camagüey, pp. 37–55.

Van Dyke, R.

2015 la intencionalidad importa: una crítica a la agencia de los objetos en arqueología. *Personas, cosas, relaciones. Reflexiones arqueológicas sobre las materialidades pasadas y presentes*. Editado por Felix A. Acuto y Valeria Franco. Ediciones Abya-Yala. Quito, pp. 151–173.

Vázquez de Espinosa, A.

(1646) 1969 *Compendio y descripción de las Indias occidentales*. Volumen 231. Editorial Atlas, Madrid.

Vega, C.

1991 *La vida de San Alejo. Versiones castellanas*. Ediciones de la Universidad de Salamanca.

Vincent, C.

2017 Llevando a santo Tomás de Villanueva (1588–1555) a los altares. Del proceso al modelo de santidad. *Crónica Nova* 43: 109–138. Universidad de Granada.

Walker, Ph., Bathurst, Rh., Richman, R., Gjerdrum, Th., y V. Andrushko.

2009 The Causes of Porotic Hyperostosis and Cribra Orbitalia: A Reappraisal of the Iron–Deficiency–Anemia Hypothesis. *American Journal of Physical Anthropology* (139): 109–125

Ward, C.

1993 *Imperial Panama: commerce and conflict in Isthmian America, 1550–1800*. University of New Mexico.

Wasterlain, S., Neves, M., y M. Ferreira

2016 Dental Modifications in a Skeletal Sample of Enslaved Africans Found at Lagos (Portugal). *International Journal of Osteoarchaeology* (26): 621–632.

Weber, M.

1999 *Sociología de la religión*. Ediciones elaleph.com.

Wobeser, G. V.

2015 *Cielo, infierno y purgatorio durante el virreinato de la Nueva España*. Editorial de Otro Tipo. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Xurxo, A.

2003 Arquitectura como tecnología de construcción de la realidad social. *Arqueología de la arquitectura* 2: 17–24.



Yun-Casadilla, B.

2014 The Spanish Empire, globalization and cross-cultural consumption in a world context, c. 1400–c. 1750. Editado por Aram, B y Y. Yun-Casalilla. *Global goods and the Spanish Empire, 1492–1824. Circulation, resistance and diversity*. Palgrave Macmillan, pp. 277–306.

Zarankin, A.

2005 Walls of domestication—archaeology of the architecture of capitalist elementary public schools: the case of Buenos Aires. *Global archaeological theory: contextual voices and contemporary thoughts*. Editado por Pedro Funari, Andrés Zarankin y Emily Stovel. Kluwer Academic/Plenum Publishers. New York, pp. 237–264.

Žižek, S.

2016 *Contragolpe absoluto. Para una reformulación del materialismo dialéctico*. Ediciones Akal, S. A. Madrid.



UNIVERSIDAD PABLO DE OLAVIDE DE SEVILLA  
PROGRAMA DE DOCTORADO: HISTORIA Y ESTUDIOS HUMANÍSTICOS:  
EUROPA, AMÉRICA, ARTE Y LENGUAS

**Materialidad de la muerte en una arteria del imperio español:  
la Catedral de Panamá Viejo**

**TOMO II APÉNDICES**

Doctorando: Iosvany Hernández Mora

DIRECTORES:

PhD. Beatriz Rovira

PhD. Juan Guillermo Martín

TUTOR:

PhD. Bethany Aram Worzella

**APÉNDICES:**

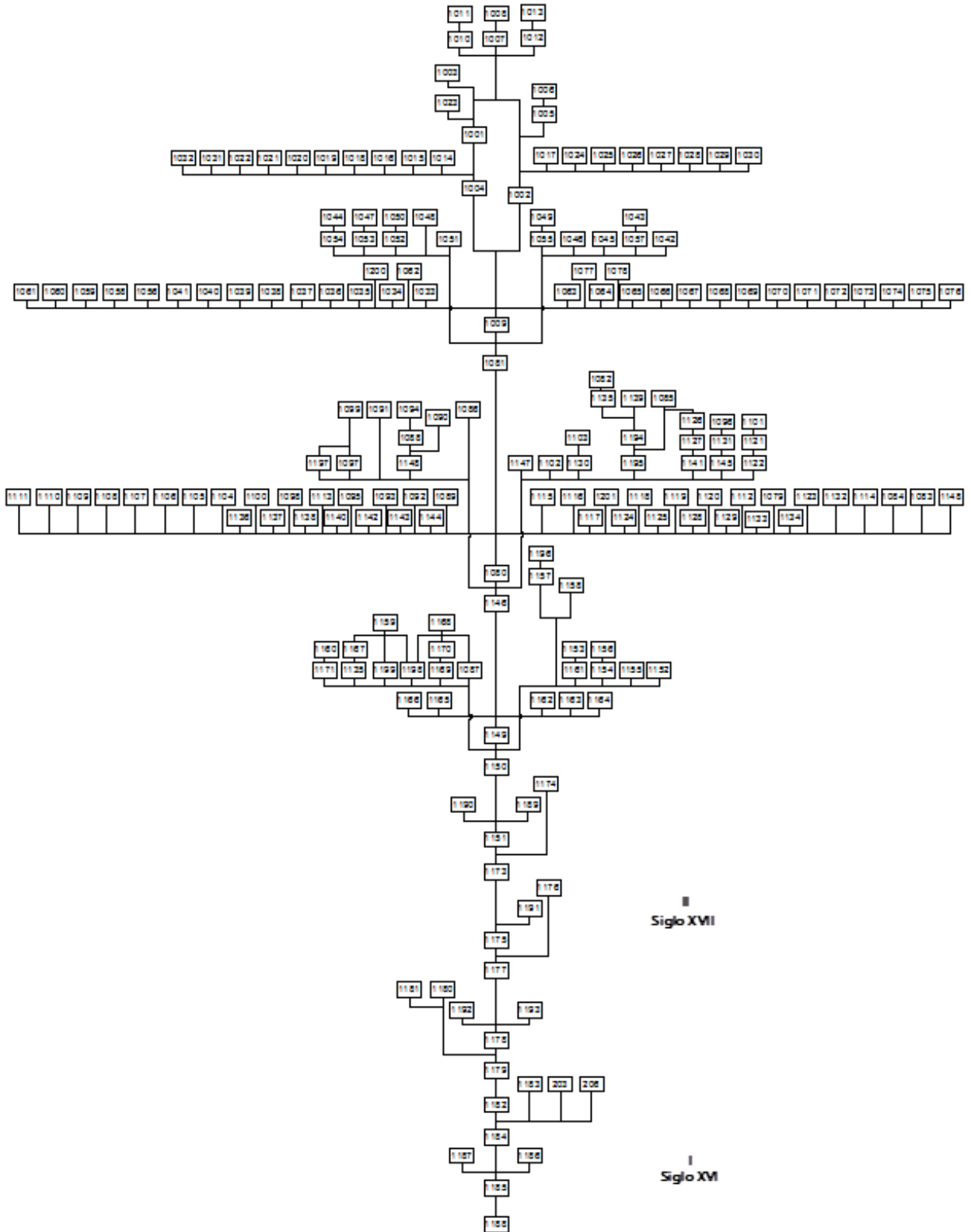
**Materialidad de la muerte en una arteria del imperio español: la Catedral de Panamá Viejo.**

Apéndice 1. Matriz de Harris de la secuencia estratigráfica –completa– de la unidad PVCA-1, excavada en el interior de la Catedral en 2017..... 1

Apéndice 2. Análisis bioarqueológico de los restos óseos humanos excavados en la nave y el atrio de la Catedral en el 2017 ..... 2

Apéndice 3. Análisis bioarqueológico de los restos óseos humanos excavados al sureste de la Plaza Mayor en el 2018..... 80

Apéndice 1. Matriz de Harris de la secuencia estratigráfica –completa– de la unidad PVCA-1, excavada en el interior de la Catedral en 2017



## Apéndice 2. Análisis bioarqueológico de los restos óseos humanos excavados en la nave y el atrio de la Catedral en el 2017

PhD. Javier Rivera Sandoval  
Ciudad de Panamá, 2018

### Metodología de trabajo<sup>1</sup>

El trabajo en bioantropología, parte de la observación macroscópica del material óseo excavado durante las labores de campo en las intervenciones arqueológicas. Por esta razón, previo al análisis se tuvo en consideración el panorama general sobre los aspectos relacionados con el estado de conservación de los restos óseos, donde se evaluó el grado de deterioro y fragmentación del material, para establecer la proporción de representatividad de cada individuo, así como los huesos que podían ser sometidos a labores de restauración, lo cual se inició con el procedimiento de limpieza.

A partir de ello, se identificaron los rasgos diagnósticos para reconstruir el perfil osteobiográfico de cada uno de los individuos y a partir de esta información identificar los aspectos vinculados con las condiciones de salud, enfermedad, vida y muerte de la población que fue enterrada en la catedral de Panamá Viejo desde 1540 hasta 1671, ajustando posteriormente el análisis para los periodos identificados en la secuencia estratigráfica.

El estudio se compone de diferentes unidades de análisis que siguen un modelo deductivo, que va de lo particular a lo general. Para ello, se toma como unidad básica de observación al individuo, con el que se busca identificar los rasgos característicos de cada uno a través del método de reconstrucción biológica y la aplicación de la cuarteta básica de identificación compuesta por:

- Determinación de Sexo
- Estimación de Edad
- Filiación biológica o ancestro
- Estimación de Estatura

A esto se le suman los diagnósticos relacionados con rasgos paleopatológicos, que se asocian a las lesiones o anomalías presentes en la estructura del tejido óseo, lo que permite reconstruir varios aspectos sobre el estado de salud y enfermedad de las poblaciones del pasado. Sin embargo, el análisis de estas características puede verse limitado por las condiciones de preservación que presentan los restos.

---

<sup>1</sup> La metodología de trabajo es la misma para los análisis bioarqueológicos del material obtenido en el 2017 y el 2018 (Rivera Sandoval, comunicación personal 2019). Por lo que se excluye del informe presentado en el Apéndice 3, correspondiente al trabajo de 2019.

Con los datos obtenidos de cada individuo se puede observar la variabilidad al interior del grupo al que pertenecieron los sujetos, así como identificar el fenotipo general que caracterizó a la población, además de rasgos generales sobre la composición paleodemográfica del grupo (grupos etarios, proporción por sexo, índices de mortalidad y morbilidad, expectativa de vida, etc.).

Asimismo, a partir de la unidad de análisis intragrupal, se pueden establecer marcos comparativos con otras poblaciones previamente estudiadas para identificar las similitudes, diferencias y redes relacionales entre los grupos, para contextos sincrónicos y diacrónicos particulares.

Para el análisis de esta muestra, después de haber adelantado las labores de limpieza y restauración, se aplicaron técnicas conducentes a la individualización de los restos, tomando en cuenta que las particularidades del proceso de formación del sitio en la Catedral de Panamá Viejo, involucraron eventos que alteraron la disposición original de varios de los esqueletos. Por un lado, se formaron los contextos asociados a los entierros reducidos pero que se pueden asociar a un individuo y, por el otro, a los denominados *commingled*, que corresponden a restos mezclados que no se logran asociar con otras piezas óseas o dentales recuperadas en la excavación.

Sin embargo, en el caso de los enterramientos reducidos se hicieron algunas observaciones sobre los rasgos asociados al tamaño de las estructuras óseas y a las características tafonómicas de las mismas, que permitieron hacer el proceso de individualización de los restos. De igual forma, el desarrollo de las inserciones musculares en los huesos largos o el grado de desgaste y erupción dental, sirvieron como indicadores en esta etapa del análisis.

No obstante, para el caso de los *commingled* no se logró hacer una individualización precisa de los restos óseos, así que se optó por documentar las estructuras óseas y dentales con la ayuda del software *Osteoware*, diseñado por el Smithsonian Institute, el cual permite hacer un registro cuantitativo y cualitativo de las observaciones hechas en los huesos y dientes (Smithsonian Institute 2016). Esta información fue empleada para calcular el número mínimo de individuos (NMI), junto a los rasgos diagnósticos que se pudieran observar en ellos.

Después de hecha la individualización, se dispuso los esqueletos en posición anatómica, elaborando el correspondiente inventario y procediendo a diligenciar los formatos de análisis bioantropológico diseñados para el proyecto (Anexo 1). En ellos se registró la información vinculada con la cuarteta básica de identificación, las mediciones osteométricas, el análisis de las alteraciones óseas y las observaciones hechas sobre la morfología y morbilidad dental. Para tal efecto se realizaron los siguientes procedimientos:

- Observación macroscópica (White 2000)

- Aplicación de métodos de individualización
- Elaboración del inventario óseo
- Identificación de la cuarteta básica de identificación (sexo, edad, filiación biológica y estatura)
  - Medición osteométrica y craneométrica (según las características de preservación del material óseo)
  - Descripción y análisis de lesiones o anomalías óseas
  - Documentación de la variación morfológica, de las lesiones y anomalías dentales
  - Registro gráfico y fotográfico

En términos generales los estándares aplicados en las observaciones bioantropológicas, corresponden a los *Standards for data collection from human skeletal remains*, desarrollados por Buikstra y Ubelaker (1994), quienes hicieron una recopilación de métodos y técnicas desarrollados por varios autores y que, posteriormente, sirvieron de base para otros trabajos (Rodríguez 1994, 2004). Sin embargo, dependiendo de la preservación de la muestra y de las particularidades de cada individuo se aplicaron diferentes métodos para reconstruir la cuarteta básica de identificación, aspectos que serán presentados a continuación.

### **Estimación de la cuarteta básica en Individuos Adultos**

Para establecer el sexo se observaron principalmente las características del cráneo y de la cintura pélvica, aplicando luego el coeficiente de sexualización (Acsádi y Nemeskéri 1970), siempre y cuando se tuvieran las estructuras diagnósticas. En el cráneo y mandíbula se tuvo en cuenta aspectos como: el tamaño y aspecto general, el desarrollo de la protuberancia occipital externa, la superficie del plano nual, la apófisis mastoidea, el hueso zigomático, el borde supraorbitario, la forma de la órbita, la glabella, el mentón, el ángulo mandibular y la arcada superciliar. En pelvis, se observó el aspecto general de la estructura ósea, la escotadura ciática, la presencia del surco preauricular, del arco ventral, la concavidad subpúbica, la cresta isquiopúbica y la forma de la cresta del ala del ilion (Rodríguez 1994). Adicionalmente, se hicieron algunas observaciones aplicando los métodos sobre el hueso púbico (Phenice 1969), la flexión del margen posterior de la rama mandibular (Loth y Henneberg 1996), el diámetro vertical de la cabeza del húmero, el diámetro máximo de la cabeza del fémur y el diámetro de la cabeza del radio (Bass 2005, Steward 1979), además de las mediciones del triángulo de la mastoides (Paiva y Segre 2003).

Respecto a la estimación de edad y dependiendo del estado de preservación de los materiales, para individuos adultos se registraron los siguientes parámetros: la obliteración de los centros secundarios de osificación (Isan y Steyn 2013, Schaefer

et al. 2009, Buikstra y Ubelaker 1994), las características de la superficie auricular del ilion (Buckberry y Chamberlain 2002, Lovejoy et al. 1985), los cambios en la morfología de la sínfisis púbica (Brooks y Suchey 1990) y la superficie esternal de la cuarta costilla (Iskan et al. 1984a, 1984b, 1985). Adicionalmente, se tomaron las observaciones en el acetábulo para individuos masculinos (Rissech et al. 2006). Sin embargo, de no contar con ninguna de estas estructuras se aplicaron los métodos de cierre de las suturas craneales (Meindl y Lovejoy 1985) y el grado de desgaste dental (Brothwell 1989, Lovejoy 1985), aunque estos son métodos pocos precisos y se recomiendan usar como último recurso (Garvin y Passalacqua 2011). Después de estimar el rango de edad de los individuos con los distintos métodos, se estableció la correspondencia a cada uno de los tres grupos etarios definidos para la población adulta: adulto joven (18–35 años), adulto medio (35–55 años) y adulto mayor (+ 55 años).

Para la evaluación del ancestro o filiación biológica, se parte de las discusiones hechas en bioantropología sobre las dificultades teórico metodológicas que implica estudiar este aspecto, considerando que no se pretende clasificar los seres humanos en categorías raciales, concepto que desde la disciplina no existe, sino que se intenta identificar algunos patrones geográficos que puedan brindar información sobre el origen biológico de las poblaciones y la diversidad que hay en ellas (Iskan y Steyn 2013: 195). De esta forma, se emplearon métodos basados en las características morfológicas del cráneo y del esqueleto facial (L'Abbé et al. 2011, Hefner 2009, Gill y Gilbert 1990, Rhine 1990) como el aplanamiento del rostro, la proyección de los huesos nasales y la espina nasal, el contorno y apertura de la fosa nasal, el margen nasal inferior, la proyección del zigomático, la forma del mentón y de la sutura palatina. Adicionalmente, se registraron algunos caracteres no métricos o rasgos discretos que parecen asociarse con la variabilidad poblacional como la presencia de huesos wormianos y la depresión posbregmática.

A nivel dental también se hicieron las respectivas observaciones sobre la variabilidad en la morfología dental, utilizando los criterios del sistema de antropología dental de la Universidad estatal de Arizona (ASUDAS), recopilados inicialmente por Turner y colegas (1991), Scott y Turner (1997), y recientemente revisados por Scott e Irish (2017), tomando este último trabajo como referencia para el análisis de la muestra de Panamá Viejo.

La información recolectada en la observación de los datos craneométricos, la morfología del esplanocráneo (Hefner 2009) y de los dientes fueron posteriormente procesados en dos aplicaciones web de la plataforma *Osteomics* (D'Oliveira-Coelho y Navega 2014). Para el primer conjunto de datos se utilizó *AncesTrees*, que con base en las propuestas de Navega y colaboradores (2015) toma los datos del análisis craneométrico y aplica técnicas de clasificación no lineal y no paramétrica con la



ayuda del algoritmo de *random forest*, que genera árboles de decisión sobre el cual se calcula la probabilidad que el individuo analizado corresponda a alguno de los seis grupos poblacionales establecidos por la aplicación: Africano, Amerindio, Asiático, Europeo, Austra-Melanesio y Polinesio. Asimismo, para la morfología dental se empleó *rASUDAS*, el cual estima el ancestro con base en la información recolectada de 30.000 individuos en siete (7) áreas geográficas con base los rasgos propuestas por el sistema ASUDAS, en el que se calcula un algoritmo de clasificación bayesiano para establecer la probabilidad de correspondencia en alguno de los grupos geográficos establecidos (Scott et al. 2018). Asimismo, estos grupos corresponderán a los tres troncos ancestrales registrados para poblaciones en la América posthispanica: Caucasoide, Mongoloide y Negroide (Rodríguez 2004).

Finalmente, para la estimación de la estatura se emplearon métodos antropométricos para los huesos largos de las extremidades superiores e inferiores y posteriormente aplicando fórmulas de regresión ajustándolas, según el método, al sexo y ancestro correspondiente. Para ello se usaron las propuestas de Manouvrier (1893), Pearson (1899) y Olivier et al. (1973) para población caucasoide, el método Genovés (1967) para población mesoamericana y Trotter y Glessner (1958) para población caucasoide y negroide. Asimismo, en el caso de tener elementos fragmentados de huesos largos se utilizó el método Steele y McKern (1989), y finalmente se realizó un promedio estatural con los resultados obtenidos (Rodríguez 1994).

### **Estimación de la cuarteta básica en Individuos Subadultos**

Aunque solo representa el 7,19% de la muestra excavada en la catedral de Panamá Viejo, se lograron identificar algunos restos óseos y dentales correspondientes a individuos subadultos de diferentes grupos etarios, que a pesar de la fragilidad presentada en este tipo de restos y las dificultades en realizar un diagnóstico preciso, se logró tomar algunos datos importantes para el análisis bioantropológico.

Para la estimación del sexo hay que considerar que este tipo de individuos aún no han desarrollado los caracteres dimórficos en el esqueleto, lo que dificulta que se haga un análisis preciso de esta categoría. Sin embargo, se hicieron algunas observaciones en la morfología de la mandíbula y en el ala iliaca, particularmente en la proyección y ángulo de la sínfisis púbica y la curvatura del ilión (Schutkowski 1993, Rodríguez 1994).

A diferencia del sexo, la estimación de edad en subadultos es mucho más confiable por los procesos propios del crecimiento y maduración durante la osteogénesis y odontogénesis, que incluyen la formación de los centros de osificación, el desarrollo y erupción dental y el crecimiento de varias estructuras óseas (Iskan y Steyn 2013: 59). No obstante, a medida que el individuo se va

acercando a la adultez los rangos de edad biológica tienden a ampliarse y a ser menos precisa la estimación. Para la presente muestra las edades de los individuos no adultos se agruparon en infante I (0–6 años), infante II (7–12 años) y juvenil (13–18 años).

Entre los métodos empleados para la estimación de la edad en estos individuos están los procesos de maduración de los centros primarios y secundarios de osificación, el proceso de unión epifisial (Schaefer et al. 2009, Scheuer y Black 2000) y la correlación entre longitud de diáfisis de huesos largos con la edad biológica (Schaefer et al. 2009, Scheuer y Black 2000, Ubelaker 1989a). Asimismo, se emplearon las propuestas de Ubelaker (1989b) para el registro de la formación y erupción dental, el método de maduración dental de Demirjian y colegas (1973), y el método para el registro del proceso de formación y erupción del tercer molar de Mincer y colaboradores (1993).

Respecto a las observaciones sobre ancestro o filiación biológica, se presenta una situación similar que con la estimación del sexo al no haberse formado completamente las estructuras diagnósticas para esta evaluación, por lo que es virtualmente imposible esta determinación por las pocas variables de análisis disponibles (Scheuer y Black 2000).

Finalmente, aunque se han propuesto algunas fórmulas de regresión para la estimación de la estatura en individuos fetales (Fazekas y Kósa 1978, Olivier 1969), para individuos infantiles no hay mucha literatura al respecto, además no se han realizado estudios en los que se señalen las variaciones interpoblacionales y de sexo que pueden afectar la estatura de estos individuos (Iskan y Steyn 2013: 250). Sin embargo, Olivier (1969) propone algunos datos a partir de la longitud femoral, pero sin precisar en las variaciones mencionadas anteriormente.

### Resultados del análisis

El análisis de la muestra excavada durante la temporada de campo de 2017 en la Catedral de Panamá Viejo incluyó el registro de 157 individuos, de los cuales 64 corresponden a individuos completos o parcialmente completos, además de 93 cráneos que fueron considerados como individuos dada la información que se obtiene de esta estructura ósea.

Tabla 1. Distribución de la muestra osteológica por periodos cronológicos.

Periodo	Frecuencia	%
1540–Finales siglo XVI	6	3,82
Finales Siglo XVI–1640	124	78,98
Siglo XVII	8	5,10
Posterior 1640	19	12,10

Total	157	100,00
-------	-----	--------

Respecto a la distribución cronológica de la muestra y a partir del análisis de la secuencia estratigráfica, se observa que cerca del 79% de los individuos están asociados a unidades estratigráficas ubicadas entre finales del siglo XVI y 1640, periodo que corresponde al de mayor actividad al interior del templo, mientras que el 12.1% se relaciona con una temporalidad posterior a 1640. En menor proporción se tiene un 5,1% de individuos inhumados a lo largo del siglo XVII, todos ellos provenientes del sector del atrio y, finalmente, solo con el 3.82% se tienen algunos individuos vinculados con la primera etapa de construcción de la iglesia entre 1540 y finales del siglo XVI (Tabla 1 y Gráfico 1).

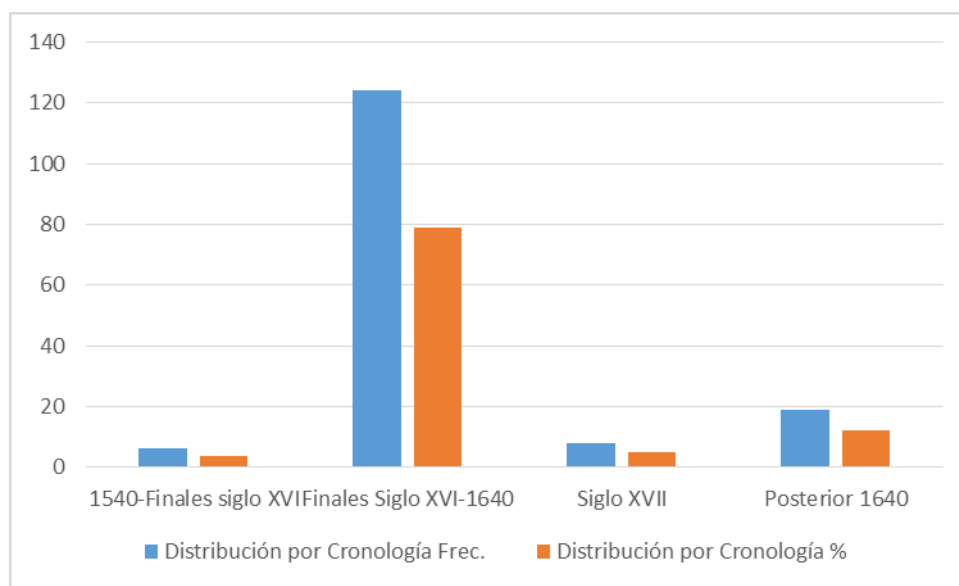


Gráfico 1. Distribución de la muestra osteológica por periodos cronológicos.

A continuación, se presentan los resultados obtenidos del análisis bioantropológico efectuado a los individuos de la muestra excavada en la Catedral desde una perspectiva poblacional.

### Análisis por individuo

#### Estado de conservación y representatividad de los individuos

Los resultados que arrojó la observación del estado de conservación y la representatividad de los individuos provenientes de los contextos funerarios de la Catedral, muestran que en la totalidad de la muestra tiende a presentar altísimos índices de nula representatividad y conservación, correspondientes al 54.78% y 40.13% (Tabla 2 y Gráfico 2). Sin embargo, estas cifras pueden verse sesgadas al incluir tanto los individuos representados por esqueletos completos y parcialmente

completos, como los que están asociados únicamente a cráneos. Razón por la cual se decidió analizar este criterio dependiendo del tipo de estructuras óseas a las que tuvieran correspondencia.

Tabla 2. Grado de representatividad y conservación para la totalidad de la muestra

	Catedral – Total de la muestra							
	Nula		Mala		Regular		Buena	
	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%
Representatividad	86	54,78	26	16,56	31	19,75	14	8,92
Conservación	63	40,13	47	29,94	31	19,75	16	10,19

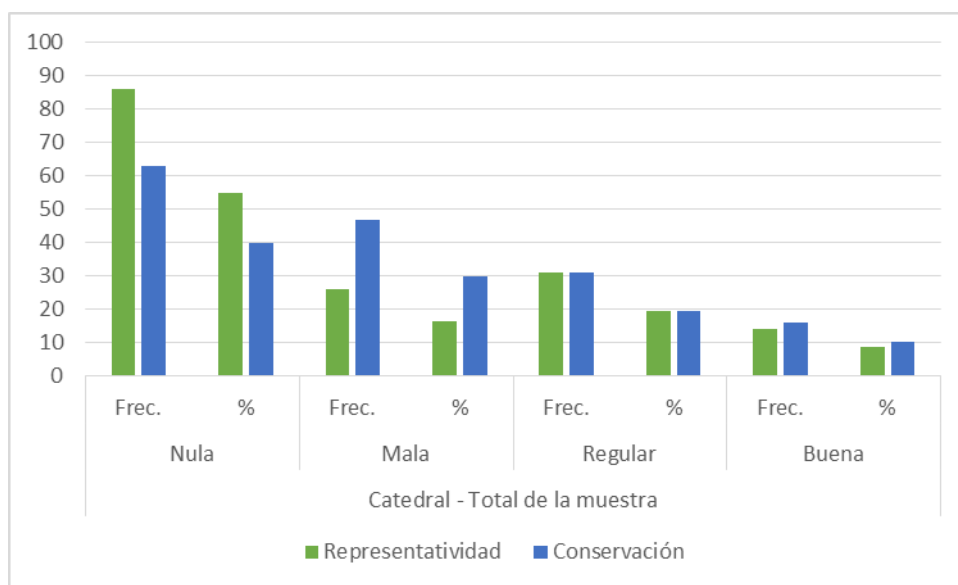


Gráfico 2. Representatividad y conservación para la totalidad de la muestra

En este sentido, si se consideran los datos obtenidos solamente para los individuos correspondientes a esqueletos completos y parcialmente completos se observa que 48.44% de ellos tienen una representatividad regular (entre el 50 y 75% del esqueleto), mientras que el 21.88% se puede considerar que tiene una buena representación (entre el 75 y 100%). Por su parte los individuos con mala (entre 25 y 50%) y nula representatividad (menores al 25%), suman cerca del 29,7% de los individuos (Tabla 3 y Gráfico 3).

Tabla 3. Grado de representatividad para los individuos de la muestra

	Catedral – Representatividad							
	Nula		Mala		Regular		Buena	
	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%
Esqueletos	5	7,81	14	21,88	31	48,44	14	21,88
Cráneos	0	0,00	35	37,63	46	49,46	12	12,90

Respecto a los cráneos, se puede observar que los individuos con una regular representatividad llegan a un 49.46%, ligeramente superior a la de los esqueletos. Sin embargo, baja considerablemente las cifras para aquellos individuos identificados con buena representatividad (12.9%). Asimismo, es posible ver un aumento en los cráneos con mala representatividad llegando al 37.63%, aunque no se presentó ningún caso con representatividad nula, aclarando que para ser considerado individuo el cráneo debía tener más del 25% de la estructura.

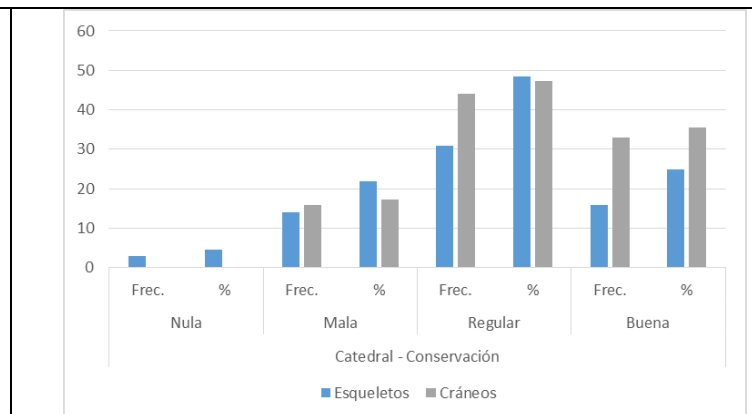
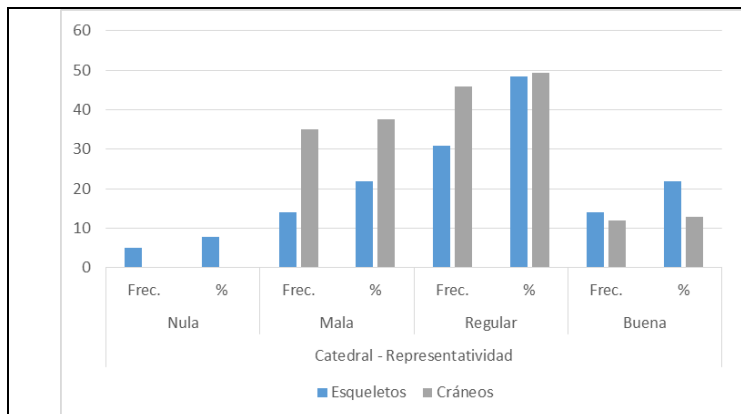


Gráfico 3. Representatividad de la muestra según los individuos representados por esqueletos o cráneos.

Gráfico 4. Conservación de la muestra según los individuos representados por esqueletos o cráneos.

Sobre la conservación de los restos óseos, se realizó el mismo ejercicio depurando por individuos que estuvieran representados por esqueletos completos y parcialmente completos y aquellos asociados únicamente a cráneos. De ahí se obtuvo que cerca del 48.44% de los esqueletos tienen una conservación regular, cifra levemente superior a la de los cráneos en esta categoría (47.31%), mientras que aquellos con una buena conservación corresponden al 25% en los esqueletos y 35.48% para los cráneos. Respecto a la conservación mala o nula, se obtuvo que en esqueletos suman entre ambos criterios el 26.57% en los esqueletos y el 17.2% en los cráneos (Tabla 4 y Gráfico 4).

Tabla 4. Grado de conservación para los individuos de la muestra

	Catedral - Conservación							
	Nula		Mala		Regular		Buena	
	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%
Esqueletos	3	4,69	14	21,88	31	48,44	16	25,00
Cráneos	0	0,00	16	17,20	44	47,31	33	35,48



Imagen 1. Individuo de la UE 141 con relativo buen estado de conservación en miembros inferiores y superiores, pero regular en tórax y representatividad buena en miembros superiores, regular en tórax y mala en miembros superiores.



Imagen 2. Cráneo de la UE 15 en regular estado de conservación y mala representatividad.



Imagen 3. Individuo de la UE 148 representado únicamente por los miembros inferiores.

No obstante, habría que discutir varios factores que inciden en la presentación de estas cifras. En primer lugar, las condiciones en los procesos de formación de sitio y los agentes tafonómicos involucrados en la conservación diferencial de los restos óseos. Dadas las condiciones y características de los suelos en esta región de Panamá, que suelen ser bastante arcillosos y ácidos, afectan la preservación del material orgánico. Sin embargo, en términos generales la muestra estuvo

relativamente conservada y representada, aunque también se observó en algunos individuos signos de deterioro avanzado, particularmente en los subadultos, en los cuales las observaciones bioantropológicas hechas sobre los mismos fueron limitadas.

Esta situación se relaciona con los índices de representatividad de la muestra, ya que la conservación condiciona la proporción de restos óseos que pueden asociarse con un individuo. En muchos casos, un individuo puede estar representado por unas pocas estructuras óseas, lo que señala varios problemas metodológicos en el análisis de este tipo de series. A esto se le suma, las características propias de los contextos arqueológicos, que inciden en la manera en la cual se conservan y, por ende, están representados los restos esqueléticos. Por ejemplo, en muchos de los contextos analizados hubo alteraciones de los mismos, donde los espacios fúnebres como la Catedral fueron constantemente reutilizados para dar cabida a quienes iban falleciendo, producto de los cuales (Martín-Rincón 2002, Martín-Rincón y Figueroa 2001, Rivera 2006, 2014).

Esto sugiere que las cifras en la representatividad de la serie excavada en la Catedral de Panamá Viejo, pueden estar asociadas a las particularidades propias de los contextos fúnebres por el alto grado de alteración que presentan las sepulturas y la presencia constante de los enterramientos reducidos, provocando la desarticulación de los esqueletos y consecuentemente dificultando el trabajo de individualización, lo que se refleja en las cifras de representatividad de los mismos.

### **Estructura de la muestra por sexo y edad**

#### **Distribución por sexo**

El análisis de la muestra arrojó datos que no corresponden a lo visto previamente para la ocupación colonial de otros sectores de Panamá Viejo, donde se había observado una distribución relativamente simétrica entre la cantidad de individuos femeninos y masculinos. Para el caso de la Catedral se observa que el 50.32% de la muestra corresponde a individuos femeninos, superando considerablemente a los masculinos con un 14.65% (Tabla 5 y Gráfico 5).

Tabla 5. Distribución de la muestra por sexo

	<b>Frecuencia</b>	<b>%</b>
Femenino	79	50,32
Femenino probable	16	10,19
Masculino	23	14,65
Masculino probable	23	14,65
Indeterminado	16	10,19
<b>Total</b>	<b>157</b>	<b>100</b>

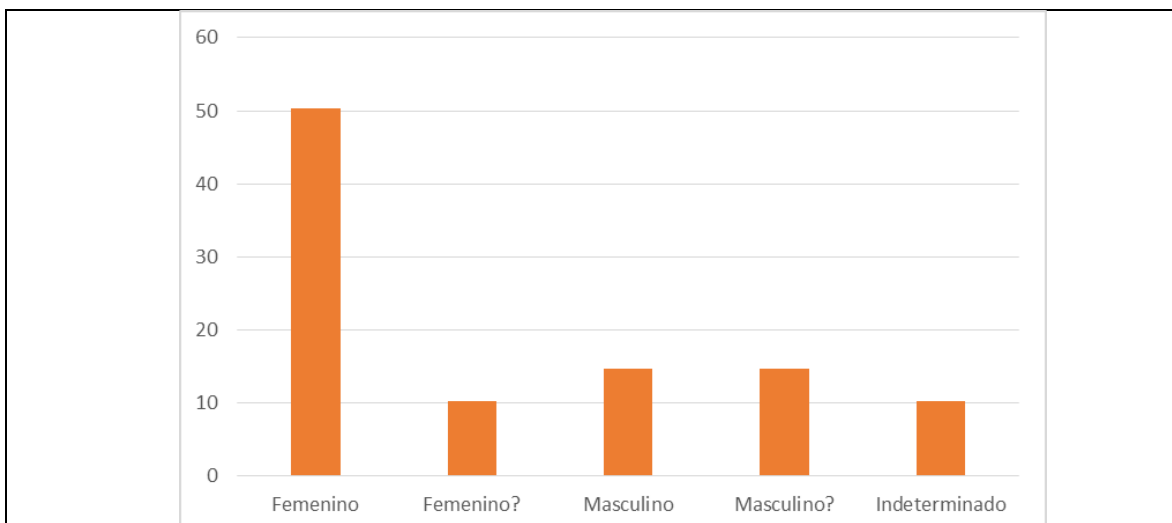


Gráfico 5. Distribución por sexo de la muestra excavada en la Catedral.

Por otro lado, se observa que los individuos probablemente femeninos estarían alrededor del 10.19%, mientras que los probablemente masculinos corresponden al 14.65%. Asimismo, aprovechando las distintas técnicas empleadas para la determinación de sexo se logró obtener un porcentaje relativamente bajo de individuos indeterminados con un 10.19%.

El alto porcentaje de individuos femeninos tiene fuertes implicaciones a nivel paleodemográfico ya que tiende a sesgar la información. Sin embargo, quizá estas cifras de puedan explicar por las particularidades del contexto fúnebre y las pautas de inhumación que había para la época. A pesar que durante el periodo colonial las sepulturas eclesiásticas estaban distribuidas por aspectos de tipo económico y social, más que por diferencias de tipo sexual, en algunos casos las actividades vinculadas a la muerte involucraban a las cofradías, instituciones corporativas que, entre otras cosas, organizaban los aspectos del funeral y el sepelio de sus miembros, ayudando incluso a la financiar las inhumaciones (Rodríguez González 1999).

Muchas de estas organizaciones estaban compuestas por mujeres y en algunos casos apartaban espacios de la iglesia para la sepultura de los cuerpos de sus miembros. Por ejemplo, en 1731 la hermandad de los terceros en Cartagena de Indias en una discusión con el convento de San Francisco de esta ciudad, señalaban que tenían dispuesto el espacio del arco toral de dicha iglesia para inhumar los cadáveres de sus cofrades (AGN. Sección: Colonia. Fondo: Conventos. T. 22. F 200–205).

Aunque hay que explorar un poco más la documentación histórica en Panamá, esta podría ser una posibilidad que explique la gran cantidad de individuos femeninos que se encuentra en la muestra y que a su vez podría asociarse con



información que se presentará más adelante en los otros criterios del análisis bioantropológico.

No obstante, en la literatura arqueológica es posible identificar sitios coloniales con una aparente segregación de los lugares de sepultura basados en el sexo de los individuos. Por ejemplo, Stojanowski (2013) a partir del análisis que hace de los enterramientos en la iglesia de la misión española de San Pedro y San Pablo de Patale en la Florida, sitio que estuvo activo durante dos décadas en la primera mitad del siglo XVII, encuentra que existe una tendencia a enterrar a los individuos masculinos en la nave izquierda del templo o evangelio, aunque puntualiza en que la muestra puede ser limitada (Stojanowski 2013: 43). Por otra parte, en la iglesia de la misión Santa Catalina de Guale de Santa María se encuentra en la parte central del templo una proporción relativamente alta de individuos femeninos que no logra ajustarse a una interpretación pero que llama la atención sobre la distribución por sexo en el espacio de sepultura (Stojanowski 2013: 134).

Finalmente, si tomamos la muestra según la distribución cronológica propuesta en el análisis estratigráfico, se observa que la mayoría se concentra en el periodo ubicado entre finales del siglo XVI y 1640, donde el 41.4% del total de la serie osteológica está asociada a individuos femeninos, reduciéndose drásticamente en las demás temporalidades. Solamente entre 1540 y finales del siglo XVI se alcanza a ver una simetría en la distribución sexual de la población, sin embargo el peso de la muestra para este periodo no es representativo (Tabla 6 y Gráfico 6).

Tabla 6. Distribución de la muestra por sexo según la temporalidad

Cronología	Femenino		Femenino?		Masculino		Masculino?		Indeterminado	
	Frec.	%	Frec	%	Frec.	%	Fr ec.	%	Frec.	%
1540-Finales siglo XVI	2	1,27	0	0,00	2	1,27	0	0,00	2	1,27
Finales Siglo XVI-1640	65	41,40	11	7,01	17	10,8	20	12,74	11	7,01
Siglo XVII	3	1,91	2	1,27	2	1,27	0	0,00	1	0,64
Posterior 1640	9	5,73	3	1,91	2	1,27	3	1,91	2	1,27
<b>Total</b>	79	50,32	16	10,19	23	14,6	23	14,65	16	10,19

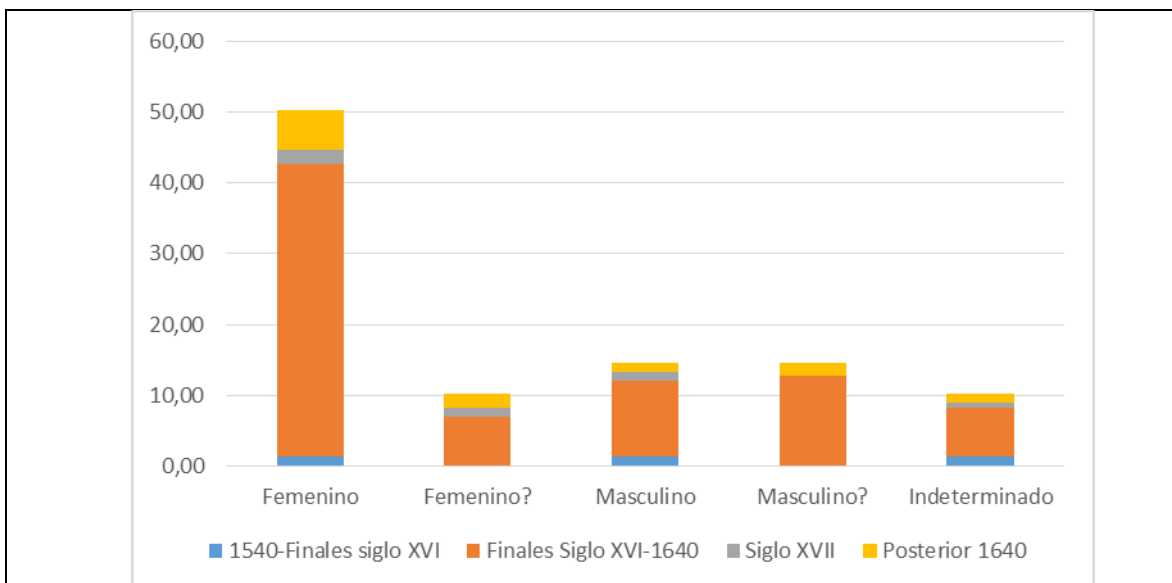


Gráfico 6. Distribución por sexo de la muestra excavada en la Catedral según periodo cronológico.

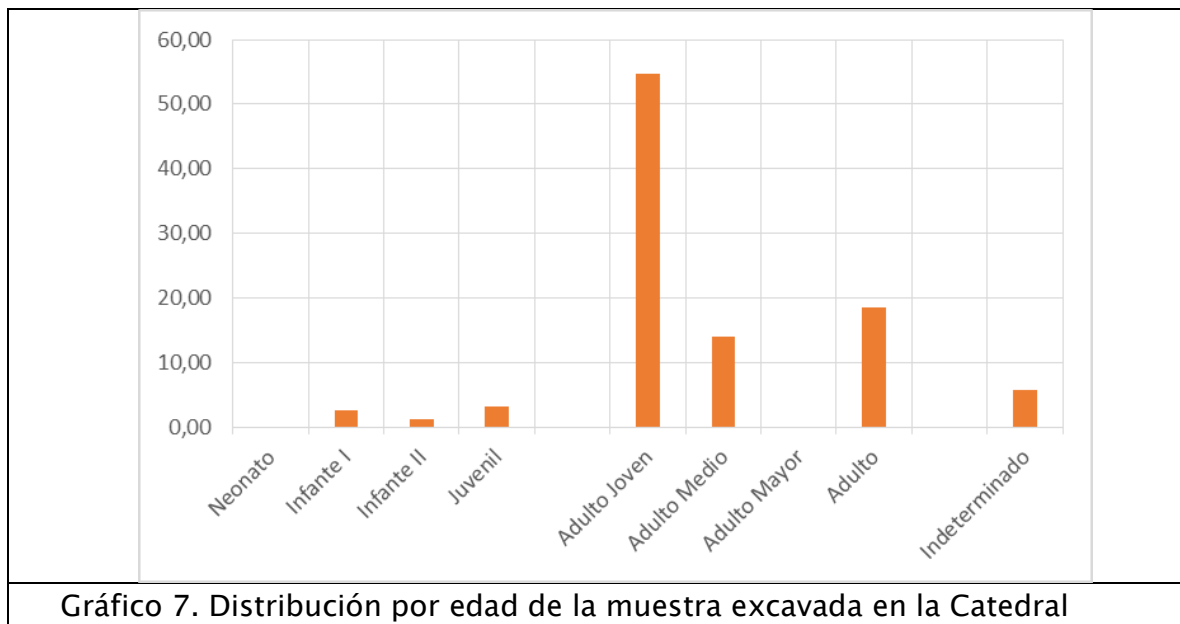
### Distribución por rangos de edad

Al analizar los datos desde el punto de vista de la distribución por edades, se observa que en la muestra de la Catedral hay una muy baja proporción de individuos subadultos, la cual representa un 7.01% de la muestra analizada, donde se encuentran individuos de 0 a 6 años (2.55%), de 7 a 12 años (1.27%) y de 13 a 17 años (3.18%). Es probable que esta situación responda a las condiciones de preservación de los restos óseos en este tipo de población, pero también hay que considerar las pautas de enterramiento de la época donde tenían sectores dispuestos para la sepultura de los niños, como en la iglesia de la misión de Patale que la mayoría de individuos subadultos se concentra en el área cercana a la fachada del templo, aunque en algunos casos era posible encontrarlos en otros sectores de la nave pero generalmente asociados a individuos femeninos, por lo que estos últimos se pensaba algún tipo de relación de parentesco entre estos individuos (Stojanowski 2013: 43–50). En el caso de la Catedral de Panamá Viejo, cinco de los once los individuos subadultos se excavaron en los estratos más antiguos de la secuencia temporal (UE 149 y 178), mientras que los otros seis están distribuidos en capas más recientes como en la UE 80 (3 individuos), UE 9 (2 individuos) y en la UE 1 del atrio (1 individuo). Esto sugiere que quizá en un primer momento el templo no hacía este tipo de distinción por edad para la sepultura de los individuos, pero posiblemente la situación haya cambiado con el tiempo y se haya elegido un sector especial para la inhumación de los subadultos.

Tabla 7. Distribución de la muestra por grupos de edad

Grupos de edad	Frecuencia	%
Neonato	0	0,00
Infante I	4	2,55
Infante II	2	1,27
Juvenil	5	3,18
<b>Total subadultos</b>	11	7,01
Adulto Joven	86	54,78
Adulto Medio	22	14,01
Adulto Mayor	0	0,00
Adulto	29	18,47
<b>Total adultos</b>	137	87,26
Indeterminado	9	5,73
<b>TOTAL</b>	157	100,00

En cuanto a los individuos adultos, se puede observar que los adultos jóvenes (54.78%) se encuentran en mayor proporción que los adultos medios (14.01%) y llama la atención la ausencia de adultos mayores en la muestra. Por otro lado, hubo algunos individuos con los que no fue posible precisar el rango de edad por la escasa representatividad o conservación de las estructuras diagnósticas para la estimación, por lo que se agruparon en la categoría de adultos los cuales corresponden al 5.73% de la muestra (Tabla 7 y Gráfico 7). Estas cifras mantienen la tendencia observada en otras series esqueléticas coloniales de Panamá Viejo (Martín et al. 2009, Rojas et al. 2011).



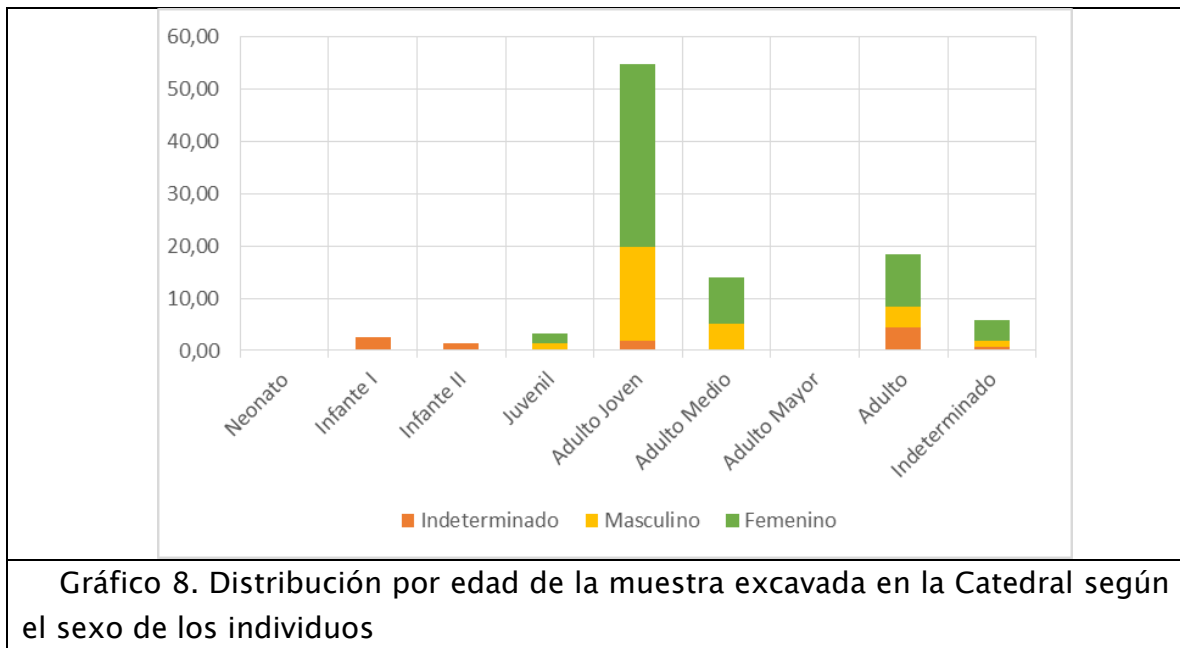
Estos datos pueden corresponder a las difíciles condiciones a las que se tuvo que enfrentar la población, tanto europea como indígena y africana, durante la etapa de contacto y en décadas posteriores lo que generó distintas situaciones de estrés (nutricionales, ambientales, sociales, sanitarios, etc.), que afectaron de manera diferencial a ciertos sectores, entre ellos los adultos jóvenes (18–35 años).

Esta situación también condiciona las cifras de supervivencia de los individuos, lo que quizá explica que no haya presencia de adultos mayores, y que se traduce en una baja expectativa de vida. Además de la información obtenida previamente en Panamá Viejo, donde se ve una tendencia similar al analizar las edades de la población adulta (Martín et al. 2009 y Rojas et al. 2011), en otros sitios coloniales es posible encontrar esta alta proporción de individuos jóvenes, seguidos de adultos medios como en el templo de Nuestra Señora de la Concepción en Campeche, México. Allí, la investigadora explica esta situación por las precarias condiciones de vida a las que estuvo expuesta la población de Campeche, ya que al ser un puerto al que llegaban y circulaban distintos grupos humanos era factible que fueran afectados por distintos tipos de enfermedades, epidemias y hambrunas, lo que consecuentemente repercutió en las altas tasas de mortalidad en población joven (Rodríguez-Pérez 2010: 107).

Si cruzamos la información de la edad con el sexo es posible observar que son los individuos femeninos adultos jóvenes los mejor representados en toda la muestra (35.03%), seguidos por los masculinos en el mismo rango de edad (17.83%). Por otra parte, en las demás categorías de edad la distancia entre individuos femeninos y masculinos tiende a disminuir considerablemente pero siempre estando mejor representados los individuos femeninos (Tabla 8 y Gráfico 8).

Tabla 8. Distribución de la muestra por grupos de edad según el sexo

Grupos de Edad	Indeterminado		Masculino		Femenino	
	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%
Neonato	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Infante I	4	2,55	0	0,00	0	0,00
Infante II	2	1,27	0	0,00	0	0,00
Juvenil	0	0,00	2	1,27	3	1,91
Adulto Joven	3	1,91	28	17,83	55	35,03
Adulto Medio	0	0,00	8	5,10	14	8,92
Adulto Mayor	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Adulto	7	4,46	6	3,82	16	10,19
Indeterminado	1	0,64	2	1,27	6	3,82
<b>TOTAL</b>	<b>17</b>	<b>11</b>	<b>46</b>	<b>29</b>	<b>94</b>	<b>60</b>



### Filiación Poblacional

A pesar de la compleja situación que tenía la muestra en términos de conservación y representación de los dientes y de los restos óseos del cráneo y esplanocráneo, empleados para la estimación de ancestro o filiación poblacional, fue posible hacer observaciones sobre el 57.32% de la muestra. A partir de la información craneométrica, morfológica y dental se agrupó la muestra en uno de los tres troncos ancestrales (caucasoide, mongolide o negroide), aunque en algunos casos se encontraron individuos con características de dos filiaciones poblacionales, aunque predominaba generalmente una de ellas. Tomando en cuenta estas consideraciones se logró identificar nueve grupos.

Tabla 9. Distribución de la muestra por filiación poblacional

Filiación Poblacional	Frecuencia	%
Caucasoide	24	15,29
Caucasoide/Mongolide	1	0,64
Caucasoide/Negroide	10	6,37
Mongolide	8	5,10
Mongolide/Caucasoide	4	2,55
Mongolide/Negroide	3	1,91
Negroide	26	16,56
Negroide/Caucasoide	10	6,37
Negroide/Mongolide	4	2,55
Indeterminado	67	42,68
<b>TOTAL</b>	<b>157</b>	<b>100</b>

En la tabla y gráfico 9 es posible observar que el grupo poblacional mejor representado es el negroide con 16.56% del total de la muestra, seguido de cerca por la población caucasoide con el 15.29%. En menor proporción se encuentran grupos predominantemente negroides pero con rasgos caucasoides (6.37%) y mongolides (2.55%), y aquellos predominantemente caucasoides con rasgos negroides (6.37%) y mongolides (0.64). Respecto a la población mongolide, a la cual se encuentran asociados los pueblos amerindios, llama la atención la baja representación que tienen con tan solo un 5.10% del total de la muestra y en los casos que son predominantemente mongolides, pero con rasgos caucasoides o negroides alcanzan entre ambos un 4.46%.

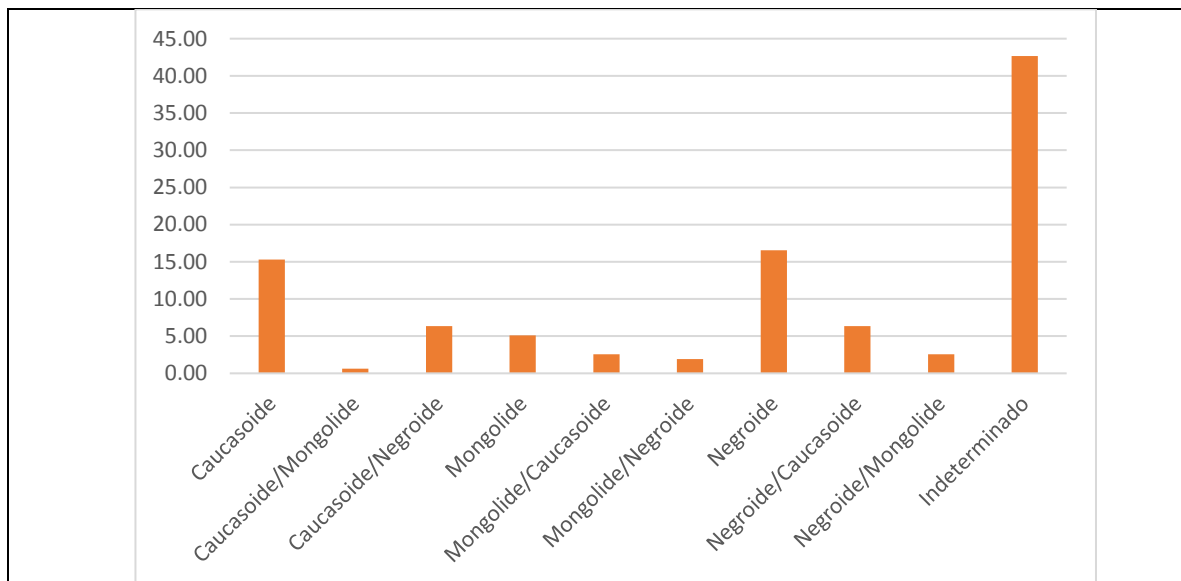


Gráfico 9. Distribución por filiación poblacional de la muestra excavada en la Catedral.

Llama la atención que sumando los negroides y predominantemente negroides (25.48%), estos siguen siendo mejor representados que los individuos caucasoides y predominantemente caucasoides (22.29%). Aunque la diferencia es de cerca de tres puntos porcentuales, el hecho de ser sepulturas eclesiásticas se esperaría que quienes accedían a espacio de inhumación fueran los europeos dada la importancia socio económica que había alrededor de las prácticas mortuorias y el costo que implicaba el derecho de sepultura. No obstante, se podría considerar el rol que hubieran podido desempeñar las cofradías en la catedral de Panamá, ya que a pesar de ser organizaciones españolas, muchas de ellas se habían conformado por la filiación étnica de sus miembros. De hecho, en la Sevilla del siglo XVI existía una cofradía de negros y mulatos, la de Nuestra Señora de los Ángeles, que congregaba a esta población (Bernand 2001).

De igual forma, las cofradías al ser organizaciones de asistencia espiritual y corporal estuvieron presentes en los momentos de enfermedad y muerte de sus miembros. Asimismo, estaban bajo la advocación de algún santo o virgen y adscritas a algún templo o parroquia, donde podían asegurar incluso un lugar de sepultura para sus cofrades (Bernand 2001, Rodríguez Álvarez 2009).

Desde muy temprano, en América ya se habían instalado estas organizaciones y algunas de ellas estaban destinadas a la población negra, por ejemplo, la cofradía de negros de Lima fundada en 1540 o las fundadas por los dominicos y jesuitas en la misma ciudad para principios del siglo XVII (Bernand 2001: 28). No obstante, pertenecer a estas organizaciones implicaba cierta posición privilegiada dentro de la estructura social colonial y a las cofradías de negros y mulatos generalmente participaban: negros libres, esclavos artesanos, pequeños comerciantes o servidores domésticos ladinos, donde además podían participar de varias hermandades (Bernand 2001: 29). De hecho la participación de este sector de la población en las celebraciones organizadas por las cofradías adquirió una relevancia tal que llegó a preocupar a las autoridades locales en Perú y Nueva España, restringiendo la participación de los negros en muchas de las ceremonias, incluyendo el de las sepulturas (Bernand 2001: 29).

Explorar en la documentación histórica podría aclarar un poco el rol que tenían las cofradías en la ciudad de Panamá y quizá explique la cantidad de inhumaciones de población de ascendencia africana en las sepulturas hechas en el templo de la Catedral. En el caso de los individuos mongolides vinculados con la población indígena, la baja proporción de individuos (9.55% sumando mongolides y predominantemente mongolides) puede responder al choque epidemiológico que sufrieron estos grupos con el contacto con los europeos lo que diezmo considerablemente a esta población, situación que es descrita en la documentación escrita. Al respecto, Jaén Suárez (1986) hace un estimativo de 225 mil personas fallecidas en el istmo durante el periodo de contacto. Para solo la ciudad de Panamá, el autor comenta que mientras en 1533 había un registro de aproximadamente 500 indígenas, la cifra baja drásticamente años después y llega a solo 22 en 1607 (Jaén Suárez 1986:52). Incluso el cronista de Indias Oviedo afirma que antes de 1542 ya habían desaparecido cerca de 2 millones de indígenas en solo Castilla de Oro (Cooke y Sánchez 2004:48), que más allá de evaluar la precisión de la cifra, indica una realidad en cuanto a la percepción que había sobre la muerte de los indígenas panameños.

Esta situación se relaciona también con los procesos de mestizaje, que en la muestra sugieren una representación importante, siendo aquellas realizadas con la población indígena (mongolide) las menos frecuentes, quizá explicado por lo mencionado anteriormente. Las particularidades del mestizaje en Panamá se

vinculan por una parte con la escasez de mujeres blancas y aún más las solteras, lo que favoreció la unión con las indias en los primeros años de la conquista. A pesar de que en América fue muy frecuente la práctica del concubinato, una práctica castigada, autores como Mena García (1984:93) afirman que la figura de origen medieval conocida como “barraganía”, constituyó un elemento importantísimo en la legitimidad de la convivencia libre entre hombres y mujeres, que aunque no tenían la misma significancia que el matrimonio, reguló y permitió una amplitud en las uniones entre españoles e indígenas.

Sin embargo, para el caso particular de Panamá, con la rápida extinción indígena la cantidad de mestizos siempre fue baja. Por otro lado, el elemento africano al insertarse a la dinámica poblacional empieza a formar otras categorías en el sistema de mezcla racial: los zambaigos y los mulatos, por ejemplo. El primero de ellos representaba la convivencia de indígenas y esclavos en las jornadas de trabajo que compartían, y el segundo la relación con los blancos a pesar del estigma social y moral que representaba juntarse con los negros, por lo que se dio con mayor frecuencia entre la población blanca de clases bajas. A pesar de la presión social la población mulata se convirtió en uno de los sectores con mayor crecimiento en todo el istmo, duplicando la media del continente para principios del siglo XVII (Mena García 1984, Jopling 1994).

Tabla 10. Distribución de la muestra por filiación poblacional según el sexo

Ancestro	Indeterminado		Masculino		Femenino	
	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%
Caucasoide	2	1,27	9	5,73	13	8,28
Caucasoide/Mongolide	0	0,00	0	0,00	1	0,64
Caucasoide/Negroide	0	0,00	3	1,91	7	4,46
Mongolide	1	0,64	3	1,91	4	2,55
Mongolide/Caucasoide	0	0,00	2	1,27	2	1,27
Mongolide/Negroide	0	0,00	0	0,00	3	1,91
Negroide	0	0,00	6	3,82	20	12,74
Negroide/Caucasoide	0	0,00	2	1,27	8	5,10
Negroide/Mongolide	0	0,00	0	0,00	4	2,55
Indeterminado	13	8,28	21	13,38	33	21,02
<b>Total</b>	14	8,92	46	29,30	95	60,51



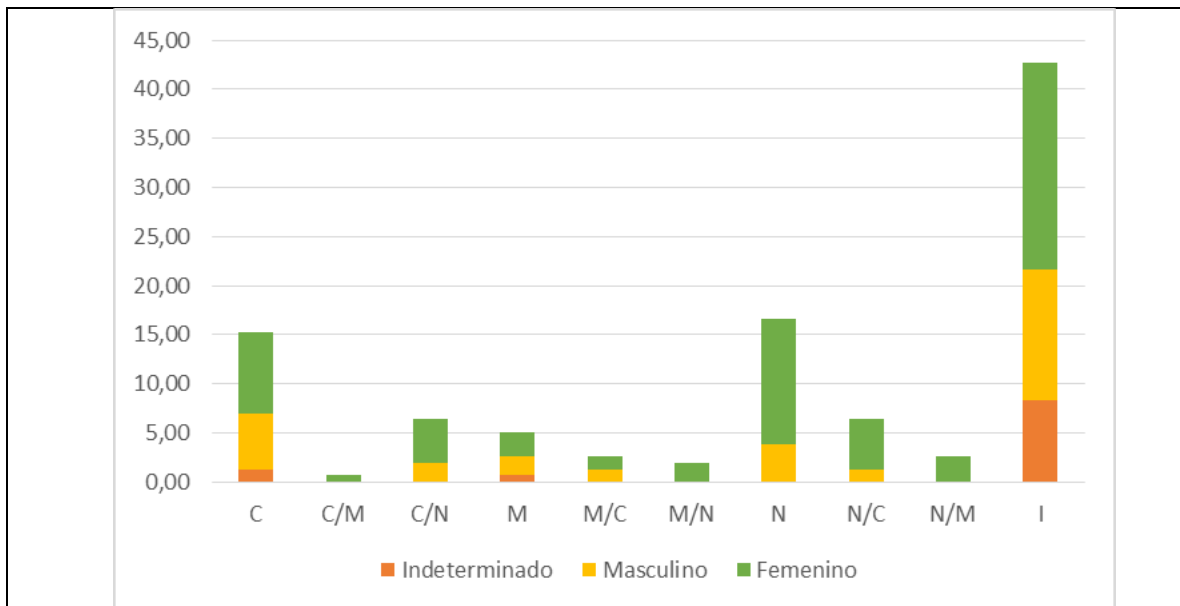


Gráfico 10. Distribución por filiación poblacional de la muestra excavada en la Catedral discriminando el sexo.

Sobre este tema, en la tabla y el gráfico 10 se observa que los individuos femeninos con rasgos negroides son los mejor representados en la muestra, incluyendo aquellos con rasgos de los otros dos troncos ancestrales en cualquier proporcionalidad, mientras que en las categorías caucasoide y mongoloide, incluyendo las combinaciones que no incluyen componentes negroides tiende a ser mucho más equilibrada la proporción de individuos masculinos y femeninos, lo que sugiere un rol importante de las mujeres de ascendencia africana en la estructura demográfica de la población inhumada en la Catedral.

Si se compara los datos según la distribución cronológica de la muestra, se tiene que el 21.02% corresponde a individuos negroides o predominantemente negroides que se ubican entre finales del siglo XVI y 1640, seguidos por los individuos caucasoides y predominantemente caucasoides (13.38%) que fueron sepultados en este mismo periodo. La situación se invierte al ver los individuos asociados al siglo XVII, todos excavados en el atrio, y al periodo posterior a 1640, donde los caucasoides y predominantemente caucasoides superan a los demás troncos ancestrales. Respecto a los individuos con rasgos mongolides, el momento donde aparecen con mayor frecuencia es entre finales del siglo XVI y 1640 (8.92%), disminuyendo considerablemente posterior a esta fecha (0.64%), aunque previo a este rango temporal no hay individuos asociados a esta categoría (Tabla 11 y Gráfico 11).

Tabla 11. Distribución de la muestra por filiación poblacional según la cronología

Cronología	Caucasoide y predominantemente caucasoide		y Mongolide predominantemente mongolide		y Negroide predominantemente negroide		y Indeterminado	
	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%
1540-Finales XVI	0	0,00	0	0,00	1	0,64	5	3,18
Finales XVI-1640	21	13,38	14	8,92	33	21,02	56	35,67
Siglo XVII	10	6,37	0	0,00	4	2,55	5	3,18
Posterior 1640	4	2,55	1	0,64	2	1,27	1	0,64
<b>Total</b>	<b>35</b>	<b>22,29</b>	<b>15</b>	<b>9,55</b>	<b>40</b>	<b>25,48</b>	<b>67</b>	<b>42,68</b>

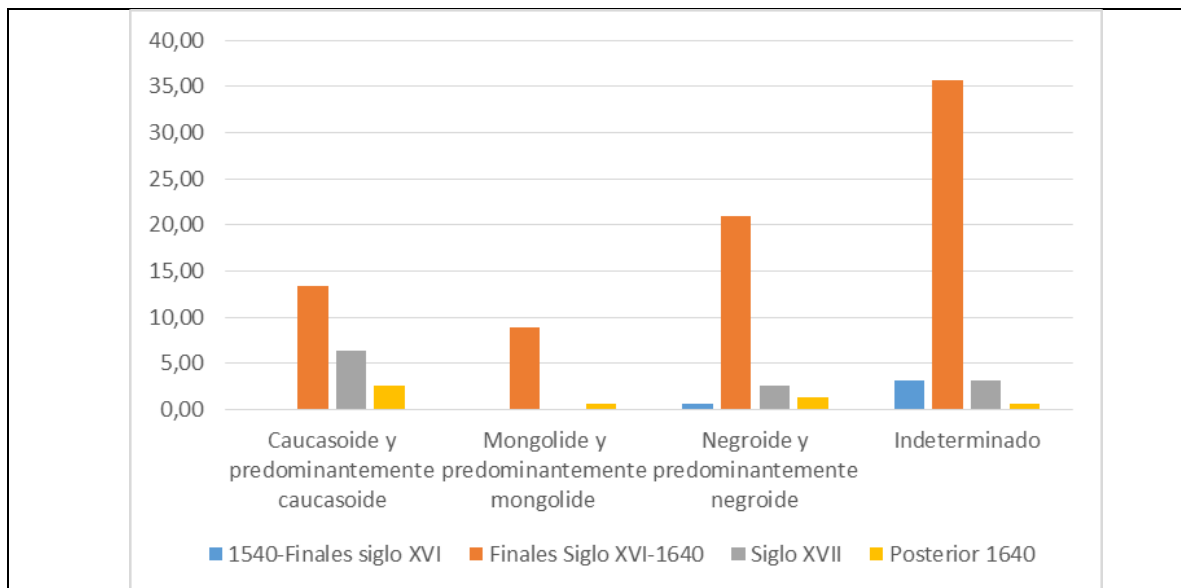


Gráfico 11. Distribución por filiación poblacional de la muestra excavada en la Catedral según la cronología.

### Estatura

Respecto a la estatura, en tan solo el 31.85% de la muestra fue posible estimar la estatura de los individuos excavados en la Catedral, esto debido a las condiciones de conservación y representatividad de las estructuras óseas empleadas para la estimación de la talla. En la tabla 12 se incluye la cantidad de observaciones hechas en los individuos discriminados por sexo donde se observa que los individuos masculinos alcanzaban una estatura promedio de 168.14 cm. con una desviación estándar de 6.54 cm. Allí los individuos con tallas más altas llegaron al 181.25 cm, mientras que los más bajos estaban alrededor de los 152.57 cm. En el caso de los individuos femeninos se obtuvo una media de 161.04 cm. y una desviación estándar de 4.43 cm., donde las mujeres más altas no superaron los 170.55 cm y las más bajas los 152.24 cm. (Tabla 12 y Gráfico 12).

Tabla 12. Estimación de la estatura según el sexo de los individuos

Sexo	Promedio	Desviación estándar	Observaciones
Femenino	161.04	4.43	26
Masculino	168.14	6.54	23
Indeterminado	165.53	5.13	1

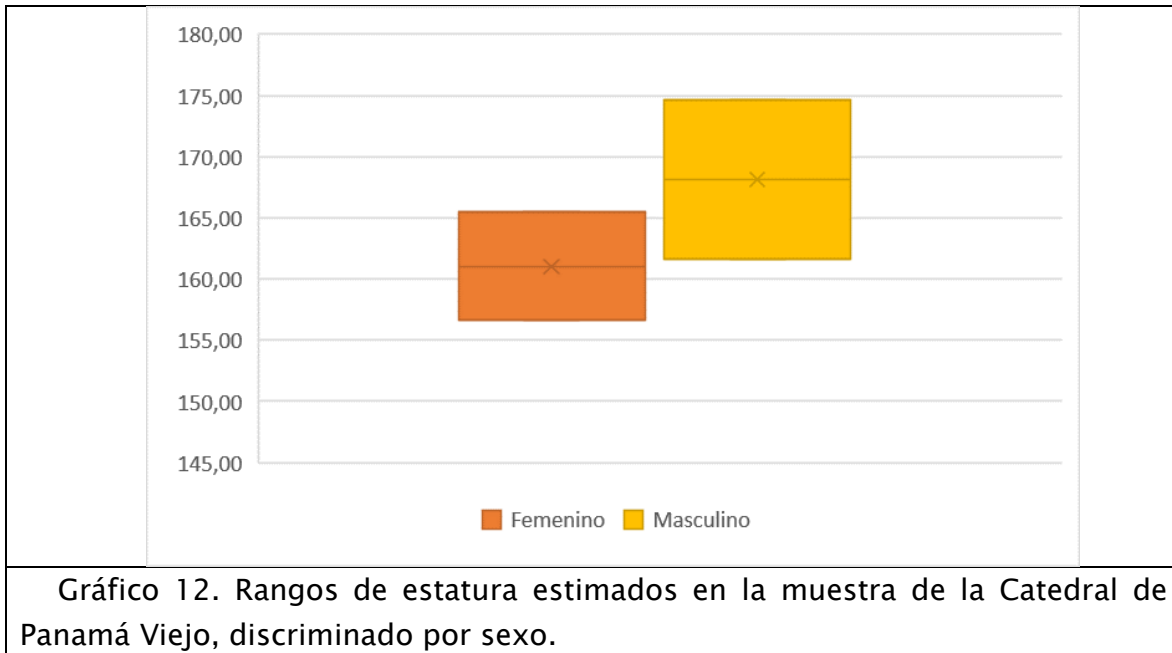


Gráfico 12. Rangos de estatura estimados en la muestra de la Catedral de Panamá Viejo, discriminado por sexo.

La poca cantidad de muestras que hay interior de cada uno de los grupos identificados por variación poblacional no permite hacer un análisis más detallado de las características de crecimiento de la población. No obstante, marca una tendencia que ha sido referenciada para otras colecciones del periodo colonial, en las cuales las tendencias en la talla tienden a ser relativamente bajas en todos los grupos ancestrales, y aún más considerando las poblaciones de la península ibérica que no eran muy altos, aunque las poblaciones amerindias generalmente tenían tallas menores a la de los individuos de origen europeo o africano (Ubelaker 1989b), a su vez las características fenotípicas de las poblaciones amerindias tienden a ser de una contextura gruesa, relacionado con las actividades cotidianas y a las condiciones medio ambientales a las que tuvieron que enfrentarse estos grupos, generando procesos microevolutivos particulares a este tipo de contextos (Rodríguez 1999).

Desde la ecología humana, la aparición de las enfermedades en un grupo depende de una serie de factores que interrelaciona a los individuos con el medio ecológico en el que se desarrollan las poblaciones, considerándolas dependientes y sujetas a cambios, que se traducen en procesos evolutivos y adaptativos.

Tomando este modelo interpretativo, la enfermedad se ve como un indicador de estrés, entendido como un desequilibrio del proceso de homeostasis, es decir el equilibrio energético que existe entre el aporte del medio (*input*) y el consumo humano (*output*), lo que permite la supervivencia de una población y que está condicionado por variables de tipo medio ambiental y cultural (Rodríguez 1999, 2006). Para ello es necesario medir el grado de adaptabilidad de la población a través de aspectos como la calidad de la dieta alimenticia, el estado de salud-enfermedad y la efectividad de los mecanismos reguladores de crecimiento demográfico.

Para entender los procesos asociados a las enfermedades de las poblaciones antiguas, hay que tener claro que la información que nos proporcionan los restos óseos deben incluir el contexto en el que se encontraron, de esta manera es posible realizar una interpretación más confiable. De esta forma, este tipo de observaciones permite explicar procesos de gran profundidad temporal y la forma en la que estos grupos generaron respuestas ante la acción de los diferentes factores que originaban las lesiones. No obstante, surgen algunos problemas que limitan la reconstrucción de un perfil paleopatológico y paleoepidemiológico de las poblaciones del pasado, entre ellos la ausencia de tejido blando que nos aproxime a la sintomatología de las enfermedades y las limitantes en la exactitud del diagnóstico a partir de unos pocos fragmentos óseos.

### **Frecuencia general de anomalías óseas para el total de la muestra**

Como se comentó en la metodología, para realizar el análisis en paleoepidemiología se debe tener en cuenta los aspectos no observables tanto del individuo como de la muestra en general. De esta manera, se presenta la información incluyendo aquellos datos que no pudieron ser recolectados y que se codificaron como “No observables” dado el estado de conservación de los elementos, particularmente en el caso de los cráneos. Adicionalmente, se presenta el porcentaje respecto al total de la muestra, así como el porcentaje asociado a la cantidad de observaciones posibles realizadas, el cual se denomina porcentaje efectivo.

La tabla 13 muestra la proporción de individuos que presentan alguna anomalía ósea y aquellos que no presentan ninguna. Dicho porcentaje respecto a lo observable en los individuos del contexto excavado en la Catedral de Panamá Viejo prehispánico es de 24.83% de individuos sin anomalías, mientras que aquellos que presentan algún tipo de anomalía corresponden al 75.17%, una cifra alta en

comparación con lo analizado en otros sitios del conjunto monumental de Panamá Viejo, donde se había obtenido un porcentaje efectivo de 50% para individuos con anomalías de la muestra colonial (Martín et al. 2009, Rojas et al. 2011).

Tabla 13. Proporción de individuos que presentan anomalías óseas en la muestra analizada

	<b>Frecuencia</b>	<b>% Total</b>	<b>% Efectivo</b>
No observable	12	7,64	-
Sin anomalías	36	22,93	24,83
Anomalía	109	69,43	75,17
Total	157	100,00	-
Total Efectivo	145	92,36	100,00

### **Frecuencia específica de anomalías óseas para el total de la muestra**

De acuerdo a los cambios óseos observados en la muestra, en los que se pueden identificar enfermedades, lesiones o prácticas bioculturales, en la tabla 14 y en el gráfico 13 se presentan la frecuencia y porcentaje de individuos para los cuales se diagnosticó alguno de estos elementos vinculados con el perfil paleopatológico de la población inhumada en la Catedral de Panamá Viejo. Estos aspectos están asociados a actividades de estrés como consecuencia a expresiones de tipo adaptativo, pero no todos están necesariamente vinculados con procesos patológicos (Mendonça de Souza 1999:4). Entre las lesiones sobresalen aquellas vinculadas con procesos infecciosos (30.34%), la hiperostosis porótica (29.66%), procesos entésicos (28.28%) y la enfermedad articular degenerativa - EAD (24.83%). En menor proporción se tienen algunos casos de lesiones traumáticas (13.79%), criba orbitaria y formaciones neoplásicas, cada una con un 8.97%, así como presencia de hiperostosis frontal interna y procesos inflamatorios con un 3.45% cada uno. Finalmente, se tienen registrados algunos casos de anomalías de desarrollo (4.83%), osificación heterotópica (1.38%), uno de aplanamiento no intencional de cráneo (0.69%) y otro de trepanación (0.69%).



Imagen 4. Periostitis asociado a proceso infeccioso en tibia izquierda de la UE 174.



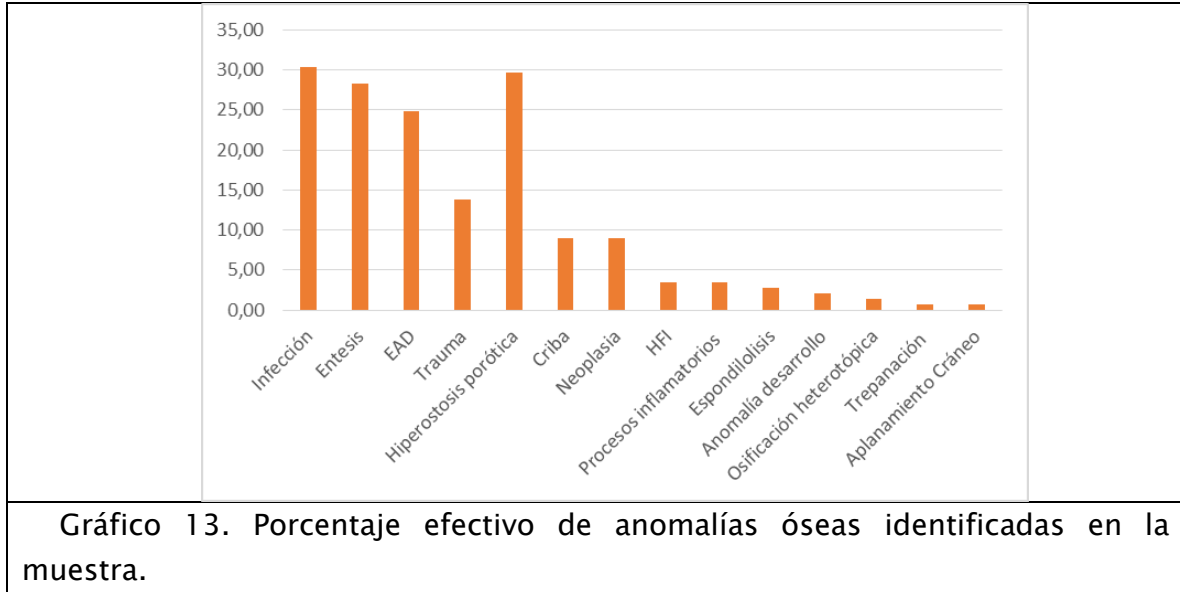
Imagen 5. Hiperostosis porótica en occipital de la UE 30.



Imagen 6. Proceso entésico en la tuberosidad radial derecha del UE 48.

Tabla 14. Proporción de anomalías óseas identificadas en la muestra de la Catedral

Lesiones o anomalías óseas	Frecuencia	% Efectivo	% Total
Infección	44	30,34	28,03
Entesis	41	28,28	26,11
Enfermedad Articular Degenerativa (EAD)	36	24,83	22,93
Trauma	20	13,79	12,74
Hiperostosis porótica	43	29,66	27,39
Cribo orbitaria	13	8,97	8,28
Neoplasia	13	8,97	8,28
Hiperostosis Frontal Interna (HFI)	5	3,45	3,18
Procesos inflamatorios	5	3,45	3,18
Espondilolisis	4	2,76	2,55
Anomalías de desarrollo	3	2,07	1,91
Osificación heterotópica	2	1,38	1,27
Trepanación	1	0,69	0,64
Aplanamiento Cráneo	1	0,69	0,64



Estas cifras sugieren un impacto importante en las condiciones de vida de la población durante los siglos XVI y XVII, en el que se evidencia un cambio en los estilos de vida que incluyen el tipo de dieta, la exposición a agentes patógenos y la incidencia de las actividades laborales en el estado de salud de estos grupos humanos. Por ejemplo, los pueblos indígenas al momento del contacto habían diseñado una estructura de aprovechamiento de recursos que se articulaba con los procesos de adaptación que habían desarrollado en función a las particularidades que les ofrecía el entorno donde vivían. Para ellos, la inversión de energía se concentraba en la producción y consumo de alimentos, aunque reservaban tiempo para la realización de otro tipo de actividades, como las asociadas a la parte ritual (Rodríguez Cuenca 1999, 2007). En este sentido, las lesiones más frecuentes en estas poblaciones estaban vinculadas a EAD, hiperostosis porótica y traumas. Sin embargo, la presencia de enfermedades infecciosas en el Nuevo Mundo como las treponematosis y la tuberculosis también tuvieron incidencia en las condiciones de salud de la población indígena (Rodríguez Cuenca 2006).

Desde el punto de vista óseo, las lesiones vinculadas con procesos infecciosos corresponden generalmente a la periostitis o reacciones en la capa externa del hueso y a la osteomielitis que compromete tanto el periostio como la cavidad medular del hueso. En términos generales, estos procesos implican una respuesta a algún tipo de agente patógeno externo como los estafilococos, estreptococos y neumococos, que ocasionan enfermedades como la lepra, la sífilis, la tuberculosis, entre otras.

Al respecto, en la muestra de la Catedral es posible ver un alto porcentaje efectivo (30.34%) de lesiones infecciosas, todas asociadas con periostitis, que se manifestó

tanto de manera focalizada como extendida principalmente en los miembros inferiores. Para el primer caso es posible que se deba a lesiones traumáticas, pero también se puede vincular con dolencias de tipo hemorrágico, metabólico, congénito, tumoral, etc. Por otro lado, cuando la lesión se presenta de manera extendida en varias regiones anatómicas, es mucho más probable que responda a factores infecciosos. No obstante, hay que distinguir las infecciones específicas de las inespecíficas, ya que una misma reacción ósea puede corresponder a distintas etiologías, lo cual dificulta el diagnóstico si no se cuenta con el esqueleto completo por factores de conservación, como fue el caso de la muestra de la Catedral de Panamá Viejo.

Sin embargo, se pudo identificar que de los individuos analizados con evidencia de lesiones infecciosas corresponde al 38.64% (10.83% en el total de la muestra), lesiones que son compatibles con treponematosis, relacionadas a su vez con enfermedades como el yaws o frambesia, el bejel, la sífilis y la pinta, siendo esta última la única que no afecta el hueso. Sobre la respuesta ósea que se genera, es difícil distinguir macroscópicamente el tipo de treponematosis que padece el individuo, pero todas afectan principalmente las tibia y dependiendo de la etiología de la enfermedad también son comprometidas las fíbulas y el cráneo, y en menor medida el fémur, antebrazo y dedos (Aufderheide y Rodríguez-Martín 1998, Fornaciari y Giuffra 2009). De los casos registrados en la Catedral todos corresponden a individuos afectados de manera bilateral en tibia y/o fíbula, con diferentes grados de severidad de la lesión, pero que en todos se manifiesta la reacción perióstica (imágenes 7 a 11).

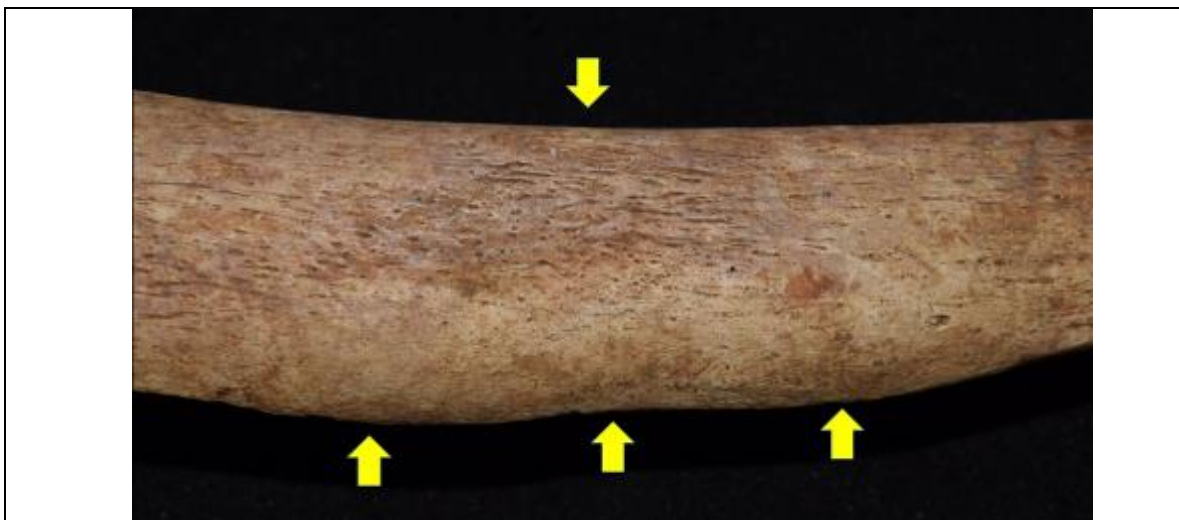


Imagen 7. Periostitis compatible con proceso infeccioso de treponematosis en tibia derecha del UE 171.



<p>Imagen 8. Periostitis en tibia compatible con treponematosis del UE 53.</p>	<p>Imagen 9. Periostitis en fíbula compatible con treponematosis del UE 96.</p>
<p>Imagen 10. Periostitis en fíbula compatible con treponematosis del UE 126.</p>	<p>Imagen 11. Periostitis en tibia compatible con treponematosis del UE 122.</p>

Por otro lado, hubo un individuo con procesos infecciosos extendidos a nivel de la columna vertebral, caracterizados por presentar lesiones líticas en forma de cavitaciones sobre los cuerpos vertebrales de T8 a T11, concentradas en la porción anterior y en las superficies laterales sin que comprometieran los márgenes superior e inferior, siendo estas lesiones compatibles con tuberculosis (TB) y brucelosis.

En el caso de la TB, se discute que en contexto bioarqueológico la presencia de la enfermedad podría estar subestimada por la baja frecuencia de lesiones presentes en el esqueleto, ya que se estima que entre el 1 y 7% de los individuos que la padecen llegan a manifestar reacciones óseas (Fornaciari y Giuffra 2009: 63). Las lesiones son ocasionadas por la difusión de los bacilos por la vía sanguínea comprometiendo las porciones ricas en médula ósea hematopoyética, localizada básicamente en las secciones metafisiarias de los huesos largos, los cuerpos vertebrales y las costillas. En la literatura paleopatológica se registra que más del 40% de las lesiones asociadas a la TB en el esqueleto se concentran en la columna

vertebral, comprometiendo la región anterior de los cuerpos localizados en la porción baja del tórax, afectando también los discos intervertebrales y, aunque frecuentemente afecta dos o más vértebras de la mitad inferior de la columna dorsal y lumbar, la L1 es en la que más se manifiesta las cavitaciones, que en casos más severos puede generar una fractura patológica que provoca el denominado “mal de Pott”, con una marcada cifosis y en otros casos se puede dar fusión de las vértebras (Aufderheide y Rodríguez-Martín 1998, Campillo 2001, Formaciari y Giuffra 2009, Waldron 2009).

Por otro lado, la TB tiene otra serie de manifestaciones en el esqueleto, por ejemplo, en las costillas se puede observar periostitis en la cara pleural de los arcos y también puede desarrollarse tuberculosis articular, siendo la articulación coxofemoral las más afectada, seguida por la sacroiliaca, la rodilla, la tibioastragálica y la astrágalo-calcaneal (Formaciari y Giuffra 2009:72).

El individuo de la UE 42 aunque tiene las lesiones líticas en los cuerpos vertebrales sin comprometer los arcos, siendo una de las características de la TB, no presenta las demás lesiones descritas anteriormente. Por otra parte, la brucelosis afecta de manera similar a la columna vertebral, y aunque se encuentra recurrencia en la región lumbar puede hallarse en otras porciones de la columna y de manera menos frecuente puede llegar a comprometer los huesos largos (Campillo 2001, Aufderheide y Rodríguez-Martín 1998). En la diagnosis diferencial con la TB se plantea que las lesiones de la brucelosis generalmente no causan abscesos paravertebrales, ni colapso de los cuerpos o cifosis, además tiende a presentar procesos destructivos y reparativos simultáneamente (Aufderheide y Rodríguez-Martín 1998: 193). Asimismo, se sugiere que con un análisis radiográfico es posible identificar una lesión esclerótica típica de esta enfermedad que afecta el ángulo anteroposterior del cuerpo (Campillo 2001:249-250).



Imagen 12. Lesiones líticas y procesos reparativos en T8, 9 y 10 de

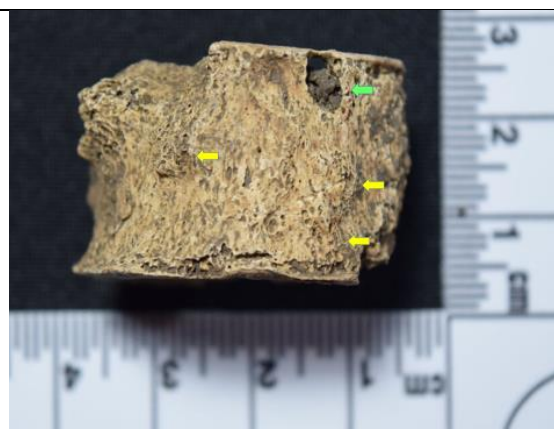


Imagen 13. Lesiones líticas (verde) y procesos reparativos (amarillo) en T10

UE 42.

de UE 42.



Imagen 14. Lesiones líticas (verde) y procesos reparativos (amarillo) en T11 de UE 42.

Observando el individuo UE 42 es posible ver los procesos reparativos junto a las lesiones líticas, pero una evaluación radiológica podría confirmar el diagnóstico. Sin embargo, en una muestra osteológica de un contexto medieval de Albania se logró identificar dos individuos con lesiones líticas cavitantes similares a las descritas para el individuo UE 42 de la Catedral de Panamá, siendo afectada la misma región de la columna, pero en allí lograron verificar el diagnóstico con pruebas moleculares los marcadores genéticos de la bacteria *Brucella spp.* (Mutolo et al. 2012).

Otro caso interesante asociado a enfermedades infecciosas es el del individuo UE 20, en el cual se observa un proceso de inflamación severa localizado en el esplacnocráneo afectando el frontal, esfenoides, etmoides, el palatino izquierdo y ambos maxilares, generando formaciones nodulares al interior de los senos paranasales y maxilares, junto con la inflamación de los alveolos dentales y la consecuente pérdida de algunos dientes. Adicionalmente la infección afecta el interior de la apertura piriforme y se observa reabsorción ósea en la espina nasal anterior. Por otro lado, se presenta un engrosamiento en estructuras como la cresta galli del etmoides, además del cuerpo y las grandes alas del esfenoides. Este tipo de lesiones son compatibles con enfermedades como la lepra, la leishmaniasis o una sinusitis severa.

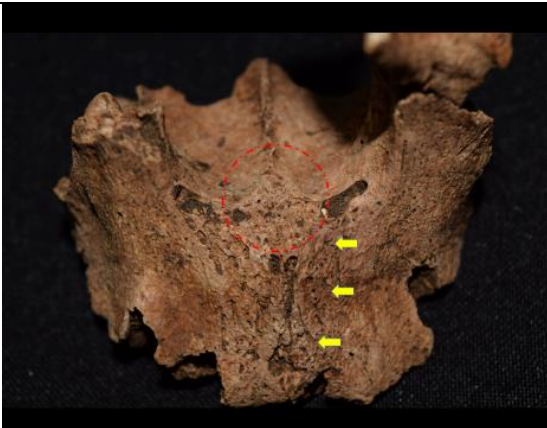


Imagen 15. Proceso reactivo en maxilares (amarillo) y reabsorción de la espina nasal anterior (rojo).



Imagen 16. Formaciones nodulares en la cavidad de los senos maxilares, zigomático izquierdo.

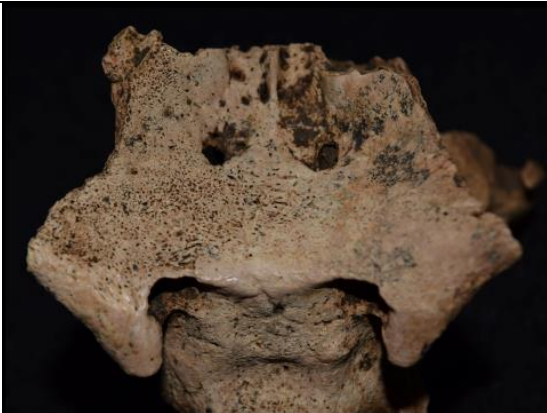


Imagen 17. Procesos reactivos en el cuerpo y alas menores del esfenoides.



Imagen 18. Proceso inflamatorio en la cresta galli.



Imagen 19. Lesiones en la apertura piriforme.



Imagen 20. Lesiones en maxilar y reabsorción alveolar en los incisivos.





La lepra es una enfermedad micobacteriana que tiene origen en el este de África y en Oriente Medio, de donde se extendió a Europa y posteriormente llegó a América con el proceso de conquista y colonización (Waldron 2009:97). Esta enfermedad afecta principalmente el sistema nervioso y la piel, pero genera respuestas óseas en estados avanzados de la lepra tuberculosa y no todos los individuos que la padecen logran manifestar lesiones en el hueso, por lo que en contexto arqueológico es de muy baja frecuencia (Aufderheide y Rodríguez-Martín 1998, Fornaciari y Giuffra 2009, Waldron 2009). En la década de los 60 Moller-Christensen logró identificar las características óseas de la enfermedad bajo el término “facies leprosa” o síndrome rinomaxilar, el cual se caracteriza por una inflamación crónica de los huesos de la nariz con consecuente atrofia y reabsorción de la espina nasal anterior, un remodelamiento de los márgenes y base de la apertura piriforme, además de la erosión de los huesos nasales, el pavimento nasal y el palatino que puede verse perforado, finalmente también se observa la reabsorción en el maxilar de los procesos alveolares con la pérdida de los incisivos centrales (Aufderheide y Rodríguez-Martín 1998, Fornaciari y Giuffra 2009, Waldron 2009).

Todos estos elementos se pueden identificar en el individuo UE 20, sin embargo, al ser representado únicamente por el cráneo no es posible identificar las lesiones características de esta enfermedad en el esqueleto postcraneal, entre las cuales se menciona la erosión concéntrica de hueso a nivel de los pies y manos, con la pérdida de los dedos y afectando en mayor medida la articulación metatarso falangea, dándole a los metatarsos un aspecto de “punta de lápiz”. Igualmente, es posible encontrar osteomielitis en los huesos del pie o cambios neuropáticos en sus

articulaciones. No obstante, al no ser tan clara la etiología de esta enfermedad en paleopatología algunos recomiendan realizar un análisis del ADN micobacterial (Waldron 2009:101).

Por otro lado, el individuo UE 20 también presenta lesiones compatibles con sinusitis maxilar crónica por las formaciones nodulares que se observan en estas cavidades junto con los procesos inflamatorios del hueso, lesiones que pueden ser consecuencia de la acción de diferentes agentes infecciosos que pudieron haber afectado al individuo (Campillo 2001, Waldron 2009), entre los cuales no se descarta la lepra o la leishmaniasis. A propósito de la leishmaniasis, esta se asocia con una infección parasítica de la piel y de las membranas mucosas que afecta a poblaciones en regiones húmedas de centro y Suramérica. Cuando la enfermedad está en un estadio avanzado afecta las cavidades mucocutáneas de la nariz comprometiendo el hueso y llegando a generar procesos destructivos que pueden afectar también las órbitas y los senos paranasales, no obstante, la diagnosis de esta enfermedad se logra con métodos histológicos (Aufderheide y Rodríguez-Martín 1998: 257) o moleculares (Costa et al. 2009).



Después de las lesiones de tipo infeccioso, las entesis y la enfermedad articular degenerativa (EAD) fueron las más frecuentes en la muestra con un 28.28% y un 24.83% efectivo respectivamente. A la llegada de los europeos, las poblaciones que se empezaron a configurar en el Nuevo Mundo empezaron a ejecutaron diferentes tipos de actividades que demandaban mayores esfuerzos físicos al tener que enfrentarse con las dificultades que representaba la adaptación a un medio ambiente y a un estilo de vida totalmente diferente. En este orden de ideas, no es extraño pensar que la población de Panamá Viejo tuvo que dedicarse a tareas pesadas que desencadenaron lesiones asociadas a la hipertrofia muscular o entesis, evidenciada en las marcadas inserciones dejadas en los huesos o en el marcado estrés sobre los mecanismos articulares del cuerpo, creando espacio para la formación de las EAD.



Imagen 22. Desarrollo de la entesis para la inserción del pectoral mayor (1),

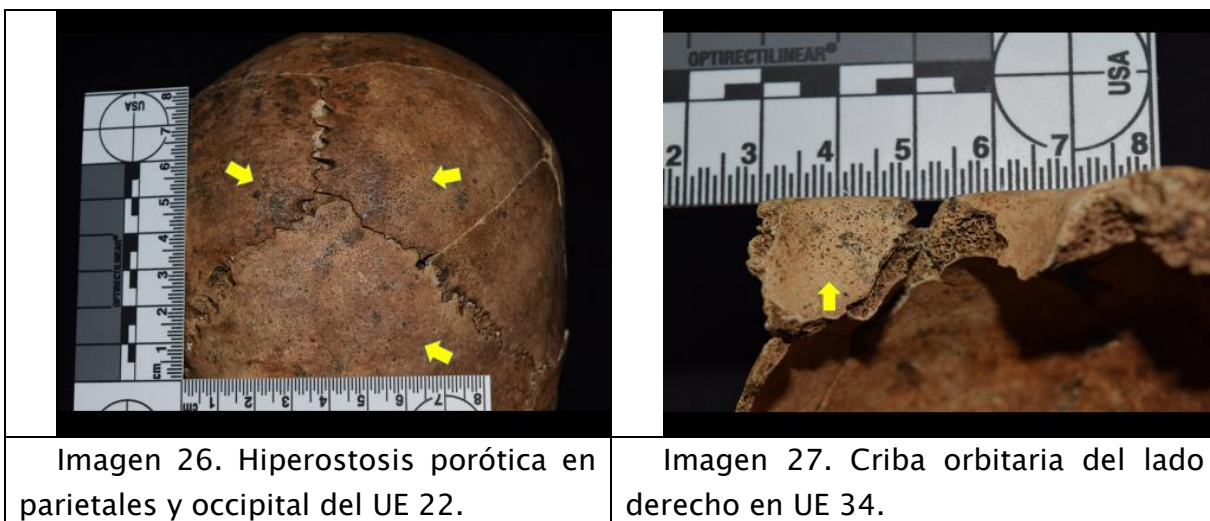


Imagen 23. Desarrollo de la entesis para la inserción del bíceps braquial en

<p>deltoides (2), dorsal ancho (3) y redondo mayor (4) en el húmero izquierdo del UE 82.</p>	<p>el radio derecho del UE 48.</p>
	
<p>Imagen 24. Cóndilos del fémur derecho del UE 153 con evidencia de eburnación y marginal lipping (EAD).</p>	<p>Imagen 25. Espondiloartrosis (EAD) con evidencia de osteofitosis (amarillo) y marginal lipping (verde) en T8 a T11 del UE 139).</p>

Sin embargo, hay que anotar que la EAD no siempre está asociada a estrés mecánico por actividad física, sino que está directamente relacionada con procesos de envejecimiento de los individuos, siendo más frecuente estas lesiones en aquellos de edad avanzada. No obstante, las características de la muestra de Panamá Viejo evidencian la presencia de adultos jóvenes en su mayoría o de adultos medios, lo que sugiere una incidencia mayor de los procesos asociados a la actividad física. En otras palabras, es probable que la población para el periodo colonial haya sido expuesta a procesos de trabajo mucho más fuertes que los del periodo prehispánico, lo que directa o indirectamente generó respuestas óseas que evidencian una marcada actividad física y lesiones compatibles con EAD.

Por otro lado, la alta frecuencia de hiperostosis dentro de la muestra (29.66%), sugiere que la población estuvo sometida a factores de estrés nutricional que desencadenaron en este tipo de lesiones en el hueso, aunque parece que no corresponde con otros rasgos característicos de este tipo de afecciones como la criba orbitaria (8.97%) y, como veremos más adelante, tampoco existe correspondencia con las hipoplasias lineares de esmalte dental. En este caso hay que considerar no solo aspectos vinculados con la dieta de estas poblaciones, sino la incidencia que tiene otro tipo de factores que pueden provocar estas lesiones como la parasitosis y los problemas intestinales que tienden a ser mucho más frecuentes en tierras bajas como Panamá, áreas en las que la prevalencia de este tipo de lesiones es mucho más alta que en regiones montañosas (Rodríguez Cuenca 2006: 178).



No obstante, si se considera como hipótesis que la hiperostosis porótica está vinculada con problemas alimenticios es importante relacionar los datos con el tipo de población que conforma la muestra excavada en la Catedral, compuesta mayoritariamente por mujeres y por individuos con rasgos predominantemente caucasoides y negroides, aspectos que serán abordados más adelante. Sin embargo, hay que señalar al respecto que para muchos pueblos la distribución de los alimentos tiende a ser diferencial según la posición social que mantiene un individuo dentro de la población, donde las porciones más grandes y los alimentos más nutritivos generalmente eran destinados a las autoridades del grupo, dejando lo último a aquellos que ocupaban la escala más baja en la pirámide social. Evidentemente este tipo de prácticas dejó en los sobrevivientes una serie de huellas que muestran el estrés nutricional al que estuvieron sometidos y que es compatible con los indicadores de hiperostosis porótica en los cráneos, la criba orbitaria en el techo de las órbitas oculares y de hipoplasias dentales. Los dos primeros rasgos generalmente se asocian con desórdenes hematopoyéticos, relacionados con la presencia de anemia ferropénica (Rodríguez 1999: 119-121), aunque como se mencionó arriba también responden a otras causas que deben ser contempladas en el análisis.

Asociado con los desórdenes de tipo metabólico, hubo evidencia en cinco de los individuos excavados una serie de lesiones que de manera sistémica afectaron la tabla interna del cráneo, específicamente en el hueso frontal. Las anomalías se caracterizan por presentar una reacción perióstica de tipo inflamatorio en diversos grados de desarrollo, donde se observa aposición ósea de apariencia nodular que compromete la vista endocránica del frontal, concentrándose la lesión principalmente en la cresta frontal y, de forma bilateral y simétrica, en la porción orbitaria. En solo uno de los casos la lesión se extiende hacia el surco sagital



superior. Estas características son compatibles con el tipo B de hiperostosis frontal interna (HFI), según la escala propuesta por Hershkovitz y colegas (1999), cuyas lesiones afectan menos del 25% de la superficie del frontal. No obstante, en solo uno de los casos es posible ver una afectación más severa de la lesión ubicándola en el tipo C de la escala de Hershkovitz (Imagen 13).

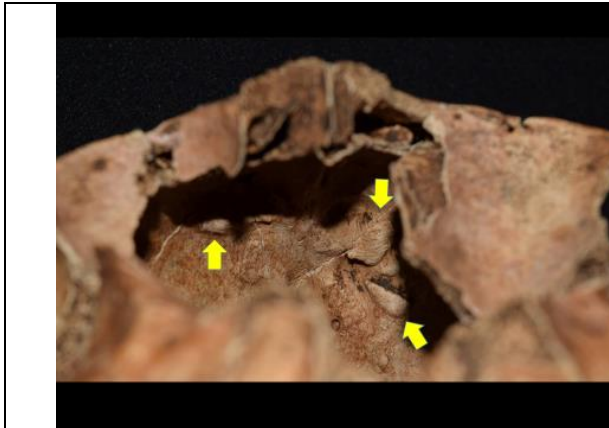


Imagen 28. Lesiones compatibles con HFI en UE 22, individuo femenino.

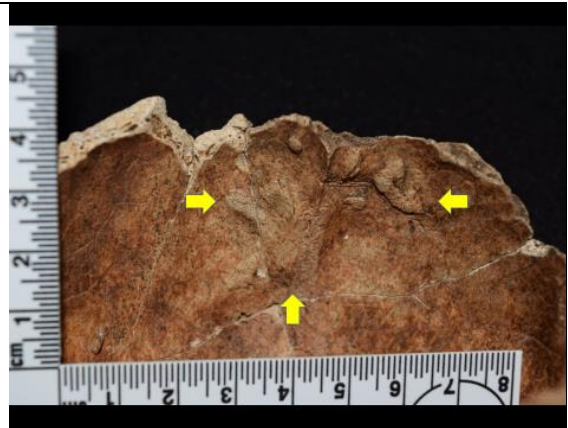


Imagen 29. Lesiones compatibles con HFI en UE 29, individuo masculino.

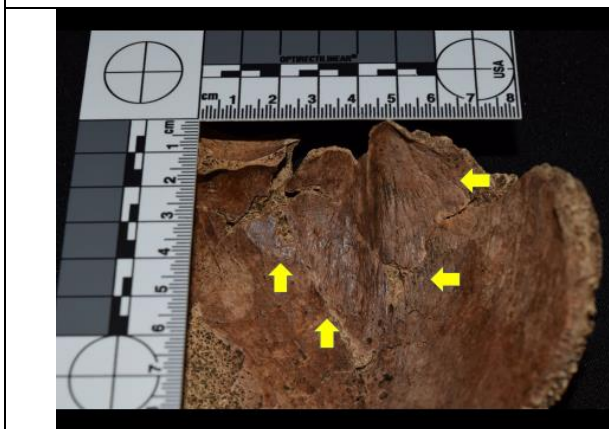


Imagen 30. Lesiones compatibles con HFI en UE 30, individuo masculino.

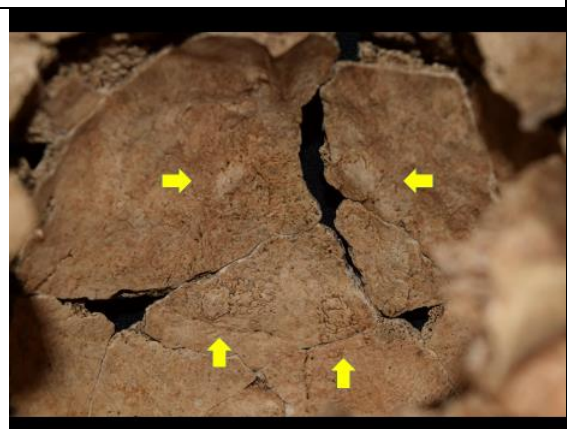


Imagen 31. Lesiones compatibles con HFI en UE 78, individuo femenino.



Imagen 32. Lesiones compatibles con el tipo C de HFI en UE 18, individuo femenino.

Aún se discute la prevalencia de esta lesión en las poblaciones modernas, aunque es mucho más frecuente en individuos femeninos (24%) que masculinos (5%), y donde su etiología aún no es clara. Por ejemplo, se señala que la HFI está relacionada con desórdenes hormonales, regulación anómala de la glucosa, hipertensión arterial, obesidad y factores genéticos (Belcastro et al. 2011). Los cráneos identificados en la Catedral con estas lesiones, corresponden a tres individuos femeninos, dos adultos jóvenes y otro adulto medio, y dos masculinos, ambos identificados como adultos, pero sin precisar el grupo etario. Llama la atención que en las mujeres el aumento de la severidad y ocurrencia la lesión está relacionado con la edad y que las manifestaciones moderadas (tipos A y B) al parecer no tienen relación significativa con los grupos étnicos, lo que sí sucede con manifestaciones más severas con una frecuencia más alta en poblaciones africanas (Hershkovitz et al. 1999: 310–311). En el caso de los individuos masculinos, es frecuente que se presente la manifestación más leve de la lesión (tipo A), pero cuando se presenta el tipo B generalmente es en individuos mayores de 50 años (Hershkovitz et al. 1999: 311). No obstante, y a pesar de los pocos casos registrados en la literatura, la etiología en individuos masculinos parece corresponder desórdenes en las hormonas sexuales, asociados a procesos de feminización, reducción de la testosterona y atrofia testicular (Belcastro et al. 2011). Sin embargo, para el caso de los individuos de la Catedral de Panamá Viejo es difícil identificar la causa de la lesión.

Por otro lado, llama la atención el número de lesiones traumáticas que hay en la muestra llegando a un 13.79% efectivo, de ellas el 65% se concentran en el cráneo y

las demás corresponden a fracturas registradas en los miembros superiores (tres casos), inferiores (tres casos) y un caso en una de las vértebras coccígeas. De las fracturas en el cráneo se evidencian que todas, a excepción de dos, cicatrizaron en vida de los individuos y se vinculan con golpes que posiblemente hayan sido efectuados con instrumentos contundentes. En dos de los casos se observa que la lesión tiene una apariencia elástica y con una coloración en los márgenes de la fractura consistentes con un evento perimortem. En uno de ellos se observa además que la lesión dejó un margen regular, profundo y alargado, en forma lanceolada, que es consistente con un arma cortante, pero del otro lado se observa una pared irregular que puede responder al movimiento efectuado para sacar la hoja del instrumento que efectuó la herida, lo que provocó la fractura de esta porción del hueso, estas características sugieren el uso de un arma corto contundente. Sin embargo, hay que ser cuidadosos en este tipo de observaciones, ya que la tafonomía del sitio pudo haber provocado esta fractura, aunque se podría verificar con un análisis microscópico (SEM) la temporalidad de la lesión (peri o postmortem) y si el arma dejó algún tipo de traza en el hueso.



Imagen 33. Lesión traumática cicatrizada en frontal del UE 56.



Imagen 34. Lesión traumática cicatrizada en parietales del UE 66.



Imagen 35. Lesión consistente con



Imagen 36. Fractura cicatrizada en el

herida por arma corto contundente perimortem en UE 15.	tercio distal de la ulna y radio izquierdos del UE 180.
	
<p>Imagen 37. Fractura cicatrizada de la primera vértebra coccígea del UE 167, y espina bífida incompleta.</p>	<p>Imagen 38. Fractura cicatrizada del fémur izquierdo del UE 171.</p>

Con el 8.97% efectivo en el total de la muestra, las neoplasias o tumores tienen una prevalencia relativamente alta en la cual cerca del 84% de los individuos diagnosticados con neoplasias presentan osteomas en el cráneo. El porcentaje restante corresponde a dos individuos que presentan formaciones tumorales óseas, ambos localizados en la diáfisis del fémur con bordes muy bien delimitados y compuestos por hueso compacto no reactivo, aunque con tamaños diferentes (uno de 20 mm. aproximadamente y el otro de 4 mm.) pueden estar asociados a enostosis, conocidos también como islas óseas, los cuales son tumores benignos que no tienen ninguna diferencia en sexo o edad en su prevalencia (Waldron 2009: 172). Por su parte, los osteomas no tienen ningún tipo de significancia clínica y son bastante frecuentes, caracterizados por formarse en el periostio con bordes muy bien delimitados, de hueso compacto y usualmente pequeños (no superan los 10 mm. de diámetro), siendo más frecuente en el frontal y los parietales, se presenta en ambos sexos y en todas las edades (Waldron 2009, Fornaciari y Giuffra 2009). En la muestra fue posible identificar un caso de osteomas múltiple, que no son muy frecuentes en contexto paleopatológico, pero que se vincula con manifestaciones secundarias de enfermedades como el síndrome de Gardner, trastorno hereditario caracterizado por pólipos de colón (Auferheide y Rodríguez-Martín 1998: 375, Fornaciari y Giuffra 2009: 306).





Imagen 39. Osteoma identificado en el frontal del UE 18.



Imagen 40. Osteoma identificado en el temporal derecho del UE 123.



Imagen 41. Enostosis en tibia derecha del UE 42.







Imagen 42. Osteomas múltiples en cráneo del UE 125.

Respecto a las anomalías de desarrollo óseo, se logró identificar que cerca del 4.83% efectivo de la muestra han desarrollado este tipo de lesiones, donde más de la mitad de ellas (2.76%) corresponden a espondilólisis. Esta anomalía se presenta cuando se produce la separación del arco posterior al cuerpo vertebral, cuando la columna vertebral se encuentra sometida a un estrés continuo y aumenta con la fragilidad que pueda tener este elemento óseo (Aufderheide y Rodríguez-Martín 1998, Ortner 2003, Fornaciari y Giuffra 2009).

Generalmente la fractura del arco vertebral puede ser completa o incompleta, sucede en etapa juvenil y conducen a la formación de una pseudoarticulación, donde el arco permanece unido al cuerpo gracias a los ligamentos y al tejido fibroso localizado en esta región, por lo que puede ser asintomática aunque en algunos casos la lesión puede complicarse al irse el cuerpo anteriormente y generar una compresión de la médula, esta condición se llama espondilolistesis (Fornaciari y Giuffra 2009: 290-291).

Usualmente la lesión se presenta en la L5 y de manera menos frecuente en la L4, en los cuatro casos registrados para la Catedral de Panamá Viejo se presentó un caso con espondilólisis completa de la L4, uno completo en L5, uno incompleto en L5 y un individuo que manifestó espondilólisis completa de L4 y L5.

	
<p>Imagen 43. L4 con espondilólisis completa en el UE 159, en amarillo la remodelación del pedículo fracturado.</p>	<p>Imagen 44. Espondilólisis incompleta en L5 del UE 51.</p>
	
<p>Imagen 45. Espondilólisis completa en L4 y L5 del UE 50.</p>	<p>Imagen 46. Espondilólisis completa en L5 del UE 145.</p>

Otras malformaciones observadas en la muestra se vinculan a anomalías de tipo congénito como la espina bífida, presente en uno de los casos de manera incompleta, por lo que seguramente no generó ningún tipo de problema en la movilidad del individuo. Pero que se distingue en el cierre incompleto de los arcos neurales posteriores para las vértebras sacrales 4 y 5 (imagen 37). Asimismo, se registró un caso con vertebras transicionales, puntualmente la lumbarización de la primera vértebra sacral, la cual asume una forma similar a una vértebra lumbar y afecta en prevalencia a los individuos de sexo femenino (Fornaciari y Giuffra 2009: 292). Finalmente se registró una asimetría ósea entre los huesos semilunar de las manos del individuo, donde aquel de la izquierda presentaba una atrofia de la carilla articular para el piramidal, siendo más pequeña.



Imagen 47. Lumbarización de la S1 en el UE 122.

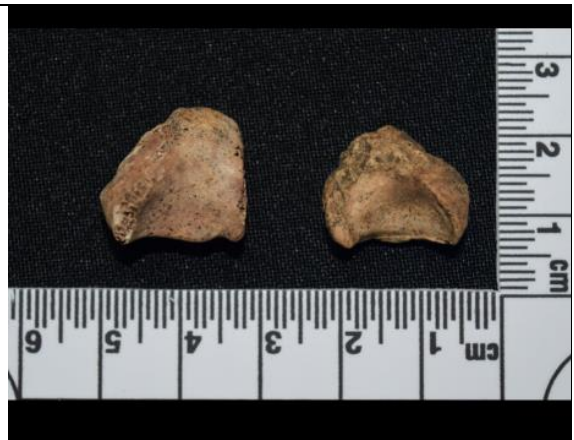


Imagen 48. Asimetría en los huesos semilunares del UE 46.

Finalmente, hubo tres cuatro interesantes desde el punto de vista paleopatológico, aunque estadísticamente no son significativos, ya que responden a lesiones diferentes. En primera medida se registraron dos casos de osificación heterotópica, que se vincula con formación de hueso en el tejido blando como resultado de procesos traumáticos, cirugías, quemaduras, inmovilidad prolongada o a desordenes del sistema nervioso central (Waldron 2009: 79). En la literatura también se le puede encontrar bajo el nombre de miositis osificante traumática (Aufderheide y Rodríguez-Martín 1998:26-27), pero no se recomienda emplearlo porque puede generar confusiones con la miositis osificante progresiva que tiene otras implicaciones etiológicas. La osificación heterotópica es resultado de un trauma muscular que produce un hematoma que compromete también el periostio o por avulsión de los tendones donde se inserta el musculo al hueso (Aufderheide y Rodríguez-Martín 1998, Waldron 2009). Las áreas en las que se manifiesta más frecuentemente esta lesión son en el codo, el hombro, la pelvis y la línea áspera del fémur (Aufderheide y Rodríguez-Martín 1998:26). Precisamente los dos casos registrados en la catedral se asocian a la inserción del vasto medial y el vasto lateral, cuyo origen e inserción respectivamente se encuentran en la parte posterior y medial del fémur.





Imagen 49. Osificación heterotópica del vasto lateral en el fémur izquierdo del UE 160.



Imagen 50. Osificación heterotópica del vasto lateral y medial en el fémur derecho del UE 52.

Por otro lado, se registró en uno de los individuos un aplanamiento craneal no intencional al nivel de la porción posterior de los huesos parietales en articulación con el occipital, dada lo leve de la deformación y la forma en la que se produjo es probable que se vincule a la posición fija que pudo haber tenido la cabeza durante el proceso de desarrollo y crecimiento del individuo. Finalmente, se observó un caso de trepanación, dicha intervención se realizó sobre el parietal izquierdo y se alcanza a ver que hubo supervivencia del individuo, esto gracias a la remodelación ósea que se evidencia en la diploe del cráneo. Este tipo de intervenciones son frecuentes durante el periodo medieval y postmedieval en Europa con diversas técnicas e instrumentos (Fornaciari y Giuffra 2009), que en este caso podría corresponder a una técnica abrasiva por la forma elipsoidal de la lesión circundada por la disminución del grosor de la tabla ósea.



Imagen 51. Aplanamiento no intencional del cráneo para el UE 43.

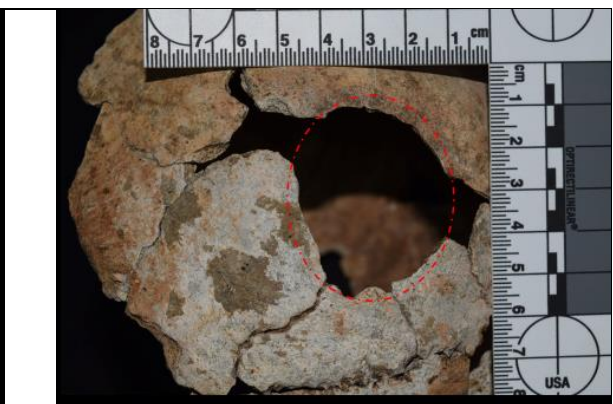


Imagen 52. Evidencia de trepanación en el parietal izquierdo del UE 202.



### Frecuencia general de anomalías dentales para el total de la muestra

Respecto a la dentadura, una buena proporción de individuos revelaron anomalías asociadas a morbilidad dental, llegando al 47.77% del total de la muestra con un 100% efectivo en el registro de las lesiones o anomalías dentales (tabla 15), donde también se consideró el número de casos no observables en la muestra. Al respecto, las altas cifras de casos no observables responden a factores de conservación o de representación de los dientes, a pesar que estos representan el tejido más duro y resistente del cuerpo humano y que en contexto arqueológico muchas veces se conservan mejor que los restos óseos, pero dadas las particularidades de formación del sitio en la Catedral, reducciones y alteraciones principalmente, pudieron haberse perdido o descontextualizado varios de estos elementos.

Tabla 15. Proporción de individuos que presentan anomalías dentales en la muestra analizada

	Frecuencia	% Total	% Efectivo
No observable	82	52,23	-
Sin anomalías	0	0,00	0,00
Anomalía	75	47,77	100,00
Total	157	100,00	-
Total Efectivo	75	47,77	100,00

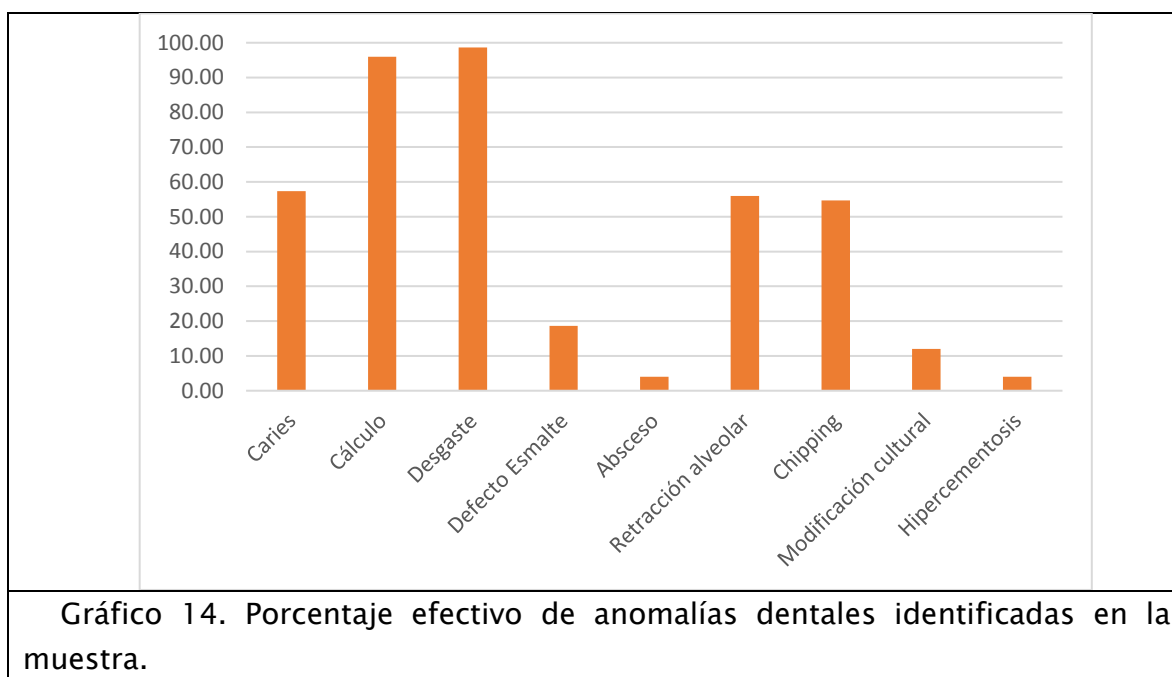
### Frecuencia específica de anomalías dentales para el total de la muestra

La información que se obtiene de la morbilidad dental ayuda a reconstruir entre otras cosas algunos aspectos sobre la dieta de los individuos, episodios de estrés nutricional o enfermedad y elementos comportamentales que quedan registrados en los dientes, lo que sirven de indicadores para las condiciones de salud y calidad de vida de la población. Durante el curso de la vida estas estructuras no cambian y a diferencia del hueso no poseen capacidad reparativa, a excepción de la dentina cuyos procesos son poco funcionales a la salud del diente.

Entre las anomalías o lesiones dentales registradas en la muestra de la Catedral de Panamá Viejo se identificó que la más frecuente fue el desgaste dental por procesos masticatorios con el 98.67% efectivo, seguido de cerca por la presencia de cálculo dental con un 96%. Posteriormente se presentaron casos de caries con el 57.33%, retracción alveolar asociada a enfermedad periodontal con el 56% y fracturas de esmalte o *chipping* con el 54.67%. En menor proporción se encuentra con un 18.67% los defectos esmalte, entre las que están las hipoplasias, además de algunos casos de modificación cultural con el 12% y, finalmente, algunos casos de abscesos periapicales e hipercementosis con el 4% efectivo cada lesión (tabla 16 y gráfico 14).





Tabla 16. Proporción de anomalías dentales identificadas en la muestra de la Catedral

Anomalia o lesión	Frecuencia	% Efectivo	% Total
Caries	43	57,33	27,39
Cálculo	72	96,00	45,86
Desgaste	74	98,67	47,13
Defecto Esmalte	14	18,67	8,92
Absceso	3	4,00	1,91
Retracción alveolar	42	56,00	26,75
Chipping	41	54,67	26,11
Modificación cultural	9	12,00	5,73
Hipercementosis	3	4,00	1,91



En estos datos la lesión causada por desgaste en la superficie oclusal de los dientes se asoció a los procesos de masticación alimenticia que se manifestó en distintos grados en la población colonial de Panamá Viejo, otro tipo de desgastes asociados a actividad laboral, prácticas bioculturales o al sostenimiento frecuente de objetos con los dientes, se registró como modificaciones culturales. Asimismo, desgastes producto de una mala atrición o de bruxismo no fueron identificados en la muestra. Hay que señalar que el desgaste oclusal se debe al contacto de partículas abrasivas que pueden ser asociadas a la comida u otro tipo de elementos con el que se preparan los alimentos. Por ejemplo, para el procesamiento y molienda del maíz durante el periodo prehispánico y seguramente durante la colonia, empleaba metates y manos de moler en piedra que desprendían partículas que

consecuentemente pronunciaban aún más el desgaste. Asimismo dietas abrasivas, nuevamente como el maíz, pudieron haber sido un factor determinante en este tipo de lesiones.

	
<p>Imagen 53. Procesos de desgaste oclusal en dientes inferiores del UE 12.</p>	<p>Imagen 54. Procesos de desgaste oclusal moderado en dientes superiores del UE 5.</p>
	
<p>Imagen 55. Diferentes grados de desgaste en mandíbula del UE 86.</p>	<p>Imagen 56. Procesos de desgaste oclusal en dientes superiores del UE 135.</p>

Producto de una dieta abrasiva también se presentan las fracturas de esmalte o *chipping*, que en algunos casos logran comprometer también a la dentina. Generalmente se localizan en el margen incisal de los dientes anteriores o en las crestas de las cúspides de la corona (Chai et al. 2011, Towle et al. 2017). Muchas veces estas fracturas se pueden confundir con eventos postdeposicionales, por lo que hay que fijarse en los márgenes redondeados y suaves que pueda tener el *chipping*, incluso con algún signo de desgaste y una tonalidad similar al esmalte adyacente. Esta es una de las lesiones traumáticas más frecuentes en el esmalte e implican el contacto de los dientes con un elemento duro que provoca la lesión, que en procesos masticatorios se pueden generar de dos formas: 1) por micro contactos acumulativos asociados con partículas pequeñas asociadas a la dieta y, 2) por macro

contactos individuales con elementos más duros como nueces, granos o semillas (Chai et al. 2011). Aunque las fracturas de esmalte generalmente se asocia con causas alimenticias, es posible relacionarlas con el procesamiento de alimentos, contaminantes ambientales, eventos traumáticos y prácticas culturales (Towle et al. 2017), lo cual dificulta identificar el origen de estas lesiones. Sin embargo, llama la atención que en la muestra analizada alcanza un 54.67% efectivo, y probablemente este contexto también se vincule con procesos asociados a la dieta.



Imagen 57. *Chipping* en M1 superior izquierdo del UE 27.



Imagen 58. *Chipping* en M2 inferior derecho del UE 8.





Imagen 59. *Chipping* en P2 superior derecho del UE 60.



Respecto al cálculo dental, se también observa una alta prevalencia en la muestra (96% efectivo), este caracteriza por la mineralización de la placa bacteriana coadyuvado por la presencia de saliva, por lo que las piezas dentales ubicadas cerca

a los ductos salivares son las más afectadas (Canci y Minozzi 2012, Hillson 1996). Existen dos tipos de cálculo dental, el supra gingival y el sub gingival, el primero se anexa al esmalte sobre el margen gingival y aunque en vida está muy adherido a la corona, tiende a perderse fácilmente en el contexto arqueológico. Por su parte, el cálculo sub gingival se deposita en la superficie de la raíz, siendo más delgado, duro y más mineralizado que el supra gingival (Hillson 1996: 256–257).

El cálculo generalmente se vincula con dietas ricas en carbohidratos, pero también incide una higiene oral poco adecuada, lo que facilita la acumulación de la placa bacteriana. Otro tipo de procesos vinculados a la maloclusión o parálisis faciales crean espacios en los que el cálculo empieza a depositarse, pero también incide la edad presentándose de manera más frecuente a medida que el individuo envejece (Hillson 1996). Asimismo, se plantea una relación inversa en la presencia de cálculo y caries dental, que aunque se pueda manifestar ambas anomalías en el mismo diente, la tendencia es que las caries se presenten en sectores del diente desprovistas de cálculo dental (Hillson 1996), situación que se ajusta a lo observado en la Catedral de Panamá Viejo, donde la prevalencia de caries es del 57.33% efectivo.

	
<p>Imagen 60. Cálculo dental en la superficie lingual de los molares inferiores izquierdos del UE 12.</p>	<p>Imagen 61. Cálculo dental en M2 y M3 superiores izquierdos que cubren la superficie oclusal, lingual y vestibular en el UE 102.</p>



	
<p>Imagen 62. Cálculo depositado en la superficie lingual en dientes inferiores del UE 49.</p>	<p>Imagen 63. Cálculo depositado en la superficie lingual en dientes superiores del UE 201.</p>

La caries se caracteriza por ser una enfermedad degenerativa del tejido duro del diente, es decir, el esmalte pero que en estados avanzados puede llegar a comprometer la dentina y el cemento. Esta es causada por la presencia de bacterias comensales que se activan con el desequilibrio de la flora bacteriana y la progresiva desmineralización del esmalte, situación que se ve favorecida por el consumo de carbohidratos y azúcares, con los que se han hecho pruebas experimentales para verificar el potencial cariogénico de estos elementos en la dieta (Hillson 1996: 276–278). Por otro lado, factores como una inadecuada higiene oral, la exposición de las superficies dentales desprovistas de esmalte, la edad, anomalías odontogénicas, enfermedades sistémicas y periodontales también pueden predisponer esta condición (Canci y Minozzi 2012: 201–202).

	
<p>Imagen 64. Caries que afecta cámara pulpar en premolar 1 superior derecho del UE 123.</p>	<p>Imagen 65. Caries cervical en el M2 superior derecho del UE 13.</p>

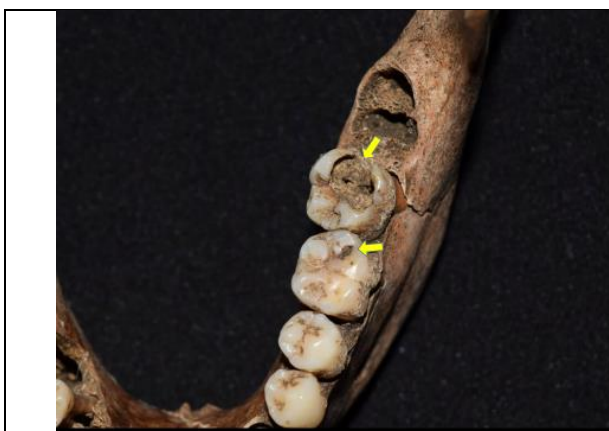


Imagen 66. Caries en M1 y M2 inferior izquierdo del UE 129.



Imagen 67. Caries cervical en el P1 superior derecho del UE 95.

La caries puede provocar la pérdida de la pieza, pero la causa más frecuente de ello es la parodontopatía o la inflamación de los tejidos de soporte del diente, provocado por la acción de la placa bacteriana la cual afecta inicialmente la encía y se extiende a la mucosa, al ligamento periodontal y el hueso alveolar, generando la inflamación y retracción del margen alveolar y en casos avanzados la inflamación de la raíz formando granulomas periapicales, con la consecuente pérdida del diente (Hillson 1996, Canci y Minozzi 2012). En la muestra de la Catedral de Panamá Viejo, este tipo de lesiones corresponden al 56% efectivo, mostrando una prevalencia considerable en la población analizada, sin embargo las causas son de origen multifactorial que incluyen aspectos genéticos, ambientales, de higiene y dieta, por lo que es difícil asociarlo con un elemento específico.



Imagen 68. Retracción del margen alveolar en mandíbula del UE 12.



Imagen 69. Retracción del margen alveolar en mandíbula del UE 43.



Imagen 70. Retracción del margen alveolar en maxilar del UE 78.



Imagen 71. Pérdida de piezas dentales antemortem en UE 97, probablemente por enfermedad periodontal.

La inflamación de los tejidos periodontales puede facilitar el ingreso de bacterias a través de las caries, la fractura del diente o por un desgaste excesivo, generando la inflamación y posterior necrosis del tejido pulpar, lo que posteriormente atraviesa la raíz y generando una infección en el ápice con acumulación de pus, lo que forma un absceso periapical que puede drenar a través de una fístula que se forma en el hueso maxilar y que no siempre es visible macroscópicamente. En la muestra analizada, estas lesiones corresponden a solo el 4% efectivo, es decir en 3 casos.



Imagen 72. Fístula de drenaje en absceso del espacio para M3 inferior derecho en UE 176.





Imagen 73. Absceso periapical en M1 inferior derecho del UE 19.



Imagen 74. Absceso periapical en espacio de M1 superior derecho del UE 31.

Uno de los indicadores de estrés nutricional más frecuentes en paleopatología son los defectos de esmalte y particularmente las hipoplasias, estas se manifiestan en forma de líneas o pocetas sobre la superficie de la corona y brinda información sobre las condiciones de salud de las poblaciones infantiles, ya que solamente se forman en el proceso de formación y crecimiento del diente y señalan episodios específicos de duración limitada que responden a eventos de deficiencia nutricional (hipovitaminosis A o D), enfermedades (infecciones, influenza, diabetes materna, etc.), parasitosis, gastroenteritis, entre otras causas (Canci y Monozzi 2012). En Panamá Viejo se registró una prevalencia del 18.67% efectivo.



Imagen 75. Hipoplasia de esmalte en M2 superior izquierdo, asociado al UE 180.



Imagen 76. Hipoplasia de esmalte en canino inferior izquierdo, asociado al UE 16.



Imagen 77. Hipoplasia de esmalte en canino e incisivo lateral superior derecho, asociado al UE 70.



Imagen 78. Hipoplasia de esmalte en M1 y M2 superior derecho, asociado al UE 201.

En el 12% efectivo de la muestra fue posible registrar distintos tipos de modificación cultural en los dientes, particularmente concentrados en los dientes anteriores, que en 4 de los 9 casos registrados corresponden a afilamiento dental que comprometen los incisivos principalmente aunque también es posible verlo en algunos caninos, tanto en la arcada inferior como superior. Esta modificación se puede vincular con prácticas bioculturales en África Subsahariana donde se realiza el afilamiento vinculado frecuentemente con aspectos estéticos y de diferenciación étnica, y en menor medida con ritos iniciación a la adultez, castigo, resistencia al dolor y otras tradiciones culturales (Irish 2017: 35).

La técnica empleada para esta modificación ha sido registrada etnográficamente para los pueblos Aka de la República Centroafricana, allí los pacientes apoyan la cabeza sobre el regazo de quien realiza la intervención, posteriormente se le hace morder con los molares una rama para dejar al aire los incisivos y a continuación con la ayuda de un cuchillo o cincel y un martillo en piedra se golpea los dientes para darles la forma deseada, finalmente se liman los dientes para corregir posibles imperfecciones (Irish 2017: 40–41). Entre las complicaciones que se pueden generar con esta intervención están las caries, la muerte o pérdida del diente, abscesos y traumas debidos a la exposición de la pulpa, sin embargo, ninguna de estas lesiones fue registrada en los dientes que presentaban afilamiento en la muestra de la Catedral.

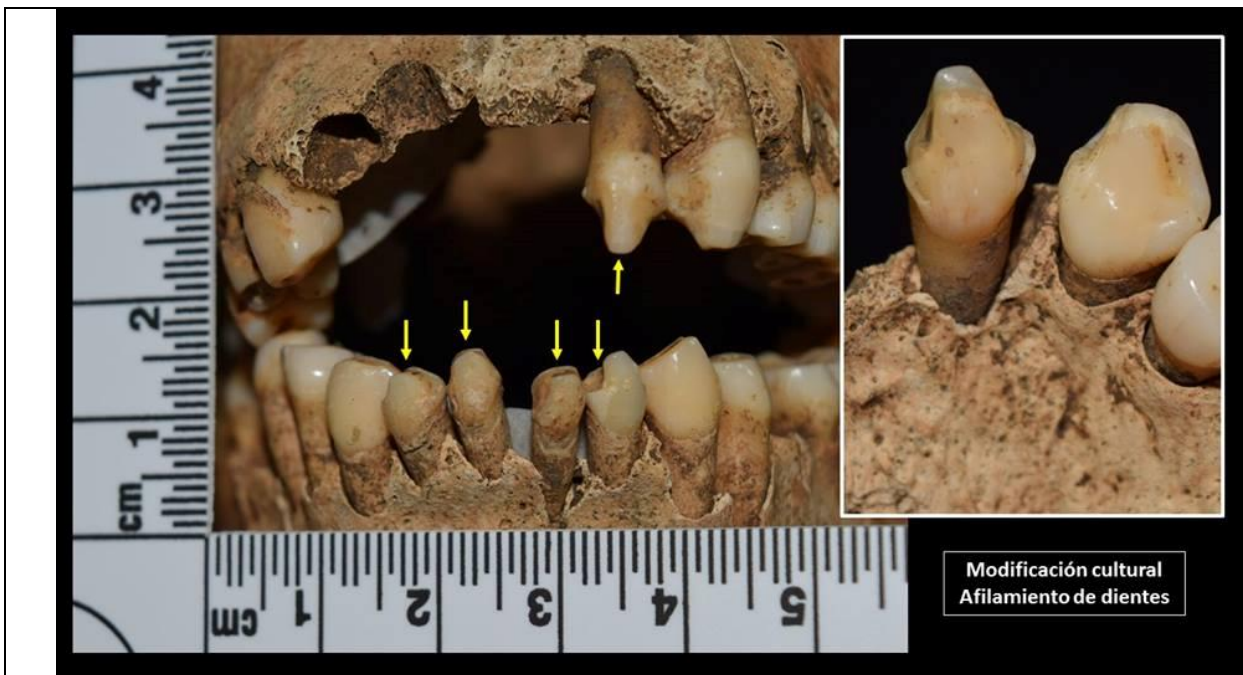


Imagen 79. Afilamiento dental en los incisivos del individuo del UE 82.

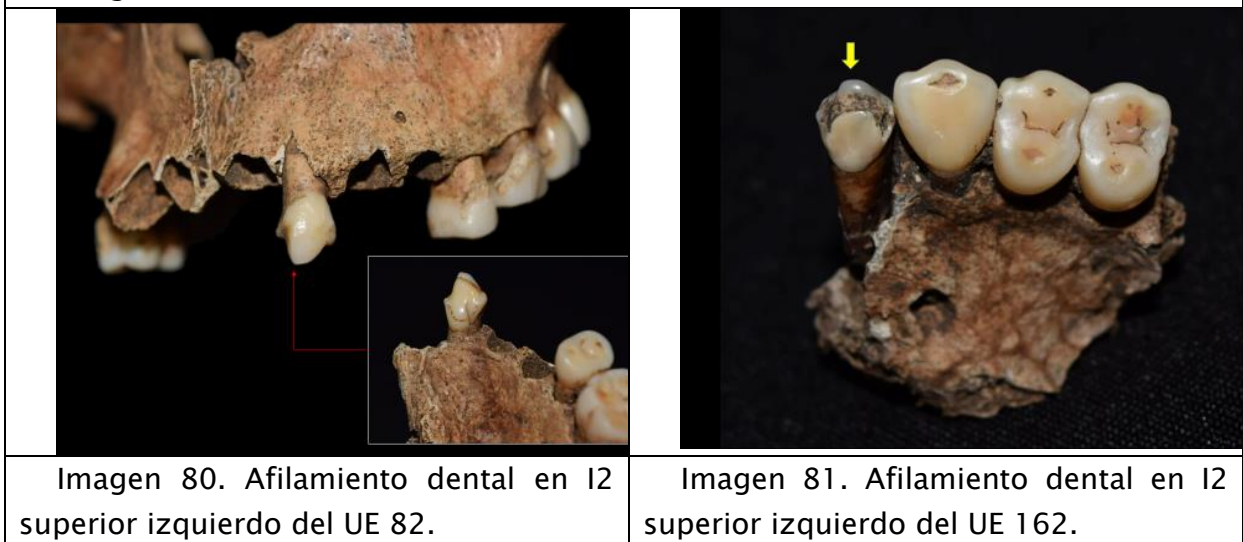


Imagen 80. Afilamiento dental en I2 superior izquierdo del UE 82.

Imagen 81. Afilamiento dental en I2 superior izquierdo del UE 162.

En cuatro individuos más se registra un desgaste interproximal que se manifiesta a través de concavidades o surcos localizados en dirección buco lingual en la porción media de la corona o del cuello cervical, encontrándose preferentemente en los dientes anteriores, aunque es posible hallarlos en los demás dientes. Este tipo de modificaciones generalmente se vincula con el uso de mondadientes u objetos miliares empleados para la higiene dental o con actividades laborales como el desmontaje de los tendones de animales (Hillson 1996: 251), la preparación de fibras vegetales o como “tercera mano” en la fabricación de artefactos (Canci y Minozzi 2012: 208).





Imagen 82. Desgaste interproximal entre P1 y C superior derechos del UE 43.



Imagen 83. Desgaste interproximal en incisivos inferiores del UE 8.



Imagen 84. Evidencia de LSAMAT en incisivos superiores derechos del UE 43.



Imagen 85. Evidencia de LSAMAT en incisivos superiores izquierdos del UE 91.

Otro desgaste anómalo que se registra en la muestra es compatible con desgaste de la superficie lingual de los dientes anteriores del maxilar o LSAMAT, su sigla en inglés, que ha sido reportado de manera frecuente en material bioarqueológico de contexto americanos prehispánicos y que ha sido asociado a la dieta o el uso de los dientes en la preparación de alimentos o en la manufactura de instrumentos (Hillson 1996: 252–253).

Finalmente, con un 4% efectivo correspondiente a 3 casos se logró identificar en algunos dientes una masiva sobreproducción de cemento, anomalía conocida como hiper cementosis, la cual da un aspecto bulboso e irregular a las raíces. Aunque el origen es desconocido, puede relacionarse con desgaste excesivo o maloclusión, pero también se ha reportado para enfermedades como el mal de Piaget y en cambios óseos de la mandíbula y el maxilar (Hillson 1996: 205–206).

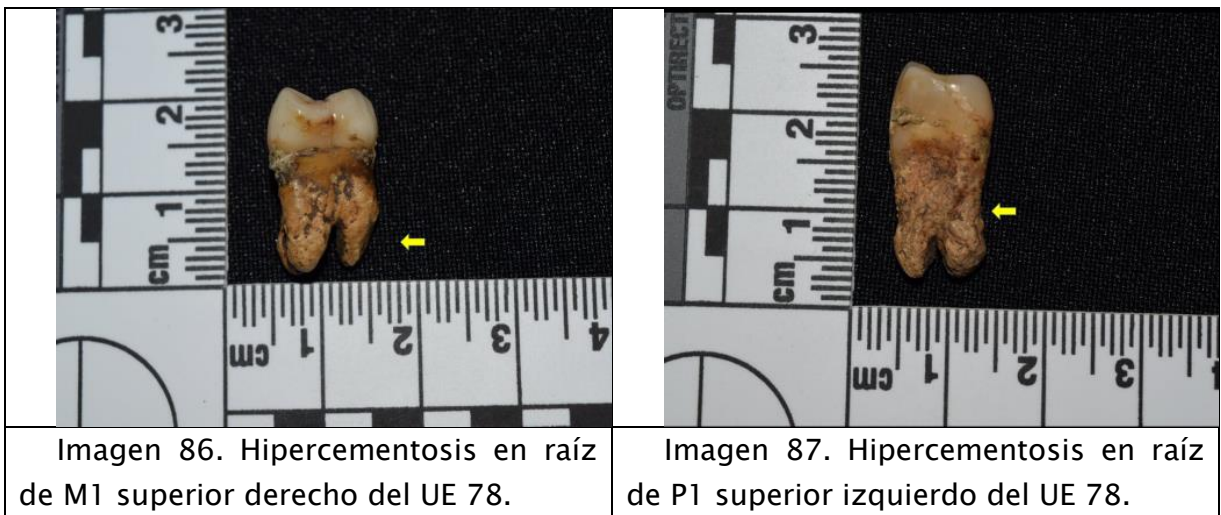


Imagen 86. Hiper cementosis en raíz de M1 superior derecho del UE 78.

Imagen 87. Hiper cementosis en raíz de P1 superior izquierdo del UE 78.

### Frecuencia general de anomalías óseas por sexo, edad y ancestro

Si se observan las anomalías óseas en los grupos definidos según sexo, se tiene que hay una diferencia marcada entre individuos femeninos y masculinos para la muestra excavada en la Catedral de Panamá Viejo. Mientras que las mujeres presentan un 67.82% efectivo, la proporción de hombres que manifiestan al menos una anomalía ósea corresponde al 95.45% (tabla 17).

Tabla 17. Proporción de individuos por sexo que presentan anomalías óseas en la muestra.

	Femenino		Masculino			Indeterminado			
	Frec.	% Total	% Efec.	Fre	% Total	% Efec.	Frec.	% Total	
c.									
No observable	8	8,42	-	2	4,35	-	2	12,50	-
Sin anomalías	28	29,47	32,18	2	4,35	4,55	6	37,50	42,86
Anomalía	59	62,11	67,82	42	91,30	95,45	8	50,00	57,14
Total	95	100,00	-	46	100,00	-	16	100,00	-
Total Efectivo	87	91,58	100,00	44	95,65	100,00	14	87,50	100,00

Ahora bien, si la muestra es organizada según los grupos de edad tan solo el 36.36% efectivo corresponde a individuos subadultos con al menos una lesión o anomalía ósea, donde los juveniles (60%) y los infantes II (50%) son los que evidencian los valores más altos. Sin embargo, hay que considerar que estos individuos estuvieron subrepresentados en la muestra, por lo que las observaciones pueden tener algunos sesgos. Respecto a los adultos, los adultos medios presentan una alta prevalencia de individuos con presencia de al menos una anomalía con un 90.91% efectivo, mientras que los adultos jóvenes llegan al 78.05%, y aquellos adultos a los cuales no fue posible precisar su rango de edad alcanza el 68.97%

(tabla 18). Esto responde a los modelos epidemiológicos donde se espera que las anomalías y lesiones aumentan proporcionalmente con la edad.

Tabla 18. Proporción de individuos por grupos de edad que presentan anomalías óseas en la muestra.

	Infante I			Infante II			Juvenil		
	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.
No observable	0	0,00		0	0,00		0	0,00	
Sin anomalías	4	100,00	100,00	1	50,00	50,00	2	40,00	40,00
Anomalía	0	0,00	0,00	1	50,00	50,00	3	60,00	60,00
Total	4	100,00		2	100,00		5	100,00	
Total Efectivo	4	100,00	100,00	2	100,00	100,00	5	100,00	100,00

	Adulto Joven			Adulto Medio			Adulto		
	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.
No observable	4	4,65		0	0		0	0	
Sin anomalías	18	20,93	21,95	2	9,09	9,09	9	31,03	31,03
Anomalía	64	74,42	78,05	20	90,91	90,91	20	68,97	68,97
Total	86	100,00		22	100,00		29	100,00	
Total Efectivo	82	95,35	100,00	22	100,00	100,00	29	100,00	100,00

Por otro lado, la muestra organizada por troncos ancestrales arroja porcentajes efectivos de presencia de lesiones o anomalías muy similares entre caucasoides, mongolides y negroides, siendo los caucasoides los que presentan un leve aumento (78.79%) en comparación con los otros dos grupos poblacionales, lo cual sugiere que los individuos de distintos ancestros estaban siendo afectados en una misma proporción.

Tabla 19. Proporción de individuos por grupos de ancestro que presentan anomalías óseas en la muestra

	Caucasoide y predominantemente caucasoide			Mongolide y predominantemente mongolide		
	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.
No observable	2	5,71	-	0	0,00	-
Sin anomalías	7	20,00	21,21	4	26,67	26,67
Anomalía	26	74,29	78,79	11	73,33	73,33
Total	35	100,00	-	15	100,00	-
Total Efectivo	33	94,29	100,00	15	100,00	100,00

	Negroide y predominantemente negroide			Indeterminado		
	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.
No observable	1	2,50	-	9	13,43	-
Sin anomalías	10	25,00	25,64	15	22,39	25,86

Anomalía	29	72,50	74,36	43	64,18	74,14
Total	40	100,00	-	67	100,00	-
Total Efectivo	39	97,50	100,00	58	86,57	100,00

### Frecuencia específica de anomalías óseas por sexo, edad y ancestro

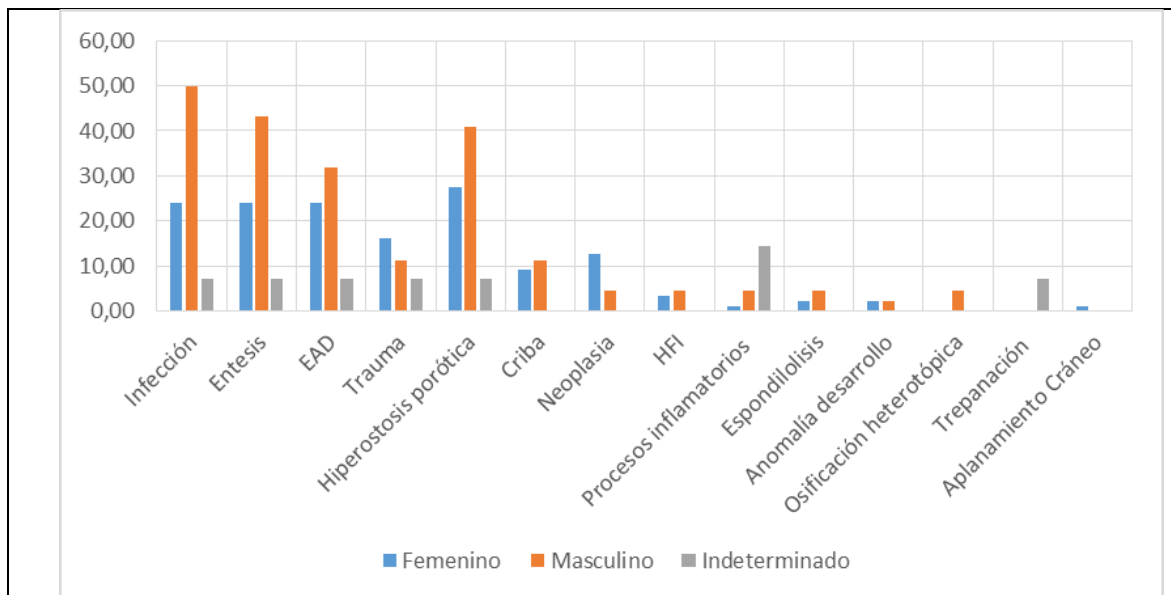
A continuación, se presentan las diferencias halladas en la prevalencia específica de las lesiones en los individuos de la Catedral agrupados por sexo, edad y grupo ancestral (tablas 20 a 22 y gráficos 15 a 17). Allí se observan algunas diferencias que son importantes considerar en contraste con los modelos epidemiológicos que se han construido alrededor de la incidencia de estas manifestaciones patológicas a nivel poblacional y que permite abordar las condiciones de vida y salud de los individuos sepultados en la Catedral de Panamá Viejo.

En primera medida, siendo las enfermedades infecciones las más frecuentes en la muestra se tiene que al observar la prevalencia según el sexo se observa una gran diferencia proporcional que afecta mucho más a los hombres (50%) que a las mujeres (24.14%). Esto contrasta con lo reportado para la colección de restos óseos humanos del periodo colonial de Panamá Viejo (Rojas et al. 2011), donde se había identificado que para enfermedades infecciosas los hombres presentaban un 20% efectivo, mientras que las mujeres un 18.75%, siendo cifras más cercanas a las señaladas para la Catedral. No obstante, las frecuencias presentadas por Rojas y colegas (2011) tienden a ser bajas, lo cual pudo haber incidido en los resultados.

Tabla 20. Prevalencia de lesiones óseas en individuos agrupados por sexo

Anomalía o lesión ósea	Femenino		Masculino		Indeterminado	
	Frecuencia	% Efectivo	Frecuencia	% Efectivo	Frecuencia	% Efectivo
Infección	21	24,14	22	50,00	1	7,14
Entesis	21	24,14	19	43,18	1	7,14
EAD	21	24,14	14	31,82	1	7,14
Trauma	14	16,09	5	11,36	1	7,14
Hiperostosis porótica	24	27,59	18	40,91	1	7,14
Criba	8	9,20	5	11,36	0	0,00
Neoplasia	11	12,64	2	4,55	0	0,00
Hiperostosis Frontal Interna	3	3,45	2	4,55	0	0,00
Procesos inflamatorios	1	1,15	2	4,55	2	14,29
Espondilolisis	2	2,30	2	4,55	0	0,00
Anomalía desarrollo	2	2,30	1	2,27	0	0,00
Osificación heterotópica	0	0,00	2	4,55	0	0,00

Trepanación	0	0,00	0	0,00	1	7,14
Aplanamiento Cráneo	1	1,15	0	0,00	0	0,00

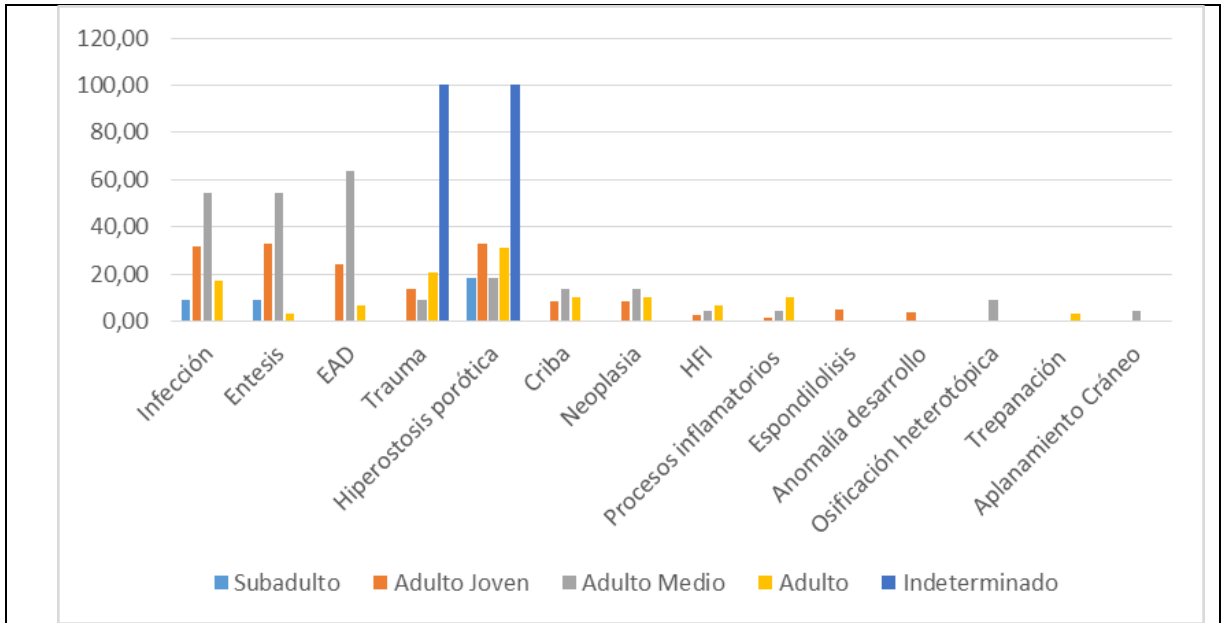


Gráfica 15. Prevalencia de lesiones óseas en individuos agrupados por sexo.

Tabla 21. Prevalencia de lesiones óseas por grupos de edad

Anomalía o lesión ósea	Subadulto		Adulto Joven		Adulto Medio		Adulto		Indeterminado	
	Frec	% Efec	Frec	% Efec	Frec	% Efec	Frec	% Efec	Frec	% Efec
Infección	1	9,09	26	31,7	12	54,5	5	17,2	0	0,00
Entesis	1	9,09	27	32,9	12	54,5	1	3,45	0	0,00
EAD	0	0,00	20	24,3	14	63,6	2	6,90	0	0,00
Trauma	0	0,00	11	13,4	2	9,09	6	20,6	1	100
Hiperostosis porótica	2	18,1	27	32,9	4	18,1	9	31,0	1	100
Criba	0	0,00	7	8,54	3	13,6	3	10,3	0	0,00
Neoplasia	0	0,00	7	8,54	3	13,6	3	10,3	0	0,00
HFI	0	0,00	2	2,44	1	4,55	2	6,90	0	0,00
Procesos inflamatorios	0	0,00	1	1,22	1	4,55	3	10,3	0	0,00
Espondilolisis	0	0,00	4	4,88	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Anomalía desarrollo	0	0,00	3	3,66	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Osificación heterotópica	0	0,00	0	0,00	2	9,09	0	0,00	0	0,00
Trepanación	0	0,00	0	0,00	0	0,00	1	3,45	0	0,00
Aplanamiento Cráneo	0	0,00	0	0,00	1	4,55	0	0,00	0	0,00

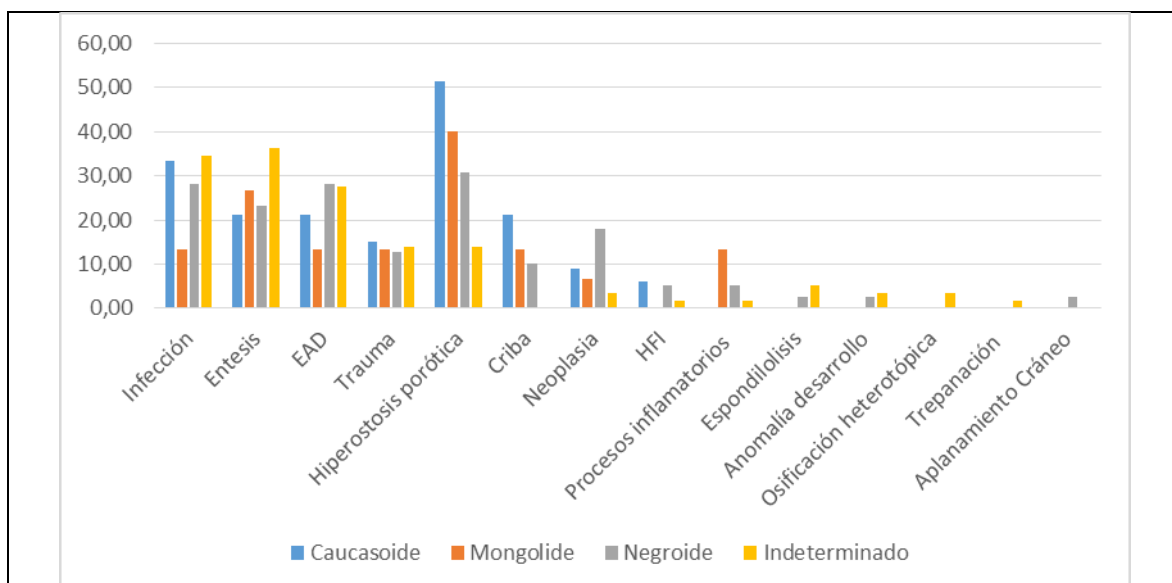




Gráfica 16. Prevalencia de lesiones óseas por grupos de edad.

Tabla 22. Prevalencia de lesiones óseas en individuos agrupados por ancestro

Anomalía o lesión ósea	Caucasoide predominantemente caucasoide		y Mongolide predominantemente mongolide		y Negroide predominantemente negroide		Indeterminado	
	%		%		%		%	
	Frec.	Efec.	Frec.	Efec.	Frec.	Efec.	Frec.	Efec.
Infección	11	33,33	2	13,33	11	28,21	20	34,48
Entesis	7	21,21	4	26,67	9	23,08	21	36,21
EAD	7	21,21	2	13,33	11	28,21	16	27,59
Trauma	5	15,15	2	13,33	5	12,82	8	13,79
Hiperostosis porótica	17	51,52	6	40,00	12	30,77	8	13,79
Criba	7	21,21	2	13,33	4	10,26	0	0,00
Neoplasia	3	9,09	1	6,67	7	17,95	2	3,45
HFI	2	6,06	0	0,00	2	5,13	1	1,72
Procesos inflamatorios	0	0,00	2	13,33	2	5,13	1	1,72
Espondilolisis	0	0,00	0	0,00	1	2,56	3	5,17
Anomalía desarrollo	0	0,00	0	0,00	1	2,56	2	3,45
Osificación heterotópica	0	0,00	0	0,00	0	0,00	2	3,45
Trepanación	0	0,00	0	0,00	0	0,00	1	1,72
Aplanamiento Cráneo	0	0,00	0	0,00	1	2,56	0	0,00



Gráfica 17. Prevalencia de lesiones óseas en individuos agrupados por ancestro.

Sin embargo, al observar en detalle la proporción de infecciones específicas e inespecíficas, se tiene que aquellas vinculadas con treponematosis tienen una prevalencia del 50% tanto para hombres como para mujeres, mientras que las infecciones inespecíficas presentan una prevalencia levemente más alta en los hombres (50%) que en las mujeres (45.83%), pero siendo cifras mucho más cercanas a las que arroja el conjunto completo de lesiones de tipo infeccioso (tabla 23).

Tabla 23. Prevalencia de lesiones infecciosas en individuos agrupados por sexo

	Treponematosis		Infecciones inespecíficas	
	Frecuencia	% Preval.	Frecuencia	% Preval.
Femenino	9	50,00	11	45,83
Masculino	9	50,00	12	50,00
Indeterminado	0	0	1	4,17
Total	18	100,00	24	100,00

Al realizar el mismo ejercicio por grupos de edad y ancestro, se observa que las infecciones en términos generales tienen mayor prevalencia en adultos medios (54.55%) en comparación con los jóvenes (31.71%) o subadultos (9.09%), y en individuos caucasoides (33.33%) en contraste con los negroides (28.21%) y mongolides (13.33%). Pero comparando los datos entre las infecciones treponematósicas con las inespecíficas, las cifras se invierten en los grupos de edad, siendo los adultos jóvenes los más afectados por las treponematosis (66.67%) que los adultos medios (22.22%), al igual que en las infecciones inespecíficas con 58.33% en adultos jóvenes y 25% en adultos medios (tabla 24).

Tabla 24. Prevalencia de lesiones infecciosas en individuos por grupos etarios

	Treponematosi		Infecciones inespecíficas	
	Frecuencia	% Preval.	Frecuencia	% Preval.
Subadulto	1	5,56	0	0,00
Adulto Joven	12	66,67	14	58,33
Adulto Medio	4	22,22	6	25,00
Adulto	1	5,56	4	16,67
Total	18	100,00	24	100,00

Las frecuencias son más equilibradas al ver los grupos de ancestro, pero tomando en cuenta que hubo un número de casos relativamente bajo asociado a cada tronco poblacional. De allí, las enfermedades asociadas a treponemas son más frecuentes en caucasoides y negroides con un 11.11% cada uno y menor proporción los mongolides con un 5.56%. Esta tendencia se mantiene al observar las infecciones inespecíficas con un porcentaje similar en los mongolides (4.17%) y un aumento moderado tanto en caucasoides como negroides que tienen ambos el 33.33% (tabla 25).

Tabla 25. Prevalencia de lesiones infecciosas en individuos por grupos de ancestro

	Treponematosi		Infecciones inespecíficas	
	Frecuencia	% Preval.	Frecuencia	% Preval.
Caucasoide	2	11,11	8	33,33
Mongolide	1	5,56	1	4,17
Negroide	2	11,11	8	33,33
Indeterminado	13	72,22	7	29,17
Total	18	100,00	24	100,00

Estos datos se ajustan a los modelos epidemiológicos propuestos, donde las enfermedades treponematósicas generalmente se encuentran en mayor proporción en individuos masculinos y en población joven, con una incidencia más alta entre los 15 y 30 años aproximadamente para la pinta y la sífilis, y en subadultos para el caso del yaws y bejel. Asimismo, parece que no hay relación directa entre los troncos poblacionales y la presencia de las lesiones asociadas a este conjunto de enfermedades (Aufderheide y Rodríguez-Martín 1998: 155-158).

Respecto a las entesis se observa una diferencia marcada entre individuos masculinos y femeninos, con un 43.18% y 24.14% respectivamente, ampliando la distancia registrada previamente para la serie colonial de Panamá Viejo, que

presentaba cifras más cercanas entre ambos grupos (Rojas et al. 2011). No obstante, si se analiza por grupos etarios la tendencia se mantiene a lo visto anteriormente en Panamá Viejo, donde hay una mayor prevalencia de este tipo de marcadores en adultos medios que en jóvenes, que para la Catedral corresponden a un 54.55% y 32.93% respectivamente. Por otra parte, en los tres principales troncos ancestrales mantienen una tendencia similar entre ellos, aunque con un leve aumento en los individuos mongolides (26.67%) en comparación con los negroides (23.08%) y caucasoides (21.21%), lo que sugiere que no había diferencias sustanciales en el desarrollo de las entesis para esta población.

En este sentido, la población colonial en Panamá Viejo pudo haber estado enfrentada a condiciones físicas que implicaba el desarrollo del sistema musculoesquelético, sin importar su procedencia, pero siendo los hombres los que posiblemente se hayan dedicado a actividades más exigentes. Considerando que se trata de un proceso acumulativo, es lógico pensar que tipo de marcadores se manifiesta con mayor intensidad en individuos adultos de mediana edad en comparación con los jóvenes, tal como se evidenció en la muestra. Sin embargo, la imposibilidad de cruzar esta información con los posibles trabajos y actividades que realizaron en vida los individuos, limita considerablemente el alcance de la interpretación.

Asociado con estas anomalías, se encuentran las lesiones provocadas por enfermedad articular degenerativa (EAD), que a pesar de estar directamente relacionadas con los procesos de envejecimiento de los individuos, también se pueden asociar a factores de estrés mecánico provocado por las actividades realizadas en vida que se agravan al ser de carácter acumulativo. En la muestra de la Catedral se observa que al igual que las entesis la prevalencia es mayor en hombres (31.82%) que en las mujeres (24.14%), pero al comparar los grupos de edad la distancia entre adultos medios y adultos jóvenes es mucho más amplia, con un 63.64% y 24.39% respectivamente, mostrando la correspondencia con el modelo paleoepidemiológico esperado. Pero es interesante ver como la población muestra algunas diferencias al observar los ancestros, donde los grupos negroides tienen una prevalencia más alta (28.21%), en comparación con los caucasoides (21.21%) y mongolides (13.33%).

Hay que aclarar que estos datos muestran la frecuencia, pero no la gravedad de las lesiones, la cual también tiende a aumentar con la edad y a comprometer en mayor medida las articulaciones en las mujeres respecto a los hombres. Sin embargo, son los individuos masculinos quienes presentan generalmente las cifras más altas de este tipo de lesiones independientemente de la época y del tipo de sociedad, aunque los grupos agroalfareros tienden a aumentar la tendencia en comparación con los cazadores recolectores. En poblaciones post contacto, como en

Panamá, las lesiones aumentan a nivel de la columna vertebral y los miembros inferiores, producto quizá de actividades de movilidad, labores agrícolas y actividades constructivas, pero con un mayor estrés biomecánico en poblaciones urbanas que rurales (Fornaciari y Giuffra 2009: 199–204).



Imagen 88. Procesos de eburneación y marginal lipping (EAD) en fémur derecho del UE 43.



Imagen 89. Marginal lipping (EAD) en cavidad glenoidea de la escápula derecha en UE 90.

Imagen 90. Espondiloartrosis cervical en individuo del UE 90.

Pasando a otro tipo de lesiones, la hiperostosis porótica se encuentra más frecuentemente en los individuos masculinos (40,91%) que en los femeninos (27,59%), mientras que según los grupos de edad son los adultos jóvenes quienes manifiestan mayormente la lesión con un 32.93% en comparación con los adultos medios y subadultos, cada uno con un 18.18%. Por su parte son los grupos caucasoides los más afectados (51.52%), seguido de mongolides (40%) y negroides (30.77%). Como se mencionó más arriba esta lesión generalmente se asocia con

procesos de estrés nutricional, entre ellos cuadros de anemia crónica, pero también se vincula con factores ambientales, a la parasitosis y a otras enfermedades crónicas, quizá en población infantil si es más probable la causa de anemia (Fornaciari y Giuffra 2009: 233). No obstante, si partimos de la idea que la hiperostosis porótica es un indicador de estrés nutricional, se muestra un mayor impacto en los individuos masculinos, sugiriendo en los femeninos una exposición más leve a las difíciles condiciones alimenticias a las que tuvo que enfrentar esta población, pero que no corresponde a lo visto anteriormente para el periodo colonial de Panamá Viejo, donde se presenta una situación inversa (Rojas et al. 2011).

De igual forma sucede con los grupos etarios, ya que en la Catedral hay mayor proporción de adultos jóvenes en relación a los adultos medios, lo que no sucede en el resto de la serie colonial. Quizá esto responda a la supervivencia de los individuos que sufrieron algún tipo de privación nutricional durante la infancia, pero que según los modelos epidemiológicos se ajusta a las altas cifras reportadas en poblaciones post contacto (Fornaciari y Giuffra 2009: 233-234), aunque no hay información sobre que grupos son los más afectados, pero que en el caso de la Catedral de Panamá Viejo corresponde a aquellos de ascendencia europea, quienes quizá sufrieron un impacto mayor al tener que habituarse a los productos locales y a la dificultad por conseguir aquellos con los que estaban habituados.

Arriba se mencionó que esta lesión estaba relacionada con la criba orbitaria, también asociada a aspectos vinculados con el estrés nutricional, y a pesar que muestra una tendencia similar cuando se observa por sexo y ancestro la serie osteológica, no sucede lo mismo con los grupos de edad, donde los adultos medios presentan la prevalencia más alta con un 13.64%, en comparación con los adultos jóvenes (8.54%) y llama la atención que no se presenten casos en los individuos subadultos.

Respecto a las lesiones traumáticas, son los individuos femeninos los más afectados con un 16.09% en comparación con los masculinos que tienen el 11.36%, mientras que los adultos jóvenes evidencian una proporción mayor (13.41%) frente a los adultos medios (9.09%). Por otro lado, observando los ancestros la diferencia entre los grupos es relativamente baja, siendo los caucasoides los más afectados con un 15.15%, seguidos de los mongolides con un 13.33% y los negroides con un 12.82%. Recopilando los modelos epidemiológicos, hay que considerar que la traumatología difiere según el sexo y la edad de los individuos, por ejemplo, las fracturas de cuello femoral van a ser más frecuentes en individuos mayores por las afectaciones que representan enfermedades como la osteoporosis. En paleopatología, el estilo de vida de las poblaciones en relación con la estructura socio económica y el contexto histórico cultural van a definir la manera en la que se

manifiestan este tipo de lesiones y se estudia a través de lo que se denomina como “modelos traumatológicos” (Fornaciari y Giuffra 2009: 158).

En el caso de los individuos de la Catedral de Panamá Viejo, el modelo traumatológico va a estar caracterizado por una frecuencia altísima de fracturas craneales ya consolidadas, 65% del total de traumas, lo que indica también la supervivencia de los individuos a estos eventos. A excepción de uno solo caso, las lesiones estaban caracterizadas por haberse generado con armas contundentes, lo cual se evidencia en las marcas que dejaron sobre el cráneo las cuales reproducen el diámetro de la superficie de impacto, generalmente circulares u ovaladas. Por otro lado, la herida restante registrada en el cráneo corresponde a un instrumento corto contundente, esto por tener unos márgenes profundos y con características tanto de las armas cortantes (al menos uno de los bordes rectos y con evidencia del punto de entrada y salida) y contundentes (debido al peso del arma y a la fuerza ejercida para sacarla), pero con características más cercanas a estas últimas dejando incluso la huella del arma empleada y una característica zona de pérdida.

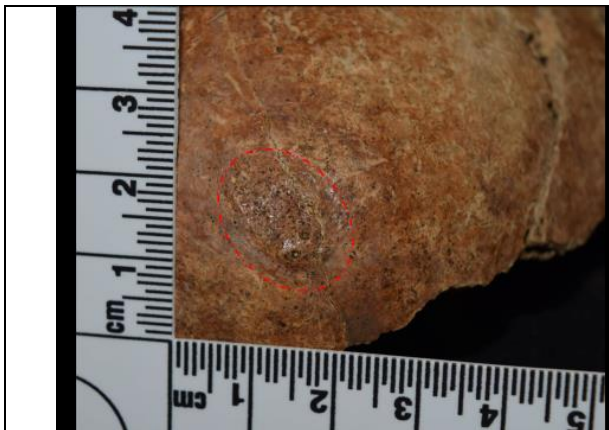


Imagen 91. Lesión traumática en parietal derecho de forma ovalada en UE 17.

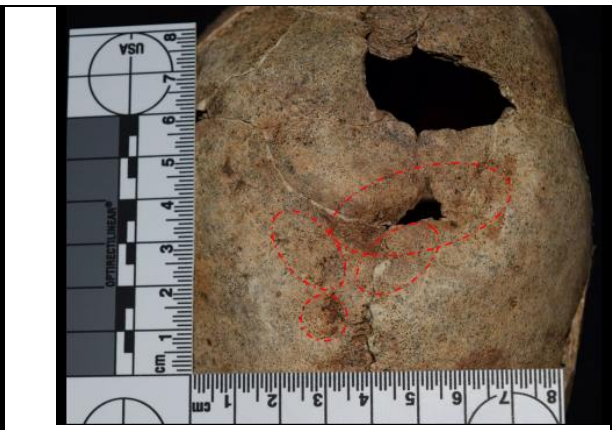






Imagen 92. Lesiones contusas múltiples en parietales del UE 59.



Tal vez en este caso los traumas hayan sido producto de golpes asociados a un contexto que sugiere que las mujeres pudieron haber sido víctimas de violencia doméstica, que para el periodo colonial era frecuente este tipo de maltratos en la servidumbre y aún más en la mano de obra esclava. No obstante, no hay que descartar la posibilidad de otras fuentes de maltratos entre las que se encuentran miembros de su núcleo familiar o compañeros en sus actividades cotidianas.

Adicionalmente, se registraron otras lesiones traumáticas en el esqueleto postcraneal, correspondientes al 25% del total de la muestra en esta categoría. Los traumas se concentraron básicamente a nivel de los miembros superiores e inferiores, observándose dos casos en el antebrazo, uno en el húmero, dos en el fémur, uno en la tibia y uno en el coxis. Estas lesiones puede que se vinculen a accidentes, particularmente tomando en cuenta que se tratan de individuos jóvenes y medios. No obstante, las fracturas en el antebrazo son características de reacciones defensivas que anteponen esta parte del cuerpo para proteger el rostro, bien sea en una caída o en una confrontación.



	
<p>Imagen 94. Fractura en tercio distal del cúbito izquierdo en UE 44.</p>	<p>Imagen 95. Fractura en tercio distal del húmero izquierdo en UE 97.</p>
	
<p>Imagen 96. Fractura de cuello femoral derecho en UE 168.</p>	<p>Imagen 97. Fractura en el tercio distal de la tibia izquierda en UE 127.</p>

Asociadas a las lesiones traumáticas, están los casos reportados como espondilólisis, que como se mencionó arriba está asociada generalmente con un estrés mecánico en etapa juvenil donde se ejerció fuerza en la parte baja de la columna por llevar cargas pesadas. En la muestra se observa una mayor prevalencia en hombres (4.55%) en comparación con las mujeres (2.30%), y reportada solo en individuos jóvenes (4.88%), mientras que el ancestro más afectado son los negroides (2.56%). Esto se ajusta a los modelos epidemiológicos, donde generalmente los individuos masculinos son los más afectados (Waldron 2009), y afecta entre 4 y 8 % de la población, donde las poblaciones negroides son menormente afectadas que las caucasoides (Aufderheide y Rodríguez-Martín 1998: 63), no obstante, el comportamiento de la muestra analizada sugiere lo contrario.

Respecto a las neoplasias, los individuos femeninos son los que presentan una mayor frecuencia con el 12.64% en comparación con los masculinos que tan solo tienen un 4.55%. Asimismo, son los adultos medios los más afectados con un 13.64% en contraposición a los adultos jóvenes (8.54%). Por su parte, son las

poblaciones de ascendencia africana son las que muestran la mayor cantidad de casos reportados con el 17.95%, seguidos de los grupos caucasoides (9.09%) y mongolides (6.67%). Según los modelos epidemiológicos este tipo de anomalías no tienen ningún tipo de preferencia por sexo y se puede presentar en cualquier rango de edad, aunque pueden ser más comunes después de los 40 años, lo que coincide con lo visto en la muestra de la Catedral.

Las demás anomalías, al tener una baja frecuencia y representación no es recomendable hacer interpretaciones de carácter poblacional en relación a los modelos epidemiológicos según el sexo, la edad o el ancestro. Sin embargo, arriba se hicieron algunos comentarios pertinentes para lesiones como la hiperostosis frontal interna y la osificación heterotópica.

### Frecuencia general de anomalías dentales por sexo, edad y ancestro

Respecto a las anomalías observadas en los dientes, hay que considerar que todos los individuos con al menos un diente tuvo algún tipo de lesión o rasgo anómalo que registrar, sobretodo en el caso de los adultos en cualquier rango de edad, en el que se manifiestan los procesos de desgaste de esmalte en diferentes estadios, por lo que el porcentaje efectivo es de 100%.

Sin embargo, si comparamos la cantidad de individuos que reportan al menos uno de los criterios empleados en la patología dental se tiene que el 54.74% del total de individuos femeninos presenta anomalías, en comparación con los masculinos que cuentan con el 45.65% (tabla 26).

Tabla 26. Proporción de individuos por sexo que presentan anomalías dentales

	Femenino			Masculino			Indeterminado		
	Frec.	% Total	% Efec.	Fre	% Total	% Efec.	Fre	% Total	% Efec.
No observable	43	45,26	-	25	54,35	-	14	87,50	-
Sin anomalías	0	0,00	0,00	0	0,00	0,00	0	0,00	0,00
Anomalía	52	54,74	100,00	21	45,65	100,00	2	12,50	100,00
Total	95	100,00	-	46	100,00	-	16	100,00	-
Total Efectivo	52	54,74	100,00	21	22,11	100,00	2	12,50	100,00

Por otro lado, al agrupar la muestra en los diferentes rangos de edad, en los subadultos se obtuvieron frecuencias muy bajas, por lo cual estos resultados pueden estar bastante sesgados, aún si se reúnen las tres categorías, por lo que no hay datos suficientes para concluir un patrón en la presencia de anomalías.

Para los adultos se observa que para la totalidad de individuos registrados como adultos jóvenes, el 67.44% presenta al menos una lesión o anomalía, mientras que

los adultos medios tienen un 45.45% y aquellos adultos a los cuales nos fue posible asignarles un rango de esas corresponden al 6.9%.

Tabla 27. Proporción de individuos por grupos de edad que presentan anomalías dentales

	Infante I			Infante II			Juvenil		
	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.
No observable	4	36,36	-	1	50,00	-	2	40,00	-
Sin anomalías	0	0,00	0,00	0	0,00	0,00	0	0,00	0,00
Anomalía	0	0,00	0,00	1	50,00	100,00	3	60,00	100,00
Total	4	36,36	-	2	100,0	-	5	100,0	-
Total Efectivo	0	0,00	0,00	1	50,00	100,00	3	60,00	100,00

	Adulto Joven			Adulto Medio			Adulto		
	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.
No observable	28	32,56	-	12	54,55	-	27	93,10	-
Sin anomalías	0	0,00	0,00	0	0,00	0,00	0	0,00	0,00
Anomalía	58	67,44	100,00	10	45,45	100,00	2	6,90	100,00
Total	86	100,00	-	22	100,0	-	29	100,0	-
Total Efectivo	58	67,44	100,00	10	45,45	100,00	2	6,90	100,00

Finalmente, se organizó la muestra de la Catedral por troncos ancestrales, para verificar la frecuencia de casos reportados al interior de cada uno de los grupos, siendo los individuos negroides y predominantemente negroides los que poseen la proporción más alta con un 80% de individuos con presencia de lesiones o anomalías dentales en este ancestro. Por su parte, los caucasoides obtienen el 74.29% y los mongolides un 66.67%.

Tabla 28. Proporción de individuos por grupos de ancestro que presentan anomalías dentales

	Caucasoide y predominantemente caucasoide			Mongolide y predominantemente mongolide		
	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.
No observable	9	25,71	-	5	33,33	-
Sin anomalías	0	0,00	0,00	0	0,00	0,00
Anomalía	26	74,29	100,00	10	66,67	100,00
Total	35	100,00	-	15	100,00	-
Total Efectivo	26	74,29	100,00	10	66,67	100,00

	Negroide y predominantemente negroide			Indeterminado		
	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.
No observable	8	20,00	-	60	89,55	-
Sin anomalías	0	0,00	0,00	0	0,00	0,00

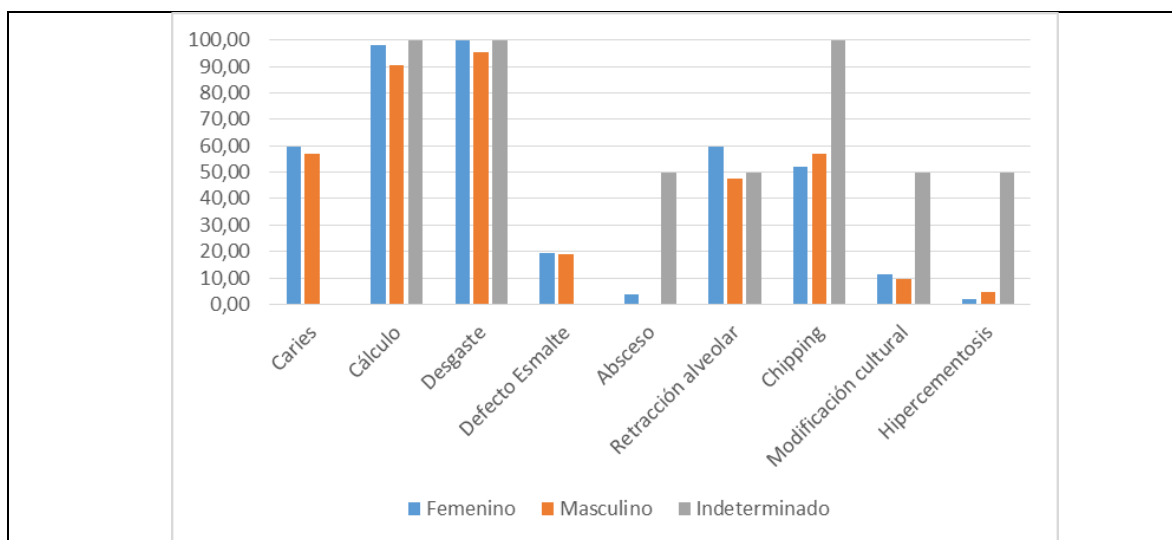
Anomalía	32	80,00	100,00	7	10,45	100,00
Total	40	100,00	-	67	100,00	-
Total Efectivo	32	80,00	100,00	7	10,45	100,00

### Frecuencia específica de anomalías dentales por sexo, edad y ancestro

Al analizar la prevalencia específica de las lesiones dentales en la muestra de la Catedral de Panamá Viejo según el sexo, edad y ancestro, se logró contrastar con algunos de los modelos epidemiológicos propuestos para interpretar la incidencia de las afectaciones bucodentales en las poblaciones del pasado, situación que permite una aproximación a los estilos de vida de los panameños de los siglos XVI y XVII (tablas 29 a 31 y gráficos 18 a 21).

Tabla 29. Prevalencia de lesiones dentales en individuos agrupados por sexo

Anomalía o lesión ósea	Femenino		Masculino		Indeterminado	
	Frecuencia	% Efectivo	Frecuencia	% Efectivo	Frecuencia	% Efectivo
Caries	31	59,62	12	57,14	0	0,00
Cálculo	51	98,08	19	90,48	2	100,00
Desgaste	52	100,00	20	95,24	2	100,00
Defecto Esmalte	10	19,23	4	19,05	0	0,00
Absceso	2	3,85	0	0,00	1	50,00
Retracción alveolar	31	59,62	10	47,62	1	50,00
Chipping	27	51,92	12	57,14	2	100,00
Modificación cultural	6	11,54	2	9,52	1	50,00
Hipercementosis	1	1,92	1	4,76	1	50,00



Gráfica 18. Prevalencia de lesiones dentales en individuos agrupados por sexo.

Tabla 30. Prevalencia de lesiones dentales por grupos de edad

Anomalía o lesión ósea	Subadulto		Adulto Joven		Adulto Medio		Adulto		Indeterminado	
	Frec.	% Efec.	Frec.	% Efec.	Frec.	% Efec.	Fr ec.	% Efec.	Frec.	% Efec.
Caries	2	50,00	31	53,45	9	90,00	1	50,00	0	0,00
Cálculo	3	75,00	57	98,28	10	100,00	2	100,00	0	0,00
Desgaste	4	100,00	58	100,00	10	100,00	2	100,00	0	0,00
Defecto Esmalte	2	50,00	12	20,69	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Absceso	0	0,00	3	5,17	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Retracción alveolar	0	0,00	34	58,62	8	80,00	0	0,00	0	0,00
Chipping	2	50,00	31	53,45	8	80,00	0	0,00	0	0,00
Modificación cultural	0	0,00	6	10,34	3	30,00	0	0,00	0	0,00
Hipercementosis	0	0,00	1	1,72	1	10,00	1	50,00	0	0,00

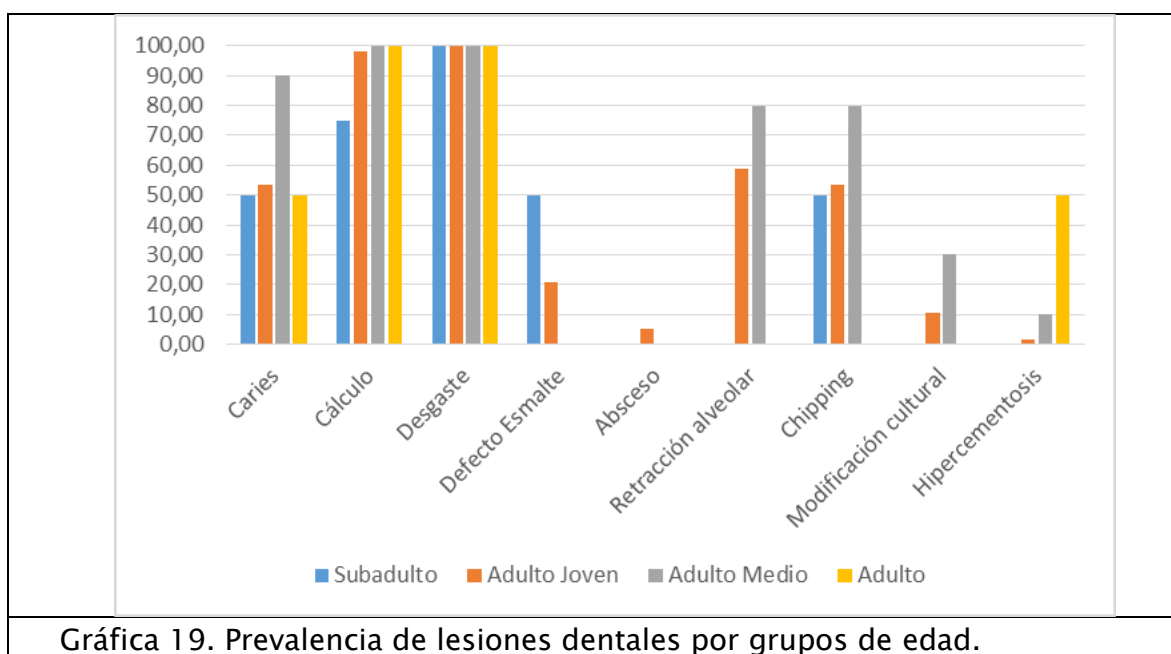
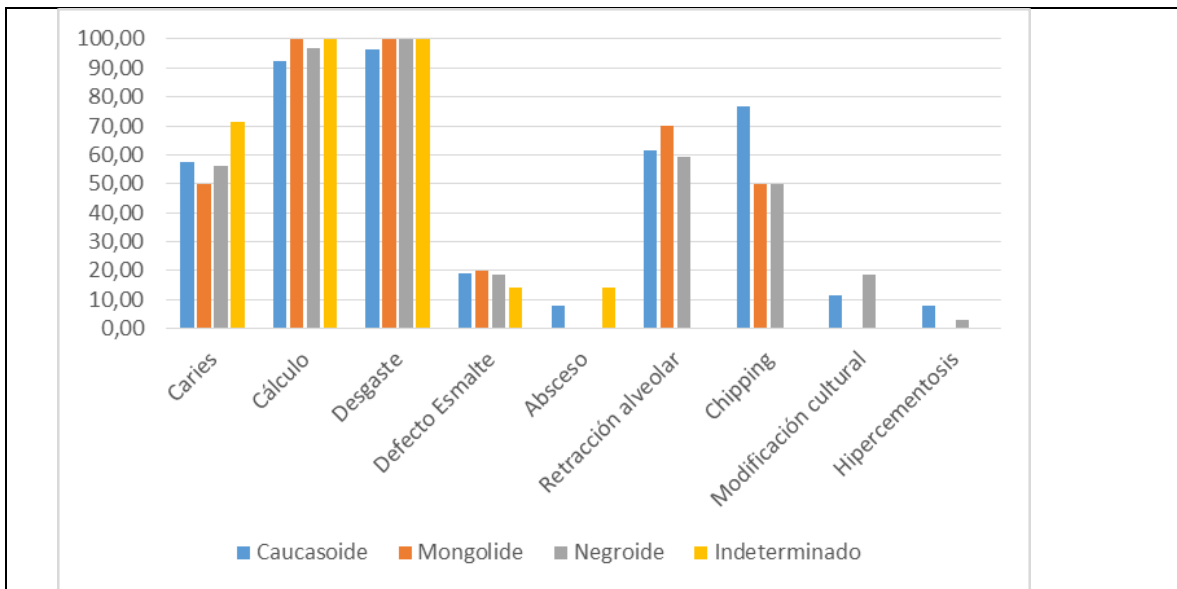


Tabla 31. Prevalencia de lesiones dentales en individuos agrupados por ancestro

Anomalía o lesión ósea	Caucasoide y predominantemente caucasoide		Mongolide y predominantemente mongolide		Negroide y predominantemente negroide		Indeterminado	
	Frec.	% Efec.	Frec.	% Efec.	Frec.	% Efec.	Frec.	% Efec.
Caries	15	57,69	5	50,00	18	56,25	5	71,43
Cálculo	24	92,31	10	100,0	31	96,88	7	100,0
Desgaste	25	96,15	10	100,0	32	100,0	7	100,0
Defecto Esmalte	5	19,23	2	20,00	6	18,75	1	14,29
Absceso	2	7,69	0	0,00	0	0,00	1	14,29
Retracción alveolar	16	61,54	7	70,00	19	59,38	0	0,00
Chipping	20	76,92	5	50,00	16	50,00	0	0,00
Modificación cultural	3	11,54	0	0,00	6	18,75	0	0,00
Hipercementosis	2	7,69	0	0,00	1	3,13	0	0,00



Gráfica 20. Prevalencia de lesiones dentales en individuos agrupados por ancestro.

Inicialmente, llama la atención que las caries al ser una de las lesiones más frecuentes en los dientes afectan de manera similar tanto a mujeres como a hombres, presentando una prevalencia del 59.62% y 57.14% respectivamente, lo cual sugiere una exposición similar a los factores desencadenantes de la lesión. Asimismo, esto difiere de lo reportado anteriormente para la serie colonial de Panamá Viejo, que, a pesar de haber obtenido cifras similares en las mujeres, los hombres mostraban una tendencia mucho más baja (Martín et al. 2007).

Asimismo, es considerablemente la alta tasa de frecuencia que tienen las caries en la población de la Catedral de Panamá Viejo, lo cual puede estar asociado al aumento en los carbohidratos en la dieta e incluso a situaciones de malnutrición. En la literatura paleopatológica el aumento de estas lesiones se asocia con poblaciones que pasan a un modelo agrícola, por ejemplo, en América con la adopción del maíz y en Europa con la incorporación de los cereales ricos en almidón (Larsen 2015, Fornaciari y Giuffra 2009). Otro alimento que empieza a introducirse de manera más frecuente a partir del siglo XVI es el azúcar, que traerá consecuentemente un incremento en las caries.

Por otro lado, los modelos epidemiológicos señalan que las mujeres son las afectadas por las caries respecto a los hombres, argumentando diferencias en el tipo de dieta en ambos sexos donde se presupone que los individuos masculinos tienen acceso a proteínas cárnicas y los femeninos a vegetales y carbohidratos (Larsen 2015: 74).

Respecto a la edad, la prevalencia de las caries es mucho más evidente en los adultos medios con un 90%, en comparación con los adultos jóvenes (53.45%) y los

subadultos (50%), suponiendo un proceso de acumulación de estas afectaciones a medida que el individuo va envejeciendo que puede desencadenar en problemas como la enfermedad periodontal, los abscesos y la pérdida de los dientes.

Las caries también han sido asociadas a diferencias de estatus por acceso a ciertos alimentos que los individuos incorporan en las dietas, esperando que aquellos que se encuentran en las clases más privilegiadas van a consumir muchas más proteínas y, por ende, presentar una frecuencia menor en estas lesiones (Larsen 2015: 77). Sin embargo, al comparar los datos en cada uno de los tres grupos de ancestro que hay en Panamá Viejo, se tiene una relativa similitud en la prevalencia de las caries, donde los más afectados son los caucasoides con el 57.69%, seguido muy de cerca por los negroides con el 56.25% y por último los mongolides con el 50%. Esta situación sugiere unas condiciones similares en el tipo de alimentos que se estaban consumiendo en la ciudad, con un importante aprovechamiento de los carbohidratos y probablemente con una fuerte influencia del maíz. Se plantea que el arroz fue una de las importaciones más importantes que hubo en Panamá, cereal que incluso llegó a adaptarse muy bien a las condiciones climáticas y ambientales del istmo, como lo señala un documento de 1614 que transcribe Lucena Salmoral (2005: 158), en el cual habla de grupos de esclavos que *hacían rozas de maíz, arroz y otras* legumbres, en Chepo y Chimán, productos que eran comerciados con españoles, indígenas, mestizos y negros. No obstante, en contexto bioarqueológico en poblaciones asiáticas que consumen arroz muestran una relativa baja prevalencia de caries en comparación con grupos que basan su dieta en el maíz, lo que sugiere un bajo poder cariogénico del arroz (Larsen 2015: 71). Sin embargo, con los datos que se puedan obtener del análisis de almidones en el cálculo dental y en la isotopía estable se podrá precisar con mayor detalle el tipo de dieta que tenía esta población.

Asociado con estas lesiones, se puede observar que los desgastes se van a presentar con una prevalencia del 100% en las mujeres y del 95.24% en los hombres, nuevamente aclarando que se registraron diferentes grados de desgaste de la superficie oclusal de las piezas dentales. Esta situación es igualmente evidente en la distribución por grupos de edad y ancestro, donde a excepción de los caucasoides, que tienen un 96.15% de prevalencia, las demás categorías tienen la totalidad de individuos con desgaste. Esto quizá responda a dietas duras que requirieron del uso del aparato masticatorio para procesar los alimentos, en este sentido los carbohidratos nuevamente van a estar relacionados con este tipo de evidencias de tipo masticatorio, sin embargo, es necesario distinguir la gravedad con la que se manifiesta el desgaste.

La dieta también es posible de rastrear a través del cálculo dental, que también muestra una influencia importante por el consumo de carbohidratos. En la muestra fue posible identificar en distintos grados de desarrollo con el 98.08% efectivo de los



individuos femeninos y en el 90.48% de los masculinos, lo que sigue sugiriendo una afectación similar y un tipo de dieta que no distinguía el género de los comensales. Asimismo, en la totalidad de los adultos medios, el 98.28% de los adultos jóvenes y el 75% de los subadultos fue posible registrar el cálculo dental, diferencia que probablemente se relacione con los procesos de envejecimiento y que sumado a la escasa higiene oral que había para la época seguramente habría incidido en que este sector de la población desarrollara más los cálculos. Por otro lado, al observar los grupos de ancestro todos los individuos mongolides muestran algún grado de severidad del cálculo, seguido de los negroides con el 96.88% y los caucasoides con el 92.31%, esto muestra la misma tendencia del desgaste y las caries en el que no hay una diferencia significativa entre los grupos, pero que seguramente con los análisis bioquímicos será posible ampliar la interpretación.

Respecto a las evidencias de enfermedad periodontal, particularmente aquellas vinculadas con la retracción alveolar, las mujeres son las que muestran una prevalencia más alta en comparación con los hombres, arrojando como resultado el 59.62% y el 47.62% respectivamente. Sin embargo, los modelos epidemiológicos no muestran un patrón consistente respecto a las diferencias por sexo, aunque algunos datos muestran un riesgo mayor en los hombres (Larsen 2015: 83). No obstante, hay que recordar que estas lesiones responden a múltiples factores y a las pautas de comportamiento socio cultural específicos en las poblaciones humanas. Por ejemplo, se reporta que para grupos indígenas en Suramérica que estuvieron en contacto con poblaciones occidentales, la prevalencia de enfermedad periodontal en mujeres es mayor al de los hombres (Larsen 2015: 83), situación que coincide con la muestra de Panamá Viejo donde seguramente está asociado a los procesos de adaptación a un nuevo estilo de vida y a una nueva manera de producir alimentos.

De hecho, la población con rasgos mongolides es la más afectada con el 70%, mientras que los caucasoides tienen el 61.54% y los negroides el 59.38%. La prevalencia de la enfermedad periodontal también aumenta con la complejidad de la organización social y del sistema económico en las sociedades, presentándose cifras altas en grupos agrícolas e industrializados (Larsen 2015: 81). Asimismo, la tendencia aumenta con la edad, situación que es claramente evidenciable en la muestra analizada donde los adultos medios presentan un 80% de prevalencia en comparación a un 58.62% en adultos jóvenes.

Estos procesos acumulativos asociados con la edad, también se reflejan en las fracturas de esmalte o *chipping*, donde los adultos medios tienen un 80% contra el 53.45% en adultos jóvenes y el 50% en subadultos. Recordando que esta lesión puede ser multifactorial, incluyendo aspectos vinculados con dietas duras, es probable que nuevamente los carbohidratos incorporados en la alimentación de los panameños de los siglos XVI y XVII hayan incidido en la frecuencia de estas fracturas

dentales. No obstante, se observa una leve diferencia al comparar los datos registrados en hombres y mujeres, con un 57.14% y un 51.92% respectivamente, y al mirar los grupos de ancestro, son los caucasoides quienes muestran un índice mayor de lesiones de este tipo con el 76.92%, en comparación con negroides y mongolides, cada uno con el 50%. Estos datos pueden responder a otro tipo de condiciones ambientales, culturales y alimenticias que provocaron las fracturas de esmalte, pero que es difícil de identificar las causas de las mismas.

Otro de los indicadores en el estado de salud de las poblaciones son los defectos de esmalte, ya que están asociados con eventos de estrés nutricional en las fases de odontogénesis de los individuos, afectando a los individuos subadultos. En la muestra este grupo junto con los adultos jóvenes son los que mayormente presentan la lesión, con un 50% y 20.69% respectivamente. Sin embargo, no hay diferencias sustanciales si se analizan los datos desde el sexo, donde los individuos masculinos tienen un 19.05% y las mujeres un 19.23%, ni tampoco agrupando la muestra por ancestro donde mongolides (20%), caucasoides (19.23%) y negroides (18.75%) tienen cifras muy cercanas entre sí. Esta situación sugiere una afectación relativamente simétrica en toda la población, lo cual también es coherente con lo descrito para otras de las anomalías dentales asociadas de igual forma con las pautas alimenticias.

Finalmente, las lesiones vinculadas con absceso, modificaciones culturales y hipercementosis, no tienen la cantidad de datos suficientes para hacer una discusión de tipo paleodemográfico. Sin embargo, arriba se hicieron algunas apreciaciones que son importantes considerar desde el punto de vista poblacional, particularmente con el caso de las modificaciones culturales, ya que se encontraron por lo menos tres tipos de alteración, donde una de ellas: el afilamiento dental, se asocia solamente con población negroide.

### **Consideraciones finales**

A partir del análisis de 157 individuos excavados en el espacio de la nave y el atrio de la Catedral de Panamá Viejo, fue posible hacer una aproximación a los estilos de vida y a las condiciones de salud de la población panameña durante los siglos XVI y XVII. Sin embargo, hubo algunos problemas metodológicos asociados al estado de conservación de la muestra y a la representatividad de la misma, situación que estaba directamente relacionada con las particularidades del contexto funerario en el que las sepulturas eclesiásticas en el periodo colonial estaban constantemente siendo afectadas por nuevos enterramientos, generando la alteración y reducción de tumbas. Esto evidentemente limita el análisis y posterior interpretación de los datos obtenidos en el estudio bioantropológico.

A pesar de ello, se logró observar que el 60.51% de la población enterrada en la Catedral correspondía en a individuos femeninos y probablemente femeninos, mientras que aquellos identificados como masculinos llegaban al 29.3%. Asimismo, se trataba de una población joven, siendo el rango de edad de 18 a 35 años los mejor representados (54.78%), con ausencia de adultos mayores y una representación baja de individuos infantiles (7.01%). De igual forma, los enterramientos dan cuenta de la confluencia de distintos grupos poblaciones en la ciudad de Panamá, donde llama la atención la alta cantidad de individuos asociados a ancestro negroide o predominantemente negroide inhumado en el templo con un 25.48%, superando levemente a los caucasoides con el 22.29% y en menor proporción los mongolides con un 9.55%, lo que quizá responda al choque epidemiológico y a la baja demográfica de los pueblos indígenas en el itsmo.

Por otro lado, se registró una amplia cantidad de lesiones óseas y dentales, siendo los procesos infecciosos, hiperostosis porótica, entesis y enfermedad articular degenerativa las más frecuentes en los huesos, mientras que los desgastes por procesos masticatorios, cálculos, caries, enfermedad periodontal y fracturas de esmalte las que más afectaron los dientes en esta población. Estos datos sugieren que los individuos que vivieron en Panamá tuvieron que enfrentar situaciones de estrés ante el proceso de adaptación no solo a unas condiciones climáticas y ambientales particulares, sino también a la configuración de una estructura política, económica y socio cultural que se fue dando en Panamá como el primer puerto español fundado en el Pacífico americano.

### Apéndice 3. Análisis bioarqueológico de los restos óseos humanos excavados al sureste de la Plaza Mayor en el 2018

PhD. Javier Rivera Sandoval  
Barranquilla, 2019

#### Resultados del análisis

El análisis de la muestra excavada durante la temporada de campo de 2018 en el sur de la plaza incluyó el registro de 16 individuos, de los cuales 13 corresponden a individuos completos o parcialmente completos, además de un par de miembros inferiores que por las características de la inhumación dejaba claro que correspondía a un individuo y 2 cráneos que dada la información que se obtiene de esta estructura ósea, también fueron considerados como individuos.

Tabla 1. Distribución de la muestra osteológica según el estado de completitud

Estado de completitud	Frecuencia	%
Completos o parcialmente completos	13	81,25
Cráneos	2	12,5
Miembros inferiores	1	6,25
Total	16	100,00

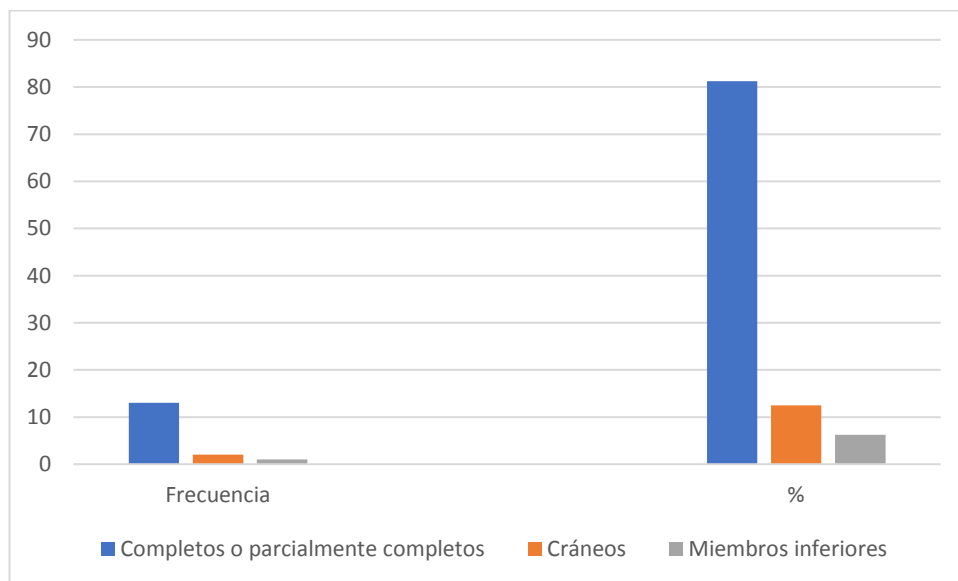


Gráfico 1. Estado de completitud de la muestra

A continuación, se presentan los resultados obtenidos del análisis bioantropológico efectuado a los individuos de la muestra excavada en la Catedral desde una perspectiva poblacional.

### Análisis por individuo

#### Estado de conservación y representatividad de los individuos

Los resultados que arrojó la observación del estado de conservación y la representatividad de los individuos provenientes de los contextos funerarios del sur de la plaza, muestran que en la totalidad de la muestra tiende a presentar altos índices de representatividad y conservación regular, correspondientes al 50% y 62,5% respectivamente (Tabla 2 y Gráfico 2). De igual forma, estas cifras mantienen esta tendencia al analizar únicamente representados por esqueletos completos y parcialmente completos, ya que la frecuencia de aquellos representados por cráneos solo corresponde a dos individuos.

Tabla 2. Grado de representatividad y conservación para la totalidad de la muestra

Catedral - Total de la muestra								
	Nula		Mala		Regular		Buena	
	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%
Representatividad	4	25,00	3	18,75	8	50,00	1	6,25
Conservación	3	18,75	3	18,75	10	62,50	0	0,00

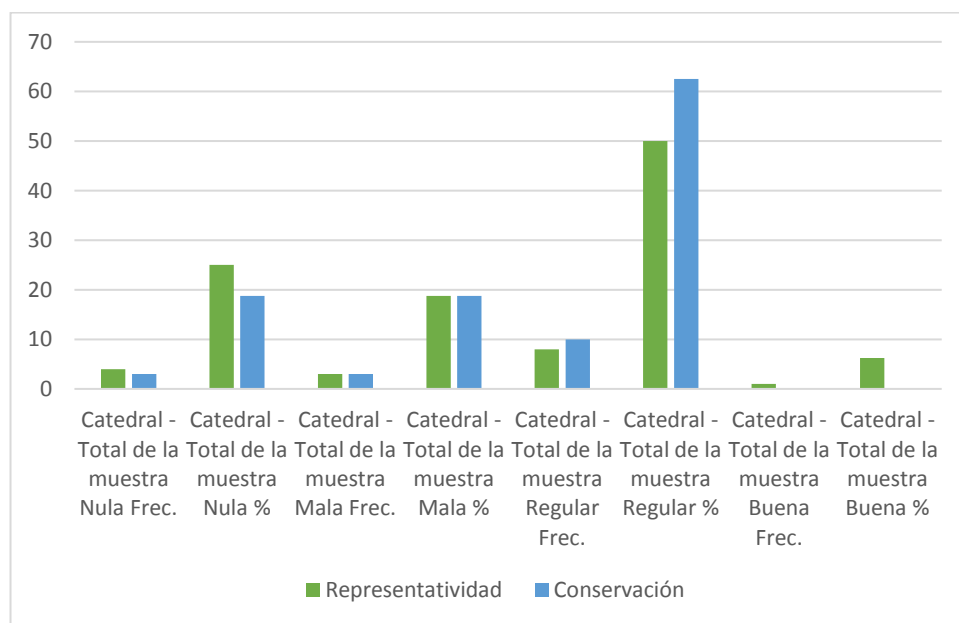


Gráfico 2. Representatividad y conservación para la totalidad de la muestra

En este sentido, si se consideran los datos obtenidos solamente para los individuos correspondientes a esqueletos completos y parcialmente completos se observa que 57.14% de ellos tienen una representatividad regular (entre el 50 y 75% del esqueleto), mientras que solo el 7.14% se puede considerar que tiene una buena representación (entre el 75 y 100%). Por su parte los individuos con mala (entre 25 y 50%) y nula representatividad (menores al 25%), suman cerca del 35,71% de los individuos (Tabla 3 y Gráfico 3).

Tabla 3. Grado de representatividad para los individuos de la muestra

	Catedral – Representatividad							
	Nula		Mala		Regular		Buena	
	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%
Esqueletos	2	14,29	3	21,43	8	57,14	1	7,14
Cráneos	2	100,00	0	0,00	0	0,00	0	0,00

Respecto a los cráneos, se puede observar que los dos individuos a los que se asocia tienen una representatividad cercana al 25%, ya que solo conservan unas pocas estructuras que están muy fragmentadas.

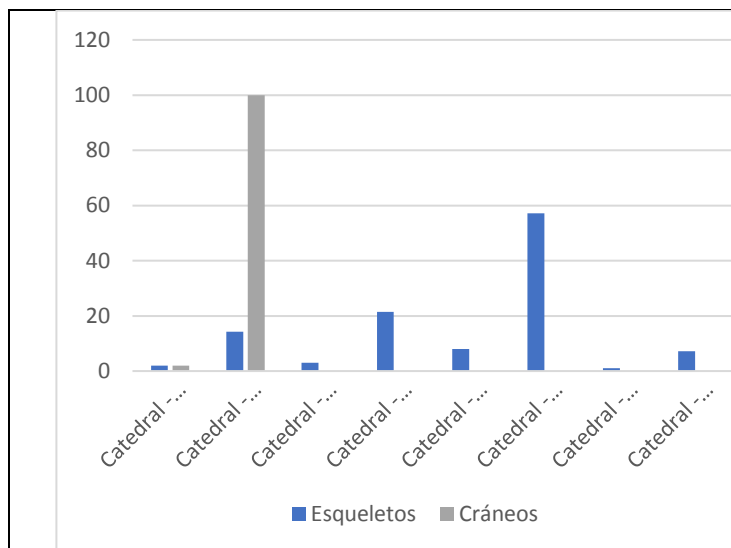


Gráfico 3. Representatividad de la muestra según los individuos representados por esqueletos o cráneos.

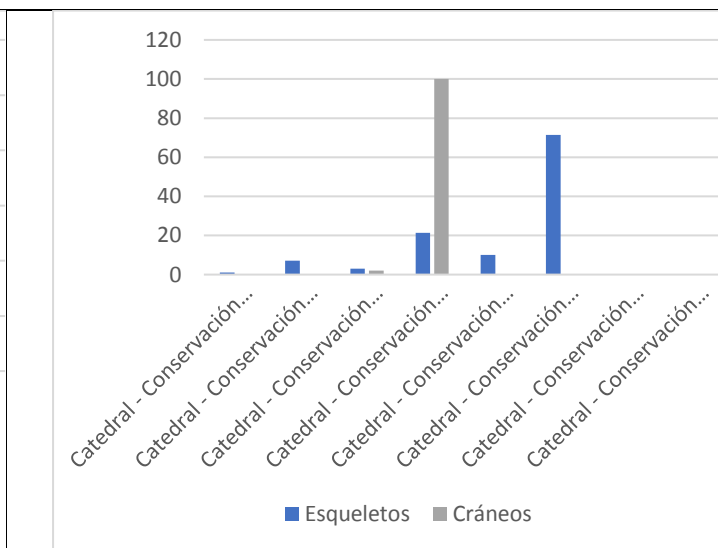


Gráfico 4. Conservación de la muestra según los individuos representados por esqueletos o cráneos.

Sobre la conservación de los restos óseos, se realizó el mismo ejercicio depurando por individuos que estuvieran representados por esqueletos completos y parcialmente completos y aquellos asociados únicamente a cráneos. De ahí se obtuvo que cerca del 71.43% de los esqueletos tienen una conservación regular,

mientras que el 28.57% restante corresponde a aquellos con una conservación mala o nula. En el caso de los cráneos, ambos estarían con una conservación considerada mala (Tabla 4 y Gráfico 4).

Tabla 4. Grado de conservación para los individuos de la muestra

	Catedral – Conservación							
	Nula		Mala		Regular		Buena	
	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%
Esqueletos	1	7,14	3	21,43	10	71,43	0	0,00
Cráneos	0	0,00	2	100,00	0	0,00	0	0,00

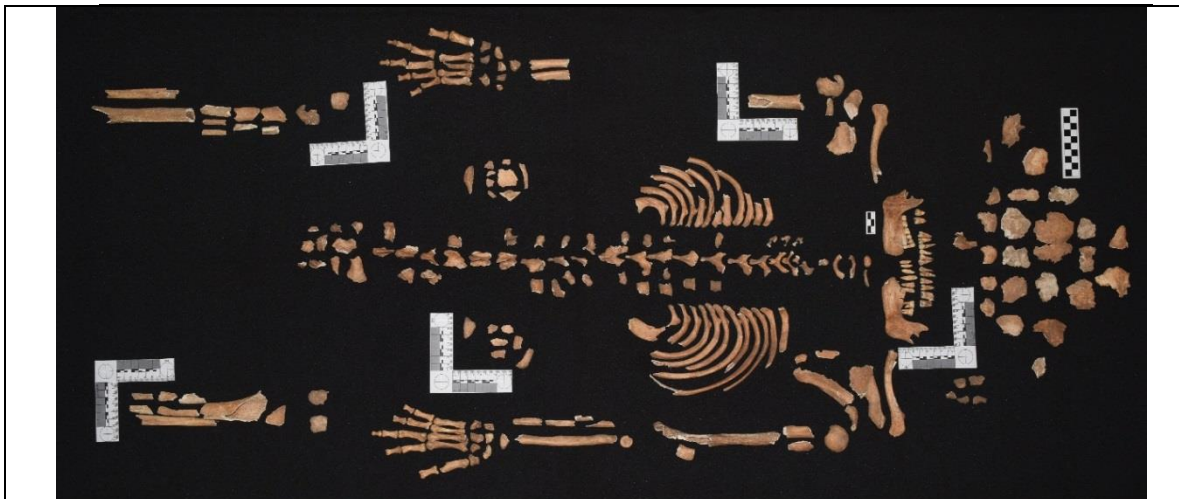


Imagen 1. Individuo de la UE 4015 con relativo buen estado de conservación en arcos costales, mandíbula y manos, pero regular en las demás estructuras del esqueleto, y mala en vértebras y cintura pélvica.

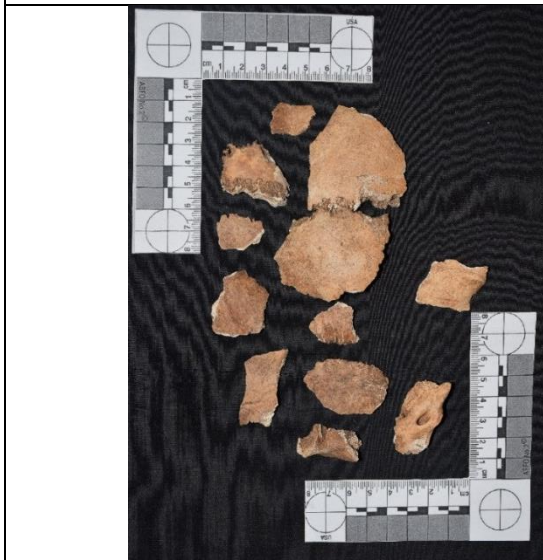


Imagen 2. Cráneo de la UE 4036 en mal estado de conservación y

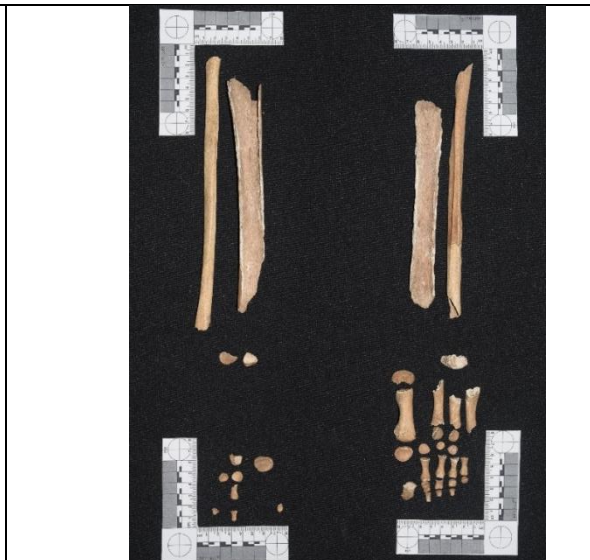


Imagen 3. Individuo de la UE 5006 representado únicamente por los

representatividad del 25%.	miembros inferiores.
----------------------------	----------------------

No obstante, habría que discutir varios factores que inciden en la presentación de estas cifras. En primer lugar, las condiciones en los procesos de formación de sitio y los agentes tafonómicos involucrados en la conservación diferencial de los restos óseos. Dadas las condiciones y características de los suelos en esta región de Panamá, que suelen ser bastante arcillosos y ácidos, afectan la preservación del material orgánico y aún más si consideramos la cercanía que tenía el área intervenida con la antigua línea de costa. Quizá esto explique por qué en términos generales la muestra mostró estos indicadores en la conservación y representación, aunque es llamativo la frecuencia de subadultos identificados en proporción con aquellos de la temporada 2017, pero tal vez corresponda con las particularidades propias del contexto de inhumación en el que posteriormente se haya ubicado un sector exclusivo para este tipo de población y que no fue identificado en las excavaciones de 2017. No obstante, la población subadulta registrada para el sur de la plaza evidencian los mismos problemas metodológicos de registro reportados para aquellos identificados en la nave y atrio de la Catedral.

Esta situación se relaciona con los índices de representatividad de la muestra, ya que la conservación condiciona la proporción de restos óseos que pueden asociarse con un individuo. En muchos casos, un individuo puede estar representado por unas pocas estructuras óseas, lo que señala varios problemas metodológicos en el análisis de este tipo de series. A esto se le suma, las características propias de los contextos arqueológicos, que inciden en la manera en la cual se conservan y, por ende, están representados los restos esqueléticos.

### **Estructura de la muestra por sexo y edad**

#### **Distribución por sexo**

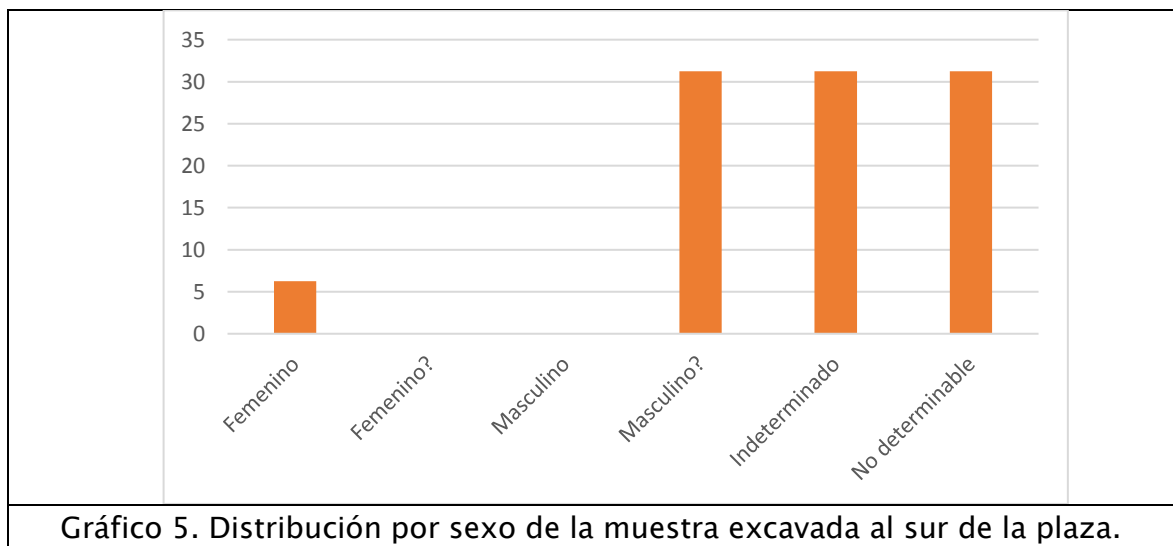
Considerando el tamaño de la muestra hay que señalar que cualquier tipo de análisis estadístico puede estar sesgado, por lo que hay que tomar la información de forma indicativa que pueda ser contrastada con otro tipo de fuentes. Respecto al sexo de los individuos, solo en 6 (37.5%) de los 16 individuos fue posible realizar la estimación, ya que 5 de ellos corresponde a población subadulta que aún no han desarrollado las características dimórficas de carácter sexual por lo que fueron identificados como indeterminados, y los 5 restantes no fue posible realizar la estimación por el estado de fragmentación o ausencia de las partes anatómicas que son diagnósticas para este tipo de análisis. Por lo demás se observa que el 31.25% de la muestra corresponde a individuos probablemente masculinos, representados en 5 esqueletos y solo uno fue asociado como un individuo femenino con un 6.25% sobre el total de la muestra para este sector (Tabla 5 y Gráfico 5). Llama la atención la baja incidencia que tiene la población femenina en comparación con lo reportado



para la zona excavada en 2018, pero puede corresponder a las particularidades de la representatividad y conservación de la muestra, lo que incide en posibles sesgos. Sin embargo, no se descarta que estas cifras también respondan a la poca presencia de mujeres para las primeras décadas de vida de la ciudad, siendo indígenas la mayoría de ellas, como es el caso del individuo identificado en la muestra. No obstante, quizá la documentación histórica podría brindar información que clarifiquen estos datos y explique la baja representación de individuos femeninos sepultados al sur de la plaza.

Tabla 5. Distribución de la muestra por sexo

	Frecuencia	%
Femenino	1	6,25
Femenino probable	0	0
Masculino	0	0
Masculino probable	5	31,25
Indeterminado	5	31,25
No determinable	5	31,25
<b>Total</b>	<b>16</b>	<b>100</b>



### Distribución por rangos de edad

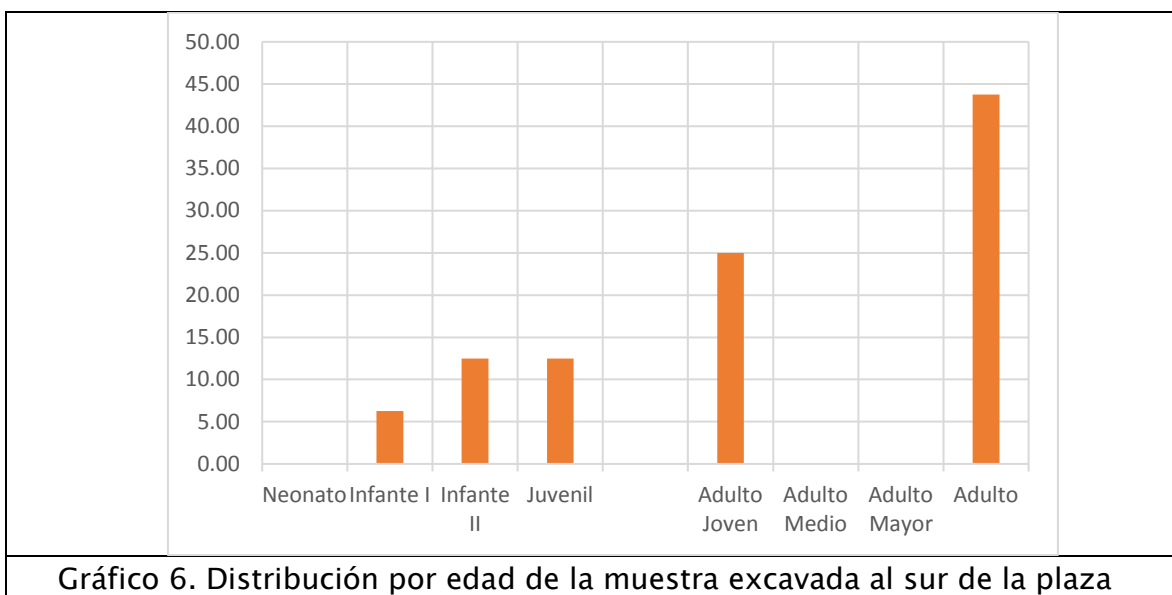
Al analizar los datos desde el punto de vista de la distribución por edades, se observa que el 31.25% del total de la muestra analizada para el sur de la plaza, corresponde a individuos subadultos, donde se encuentran individuos de 0 a 6 años (6.25%), de 7 a 12 años (12.50%) y de 13 a 17 años (12.50%). Estos datos responden no solo a las delicadas condiciones de preservación que tienen los restos óseos de la población infantil y juvenil, sino también a las pautas de inhumación para las primeras décadas de vida en la ciudad colonial, en las que posiblemente no se haya

marcado una diferencia en los sitios de enterramiento y fueron sepultados junto con los adultos, situación que cambio posteriormente con el traslado de la catedral al punto donde se encuentra actualmente. De hecho, al analizar los individuos inhumados en los estratos más antiguos de ese emplazamiento, sugiere que la edad no fue un criterio para el uso del espacio de enterramiento, lo que probablemente se vincule a una continuidad de las prácticas en esas primeras décadas del siglo XVI.

Tabla 6. Distribución de la muestra por grupos de edad

Grupos de edad	Frecuencia	%
Neonato	0	0,00
Infante I	1	6,25
Infante II	2	12,50
Juvenil	2	12,50
<b>Total subadultos</b>	5	31,25
Adulto Joven	4	25,00
Adulto Medio	0	0,00
Adulto Mayor	0	0,00
Adulto	7	43,75
<b>Total adultos</b>	11	68,75
Indeterminado	0	0,00
<b>TOTAL</b>	16	100,00

En cuanto a los individuos adultos, se puede observar que son los adultos jóvenes (25%) los que se encuentran representados, con una clara ausencia de individuos mayores a 35 años. Sin embargo, nuevamente hay que señalar las limitaciones que tiene la muestra en relación a la conservación de las estructuras óseas diagnósticas para la estimación de la edad, ya que de los 11 individuos adultos solo en 4 se logró aplicar los métodos de análisis, los demás individuos quedaron en la categoría de adultos, correspondiente al 43.75% del total de la muestra. Esto no descarta que entre aquellos individuos no hubiera personas mayores de 35 años, pero con el estado de la muestra no es posible verificar esta idea (Tabla 6 y Gráfico 6). No obstante, en términos generales estas cifras mantienen la tendencia observada en otras series esqueléticas coloniales de Panamá Viejo (Martín et al. 2009, Rojas et al. 2011).



Estos datos pueden corresponder a las difíciles condiciones a las que se tuvo que enfrentar la población, tanto europea como indígena y africana, durante la etapa de contacto y en décadas posteriores lo que generó distintas situaciones de estrés (nutricionales, ambientales, sociales, sanitarios, etc.), que afectaron de manera diferencial a ciertos sectores, entre ellos la población infantil, los adolescentes y los adultos jóvenes (18–35 años).

Esta situación también condiciona las cifras de supervivencia de los individuos, lo que quizá explica que no haya presencia de adultos mayores, y que se traduce en una baja expectativa de vida.

Si cruzamos la información de la edad con el sexo es posible observar que tres de los cinco individuos masculinos (18.75%) y el único femenino (6.25%) corresponden a la población adulto joven. Por otra parte, en la categoría adulto se encuentran dos individuos masculinos (12.5%) y aquellos cinco considerados no determinables para la estimación de sexo. (Tabla 7 y Gráfico 7).

Tabla 7. Distribución de la muestra por grupos de edad según el sexo

Grupos de Edad	No determinable		Indeterminado		Masculino		Femenino	
	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%
Neonato	0	0,00	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Infante I	0	0,00	1	6,25	0	0,00	0	0,00
Infante II	0	0,00	2	12,50	0	0,00	0	0,00
Juvenil	0	0,00	2	12,50	0	0,00	0	0,00
Adulto Joven	0	0,00	0	0,00	3	18,75	1	6,25
Adulto Medio	0	0,00	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Adulto Mayor	0	0,00	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Adulto	5	31,25	0	0,00	2	12,50	0	0,00

Indeterminado	0	0,00	0	0,00	0	0,00	0	0,00
<b>TOTAL</b>	<b>5</b>	<b>31,25</b>	<b>5</b>	<b>31,25</b>	<b>5</b>	<b>31,25</b>	<b>1</b>	<b>6,25</b>

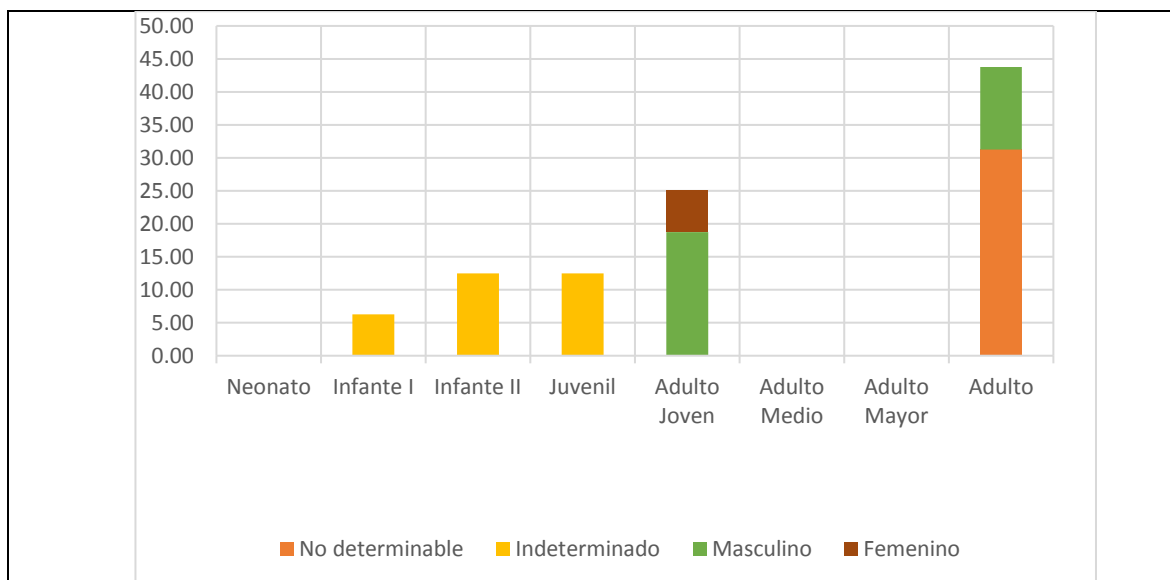


Gráfico 7. Distribución por edad de la muestra excavada al sur de la plaza según el sexo de los individuos

### Filiación Poblacional

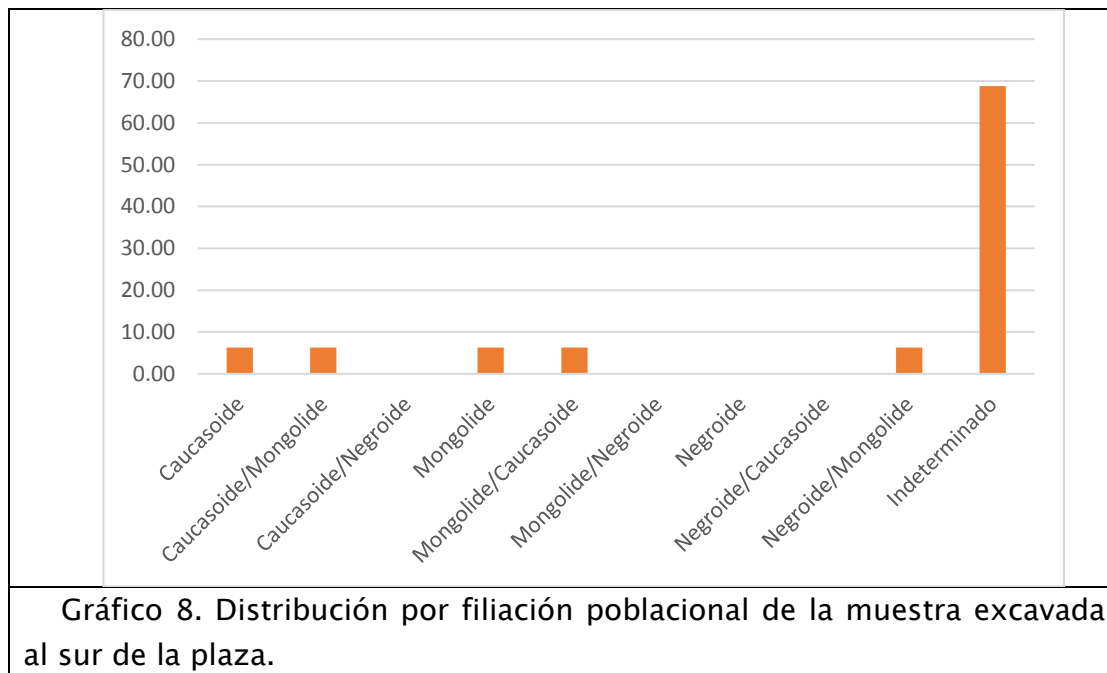
La compleja situación que tenía la muestra en términos de conservación y representación de los dientes y de los restos óseos del cráneo y esplanocráneo, empleados para la estimación de ancestro o filiación poblacional, dificultó muchísimo el proceso de observación de la muestra, ya que solo se logró aplicar la estimación en el 31.25% de los individuos, correspondiente a solo cinco casos. En cuatro de ellos la información de ancestro se obtuvo gracias a la variación morfológica dental y el restante con observaciones en las características de los huesos faciales, a partir de los cuales se agruparon en uno de los tres troncos ancestrales (caucasoide, mongolide o negroide). Aunque en algunos casos se encontraron individuos con características de al menos dos filiaciones poblacionales, predominaba generalmente una de ellas. Tomando en cuenta estas consideraciones se logró identificar lo siguiente:

Tabla 8. Distribución de la muestra por filiación poblacional

Filiación Poblacional	Frecuencia	%
Caucasoide	1	6,25
Caucasoide/Mongolide	1	6,25
Caucasoide/Negroide	0	0,00
Mongolide	1	6,25
Mongolide/Caucasoide	1	6,25

Mongolide/Negroide	0	0,00
Negroide	0	0,00
Negroide/Caucasoide	0	0,00
Negroide/Mongolide	1	6,25
Indeterminado	11	68,75
<b>TOTAL</b>	<b>16</b>	<b>100,00</b>

En la tabla y gráfico 8 es posible observar que no hay una prevalencia en la muestra de ningún grupo poblacional. Sin embargo, si sumamos los individuos con rasgos caucasoides y predominantemente caucasoides, hay una representación del 12.5% de la muestra, al igual que aquellos con rasgos mongolides o predominantemente mongolides. En el caso de la población de origen africano, solo se registró un caso (6.25%) con rasgos predominantemente negroides pero con características mongolides en menor medida.



Esta información puede estar denotando las características poblacionales de las primeras décadas de la ciudad, donde hay una mayor presencia de la población amerindia en comparación con los demás sectores demográficos, situación que cambia drásticamente por los procesos de choque epidemiológico que se dieron tras el contacto con los europeos. Al respecto, Jaén Suárez (1986) hace un estimativo de 225 mil personas fallecidas en el istmo durante el periodo de contacto. Para solo la ciudad de Panamá, el autor comenta que mientras en 1533 había un registro de aproximadamente 500 indígenas, la cifra baja drásticamente años después y llega a solo 22 en 1607 (Jaén Suárez 1986:52). Incluso el cronista de Indias Oviedo afirma

que antes de 1542 ya habían desaparecido cerca de 2 millones de indígenas en solo Castilla de Oro (Cooke y Sánchez 2004:48), que más allá de evaluar la precisión de la cifra, indica una realidad en cuanto a la percepción que había sobre la muerte de los indígenas panameños.

Asimismo, los datos muestran la presencia de la población proveniente de la península Ibérica y el impacto en los procesos de mestizaje con la población local, donde al menos dos de los individuos conservan características morfológicas de ambos troncos ancestrales. Las particularidades del mestizaje en Panamá se vinculan por una parte con la escasez de mujeres blancas y aún más las solteras, lo que favoreció la unión con las indias en los primeros años de la conquista. A pesar de que en América fue muy frecuente la práctica del concubinato, una práctica castigada, autores como Mena García (1984:93) afirman que la figura de origen medieval conocida como “barraganía”, constituyó un elemento importantísimo en la legitimidad de la convivencia libre entre hombres y mujeres, que aunque no tenían la misma significancia que el matrimonio, reguló y permitió una amplitud en las uniones entre españoles e indígenas.

Por otro lado, llama la atención la baja representación de población africana con solo un individuo que también tiene rasgos mongolides, tendencia que será diferente para las décadas subsiguientes donde es la población africana la que será la mejor representada en la ciudad de Panamá, que al insertarse a la dinámica poblacional empieza a formar otras categorías en el sistema de mezcla racial: los zambaigos y los mulatos, por ejemplo.

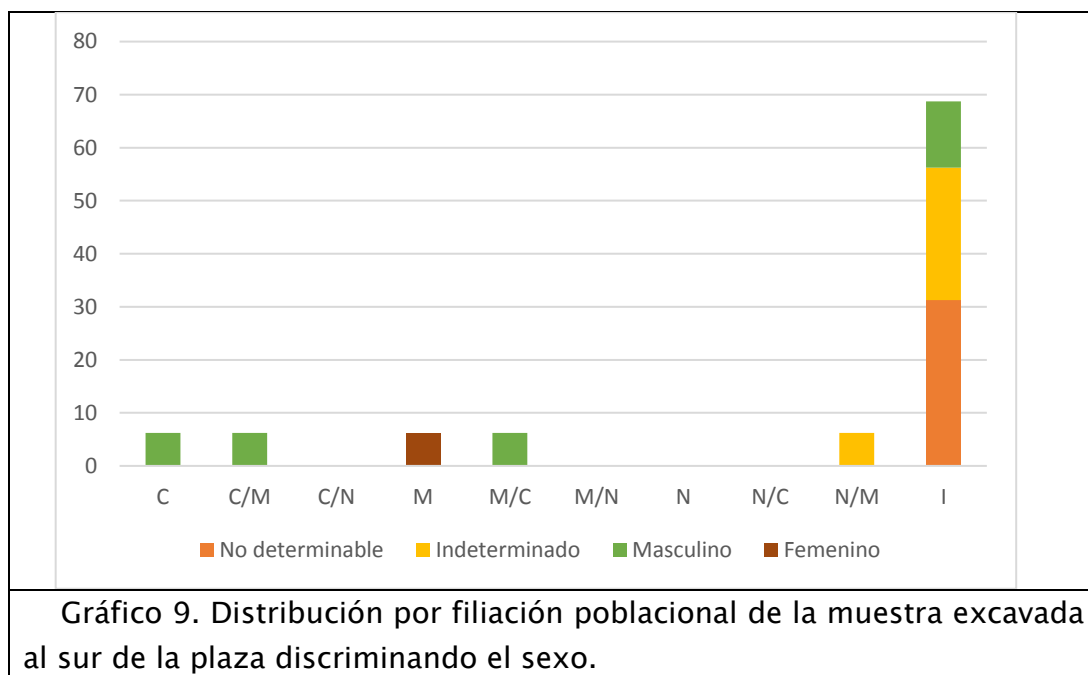


Tabla 9. Distribución de la muestra por filiación poblacional según el sexo

Ancestro	No determinable		Indeterminado		Masculino		Femenino	
	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%
Caucasoide	0	0	0	0,00	1	6,25	0	0,00
Caucasoide/Mongolide	0	0	0	0,00	1	6,25	0	0,00
Caucasoide/Negroide	0	0	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Mongolide	0	0	0	0,00	0	0,00	1	6,25
Mongolide/Caucasoide	0	0	0	0,00	1	6,25	0	0,00
Mongolide/Negroide	0	0	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Negroide	0	0	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Negroide/Caucasoide	0	0	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Negroide/Mongolide	0	0	1	6,25	0	0,00	0	0,00
Indeterminado	5	31,25	4	25,00	2	12,50	0	0,00
<b>Total</b>	5	31,25	5	31,25	5	31,25	1	6,25

Sobre este tema, en la tabla y el gráfico 9 se observa que el único individuo identificado como femenino corresponde al tronco mongolide vinculado con la población indígena y tres de los cinco individuos masculinos son caucasoideos o tienen en alguna proporción rasgos de este grupo ancestral, esperable para esos primeros años de vida en la ciudad.

### Estatura

Respecto a la estatura, en tan solo tres de los dieciséis individuos (18.75%) que componen la muestra del sur de la plaza fue posible estimar la estatura, esto debido a las condiciones de conservación y representatividad de las estructuras óseas empleadas para la estimación de la talla. En la tabla 10 se incluye la cantidad de observaciones hechas en los individuos discriminados por sexo donde se observa que aquellos a los que se les pudo estimar la estatura corresponden a individuos masculinos, los cuales alcanzaban una estatura promedio de 169.67 cm. con una desviación estándar de 7.86 cm., muy similar a lo identificado en la muestra analizada en la catedral donde la población masculina obtuvo una estatura promedio de  $168.14 \pm 6.54$  cm. En el caso de los individuos analizados para el sur de la plaza la talla más alta llegó a los 175.08 cm, mientras que el más bajo estaba alrededor de los 160.65 cm.

Tabla 10. Estimación de la estatura según el sexo de los individuos

Sexo	Promedio	Desviación estándar	Observaciones
Femenino	--	--	0
Masculino	169.67	7.86	3

La poca cantidad de muestras que hay interior de cada uno de los grupos identificados por variación poblacional no permite hacer un análisis más detallado de las características de crecimiento de la población. No obstante, marca una tendencia que ha sido referenciada para otras colecciones del periodo colonial, en las cuales las tendencias en la talla tienden a ser relativamente bajas en todos los grupos ancestrales, y aún más considerando las poblaciones de la península ibérica que no eran muy altos, aunque las poblaciones amerindias generalmente tenían tallas menores a la de los individuos de origen europeo o africano (Ubelaker 1989b), a su vez las características fenotípicas de las poblaciones amerindias tienden a ser de una contextura gruesa, relacionado con las actividades cotidianas y a las condiciones medio ambientales a las que tuvieron que enfrentarse estos grupos, generando procesos microevolutivos particulares a este tipo de contextos (Rodríguez 1999).

### **Paleoepidemiología**

Desde la ecología humana, la aparición de las enfermedades en un grupo depende de una serie de factores que interrelaciona a los individuos con el medio ecológico en el que se desarrollan las poblaciones, considerándolas dependientes y sujetas a cambios, que se traducen en procesos evolutivos y adaptativos.

Tomando este modelo interpretativo, la enfermedad se ve como un indicador de estrés, entendido como un desequilibrio del proceso de homeostasis, es decir el equilibrio energético que existe entre el aporte del medio (*input*) y el consumo humano (*output*), lo que permite la supervivencia de una población y que está condicionado por variables de tipo medio ambiental y cultural (Rodríguez 1999, 2006). Para ello es necesario medir el grado de adaptabilidad de la población a través de aspectos como la calidad de la dieta alimenticia, el estado de salud-enfermedad y la efectividad de los mecanismos reguladores de crecimiento demográfico.

Para entender los procesos asociados a las enfermedades de las poblaciones antiguas, hay que tener claro que la información que nos proporcionan los restos óseos deben incluir el contexto en el que se encontraron, de esta manera es posible realizar una interpretación más confiable. De esta forma, este tipo de observaciones permite explicar procesos de gran profundidad temporal y la forma en la que estos grupos generaron respuestas ante la acción de los diferentes factores que originaban las lesiones. No obstante, surgen algunos problemas que limitan la reconstrucción de un perfil paleopatológico y paleoepidemiológico de las poblaciones del pasado, entre ellos la ausencia de tejido blando que nos aproxime a



la sintomatología de las enfermedades y las limitantes en la exactitud del diagnóstico a partir de unos pocos fragmentos óseos.

### **Frecuencia general de anomalías óseas para el total de la muestra**

Como se comentó en la metodología, para realizar el análisis en paleoepidemiología se debe tener en cuenta los aspectos no observables tanto del individuo como de la muestra en general. De esta manera, se presenta la información incluyendo aquellos datos que no pudieron ser recolectados y que se codificaron como “No observables” dado el estado de conservación de los elementos, particularmente en el caso de los cráneos. Adicionalmente, se presenta el porcentaje respecto al total de la muestra, así como el porcentaje asociado a la cantidad de observaciones posibles realizadas, el cual se denomina porcentaje efectivo.

La tabla 11 muestra la proporción de individuos que presentan alguna anomalía ósea y aquellos que no presentan ninguna. Dicho porcentaje respecto a lo observable en los individuos del contexto excavado en el sur de la plaza es de 33.33% de individuos sin anomalías, mientras que aquellos que presentan algún tipo de anomalía corresponden al 66.67%, una cifra alta en comparación con lo analizado en otros sitios del conjunto monumental de Panamá Viejo, donde se había obtenido un porcentaje efectivo de 50% para individuos con anomalías de la muestra colonial (Martín et al. 2009, Rojas et al. 2011), pero un poco más bajo de lo observado para lo excavado en la catedral (75.17%).

Tabla 11. Proporción de individuos que presentan anomalías óseas en la muestra analizada

	<b>Frecuencia</b>	<b>% Total</b>	<b>% Efectivo</b>
No observable	4	25,00	-
Sin anomalías	4	25,00	33,33
Anomalía	8	50,00	66,67
Total	16	100,00	-
Total Efectivo	12	75,00	100,00

### **Frecuencia específica de anomalías óseas para el total de la muestra**

De acuerdo a los cambios óseos observados en la muestra, en los que se pueden identificar enfermedades, lesiones o prácticas bioculturales, en la tabla 12 y en el gráfico 10 se presentan la frecuencia y porcentaje de individuos para los cuales se diagnosticó alguno de estos elementos vinculados con el perfil paleopatológico de la población inhumada al sur de la plaza. Estos aspectos están asociados a actividades de estrés como consecuencia a expresiones de tipo adaptativo, pero no todos están

necesariamente vinculados con procesos patológicos (Mendonça de Souza 1999:4). Entre las lesiones sobresalen aquellas vinculadas con procesos procesos entésicos (31.25%), traumas (18.75%) y la enfermedad articular degenerativa - EAD (12.5%). En menor proporción, se tiene un caso compatible con lesiones infecciosas (6.79%) y otro con formaciones neoplásicas (6.79%).



Imagen 4. Cambio entésico en tuberosidad radial derecha UE 4007.

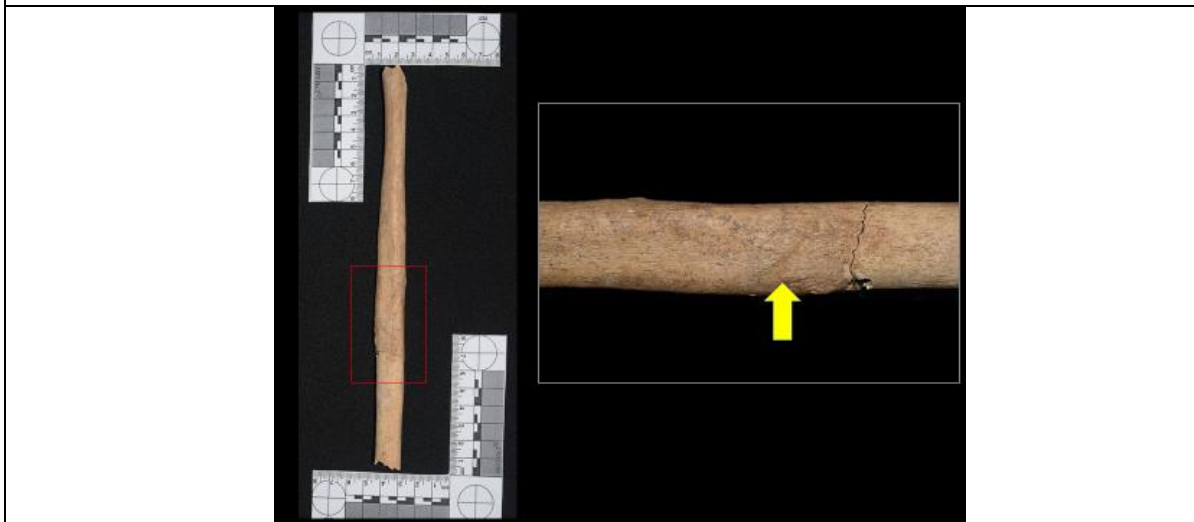


Imagen 5. Lesión traumática en fíbula izquierda del UE 5006.

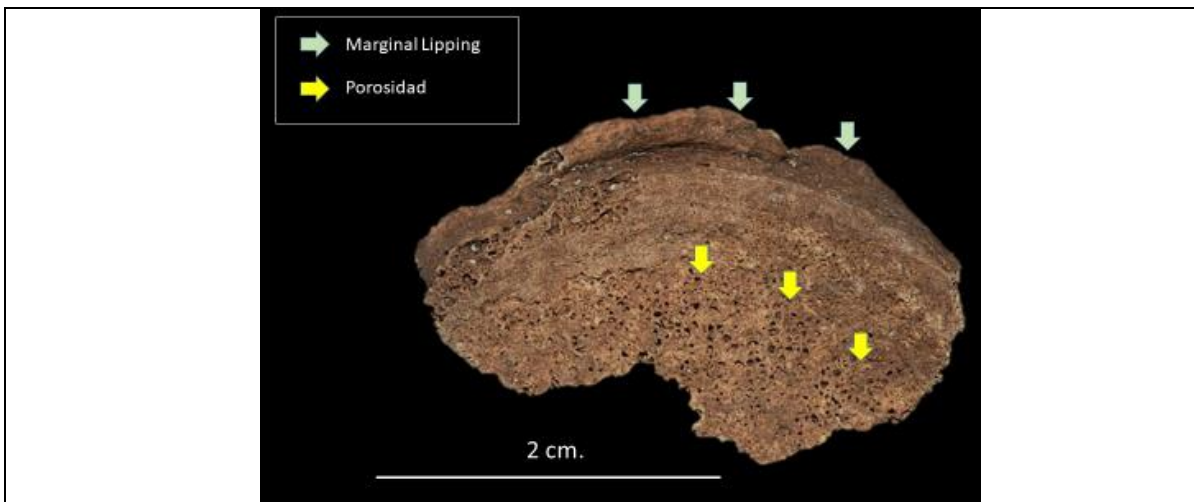


Imagen 6. Procesos de enfermedad articular degenerativa (EAD) en cuerpo vertebral de UE 4007.

Tabla 12. Proporción de anomalías óseas identificadas en la muestra del sur de la plaza

Lesiones o anomalías óseas	Frecuencia	% Efectivo	% Total
Infección	1	8,33	6,25
Entesis	5	41,67	31,25
EAD	2	16,67	12,50
Trauma	3	25,00	18,75
Neoplasia	1	8,33	6,25

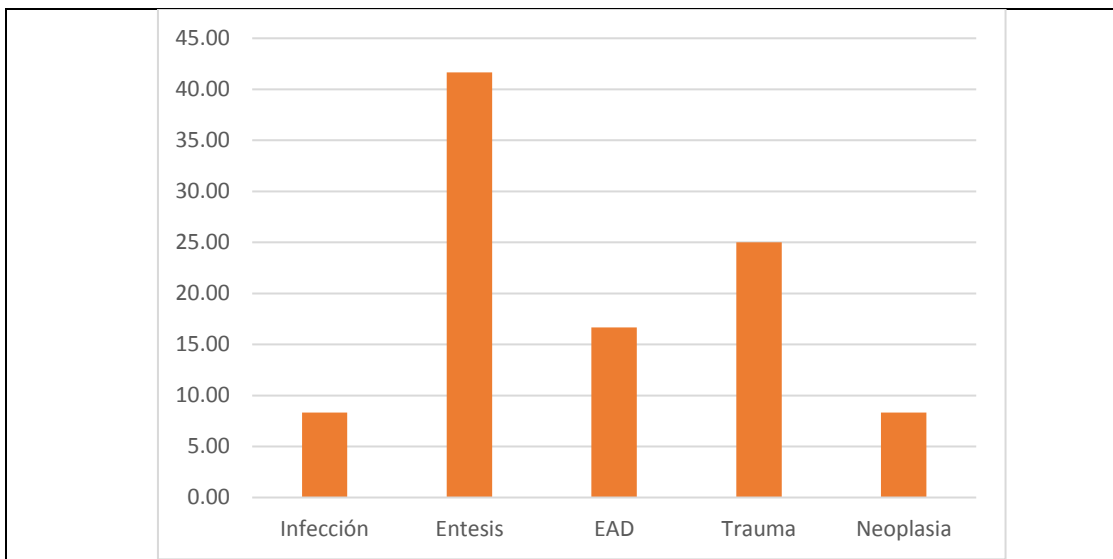


Gráfico 10. Porcentaje efectivo de anomalías óseas identificadas en la muestra.

Aunque el tamaño de la muestra no es tan amplio, estas cifras parecen confirmar lo ya se había reportado en la población colonial de Panamá Viejo y el impacto que

tuvo el proceso de contacto en las condiciones de vida de la población durante los siglos XVI y XVII, en el que la incidencia de las actividades laborales en el estado de salud de estos grupos humanos fue evidente.

Por ejemplo, los pueblos indígenas al momento del contacto habían diseñado una estructura de aprovechamiento de recursos que se articulaba con los procesos de adaptación que habían desarrollado en función a las particularidades que les ofrecía el entorno donde vivían. Para ellos, la inversión de energía se concentraba en la producción y consumo de alimentos, aunque reservaban tiempo para la realización de otro tipo de actividades, como las asociadas a la parte ritual (Rodríguez Cuenca 1999, 2007). En este sentido, las lesiones más frecuentes en estas poblaciones estaban vinculadas a EAD, hiperostosis porótica y traumas, aunque también hubo presencia de enfermedades infecciosas como las treponematosis y la tuberculosis, que también tuvieron incidencia en las condiciones de salud de la población indígena (Rodríguez Cuenca 2006).

Desde el punto de vista óseo, las lesiones vinculadas con procesos infecciosos corresponden generalmente a la periostitis o reacciones en la capa externa del hueso y a la osteomielitis que compromete tanto el periostio como la cavidad medular del hueso. En términos generales, estos procesos implican una respuesta a algún tipo de agente patógeno externo como los estafilococos, estreptococos y neumococos, que ocasionan enfermedades como la lepra, la sífilis, la tuberculosis, entre otras.



Imagen 7. Periostitis activa extendida compatible con proceso infeccioso en

tibia izquierda del UE 4017.

Al respecto, llama la atención que solo uno de los individuos analizados para el sur de la plaza (UE 4017) evidenciara lesiones de tipo infeccioso, asociado con una periostitis activa extendida en el tercio proximal de la diáfisis de la tibia, el tercio medio y distal de la fíbula izquierda, y el tercio distal de la fíbula derecha. No obstante, no fue posible identificar la etiología de la lesión, ya que una misma reacción ósea puede corresponder a distintas causas, lo cual dificulta el diagnóstico si no se cuenta con el esqueleto completo por factores de conservación o fragmentación, como fue este caso.

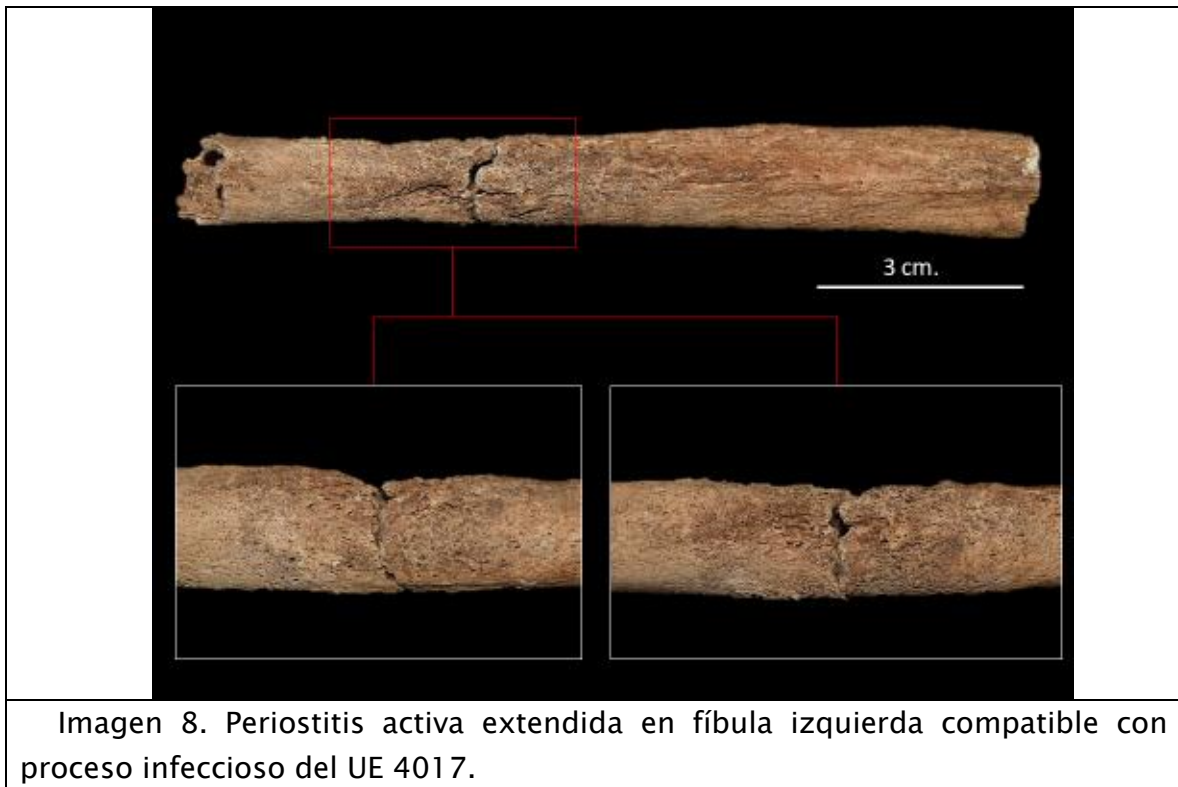


Imagen 8. Periostitis activa extendida en fíbula izquierda compatible con proceso infeccioso del UE 4017.

Sin embargo, fueron los cambios entesiales, las lesiones traumáticas y la enfermedad articular degenerativa (EAD) las que se presentaron con mayor frecuencia en la muestra del sur de la plaza con un 41.67%, 25% y 16.67% efectivo respectivamente. A la llegada de los europeos, las poblaciones que se empezaron a configurar en el Nuevo Mundo empezaron a ejecutar diferentes tipos de actividades que demandaban mayores esfuerzos físicos al tener que enfrentarse con las dificultades que representaba la adaptación a un medio ambiente y a un estilo de vida totalmente diferente. En este orden de ideas, no es extraño pensar que la población de Panamá Viejo tuvo que dedicarse a tareas pesadas que desencadenaron

lesiones asociadas a la hipertrofia muscular o entesis, evidenciada en las marcadas inserciones dejadas en los huesos o en el marcado estrés sobre los mecanismos articulares del cuerpo, creando espacio para la formación de las EAD.



Imagen 9. Cambio entesial para inserción del músculo pectoral en la clavícula derecha del UE 4023.

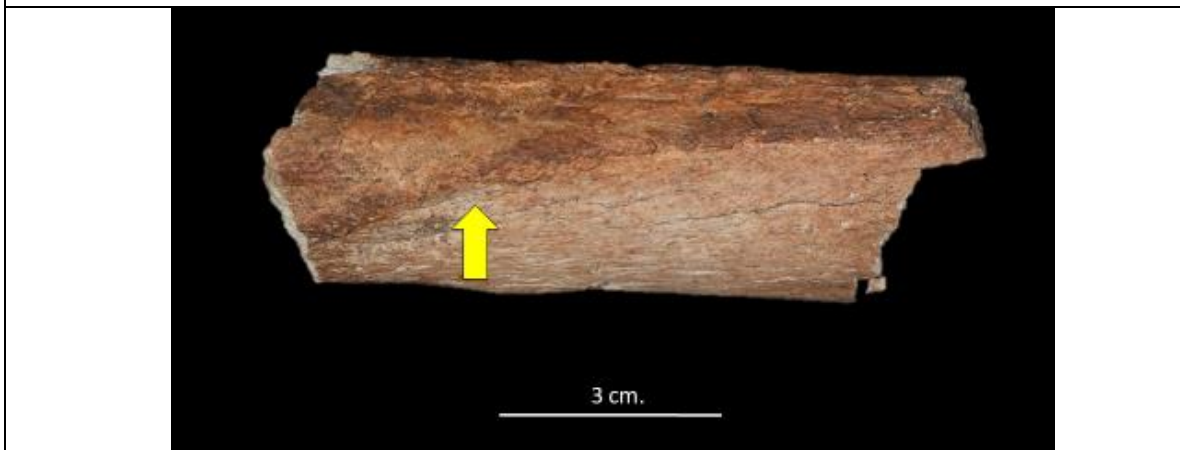


Imagen 10. Cambio entesial para inserción del músculo vasto medial en el fémur derecho del UE 4022.



Imagen 11. Anquilosamiento generado por EAD en las falanges distal e intermedia del quinto dedo de la mano izquierda del UE 4013.

Sin embargo, hay que anotar que la EAD no siempre está asociada a estrés mecánico por actividad física, sino que está directamente relacionada con procesos de envejecimiento de los individuos, siendo más frecuente estas lesiones en aquellos de edad avanzada. No obstante, las características de la muestra evidencian la presencia de adultos jóvenes, lo que sugiere una incidencia mayor de los procesos asociados a la actividad física. En otras palabras, es probable que la población para el periodo colonial haya sido expuesta a procesos de trabajo fuertes, lo que directa o indirectamente generó respuestas óseas que evidencian una marcada actividad física, lesiones compatibles con EAD y traumas asociados principalmente con golpes y fracturas.

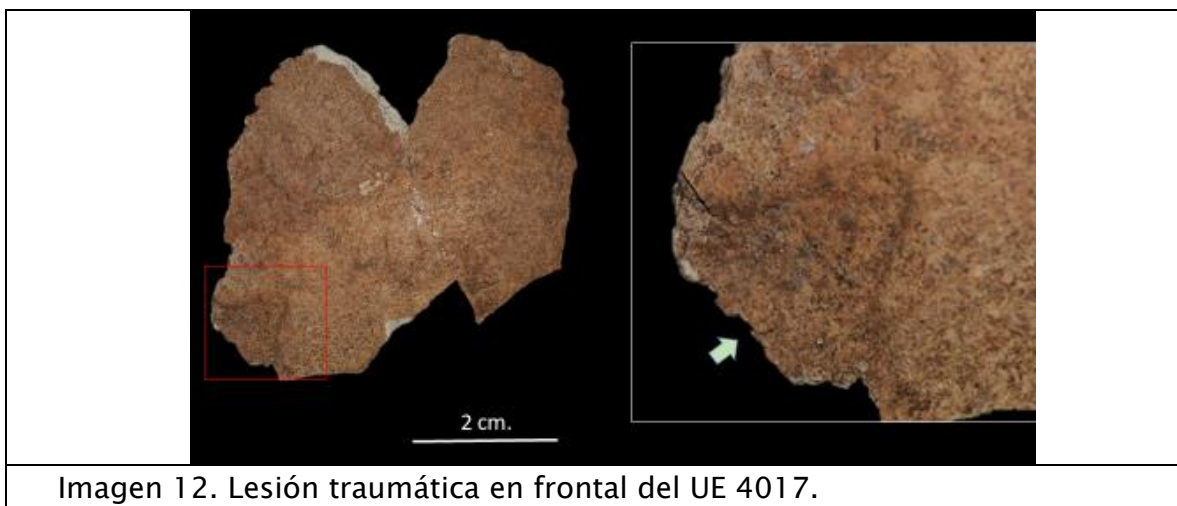
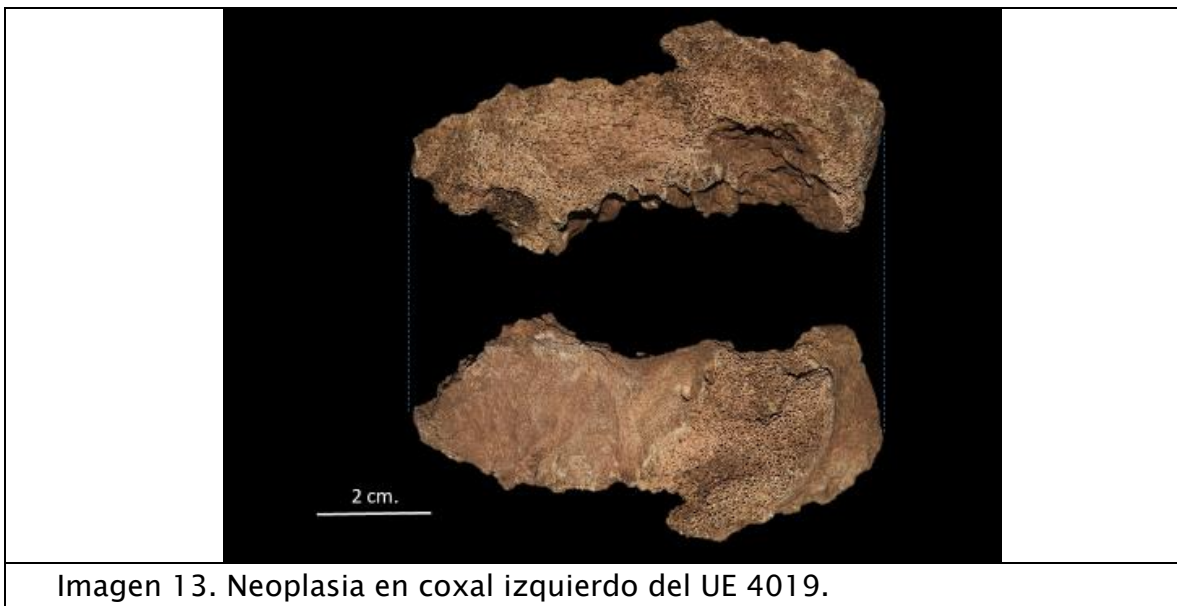


Imagen 12. Lesión traumática en frontal del UE 4017.

Al respecto, los tres casos reportados con lesiones traumáticas evidencian las anomalías en distintas estructuras, por ejemplo, en el cráneo (UE 4017), las manos (UE 4013) y los miembros inferiores (UE 5006), por lo que no es posible establecer patrones asociados a estas fracturas que ya están cicatrizadas y por ende ocurrieron en vida de los individuos.

Finalmente, se reportó el caso de una neoplasia formada a nivel del coxal izquierdo del UE 4019, caracterizado por presentar tejido óseo compacto al parecer reactivo que puede ser de origen óseo. Sin embargo, al no tener la estructura completa ni poder correlacionar la lesión con huesos adyacentes, igualmente mal conservados, es difícil establecer un diagnóstico más preciso sobre la etiología de esta anomalía.





### Frecuencia general de anomalías dentales para el total de la muestra

Respecto a la dentadura, solo seis de los individuos revelaron anomalías asociadas a morbilidad dental, llegando al 37.5% del total de la muestra con un 100% efectivo en el registro de las lesiones o anomalías dentales (tabla 13), donde también se consideró el número de casos no observables en la muestra. Al respecto, las altas cifras de casos no observables responden a factores de conservación o de representación de los dientes, a pesar que estos representan el tejido más duro y resistente del cuerpo humano y que en contexto arqueológico muchas veces se conservan mejor que los restos óseos, pero dadas las particularidades de formación del sitio, reducciones y alteraciones principalmente, pudieron haberse perdido o descontextualizado varios de estos elementos.

Tabla 13. Proporción de individuos que presentan anomalías dentales en la muestra analizada

	Frecuencia	% Total	% Efectivo
No observable	10	62,50	-
Sin anomalías	0	0,00	0,00
Anomalía	6	37,50	100,00
Total	16	100,00	-
Total Efectivo	6	37,50	100,00

### Frecuencia específica de anomalías dentales para el total de la muestra

La información que se obtiene de la morbilidad dental ayuda a reconstruir entre otras cosas algunos aspectos sobre la dieta de los individuos, episodios de estrés nutricional o enfermedad y elementos comportamentales que quedan registrados en

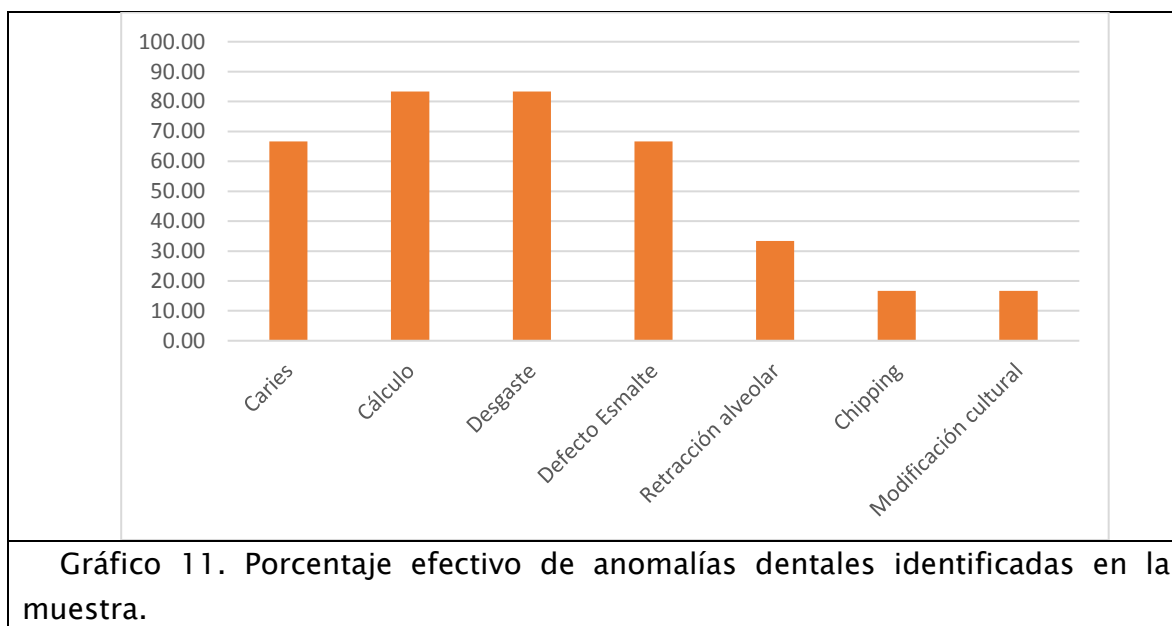


los dientes, lo que sirven de indicadores para las condiciones de salud y calidad de vida de la población. Durante el curso de la vida estas estructuras no cambian y a diferencia del hueso no poseen capacidad reparativa, a excepción de la dentina cuyos procesos son poco funcionales a la salud del diente.

Entre las anomalías o lesiones dentales registradas en la muestra de la Catedral de Panamá Viejo se identificó que las más frecuentes fueron el desgaste dental por procesos masticatorios y el cálculo dental, ambas con el 83.33% efectivo. Posteriormente se presentaron casos de caries y defectos de esmalte con el 66.67% cada uno, y la retracción alveolar asociada a enfermedad periodontal con el 33.33%. En menor proporción se encuentra con un 16.67% las fracturas de esmalte o *chipping* y un caso de modificación cultural con igualmente el 16.67% efectivo (tabla 14 y gráfico 11).

Tabla 14. Proporción de anomalías dentales identificadas en la muestra de la Catedral

Anomalía o lesión	Frecuencia	% Efectivo	% Total
Caries	4	66,67	25,00
Cálculo	5	83,33	31,25
Desgaste	5	83,33	31,25
Defecto Esmalte	4	66,67	25,00
Retracción alveolar	2	33,33	12,50
Chipping	1	16,67	6,25
Modificación cultural	1	16,67	6,25



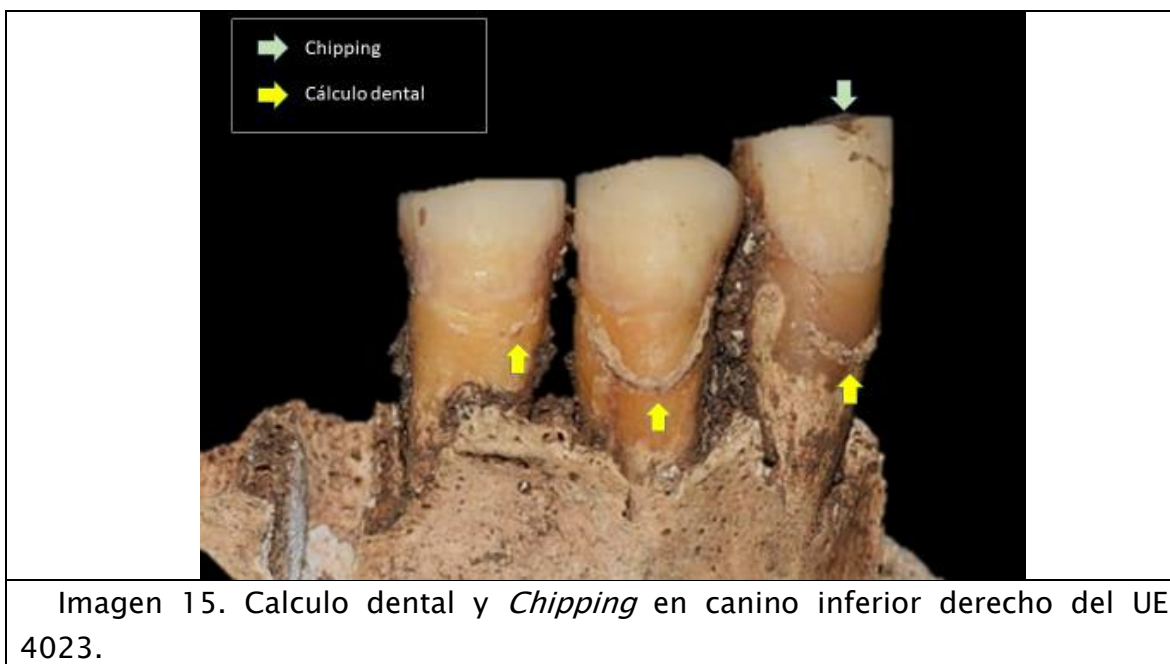
En estos datos la lesión causada por desgaste en la superficie oclusal de los dientes se asoció a los procesos de masticación alimenticia que se manifestó en distintos grados en la población colonial de Panamá Viejo, otro tipo de desgastes asociados a actividad laboral, prácticas bioculturales o al sostenimiento frecuente de objetos con los dientes, se registró como modificaciones culturales. Asimismo, desgastes producto de una mala atrición o de bruxismo no fueron identificados en la muestra. Hay que señalar que el desgaste oclusal se debe al contacto de partículas abrasivas que pueden ser asociadas a la comida u otro tipo de elementos con el que se preparan los alimentos. Por ejemplo, para el procesamiento y molienda del maíz durante el periodo prehispánico y seguramente durante la colonia, empleaba metates y manos de moler en piedra que desprendían partículas que consecuentemente pronunciaban aún más el desgaste. Asimismo dietas abrasivas, nuevamente como el maíz, pudieron haber sido un factor determinante en este tipo de lesiones.



Imagen 14. Procesos de desgaste masticatorio en diferentes grados de manifestación en mandíbula del UE 4023.

Producto de una dieta abrasiva también se presentan las fracturas de esmalte o *chipping*, que en algunos casos logran comprometer también a la dentina. Generalmente se localizan en el margen incisal de los dientes anteriores o en las crestas de las cúspides de la corona (Chai et al. 2011, Towle et al. 2017). Muchas veces estas fracturas se pueden confundir con eventos postdeposicionales, por lo que hay que fijarse en los márgenes redondeados y suaves que pueda tener el *chipping*, incluso con algún signo de desgaste y una tonalidad similar al esmalte adyacente. Esta es una de las lesiones traumáticas más frecuentes en el esmalte e implican el contacto de los dientes con un elemento duro que provoca la lesión, que

en procesos masticatorios se pueden generar de dos formas: 1) por micro contactos acumulativos asociados con partículas pequeñas asociadas a la dieta y, 2) por macro contactos individuales con elementos más duros como nueces, granos o semillas (Chai et al. 2011). Aunque las fracturas de esmalte generalmente se asocia con causas alimenticias, es posible relacionarlas con el procesamiento de alimentos, contaminantes ambientales, eventos traumáticos y prácticas culturales (Towle et al. 2017), lo cual dificulta identificar el origen de estas lesiones. Sin embargo, llama la atención que en la muestra analizada alcanza solo un 16.67% efectivo, con un solo caso, y probablemente en este contexto también se vincule con procesos asociados a la dieta.



Respecto al cálculo dental, junto al desgaste masticatorio, también se observa una alta prevalencia en la muestra (83.33% efectivo), este se caracteriza por la mineralización de la placa bacteriana coadyuvado por la presencia de saliva, por lo que las piezas dentales ubicadas cerca a los ductos salivares son las más afectadas (Canci y Minozzi 2012, Hillson 1996). Existen dos tipos de cálculo dental, el supra gingival y el sub gingival, el primero se anexa al esmalte sobre el margen gingival y aunque en vida está muy adherido a la corona, tiende a perderse fácilmente en el contexto arqueológico. Por su parte, el cálculo sub gingival se deposita en la superficie de la raíz, siendo más delgado, duro y más mineralizado que el supra gingival (Hillson 1996: 256-257).

El cálculo generalmente se vincula con dietas ricas en carbohidratos, pero también incide una higiene oral poco adecuada, lo que facilita la acumulación de la placa

bacteriana. Otro tipo de procesos vinculados a la maloclusión o parálisis faciales crean espacios en los que el cálculo empieza a depositarse, pero también incide la edad presentándose de manera más frecuente a medida que el individuo envejece (Hillson 1996). Asimismo, se plantea una relación inversa en la presencia de cálculo y caries dental, que aunque se pueda manifestar ambas anomalías en el mismo diente, la tendencia es que las caries se presenten en sectores del diente desprovistas de cálculo dental (Hillson 1996), situación que puede ajustarse a lo observado en la muestra del sur de la plaza, donde la prevalencia de caries es del 66.67% efectivo.

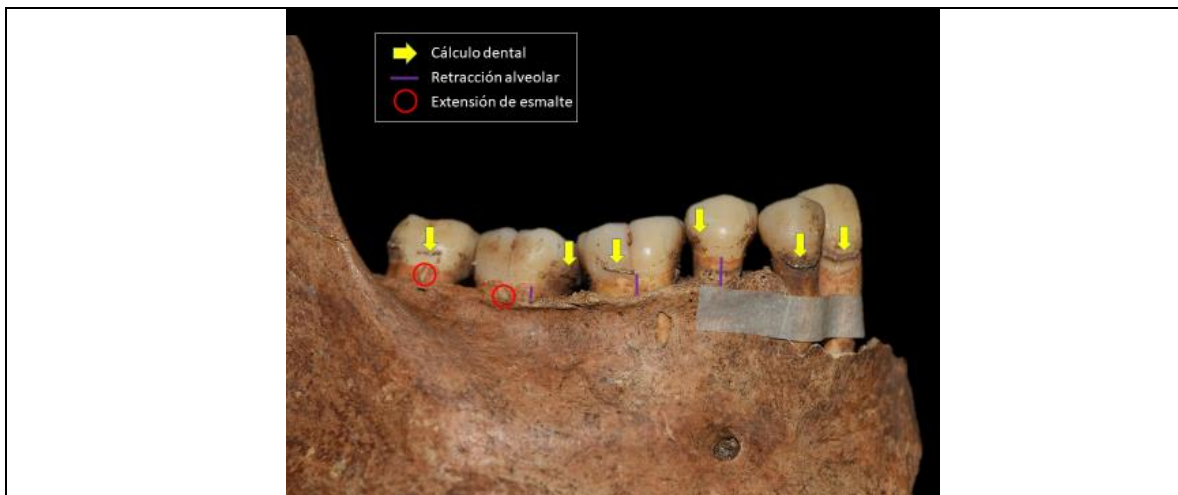


Imagen 16. Lesiones y anomalías dentales en mandíbula del UE 4015.



Imagen 17. Caries con lesión en cámara pulpar en molar 2 inferior derecho del UE 4015.

La caries se caracteriza por ser una enfermedad degenerativa del tejido duro del diente, es decir, el esmalte pero que en estados avanzados puede llegar a comprometer la dentina y el cemento. Esta es causada por la presencia de bacterias comensales que se activan con el desequilibrio de la flora bacteriana y la progresiva

desmineralización del esmalte, situación que se ve favorecida por el consumo de carbohidratos y azúcares, con los que se han hecho pruebas experimentales para verificar el potencial cariogénico de estos elementos en la dieta (Hillson 1996: 276–278). Por otro lado, factores como una inadecuada higiene oral, la exposición de las superficies dentales desprovistas de esmalte, la edad, anomalías odontogénicas, enfermedades sistémicas y periodontales también pueden predisponer esta condición (Canci y Minozzi 2012: 201–202).



Imagen 18. Caries cervical en incisivo lateral superior izquierdo del UE 4023.

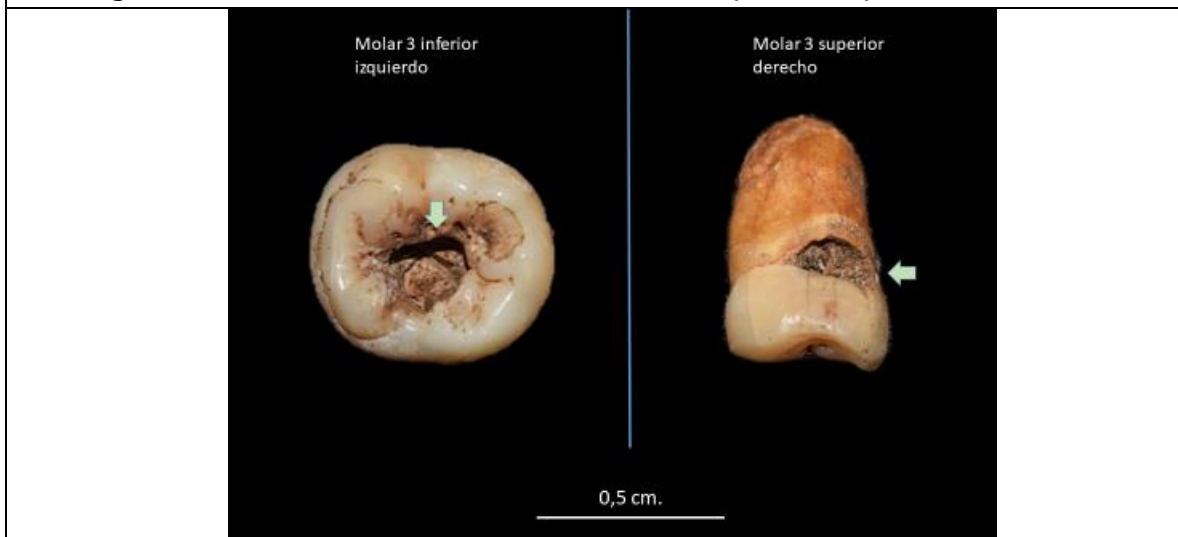


Imagen 19. Caries oclusal en molar 3 inferior derecho y caries cervical en molar 3 superior izquierdo del UE 4022.

La caries puede provocar la pérdida de la pieza, pero la causa más frecuente de ello es la parodontopatía o la inflamación de los tejidos de soporte del diente, provocado por la acción de la placa bacteriana la cual afecta inicialmente la encía y se extiende a la mucosa, al ligamento periodontal y el hueso alveolar, generando la inflamación y retracción del margen alveolar y en casos avanzados la inflamación de

la raíz formando granulomas periapicales, con la consecuente pérdida del diente (Hillson 1996, Canci y Minozzi 2012). En la muestra de la Catedral de Panamá Viejo, este tipo de lesiones corresponden al 56% efectivo, mostrando una prevalencia considerable en la población analizada, sin embargo las causas son de origen multifactorial que incluyen aspectos genéticos, ambientales, de higiene y dieta, por lo que es difícil asociarlo con un elemento específico.



Uno de los indicadores de estrés nutricional más frecuentes en paleopatología son los defectos de esmalte y particularmente las hipoplasias, estas se manifiestan en forma de líneas o pocetas sobre la superficie de la corona y brinda información sobre las condiciones de salud de las poblaciones infantiles, ya que solamente se forman en el proceso de formación y crecimiento del diente y señalan episodios específicos de duración limitada que responden a eventos de deficiencia nutricional (hipovitaminosis A o D), enfermedades (infecciones, influenza, diabetes materna, etc.), parasitosis, gastroenteritis, entre otras causas (Canci y Monozzi 2012). En la muestra excavada en el sur de la plaza se registró una prevalencia del 66.67% efectivo.



Imagen 21. Hipoplasias de esmalte en molar 2 y premolar 2 inferior derecho del UE 4021.

Finalmente, con un 6.25% efectivo correspondiente a un caso se logró identificar un desgaste anómalo provocado por modificación cultural no intensional sobre la superficie lingual de los dientes anteriores del maxilar, conocido también como LSAMAT (lingual surface attrition of the maxillary teeth), que ha sido reportado de manera frecuente en material bioarqueológico de contexto americanos prehispánicos y que ha sido asociado a la dieta o el uso de los dientes en la preparación de alimentos o en la manufactura de instrumentos (Hillson 1996: 252–253).



Imagen 22. Evidencia de LSAMAT en incisivos centrales superiores del UE 4023.

### **Frecuencia general de anomalías óseas por sexo, edad y ancestro**

Como se señaló atrás, tanto el tamaño de la muestra como el estado de conservación de la misma no permiten hacer análisis demográficos en detalle de la incidencia de las anomalías óseas o dentales en los individuos excavados en el sur

de la plaza. Sin embargo, con propósitos informativos se presentan las siguientes tablas en las que se muestra la proporción de lesiones por sexo, edad y ancestro (tablas 15, 16 y 17).

Tabla 15. Proporción de individuos por sexo que presentan anomalías óseas en la muestra.

	Femenino			Masculino			Indeterminado			No Determinable		
	Frec.	%		Frec.	%		Frec.	%		Frec.	%	
		Total	Efec.		Total	Efec.		Total	Efec.		Total	Efec.
No observable	0	0,00	-	0	0,00	-	1	20,0	-	3	60,0	-
Sin anomalías	0	0,00	0,00	1	20,0	20,0	3	60,0	75,0	0	0,00	0,00
Anomalía	1	100,	100,	4	80,	80,0	1	20,0	25,0	2	40,0	100,
Total	1	100,	-	5	100,	-	5	100,	-	5	100,	-
Total Efectivo	1	100,	100,	5	100,	100,	4	80,0	100,	2	40,0	100,

No obstante, observando los datos organizados según los grupos de edad tan solo el 25% efectivo corresponde a individuos subadultos con al menos una lesión o anomalía ósea, pero esto solo está representado una lesión presente en un individuo juvenil, lo que estaría subrepresentando la muestra y generando algunos sesgos. Respecto a los adultos, los adultos jóvenes presentan una alta prevalencia de individuos con presencia de al menos una anomalía con un 75% efectivo, mientras que en aquellos adultos a los cuales no fue posible precisar su rango de edad alcanzó el 100% efectivo, aunque se trata de solo cuatro casos (tabla 16).

Tabla 16. Proporción de individuos por grupos de edad que presentan anomalías óseas en la muestra.

	Subadulto			Adulto Joven			Adulto		
	Frec.	%		Frec.	%		Frec.	%	
		% Tot.	Efec.		% Tot.	Efec.		% Tot.	Efec.
No observable	1	20	-	0	0,00	-	3	42,86	-
Sin anomalías	3	60	75,00	1	25,00	25,00	0	0,00	0,00
Anomalía	1	20	25,00	3	75,00	75,00	4	57,14	100,0
Total	5	100	-	4	100,0	-	7	100,0	-
Total Efectivo	4	80	100,0	4	100,0	100,0	4	57,14	100,0

Por otro lado, la muestra organizada por troncos ancestrales arroja porcentajes efectivos de presencia de lesiones o anomalías muy similares entre caucasoides, mongolides y negroides, siendo los caucasoides los que presentan un leve aumento (78.79%) en comparación con los otros dos grupos poblacionales, lo cual sugiere que los individuos de distintos ancestros estaban siendo afectados en una misma proporción.



Tabla 17. Proporción de individuos por grupos de ancestro que presentan anomalías óseas en la muestra

	Caucasoide y predominantemente caucasoide			Mongolide y predominantemente mongolide		
	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.
No observable	0	0,00	-	0	0,00	-
Sin anomalías	1	50,00	50,00	0	0,00	0,00
Anomalía	1	50,00	50,00	2	100,00	100,00
Total	2	100,00	-	2	100,00	-
Total Efectivo	2	100,00	100,00	2	100,00	100,00

	Negroide y predominantemente negroide			Indeterminado		
	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.
No observable	0	0,00	-	4	36,36	-
Sin anomalías	1	100,00	100,00	2	18,18	28,57
Anomalía	0	0,00	0,00	5	45,45	71,43
Total	1	100,00	-	11	100,00	-
Total Efectivo	1	100,00	100,00	7	63,64	100,00

### Frecuencia específica de anomalías óseas por sexo, edad y ancestro

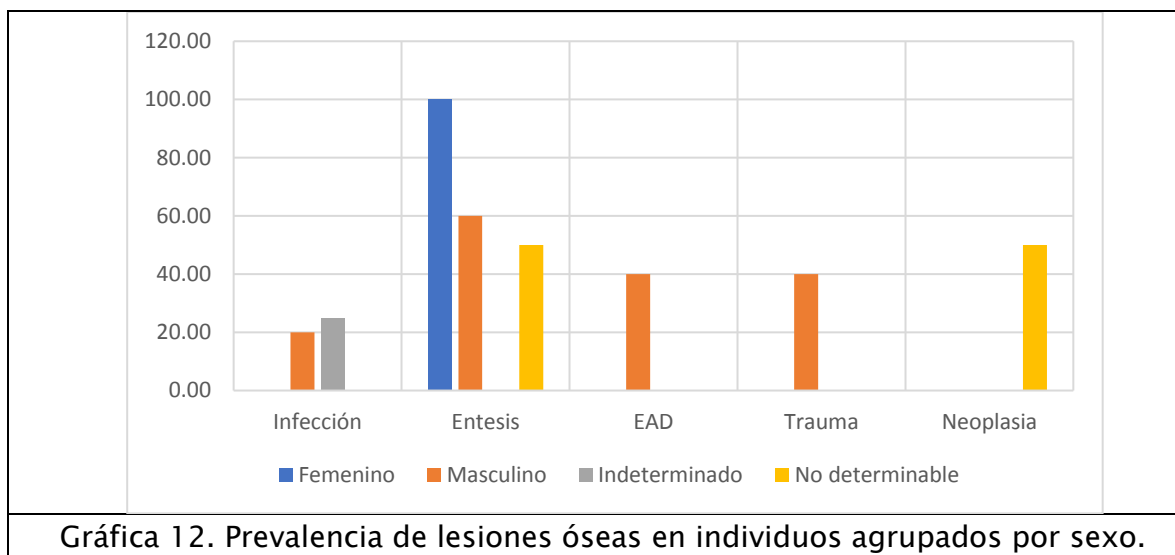
A continuación, se presentan las diferencias halladas en la prevalencia específica de las lesiones en los individuos excavados en el sur de la plaza agrupados por sexo, edad y grupo ancestral (tablas 18 a 20 y gráficos 12 a 14). Allí se observan algunas diferencias que pueden ser indicadores de la incidencia de estas manifestaciones patológicas a nivel poblacional, aunque de manera discrecional por las particularidades que tiene la muestra.

En primera medida, siendo los cambios entesiales las anomalías más frecuentes en la muestra se tiene que al observar la prevalencia según el sexo se observa una diferencia proporcional entre hombres (60%) y mujeres (100%), pero esto se explica por el número de casos que representan, tres para los individuos masculinos y uno para los femeninos, lo cual no puede entenderse como un buen indicador para evaluar a la población. Esto contrasta con lo reportado para la colección de restos óseos humanos del periodo colonial de Panamá Viejo (Rojas et al. 2011), donde se había identificado que para enfermedades infecciosas los hombres presentaban un 20% efectivo, mientras que las mujeres un 18.75%, siendo cifras más cercanas a las señaladas para la Catedral. No obstante, las frecuencias presentadas por Rojas y colegas (2011) tienden a ser bajas, lo cual pudo haber incidido en los resultados.

Tabla 18. Prevalencia de lesiones óseas en individuos agrupados por sexo

	Femenino		Masculino		Indeterminado		No determinable	
	Frec.	% Efec.	Frec.	% Efec.	Frec.	% Efec.	Frec.	% Efec.
Infección	0	0,00	1	20,00	1	25,00	0	0

Entesis	1	100,00	3	60,00	0	0,00	1	50
EAD	0	0,00	2	40,00	0	0,00	0	0
Trauma	0	0,00	2	40,00	0	0,00	0	0
Neoplasia	0	0,00	0	0,00	0	0,00	1	50

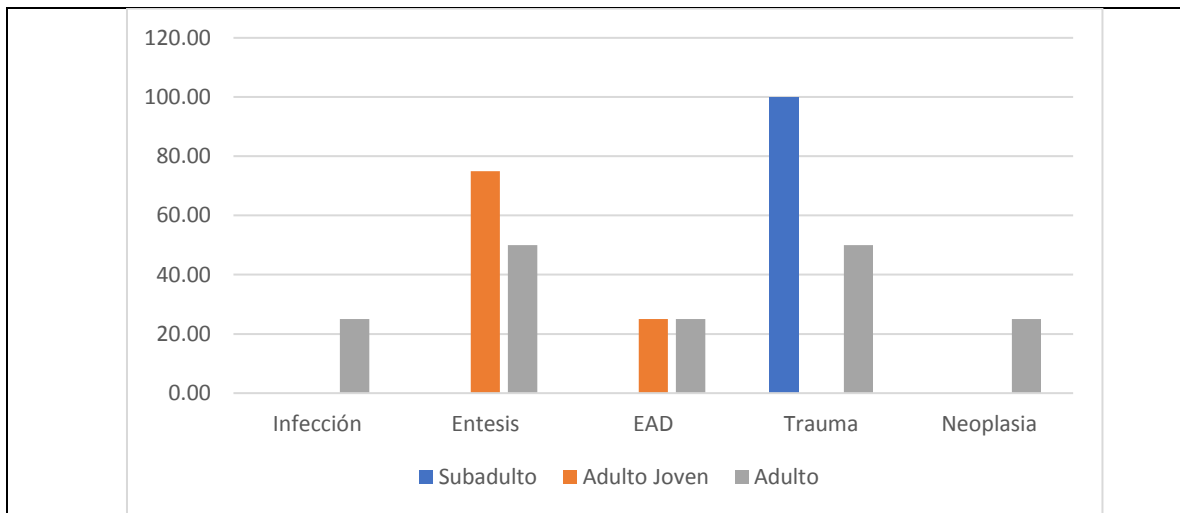


Gráfica 12. Prevalencia de lesiones óseas en individuos agrupados por sexo.

De igual forma, si se analiza por grupos etarios la entesis está muy bien representada en los adultos jóvenes (75%), sin que esto quiera decir que a edades más tardías los marcadores musculo esqueléticos no hayan aparecido, y que quizá están en los individuos adultos a los que no fue posible asignarles una edad más precisa (50%).

Tabla 19. Prevalencia de lesiones óseas por grupos de edad

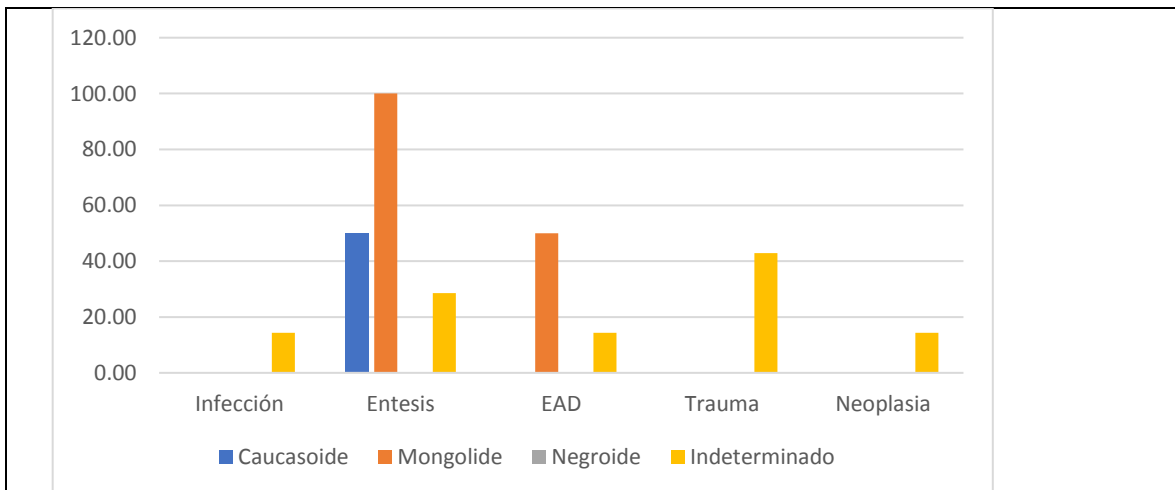
Anomalía o lesión ósea	Subadulto		Adulto Joven		Adulto	
	Frec.	% Efec	Frec.	% Efec	Frec.	% Efec
Infección	0	0,00	0	0,00	1	25,00
Entesis	0	0,00	3	75,00	2	50,00
EAD	0	0,00	1	25,00	1	25,00
Trauma	1	100,00	0	0,00	2	50,00
Neoplasia	0	0,00	0	0,00	1	25,00



Gráfica 13. Prevalencia de lesiones óseas por grupos de edad.

Tabla 20. Prevalencia de lesiones óseas en individuos agrupados por ancestro

Anomalía o lesión ósea	Caucasoide y predominantemente caucasoide		Mongolide y predominantemente mongolide		Negroide y predominantemente negroide		Indeterminado	
	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%	Frec.	%
		Efec.		Efec.		Efec.		Efec.
Infección	0	0,00	0	0,00	0	0,00	1	14,2
Entesis	1	50,0	2	100,	0	0,00	2	28,5
EAD	0	0,00	1	50,0	0	0,00	1	14,2
Trauma	0	0,00	0	0,00	0	0,00	3	42,8
Neoplasia	0	0,00	0	0,00	0	0,00	1	14,2



Gráfica 14. Prevalencia de lesiones óseas en individuos agrupados por ancestro.

Por otra parte, los cambios entesiales son mucho más marcados en la población de ancestro mongolide en comparación con los caucasoides, lo que se ajusta con la tendencia que se ha venido reportando para los demás individuos analizados en Panamá Viejo, aunque nuevamente está el problema del tamaño de la muestra. Sin embargo, no hay que olvidar que las difíciles condiciones que representaba un nuevo estilo de vida en la ciudad incidieron en las condiciones de salud y vida de la población nativa, quienes tuvieron que servir como mano de obra para las actividades que se empezaron a realizar en la ciudad, generando así un efecto en el desarrollo del sistema musculo esquelético.

Asociado con estas anomalías, se encuentran las lesiones provocadas por enfermedad articular degenerativa (EAD), que a pesar de estar directamente relacionadas con los procesos de envejecimiento de los individuos, también se pueden asociar a factores de estrés mecánico provocado por las actividades realizadas en vida que se agravan al ser de carácter acumulativo, aunque en la muestra del sur de la plaza está asociado a un individuo adulto joven y a otro adulto sin edad establecida, ambos masculinos y uno de ellos vinculados con ancestro mongolide.

Respecto a las lesiones traumáticas, están representadas en dos individuos masculinos adultos y en uno juvenil, en ninguno de ellos fue posible identificar el ancestro. Asimismo, tampoco es posible vincular estos casos con ningún modelo traumatológico, por ser una muestra reducida, aunque se documentaron lesiones a nivel de cráneo, la fíbula y las manos, con un caso cada una.

Por otro lado, se identificó un solo caso de neoplasia a nivel de la cintura pélvica en un individuo adulto, que no fue posible precisar la edad ni estimar el sexo o el ancestro, y una lesión compatible con procesos infecciosos para un individuo adulto masculino, que tampoco se logró estimar el rango de edad ni el tronco ancestral.

Para finalizar es importante considerar que al tener una baja frecuencia y representación no es recomendable hacer interpretaciones de carácter poblacional en relación a los modelos epidemiológicos según el sexo, la edad o el ancestro.

### **Frecuencia general de anomalías dentales por sexo, edad y ancestro**

Respecto a las anomalías observadas en los dientes, hay que considerar que todos los individuos con al menos un diente tuvo algún tipo de lesión o rasgo anómalo que registrar, sobre todo en el caso de los adultos, en el que se manifiestan los procesos de desgaste de esmalte en diferentes estadios, por lo que el porcentaje efectivo es de 100%.

Sin embargo, si comparamos la cantidad de individuos que reportan al menos uno de los criterios empleados en la patología dental se tiene que el 40% del total de individuos masculinos presenta anomalías (tabla 21).

Tabla 21. Proporción de individuos por sexo que presentan anomalías dentales

	Femenino			Masculino			Indeterminado			No Determinable		
	Frec.	%	%	Frec.	%	%	Frec.	%	%	Frec.	%	%
		Total	Efec.		Total	Efec.		Total	Efec.		Total	Efec.
No observable	0	0	-	2	40	-	3	60	-	5	100	-
Sin anomalías	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Anomalia	1	100	100	3	60	100	2	40	100	0	0	0
Total	1	100	-	5	100	-	5	100	-	5	100	-
Total Efectivo	1	100	100	3	60	100	2	40	100	0	0	0

Por otro lado, al agrupar la muestra en los diferentes rangos de edad, en los subadultos se observa que 2 de los 5 individuos presentan anomalías dentales, al igual que todos los adultos jóvenes y ninguno en la categoría de adulto por carecer de piezas dentales (tabla 22).

Tabla 22. Proporción de individuos por grupos de edad que presentan anomalías dentales

	Subadulto			Adulto Joven			Adulto		
	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.
No observable	3	60	-	0	0,00	-	7	100,0	-
Sin anomalías	0	0	0,00	0	0,00	0,00	0	0,00	0,00
Anomalia	2	40	100,0	4	100,0	100,0	0	0,00	0,00
Total	5	100	-	4	100,0	-	7	100,0	-
Total Efectivo	2	40	100,0	4	100,0	100,0	0	0,00	0,00

Finalmente, se organizó la muestra de la Catedral por troncos ancestrales, para verificar la frecuencia de casos reportados al interior de cada uno de los grupos, registrándose al menos una anomalía en los 5 individuos a los que se les pudo estimar algún ancestro, y solo en un caso de aquellos indeterminados (tabla 23).

Tabla 23. Proporción de individuos por grupos de ancestro que presentan anomalías dentales

	Caucasoide y predominantemente caucasoide			Mongolide y predominantemente mongolide		
	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.
No observable	0	0,00	-	0	0,00	-
Sin anomalías	0	0,00	0,00	0	0,00	0,00
Anomalia	2	100,00	100,00	2	100,00	100,00
Total	2	100,00	-	2	100,00	-
Total Efectivo	2	100,00	100,00	2	100,00	100,00
	Negroide y predominantemente negroide			Indeterminado		
	Frec.	% Tot.	% Efec.	Frec.	% Tot.	% Efec.
No observable	0	0,00	-	10	90,91	-

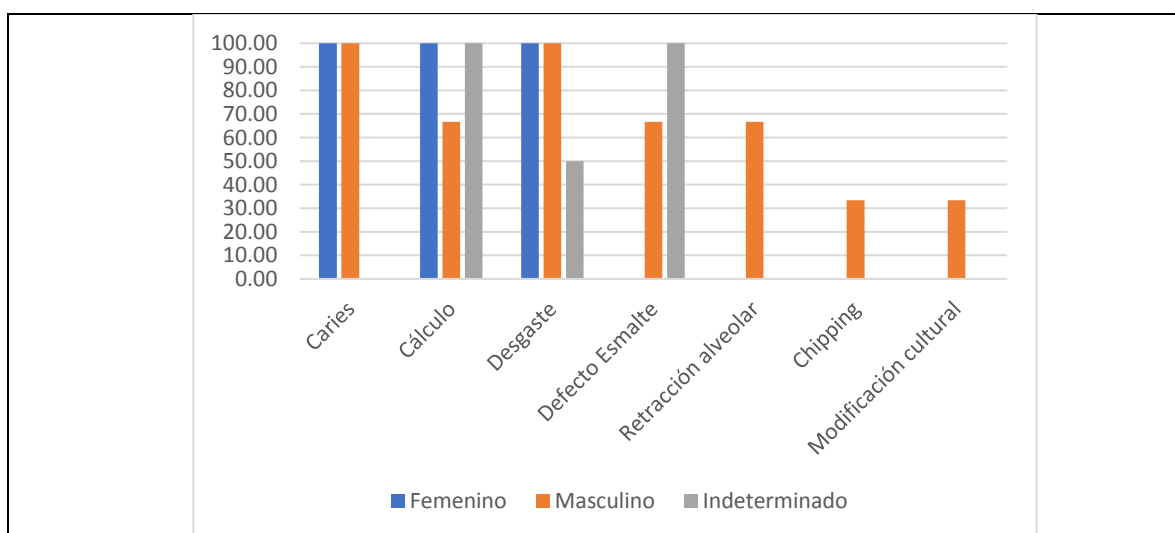
Sin anomalías	0	0,00	0,00	0	0,00	0,00
Anomalía	1	100,00	100,00	1	9,09	100,00
Total	1	100,00	-	11	100,00	-
Total Efectivo	1	100,00	100,00	1	9,09	100,00

### Frecuencia específica de anomalías dentales por sexo, edad y ancestro

Al igual que para las anomalías en restos óseos, no es posible realizar una interpretación desde el punto de vista poblacional de los modelos paleopatológicos en morbilidad dental, por lo que se presentan los resultados con propósitos informativos (tablas 24 a 26 y gráficos 15 a 17).

Tabla 24. Prevalencia de lesiones dentales en individuos agrupados por sexo

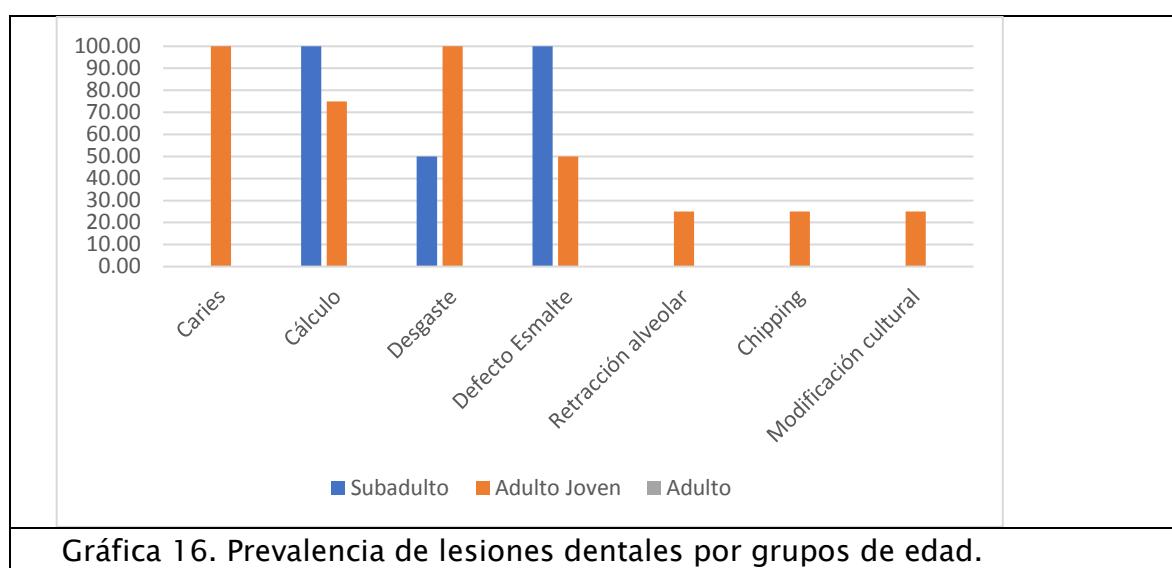
Anomalía o lesión ósea	Femenino		Masculino		Indeterminado	
	Frecuencia	% Efectivo	Frecuencia	% Efectivo	Frecuencia	% Efectivo
Caries	1	100,00	3	100,00	0	0,00
Cálculo	1	100,00	2	66,67	2	100,00
Desgaste	1	100,00	3	100,00	1	50,00
Defecto Esmalte	0	0,00	2	66,67	2	100,00
Retracción alveolar	0	0,00	2	66,67	0	0,00
Chipping	0	0,00	1	33,33	0	0,00
Modificación cultural	0	0,00	1	33,33	0	0,00



Gráfica 15. Prevalencia de lesiones dentales en individuos agrupados por sexo.

Tabla 25. Prevalencia de lesiones dentales por grupos de edad

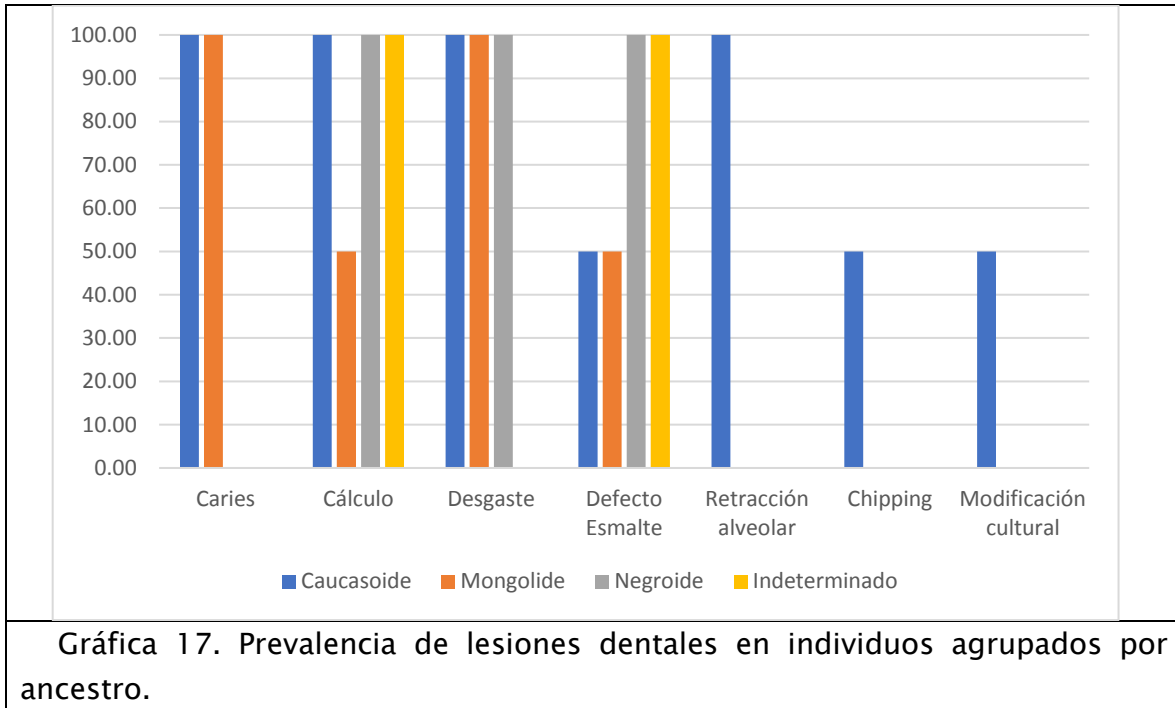
Anomalía o lesión ósea	Subadulto		Adulto Joven		Adulto Medio	
	Frec.	% Efec	Frec.	% Efec	Frec.	% Efec
Caries	0	0,00	4	100,00	0	0,00
Cálculo	2	100,00	3	75,00	0	0,00
Desgaste	1	50,00	4	100,00	0	0,00
Defecto Esmalte	2	100,00	2	50,00	0	0,00
Retracción alveolar	0	0,00	1	25,00	0	0,00
Chipping	0	0,00	1	25,00	0	0,00
Modificación cultural	0	0,00	1	25,00	0	0,00



Gráfica 16. Prevalencia de lesiones dentales por grupos de edad.

Tabla 26. Prevalencia de lesiones dentales en individuos agrupados por ancestro

Anomalía o lesión ósea	Caucasoide predominantemente caucasoide		y Mongolide predominantemente mongolide		y Negroide predominantemente negroide		Indeterminado	
	Frec.	% Efec.	Frec.	% Efec.	Frec.	% Efec.	Frec.	% Efec.
Caries	2	100,00	2	100,00	0	0,00	0	0,00
Cálculo	2	100,00	1	50,00	1	100,00	1	100,00
Desgaste	2	100,00	2	100,00	1	100,00	0	0,00
Defecto Esmalte	1	50,00	1	50,00	1	100,00	1	100,00
Retracción alveolar	2	100,00	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Chipping	1	50,00	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Modificación cultural	1	50,00	0	0,00	0	0,00	0	0,00



### Consideraciones finales

A partir del análisis de 16 individuos excavados en el espacio ubicado al sur de la plaza de Panamá Viejo, fue posible hacer una aproximación a los estilos de vida y a las condiciones de salud de la población panameña durante las primeras décadas del siglo XVI, hasta 1540 cuando se traslada la catedral a su actual emplazamiento. Sin embargo, hubo algunos problemas metodológicos asociados al estado de conservación de la muestra y a la representatividad de la misma, situación que estaba directamente relacionada con las particularidades del contexto funerario en el que las sepulturas eclesiásticas en el periodo colonial estaban siendo afectadas, principalmente por las condiciones del terreno. Esto evidentemente limitó el análisis y posterior interpretación de los datos obtenidos en el estudio bioantropológico.

A pesar de ello, se lograron realizar algunas observaciones que pueden dar algunos indicios de los panameños inhumados en la primera catedral de la ciudad. Por ejemplo, se evidencia la presencia de individuos masculinos en una alta proporción en comparación con el de las mujeres, asociándose solo un caso de individuos femeninos. Por otro lado, llama la atención del número de individuos subadultos en distintas cohortes de edad, lo que sugiere una alta mortalidad en este sector de la población, al igual que en los adultos jóvenes, quienes conforman un grupo importante en la muestra.

De igual manera, la distribución de ancestro, muestra una composición diversa, donde los troncos caucasoide y mongolide son los mejor representados, lo cual



puede estar conectado en ese primer momento de contacto en el emplazamiento fundacional, situación que cambiará drásticamente en años posteriores, donde se observa un acelerado crecimiento de la población africana en contraste con la crisis demográfica de la población indígena a causa, principalmente, de las enfermedades importadas desde el Viejo Mundo.

Por otro lado, se registró una buena diversidad de lesiones óseas y dentales, siendo los cambios entesiales, los traumas y la enfermedad articular degenerativa las más frecuentes en los huesos, mientras que los desgastes por procesos masticatorios, cálculos, caries e hipoplasias fueron las que más afectaron los dientes en esta población. Estos datos sugieren que los individuos que vivieron en Panamá tuvieron que enfrentar situaciones de estrés ante el proceso de adaptación no solo a unas condiciones climáticas y ambientales particulares, sino también a la configuración de una estructura política, económica y socio cultural que se fue dando en Panamá como el primer puerto español fundado en el Pacífico americano.

## Referencias

### Fuentes de Archivo

Archivo General de la Nación – Colombia (AGN). Sección Colonia. Fondo Conventos. Tomo 22.

### Bibliografía

Acsádi, G. y J. Nemeskéri. 1970. *History of Human Life Span and Mortality*. Budapest: Akadémiai Kiadó.

Aufderheide, A.C. y C. Rodríguez–Martín. 1998. *The Cambridge Encyclopedia of Human Paleopathology*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bass, W.M. 2005. *Human osteology: A laboratory and field manual of the human skeleton*, (5a ed.). Columbia, Missouri: Missouri Archaeological Society.

Belcastro, M.G., A. Todero, G. Fornaciari y V. Valentina Mariotti. 2011. Hyperostosis frontalis interna (HFI) and castration: the case of the famous singer Farinelli (1705–1782). *Journal of Anatomy* 219 (5): 632–637.

Bernard, C. 2001. *Negros esclavos y libres en las ciudades hispanoamericanas*. Madrid: Fundación Histórica Tavera

Brooks, S. y J.M. Suchey. 1990. Skeletal age determination based on the os pubis: a comparison of the Acsádi–Nemeskéri and Suchey–Brooks methods. *Human Evolution* 5 (3): 227–238.

Brothwell, D.R. 1989. The relationship of tooth wear to aging. En *Age Markers in the Human Skeleton*, editado por M. Y. Iscan, pp. 303–316. Springfield: Charles C. Thomas.

Buckberry, J.L. y A.T. Chamberlain. 2002. Age Estimation from the Auricular Surface of the Ilium: A Revised Method. *American Journal of Physical Anthropology* 119 (3): 231–239.

Buikstra, J.E. y D.H. Ubelaker (Eds.). 1994. *Standards for data collection from human skeletal remains*. Fayetteville: Arkansas Archaeological Survey Research Series No. 44.

Campillo, D. 2001. *Introducción a la Paleopatología*. Barcelona: Edición Bellaterra.

Canci, A. y S. Minozzi. 2012. *Archeologia dei resti umani. Dallo scavo al laboratorio*. Roma: Carocci editore.

Chai, H., Lee, J. J.-W., & Lawn, B. R. (2011). On the chipping and splitting of teeth. *Journal of the Mechanical Behavior of Biomedical Materials*, 4, 315–321.

Chai, H., Lee, J. J.-W., & Lawn, B. R. (2011). On the chipping and splitting of teeth. *Journal of the Mechanical Behavior of Biomedical Materials*, 4, 315–321.

Chai, H., J.J.-W. Lee y B.R. Lawn. 2011. On the chipping and splitting of teeth. *Journal of the Mechanical Behavior of Biomedical Materials* 4 (3): 315–321.

Costa, M.A., C. Matheson, L. Iachetta, A. Llagostera y O. Appenzeller. 2009. Ancient Leishmaniasis in a Highland Desert of Northern Chile. *PlosOne* 4 (9): e6983 <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0006983>.

Cooke, R. y L.A. Sánchez Herrera. 2004. Panamá Indígena: 1501–1550. En *Historia General de Panamá*. Vol. I Tomo I, compilado por A. Castellero Calvo, pp. 47–78. Panamá: Comité nacional del centenario de la República.

Demirjian, A., H. Goldstein y J.M. Tanner. 1973. A new system of dental age assessment. *Human Biology* 45 (2): 211–277.

D'Oliveira-Coelho, J. y D. Navega. *Osteomics*. 2014. *Developing forensic decision support systems for human biology*. Recuperado de: <https://osteomics.com>

Fazekas, I.G. y F. Kósa. 1978. *Forensic fetal osteology*. Budapest: Akadémiai Kiadó.

Fornaciari, G. y V. Giuffra. 2009. *Lezioni di Paleopatologia*. Genova: ECIG.

Garvin, H.M. y N.V. Passalacqua. 2012. Current Practices by Forensic Anthropologists in Adult Skeletal Age Estimation. *Journal of Forensic Science* 57(2): 427–433.

Genoves, S. 1967. Proportionality of the long bones and their relation to stature among Mesoamericans. *American Journal of Physical Anthropology* 26 (1): 67–77.

Gill, G.W. y B.M. Gilbert. 1990. Race identification from the midfacial skeleton: American blacks and whites. En *Skeletal attribution of race*, editado por G.W. Gill y S. Rhine, pp. 47–53. Albuquerque: Maxwell Museum of Anthropology.

- Hefner, J.T. 2009. Cranial nonmetric variation and estimating ancestry. *Journal of Forensic Science* 54 (5): 985–995.
- Herskovitz, I., C. Greenwald, B.M. Rothschild, B. Latimer, O. Dutour, L.M. Jellema y S. Wish-Baratz. 1999. Hyperostosis Frontalis Interna: An Anthropological Perspective. *Journal of Physical Anthropology* 109 (3): 303–325.
- Hillson, S. 1996. *Dental Anthropology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Irish, J.D. 2017. Knocking, Filing, and Chipping: Dental Modifications in Sub-Saharan Africans. En *A World View of Bioculturally Modified Teeth*, editado por Burnett, S.E. y J.D. Irish, pp. 33–47. Gainesville: University Press of Florida.
- Iscan, M.Y. y M. Steyn. 2013. *The Human Skeleton in Forensic Medicine*, (3a ed.). Springfield: Charles C. Thomas Publisher.
- Iscan, M.Y., S.R. Loth y R.K. Wright. 1984a. Metamorphosis at the sternal rib: A new method to estimate age at death in males. *American Journal of Physical Anthropology* 65 (2): 147–156.
- Iscan, M.Y., S.R. Loth y R.K. Wright. 1984b. Age estimation from the rib by phase analysis: White males. *Journal of Forensic Science* 29 (4): 1094–1104.
- Iscan, M.Y., S.R. Loth y R.K. Wright. 1985. Age estimation from the rib by phase analysis: White females. *Journal of Forensic Science* 30 (3): 853–863.
- Jaén Suárez, O. 1986. *Geografía de Panamá. Estudio introductorio y antología*. Panamá: Universidad de Panamá.
- Jopling, C.F. 1994. *Indios y Negros en Panamá en los siglos XVI y XVII*. Antigua, Guatemala–Vermont: Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica – Plumsock Mesoamerican Studies.
- L'Abbe, E.N., C. Van Rooyen, S.P. Nawrocki y B.J. Becker. 2011. An evaluation of non-metric cranial traits used to estimate ancestry in a South African sample. *Forensic Science International* 209 (1–3): 195.e1–195.e7.
- Larsen, C.S. 2015. *Bioarchaeology. Interpreting Behavior from the Human Skeleton* (2a. ed.). Cambridge: Cambridge University Press.
- Lovejoy, S.R. 1985. Dental wear in the Libben population: Its functional pattern and role in the determination of adult skeletal age at death. *American Journal of Physical Anthropology* 68 (1): 47–56.
- Loth, S.R. y M. Henneberg. 1996. Mandibular ramus flexure: a new morphologic indicator of sexual dimorphism in the human skeleton. *American Journal of Physical Anthropology* 99 (3): 473–485.
- Lovejoy, C.O., R.S. Meindl, T.R. Pryzbeck y R.P. Mensforth. 1985. Chronological Metamorphosis of the Auricular Surface of the Ilium: A New Method for the Determination of Adult Skeletal Age at Death. *American Journal of Physical Anthropology* 68 (1): 15–28.

Lucena Salmonal, M. 2005. *Regulación de la esclavitud negra en las colonias de América española (1503–1886): documentos para su estudio*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, Universidad de Murcia.

Manouvrier, L. 1892. Détermination de la taille d'après les grands os des membres. *Revue de l'Ecole d'Anthropologie* 2: 227–233.

Martín–Rincón, J.G. 2002. Funerales en Panamá La Vieja: ¿existen patrones en la América Colonial? En *Arqueología de Panamá La Vieja – avances de investigación*, editado por B. Rovira y J. Martín, pp. 93–102. Panamá: Universidad de Panamá – Patronato Panamá Viejo.

Martín–Rincón, J.G. y P. Figueroa–Botero. 2001. Pasamanería colonial: el arte de trenzar y anudar hilos. En *Arqueología de Panamá La Vieja – avances de investigación*, editado por B. Rovira y J. Martín, pp. 215–224. Panamá: Universidad de Panamá – Patronato Panamá Viejo.

Martín–Rincón, J.G., J. Rivera–Sandoval y C. Rojas–Sepúlveda. 2009. Bioarqueología. Su aporte al Proyecto Arqueológico Panamá Viejo. *Canto Rodado* 4: 117–144.

Martín–Rincón, J.G., J. Rivera–Sandoval y C. Rojas–Sepúlveda. 2007. *Arqueología funeraria de Panamá Viejo*. Informe de avances. Documento inédito presentado a la Secretaria Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación y al Patronato de Panamá Viejo.

Meindl, R.S. y C.O. Lovejoy. 1985. Ectocranial suture closure: A revised method for the determination of skeletal age at death base on the lateral–anterior sutures. *American Journal of Physical Anthropology* 68 (1): 57–66.

Mena García, M.C. 1984. *La Sociedad de Panamá en el Siglo XVI*. Sevilla: Publicaciones de la Diputación Provincial de Sevilla.

Mendonça de Souza, S. 1999. Anemia e Adaptabilidade em um Grupo Costeiro Pré–Histórico: uma Hipótese Patocenótica. En *Pré–História da Terra Brasilis*, editado por Universidade Federal do Rio de Janeiro, pp. 171–188. Rio de Janeiro: Universidade Federal do Rio de Janeiro.

Mincer, H.H., E.F. Harris y H.E. Berryman. 1993. The A.B.F.O. study of third molar development and its use as an estimator of chronological age. *Journal of Forensic Science* 38 (2): 379–390.

Mutolo, M.J., L.L. Jenny, A.R. Buszek, T.W. Fenton y D.R. Foran. 2012. Osteological and Molecular Identification of Brucellosis in Ancient Butrint, Albania. *American Journal of Physical Anthropology* 147 (2): 254–263.

Navega, D., C. Coelho, R. Vicente, M.T. Ferreira, S. Wasterlain y E. Cunha. 2015. AncesTrees: ancestry estimation with randomized decision trees. *International Journal of Legal Medicine* 129 (5): 1145–1153.

Olivier, G. 1969. *Practical Anthropology*. Springfield: Charles C. Thomas Publisher.

Olivier, G., C. Aaron, G. Fully, y G. Tissier. 1978. New estimations of stature and cranial capacity in modern man. *Journal of Human Evolution* 7 (6): 513–518.

Paiva, L.A. y M. Segre. 2003. Sexing the human skull through the mastoid process. *Revista do Hospital das Clínicas* 58 (1): 15–20.

Pearson, K. 1899. Mathematical contributions to the theory of evolution. V. On the reconstruction of the stature of prehistoric races. *Philosophical Transactions of the Royal Society London* 192: 169–244; DOI: 10.1098/rsta.1899.0004.

Phenice, T.W. 1969. A newly developed visual method of sexing in the os pubis. *American Journal of Physical Anthropology* 30 (2): 297–301.

Rhine, S. 1990. Non-metric skull racing. En *Skeletal attribution of race*, editado por G.W. Gill y S. Rhine, pp. 9–18. Albuquerque: Maxwell Museum of Anthropology.

Rissech C., G.F. Estabrook, E. Cunha y A. Malgosa. 2006. Using the Acetabulum to Estimate Age at Death of Adult Males. *Journal of Forensic Science* 51 (2):213–229.

Rivera-Sandoval, J. 2006. Sepulturas abiertas en la Nueva Granada. Reflexiones sobre una Arqueología Histórica de la muerte. En *Arqueología Histórica En América Latina. Temas Y Discusiones Recientes*, editado por P.P. Funari y F. Brittez, pp. 139–162. Mar del Plata–Argentina: Ediciones Suárez.

Rivera-Sandoval, J. 2014. Espacios mortuorios y bioarqueología histórica en la iglesia La Candelaria en Bogotá. *Maguaré* 28 (2):147–174.

Rodríguez Álvarez, M.A. 2001. *Usos y costumbres funerarias en la Nueva España*. Zamora, México: El Colegio de Michoacán – El Colegio Mexiquense.

Rodríguez Cuenca, J.V. 2006. *Las enfermedades en las condiciones de vida prehispánica de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Rodríguez Cuenca, J.V. 2004. *La antropología forense en la identificación humana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Rodríguez Cuenca, J.V. 2003. *Dientes y Diversidad humana. Avances de la antropología dental*. Bogotá: Editora Guadalupe.

Rodríguez Cuenca, J.V. 1999. *Los Chibchas: Pobladores antiguos de los andes orientales. Adaptaciones bioculturales*. Bogotá: Banco de la República.

Rodríguez Cuenca, J.V. 1994. *Introducción a la Antropología Forense. Análisis e Interpretación de Restos Óseos Humanos*. Bogotá: Editorial Anaconda.

Rodríguez Cuenca, J.V., C.A. Rodríguez y F. Bernal. 1998. Dos posibles casos de treponematosi en restos prehispánicos procedentes del Valle del Cauca. *Maguaré* 13: 85–98.

Rodríguez González, A.L. 1999. *Cofradías, Capellanías, Epidemias y Funerales. Una mirada al tejido social de la Independencia. Santafé 1800–1810*. Bogotá: Áncora editores – Banco de la República.

Rodríguez Pérez, M. 2010. Living conditions, mortality, and social organization in Campeche during the sixteenth and seventeenth centuries. En *Natives, Europeans*

*and Africans in colonial Campeche. History and Archaeology*, editado por V. Tiesler, P. Zabala y A. Cucina, pp. 95–110. Gainesville: University Press of Florida.

Rojas-Sepúlveda, C., J. Rivera-Sandoval y J.M. Martín-Rincón. 2011. Paleoepidemiology of pre-Columbian and Colonial Panamá Viejo: a preliminary study. *Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris* 23 (1–2): 1–13.

Schaefer, M., S. Black y L. Scheuer. 2009. *Juvenile osteology: A laboratory and field manual*. Londres: Academic Press.

Scheuer, L. y S. Black. 2000. *Developmental juvenile osteology*. Londres: Academic Press.

Schutkowski, H. 1993. Sex Determination of Infant and Juvenile Skeletons. Morphognostic Features. *American Journal of Physical Anthropology* 90 (2): 199–205.

Scott, G.R. y J.D. Irish. 2017. *Human tooth crown and root morphology. The Arizona State University Dental Anthropology System*. Cambridge: Cambridge University Press.

Scott, G.R. y C.G. Turner. 1997. *The anthropology of modern human teeth: dental anthropology and its variation in recent human populations*. Cambridge: Cambridge University Press.

Scott, G.R., M.A. Pilloud, D. Navega, J. D'Oliveira Coelho, E. Cunha y J.D. Irish. 2018. rASUDAS. A New Web-Based Application for Estimating Ancestry from Tooth Morphology. *Forensic Anthropology* 1 (1): 18–31.

Smithsonian Institute. 2016. *Osteoware. Standardized skeletal documentation software*. Recuperado de: <https://osteoware.si.edu/>

Steele, D.G. y T.W. McKern. 1969. A method for assessment of maximum long bone length and living stature from fragmentary long bones. *American Journal of Physical Anthropology* 31 (2): 215–227.

Steward, T.D. 1979. *Essentials of forensic anthropology*. Springfield: Charles C. Thomas Publisher.

Stojanowski, C.M. 2013. *Mission cemeteries, Mission peoples. Historical and evolutionary dimensions of intracemetery bioarchaeology in Spanish Florida*. Gainesville: University Press of Florida.

Towle, I., J.D. Irish e I. De Groote. 2017. Behavioral inferences from the high levels of dental chipping in *Homo naledi*. *American Journal of Physical Anthropology* 164 (1):184–192. <https://doi.org/10.1002/ajpa.23250192>.

Trotter, M. y G.C. Gleser. 1958. A re-evaluation of estimation of stature based on measurements of stature taken during life and of long bones after death. *American Journal of Physical Anthropology* 16 (1): 79–123.

Turner, C.G., C.R. Nichol y G.R. Scott. 1991. Scoring procedures for key morphological traits of the permanent dentition: the Arizona State University dental

anthropology system. En *Advances in Dental Anthropology*, editado por M.A. Kelley y C.S. Larsen, pp. 13–31. New York: Wiley–Liss.

Ubelaker, D.H. 1989a. The estimation of age at death from immature human bones. En *Age markers in the human skeleton*, editado por M.Y. Iscan, pp. 55–70. Springfield: Charles C. Thomas Publisher.

Ubelaker, D.H. 1989b. *Human Skeletal Remains. Excavation, Analysis, Interpretation*. Washington: Taraxacum–Smithsonian Institute.

Waldron, T. *Paleopathology*. Cambridge: Cambridge University Press.

White, T. 2000. *Human osteology*. Londres: Academic Press.